

CAROL BRANCA

VIBRATING LOVE

Despertando el deseo

NO APTO
PARA MENORES
de 18 años

VIBRATING LOVE

Despertando el deseo

Carol Branca

Título: Vibrating Love. Despertando el deseo.
1ª edición: Julio de 2019
Copyright © 2019 Carol Branca

Créditos de portada: David Pérez

Fotografía: Shutterstock

Créditos de corrección: Isabel No

La corrección se realizó siguiendo los parámetros establecidos en la última edición de la Ortografía de la lengua española (2010)

All rights reserved./Todos los derechos reservados.

ISBN: 9781076672469

A mi marido Albert, a mi hija Sofía y a mi familia entera. Son mi pilar en la vida. Gracias por apoyarme incondicionalmente siempre.

¡CUÁNTO NECESITO UNA VIDA NUEVA!

Las sábanas se me han pegado más de la cuenta. Son las doce del mediodía y aún estoy en la cama. Es cierto que al ser sábado no tengo que ir a trabajar ni despertarme a una hora concreta, pero creo que debería pensar en levantarme.

Me estiro en la cama y miro la luz que entra por la ventana a través del cristal. Se supone que la gente aprovecha el fin de semana para ir a la playa, de compras, tomar algo o simplemente dar un paseo por la ciudad o, ¿por qué no?, una escapada a la montaña. Pero yo no tengo absolutamente ningún plan. Y así transcurren todos mis fines de semana. Cada semana.

Podría llamar a una amiga y proponerle ir juntas a la playa. ¡Pero qué pereza me da! También podría llamar a mis padres e ir a verlos. Pffff... Más de lo mismo. ¿Salir a dar una vuelta por Barcelona?... Pereza, y mucha. ¿Y bajar un rato a la piscina? Casi siempre estoy sola, los vecinos no la usan mucho... Pero va a ser que tampoco.

Me aburre lo aburrida que estoy. Es una desgana general que se retroalimenta. No creo que sea depresión, pero algo me ocurre. Lo curioso es que entre semana parece que recobro la vida. Cuando voy a trabajar me siento mucho más implicada por vivir, más animada e incluso contenta. Es cuando llego a casa que toda esa burbuja se deshincha y no tengo energía para nada.

Tras mucho desperezarme y dar vueltas entre las sábanas como una croqueta, finalmente me levanto, me ducho y desayuno unas tostadas mientras mi gato me mira con preocupación. Creo que intuye lo mal que estoy.

Bueno, no es para tanto... Llevo un par de meses algo desgana, pero también es normal después de una ruptura dolorosa, ¿no? Tengo derecho a mi duelo.

Suena mi móvil.

—¡Corazóóóón! —exclama Mónica con alegría al otro lado en cuanto descuelgo.

—Hola, nenaaaaaa —replico con el mismo entusiasmo.

—¿Cómo estás?, ¿qué haces? ¿Nos vamos a la playa? ¿Comemos una

paellita por ahí?

Mmmm... la paella me apetece... playa con Mónica, también... salir de casa no es para nada una mala idea, pero...

—Ohhh, me encantaría nena, pero no puedo. He quedado con mis padres, me voy a Sitges a pasar el fin de semana con ellos. —Miento sobre la marcha como una bellaca.

—Ahhh... vale, bueno... Disfruta y dale un besazo a tus padres. ¿Nos llamamos entre semana para comer un día?

—¡Claro!

Mónica es la única que no tira la toalla en lo que a mí se refiere (con sacarme de casa e insistir en que haga cosas de nuevo, quiero decir). Mis padres igual, me llaman casi cada semana; a ellos les digo que estoy con Mónica, así que los unos por los otros y están todos tranquilos. Además, yo consigo lo que quiero: seguir «en duelo» un poco más.

En realidad no creo que esté en duelo por lo de mi ex, llegados a este punto. Tan solo estoy... desganada. Muy desganada. No me apetece nada. Nada me divierte, nada me llama la atención, nada me hace especial ilusión, nada me motiva... No sé, quizá debería consultar con un profesional. ¡Qué pereza! Mejor me doy un tiempo y seguro que acabará pasando.

Termino las tostadas y me vuelvo a la cama. Pongo un par de comedias románticas en el portátil y así paso las siguientes cuatro horas. Vuelvo a levantarme para comer algo y dedico el resto de la tarde a ordenar la ropa de mi armario.

Tras cenar, me vuelvo a la cama y más pelis románticas que me hacen soñar con mundos en los que existen hombres sinceros que se enamoran y todo acaba en «vivieron felices».

El domingo no cambia mucho, solo que en vez de ver pelis, leo libros. Otra cosa distinta es que salgo a correr por la tarde un rato, por eso de que no se me vayan a atrofiar los músculos con tanta cama. Me hace mucha gracia pensar en cuánto desea la gente que llegue el fin de semana y cuánto deseo yo que llegue el lunes para ir a trabajar. Mi vida es infinitamente mejor mientras estoy trabajando y con la mente ocupada.

Corro por el paseo marítimo de la Barceloneta cuando ya se está poniendo el sol y empieza a refrescar.

La verdad es que para el poco ejercicio que hago estoy bastante en forma. Mientras corro me cruzo con mil *runners* más o menos y otros mil deportistas repartidos entre bicis, patines, patinetes y cosas así.

El deporte es algo fantástico. No solo me ayuda con lo de no atrofiar mi cuerpo de escasos treinta años, sino que también me ani-ma, me hace sentir más viva. Siempre que termino de correr, justo cuando las endorfinas recorren mi sistema, es el mejor momento de la semana. Sí, el mejor sin duda, y con mucha diferencia.

Hago unos estiramientos antes de dar por finalizado mi entrena-miento y justo cuando me doblo por la cintura y trato de alcanzar el suelo con las manos para estirar piernas y espalda, en el mismo instante en el que me encuentro boca abajo, con el pelo de la coleta colgando y la sangre amontonándose en mi cara, alguien decide que es buen momento para iniciar una conversación. Del susto que me pega, por poco me caigo de cabeza al suelo y no lo cuento.

—¡Hola! —exclama una voz masculina con simpatía.

—¡Ehhh! Hola... —consigo contestar tras evitar la caída y recuperar una postura normal. Me encuentro con un chico moreno, sin camiseta, algo sudado, guapo, fuerte, sexy. Tendrá unos treinta y pocos.

—¿Qué tal? ¿Cuánto has corrido? —me pregunta con mucha naturalidad e interés.

Emmm... ¿A él qué le importa? ¿Y yo qué sé? ¿Cómo termino esta conversación sin ser maleducada ni grosera? Pero es guapo y parece simpático, ¿por qué quiero terminar esta conversación?

—No sé. Bueno, ¡hasta otra! —Saludándole con la mano, me giro y comienzo a caminar hacia donde he aparcado mi coche.

—Oye, perdona... Solo quería...

Me giro y veo que el chico viene hacia mí. Se para justo delante.

—¿Sí? —le incito a que acabe la frase. No sé por qué. No me interesa. Aunque debería interesarme, supongo.

Hace más de dos meses que acabó mi última relación y vale que haya que pasar un tiempo natural de odio hacia el género masculino o simplemente de prudencia y protección personal, pero ya debería superarlo y ser capaz de hablar con alguien; no sé, abrirme a nuevas oportunidades. Pfff... es solo que paso. ¡No me interesa ahora mismo!

—¿Vienes mucho por aquí? No te había visto nunca —me pregunta con una sonrisa sincera que suma puntos a su atractivo.

Espera... Dice que no me había visto nunca por aquí. ¿Es que nos tiene fichadas a todas las que venimos a correr al paseo? ¡Si debe haber más de mil personas corriendo por aquí en una tarde de domingo!

Bah... No tengo que ser tan mala, seguro que es solo algo amable y

simpático con lo que iniciar conversación. Pero no me interesa.

Lo siento moreno, no está el horno para bollos.

Suspiro algo molesta, no quiero ser maleducada, es que no sé cómo acabar con esto.

—No, no soy de aquí. Estoy de viaje. —Opto por mentir—. Bueno, ¡hasta otra!

Vuelvo a girarme y emprendo el paso con más velocidad. Me parece oír un «vaya amargada» entre dientes. Pero paso de voltearme. Que piense lo que quiera. En realidad, razón no le falta. Quizá sí que estoy algo amargada. Pero tengo derecho a estarlo, ¿no?

Tras una ducha reconfortante y una cena, que consiste en un gazpacho fresco, a las nueve y poco de la noche ya estoy en la cama dando vueltas a ideas en mi mente e intentando dormirme. Pero ¿cómo voy a dormirme si hace menos de ocho horas que me he levantado? En fin.

Estoy tan aburrida de todo. Sé que he de cambiar mi actitud a una un pelín más positiva y no solo simularlo. He de dejar de fingir que estoy bien ante todos y empezar a estarlo de verdad.

Hay algo que me ronda la mente últimamente y es si algún día volveré a sentir interés por vivir, por relacionarme, por amar... Y la conclusión a la que llego es: ¡cuánto necesito una vida nueva!

ENCUENTROS EN EL SÉPTIMO PISO

Estamos en ese momento del verano donde el calor en Barcelona empieza a ser insoportable. Aunque también puedo ser yo, que lo sufro más que nadie. Soy demasiado calurosa.

Enciendo el aire acondicionado del estudio y miro por encima de mi monitor para ver si Óscar sigue ahí. Solo nos separan dos Mac pero son lo suficientemente grandes como para no vernos en todo el día a no ser que nos asomemos.

Me pongo de pie y lo veo superconcentrado en lo que sea que esté tecleando. Los dedos le van a mil por minuto, como siempre. Lleva cascos puestos. Cuando me ve, se los aparta y aparece una sonrisa de forma automática en sus labios.

—¿Cómo vas Óscar?

—Bien, acabando de configurar los cambios para la tienda. ¿Necesitas algo?

—No, no, tranquilo. Solo quería saber qué hacías; hace tres horas que hemos llegado y aún no habíamos parado.

Se ríe y vuelve la vista al monitor. Lleva su pelo castaño recogido en una coleta, apenas le llega para hacérsela. Pero le da un aire despreocupado y casi bohemio. Nada que ver con su forma de ser en realidad, controladora y meticulosa.

—¿Nos despejamos un poco? ¿Vamos a tomar el desayuno fuera? — propongo con buen humor.

Me mira inquieto antes de contestarme:

—¿Fuera?

—Sí, venga. Vamos al parque a que nos dé un poquito el sol.

—¿Tú quieres que nos aseamos? Hay casi cuarenta grados en la calle —dice señalando hacia la ventana. Me mira como si estuviera loca. Tiene razón.

—También es verdad..., pues venga, te invito a desayunar abajo en la cafetería de la Loles.

Hace un mohín y, aunque parece que se lo está pensando, asiente con la cabeza. Sé que hace un esfuerzo por mí, no le gustan los bares, las cafeterías ni en realidad casi ningún sitio público o donde haya mucha gente.

Dejamos nuestros equipos en reposo, el aire puesto automático para que al volver siga fresco el estudio y bajamos juntos en el ascensor sin decir nada. Óscar va mirando su móvil. Me pregunto quién le escribe.

No tiene una gran vida social, conozco a todos sus amigos y no son muy de escribirse mensajes pero contengo mi curiosidad. Mientras bajamos observo el *look* que lleva hoy: una camiseta de manga corta con unas palabras en inglés, un tejabo clarito desgastado y las converse de siempre. Al igual que su pelo, el *look* no tiene nada que ver con él. Pero son estas incoherencias las que lo hacen tan original y especial.

Al salir a la calle una bofetada de aire caliente nos hace pensar en volver corriendo arriba pero, acabo tirando de su brazo y entramos en la cafetería de la Loles, en el portal de al lado de nuestro edificio.

Dentro, el aire frío nos reconforta, se está muy bien y hay poca gente. Es una cafetería-bar muy de barrio. Con una barra grande al fondo y algunas mesas repartidas por todo el local. Es muy limpio, luminoso y bonito. Se está a gusto. Óscar estará cómodo.

Busco una mesa algo aislada y veo una junto a la ventana que es perfecta, es en la que me suelo sentar yo siempre que bajo a despejar-me y/o desayunar. Pero cuando me giro para señalársela a Óscar veo que ha decidido sentarse en otra mesa y voy hacia allí. Esta no está junto a la ventana, pero si es la que más le gusta, por mí perfecto.

—Nuestra mesa —me dice como si leyera mis pensamientos.

—¿Nuestra mesa? —pregunto curiosa mientras me siento.

—Sí, siempre nos sentamos aquí.

«Siempre nos sentamos aquí» se refiere a una vez que vinimos hará dos meses. Él no suele bajar mucho, siempre desayuna en el estudio.

—Cierto, la última vez nos sentamos aquí. No me acordaba —admito.

Loles se acerca a nuestra mesa enseguida. Nos mira con una libretita y un boli en sus manos y con los labios, llenos de carmín rosa, fruncidos.

—Buenos días, bellas flores. ¿Qué os pongo?

—¡Hola, Loles! A mí ponme un café con leche de soja y hielo por favor. ¡Ah!, y unas tostadas con tomate.

Loles apunta mi pedido y mira a Óscar esperando a que pida.

—Para mí un agua. Del tiempo. Gracias.

—¿Y de comer? —le pregunta ella.

—Emm... sí, vale, unas tostadas, como ella. —Óscar me señala, hace un amago de sonrisa forzada y Loles se va contenta hacia la barra con nuestro pedido.

—No deberías beber leche de soja, no sabes si la que compra Loles es o no transgénica —me regaña bajito cuando Loles ya está tras la barra.

—Óscar no empecemos —le pido con poca paciencia ya con respecto a este tema.

Se recuesta sobre su silla y levanta las manos en son de paz.

—Vale, vale. Solo me preocupo por tu vida. Eres mi socia al cincuenta por ciento, ¿recuerdas?

Sonríe divertido y parece que se relaja. Observamos la cafetería en silencio. Loles, tras la barra, prepara nuestro desayuno, un ejecutivo trajeado, sentado a la barra, bebe un café como si fuera un chupito mientras ojea el periódico. Una chica de mi edad en una mesa cercana toma un granizado mientras mece un cochecito de bebé. Y nosotros: la extraña pareja.

—Bueno, ¿qué me cuentas? —rompo el silencio.

—Nada, ya sabes. Nada nuevo que contar.

Óscar siempre tan hablador. Tendré que sacarle las palabras a la fuerza.

—¿Has ido a ver a tus padres este fin de semana?

—Sí, estuve en casa con ellos. Un infierno —responde poniendo los ojos en blanco.

Me río.

—¿Cómo está tu madre?

—Bien, te manda recuerdos por cierto, dice que el próximo fin de semana que vaya a la isla, te lleve conmigo.

—Hace muchísimo que no la veo —pienso en voz alta.

Óscar me mira fijamente y la intensidad de su mirada me atraviesa.

—Vuestras bebidas. —Loles nos deja el café y el agua.

—¿Qué me cuentas tú, Sofi? —pregunta él mientras destapa la botella de agua y bebe directamente de ella.

—Yo he pasado el fin de semana tranquila; he ido a correr, he estado leyendo... Poco más.

—Lo de siempre, entonces... ¿Ningún ligue interesante? —la pregunta va con un tono amargo aunque él cree que está sonando despreocupado. Lo conozco demasiado bien.

Me río mientras echo con cuidado el café en el vaso con los hielos.

Siempre hago un desastre llegados a este punto.

—¿Ligue interesante? ¿Desde cuándo yo tengo ligues interesantes? —pregunto mientras consigo echar el café sin bañarnos a los dos, lo cual es un logro y me felicito mentalmente por ello. No he derramado ni gota. ¡Este será un gran día! Debería comprar lotería.

—¿Desde siempre? Siempre hay algún moscardón revoloteando a tu alrededor.

—¿Me estás llamando mierdecilla? —pregunto divertida.

—¡No! —Se ríe a carcajadas y me parece que volvemos a tener quince años y estamos en el patio de instituto riéndonos de todo—. Me refiero a que..., bueno, tú ya sabes a qué me refiero. No me hagas explicarlo todo.

—No, cuéntame. —Le fuerzo un poco, vale que nos entendamos con pocas palabras, pero a este paso acabaremos hablando por telepa-tía como no se esfuerce un poco en construir algunas frases completas.

—Siempre hay alguien revoloteando a tu alrededor... Que quiere conocerte o... bueno, follarte. Ya lo sabes —esto último lo dice, nuevamente, con un ápice de amargura en la voz, siempre ha sido demasiado protector conmigo, como un hermano mayor aunque seamos de la misma edad.

—No creo que eso sea cierto. Y en cualquier caso, ahora mismo no hay nadie como ya te he dicho —contesto algo seca deseando acabar con ese tema.

Óscar y yo nos conocemos desde hace quince años. Nos hicimos amigos en el instituto y no nos hemos separado desde entonces.

Si bien es cierto que tuve alguna época en la que creí que me gustaba como algo más que un amigo, esa idea caducó enseguida y a día de hoy seguimos siendo muy amigos y, además, socios.

Sin embargo, en los últimos meses me ha dado la sensación de que él está molesto cuando le hablo de que he conocido a alguien o cuando he tenido alguna relación. Especialmente le molestaba profundamente mi última «relación» y no se lo crítico, no ahora que lo veo con perspectiva.

Pero siento como si Óscar estuviese en un plan posesivo conmigo algo extraño. No lo entiendo. Pero bueno, es solo una sensación. Tampoco sé muy bien qué piensa, eso ha sido siempre un misterio. Es la persona más hermética y críptica que conozco. Aunque es cierto que también soy la persona que mejor le conoce en el mundo y que no necesito que verbalice lo que siente, a veces me basta con mirar a sus ojos marrones oscuros para saber lo que le pasa por la mente.

—Las tostadas, chicos.

Loles nos deja las tostadas y hablamos de trabajo mientras las comemos. Óscar no me deja pagar la cuenta y acaba invitándome él. Volvemos al trabajo en silencio. El despacho está fresco y reanudo mis tareas con mucha más energía.

Cuando ya es la hora de irnos, Óscar recoge sus cosas y me mira mientras acabo de escribir un *e-mail*.

—¿Vamos, Sofi? Es la hora.

—Lo sé, pero tengo que acabar con este correo. Ve tranquilo, ya cierro yo.

—¿Seguro? —me pregunta levantando una ceja mientras carga su mochila al hombro. La imagen que da es más la de un joven de instituto que la de un empresario treintañero.

Siempre insiste en que salgamos juntos porque sabe que si me quedo por un *e-mail* es probable que mañana cuando llegue a las ocho de la mañana aún esté aquí y no haya ni dormido. Bueno, eso solo pasó una vez, pero oye, sentó precedentes al parecer.

—De verdad, acabo con esto y me voy. Pienso tomarme la tarde de relax absoluto, no voy ni a mirar el móvil —le explico con una sonrisa muy convincente.

—Está bien, ¡pues nos vemos mañana!

Se inclina y me pilla por sorpresa cuando deja un beso suave en mi mejilla. Es algo tan inesperado que ni siquiera le respondo. Nunca nos despedimos con besos. Y no es porque yo no quiera, yo soy muy cariñosa y siempre saludo con besos a todo el mundo, pero él es tan suyo que por no invadir su espacio me adapto a sus distancias de seguridad y a esas manías a las que ya me he acostumbrado totalmente.

Cierra la puerta tras de sí y, media hora más tarde, termino con el *e-mail* a una de las diseñadoras. Quiero dejar bien claro todo lo que necesito para irme tranquila. Hemos estrenado el horario intensivo de verano y esta es la primera tarde que, aunque no venga a la oficina, tampoco voy a trabajar. Claro que eso de apagar el móvil no iba en serio, ni me lo planteo en realidad.

Apago el ordenador, el aire acondicionado y miro que esté todo en orden en nuestro estudio antes de salir. Suspiro, al echar un vistazo desde la puerta, de lo bonito que es. Es un *loft* amplio, lleno de venta-nas por donde entra luz todo el día. Al ser el séptimo piso casi no escuchamos ruido de calle. Se está tan a gusto. Además, es donde estamos emprendiendo nuestro propio negocio y eso aún lo hace un lugar más especial y entrañable para mí. Cierro bien la puerta y llamo al ascensor.

Miro el móvil y no tengo llamadas ni mensajes nuevos así que mientras espero al ascensor, aprovecho para ver redes sociales; Instagram *stories* en concreto. Activo la historia de Mónica, mi mejor amiga, y sale haciendo el tonto con un filtro de marcianos de lo más raro. No puedo evitar reírme de sus tonterías, es siempre tan payasa. Subo al ascensor y no me doy cuenta de que alguien entra conmigo hasta que voy a darle al botón; entonces aparece otra mano y picamos, casi a la vez, el mismo piso.

Alzo la vista y lo que me encuentro me sorprende tanto que se me tiene que notar en la expresión. Se trata de un dios. Bueno, quizá exagere un poco. Es un hombre joven, que debe ser más o menos de mi edad, con unos ojazos azules profundos y una sonrisa radiante que ilumina todo el ascensor, o esa es la sensación que me da.

Por unos instantes me quedo en blanco total admirando sus facciones. ¡Es terriblemente guapo! Creo que hacía mucho tiempo que no veía a un hombre que me llamara tanto la atención a primera vista.

—Perdona, pensaba que me habías visto —me dice con una voz de lo más sexy, algo rasgada y muy masculina.

—No, perdóname tú —consigo decir—, estaba con el móvil en otro mundo.

—Sí, ya lo vi. —Su sonrisa se ensancha y me contagia. Qué dentadura tan perfecta. Qué barba sexy de tres días, qué hoyuelos matadores, ¡qué todo!

¡Dios!, ¿hace mucho calor en este ascensor o soy yo?

Vuelvo la vista al móvil. Intento parecer normal marcando teclas al azar; no sé ni qué estoy haciendo, tampoco importa porque no hay cobertura, así que lo bloqueo, lo guardo en el bolso y me concentro en respirar y ver como se iluminan los números de los pisos que vamos bajando. 5... 4... 3...

—Perdona, ¿trabajas aquí verdad? —pregunta tocándome el brazo con suavidad. A penas es un roce casual pero me ha puesto la piel de gallina tras su paso.

Vuelvo a mirarlo a los ojos y me concentro en seguir respirando y asentir como una muñeca. Qué profundidad. Qué azul tan intenso... Dios, no puedo apartar la vista de sus ojos.

—Claro, en el estudio del séptimo piso, ¿verdad? ¿Ese que es un *e-commerce*?

—Sí, así es —le confirmo.

Me tiende su mano y la estrecho despacio mientras las puertas se abren.

—Encantado, me llamo David —se presenta sonriente y yo respondo sonriendo como una tonta—. ¿Y tú eres...?

—Yo soy... Sofía. —Olvidar mi nombre ahora mismo no era una buena idea.

Parece que duda durante un segundo y sin soltar mi mano se inclina hacia mí, yo no entiendo muy bien el movimiento y por un momento pienso que me va a besar, pero ¿por qué iba a besarme? ¿De dónde sale ese pensamiento?

David me da dos besos inocentes y suelta mi mano mientras las puertas vuelven a cerrarse.

Sofía. Respira. Keep calm. ¿En qué estabas pensando?

—Encantado Sofía, yo estoy en la oficina de al lado, nos trasladamos la semana pasada.

—Ahhh... sí, algo me ha dicho mi socio. Una empresa de *marketing online* o algo así, ¿verdad?

Parece que le hace gracia lo que le digo y me contesta mientras yo intento darle al botón de abrir las puertas del ascensor para que podamos bajar.

—Sí, algo así.

Ese «algo así» suena misterioso, la verdad.

El botón no responde y las puertas no se abren. Miro hacia arriba en la pantallita del ascensor y veo que estamos subiendo. En fin.

—Oh vaya, ha debido de llamarlo alguien, vaya paseo nos vamos a dar —le digo algo nerviosa. No es que me gusten especialmente los ascensores, la verdad.

Respiro profundo hasta que llegamos al ático. Pero mucho antes de llegar noto una energía creciente entre David y yo. Le miro, algo tensa, de reojo y él parece muy relajado, recostado sobre la pared de al lado mirándome de arriba abajo sin disimulo. Miro mi ropa, llevo unos tejanos ceñidos, una camiseta de tirantes rosa y unas sandalias planas. De lo más normal, vamos.

Se abren las puertas en el ático y sube un señor de traje algo sorprendido de vernos allí.

—Buenas tardes —nos dice muy educado.

—Buenas tardes —contestamos casi a la vez y nos acercamos el uno al otro para hacer sitio al señor.

El trajeado pica el botón de la planta baja y empezamos a descender en silencio los tres.

Observo mejor a David, ahora que ya no me mira, y veo que lleva unos tejanos negros algo ceñidos y una camiseta negra con letras en vinilo gris oscuro que dicen «carpe diem» que le queda increíble-mente bien. Va informal pero arreglado. La camiseta marca un cuerpo definido bajo ella, tiene pinta de

estar buenísimo desnudo.

¿Desnudo? Oh, Dios, ¡vaya imagen! El calor sube por mi cuello. Me hago aire torpemente con una mano cerca de las mejillas.

Por fin llegamos al cero y salgo la primera apresurada porque me dé el aire fresco de la calle aunque en cuanto salgo, me azota un aire caliente de lo más desalentador. El señor trajeado se aleja y David, al pasar por mi lado, me sonrío.

—¡Hasta mañana, Sofía!

—Sí... claro... ehh... ¡hasta mañana! —contesto con torpeza. ¿Qué me está pasando en el cerebro?

Me sonrío abiertamente antes de irse y no puedo quitar la vista de él. Qué andares, qué espalda, qué glúteos... ¡Qué vergüenza al darme cuenta de que se ha girado y me ha visto repasándolo!

Respira Sofía. No pasa nada. Sonríe y disimula. Actúa con normalidad. Sonríe-y-disimula.

El encuentro con el vecino sexy de la oficina me deja acalorada de más durante el resto del día, que efectivamente lo dedico a relajarme e incluso tomo el sol en la piscina de mi bloque y leo una novela romántica-erótica. ¡Mis preferidas!

Lo curioso de mi lectura es que de pronto el protagonista de la novela ha dejado de ser quien era en mi imaginación para ser David. Parece como si se hubiese colado en mi mente para suplantarle todo el tiempo.

Y a la pregunta que rondaba por mi cabeza las últimas semanas parece que ya tengo respuesta: sí, volverá a interesarme alguien algún día. A la vista está. David es la prueba.

¿VALIENTE Y DECIDIDA? SÍ, CLARO. ¡UNA PERRACA CALENTORRA!

El martes llego antes que Óscar al estudio. Me avisa de que el metro va retrasado con un mensaje de WhatsApp. Ventajas de vivir a dos calles del trabajo: yo, con un corto paseo a pie, llego siempre la primera.

Me siento en mi sitio con mi vaso de café para llevar traído de casa y doy pequeños sorbos mientras se enciende mi Mac.

Alguien golpea con los nudillos la puerta. ¿Óscar se habrá vuelto a dejar las llaves? Me dirijo hacia ella y la abro.

—¿Qué pasa, Sugus, te has vuelto a dejar las llav...? —me quedo a media frase al ver a David, mi sexy vecino de oficina, que está tan cerca que me da la sensación como si el aire hubiese desaparecido para ser reemplazado con electricidad. Me cuesta respirar con normalidad. ¿Qué efecto tiene en mí este hombre? Y lo más preocupante: ¿por qué?

Él, ajeno a todo esto que me ocurre, sonrío con media sonrisa algo tímido, y es para comérselo.

—Hola... yo... quería pedirte ayuda con una cosa.

Yo en este momento le ayudaría con cualquier cosa y si fuera alguna sexual, ¡mejor! ¿En qué estoy pensando? Noto un calor subiendo por mi cuello y creo que voy a sonrojarme. Mejor no pensar en cosas sexuales. ¡Ya estamos otra vez!

Oh, Sofi, ¡CONTROL!

—Sí, claro, ¿en qué puedo ayudarte? —Sonrío intentando parecer normal y natural.

—Es en la oficina; no entiendo cómo funciona el portero automático. ¿Puedes venir un momento?

—Emmm... claro.

Hago un esfuerzo enorme por apartar pensamientos obscenos de mi mente mientras cojo las llaves de mi mesa y salgo al rellano donde me espera con las manos en los bolsillos. Lleva unos tejanos negros y una camisa gris algo

entallada que realza lo fibrado que está su cuerpo bajo ella, lo cual no puede ser casual.

¡Este hombre se compra las camisetas pensando en matarme! ¡Seguro!

Abre la puerta de su oficina, la que hay justo frente a la mía, y entramos. Nunca había estado en ella. Es bastante más amplia que la mía, pero tiene menos luz. Parece que la están decorando aún ya que tan solo hay unos muebles básicos. Se trata de un espacio diáfano y amplio, con cuatro escritorios grandes enfrentados unos a otros, una sala de reuniones grande cerrada por cristal donde se puede ver una mesa grande con unas diez sillas y un montón de equipos informáticos por conectar. Pero a pesar de no estar acabado de amueblar ni decorar, ya empieza a tener un toque sofisticado y moderno. Muy elegante. ¿A qué me dijo que se dedicaban?

David cierra la puerta una vez he entrado y me doy cuenta de que estamos solos. Me rodea y señala algo junto a mí:

—Mira, el portero automático que yo tengo es este.

—Sí, es el mismo que tengo yo —digo con aires de experta descolgando el telefonillo—. Cuando alguien llame, simplemente descuelgas el teléfono y se enciende la pantalla para que veas quién es.

—Ajá, ¿y para abrir?

David mira el aparato muy concentrado y muy cerca de mí. Noto otra vez esa energía extraña entre su cuerpo y el mío. Está muy bueno, eso salta a la vista. Pero me siento atraída hacia él por algún otro motivo que no consigo aclarar. He visto tíos buenos antes y no me he sentido así.

—Para abrir pulsas aquí. ¿Ves?

—¿Este botón? Vale. Y si no descuelgo el teléfono, ¿puedo ver quién es?

—Sí. Sin descolar el teléfono puedes darle a este otro botón y solo se encenderá la pantalla. Muy útil cuando vienen testigos de Jehová y/o yonkis.

Se ríe y a mí se me dibuja una sonrisa en los labios.

—Perfecto. Muchas gracias. Es tan... antiguo. Me daba vergüenza llamar al servicio técnico. Somos una empresa de nuevas tecnologías, eso no nos iba a dejar en muy buen lugar, ¿sabes? —Se ríe entre dientes.

—Un informático que no sabe usar un portero automático, ¿eh?

—Sí... solo que no soy informático.

—Oh, perdona, di por hecho que lo eras.

Me quedo esperando a que diga algo más... o a que se desnude, cualquiera de las dos cosas me va a parecer bien, muy bien. Pero simplemente me mira y sonrío.

—Bueno, em... gracias, vecina.

—Sí. Nada, para eso estamos, ya sabes...

O para CUALQUIER otra cosa que necesites.

Me abre la puerta y antes de que pueda moverme se inclina sobre mí. Estoy casi convencida de que esta vez sí que va a besarme. ¿Pero qué clase de fantasía se ha apoderado de mi mente racional?

De nuevo vuelvo a parecer tonta cuando me da dos besos inocentes y me dice: «hasta luego» sin que yo apenas respire. Esto no puede ser casual, ha de tener el movimiento totalmente estudiado para despistar a su víctima y dejarla perpleja al borde del colapso.

Creo que ni contesto, simplemente me giro sobre mis talones sonriendo y camino hacia mi estudio respirando con dificultad. No soy capaz de articular palabra; por mucho que pienso en ello, no se me ocurre nada que decir.

Dentro me espera Óscar que está encendiendo su equipo y da sorbos a mi café.

—Eh..., ¡que es transgénico! —le grito en broma. La voz ha regresado y mi cerebro vuelve a funcionar. ¡Ya es algo!

Se ríe tímido como si lo hubieran pillado haciendo una travesura y se sienta en su silla.

—Perdona, olía tan bien... no me he resistido a darle un sorbito.

—Tranquilo, puedes bebértelo si quieres.

Me siento en mi sitio mientras observo a Óscar que lleva el mismo *look* del día anterior solo que con una camiseta roja con dibujos de marcianos en negro.

—No gracias, yo no bebo soja, ya sabes, ni café en realidad.

—Está bien. —No quiero entrar en este debate sin fin sobre alimentación y conspiraciones gubernamentales.

Óscar se recoge los mechones rizados en una mini coleta y mientras se pasa la goma me pregunta:

—¿Dónde estabas?

—Me ha llamado el vecino, no sabía usar el portero automático.

—¿Y qué tal es? ¿De qué van?

—Es majo... Es una empresa de nuevas tecnologías o algo así, no suelta prenda. Habrá que investigarlo.

—Ya me encargo yo de hacerlo.

Y sé a qué se refiere. Óscar aparte de ser un apasionado informáti-co, tiene como *hobby* investigar a las personas o empresas. Debería dedicarse profesionalmente y cobrar por ello porque es realmente bueno el jodido.

Aún me acuerdo la última vez que tuve una cita y cometí el error de decirle su nombre y apellidos. Al día siguiente había dejado un informe sobre mi mesa sobre ese tipo, sus fotos de Facebook, los ocho perfiles alternativos que tenía, la cantidad de chicas con las que se comunicaba, comentarios en foros de porno, perfiles en infinidad de webs, su nombre real... No volví a contestarle al teléfono.

Aunque el peor hallazgo sin duda fue el de mi ex, Mark, recuerdo aún la sensación de quedarme de piedra al escuchar todo lo que había encontrado sobre él.

Estábamos en el bar de la Loles y aún era invierno. Al menos en esa ocasión, Óscar consideró que era mejor explicármelo cara a cara en vez de dejarme un informe sobre la mesa. Enterarte de que tu novio, con el que llevas varios meses saliendo, está casado y vive con su mujer es, como mínimo, una noticia difícil de digerir. Ahí Óscar estuvo avisado teniendo la decencia de llevarme al bar de la Loles y contármelo mientras tomábamos un té calentito.

Él no es de confiar mucho en las personas, pero entiendo que con la facilidad que tiene para recabar información morbosa y datos oscuros en internet, no debe ser fácil tampoco.

Hacia las once de la mañana el estómago me ruge y me apetecen tostadas de la Loles. Habitualmente me traigo el desayuno, pero es agosto y estamos casi de vacaciones, bajar a desayunar fuera me encanta y este mes me doy el capricho de hacerlo casi cada día.

—Sugus, ¿bajamos a desayunar?

Se quita los auriculares y me mira dubitativo.

—Mmmm, creo que paso. Tengo que acabar de subir los productos nuevos a la web si los queremos presentar en sociedad a la vuelta de las vacaciones. Además, no tengo hambre.

—Vale, pues bajaré yo. Si quieres te traigo una bebida llena de cafeína, azúcares refinados y leches transgénicas, que hoy he descubier-to que son tu pasión más inconfesable.

—No, gracias, todo para ti, ya he arriesgado bastante mi vida bebiendo de tu vaso hoy. Por cierto, ¿no tendrás ningún virus contagioso, no?

Me río mientras cojo el móvil y las llaves, paso de contestarle siquiera. La verdad es que es curioso que haya bebido de mi vaso con lo escrupuloso que es. Es de esos que pasa una servilleta por su vaso cuando comemos fuera.

Mientras sube el ascensor miro Instagram *stories* y veo que Mónica ha subido un vídeo hace menos de una hora hablando de que el amor es un asco.

Nota mental: llamarla en cuanto llegue a la cafetería para ver qué le ha pasado con Luis, el rollete con el que llevaba un par de meses quedando. Ya le dije yo que ese chico no quería nada con ella, que se conformaba con llamarla cuando no tenía ningún plan mejor.

Entro en el ascensor y, cuando se están cerrando las puertas, un brazo fuerte se interpone entre ellas y aparece David tras él. Se asemeja casi a una visión con esa sonrisa que me vuelve loca y el pelo algo despeinado, de lo más morboso.

¡Camión, mátame ya!

—Hola de nuevo —me dice entrando al ascensor.

—Hola.

El calor me sube por el cuello. Otra vez tan cerca de este hombre. ¡Qué tortura es esta!

Hago como que sigo mirando el móvil, pero las historias ni cargan, no hay cobertura en el diminuto ascensor. Bueno, no es tan pequeño, es que ahora que está él dentro, me falta aire. Empezamos a bajar y David me pregunta como quien no quiere la cosa:

—Oye, ¿dónde se puede desayunar algo por aquí cerca?

Se recuesta sobre la pared de mi derecha y lo miro pensativa. Está tan guapo con esa camisa gris...

—Pues aquí mismo, en el bar de la Loles.

—¿Vas para allí?

—Sí.

—Perfecto.

Sonríe y creo que da por hecho que... ¿vamos juntos? Me pongo algo nerviosa de pensarlo.

Caminamos en silencio hasta el bar de la Loles y al entrar la dueña me saluda como cada día:

—Buenos días, florecillas del campo.

David sonríe divertido ante el saludo de Loles, pero no le dice nada.

—Hola, Loles, ¿cómo va?

—No me quejo que ya es bastante, ¿verdad, cielo?

—¡Y tanto, Loles! —le digo yo con tono cómplice—, y tanto.

Voy a la mesa de la ventana donde me gusta sentarme y veo que David se sienta conmigo en la silla de enfrente, pues sí que tenía pensado autoinvitarse a mi desayuno sin previo aviso.

—¿Te importa que me siente contigo? Quería aprovechar para preguntarte

un par de cosas más del edificio, ya sabes.

A buenas horas, ¡si ya te has sentado! Y yo encantada, que conste.

—Claro, no hay problema.

Loles se acerca con sus morros rosas y un moño rubio desecho en lo alto de su cabeza. La señora por más que deba estar más cerca de los sesenta que de los cincuenta está genial y tiene siempre un aire juvenil y fresco. Además, no sé por qué me recuerda a Meryl Streep.

—¿Qué os pongo?

David me mira sin decir nada y decido pedir yo primero.

—Yo quiero un café con leche de soja y azúcar moreno.

—El *desgraciao* de cada día, vamos —aclara ella mientras apunta en su libretita.

David se ríe del comentario.

—Sí, y las tostadas de cada día pónmelas también no sea que me dé por innovar —bromeo con Loles.

—Perfecto. ¿Y a ti, bollito, qué te pongo? —pregunta repasando con la mirada a David. A esta no se le escapa nada.

—Póngame lo mismo que a ella, por favor.

Loles apunta en su libretita y se va con paso coqueto hacia la barra. Vuelvo la vista a David y veo que está poniendo en silencio su móvil; tenemos el mismo móvil por cierto.

—Tienen leche normal también.

—Ya, pero yo siempre pido soja.

Me sorprende y me quedo pensando en si será verdad.

—Bueno, ¿qué querías saber sobre el edificio?

—Vale, me has pillado, en realidad nada —dice levantando las manos en señal de inocencia—. Pero quería conocer un poco más a mi vecina de planta.

El calor sube por mi cuello a gran velocidad y empieza a inundar mis mejillas. ¿Por qué? Si solo me ha dicho que quiere conocerme.

Ufff, Sofía, empezamos mal.

David entrelaza los dedos de las manos sobre la mesa y me mira fijamente. Siento como si me traspasara y pudiera verme desnuda con esa mirada tan azul. ¡Vaya ojazos tiene el tío!

—Está bien, ¿qué quieres saber de mí?

¿De verdad quiere saber algo de mí? ¿Qué tengo yo de interesante para un hombre así? Las debe de tener haciendo cola.

—Cuéntame, ¿de qué va tu empresa?

Me decepciona un poco su pregunta. Yo quería que me preguntara mi postura sexual preferida y esas cosas.

¿Hola? ¿Esto es por el calor que hace? Sofía vuelve en ti.

—Mi empresa es una tienda *online*. Vendemos relojes.

—Uau. ¿Relojes? ¿De diferentes marcas quieres decir?

—No, tenemos nuestra propia marca —aclaro con orgullo.

—Me encantaría verlos. ¿Cuál es la web? —pregunta entusiasmado.

Saco una tarjeta de mi monedero, mientras, Loles nos deja los cafés en la mesa. Se la doy y la mira sujetándola entre sus manos.

—¿Sofía Ribeiro? CEO de WOLF WATCHES. ¡No me digas! ¿Son esos relojes con el logo de un lobo?

Asiento con una gran sonrisa. ¡Nos conoce!

—Sí, ya sé. Son muy chulos. Los llevan todos mis amigos.

—Uau, ¿en serio?

—¡Sí! Van a flipar cuando diga que conozco a la CEO. Todos querrán descuentos, ¿sabes?

—Me siento halagada, cuenta con ellos.

Me guiña un ojo y Loles aparece con las tostadas con tomate, aceite de oliva y sal. Me encantan y tengo tanta hambre que le doy un bocado algo más grande de lo que quedaría fino y delicado.

—¿Y tenéis *stock* en la oficina? ¿Podría pasar a verlos?

—Bueno... —digo tragando como puedo— tengo muestrario, pero el *stock* lo gestionan desde un almacén, no lo llevamos nosotros. Nosotros nos encargamos de la web, las redes sociales, la comunicación, las campañas publicitarias, en fin, todas esas cosas.

—Ah, ¡qué chulo! —Se guarda mi tarjeta en la cartera.

—Sí. Cuéntame qué haces tú.

Saboreo la tostada, está deliciosa. Él da un buen sorbo al café y empieza a explicarme:

—Nosotros tenemos varias líneas de negocios, pero la principal es una plataforma *online* para tiendas *e-commerce*.

—¿Y cómo es eso?, ¿plantillas para tiendas *online*?

—Sí, algo así. Tenemos el servidor, los dominios, los diseños... Quien quiere vender algo por internet paga una cuota mensual y sube los productos, nosotros nos encargamos de todo lo que es la web y demás. De forma muy resumida sería eso.

—Entiendo.

David come su tostada y aprovecho para preguntarle algo más yo:

—¿Vives cerca?

—Sí, a pocas calles; de hecho he alquilado plaza de *parking* en el edificio, pero aún no la he usado, prefiero caminar.

Eso me gusta.

—Yo hago lo mismo.

Sonríe y me parece demasiado. No puedo seguir aguantando su mirada, es tan profunda... y tan curiosa... Desvío la mía hacia la ventana. Afuera la gente camina sin saber que yo estoy pasando esta crisis de identidad sexual extrema. Bueno, me refiero a que me ha empezado a gustar un hombre como no me ha gustado nadie en la vida.

—Dime, Sofía, ¿hace mucho que estáis en este edificio?

—Pues, hará dos años pronto, estamos aquí desde que empezamos con el negocio.

—Nosotros hemos estado en un local del polígono hasta ahora, pero necesitábamos estar más céntricos y más a mano para los clientes. Creo que vamos a estar muy bien aquí.

Sí, desde luego... y yo más por tenerte al lado.

—Seguro. —Sonrío.

Loles se lleva los platos de las tostadas vacíos y yo jugueteo con la taza del café entre mis manos. Debería haberme pedido un vaso con hielo, pero no era buena idea montar el numerito del café desparra-mado por toda la mesa con este hombre delante. Es pronto para que vea mi actuación estrella.

—¿Cuántos sois en tu oficina? —me pregunta y da un sorbo a su café.

—Somos dos, Óscar y yo.

—Óscar, ¿el Sugus? Es... ¿tu pareja?

—¡No! —exclamo entre risas—. Óscar es casi como un hermano, lo conozco desde los quince años, somos muy buenos amigos y ahora muy buenos socios.

—¿Y qué piensa tu pareja de que estés a solas con tu mejor amigo todos los días?

Bien jugado, guapo.

Sonríe de lado y me dan ganas de morderle esos labios tan gruesos que tiene. ¡Uf! Es irresistible.

—No tengo pareja —confieso.

—Mejor.

¿Mejor?, ¿cómo que mejor?

Dios, me está subiendo la temperatura de nuevo. Trago con dificultad el café y le pregunto:

—Y dime, ¿cuántos sois vosotros en la oficina?

—Somos ocho. Mis dos socios, cinco trabajadores y yo.

—¿Y qué piensa tu pareja de que estés todo el día rodeado de... socios y trabajadores?

Suelta una carcajada y se le marcan los hoyuelos sexys que tiene.

—No tengo de eso. No se me dan bien.

—¿Las parejas?

—Sí, las parejas. No son lo mío.

—No lo parece —le digo yo pensativa.

—¿Ah, no? ¿Es que tengo pinta de novio formal? —Se estira la camisa y posa como si fuera para una foto.

Yo me refería a que tiene pinta de que se le dan muy bien las relaciones. Y volver loca a cualquier mujer también. Se apoya sobre los codos acercándose a mí por encima de la mesa y espera expectante mi respuesta.

—No, la verdad es que de novio formal no. Y... ¿qué es lo tuyo? —consigo preguntarle al final.

Su sonrisa se ensancha y parece que la conversación está tomando el camino que él desea.

—¿Lo mío? Sí, hay algo en lo que soy realmente bueno... algo que se me da muy muy bien.

Cada palabra suena aún más sensual que la anterior.

Creo que me podría deshacer en cualquier momento. El calor sube hasta mis mejillas y no contento con eso, se concentra entre mis piernas solo de imaginarlo. Me lo imagino en la cama, claro, ¿de qué estamos hablando si no es de eso? Cruzo las piernas de forma automática.

—¿Sí? ¿Y de qué se trata? —inquiero natural y el tono me sale mucho más sensual de lo que esperaba.

David chasquea la lengua y contesta:

—Verás, Sofía, no es algo que pueda explicarte, pero me gustaría demostrártelo si tú quisieras. Es algo que has de probar por ti misma y después podrás darme la razón o no.

Vale, estoy a punto de arder. Sus ojos brillan con mucha intensidad y aparece de nuevo esa carga eléctrica entre nosotros. El tío tiene una maldita aura sexual que me mata y creo que es culpa de esa carga tan densa, de los hoyuelos y del calor horrible que siento entre las piernas que contesto sin pensar:

—Está bien. ¿Cuándo?

Me arrepiento en el mismo momento que las palabras salen de mi boca. ¿Desde cuándo yo soy esta?

Él sonríe encantado de ser él mismo y muy habituado a esta clase de reacciones. ¡Claro! Con esos hoyuelos, ¿quién se resiste?

—Así me gusta. Una chica decidida y valiente. Pues, ¿esta noche? En mi casa.

¿¡QUÉ!?

—De acuerdo —las palabras salen solas de mi boca.

Loles se acerca tímida con la cuenta. Creo que David le impone a ella también con sus hoyuelos sexys y esa sonrisa maligna.

—Dime que serás igual de moderna ahora y aceptarás que te invite al desayuno.

Ya estoy sacando mi monedero del bolso, pero David pone su mano sobre la mía y no me deja continuar. Me encanta su contacto. Me encanta sentirle tan cerca.

—Está bien —cedo con una sonrisa.

—Por lo de esta mañana, con el portero. Es lo mínimo.

—Gracias. —Sonríó y de repente me siento tímida y cobarde. ¿Acabamos de quedar para follar o me lo he imaginado yo con esta cabecita loca?

Paga y volvemos a nuestro edificio en silencio. Cuando se abren las puertas del ascensor, me deja pasar a mi primero. Muy caballeroso, pienso. Hasta que, una vez dentro, me giro y veo que está observando mi trasero descaradamente. Tose para disimular y se sube a mi lado con una sonrisa muy pícara.

Se me escapa una risa y observo por el rabillo del ojo que David se está mordiendo el labio inferior mientras me repasa sin discreción. Vuelvo a mirarme disimuladamente para ver si es que voy vestida rara o algo, pero creo que no. Llevo unos pantalones negros de pitillo con unas sandalias negras planas y una camisa de seda de manga corta color burdeos, de lo más normal, vamos. No voy muy escotada ni nada. Aunque se me marca que tengo buenas curvas con este *look*, eso es cierto.

Los segundos se hacen largos y densos. El calor me afecta a todo el cuerpo en general y siento cercana la posibilidad de tirarme sobre él y violarlo en cualquier momento. Por suerte llegamos a la séptima planta enteros e inmóviles y salgo de primera. Me dirijo directa a mi oficina.

—Gracias de nuevo por el desayuno —le digo mientras doy pasos hacia mi puerta.

Metó la llave en la cerradura y antes de abrir, me giro para decirle adiós, pero en vez de verlo en su puerta, como me esperaba, me lo encuentro a pocos milímetros de mí. Con la mirada fija en la mía y totalmente decidido a hacer algo.

Me empuja suavemente contra la puerta y pega todo su cuerpo al mío. Me sorprende tenerlo tan cerca, pero es una de esas sorpresas agradables. La mejor sorpresa que he tenido en mucho tiempo diría yo. Sí, así de triste ha sido mi vida últimamente.

De tan cerca puedo percibir un perfume dulce y amaderado. Mmm... Muy sensual, muy en la línea de todo él. Me coge un mechón de pelo y lo pone tras mi oreja con tanta delicadeza que casi siento un escalofrío. ¿Y después? Calor. Mucho calor invadiendo todo mi cuerpo hasta la última célula.

Sus labios gruesos, jugosos y sensuales se posan muy suavemente sobre los míos unos segundos antes de volver a separarse. Ha sido solo un roce. Casi como si fuera casual. Casi como si no hubiera pasado más que en mi imaginación. Espera. ¿Ha ocurrido realmente?

—¿Acabas a las tres? —susurra poniéndome la piel de gallina.

Asiento. Aun puedo notar sus labios sobre los míos. Quiero acercarme y lamerlos como si fueran mi chupa-chup preferido.

Pero se aleja de pronto. Entra en su oficina y cierra tras de sí. Me quedo contra la puerta con cara de tonta, con la boca abierta y ardiendo a niveles desconocidos hasta el momento.

En ese momento la puerta se abre tras de mí y caigo al vacío. Suerte que Óscar reacciona rápido y me sujeta antes de que impacte contra el suelo.

—¿Sofía? Pero ¿qué haces?

Recupero la compostura mientras Óscar inspecciona el rellano.

—Nada, estaba abriendo y...

—¿Abriendo? Hace rato que he escuchado las llaves y como no entrabas... ¿Qué hacías?

—Oh, nada, estaba hablando con el vecino nuevo.

—Ah, ¿otra vez el vecino? —pregunta alzando una ceja con gesto desconfiado mirando hacia la puerta de la oficina de David.

Volvemos al trabajo y a medida que mi cuerpo vuelve a la temperatura habitual me doy cuenta de que yo no soy así. Yo nunca he quedado con un hombre para sexo. Conmigo siempre han tenido que currárselo mucho para llevarme a la cama, ¿y ahora acepto al primer café? ¿Qué va a pensar que soy? Valiente y decidida ha dicho, sí, claro. Una perraca calentorra, eso es lo que

debe pensar que soy.

Abro la aplicación de WhatsApp en el ordenador y le escribo a Mónica:

Código rojo, creo que se me ha sobrecalentado el cerebro por el calor, he quedado con un hombre esta noche.

12:22

Me responde al momento:

Mónica:

¿Qué me dices? ¿Está bueno? Cuéntame más.

12:22

Uf... para él crearon la expresión "estar bueno".
Es terriblemente sexy tía, se me ha ido la olla.

12:23

Mónica:

Haces bien. ¡Disfruta!

Y llámame en cuanto llegues a casa para contármelo todo.

Quiero los detalles escabrosos, y lo sabes.

12:13

Intento trabajar, pero tengo la cabeza en otro sitio. ¿Cómo voy a ir a su casa por cierto? Si no sé ni dónde vive. Quizá lo mejor sea rajarme. Irme a casa y hacer como que todo era una broma.

Toco mis labios con los dedos. ¿Existe este hombre en realidad? ¿Me ha besado? ¿Ha pasado o lo he imaginado? ¿Se me estará yendo la olla? ¿Nadie más lo ha visto a parte de mí?

Dios... no será como la peli de *Una mente maravillosa*, ¿no? Que empiece a imaginar gente que no existe y cosas así. Intento dejar a un lado esta línea de pensamientos algo delicada y me concentro todo lo que puedo en el trabajo.

¿TODO ESTO ES POR LOS DESCUENTOS PARA MI WEB?

A las tres Óscar recoge sus cosas y yo apago el equipo.

Bajamos juntos en el ascensor y no hay rastro de David. ¡Mejor! Así puedo huir tranquila.

Óscar vuelve a sorprenderme con un beso en la mejilla antes de irse. Después camino acelerada por la calle hasta mi casa, como si me siguieran y no sé el porqué.

Nada más entrar en casa, viene Bolita, mi gatito, a saludarme. Me deshago en mimos con él y a cambio me regala todo su repertorio de ronroneos. Mi pequeño tigre salvaje. Hace ya dos años que lo adopté y es de lo mejor que he hecho nunca.

Abro la nevera y me preparo una ensalada fresca; es lo que más apetece con el calor que hace. Mientras la como me llega un mensaje de un número que no tengo en los contactos:

Número desconocido:
«¿Te has rajado?»

16:07

Miro con los ojos muy abiertos el móvil. ¿Es él? ¿Cómo tiene mi...? Ah, ¡claro! Mi tarjeta de contacto.

Me escribe otro mensaje:

Número desconocido:
Lo digo porque no tienes mi dirección y tampoco me la has preguntado empiezo a pensar que me vas a dejar plantado.

16:08

Pensaba que hablábamos en broma.

16:09

Es todo cuanto se me ocurre decirle.

Número desconocido:

Oh, no...

Yo no suelo bromear con cosas tan serias. :(

16:09

No sé qué contestar. Me quedo mirando al móvil. Guardo su número en los contactos y vuelve a escribirme:

David:

Si te invito a cenar esta noche, ¿aceptas?

16:11

Hombre... a cenar sí que puedo ir, ¿no?

Está bien.

16:12

David:

Cocinaré yo. Ahora te mando la ubicación.

16:13

Al momento recibo su ubicación y es relativamente cerca; muy buena zona por cierto.

¿Hemos quedado para cenar?, ¿en su casa? ¿No viene siendo lo mismo que quedar para follar, pero más sutilmente? No quiero pensar en eso o entraré en un ataque de pánico. Pensemos en cenar. Sí, puedo ir a cenar con él.

Termino de comer la ensalada algo acelerada y pongo a enfriar un vino blanco que me encanta, acto seguido empieza mi sesión de belleza completa: ducha, depilación, pedicura, manicura y elección de la ropa. Me pongo un vestido camisero color salmón con un cinturón-cito dorado en la cintura. Unas sandalias doradas planas y un bolso marrón pequeño.

El pelo me lo dejo secar al natural y me queda bastante liso así que descarto la idea de achicharrarme encendiendo la plancha. Lo tengo castaño

oscuro y largo por debajo de los hombros, la verdad es que cuando me lo dejo secar natural me queda muy bien, bastante liso.

De maquillaje me pongo algo muy natural; una *BB Cream* con un poquito de tono, un *eyeliner* negro, máscara de pestañas, ¡eso sí!, como si no hubiera un mañana, y un cacao hidratante en los labios. Me miro en el espejo y me gusta lo que veo. Quizá no tenga el tipo de una modelo, pero no estoy nada mal. Estoy bastante a gusto con mi metro sesenta y cuatro de altura, mi talla cuarenta y mis curvas generosas.

No hemos quedado a ninguna hora concreta, pero a las ocho decido que es buena hora para ir hacia allí. Saco el vino blanco, lo meto en una bolsita de papel de mi marca *Wolfnoir* que tengo por casa y camino diez minutos hasta su casa. El calor ha aflojado y se está muy bien por la calle.

Cuando llego a la ubicación veo que es un bloque precioso, nuevo y moderno frente al mar. Bastante lejos de mis posibilidades. La zona es muy buena, la verdad. Me doy cuenta de que no sé en qué piso vive.

Le envió un mensaje para resolverlo:

Hola, estoy aquí... ¿Qué piso es?

20:12

La puerta se abre y un portero muy elegante de unos cincuenta años me recibe con una sonrisa.

—Buenas tardes, ¿señorita Ribeiro?

—Sí, soy yo —digo algo sorprendida.

—El señor Colton la espera en el ático. Acompañeme, por favor.

¿El señor Colton? ¿Qué apellido es ese? Ha de ser él, ¿no? A ver si me meto en el piso de otro. Estoy muy nerviosa. Ni que fuera mi primera cita, ¡por Dios! Que tengo treinta años ya. ¡Y bastantes citas en mi historial!

Pero ¿en qué momento decidí que estaba preparada para ir a casa de un hombre que acabo de conocer?

El portero muy educadamente me acompaña hasta el ascensor y cuando entro, pica al botón del ático sin entrar. Me sonrío mientras se cierran las puertas. ¿A cuántas chicas habrá enviado al ático en tan solo el último mes? Me da mucha inseguridad ese pensamiento así que lo descarto, ahora no me viene bien una crisis nerviosa.

En el resto del trayecto me pasa algo curioso, paso de esos nervios quinceañeros y la inseguridad a unas ganas terribles de verlo de nuevo, de que sus ojos se posen sobre los míos, de tocarle, aunque sea un brazo de forma casual. Todos mis nervios se transforman en una especie de ansia viva por estar ya a su lado de nuevo.

Cuando las puertas se abren me siento mucho más calmada. Descubro que en el rellano del ático solo hay una puerta y está abierta, así que entro.

—¿Hola?

Suena música suave y muy sugerente. Reconozco la canción enseguida, es «I put a spell on you» de Annie Lennox, la cual, además, me recuerda a la peli de *Cincuenta sombras de Grey*, vale será mejor no seguir por ahí o me pondré todavía más nerviosa.

—Hola, Sofía.

Aparece David con un paño de cocina echado al hombro y una gran sonrisa en los labios que ilumina de pronto todo el ático. La inseguridad que quedaba en algún resquicio de mi mente se evapora con su sonrisa y con la mirada con la que recorre mi cuerpo con disimulo. Su presencia me calma y me enciende, todo a la vez. Pero me siento a gusto y una alegría se apodera de mí por estar frente a él de nuevo.

Se me acerca mucho y me da dos besos en las mejillas.

—Bienvenida a mi humilde morada.

Sí, muy humilde... ¡Será pijo!

—Gracias... ¿Estás cocinando? Huele muy bien.

—Sí. Deja las cosas por aquí y ven conmigo.

Dejo el bolso sobre el sofá y echo un vistazo al ático mientras le sigo a la cocina con la bolsa del vino.

El ático es todo ventanas, se trata de un único espacio diáfano. Nada más entrar están delante los sofás y a la derecha una mesa de madera con seis sillas DSW supermodernas, son de plástico blanco con las patas de madera. Detrás, unos ventanales dan a una amplia terraza y en el mismo espacio, sin puertas, giramos a la izquierda y encontramos una isla con taburetes y la cocina.

El piso tiene forma de L y la cocina es el lado corto. Es toda blanca, con las paredes cubiertas de baldositas y muy luminosa. Me siento en un taburete y él remueve algo que tiene en el fuego.

Lleva unos tejanos rotos a la altura de las rodillas, una camiseta negra algo estrecha que marca todo su cuerpo y va descalzo. Sencilla-mente... me encanta. ¿Puede ser más sexy alguien en el mundo? ¿No venderán pósteres con esta

imagen? Porque si es así me pido un par para decorar mi piso.

Sigo escuchando la canción que suena sugerente en todo el piso. *I put a spell on you...* eso me pregunto yo: ¿Qué clase de hechizo me ha echado?

Se gira y se apoya en la barra frente a mí.

—¿Qué es esto? —pregunta señalando la bolsa de papel.

—Ah... He traído una botella de vino.

—No era necesario, tengo uno enfriando —dice señalando a la nevera.

—Bueno, puedes guardarlo para otra ocasión. —Sonrío.

Cuando lo saca de la bolsa se ríe y va hacia la nevera. No entiendo nada hasta que saca una botella de su interior exactamente como la que he traído yo.

—¿El mismo? ¿En serio? —pregunto sorprendida.

—¡Sí! Qué casualidad —dice mientras guarda la mía y saca la suya para abrirla—, es mi preferido.

—El mío también.

—Habrá que brindar por ello —contesta mientras saca dos copas enormes de un armario y sirve el vino en ellas.

Lo saboreamos en silencio y se nos olvida brindar. Es exquisito. Es un verdejo de Rueda. Dulce y afrutado. ¡Me encanta!

David vuelve al fuego y sigue removiendo algo que no acabo de distinguir.

—¿Qué estás cocinando?

—El menú para esta noche es *carpaccio* con tostaditas y de segundo *cuore di zucca...* Corazones de pasta rellenos de calabaza con salsa de tomate casera. Ahora mismo estoy en proceso con la salsa.

Dios mío, se me hace la boca agua y no sé si es de lo que está preparando que huele delicioso o de cómo es posible que un hombre así de apetecible, además sepa cocinar cosas tan interesantes. A cada minuto que pasa me resulta aun más deseable.

—Espero que vengas con hambre.

Asiento tímida. Me suena a proposición indecente. Que alguien me lave las ideas con agua y jabón, por favor.

Empieza a sonar otra canción que me encanta, pero no la conozco, es muy sugerente y sensual también.

—¿Qué escuchas?

—¿Te gusta? —se gira con un poco de salsa de tomate en una cuchara, la va soplando suavemente para enfriarla un poco.

—Sí.

—Es una lista de Spotify, «momento sensual» o algo así —levanta las cejas

un par de veces en plan sugerente y no puedo evitar reír—. ¿Ideal, no? Toma, prueba a ver si está a tu gusto.

David me tiende la cuchara de madera y saboreo un poco la salsa, está deliciosa.

—Mmmm, ¡qué rica!

Sonríe satisfecho y apaga el fuego.

—La pasta me espero para ponerla porque tarda tres minutos y es algo pronto, ¿no?, ¿o quieres cenar ya?

—Esperamos un poco, si quieres.

—Genial. Ven, quiero enseñarte algo.

Coge su copa y yo le imito con la mía. Me pone una mano en la cintura por la espalda y me lleva hacia el comedor por donde he entrado. El piso no es muy grande pero es muy espacioso y lo tiene decorado con un gusto exquisito, sencillo, minimalista, pero precioso. Me gustaría guardar fotos de él en mi tablero de Pinterest.

Vamos hacia la terraza que es más grande de lo que imaginaba. Me encanta en cuanto la veo. Todo el suelo es de teca oscura. Tiene un juego de tumbonas de madera oscura también con cojines blancos y unas lámparas led que iluminan tenuemente sus lados desde el suelo. Una terraza de revista, vamos. Me encantaría tumbarme en una de esas tumbonas y quedarme a vivir.

El aire es cálido pero agradable, empieza a notarse el frescor de la noche. David baja sospechosamente la mano de mi cintura y cuando creo que me va a tocar una zona que hay más abajo, se desvía por el camino y busca mi mano libre, la coge con la suya. Caminamos así hasta el final de la terraza donde descubro delante de nosotros el mar. Las vistas son alucinantes y sin querer se me escapa un suspiro. ¡Qué precioso está el mar bañado con las luces anaranjadas del atardecer! Es idílico, la verdad.

—El mar... me encanta, me da paz —dice mirando al horizonte.

—Es precioso, la verdad.

—Me quedé el piso en el momento que vi estas vistas, ni siquiera había subido a ver la habitación.

Miramos juntos al horizonte sin soltarnos las manos. Me encanta sentir el tacto de la suya, tan cálida y suave.

Doy un sorbo al vino fresquito y dulce y me parece un momento mágico.

—¿Sabes? No suelo invitar a mujeres desconocidas a mi casa.

—No es lo que parece —le digo con media sonrisa.

Él sonríe con picardía. Tira de mi mano y me lleva a las hamacas donde nos

sentamos uno frente al otro y apoyamos las copas en la mesita que hay entre ellas.

—Sabía que dirías algo así. Es lógico que lo pienses, pero de verdad, no suelo invitar a nadie a casa tan pronto.

—¿Entonces? ¿Todo esto es por los descuentos para mi web?

—¡Me has pillado! —Suelta una carcajada—. No, la verdad es que quería conocerte mejor; serás mi vecina de oficina y quiero estar seguro de que eres buena gente. —Achina un poco los ojos como si me estuviera inspeccionando.

—Claro.

—De verdad, hoy no me ha quedado claro del todo en el desayuno, por eso necesitaba más tiempo para asegurarme —bromea.

—Pues soy buena gente —aseguro—, ¿puedes decir lo mismo de ti?

Se pone serio, se inclina hacia mí y me responde:

—Prefiero que lo descubras tú misma.

Me acaricia un mechón de pelo y lo coloca tras mi oreja. Ese contacto, esa cercanía... Noto mi corazón latir con fuerza y un calor intenso subiendo por mi cuello. ¿No ha empezado así esta mañana y ha acabado besándome? Porque me ha besado, ¿no? Aun no tengo claro si lo he soñado o ha sido real.

—Pero cocino bien... ya te dije que algo se me daba bien, no me creías, ¿eh?

—Eso aún tengo que comprobarlo.

¿Así que se refería a cocinar?

Me acaricia la mejilla suavemente con su pulgar y pienso que en otra situación me sentiría incómoda por ese gesto tan cercano sin casi conocerle, pero me siento sorprendentemente cómoda, muy cómoda. No quiero que pare nunca de acariciarme.

Su perfume vuela a través de la corta distancia que hay entre nosotros y llega hasta mis fosas nasales. Dulce y amaderado, tengo que descubrir qué perfume es para aromatizar toda mi casa con él. Me contengo para no cerrar los ojos y poder sentir mejor su tacto en mi mejilla y su fragancia envolviéndome. Es casi hipnótico.

Me mira con esos ojos tan azules, un poco rasgados, y algo se enciende en mi interior: deseo. Sin duda es eso. Y todo se diluye a nuestro alrededor.

David desciende por mi piel y acaricia mi cuello sin dejar de mirarme fijamente a los ojos. Siento que me ruborizo pero a la vez quiero más. Trago con dificultad. Su caricia recorre la uve de mi escote con mucha suavidad. Mis labios se separan por la sorpresa. Él desvía su mirada a mis labios y se

muerde el inferior. ¡Es tan sexy!

Se inclina hacia mí y mientras me acaricia los brazos muy suave y terriblemente despacio de arriba abajo con el dorso sus manos, mi piel se va erizando. Cuando está a escasos milímetros de mis labios se para en seco como si se lo pensara mejor y me susurra:

—Por favor... párame si voy demasiado deprisa.

Me sorprende el tono de su voz; no lo dice sensual ni en broma. Lo dice con una nota de preocupación. Me retiro un poco para poder mirarle a los ojos y la misma nota de preocupación los inunda al momento. Acaricio su cara despacio, notando en las yemas de mis dedos su barba incipiente.

Sonrío y le contesto:

—Lo haré.

No puedo resistir un segundo más sin sentirle. Recorro la pequeña distancia que hay entre nosotros y le beso. Suavemente, solo presionando mis labios sobre los suyos. Sus labios se separan en respuesta a mi contacto y me responde al beso con delicadeza mientras acerca mi cara con sus manos.

Yo le rodeo el cuello con mis brazos y le acaricio la nuca acercándolo más a mí. No sé qué canción suena, pero de repente la escucho. Y si tuviera que escoger una banda sonora para un beso perfecto, sería esta canción, la que suena justo ahora. Su lengua se abre paso entre mis labios y me recorre muy tímidamente. Respondo y siento como si estuviéramos totalmente sincronizados. Como si David supiera exactamente cada movimiento del que sería el mejor beso de mi vida.

En mi estómago aparece un cosquilleo totalmente adolescente y me parece que sus labios son mi lugar favorito desde este momento.

Sabe un poco a mi vino preferido, pero más dulce. Es totalmente embriagador.

Cumplo mi deseo ardiente de morderle un poquito el labio inferior. Es grueso y suave. Se ríe un poco y vuelve a invadirme con su lengua juguetona. No sé cuántos minutos paso entre sus labios, pierdo completamente la noción del tiempo.

Cuando se separa un poco, me mira a los ojos mientras me aparta el pelo de los lados hacia atrás con mucha delicadeza.

—Tenía ganas de besarte desde ayer cuando te vi por primera vez en el ascensor.

—Pero si hoy en el rellano... —empiezo a decir aún dudando de que haya pasado.

—Hoy en el rellano no he podido contenerme —me interrumpe con una sonrisa tímida—, pero no había saciado mis ganas.

—¿Y ahora sí? —le pregunto algo coqueta.

Como respuesta vuelve a inclinarse sobre mí y esta vez su beso es más intenso, más profundo, menos contenido. Si es una respuesta no podía quedarme más claro que aún tiene muchas ganas de seguir besándome. Me coge por la cintura y me sienta a horcajadas sobre él sin separar nuestros labios ni un segundo.

Nuestras lenguas vuelven a encontrarse esta vez con más deseo y menos timidez.

David deja sus manos abiertas en mi espalda empujándome suavemente contra él; yo hundo los dedos en el pelo corto de su nuca.

El cosquilleo de mi estómago se vuelve un fuego desmedido en mi interior y amenaza con arrasarme entera en cualquier momento.

Cuando separa sus labios de los míos está algo jadeante y apoya su frente contra la mía.

—Es mejor que no sigas besándome así si aún quieres cenar... —dice con voz baja y algo rasgada. ¿Puede sonar más sensual? ¡Ya no quiero cenar nunca más si es por un beso así! Pero acepto.

Poco a poco Sofía...

—Está bien. —Río tímida y me muerdo el labio.

Intento levantarme para sentarme de nuevo en la tumbona de enfrente pero no me deja.

—No te alejes —susurra con tono de suplica. Sonrío.

Estira el brazo y alcanza mi copa. Me la da y coge la suya.

—Antes no hemos brindado.

—Es verdad. —Vuelvo a sonreír.

Me encanta encontrar motivos por los que brindar. Siempre he pensado que beber sin brindar es como perderse la mejor parte, casi.

—Me gustaría brindar por los momentos reales. —David alza su copa delante de mí.

—¿Los momentos reales? —pregunto antes de chocar mi copa con la suya.

—Sí, como el momento en el que conoces a alguien que eclipsa tanto tu atención que recorres todo el edificio dentro de un ascensor.

Me río recordando ese momento que tuvimos ayer.

—O como el momento en el que buscas cualquier excusa para ver a esa persona de nuevo, aunque sea algo tan inverosímil como que no sabes usar el

portero automático.

Ahogo un grito mientras me tapo la boca con una mano haciéndome la sorprendida. Aunque en realidad me sorprende, me lo había creído.

—Otro momento real es cuando en mitad del rellano algo de esa chica te atrae con tanta fuerza que te encuentras besándola sin siquiera haberlo pensado bien.

El calor me sube a las mejillas, sé que me estoy ruborizando y que se ha dado cuenta por la sonrisa satisfecha que aparece en su precioso rostro. ¿Así que le atraigo? ¿Es algo mutuo esto que siento yo? ¡Uf!

—Y mi preferido... cuando te contienes para no asustarla y es ella quien se lanza sobre ti.

—¡Tampoco es que me haya lanzado! —digo, entre risas, muy tímida.

—Estos son lo que yo llamo momento reales... son los que te hacen vibrar y sentir vivo —sentencia.

—Pues... por los momentos reales —ratifico mientras alzo mi copa y la choco suavemente con la suya.

Él sonrío y sus ojos se iluminan. Bebemos un sorbo de vino y me parece más delicioso que antes, como si mis sentidos se hubieran agudizado temporalmente. ¿Qué me hace este hombre?

—¿Te apetece cenar ya? —pregunta.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que el sol ha empezado a esconderse y todo tiene ese aura dorada tan bonita del atardecer. ¿Cuánto rato llevamos en la terraza? En mi estómago no sé detectar si tengo hambre o si es el cosquilleo adolescente que ha decidido instalarse allí. Pero asiento.

David me da un beso suave sobre los labios y me ayuda a levantarme. Me coloco bien el vestido y él me tiende su mano la cual cojo encantada. Con la copa en la otra mano, entramos juntos y vamos a la cocina.

—Siéntate, pondré la pasta a hervir.

Suelta mi mano y me siento en el taburete en el que estaba antes. Me deleito la vista observando cómo pone agua a hervir y mientras espera a que hierva, saca la pasta de una bandeja de la nevera, tiene pinta de ser casera. Coge cubiertos, servilletas y platos. Lo deja todo sobre la barra y me sonrío cada vez que nuestras miradas se cruzan. Bebemos. Sonreímos. Escuchamos la música que suena. No es un silencio incómodo de esos que tratas de llenar con cualquier parloteo. Es un silencio cómodo. Como cuando conoces mucho a alguien y no te hace falta decir nada.

—¿Cuál es tu postre preferido? —me pregunta de pronto, apoyándose sobre

la barra frente a mí.

—Mmmm. —Pienso un poco en algo que no sea sexual... ahora mismo me cuesta—. *Coulant* de chocolate blanco.

—¡Uau! Buena respuesta —dice sorprendido.

—¿Cuál es el tuyo?

—Luego te lo enseño —me contesta levantando las cejas un par de veces. Sin duda, si pienso mal es porque... ¡él me incita a hacerlo! ¡Será descarado!

En cuanto rompe el agua a hervir, David echa con cuidado la pasta en la olla. Activa el temporizador en su iPhone, lo deja sobre la barra y viene hasta mí con paso decidido. Me gira en el taburete, me separa con suavidad las piernas un poco y se encaja entre ellas pegándose a mí.

La temperatura de mi cuerpo sube instantáneamente varios grados. En un movimiento suave pero muy decidido me quita la copa de la mano y la deja sobre la barra mientras se inclina sobre mí y me besa con prisa, con ansia. Su lengua fresca y dulce inunda mi boca. Durante tres minutos somos todo labios, saliva y deseo. Su cuerpo se encaja todavía más entre mis piernas y se pega a mí. Noto su tejano sobre la tela fina de mi ropa interior. Un deseo ardiente de moverme para rozarme con él nace en lo más profundo de mi ser. Pero me contengo. Mucho. Un calor abrasador me tortura desde allí. Su beso me transmite deseo. ¿Me deseará tanto como le deseo yo a él?

El temporizador suena justo en ese momento.

David termina el beso con un mordisquito suave y se va a colar la pasta con una sonrisa malévolamente. Yo necesito un par de respiraciones asistidas para recuperarme. Me vuelvo a poner bien el vestido y siento que todo el fuego de mi cuerpo se ha concentrado justo entre mis piernas. Las cruzo y aprieto muslo contra muslo para contenerlo como puedo.

¿Y si paso de todo y me lanzo sobre él? ¿Realmente necesitamos cenar?

En esto estoy pensando mientras él apaga el fuego, se pone a colar la pasta y a emplatarla con cuidado.

—¿Por qué no vas poniéndote cómoda? Quítate los zapatos si quieres, tengo el suelo muy limpio. —Sonríe desde atrás de la barra.

—Está bien.

¿POR QUÉ SOLO PUEDO PENSAR EN ANILLOS VIBRADORES Y CONSOLADORES?

Voy al sofá y me descalzo. Me encanta sentir el suelo de madera bajo mis pies. Por un instante me imagino quitándome toda la ropa y esperándole desnuda en plan: «¿No has dicho que me ponga cómo-da?», y me río para mis adentros. Ojalá fuera más lanzada, pero no, esa no soy yo.

David lleva los dos platos a la mesa de la terraza y vuelve a la cocina a buscar los cubiertos y una bandeja con algo que parece un *carpaccio* y unas tostaditas. Yo voy también y cojo ambas copas. Me encanta ir descalza por su casa, me hace sentir curiosamente «en casa» y eso que en la mía no lo hago nunca, no sé por qué.

Nos sentamos en la mesa de la terraza uno frente al otro. Con el mar a un lado y el ventanal al otro.

Miro el plato de pasta y me encanta cómo lo ha presentado. Plato llano, los corazones rellenos llenando la base y la salsa encima justo en medio. Algo que parece queso en polvo pero tiene color oscuro lo decora todo. Huele que alimenta y me doy cuenta de que sí que tengo hambre. Me da un poco de corte, pero voy a buscar el móvil a mi bolso para hacerle una foto al plato. Me encanta fotografiar los platos de comida bien presentados. La subo a Instagram *stories*. David se ríe de mí y me dice:

—Es como bendecir la mesa, ¿no?

—Sí, algo así.

Cuando ya he hecho la foto, pongo el móvil en silencio y veo que me está esperando para empezar.

—Adelante, Pruébalo —me incita.

Cojo un corazón de pasta con mi tenedor, lo mojo bien en la salsa y lo pruebo. Está caliente y es como una explosión de sabores en mi boca. Sabe un poco dulce por la calabaza, con un toque ácido por la salsa de tomate casera y salado, a la vez que crujiente, por el queso que lleva por encima o lo que sea que sea el *topping*.

—¿Qué es lo de arriba? —pregunto señalando con mi tenedor el queso misterioso.

—Ah sí, eso es *parmeseano vegano*... Queso falso, vamos.

¿Parmeseano vegano? No lo había escuchado nunca. Pero está muy bueno.

—Está muy bueno todo... —Sonríe complacido ante mi afirmación—.

¿Eres vegano?

David empieza a comer y entre *cuore* y *cuore* me contesta:

—Se podría decir que algo así... pero no me gustan las etiquetas. Como lo que quiero aunque tengo una tendencia al veganismo, sí.

—Uau... muy interesante. Nunca había conocido a un vegano.

—Pues ya ves, somos como las personas normales... —bromea y le da un sorbo a su copa de vino.

—Sí, eso parece... de momento. —Sonrío.

Suena *Mercy* de Shawn Mendes, no es que la conozca, es que me ha gustado tanto que he usado el Shazam de mi móvil para encontrarla.

La brisa marina es tan fresca que se me olvida por momentos el calor que he pasado estos días.

La pasta es deliciosa. Como todo se le dé así de bien... No quiero ni pensar que me pongo nerviosa.

—Esto es *carpaccio* de calabacín y pepino y la salsa de arriba es una vinagreta con sirope de agave —me explica señalando la comida.

Miro el *carpaccio* que hay entre nuestros platos y asiento sorprendida. Tiene muy buena pinta así que cojo una tostadita y un poco de *carpaccio* tal como hace él y lo pruebo. Es delicioso; fresco, salado, con el toque agridulce de la salsa... mmm.

—¿Te ha gustado entonces? —me pregunta curioso mientras acabamos el plato de pasta y el *carpaccio*.

—Está todo delicioso. De verdad.

—¿Ves? Te dije que algo se me daba bien. Cocinar me encanta.

Sonrío y saboreo el último *cuore*. Me ha encantado y llena más de lo que parecía. Dios, este hombre ha conquistado mi estómago, empezamos mal. Muy mal.

—¿Quieres más?

—No, no, estoy bien. Llena mucho esto. Pero estaba delicioso. —David sonrío satisfecho y sin pensar le pregunto—. ¿Es lo que le cocinas a todas para encandilarlas?

Sonrío y me acabo el vino de mi copa que sigue fresquito.

—¿Ya te he encandilado? Vaya... Qué fácil ha sido. —Se ríe y me llena la copa de nuevo, es muy atento y está muy pendiente de mí.

—Y ahora que estoy encandilada, ¿pretendes emborracharme?

—Sí. Quiero que te emborraches para que no puedas coger el coche y te tengas que quedar a dormir; será un acto muy caballeroso por mi parte cuando no te deje ir, ¿no crees? —Me guiña un ojo y termina su pasta.

—Sí, sería todo muy bonito, pero te va a salir mal la jugada. He venido caminando así que no tendré problema en irme aunque esté como una cuba, cosa que tampoco ocurrirá. —Sonrío divertida.

—¿Caminando?, ¿borracha? Aún mejor me lo pones. ¿Cómo voy a dejar que te vayas sola por la noche borracha y andando? Oh, no, eso sí que no... —Niega con la cabeza.

—Puedes ser un caballero y acompañarme hasta mi casa.

—Sí... podría serlo... —hace una pausa y añade—: fuera de bromas, bebe tranquila que te acompañaré andando si te quieres ir. Y si no, tengo habitación de invitados donde puedes quedarte sin que implique nada más.

Yo en realidad quiero implicarme mucho con él y en varias posturas a poder ser.

—Perfecto.

—Cuéntame, Sofía, ¿cómo puede ser que una mujer como tú esté soltera?

—Pues mira, es sencillo: nadie me quiere —sentencio divertida.

—Oh, sí... claro. Menos cuentos caperucita —dice entornando los ojos y mirándome desafiante.

Doy un sorbo largo al vino. Empiezo a notarme algo achispada y sobretodo muy muy cómoda. Acaricio la teca con mis pies descalzos sintiendo todas las grietas de la madera mientras le contesto:

—Bueno, supongo que no he encontrado a la persona adecuada.

Los pies descalzos de David llegan hasta los míos y me hace una suave caricia que acaba en unas cosquillas insoportables, me río y él se ríe de mí.

—Así que es eso, ¿eh? Y..., ¿cómo sería la persona adecuada?

¿Como tú?

—No lo sé... Cuéntame mejor tú... ¿Por qué estás soltero? —Escuro el bulto como puedo.

—Bueno, te seré sincero. —Sigue sonriendo, pero por el tono de voz noto que se pone serio—: no soy una persona... ¿cómo lo diría? —Se queda pensativo por un momento.

—¿Qué le gusten las relaciones estables?, ¿es eso? —pregunto curiosa.

—No, no es eso. No es que huya de las relaciones estables, en realidad me gustaría algo de estabilidad. Pero a veces parece que sea incompatible con lo que soy o con mi forma de ver y vivir mi vida.

—¿Con «lo que eres»?

No iré a decirme que es vampiro o un hombre lobo ahora, ¿no? Ya nada me sorprendería. ¡Tengo una suerte para encontrar imposibles...!

—Sí. —Da un sorbo a su copa antes de seguir—: Poliamoroso. Aunque con este tema tampoco me gustan las etiquetas. No creo en la monogamia.

¿Monogamia? ¿Poliamor? ¿De qué está hablando? Sé lo que es ser polígamo, claro, pero ¿a qué se refiere con Poliamoroso? ¿Tiene varias novias a la vez o qué? No estará casado... ¡¿No?!

—Por tu expresión veo que te he sorprendido —me dice señalándome con su copa en la mano.

—Bueno, no esperaba esa respuesta, la verdad.

Creo que la de hombre lobo la habría encajado mejor.

—Sabes que en realidad todos somos polígamos, ¿verdad?

—¿Ah, sí? —Ahora sí que alucino.

—Sí. La monogamia es algo cultural, está impuesto por nuestra sociedad, la religión, la cultura... Pero no es lo natural. Lo biológico es que seamos más..., libres.

Libres... o sea que sí que huye del compromiso, claro.

—¿Has tenido alguna relación norm... —rectifico a tiempo, ¿quién soy yo para juzgar lo que es normal y lo que no?—, monógama?

—Sí, tuve algunas. Cuando era más joven... Ya hace algún tiempo de la última.

—¿Y en estos últimos años...?

David se levanta y recoge los platos. Me levanto para ayudarle a llevar las cosas, pero me pide que me vuelva a sentar.

—Saco el postre y te respondo.

Sonríe y desaparece en el interior. Debería aprovechar para ir al lavabo.

Entro y le pregunto desde el comedor:

—David, ¿el lavabo es esta puerta?

—Sí, la puerta que hay frente al sofá —contesta desde la cocina.

La primera puerta que abro es una habitación que tiene pinta de ser de invitados, preciosa por cierto, una cama individual y una mesita de noche, muy sencilla pero preciosa. La segunda puerta que abro... ¡Bingo!

El lavabo es pequeño pero superbonito. Todos los muebles son de madera

oscura y las paredes son blancas. Una planta muy verde que parece tropical y falsa (pero descubro que no lo es al tocar sus hojas) adorna una esquina. Todo está muy limpio y huele de maravilla por el ambientador que tiene.

Hago pis y me doy cuenta allí sentada de que empiezo a estar afectada por el vino. Hacía mucho que no bebía. Tampoco he bebido tanto, pero lo noto.

¿Poliamor? Madre mía, ¡qué buen ojo tengo...! ¡Ojo clínico!

Cuando no están casados, solo quieren sexo y ahora un polígamo o poliamoroso o lo que sea que signifique eso. Es el cromo que me faltaba en mi álbum de relaciones desastrosas y cuelgues por imposibles.

Sofía, ¿cuándo aceptarás que te vas a quedar soltera toda la vida?, me pregunto a mí misma.

Cuando acabo, me lavo las manos y limpio mis parpados, un poquito de maquillaje negro empezaba a posarse en ellos. Me gusta el aspecto que tengo, será por el alcohol, pero me veo de lo más sexy en el reflejo. Tengo las mejillas algo sonrojadas por el vino y los ojos me brillan. Mis labios están más hinchados que de costumbre y este vestido me sienta bien. ¿Será un espejo mágico? En casa nunca me siento así.

Cuando salgo, David está en la terraza con dos platos de postre sobre la mesa y su silla ahora está junto a la mía.

—No es *coulant*, pero se parece. —Sonríe señalando el postre—. Es *brownie* vegano de chocolate.

—Uau, suena bien —contesto mientras tomo asiento a su lado y cojo mi cuchara.

—Haz los honores —pide con sonrisa expectante y me señala la cuchara.

Sobre el *brownie* hay una bola de helado de vainilla que empieza a deshacerse por el calor del chocolate. Pinta delicioso. Cojo con la cuchara un poco de bizcocho y helado y lo saboreo bajo su atenta mirada.

—Mmmmm...

Cierro los ojos y todo para saborearlo mejor. ¡Delicioso! Asiento con la cabeza en señal de aprobación aún saboreándolo.

—Me alegro de que te guste.

Él también coge una cucharadita del suyo.

—Bueno, me ibas a contar cómo han sido los últimos diez años de tu vida.

Se ríe y esos hoyuelos seductores se le marcan realzando lo sexy que es.

—No se te ha olvidado, ¿eh?

—No.

Saboreo otra porción de *brownie* y pienso en qué le habrá puesto si no ha

usado huevos en la receta. ¿Y el helado? Si es vegano es que no lleva lácteos, ¿no? Tengo que informarme un poco sobre este tema, lo desconozco totalmente.

—Mis últimos diez años, en cuanto a las relaciones personales, han sido atípicos, sí, pero liberadores.

—No suena mal —confieso.

—Para nada. No he engañado a nadie, no he hecho daño a nadie, siempre ha sido todo sobre una base de sinceridad absoluta, transparencia y consenso.

Ojalá pudiera decir lo mismo de mis últimas relaciones.

—Eso es importante —digo mientras me limpio con la servilleta.

—Para mí es básico.

Y para mí.

Se apoya sobre el respaldo y mira al horizonte pensativo. En la comisura de sus labios hay un poquito de chocolate de lo más tentador. Sin pensarlo acerco mi mano y con el pulgar le limpio despacio. Me mira sorprendido, pero pronto la sorpresa se transforma en un calor infernal en mi interior cuando me coge de la muñeca y besa mi pulgar muy sensualmente succionando un poco entre sus labios gruesos.

Un hormigueo en mi entrepierna me hace apretar los muslos, otra vez.

—¿Qué más es básico para ti en una relación? —pregunto con interés en cuanto suelta mi mano y vuelvo a la realidad.

Se lo piensa bien antes de contestar:

—Sin duda, una relación, ha de hacerte vibrar.

—Define vibrar.

¿Por qué solo puedo pensar en anillos vibradores y consoladores? Realmente, ¿estoy tan necesitada?

—Es difícil definirlo... es mejor sentirlo. —Sonríe y me acaricia la mejilla suavemente—. Por ejemplo, es como ahora... este momento... Cierra los ojos —me pide.

Hago caso y los cierro.

—¿Sientes la brisa?

La siento. Es maravillosa, fresca y agradable. Es como una caricia que siento sobre todo en mis piernas desnudas y en mis brazos. Asiento como respuesta definitiva.

De pronto me sorprende algo frío sobre los labios. Sus dedos impregnados en algo me los acarician.

—¿Y este sabor...?

Succiono primero mi labio superior y después el inferior y me encanta el sabor que encuentro a vainilla allí: es el helado. Trago con dificultad y asiento sin abrir los ojos.

—Y la música suave que suena... —continúa David y su voz suena TAN sensual... Pero me concentro en la música, también ella lo es, y muy sugerente, me encanta. Asiento con una sonrisa. Este juego me gusta.

—¿Y esta caricia? Este contacto entre tú y yo... ahora mismo. —David vuelve a acariciar desde mi mejilla hasta mi escote pasando delicada y muy lentamente por mi cuello.

Tuerzo un poco la cabeza para dejar mi cuello despejado para su caricia. Esta vez es distinta a la de antes. La siento más, la siento plenamente como si no existiera nada más... Cada célula de mi piel responde ante su contacto.

—¿Lo sientes? Este momento es el presente, no hay nada más —su voz suena totalmente envolvente—. Ahora mismo somos solo tú y yo. ¿Lo sientes?

Cuando sus dedos suaves recorren con delicadeza la uve de mi escote, casi como una brisa, siento que se eriza la piel de mis brazos y a continuación la combinación de todo: su voz, sus caricias y el aliento cálido que siento tan cerca de mi oído hacen que tenga un escalofrío que recorre todo mi cuerpo. Pero uno bueno, como una vibración que radiografía todo mi interior a su paso.

Abro los ojos sorprendida por ello. ¿Qué ha sido eso?

—Eso es vibrar... —contesta como si leyera mis pensamientos y observa mi reacción con una sonrisa de satisfacción.

David está tan cerca de mí... sigue acariciando mi cuello, ahora con ternura, y observa mi piel a su paso.

—Es lo que tú me haces sentir cada vez que te veo o que estás cerca.

Dios... Si me hace sentir esto solo con unos susurros y unas caricias inocentes, no quiero ni pensar en lo que sería si nos quitáramos la ropa y nos olvidáramos del tiempo. Siento palpitar mi sexo. De verdad, es algo físico, noto latidos allí abajo. Mi sexo me pide a gritos más más David. Más, por favor.

—Me gusta esto de vibrar —le digo torpemente con una sonrisa tímida.

—Si me dejas, haré que todo tu cuerpo vibre de placer —me susurra al oído.

Uf, que alguien traiga una manguera de bomberos para apagar este fuego... Vale, pensar en mangueras y bomberos no ayuda. Agua fría. Sí, agua muy fría, helada. Hielo.

Piensa en eso, Sofía: Polo Norte.

—Esto solo es una pequeñísima muestra de todo lo que quiero hacerte sentir —continúa. Cuando sus ojos se fijan en los míos, me parecen más oscuros de pronto. Son tan penetrantes... ¡No!, no pienses en penetraciones. ¡Vas mal! Mejor en pingüinos en el Polo Norte, sí, mejor.

David se muerde el labio inferior y mira los míos. Respondo casi automáticamente, sin pensar, simplemente recorro la distancia que nos separa y los devoro.

Nos fundimos en un beso tan ardiente que el calor emana de mi cuerpo y puedo notarlo. Su lengua recorre mi boca y sus labios presionan fuertemente los míos. Sus brazos me rodean la espalda y me empuja hacia él. Yo le acaricio la nuca y tiro un poco de su corto pelo, estoy desatada. Le muerdo el labio inferior, es tan tierno y jugoso. Intento no hacerle daño pero me cuesta contenerme, es una tentación demasiado grande como para poder controlarla. Creo que jamás he deseado tanto nada ni a nadie.

Cuando nuestras bocas se separan, respiramos jadeantes. David apoya su frente en la mía y observo como su pecho sube y baja mientras recuperamos el sentido.

—¿Quieres... —empieza a preguntarme algo, pero se para y se queda pensando en cómo acabar la frase. ¡Sí, quiero! ¡¡Quiero subir a tu cama YA!! —... un café o algo? ¿Un *gin-tonic* tal vez?

¿Ein?

—Será mejor que no, se está haciendo tarde y debería irme a casa.

¿Cómo? ¡No quiero irme a casa! ¿Por qué he dicho eso?

—Está bien. Mañana hay que trabajar así que te dejaré ir por esta vez. No te me acostumbres. —Sonríe travieso y me da un beso rápido sobre los labios.

¡No! Oblígame, secuéstrame, no dejes que me vaya nunca. ¡Joder!

—Gracias.

¿Gracias? ¿Qué pasa con la conexión entre mi cerebro y mi boca? Será mejor que no diga nada más. Me levanto y voy a ponerme las sandalias al sofá. Me pongo bien el vestido por el camino y abrocho mi calzado mientras David lleva los platos a la cocina.

Tengo esperanzas, demasiado importantes, de que vuelva y no me deje ir en toda la noche. Además, este sofá parece muy cómodo para hacer cosas en él. ¿Pero en qué estoy pensando?, ¿por qué me voy? ¡No me entiendo!

David vuelve de la cocina, se apoya junto a la puerta y me mira desde allí con los brazos cruzados y una sonrisa matadora.

Cuando llego hasta él no abre la puerta, lo que me hace sentir una tonta ilusión de que algo va a pasar para no tener que irme aún. Necesito un poco más de tiempo a su lado; es demasiado bonito para que termine ya.

—Te dejo ir con una condición.

—¿Cuál?

Oh, no, no me dejes ir. ¡Te lo suplico!

—Que me dejes acompañarte a casa.

Me abraza por la cintura y me da un beso suave en la comisura de los labios.

—Está bien.

Qué remedio. Al menos tenerlo cerca unos minutos más. Me conformaré con ello.

Me coge de la mano y bajamos en silencio. Abajo el portero nos saluda nada más vernos salir del ascensor.

—Señor Colton, señorita Ribeiro...

—Buenas noches, Custodio —le contesta él.

Salimos a la calle y me doy cuenta de que aún estamos cogidos de la mano y, simplemente, me encanta. No recuerdo la última vez que paseé de la mano con alguien y me sentí así de cómoda y de conectada a esa persona.

Paseamos en silencio sintiendo la brisa fresca de la noche.

—Espero no haberte asustado con lo del poliamor —me dice de pronto.

—Oh, no... Necesitas mucho más para asustarme, estoy bastante curada de espantos. —Me río achispada.

—Mejor... porque me encantaría seguir conociéndote.

—Claro. —Trago con dificultad—. Y a mí me gustaría seguir conociéndote a ti.

—Estupendo. —Sonríe con satisfacción—. ¿Comemos juntos el jueves?

¿Pasado mañana? ¡Sí!

Como sea tan intenso con todo... Los calores me vuelven a las mejillas. Pienso en hielo, granizado, helado, helado de vainilla... Deshaciéndose por su torso mientras lo lamo entero... ¡No!

—Sí, vale, ¡genial! —Sonrío y doy gracias porque no pueda leerme la mente y ver en qué cosas estoy pensando.

—Genial. Quedamos así, aunque espero verte mañana, vecina —propone chocando su hombro contra el mío con complicidad.

—Seguro. —Sonrío como una tonta, no puedo evitarlo.

Llegamos a mi casa en silencio. En realidad tengo infinidad de preguntas,

pero no quiero parecer una estrecha monógama. ¿Es lo que soy?, ¿una estrecha monógama? Aun no tengo del todo claro qué clase de cosas implica que sea polígamo o poliamoroso.

Lo único que sé es que David me encanta. Y tiene algo que me atrae más allá de lo bueno que está o lo genial que es como persona. Así que prefiero no preguntar nada más por hoy y quedarme con que ha sido una noche increíble. Breve pero intensa. Muy intensa.

—Es aquí. —Señalo mi portería en cuanto llegamos.

—¡Qué bien!, estás muy cerquita. —Sonríe contento.

—Sí.

Antes de que me dé cuenta, estoy contra la puerta de la entrada. David me empuja contra ella en un beso apasionado e intenso. No sabe a despedida, sabe a inicio de algo mucho más intenso y goloso. Aún sabe a vainilla y es tan delicioso... De nuevo me imagino recorriendo su cuerpo tras unas gotas de helado derritiéndose... Dios, he de comprar helado de vainilla y estar preparada por si consigo hacer realidad esta fantasía.

David profundiza su beso y me pierdo totalmente en un mar de sensaciones. Sin darme cuenta flexiono un poco una rodilla levantando la pierna contra su costado y él se encaja mejor. Su sexo pegado contra el mío ejerce una presión terriblemente deliciosa.

Pero nuevamente, cuando más caldeado está el ambiente, David para. ¡La fuerza de voluntad de este hombre parece de hierro! Apoya su frente contra la mía y con sonrisa lobuna me desea buenas noches.

Me controlo para no invitarle a subir. Quiero seguir pareciendo una chica difícil un poco más. Por cierto..., ¿por qué? ¿Qué necesidad de hacernos las duras cuando lo que queremos es disfrutar sin pensar en nada más?

—Gracias por la cena y por acompañarme —le digo en cuanto puedo respirar.

—Gracias a ti por venir. —Sonríe sexy mientras me acaricia las mejillas —. Me encanta cuando te pongo roja. —Se muerde el labio inferior con deseo.

—¿Sí? Pues se te da demasiado bien.

Me da un beso veloz y empieza a alejarse. Le sonrío y entro al portal, le saludo con la mano y cierro rápido tras de mí. Prácticamente corro hasta el ascensor y pico varias veces seguidas deseando que se abra cuanto antes como si me estuviera persiguiendo un asesino en serie. Es esto o salir tras él y secuestrarlo sin retorno.

POR ESO... ¡VETE! ¡OLVIDA MI NOMBRE!, ¡MI CARA!, ¡MI WHATSAPP! ¡Y PEGA LA VUELTA!

El miércoles me despierto agitada y excitada a partes iguales en cuanto suena el despertador. Hago un esfuerzo por recordar lo que estaba soñando mientras me froto los ojos con las manos y me desperezo.

Sé que tenía algo que ver con David y con su sofá..., ¿o era con su encimera? No consigo recordarlo del todo, pero sé que era sensual y sexual, muy sexual. Una sonrisa se instala en mi cara el resto de la mañana.

—¡Buenos días! —digo quizá con excesivo entusiasmo en cuanto entro al estudio.

Óscar me mira desde su sitio algo extrañado.

—Buenos días... ¡Cuánta energía! —Alza una ceja interrogante.

—¿Cómo va? ¿Qué tenemos para hoy?

—Hoy tenemos un día tranquilito. Las diseñadoras ya están preparando la campaña de otoño. Los fotógrafos avisados para la sesión. Solucionadas las incidencias con la web... Emmm, ¿qué más? —Se reclina sobre su silla pensativo mientras yo me siento en la mía.

—Vale, genial —le contesto cuando parece que no va a decir nada más—, entonces me pondré con los contenidos para la prensa. Me gustaría reforzar la campaña publicitaria del próximo trimestre, ¿qué te parece?

—Sí, genial. Yo voy a reforzar la web ante intrusiones cibernéticas.

—¿Otra vez? —pregunto sorprendida alzándome en mi silla para poder verle la cara por encima de los Mac. Él vive reforzando la web ante intrusiones y *hackers*.

—Sí. —Se ríe tímido y se pasa la mano por el pelo suelto que ya le llega casi al hombro—. Ya sabes que cada poco me gusta repasarlo y reforzarlo, nunca estamos lo suficientemente seguros.

—¡Contigo estamos más seguros que un banco! ¡Qué obsesión! —Me río con él y vuelvo a sentarme.

Me concentro en los contenidos para la prensa del siguiente trimestre.

A las once de la mañana llaman a la puerta y me da un brinco el corazón. La idea de que tras la puerta se encuentre David me acelera el pulso sin control.

Me levanto rauda para abrir y prácticamente corro hasta la puerta. Una vez delante me pongo bien la camiseta de tirantes negra que llevo y me atuso un poco el pelo que hoy he decidido llevar suelto a pesar del calor. ¡Cuánto hay que sufrir para estar guapa! Miro de reojo a Óscar que me mira intrigado desde su silla con el ceño fruncido y expectante. El pobre no debe entender nada.

Sonrío y abro la puerta intentando parecer lo más natural posible.

—¡Hola, nena! —Mónica entra como un torbellino y me abraza.

—Mónica, ¿qué haces tú por aquí? —La abrazo también, sonrío y la miro en cuanto se separa de mí. Viene con un vestido cortísimo negro sin mangas bastante ajustado pero muy «casual». Un collar maxi plateado y unas sandalias con tacón negro. Su pelo rubio suelto y ondulado. Preciosa, como siempre, sin esfuerzo.

—Si Mahoma no va a la montaña... ¡Me tienes en ascuas!

Trae consigo una caja que intuyo se compone de donuts glaseados con diferentes coberturas y se me hace la boca agua solo de imaginarlo. Pero no quiero hablar con ella delante de Óscar; me gustaría hablarlo tranquilas, entre chicas y sin la negativa opinión de mi amigo (suele tenerla de todos los hombres que me interesan, por norma. Aunque también con razón. Vaya racha llevo de perlas).

—¿Bajamos a tomar un café? —le pregunto con rapidez.

—Vale, bueno, yo traía el desayuno —explica enseñándome la caja de donuts.

—Genial, le dejamos uno a Óscar. —Le acerco la caja a él y le ofrezco—: ¿quieres?

—¿Bollería industrial llena de azúcares refinados, químicos y colorantes? ¿A ti te ha dado un golpe de calor esta mañana? Aleja eso de mí, ¡por lo que más quieras!

Mónica se ríe de él detrás de mí.

—¡Cómo eres, Sugus! La dulzura personificada —le dice con ironía.

—Y tú eres más como este donut —le contesta él señalando uno de la caja.

—¿Me estás llamando dulce, deliciosa y apetecible? —pregunta ella apoyando una mano en su cadera, muy chula.

—Artificial y tóxica, en realidad.

—Vale... Bueno... ¿Vamos? —les corto antes de que entren en bucle.

—Vamos, no sabe lo que se pierde —bromea ella y le saca la lengua antes de cerrar la puerta tras de sí.

Bajamos en el ascensor comentando los colores de esmalte que llevamos puestos, ella rojo pasión y yo burdeos. Cuando llegamos al portal la puerta de la calle se abre y entra... ¡David!

El pulso se me acelera y la sonrisa tonta vuelve a mi cara. Pero no va solo, va junto a un moreno con unos ojazos azules tan impresionantemente atractivo que casi sin querer capta mi atención. Es igual de alto que David, va con unos tejanos oscuros y una camisa negra muy formal. El pelo engominado hacia atrás y una sonrisa que solo le falta enmarcarla con luces de *warning*. Lleva la palabra «peligro» escrita en la frente.

¡Dios! La imagen de estos dos hombres juntos es demasiado para mí en ayuno. Necesito desayunar antes de algo así.

—Buenos días, señoritas —saluda David y se para frente a nosotras.

—Hola —respondo como una tonta y una sonrisa se forma en mis labios.

—Este es Christian, mi socio. Christian te presento a Sofía —le dice señalándome.

—Oh, Sofía, ¡qué ganas tenía de conocerte! —exclama muy contento mientras se acerca para darme dos besos.

—¿Ah, sí? —pregunto, sorprendida, con una sonrisa. Me inunda un perfume fuerte y sofisticado cuando me besa.

—Sí. Me ha hablado mucho de ti. —Señala a David con la cabeza.

Mónica tose discreta, pero me basta para entender lo que quiere.

—Perdón, ehh... Ella es Mónica. Mónica, él es David y...

—Y yo soy Christian, encantado. —Se adelanta y le da dos besos.

Saltan chispas entre ellos y David y yo nos miramos divertidos al notarlos.

—Encantada —responde ella coqueta a más no poder mientras le da dos besos también a David.

Una vez terminadas las presentaciones, David está a mi lado y frente a nosotros Mónica y Christian que se vuelven a mirar.

—Perdona, ¿te conozco? —le pregunta Christian muy seductor con una sonrisa de anuncio.

—Oh, ¿quizá por mi blog? Soy Mónica de LovelyOne.

—Ahhh, ¡por supuesto! Ya decía yo que me sonabas —comenta Christian mientras da una palmada al aire.

—¿LovelyOne? —pregunta David, que parece no saber de qué hablan.

—Sí, es uno de los blogs más famosos de nuestro país.

Mónica sonríe satisfecha, le ha encantado oír eso de la boca de Christian, lo sé, aunque es totalmente cierto.

—Uau. No tenía ni idea, la verdad es que no conozco nada de este mundillo —se disculpa David.

—Tranquilo, suelen conocerme mucho más en el sector femenino. —Sonríe ella divertida.

—Bueno, no os entretenemos más —dice David, y Christian enseguida aprovecha para darle dos besos más a Mónica.

David se me acerca mucho para darme dos también a mí y antes de alejarse me susurra:

—Te recuerdo que mañana comemos juntos.

—Lo tengo presente. —Pestañeo coqueta y me regala una sonrisa encantadora.

—Un placer conoceros —Christian se despide de mi también y se van los dos hacia el ascensor.

Mónica me mira abriendo mucho los ojos cuando ya no nos ven y me susurra:

—¡Pero bueno! ¿Y esto? ¡Dime que el moreno no era el que te tiraste anoche, por favor!

—¡Mónica, por Dios! Espérate a que lleguemos a la cafetería. —Miro hacia el ascensor y confirmo que no nos han oído.

—Florecillas silvestres del campo, ¿qué os pongo? —pregunta Loles con su cuaderno de apuntar y su boli rosa con purpurina y plumas, esta mujer cada día se supera con los complementos pastelosos.

—¿Nos traes unos cafés con leche de soja y estevia? —le pido.

—Y si te damos un donut glaseado, ¿nos dejas que los comamos aquí? —le pregunta Mónica con cara de niña buena.

—Sí, pero me tenéis que dar el de fresa —dice Loles con una sonrisa que nos enseña todos sus dientes como el *smiley* de WhatsApp.

—Trato hecho. —Mónica le tiende la caja y Loles se lleva su donut rosa a juego con su carmín.

—Cuéntamelo todo ahora mismo. ¡Es una orden! —dice volviendo la atención a mí muy seria y algo agresiva. ¡Cómo es esta mujer!

Le explico a Mónica absolutamente todo y aun así me hace mil preguntas más. Siempre quiere saberlo TODO. Debería haber sido periodista en vez de

bloguera.

—¡No me digas que sabe hacer sexo tántrico! —exclama Mónica efusiva.

—¿Sexo tántrico?, ¿de qué estás hablando?

—Bueno, ya te lo contará mejor él... Tía, te ha tocado la lotería. Encima está para tomar pan y mojar.

Me alivia saber que ella también lo ve así de atractivo, así que no es que me haya vuelto loca, es que es él, que nos vuelve locas a todas.

—¿Pero y el moreno? —pregunta cuando parece satisfecha con el tema David.

—¿Christian? ¡Yo que sé! Ha dicho que era su socio, yo es la primera vez que lo veo.

—¿Y entonces no sabes si está soltero ni nada de eso?

—Pero bueno, ¿cómo voy a saber yo eso? ¿Qué ha pasado con el chico ese que estabas conociendo?

—Es historia.

Me quedo esperando a que diga algo más, pero no. Engullo un donut glaseado con vainilla y Mónica uno con chocolate. Nos bebemos el café y me explica tras hacerle muchas preguntas que su exrrollo en realidad tenía novia y no se lo había dicho.

—¿Sabes? Me recordó un poco a tu historia con Mark —explica y baja su mirada algo triste.

—Pues has hecho muy bien de huir de ese rollo, ya has visto como suelen acabar esas cosas.

—Sí... nunca la dejan, ¿verdad?

—No, no la dejan y quieren tenerte a ti en la reserva para cuando ella no tenga ganas de follar —mi tono va subiendo con cada palabra pero solo soy consciente cuando he acabado la frase. Aún tengo mucho resentimiento hacia mi ex, es evidente.

—¡Puaj! ¡Asquerosos! —dice con una mueca arrugando la nariz y me hace reír.

—Así que borra su número y olvídale... —le recomiendo y acto seguido empiezo a cantar imitando a Pimpinela—: por eso... ¡Vete! ¡Olvida mi nombre!, ¡mi cara!, ¡mi WhatsApp! ¡Y pega la vuelta! —Mónica se parte—. Así se lo dije yo a Mark y ha funcionado, no ha vuelto a llamarme. Bueno, me ha llamado cien millones de veces, pero no le he contestado nunca y al final ha parado.

—Eso mismo he hecho yo también. Además, el morenazo este me tiene

impactada.

—¡Cómo eres! Si apenas lo has visto dos minutos.

—Suficiente para saber que me lo tiraría en todas las posturas del *Kamasutra* y algunas extra que improvisaría por él.

Me río algo abochornada por su expresividad.

—¿Qué? Es verdad ¡Y tú harías lo mismo con el rubito! No digas que no, te conozco demasiado bien y he visto cómo os mirabais. ¡Cielo santo, Sofi! Tienes que echarle un buen polvo para quitarte el mal sabor de boca que te dejó Mark-el-casado-asqueroso.

—Shhhh, ¿quieres bajar el tono? —le pido, mirando a las mesas que tenemos a los lados, divertida.

—Aún no entiendo cómo no te lo tiraste anoche, pero haces bien, hacerte la dura es siempre un buen plan. En realidad te admiro, ¡cómo has podido aguantar! Eres un *crack*. Deberían hacer estampitas con tu cara.

—Después de mis últimas experiencias tampoco quiero lanzarme a nada tan rápido.

—Te entiendo nena, haces muy bien, pero a este rubio deberías lanzarte rápido y, sobretodo, ¡desnuda! —Da una palmada frente a mi cara para darle efusividad a lo último.

—¡Mónica, por Dios! —Nos reímos como niñas.

Volvemos al estudio tras nuestro dulce atracón de donuts y nuestra conversación con extra de picante.

Nos encontramos a Óscar mordisqueando una manzana, seguro que ecológica, muy concentrado en su trabajo con los cascos puestos.

—Bueno, nena, voy al lavabo y me marcho ya; te dejo trabajar. —Mónica se dirige al lavabo cuando llaman a la puerta y se para en seco emocionada—. ¡Son ellos! —exclama bajito.

—¿Cómo van a ser ellos? —le pregunto inquieta mientras voy hacia la puerta.

—¡Sí!, ¡seguro! —exclama convencida y se pone a mi lado peinán-dose un poco y adoptando una actitud natural. ¿Cómo lo hace la tía? Siempre está divina.

Abro la puerta y me sorprende ver que... ¡Encima tiene razón! David y Christian están al otro lado de la puerta mirándonos con unas sonrisas traviesas. ¿Cómo pueden ser tan atractivos? Dios, no sé ni qué decir y eso que

ahora me pillan desayunada y con cafeína en el sistema.

—Perdonad que os molestemos —dice muy educado Christian—, es que os queremos invitar a un evento que hacemos el viernes por la noche.

—¿Un evento? Suena bien. ¿De qué se trata? —pregunta Mónica tomando el mando de la conversación.

—Es un evento laboral, en realidad. Queremos dar a conocer a nuestros clientes de la zona que tenemos la oficina aquí y hemos organizado un cóctel informal en la azotea a partir de las ocho, cuando baja el sol.

—Contad con nosotras —responde Mónica por las dos sin consultarme, pero me parece bien, que conste. Cualquier cosa que implique pasar un rato con David me parece bien, en realidad.

—Él también está invitado —dice David con mucha amabilidad señalando a Óscar que está con los cascos y no se entera de nada, o finge no enterarse.

—Genial, se lo diré —respondo y nuestras miradas se encuentran.

—Perdona, Mónica, ¿me das tu número? Me gustaría llamarte esta semana para comentarte algo sobre el blog —pide Christian muy natural.

—Oh, sí, claro.

Mónica saca una tarjeta de su bolso, muy profesional ella (para tener un blog).

—Perfecto. ¿Os vemos el viernes entonces?

—Allí estaremos —confirma Mónica con su sonrisa de seducción masiva.

—Pues hasta el viernes, y que sepáis que nuestro evento acaba de ganar puntos con vuestra asistencia —comenta Christian mientras se aleja hacia su puerta.

—¡Qué exagerado! —Ríe ella divertida y encantada por su comentario.

—A ti te veo mañana —dice David sin quitarme la vista de encima.

—Hasta entonces —le contesto yo muerta de ganas.

Cierro la puerta. Mónica se apoya contra ella y empieza a bailar moviendo las caderas y alzando los brazos en señal de triunfo. Óscar parece que vuelve a la vida.

—¿Y ahora qué os pasa? ¿Tenéis un subidón de azúcares refinados? ¿Queréis que pida una ambulancia? —pregunta con malicia quitándose los cascos.

—Nos acaban de invitar a una fiesta el viernes por la noche en la azotea —contesta Mónica emocionada.

—Hombre, tanto como fiesta... Han dicho coctel informal —corrijo a Mónica.

—¿Quiénes eran esos? —pregunta Óscar.

—Los vecinos y tú también estás invitado —le informo señalándole con un dedo.

—¿Los vecinos? ¿Los de las webs? ¡Pasando! Ya me han visto el pelo.

—¡Mira que eres rancio cuando quieres! —le reprendo con tono amargo.

—Ya sabes que no me van las fiestas, ni los eventos, ni las relaciones con gente que no me interesa.

En fin.

Mónica se va, decide irse a la peluquería y reservar hora para el salón de belleza por la tarde. En mi próxima vida me pido ser blogger de moda.

Óscar y yo trabajamos hasta las tres y salimos juntos del estudio. Mientras él cierra con llave, no quito el ojo de la puerta de enfrente. Ojalá se abriera justo en este momento, me encantaría ver a David antes de irme. Pero no. Bajamos en el ascensor. Óscar me da dos besos y se marcha a casa. Yo paseo hasta la mía y me tomo la tarde libre. Aprovecho para llamar a mis padres y ver qué tal están. Hago la compra, recojo un poco la ropa y poco más. Cuando estoy preparando la cena suena mi móvil.

David:

Te pienso...

21:09

La sonrisa de tonta que tengo en la cara, no tiene nombre. Y las mariposas que de pronto revolotean en mi estómago tampoco.

Yo a ti también... ¿qué haces?

21:10

David:

Estoy tumbado en mi terrazapensando
en cuánto me gustaría que estuvieras aquí...

21:11

Las mariposas revolotean cada vez con más fuerza. La ilusión me invade y una alegría llena de amor propio me hace pensar en que él me desea tanto como yo a él. Lo cual me sigue pareciendo, como mínimo, curioso. David es

de esos chicos tan guapos y además encantadores, que podrían estar con cualquiera. ¿Qué habrá visto en mí? No me lo explico.

¿Ah, sí? A mí también me gustaría...

21:11

David:

¿Por qué no vienes ahora?

21:11

Ufff..., las mariposas pasan a ser un tsunami que arrasa con todo a su paso. Una mezcla de nerviosismo y excitación me recorre. Por una parte, la más salvaje supongo, me encantaría dejar la ensalada sosa que estoy preparando para cenar y salir corriendo hacia allí. Pero la otra, la más racional y asustadiza, creo que es demasiado pronto. Ayer cené en su casa y mañana hemos quedado para comer... no quiero correr tanto.

Me encanta su intensidad, me encanta que desee verme. Es algo que me gusta más de lo que podría imaginarme, pero me da miedo también. Todo eso de ser poliamoroso aún no he tenido oportunidad de entenderlo del todo.

No puedo. Pero mañana comemos juntos, ¿no?

21:12

David:

Estoy contando las horas...

21:13

En serio. Faltan 17 horas. :D

21:13

Jajaja.

21:13

Miro el reloj y efectivamente. Me río yo sola en medio de la cocina mirando sus mensajes. Bolita se pasea entre mis pies ronroneando y pidiendo algo de cena.

Le pongo algo de pienso para que cene y acabo de aliñar mi ensalada, le añado un poco de salmón ahumado y unas tostaditas. Un vaso bien grande de agua fría y me lo llevo todo a la mesita del sofá.

No hay más mensajes por el momento. Me pongo el pijama después de cenar, leo un rato en la cama la novela erótica que tengo a medias y disfruto de una historia amena, sexy y divertida. Que, además, la ha escrito la reina de la novela romántica-erótica del momento: mi madre Cuando se me empiezan a cerrar los ojos, dejo el libro. Miro el móvil para ponerlo en modo avión y tengo un mensaje de David reciente:

David:
Buenas noches, Sofia.

23:58

Me encanta que me haya escrito solo para desearme buenas noches. ¿Somos así de intensos los dos? Porque a mí es algo que siempre me ha gustado y que nunca he tenido en una relación. Bueno cuando tenía quince años sí, pero relaciones así, ya de mayor, no.

Buenas noches, David :)

00:01

Me despierto el jueves contenta pensando en la cita que tengo a mediodía. Me arreglo un poco más de lo normal. Me peino, me maquillo y me voy a trabajar.

—Buenos días, socia —Óscar me saluda con su sincera y cálida sonrisa en cuanto llega.

—¿Qué pasa, Sugus?

—¡Qué ganas de pillar las vacaciones! —exclama en cuanto se sienta.

—Dos días, Sugus... dos días —le recuerdo con dos dedos en alto y él responde con una sonrisa total.

La jornada junto a Óscar, pasa volando. Acepto una manzana que él me

ofrece a media mañana y desayunamos juntos en la única sala que tenemos en el estudio. Una sala que hace las veces de sala de reuniones o de cafetería. Es pequeña pero la tenemos bien equipada. Con una mininevera y una cafetera Nespresso. En invierno le damos más uso porque solemos desayunar allí. Ahora en verano no sé por qué me apetece más bajar al bar de la Loles, me despejo más al desconectar del espacio de trabajo y ver a otras personas.

Mientras nos comemos la manzana y unas galletas de espelta integral (todo de Óscar) charlamos de cosas del trabajo. Me encantaría contarle que he quedado para comer con David, pero como suele reaccionar mal a estas cosas prefiero no hacerlo. Ya habrá tiempo de hablarlo si esto va a más. De momento somos vecinos de oficina que quedan para comer. Bueno... Y que se besaron hace dos días. Tengo tantas ganas de volver a besarlo.

Reanudamos el trabajo y no dejo de mirar el reloj. Estoy deseando que sean las tres, lo cual no es nada propio en mí. Acostumbro a disfrutar de mis jornadas laborales y, además, suelo alargarlas más, que desear que sea la hora de acabar. Pero hoy es especial. Un cosquilleo en el estómago me lo confirma cada vez que miro la hora.

A las tres en punto Óscar recoge sus cosas, me da un beso en la mejilla y se despide hasta mañana. Yo tardo un poco más en apagar el Mac.

Me miro en el espejo del baño, llevo unas sandalias negras planas, una minifalda negra bastante cortita y una camiseta blanca suelta de manga corta que pone delante «Wild thing» en letras negras. Salvaje me voy a poner yo en unos minutos en cuanto le vea.

Me aplico un pelín de máscara de pestañas negra, bueno, quien dice un pelín dice tres capas, y cacao hidratante en los labios, no aplico color por si hay algún beso. ¿Habrá besos? Suspiro recordando sus labios. Lo deseo. Mucho. Me pongo un poco de perfume y lista.

A las tres y cinco abro la puerta del estudio y me lo encuentro en el rellano apoyado en la pared mirando su móvil. Alza la vista y me recorre entera. Me sonrojo, las mariposas que revolotean en mi estómago están liando una buena. Cierro con llave y cuando me giro hacia él me lo encuentro a pocos milímetros de mí.

Me falta el aire. Me empuja suavemente contra la puerta con una sonrisa juguetona y me besa. En el momento en que nuestros labios se encuentran siento alivio. Alivio físico y emocional. ¿Cómo puedo desearlo tanto? Su lengua se abre paso despacio y busca la mía. Respondo encantada al beso mientras rodeo su cuello con mis brazos. Él me coge por la cintura y me atrae

contra él. El aire se vuelve denso a nuestro alrededor y da paso a esa energía eléctrica que aparece entre nosotros. Le deseo. Cada minuto que pasa es peor.

Cuando separamos nuestros labios, respiramos algo agitados pero sonreímos hasta con la mirada.

—No podía aguantar más sin besarte... —dice mirándome fijamente a los ojos y recorriendo mis labios con su pulgar. Me derrito.

—Ni yo.

—¿Vamos?

—Sí.

Me coge de la mano y bajamos juntos en el ascensor. Me pregunta por mi día y le cuento un poco lo que he hecho mientras bajamos al *parking* del edificio. En cuanto se abren las puertas salimos del ascensor y nos encontramos con el estacionamiento prácticamente vacío; de los tres coches que quedan uno llama mi atención: un Audi A5 negro. Cuando estamos a mitad de camino, David utiliza su mando. Se encienden las luces del coche y se escucha el típico sonido de la alarma desactivada.

—Ven, es este —dice señalándolo.

—Bonito coche...

—¿Te gusta? Es nuevo.

Nos subimos y mientras me abrocho el cinturón noto ese olor a coche nuevo que suele gustar tanto a todo el mundo, a mí no tanto, pero enseguida se me olvida en cuanto veo a David al volante. ¿Puede haber una imagen más sexy?

Este chico tiene algo que me atrapa. Me gustaría poder quedarme mirándole durante horas y analizarlo para entender qué es... ¿Será su sonrisa?, ¿su forma de hablar?, ¿sus labios carnosos?, ¿su actitud misteriosa y sensual? No sé... creo que es todo.

Arranca y me lleva a comer. No sé a dónde pero tampoco me importa. Solo quiero parar el tiempo y disfrutar de esta imagen un poco más. Lleva unos tejanos cortos y un polo negro de manga corta. En los pies unas Converse negras bajas. Muy casual. Muy sexy. Muy arrancable todo en el asiento de atrás. Ya se me está yendo la cabeza. Y eso que el aire acondicionado me mantiene muy fresquita dentro del coche.

—¿Has ido alguna vez a un vegetariano a comer?

—¿Tu casa cuenta?

—¡No! —contesta entre risas.

—Pues entonces no. —Sonrío inocente.

—Este te gustará. Se está haciendo famosillo en Barcelona y a veces cuesta

bastante tener mesa, pero conozco a los dueños. Voy a menudo.

—Genial, me encantará probarlo.

Me mira con una sonrisa sincera, de esas que se le marcan los hoyuelos.

Verle conducir, con tanta seguridad, con ese punto algo agresivo pero sobretodo cuidadoso, me hace sentir cómoda y segura, y eso me encanta. No me gustan nada las tonterías al volante.

¿DÓNDE SE HA QUEDADO EL FILTRO ENTRE MI MENTE Y MI BOCA?

Llegamos enseguida al restaurante. Aparca en el *parking* de plaza Catalunya y caminamos juntos hasta el Teresa Carles, el vegetariano. La cola de personas que están esperando mesa me sorprende. No es que no sepa que existen personas que no comen carne, es que, la verdad, no me lo planteaba. Y que haya restaurantes y colas para comer en ellos, es todo un mundo nuevo para mí.

David entra seguro y habla con un argentino que parece ser el que lleva las reservas, enseguida estamos en una mesa genial para dos mirando el menú uno frente al otro. Me encanta todo cuanto veo y eso que la mitad de cosas no sé que son.

—¿Qué me recomiendas? —pregunto cerrando mi carta resolutiva.

—¿Te atreves con el gazpacho de sandía al toque de menta?

—Sí, me encanta. Qué fresquito suena.

—Mmmm —murmura pensativo mientras relee las opciones de segundo—, y la lasaña de berenjenas de segundo ¿qué te parece?

—Perfecto. Pues eso quiero yo —afirmo decidida.

—Yo pediré el gazpacho también y de segundo las verduras con tofu y salsa de vino blanco. Así lo pruebas también. ¿Te parece bien?

—Perfecto.

—¿Pedimos vino? —me pregunta sosteniendo la carta de vinos indeciso.

—Si te apetece, sí.

—Vale. —Abre la carta y revisa las opciones.

Enseguida viene el camarero, un chico joven, y espera para tomarnos nota. David pide todo lo que queremos con decisión. El camarero vuelve enseguida con el vino y nos lo sirve en las copas. En cuanto se aleja David alza la suya y me propone un brindis:

—¿Brindamos por el presente?

—Me encanta. ¡Por el presente!

Brindamos y bebemos. Es delicioso. Fresco y muy suave, con un toque

dulce como a mí me gusta.

—He pedido este porque si tu preferido era el que trajiste a mi casa, sabía que te gustaría. —Sonríe y me mira con un brillo en los ojos especial.

El azul de sus ojos hoy es oscuro, pero lo compensa con este extra de brillo que me hace quedar embobada mirándole.

—Has acertado totalmente —confirmo al saborear el vino.

—Cuéntame, ¿qué ha pasado entre Mónica y Christian? —pregunta y alza las cejas divertido.

Así que él también se ha dado cuenta. ¡Cómo para no darse...! Pero los hombres a veces son menos observadores en este sentido. Un punto para él.

—No sé... —Miro al camarero que se acerca con nuestros gazpachos de sandía—. ¿Un flechazo?

El camarero nos deja los tazones y David me mira pensativo y finalmente pregunta:

—¿Crees en los flechazos, Sofía?

Remuevo el gazpacho con mi cuchara pensando en qué contestar. ¿Creo en los flechazos? Ni lo sé. ¿Debería ser sincera y mostrarme tal como soy o responder algo sencillo y no correr el riesgo de asustarle tan pronto? Aunque bueno, es él el del poliamor. Si él fue capaz de ser así de sincero conmigo, yo también debería serlo con él.

—Antes sí... —respondo pensativa—, pero ya no... Hay días que ni siquiera creo en que exista el amor —se me rompe un poco la voz al decirlo y carraspeo para disimular, ¿aún hay algo que me duele? Ya he superado lo de Mark, o eso pensaba.

—¿Cómo no vas a creer en el amor? ¡Si es la energía que mueve al mundo! —exclama casi indignado.

Alzo la mirada interesada. Encuentro sus ojos azules fijos en los míos y se me olvida por un segundo de qué estábamos hablando. Tiene una mirada magnética como no he visto ninguna antes en toda mi vida. Las tonalidades de azul que configuran su iris parecen ir cambiando según la luz que los ilumina. Simplemente, me fascinan.

—Supongo que he tenido muy malas experiencias —confieso, algo triste, volviendo a la pregunta. Decido empezar con el gazpacho, a ver si aflojo el nudo de emociones que se está formando en mi garganta.

—¡Todos los hemos tenido! Pero no debes rendirte.

David sigue mirándome y no parece que tenga intención de comer. Deseo cambiar de tema porque sin saber por qué, todo esto remueve cosas que duelen

dentro de mí.

—Mmmm, este gazpacho está riquísimo —digo relamiéndome.

Y es cierto. Es dulce, pero a medio camino con el gazpacho tradicional, sorprende y es muy refrescante.

David acepta mi decisión silenciosa de no seguir por ese camino con la conversación y empieza a tomar su gazpacho sin decir nada más. Me siento agradecida por ello.

Después de dos cucharadas en silencio, acerca su mano por encima de la mesa y la posa sobre la mía.

—Perdona, Sofía, no quería incomodarte con ese tema.

Busco sus ojos y me parecen más expresivos que nunca. Me dan ganas de besarle.

—Tranquilo. —Sonríó—. Es solo que hay cosas que aún duelen.

Presiona levemente mi mano bajo la suya y siento su calidez. Me infunde paz; me siento mejor solo con ese leve roce.

—Si alguna vez quieres hablarlo, soy muy bueno escuchando. —Se humedece los labios y sigo pensando en cómo me gustaría besarlos.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Retira su mano de la mía y echo de menos su contacto al instante.

—Por otro lado, quiero que sepas que no solo sé escuchar también soy sincero hasta niveles desconocidos.

—Eso me gusta. —Me encanta y, en realidad, lo necesito.

—Cuando decidí vivir un estilo de vida libre y coherente con mis valores me di cuenta de que la base de todo era la sinceridad más profunda. ¿Sabes? En mi concepción de las relaciones no cabe el mentir, engañar o traicionar.

—Ya, pero cabe el tener varias novias a la vez —le digo con tono algo acusatorio sin saber bien por qué.

Sonríe travieso mientras piensa la respuesta; yo siento una punzada de celos por imaginar el tener que compartirlo con nadie. Y ni siquiera es algo mío. ¡Poliamor! ¿Pero qué locura es esa?

—No es tener varias novias, es querer sincera y libremente a todas las personas que así lo sienta. ¿Sabes? Querer bien a veces no es tener una sola novia. Puedes tenerla y quererla tan mal que la pierdas y la destroces en el proceso.

Me entristece pensar que habla de mí sin saberlo.

—Así es. —Suspiro y relajo los hombros.

El camarero retira nuestros tazones vacíos y nos trae los segundos. David,

mientras tanto, rellena las copas con vino fresquito.

—¿Quieres saber cómo quiero yo a una persona cuando la quiero? — pregunta cuando el camarero se va.

—Sí.

—La quiero tal como es, no pretendo cambiarla ni amoldarla a mí. La quiero con todo lo que ello conlleva. La quiero con todo mi ser. No pongo barreras protectoras ni límites a mis sentimientos. Solo hago lo que siento.

Vaya. Suena demasiado bien. Su mano vuelve a estar sobre la mía. Me acaricia suavemente y me fijo en lo bien que queda justo ahí.

—David, suena bien, pero en la práctica... —digo dubitativa.

—En la práctica todavía es mejor —acaba mi frase con tanta seguridad que casi me convence.

Sonreímos.

La práctica. Esto me lleva a pensar en practicar mucho con él. Sexo, claro. ¿Qué si no?

Antes de hincarle el diente a mi lasaña le hago una foto y la subo a Instagram *stories*. «Mi primera experiencia en un vegetariano», la titulo.

David me mira curioso, pero no dice nada. Pruebo mi lasaña y es sorprendente la cantidad de sabores y texturas que se deshacen en mi lengua. Es suave, cremosa, sabrosa... Tiene un *topping* crujiente que imita al queso gratinado, pero que debe ser como el parmesano vegano que me enseñó David. Saboreo el bocado disfrutando de cada sensación y ni me doy cuenta de que he cerrado los ojos hasta que David me hace volver a la tierra:

—¿Te gusta, eh?

Le miro algo tímida y él sonríe complacido.

—¿Quieres que cambiemos y así pruebas el mío? —me ofrece señalando su plato de tofu con verduras. Tiene buena pinta.

—¿La verdad? No —le confieso. Él se ríe de mí—. ¡Es que me gusta mucho este! —me quejo divertida—. Prefiero volver otro día y probarlo entonces. ¿Te parece bien?

—Siempre que me dejes volver contigo, yo encantado.

Disfruto cada bocado de mi lasaña como si fuera el primer bocado que pego en meses o como si fuera el último y tuviera consciencia de que es así.

David come su tofu con verduras y cuando me doy cuenta, el camarero está abriendo otra botella. ¿Ya nos hemos acabado la primera? ¿Cuándo ha pasado eso?

Entre lasañas y tofus me cuenta el proyecto que lleva entre manos con su

empresa y yo le escucho, atenta. Bueno, todo lo atenta que puedo ante tal distracción. Analizo, sin querer, cada movimiento de sus labios, me encanta cuando cuenta algo que le alegra porque se le escapa una sonrisa que le llega hasta los ojos. Cuando algo de lo que yo digo le hace gracia, se ríe y se le marcan los hoyuelos. ¡Son tan sexys!

Tampoco puedo ignorar su torso. Sus hombros bajo el polo se marcan trabajados y no puedo evitar imaginármelo bajo la ropa. ¿Cómo debe ser sin ropa este hombre? Esos brazos fuertes, ese abdomen... Todo él. ¿Me lo puedo pedir de postre?

—¿Te aburro? —pregunta alzando una ceja.

—¡No! Perdona. Me he distraído —respondo torpe intentando sonar natural—, pero me encanta saber más sobre lo que haces, es muy interesante y me encanta ver cómo te apasiona.

—¿Crees que me apasiona mi trabajo? —inquieta sorprendido mientras juega con su copa de vino dándole vueltas sobre la mesa sin quitarme ojo de encima.

—Sí, lo veo en tus ojos.

—Mi madre siempre dice que lo que no digo con palabras, lo digo a través de los ojos. Siempre han sido muy expresivos y me han delatado. —Levanta las manos como declarándose culpable.

—Me encantan —confieso sin pensar. ¿Dónde se ha quedado el filtro entre mi mente y mi boca?

—¿Mis ojos? —pregunta sorprendido.

—Sí... son... tan... profundos... —Hasta hace un rato me costaba mantenerle la mirada fija, me ponía nerviosa. Pero el vino me hace más valiente. ¿No quería sinceridad? Pues la va a tener.

—Tú sí que eres profunda... Y me encantas.

Se muerde el labio inferior y sé que me desea. Yo me sonrojo. Quizá el vino no me envalentone tanto al fin y al cabo.

El camarero aparece para retirar los platos y nos deja la carta de postres. David se la devuelve antes de que pueda abrirla.

—No necesitamos la carta, queremos *coulant*, ¿los dos? —Me mira a la espera de mi confirmación con una sonrisa seductora y yo asiento encantada. Me sorprende que haya tenido en cuenta ese detalle. Es mi postre preferido.

—¿Sabes, Sofía? Creo que nos hemos conocido por algo —arguye en cuanto el camarero se aleja, apoyando los codos en la mesa e inclinándose un poco hacia mí.

—Sí... porque somos vecinos de oficinas —replico quitándole hierro a la cosa.

—Sí. Y porque soy todo cuanto necesitas también —dice convencido, tanto que casi vuelve a convencerme a mí también. Debería dedicarse a las ventas, a mí me lo vendería todo, al menos.

No puedo evitar reírme. Pero no me río de él, sino de la seguridad con la que lo dice.

—¿Ah sí? ¿Y por qué estás tan seguro de eso?

Su mano vuelve a hacer círculos suaves sobre la mía. Un cosquilleo nace sobre mi piel y navega hasta lo más profundo de mi ser.

—Porque aunque ahora aún no lo sepas, me darás la razón si me das la oportunidad de demostrártelo.

Demuéstrame todo lo que quieras. Esta noche mejor que mañana. ¿Qué tal ahora, sobre la mesa?

—¿Y cómo sería eso? ¿Qué me estás proponiendo? —pregunto haciéndome un poco la dura.

Acabo el vino de mi copa, lo necesito. Está muy fresco y tiene un punto dulce que me encanta.

—Sería dejarte llevar... Sentir a cada momento lo que vivas; explorar nuevos límites, conocerte mejor, ser más tú misma.

¿Dónde hay que firmar? Me lo ha vendido. Todo.

—No suena mal.

—No, ¿verdad? —Inclina la cabeza un poco y parece que estuviera analizándome; me mira tan intensamente...

El camarero nos trae los *coulants* y degustarlo es lo más parecido a un orgasmo que he tenido en meses. Vale, empiezo a estar necesitada. No entiendo nada. ¿Por qué es vegano? ¿Y por qué está tan increíblemente bueno? ¿Y por qué yo estoy tan salida? ¡Es el mejor *coulant* que he probado nunca! ¿O es que estoy muy borracha y he entrado en esa fase de amar la vida y que todo me parezca maravilloso? Suele tener ese efecto el alcohol en mí.

—Tienes un poco de chocolate... —indica David y me limpia la comisura de los labios con su pulgar. Después se lo succiona entre sus gruesos labios y me doy cuenta de lo cachonda que estoy, es peor de lo que me pensaba. Trago con dificultad y él se ríe. ¿Notará el efecto afrodisíaco que tiene sobre mí todo lo que hace?

—Y dime, si acepto tu propuesta..., esa de dejarme llevar... ¿Qué supondría? —pregunto como quien no quiere la cosa.

—¿Tienes que saberlo todo?

—Mmmm..., sí —contesto con una sonrisa.

Se ríe de mí. Pero me encanta. El sonido de su risa es de los mejores sonidos que he escuchado en mucho tiempo. Es sexy, masculina y contagia alegría.

—Pues en la vida no siempre se sabe ni se puede controlar todo. Hay cosas que... simplemente pasan.

—¿Cómo qué?

Sonríe seguro justo antes de levantarse de su sitio y venir hasta donde estoy. Se inclina, me coge la cara entre sus manos, me mira los labios y se acerca con decisión hasta ellos.

Me besa profundamente. No como si estuviéramos en medio de un restaurante, sino como si hiciera años que desea besarme y nada más importara que este momento entre él y yo. Su lengua se abre paso entre mis labios y encuentra la mía. La acaricia suave pero con decisión. Sabe a chocolate y desde este momento se ha clasificado como mi beso preferido.

¿Será así cada beso que me dé? ¿Mejor que el anterior?

Me da varios besos rápidos sobre los labios, después se endereza y da un par de pasos hasta su sitio mientras comenta con voz ronca y pícaro:

—Me refería a cosas como esta.

—Ya veo... —contesto algo agitada. ¡Lo que me faltaba ya!, que me encendiera así con sus besos calientes y sabrosos. ¡Quiero más! Muchos más.

David toma asiento en su sitio y busca mi mano por encima de la mesa.

—¿Te he dicho cuánto me encantas? —pregunta mirándome fijamente a los ojos con su mirada azul oscura.

—La verdad es que no.

Siento un cosquilleo en el estómago. Él me encanta demasiado a mí.

—Pues ya te lo diré.

—Dímelo ahora, ¿no? —pido divertida.

—Primero dime cuánto te encanto yo —demanda juguetón y acaricia mi mano suavemente con la yema de sus dedos.

—¿Cuál es la escala?

Se ríe y se lo piensa acariciándose la barbilla con la otra mano.

—¿Del uno al cien?

Trescientos.

—Mmmm —murmuro haciéndome la pensativa mientras él hace morritos y espera mi respuesta—. Me encantas... ¿Un treinta por ciento?

—¡Oh! —exclama ofendido—. ¿Solo treinta? ¿En serio? Mejor te dejo comer sola y me voy... Porque eso es que te caigo fatal, ¿no?

Hace como que se va a levantar de la mesa y yo aprisiono su mano reteniéndole no sea que por un momento haya pensado en irse de verdad. Nos reímos los dos.

—No te vayas. No es que me caigas bien treinta, es que ME ENCANTAS treinta... Es mucho, ¿sabes? —me defiendo.

—Ahhh, esto ya me gusta más. ¿Cómo puedo llegar a cien?

—Eso tendrás que descubrirlo tú solo. —Pestañeo coqueta.

—Está bien... ¿Hemos dicho que cien era el máximo? Mmmm..., entonces... tú me encantas... ciento veinte. —Se muerde el labio inferior sonriendo.

Cosquilleo convirtiéndose en un tsunami en tres, dos, uno...

—Me encanta cuando te pongo roja.

Oh, no, ¿ya estoy roja? Cruzo las piernas y presiono un muslo contra el otro. Siento un ardor en mi centro que me llama a gritos, no puedo seguir así mucho más tiempo. ¿Y si me voy con él al baño? Espera... ¿Yo a practicar sexo salvaje y desenfundado al baño de un vegetariano? ¿Desde cuándo soy esta? ¿Dónde está Sofía?

—Ciento veinte... Uau... —no sé qué decir.

—Sí, es mucho... En cualquier momento empiezo a acosarte o te secuestro, no sé. ¿Qué prefieres? —Rellena mi copa con lo que queda de la segunda botella de vino. ¿Nos hemos bebido dos? Así estoy. Buf. Si pasan una cerilla cerca de mí, puedo arder durante varios días entre el alcohol y el deseo que siento.

—El acoso no está mal para empezar... El secuestro no lo descartes tampoco —mi tono de voz suena seductor y me sorprende incluso a mí misma.

—Mmm... Así lo haremos. ¿Esto significa que vas a darme una oportunidad? —pregunta ilusionado.

—Una oportunidad... —repito mientras pienso en ello—. ¿De qué exactamente?

Sonríe travieso.

—De enseñarte mi mundo, de romper tus barreras, de conocernos mejor, de lo que surja...

Suena tan tentador. Mi juicio está tan nublado por el deseo que debo reprimirme para no lanzarme sobre él y comérmelo entero ahora mismo en forma de respuesta.

—Sí.

Me mira sorprendido y se inclina hacia mí por encima de la mesa para estar más cerca.

—No te arrepentirás, lo prometo —susurra con la mirada fija en la mía.

Me transmite tanta confianza y seguridad que me creería cualquier cosa que me dijera ahora mismo, creo que confío más en él que en mis últimos ex. Ojalá no me equivoque... no sé si podría soportar una nueva decepción así.

David pide la cuenta y no me deja pagar aunque insisto varias veces.

—Me invitas a cenar el viernes después del cóctel y estaremos en paz, ¿te parece bien? —pregunta mientras paga con su tarjeta.

—Está bien. —Sonrío. Me encanta saber que el viernes vuelvo a tenerlo un ratito para mí.

Salimos de Teresa Carles con la barriga llena y de la mano. Paseamos un poquito para bajar la comida y siento lo mareada que estoy por el alcohol. No es que vaya borracha pero estoy en ese punto en el que la vida es maravillosa, el filtro entre lo que pienso y lo que digo ha desaparecido y una euforia creciente me cosquillea por dentro.

Cuando llegamos a su coche me pregunto a dónde iremos ahora. ¿Me llevará a casa? ¿Iremos a la suya? Estoy pensando en eso mientras cierro la puerta. Cuando busco el cinturón para ponérmelo noto su mano acariciando mi pierna y subiendo. Y subiendo más. Así que dejo que el cinturón vuelva a su sitio de golpe y lo miro entre sorprendida y encantada.

PARA SER POLÍGAMO, ESTÁS HACIENDO MUCHOS PLANES CONMIGO

Ha encendido el coche, el aire frío empieza a aparecer por la ventilación y me mueve el cabello suavemente. Suena una música tranquila de fondo en su radio, reconozco la canción, aunque no es muy conocida a mí me encanta. Se llama *Somebody Else* y es de The 1975.

David me dirige una mirada intensa, serio, sexy a rabiar y noto como el calor me sube a través de sus caricias.

—Tenía pensado llevarte a casa... —dice con un tono de lo más sensual.

—¿Y... has cambiado de idea? —pregunto con muchísima ilusión pensando en que iremos.

Su caricia sigue subiendo por encima de mi ropa y separo las piernas sin pensar. Quiero que siga subiendo... ¡Lo necesito! ¡YAAAA!

—No... Pero no debo conducir, al menos por un rato.

Ah, claro, él también ha bebido. ¿Entonces?

—Claro... No hay problema.

Mi respiración se hace densa cuando sus caricias llegan al punto donde más lo deseo. Una carga sexual se enciende entre nosotros y llena todo el coche creando una atmósfera de deseo que difícilmente podré resistir.

—Tendremos que hacer algo de tiempo... —susurra y se inclina sobre mí besando mi cuello mientras sigue acariciando por encima de mi tanga en círculos muy suavemente.

—Sí.

Todo el deseo que hemos acumulado en los últimos tres días se nota. Pongo mi mano en su pierna y empiezo a subir, como ha hecho él conmigo, por encima de su pantalón. Él sigue encendiéndome con sus caricias circulares y aplicando presión en mi hendidura. Quiero apretar los muslos y apresarlos allí, pero mantengo las piernas sutilmente abiertas para que pueda acceder bien a lo que quiera.

¡Por fin me está tocando! Llevo deseando esto creo que desde el primer

momento en que lo vi. ¿Deseará tanto él esto como yo? Parece que sí... por la intensidad de sus caricias.

Lame mi cuello muy lentamente y me pone la piel de gallina. Un escalofrío de placer me recorre entera. Mi cuerpo vibra bajo sus atenciones.

Subo mi mano por su muslo y me encanta lo que encuentro. Palpo su excitación entera, está muy duro y prieto contra la cremallera. Lo acaricio a lo largo descubriendo su longitud que, además, no está nada, pero nada mal. Noto como crece bajo mis caricias y me pone a mil saber que está tan excitado como yo.

Hay un momento en el que me olvido de que estamos en un *parking*, seguramente con cámaras y gente pasando cerca en cualquier momento. Aunque ahora empiezo a estar contenta de que haya bajado tantas plantas habiendo sitio en las anteriores, estamos en la planta más solitaria. Solo pienso en desnudarle y montarme sobre él hasta saciar mi deseo, lo cual podría llevarme varios días enteros.

Sigo acariciando su erección y con la otra mano hundo mis dedos en su pelo y tiro de él para acercar su boca a la mía. Nuestras miradas se encuentran por un segundo y veo el profundo y salvaje deseo que hay en sus ojos. Los míos deben de estar igual.

Me lanzo a su boca y saboreo con ansia sus labios gruesos y jugosos. Están calientes y me reprimo para no morderle tan fuerte como me gustaría. Su lengua se abre paso entre mis labios y juega con la mía, totalmente acompasadas, totalmente en conexión.

Busco la cremallera con mi mano derecha. Desabrocho el botón de su pantalón y bajo la cremallera despacio. El bulto de sus calzoncillos sobresale hacia afuera.

Él sube más mi falda negra y me sigue acariciando por encima del tanga que está totalmente húmedo de mi deseo por él. Echo una mirada rápida a nuestro alrededor para controlar que seguimos sin espectadores y me tranquiliza ver que está todo oscuro y tranquilo.

Bajo un poco su calzoncillo liberando su erección y empiezo a acariciarle directamente sobre su piel. Está caliente, suave y muy muy duro. Lo acaricio de arriba a abajo presionando ligeramente cuando llego a la base de su pene.

Deja de besarme por un momento para morderme el lóbulo de la oreja. Se me escapa un gemido y aprovecha para meter sus dedos bajo el tanga y hundir dos de ellos dentro de mí. Gimo de nuevo en su oído y noto como se vuelve pesada su respiración en el mío.

—Me encanta lo que me ha-haces Sofía... —susurra entrecortado.

Sigo masturbándole ahora con un poco más de ritmo y él avanza y retrocede con sus dos dedos dentro en mí. Noto lo mojada que estoy y creo que nunca lo he estado tanto.

—A mí me encantas tú, David —murmuro muy sensual y oigo como un gemido profundo y masculino sale de su garganta.

Me excita tantísimo que creo que me voy a correr. Dios. El coche sube varios grados de temperatura en pocos segundos a pesar del aire acondicionado.

Sus dedos empiezan a dibujar círculos dentro de mí golpeando contra un punto interno muy sensible y un cosquilleo de placer empieza a extenderse por mi interior. Estoy a punto. Sin duda, David sabe bien lo que está haciendo.

Acelero los movimientos de mi mano y oigo sus gemidos en mi oído, lo que me indica que él también está a punto.

De pronto me para con su mano y no me deja seguir tocándole. Me la pone sobre su muslo para que me esté quieta.

—Quiero hacer que te corras —susurra mirándome fijamente a los ojos.

Su deseo viaja a través de mis sentidos activando absolutamente todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo, sus dedos ágiles entran y salen, el resto de dedos, presiona la zona desde fuera y con la otra mano se mete dentro de mi escote y busca mi pezón izquierdo por dentro del sujetador, lo pellizca cuando lo encuentra y tira ligeramente de él.

Un tsunami de placer me invade y me arrasa. Todo mi cuerpo se tensa y arquea sobre él. Me corro mordiendo suavemente su cuello y gimiendo de placer.

Dios, voy a necesitar unos segundos para volver en mí misma o quizá unas cuantas horas. Me dejo caer sobre su hombro e intento recuperarme y volver a la vida. El alivio que se extiende por todo mi cuerpo es lo más agradable que he sentido en meses. El aire fresco de la ventilación me calma y refresca. De pronto vuelvo a escuchar la música suave que suena y miro hacia afuera del coche preocupada por si alguien nos ha visto. Pero todo sigue tranquilo y despejado. Respiro agitada mientras me recupero poco a poco y él busca mi mirada levantando mi barbilla con suavidad.

—¿Todo bien? —pregunta con un tono íntimo y muy cómplice que me encanta.

—Demasiado bien —confieso con una sonrisa post-orgasmo-alucinante. Debo estar roja como un tomate.

Veo asomar su erección en su pantalón y vuelvo a acariciarle. Quiero que él también se sienta como yo. Lo deseo tanto...

Pero él vuelve a pararme. Pone su mano sobre la mía y no me deja continuar.

—No hace falta —me susurra al oído con ternura.

—Ya sé que no hace falta... Pero quiero hacerlo —comento decidida.

—De verdad que no... Mejor en otro momento, más tranquilos... —dice mirando hacia afuera como si acabara de tomar conciencia de dónde estamos. ¡A buenas horas!

A pesar de lo que dice, su tono es sexual y sé que desea seguir. Me imagino cómo debe ser hacer que se corra y vuelvo a estar excitada solo de pensarlo.

Me deshago de su bloqueo y vuelvo a posar mi mano sobre su erección con una sonrisa traviesa en mis labios.

—Sofía... de verdad... que... n-no... —dice entrecortado por lo que le hago.

—Shhhh... Déjate llevar... —le pido con un susurro en su oído—. ¿No iba de eso? ¿De dejarnos llevar?

Asiente rendido.

Lamo su lóbulo y lo muerdo tirando un poco de él. Vuelvo a masturbarle como hacía antes y noto que una gota de fluido aparece en la punta, la acaricio con mi pulgar trazando círculos. David recuesta su cabeza en el respaldo del coche y me observa con una mirada salvaje cargada de deseo. Noto como se rinde ante mí y una sensación nueva y desconocida de poder me invade.

Siento que es mío ahora mismo. Más mío de lo que ha sido nadie nunca. Y deseo hacer con él mil cosas... Percibo un apetito sexual que está despertando en mi interior y me siento hambrienta de él. No recuerdo haberme sentido así antes.

Le sigo acariciando y se pierde en el placer; cierra los ojos y me deja hacer. Me encanta que sea así. Mark, mi ex, siempre estaba con indicaciones y consejos: «más rápido», «más despacio», «más fuerte», «más suave», parecía que llevaba una puñetera lista de instrucciones con él. Nunca hacíamos las cosas como yo quería y sentía, sino como él creía que era mejor. Al final me quitaba las ganas de innovar. Además, me hacía sentir insegura, como que lo que yo hacía no era tan bueno.

En cambio David está entregado a lo que yo quiera hacerle, simplemente lo disfruta, lo siente... Y eso me enciende. Miro hacia afuera y compruebo que seguimos solos y sin espectadores. Vuelvo a notar humedad en la punta de su

pene y un impulso interno y muy primario hace que me incline sobre él y busque su erección con la boca. Él se sorprende, revolviéndose en el asiento, en cuanto nota mis labios rodeando su pene. Me sorprende hasta yo en realidad. No me he parado a pensarlo, sino no lo habría hecho, al menos no en un *parking* público.

—Sofía, de verdad... ¡No hace... fa-falta...! Ufff... —exclama de nuevo. Pero ya ni le escucho.

Saboreo su piel, está salada y caliente. Es muy suave y la introduzco despacio en mi boca. Es bastante grande y no llego a meterla entera. Pero juego con mi lengua mientras la succiono de arriba abajo.

Un sabor salado aparece en la punta y me indica que está a punto de correrse. Le oigo gemir y noto como el calor crece y se extiende por todo mi cuerpo. Estoy alcanzando niveles de excitación que desconocía.

Acompaño mis movimientos con la mano, con la que acaricio su base y la parte que no llega a entrar en mi boca para que me sienta por todo lo largo.

—Sofía... Ufff... Si sigues... voy a... correrme... —advierte preocupado. Acaricia mi pelo con suavidad mientras noto como se tensa su cuerpo bajo mi succión. Sigo con el movimiento y deseo que sienta el placer que me ha hecho sentir a mí hace unos minutos.

Dice mi nombre entre gemidos y es lo más erótico que he oído jamás, con esa voz tan sexy y rasgada que tiene y encima, ahora, cargada de sensualidad. Siento como se tensa todo su cuerpo cuando el primer chorro golpea en mi paladar. Es denso y lo trago sin más. Un segundo chorro llega a mi boca y lo trago nuevamente. Me siento femenina y poderosa de repente.

Cuando he tenido parejas, nunca he sido una novia muy activa sexualmente. De hecho, creo que es la primera vez en años, que hago sexo oral sin que prácticamente me supliquen. Pero me apetece tanto todo con él... Succiono su pene despacio, suave... Un par de veces más a lo largo antes de acabar con él.

Cuando me incorporo, me seco los labios con el dorso de la mano y lo encuentro sonrojado y con los ojos cerrados. Respira agitado y su pecho sube y baja enérgicamente.

—Sofía..., ¡por Dios...! —exclama entre la queja y la adoración.

—¿No te ha gustado? —pregunto con un atisbo de inseguridad en mi voz.

Abre mucho los ojos antes de responderme.

—¿Estás loca? Es la mejor mamada que me han hecho nunca.

Me sonrojo y un cosquilleo recorre mi entrepierna. ¿Cómo puedo estar tan cachonda? Si acabo de correrme en sus dedos... Pero oírle decirme eso con

ese lenguaje tan claro me ha puesto a mil. Otra vez.

—¿Por qué te sonrojas? —pregunta acariciando mis mejillas con dulzura.

Porque me vuelves loca...

—Por nada. —Sonrío tímida.

David busca un paquete de clínex en la guantera y me tiende un par. Me limpio como puedo la humedad de mi sexo mientras él hace lo mismo con el suyo.

Un ruido nos llama la atención desde fuera del coche y cuando miramos, vemos llegar a una pareja que sube en un coche tres plazas más allá del nuestro. Disimulamos y nos reímos al darnos cuenta de la locura que acabamos de hacer. Nos podrían haber pillado en plena acción si llegan dos minutos antes.

Jamás había tenido sexo en un lugar público y con tanto riesgo. Nunca me ha llamado la atención salirme del polvo convencional, pero la verdad es que me ha encantado.

Antes de estar con Mark, tuve un par de amigos con derecho a roce... y antes de estos dos amigos, tuve un novio serio con el que estuve cuatro años saliendo. Pues ni con Mark, ni con mis dos rolletes, ni con mi primer novio hice nunca algo así ni llegué a estar tan excitada como para tomar la iniciativa y lanzarme como lo he hecho hoy, sin cohibirme, sin reprimirme, sin pensar en si está bien o mal, sin meditarlo, sin hacer una lista de pros y contras, sin salirme de lo que se considera «lo correcto».

David de alguna manera invoca en mí esta forma de ser más presente, más intensa, más auténtica. Su sola presencia ya me invita a ser mucho más yo, mucho más mi mejor versión.

—Bueno... Cuéntame lo del cóctel de mañana —digo en cuanto nos hemos recuperado completamente y antes de que se me olvide ese tema.

—Pues nada... Es un cóctel informal, calculamos unos veinte invitados, nada del otro mundo.

—¿Hay que arreglarse mucho?

—¡Qué va! Hemos contratado una barra de mojitos, un *catering* para un aperitivo y habrá un DJ. La idea es tomar unas copas, un poco de pica-pica y que la gente se lo pase bien. Rollo *after work*.

—Ok. Mónica estaba preocupada por el código de vestuario.

—¡Cómo sois las mujeres! —Se ríe.

—Bueno, ya verás cómo viene; esta no sabe lo que es informal.

Se acerca a mí y me pone un mechón de pelo tras la oreja acompañado con

una caricia muy tierna en la mejilla.

—Qué bonita eres —susurra dulce sin apartar su mirada de la mía.

Me derrito. Se acerca más a mí y me da un beso suave y dulce sobre los labios.

—Vamos, te llevo a casa.

Me encanta ver a David conducir. Es un hombre guapísimo como he visto a pocos. Vamos durante el trayecto sin hablar, escuchando la música de la radio y canturreando a ratos. Se las sabe todas.

Yo no me las sé, pero me invento coreografías dramáticas y teatrales con todas. David se va riendo de mí.

—¿Te gusta bailar? —pregunta bajando un poco el volumen.

—Sí, me encanta. —Sonrío pensando en ello e intentando recordar la última vez que salí y bailé. Demasiado lejos se ha quedado ese recuerdo, lo cual me entristece. ¿Por qué hace tanto que no voy a bailar?

—Este fin de semana te voy a llevar a una fiesta cubana para que bailemos juntos.

—Para ser polígamo, estás haciendo muchos planes conmigo, me tienes desorientada.

Me mira de reojo y suelta una carcajada. Me encanta hacerle reír.

—Eres muy buena observadora.

—Sí, así es. —Sonrío enseñando todos los dientes.

—Ser poliamoroso no significa quedar cada día con una diferente si es eso lo que pensabas.

—¿No? Pues sí que pensaba un poco eso... —confieso.

—No. Ya irás viendo cómo funciona. Aún tendrás muchas preguntas.

No lo sabes tú bien.

David me deja en la puerta de mi casa y cuando lo invito a subir me dice que tiene que avanzar cosas del trabajo y cerrar cosillas del cóctel de mañana. Me da que lo han improvisado un poco. En parte me decepciona, quería seguir lo que habíamos empezado en el *parking* y continuar con ello el resto de la noche. Pero respiro hondo y trato de calmar mi ansia. Ya tendremos tiempo.

Antes de bajarme me inclino para besarle y, tras un beso suave y casto sobre los labios, él me sorprende con un abrazo. Es uno suave pero intenso, nada de acercarte y dar golpecitos en la espalda. No, es un abrazo en el que siento como respira y simplemente me dejo llevar con él. Me transmite cariño y no sé muy bien cómo interpretarlo, pero sí sé que me encanta y me hace sentir bien.

Cuando entro en casa, Bolita se deshace en mimos conmigo. Le pongo comida, agua y tras media hora de jugar con él, cuando decide que ya es suficiente de pelearnos por una pelota de tela azul que le encanta, se va a su cama a dormir y yo me doy una buena ducha fría.

Cuando salgo de la ducha veo tres llamadas perdidas de Mónica y la llamo mientras me pongo el pijama con el manos libres activado.

—¡Nena! ¿Ya has recolectado información sobre mañana?

—Sí, un poco. Me da que es algo improvisado. En cualquier caso, dicen que el código de vestuario es rollo informal, *after work*.

—Está bien, me he comprado un vestido ideal para la ocasión. Es con estampado étnico, así rollo boho pero elegante-informal, ¿sabes?

No. No sé de qué me estás hablando.

—Emm... sí, estarás guapísima... Yo no tengo ni idea de qué ponerme — confieso y miro hacia el armario, ¿tendré algo adecuado?

—Si quieres te dejo algo — propone entusiasmada.

—Bueno, miro a ver que tengo y si no ya te aviso.

—Genial, mañana te llamo. ¡Un besazo, corazón!

—Buenas noches, preciosa.

Después de cenar una ensalada fresca con atún, manzana cortada a dados y vinagreta de miel y mostaza decido irme a dormir. Estoy hecha polvo.

Justo cuando me meto en la cama recibo un mensaje de David, parece que esta noche también se ha acordado de mí.

David:

Te pienso... Buenas noches.

23:48

Se me dibuja una sonrisa enorme en la cara. Yo también pienso en él. De hecho no soy capaz de pensar en otra cosa.

Yo tb te pienso... Ganas de verte mañana... Dulces sueños.

23:49

Y los míos resultan de lo más dulces, sobretodo porque David aparece en ellos durante toda la noche.

HAZ QUE SURJA, ¡POR EL AMOR DE DIOS!

Me despierto el viernes con unas ganas tremendas de ir al estudio, sobre todo por si puedo cruzarme con David en algún momento del día y que me lo alegre ya del todo.

Me pongo un vestido camisero verde militar y me llevo otro en el bolso para el cóctel informal de esta noche. Meto también unas sandalias más monas y me peino con un moño alto con algunos mechones sueltos en plan despreocupado —y fresco—. Parece que el calor ha empezado pronto hoy.

Cuando llego al estudio me alegra enormemente que Óscar ya haya llegado y lo tenga tan fresco.

—¿Cómo va socia? ¡Último día! —me dice muy animado.

—¡Sí! ¡Último día! Llegaron nuestras vacaciones, ¡por fin!

Cuando paso a su lado, me fijo en que lleva unos tejanos cortos, unas Converse y una camiseta roja lisa. El pelo en una minicola. Está guapo. No es esa clásica belleza de chico de portada, sino que es una belleza bohemia, salvaje, hípster. Si no fuera tan rarito, tendría montones de chicas detrás. Pero no es especialmente simpático ni agradable con la gente. Es demasiado suyo. Llego a mi escritorio y me mira pensativo mientras enciendo mi Mac.

—Por cierto, Sofi, ¿vas a ir a algún sitio? Para las vacaciones, digo.

—Bueno, aprovecharé para ir a casa de mis padres y quizá haga alguna escapada con Mónica... no sé. ¡Sobre la marcha! —Sonrío solo de imaginarlo—. ¿Y tú?

—Iré a casa de mis padres, supongo.

Óscar es de Ibiza. Suena a marcha, discotecas y turismo pero en realidad él es de un pueblo muy pueblo. Ibiza es una isla con muchas caras y yo que he ido en invierno un par de veces puedo confirmarlo. Cambia totalmente de la época de verano a la de invierno. A Óscar no le gusta demasiado ir en verano cuando los «guiris» han invadido su isla, así lo dice él. Pero si quiere ver a su familia, no le queda más remedio.

Me pongo al lío y trabajo hasta mediodía del tirón. Respondo *e-mails*,

programo publicaciones para las redes sociales y reviso las últimas fotos de los relojes nuevos que nos ha enviado el fotógrafo.

Hago un parón para entrar en mi Facebook. Hace días que no lo hago. La verdad es que he evitado entrar por miedo a ver fotos de Mark con su mujer. No sé en qué momento decidí que era buena idea aceptar su solicitud de amistad. ¡Con lo mal que acabamos! He evitado entrar en la red social para no tentarme a mirar todas sus fotos y hacerme daño gratuito.

Pero hoy me siento valiente, como más fuerte, más preparada para superar esto ya de una vez. ¿Tendrá algo que ver un chico alto, rubio y con ojos azules que dice ser poliamoroso y me tiene completamente enganchada?

Una sonrisa aparece en mi cara al pensar en él y es el paso que me faltaba para entrar en Facebook.

Tengo mil notificaciones —más o menos—, y nada, absolutamente nada, que importe. Miro al azar varias de ellas y son vídeos divertidos en los que Anaïs me ha etiquetado para que me ría. Anaïs. Hace mucho que no la veo. Anoto mentalmente un pósito donde me recuerdo llamarla y quedar con ella en vacaciones.

Antes de perderme viendo más vídeos de gatitos, recetas alucinantemente grasas, y probablemente venenosas, decido acabar con lo que me he propuesto. Tecleo «Mark» en el buscador y aparece incluso antes de escribir su apellido. Entro en su perfil. Lo ojeo de arriba abajo y me llevo una sorpresa. No sé si buena o mala. Pero desde luego no es lo que me esperaba: no hay ni rastro de su mujer. Ni una sola foto juntos, ni una mención, ni un comentario. Es el perfil de un perfecto soltero. Solo que es mentira.

¿Me ha agregado con un puto perfil falso? ¿Pero este hombre no tiene límites? ¿A qué coño está jugando?

Ya me pareció rarísimo que me agregara con lo mal que acabamos, aun arriesgándose a que me diera un arrebato de locura y contactara con su mujer o colgara alguna foto juntos en su perfil. Pero pensé: «él sabe que soy buena, me demuestra su confianza agregándome». ¿Confianza? ¡Y el tío me agrega con un puto perfil falso!

«Eliminar de mis amigos».

No sé en qué estaba pensando el día que lo acepté.

Una vez eliminado me doy cuenta de que la ventana de chat parpadea y tengo unos mil mensajes, más o menos.

Abro la aplicación y descarto todo lo que es *spam* de entrada. El chat con Mark es el que más llama mi atención, lo abro:

Mark: Cielo, te he agregado porque me gustaría hablar contigo, como no contestas a mis llamadas ni a mis mensajes...

¿Cielo?, ¿pero a este hombre qué le pasa? ¿Es que a parte de mentiroso patológico tiene deficiencia mental? Una joya de hombre, vamos. Cierro el chat. El siguiente es de mi madre:

Marian: Cariño agrega a tu tía Lidia.

¿En qué momento Facebook se volvió una red familiar? Soy familiar y me encanta la que tengo, pero Facebook hace unos años era algo muy distinto. Las familias han colonizado esta red, sin duda.

¿Dónde quedaron las fotos de las fiestas? ¿Los comentarios obscenos en los perfiles de mis amigas? ¿Las fotos a traición donde aparecías medio borracha? (o borracha por completo). Todo se ha sustituido por videos de recetas supergrasas y llenas de azúcar, gatitos, bebés y comentarios de tu familia.

Una notificación me saca de mis pensamientos.

«David Colton desea agregarla como amiga».

Solo me falta dar palmas. Un subidón de felicidad me inunda. Lo agrego *ipso facto* y entro en su perfil hambrienta de descubrir más cosas sobre él. Antes miro que mi foto de perfil sea decente. Sí, no está mal. Salgo seria pero estoy guapa y es más o menos reciente. Mentira, es de hace tres años, pero me conservo muy bien.

Él en su foto de perfil está imponente. Natural, despreocupado, con ropa informal, riendo con el mar de fondo. Con esa sonrisa que me mata.

Ojeo un poco su perfil. Pocas fotos. Muchos amigos y amigas, demasiados. Poca información personal.

David: ¿Así trabajas tú?

Su mensaje instantáneo a través del chat me hace sonreír.

Yo: A veces sí.

David: Te apetece un café?

Yo: La verdad es que sí.

David: Ahora voy.

Se desconecta y una mezcla de nervios y entusiasmo me recorre. Me pongo de pie como un resorte y recojo rápidamente mis cosas. ¿Viene a buscarme?

Óscar se quita los cascos y se pone de pie. Se estira mientras va hacia la ventana mirando a la calle.

—¿Vas abajo? —me pregunta.

—Sí, a tomar un café, no tardaré —le digo.

—Vale, voy contigo —me dice y descoloca todos mis planes. *Ups*.

—¡Claro! Esto... viene David también.

—¿David? —pregunta con sincera ignorancia levantando una ceja.

—Sí... el de aquí al lado.

—¿Otra vez con ese? Pero ¿qué tenéis? —Otra vez su tono amargo.

—¿Esto es un interrogatorio? ¿Vienes o no? —le digo poniéndome el bolso al hombro y dirigiéndome a la puerta.

—¡Paso! Nos vemos luego.

—Está bien.

Su expresión es de desconcierto, pero prefiero no insistir; ya sé cómo se pone cada vez que estoy conociendo a alguien.

Debe darle una oportunidad a David, no me ha hecho nada malo. Aún.

Salgo al rellano y espero impaciente a que David aparezca. Aprovecho para mirar *stories* de Instagram. Esta red social me gusta porque aquí no hay padres, ni tías, ni primos. Aquí están los vídeos de las fiestas, las fotos de la vergüenza (la resaca posterior a la fiesta) y la actitud realista y natural. Nada de posturos. Bueno, también los hay, pero no son familiares. Son posturos de otro estilo.

Me hago un par de fotos probando los filtros. El del perrito sacando la lengua, la abejita maya que hasta te cambia la voz, y la maruja con ruleros y pepinos sobre los ojos. No sé por qué me hacen tanta gracia estos filtros.

David me pilla en plena sesión y guardo el móvil en el bolso disimulando con una sonrisa.

Se acerca hasta mí y empujándome ligeramente contra la puerta, me besa con suavidad. Me recuerda al primer beso, aquel que fue como un suspiro y que tanto me gustó. Parece que haya pasado tanto tiempo desde entonces... Y solo han pasado cuatro días.

—Hola —susurra contra mi piel.

—Hola. —Sonrío algo derretida.

—¿La semana que viene ya estás de vacaciones? —pregunta cuando le explico que he dedicado la mañana a terminar cosas antes de irme.

—Sí. ¡Qué ganas tengo! —exclamo y le doy un sorbo a mi café con hielo.

—¿Vas a hacer algo? ¿Tienes algún viaje planeado? —pregunta entre casual y muy interesado.

—La verdad es que no tengo nada planeado. Solo sé que voy a estar un mes sin aparecer por la oficina.

—¡Uau! ¡Un mes!

—Sí, el año pasado no hice vacaciones y el anterior solo una semana. Este verano me tomo un mes entero y Óscar, mi socio, también. Lo hemos pactado así y podemos permitirnoslo así que...

—¡Qué bien, Sofía! Seguro que os lo habéis ganado. Además, no todo ha de ser trabajar. Emprender es duro, yo lo sé también... pero descansar es obligatorio.

—Sí, lo necesito. Los últimos meses han sido... —*una puta mierda total*— intensos.

David me coge las manos por encima de la mesa.

—Tenía muchas ganas de verte hoy —dice con la voz baja y algo ronca, desgarradoramente sexy.

—Y yo. —Sonrío como una tonta.

—Hacía mucho tiempo que no me sentía así —confiesa con un ápice de ilusión en su tono de voz.

—¿Así... cómo? —Quiero oír más.

—Así, con tantas ganas de ver a alguien. Pensando en ti a todas horas, preguntándome qué estarás haciendo a cada momento, con tantas ganas por conocerte más y más y saberlo todo de ti.

Su voz suena tan sensual... sus manos acarician las mías y yo hago esfuerzos por no abrir la boca y babear. Siento exactamente lo mismo y me encanta, pero también me asusta. ¿No podía ser monógamo? Para uno que aparece así de increíblemente maravilloso. Suspiro profundamente y sonrío. David se inclina sobre la mesa y me besa suavemente.

Acabamos el café y vamos juntos de vuelta al trabajo. Cuando se cierran las puertas del ascensor pienso en que solo me quedan siete pisos a su lado. ¡Y esto sube tan rápido! ¡Maldito ascensor! ¿No podrías pararte? Bueno, mejor

no. Aún no estoy tan loca.

David me mira con ojos traviosos y me doy cuenta de que tan solo lo conozco desde hace cuatro días pero me da la sensación de que ya lo conozco mucho más. Ya reconozco el tono de su mirada. Es tan transparente, se intuye todo cuanto piensa tras ella. O esa es mi sensación al menos.

De pronto se abalanza sobre mí empujándome suavemente contra el espejo del ascensor y sus manos tiran mi cadera contra la suya. Rodeo su cuello con mis brazos mientras sus labios se pasean sobre los míos generándome un ansia total por morderlos. Me controlo. Me conformo con un beso profundo y salvaje que hace que una corriente eléctrica me atraviese y arrase todo mi cuerpo. Su lengua recorre en círculos mi boca y un calor sofocante sube por mi barriga al notar que algo empieza a cobrar vida en sus pantalones.

Cling.

Oh no. Las puertas metálicas del ascensor se abren, por suerte nadie espera al otro lado, así que entre risas como si tuviéramos quince años nos recomponemos y salimos de la mano.

—¿Te veo esta tarde en el cóctel? —susurra antes de soltar mi mano.

—Sí, claro. —Sonrío y le doy un último beso rápido antes de entrar al estudio.

Trabajo hasta las tres y aunque mi pensamiento inicial era el de quedarme trabajando toda la tarde para hacer tiempo hasta las ocho, Mónica me cambia todos los planes, y menos mal, la verdad, su plan es mucho mejor que el mío.

Me pasa a buscar con su Mini Cooper blanco descapotado y su *look* más seductor. Se ha peinado la enorme y alucinante melena rubia que tiene con bucles grandes y despreocupados que parecen hasta naturales, pero yo sé que incluyen una hora de plancha como mínimo o una sesión de peluquería, lo cual es más probable en su caso. Un mono de pantalón, corto no, muy corto, blanco con estampado de flores en tonos marrones que lo decoran. Un escote en uve de infarto y unas sandalias romanas de esas de tiras que te rodean las piernas casi hasta las rodillas. Un montón de pulseras de hilo de colores, con monedas de plata colgando, rodean sus muñecas y unas gafas plateadas estilo aviador cubren su rostro sonriente.

—¿Esto es boho-elegante-informal? —pregunto al subirme a su coche y repasarla entera intentando entender algo de moda y aprender de ella.

Mónica se ríe con su risita alegre mientras arranca.

—¡Claro, corazón! Tienes que leer más mi blog. ¡Siempre te lo digo!

Sí, debería, la verdad.

Mónica me lleva a comer a un restaurante que está de moda en Barcelona y al que la han invitado para que hable de él y lo recomiende en su blog. Así que nos tratan como a reinas y encima no nos dejan pagar. Mónica pide un menú degustación y probamos platillos de todo: croquetas de jamón caseras, patatas bravas picantes, ensalada de cherris con rúcula, tabla de quesos, pan con tomate... Llegamos al postre tan llenas que no somos capaces ni de probarlo.

—Dos cafés con hielo y sacarina —pide ella como postre y no puedo estar más de acuerdo. Con tanto comer me está entrando modorra.

La miro con una sonrisa y ella achina un poco los ojos y me mira fijamente algo seria.

—¿Qué? —pregunto curiosa y me aliso las arrugas de la falda.

—¿Qué? ¡Que ya vamos por el café y aún no me has contado qué pasó ayer con el rubiazos matador ese que tienes por vecino! —exclama con un tono demasiado elevado.

Miro a nuestro alrededor inquieta, pero nadie nos mira.

—No grites, ¿quieres? Te cuento lo que quieras.

—¡Hombre! Mira que he aguantado, ¿eh? Sin preguntarte nada. He pensado: «déjala a su aire», pero mujer, no puedes seguir callada como una pu...

—Vale, vale, te lo cuento, pero baja el tono. —La interrumpo entre divertida y escandalizada.

Nos reímos y le cuento por encima mi episodio tórrido en el *parking* el día anterior. Como siempre, ella quiere tener todos los detalles incluso los que considero inoportunos para compartir con una amiga. Pero ella no lo cree así y me interroga con esa complicidad tan suya y su sonrisa sincera que me hace sentir que le puedo contar cualquier cosa. La verdad es que siempre he compartido todo con ella y nunca me ha fallado. Es mi mejor amiga por algo.

—Dios, nena, ¡tienes que tirártelo ya! No puedo aguantar más y no me quiero imaginar él. —Ríe enseñando su blanca y perfecta dentadura mientras revuelve su café entre los hielos.

—¿Quieres bajar la voz? Esto... Hace solo cuatro días que lo conozco, ¿sabes? No tengo prisa, si surge, surge.

—¡Haz que surja! ¡Por el amor de Dios! —Junta las palmas y mira al cielo como si estuviera rezando, ¡será payasa!

—Oye, ¿y tú qué? —Intento escurrir el bulto—. ¿Por qué no hablamos de ti y de tu vida sexual ahora?

—¿Yo? Esta noche espero poder protagonizar un buen capítulo para contarte mañana y te aseguro que te lo contaré con todo lujo de detalles de

darse el caso —contesta con toda la naturalidad del mundo.

—¿Esta noche? ¿Con Christian quieres decir?

—Claro, ¿con quién si no? Bueno, no descarto al rubio tampoco. Si no te decides me los llevo a los dos. —Ríe con las mejillas encendidas.

—¡No serás capaz! David me lo pido yo —digo indignada en cachondeo, aunque me temo que sí es capaz.

—Lo seré como no espabiles, nena, vaya dos maromos te has encontrado.

Después del café nos invitan a unos chupitos y los rechazamos porque verdaderamente no podemos más. Pero prometemos al propietario volver pronto y probar sus famosos *gin-tonics* otro día.

Volvemos al estudio y encontrarlo fresco por el aire acondicionado es todo un puntazo. Le envío un beso mental a Sugus por haber pensado en nosotras y haberlo dejado en automático. Me cambio y me pongo lo que he traído para el cóctel. Es un vestido ajustado de color negro, muy básico. Tiene una transparencia en el escote y es de una tela muy suave hasta la rodilla, con un cinturoncito dorado.

Este vestido me marca las curvas y me siento supersexy y cómoda con él. Me cambio también las sandalias que llevo por unas doradas más de arreglar y me pongo unos pendientes dorados que cuelgan un poco y le dan un toque al *look*. Mónica me mira con aprobación desde el sofá donde espera a que termine de arreglarme, me alza los pulgares cuando le enseño el *look* al completo y silba como una camionera. Con lo dulce y modosita que parece.

Me dejo el moño, ya que me resulta lo más cómodo con el calor que hace, y Mónica dice que me sienta genial el pelo recogido. Retocamos un pelín el maquillaje aplicando *eyeliner* negro de Mónica y *gloss* con un tono cereza que nos deja los labios con aspecto jugoso e irresistible. Me fijo bien en la marca y modelo para comprármelo igual. ¡Me encanta!

Un poco de perfume y estamos listas.

Como es casi la hora decidimos subir aunque justo antes de salir parece que Mónica cambia de idea.

—Estoy pensando que no deberíamos llegar las primeras.

—¿Qué más da? —le pregunto desde la entrada a punto de abrir la puerta para salir.

—Sí que da. La puntualidad es buena pero en su justa medida. Vamos a esperar diez minutos antes de subir. Hazme caso.

—Está bien —digo soltando el bolso y sentándome en el sofá.

No soy de esas chicas que planifican sus siguientes pasos ni las jugadas.

Nunca lo he sido. Quizá me habría ido mejor la vida de hacerlo, no sé.
Siempre he sido más de improvisar.

ME GUSTARÍA TENER UNA PALABRA DE SEGURIDAD CONTIGO

Diez minutos más tarde estamos subiendo en el ascensor y me noto que estoy algo nerviosa. Los nervios se acumulan en mi estómago e intento analizar por qué, mientras, Mónica se mira en el espejo del ascensor y se da los últimos retoques atusándose el pelo.

Es solo un cóctel informal. ¿Por qué estoy nerviosa?

Las puertas se abren en el ático y accedemos a la terraza a través de un pasillo por el que empezamos a oír la música de *jazz* ambientando.

Cuando nos asomamos a la terraza alucinamos. Aparte de que está completamente llena de gente, la han decorado con un gusto exquisito. Hay una red de cables blancos finos que hace de toldo llena de lucecitas blancas que parece un inmenso cielo estrellado. Mesas redondas, pequeñas y altas con manteles blancos que llegan hasta el suelo donde la gente apoya su copa de cava. Varios camareros muy elegantes danzan entre los invitados atentos a todas las necesidades que puedan tener.

Un DJ al fondo concentrado con el siguiente tema que va a poner. Mónica y yo nos miramos sorprendidas y sonreímos con complicidad. En ese momento se nos acerca un camarero joven y nos ofrece una copa de cava que aceptamos encantadas. Mónica propone el brindis antes de que bebamos:

—¡Por nosotras!

Sonríe.

—Por supuesto. ¡Por nosotras!

Brindamos y damos un largo sorbo. Las burbujas acarician mi lengua y saboreo un delicioso cava que me resulta riquísimo y muy refrescante.

—Alza tu copa un momento, nena —me pide Mónica.

La alzo sin pensar y ella coloca la suya al lado. Me doy cuenta de que ambas tienen las marcas de nuestros labios color cereza en el borde. Hace una foto con su móvil y por la sonrisa que se le escapa intuyo que está contenta con el resultado. Seguro que podré verla en su blog pronto, o en sus redes sociales

hoy mismo.

Mientras ella se entretiene con el móvil publicándola en Instagram, observo a la gente a nuestro alrededor. El rango de edad es amplio y los estilos muy variados, en lo que coinciden todos los invitados es en la actitud de estar pasándolo bien en un ambiente desenfadado, pero elegante. La gente charla animada con un grupo y con otro y las risas se oyen por encima de la música que está en el volumen perfecto para ambientar sin molestar.

Una brisa agradable agita los mechones sueltos de mi peinado, giro un poco la cabeza para que no se peguen a mi rostro y es entonces cuando lo veo a lo lejos. Los nervios de mi estómago deciden desvanecerse justo en ese preciso instante en el que encuentro los azules y risueños ojos de David entre la gente. Saluda a uno y a otro a su paso. Observo como las mujeres le saludan con un extra de interés y se me escapa una sonrisa al ver que no soy la única que ha notado lo atractivo que es.

En cuanto él me ve, la sonrisa sincera que ilumina su rostro me hace sentir mariposas donde hace unos instantes había un nudo de nervios. Avanza entre la gente hacia mí, pero no puede evitar saludar a algunas personas a su paso; su llegada se hace desear más de la cuenta. Me mira con expresión torturada cuando está a pocos pasos de mí y ha de detenerse por última vez a saludar a alguien que lo ha interceptado. Dejo mi copa en la mesa que tenemos junto a nosotras donde Mónica ha dejado su bolso mientras concluye con su tarea como bloguera publicando la foto en Instagram. Cuando por fin David llega hasta mí me coge de las manos sin reparo.

—Sofía... Estás... —Me repasa con la mirada—, preciosa —susurra con tono tierno. Noto mis mejillas arder por completo.

—Gracias. Tú estás guapísimo.

Y es verdad. Lleva unos tejanos oscuros, una camisa blanca y una americana negra. El tupé se mantiene levantado con algo de gomina, pero se ve supernatural... Y está sexy a rabiar. Dios, se me seca la boca. Veo como me mira los labios y necesito que me bese. Pero no sé si es adecuado teniendo en cuenta el evento en el que estamos y lo que eso supondría. Estoy pensando en todo esto cuando él se inclina hacia mí y simplemente lo hace. Me besa. Es un beso suave y discreto, pero suficiente para que mucha gente a nuestro alrededor nos mire con sorpresa.

—No he podido resistirme —susurra en mi oído cuando se separa de mis labios.

—Menos mal... —le confieso aún sonrojada pero encantada.

Recupero la copa de cava y me la acabo de un trago. David da dos besos a Mónica que ya ha guardado su móvil.

—¡Vosotros sí que sabéis como organizar un buen *after work*! —Le felicita Mónica.

—Pse, no se nos dan mal los saraos —dice algo tímido; está para comérselo.

Se sitúa a mi lado y pone su mano suavemente en la parte baja de mi espalda. Me encanta el contacto de su mano a través de mi vestido.

—¿Qué queréis beber chicas? ¿Qué os puedo traer? —nos pregunta al ver nuestras copas de cava vacías.

—¿Qué hay bueno por aquí? —pregunta Mónica.

—Los *gin-tonics* sin duda serán el cóctel estrella de hoy —dice David señalando a la barra donde el barman ya está preparando *gin-tonics* con cantidad de especias, tónicas distintas y ginebras de muchas marcas.

—Genial, ¡pues yo quiero uno!

—Sí, yo también —le digo.

—¿Os fiais de mí? —nos pregunta David poniendo carita de no haber roto nunca un plato.

—Claro —contestamos las dos.

—Entonces voy a pedirlos a mi gusto y ahora os los traigo.

—¡Gracias!

Se va a la barra donde empieza a hablar con el barman que deja todo cuanto estaba haciendo para satisfacer su demanda. Claro, es el jefe del evento.

—Perdona... ¿Eres Mónica de LovelyOne?

Una chica de nuestra edad, de pelo oscuro, con unos ojos verdes alucinantes, la piel oscura de tomar el sol y totalmente preciosa nos mira con una gran sonrisa en sus labios.

—¡Sí!

Mónica no cabe en si misma del gozo, que alguien la reconozca siempre es una sorpresa agradable y ella acostumbra a ser muy cariñosa y amable con sus seguidoras.

—¡Oh! No sabes qué ilusión me hace conocerte, me llamo Estefanía.

La chica, de cabello negro, liso y muy largo con flequillo recto cubriendo su frente, lleva un *look* que Mónica no tarda en alabar, ella sonrío encantada. Usa un vestido color rosa *nude*, ajustado hasta la rodilla, discreto pero que realza su figura esbelta. Unos zapatos con taconazo también rosa *nude* y un

maxicollar plateado.

Nos da dos besos a cada una y nos inunda con su perfume, que es muy agradable aunque no lo conozco.

—¿Y qué hacéis aquí chicas? ¿Sois clientas de Shopper Barcelona?

Relaciono rápidamente ese nombre con David en mi mente privilegiada, recuerdo que lo ha mencionado varias veces cuando me ha explicado cosas de su trabajo y le he prestado la atención necesaria para no parecer embobada, que es lo que estaría, seguramente, en ese momento si lo observara.

—En realidad venimos en calidad de amigas —se adelanta Mónica.

Bueno, está bien. Es la verdad.

—Ahhh, ¿Sois amigas de Christian? —pregunta Estefanía con cierto interés.

—De Christian y de David —responde Mónica como si de toda la vida.

—Son unos *cracks*, ¿verdad? Sobre todo con las fiestas que montan.

—Sí, alucinamos de lo bonita que ha quedado esta terraza —contesto yo pensando en lo fea que es en realidad y lo bien que la han dejado.

—Sí... pero no me refiero a eso, me refiero a «los otros eventos» —dice marcando unas comillas en el aire con sus dedos.

—¿Los otros eventos? —pregunta Mónica con interés.

Estefanía nos mira a las dos como si estuviera decidiendo seguir hablando o dejarlo aquí y David le facilita la tarea al aparecer a nuestro lado con dos *gin-tonics*.

—Aquí tenéis chicas, espero que os gusten.

—Hablando del rey de Roma... —Estefanía le da dos besos muy cariñosa. Cuando digo muy cariñosa es que es MUY cariñosa. No es que se morreen, pero no son los típicos besos superficiales de cortesía, no sé si me explico. ¿Qué? ¿Estoy celosa? No... Ufff... ¿O sí? yo la mato por si acaso y listos.

—¿Hablabais de mí? Espero que fueran cosas buenas —le contesta con confianza. Deben de ser amigos, aunque eso no justifica esa química que se traen.

—Claro, siempre que se habla de ti es para bien, ya tú sabes mi *amol*... — replica Estefanía imitando acento tipo cubano. De pronto han empezado a hablar de algo que solo entienden ellos dos. Esto no me gusta ni un pelo; y cada vez menos.

—Ya será menos. —Le quita importancia él—. ¿Dónde está Lucas?

—En la barra, me ha ido a buscar un mojito, pero está tardando mucho. Será mejor que vaya a buscarlo. Sabes igual que yo que este tiene más peligro

que un pulpo en un garaje.

David ríe y Estefanía desaparece entre la gente en dirección a la barra.

Saboreamos los *gin-tonics* y ambas sonreímos con aprobación.

—Delicioso, ¡y eso que nunca me han gustado los *gin-tonics*! —exclama Mónica.

David la mira sorprendido y le contesta:

—¡Haberlo dicho y te traía otra cosa!

—No, me gusta probar cosas nuevas —dice Mónica bajando el tono de voz y poniéndose sensual. Pero ¿qué hace ahora esta? Al final la tendré que matar también—. Hablando de probar cosas nuevas... ¿Dónde está tu socio?

Ahhh. ¡Será descarada! David se ríe discreto y señala en dirección a un grupito de gente. Vemos que Christian es el centro de atención en él y está explicando algo divertido porque todos ríen. David le hace una señal con el brazo para que se acerque y tras disculparse de la gente, se acerca a nosotras. A Mónica habría que recogerle la baba y cerrarle la boca. Pero no la culpo. El moreno viene con unos tejanos oscuros, camisa negra y el pelo engominado hacia atrás. Tiene un aura sexy a su alrededor que me influye incluso a mí que estoy atontada con su amigo. Y en cuanto nos regala su sonrisa decido que es buen momento para darle un codazo discreto a Mónica, para que reaccione más que nada, pero no funciona.

—¡Vecinas! Gracias por venir. —Nos da dos besos a las dos y se coloca junto a Mónica—. ¿Qué os parece? —pregunta señalando a su alrededor.

—Está genial Christian, vaya ambientazo —respondo yo para darle margen a Mónica de volver en sí misma.

—Sí, estamos muy contentos con el resultado. Han venido muchos clientes y se está haciendo mucho *networking*, que era la idea que teníamos.

Alguien me coge por la cintura desde atrás y me giro con curiosidad, espero encontrarme a una amiga por lo menos, ¿quién si no me va a coger así con tanta confianza? Pero cuando termino de volverme me encuentro con un chico superatractivo a escasos centímetros de mi cara que no conozco de nada. Es castaño claro y tiene el pelo corto por los lados y algo larguito por arriba levantado en un tupé de lo más hípster. Ojos castaños y cuerpo muy atlético. Me sujeta por la cintura con firmeza y me mira con curiosidad mientras se muerde el labio inferior. Su mirada es penetrante y me pone nerviosa. ¿Qué está pasando? Que alguien me lo explique.

—Tú debes de ser Sofía —me dice alargando cada palabra como si las pudiera saborear en su boca al pronunciarlas.

—Sí... ¿Y tú eres...? —pregunto algo incomoda por la cercanía aunque tampoco lucho mucho por apartarme la verdad. Huele muy bien... y es muy guapo...

—Lucas. Encantado. —Se inclina hacia mí y me da dos besos, aunque por un instante, no sé por qué, creo que va a besarme en los labios, lo cual me da la sensación de ser un *déjà vu*.

El momento es bastante raro, pero se complica aún más cuando tras él aparece Estefanía, la chica que acabábamos de conocer, y trae en su mirada algo que no me gusta. Aunque yo en su lugar tampoco me miraría bien si este fuera mi novio. ¿Será su novio?

—¡Te he buscado por toda la terraza! ¿Huyes de mí o qué? —le reprocha y él sin perder la sonrisa me suelta para abrazarla a ella.

—¿Cómo voy a huir de ti? Si eres la chica más bonita del planeta entero, ¡mi bombón!

—Sí claro, eso se lo debes decir a todas, ¡serás tonto!

Se besan y yo aún estoy un poco en *shock*. ¿Por qué me ha saludado tan estrechamente?

—Este es Lucas, él es... así —me susurra David con tono de disculpa y una mueca divertida.

—¿Es vuestro socio?

—Sí, el tercero.

Vuelvo a mirar a Lucas y les veo entregados a la pasión, parece que ya no está enfadada su chica. ¿Y el rollito que se traía antes con David?

—¡Eh! ¿Por qué no os vais a un hotel? —exclama David divertido.

Me vuelvo y le doy un sorbo largo al *gin-tonic* que está riquísimo y que me hace mucha falta hoy viendo el panorama. Veo que Christian está hablando bajito al oído de Mónica y ella no hace más que reír. Vale, están en pleno coqueteo estos dos. Vuelvo a mirar a David y me devuelve la mirada con una sonrisa.

—¿Me acompañas a la barra? Al final llevo toda la tarde sin beber nada —me pide.

—¡Claro!

Coge mi mano y caminamos juntos hasta la barra. Por el camino noto muchas miradas que van de él a mí y acaban en nuestras manos entrelazadas. Sin duda, estamos levantando rumores entre su clientela.

Se pide una Coca-Cola Zero y mientras se la sirven noto como el DJ cambia la música, ahora ya no es tan ambiental, es más comercial y algunas

personas han empezado a moverse un poco siguiendo el ritmo. David es uno de ellos. Observo cómo se mueve y los pensamientos pecaminosos vuelven a mi mente. ¡Es sexy hasta para mover un poco los pies! Tiene ritmo el tío. Me mira divertido y levanta nuestras manos incitándome a dar una vuelta sobre mí misma. Fluyo con el movimiento y nos reímos mientras imito sus pasos. De pronto me abraza por la cintura y me susurra al oído:

—No hagas planes para mañana por la noche.

—Ya tengo planes... contigo.

¿Hemos quedado para cenar no? Me lo dijo en el vegetariano.

—Cierto. —Sonríe con alegría—. Pues no hagas planes hasta el lunes mejor.

—¿Vas a secuestrarme? —Creo que lo he preguntado con demasiado entusiasmo, parece como si fuera la mejor cosa del mundo.

—Era parte del plan, ¿recuerdas? Secuestro y acoso.

El calor incendia mis mejillas solo de pensarlo. ¡Sí! ¡Secuéstrame ya!

—Sí... recuerdo.

—¿Tenemos un trato, no? —David da un sorbo a su Coca-Cola, la deja en la barra y me vuelve a abrazar por la cintura.

—¿Un trato? —Ahora mismo no caigo, bueno, ahora mismo, teniéndolo tan cerca, me cuesta procesar cualquier tipo de información de forma correcta.

—Sí... Vas a dejarte llevar y yo te voy a enseñar una forma nueva de... de todo en realidad.

Trago con dificultad. ¿De todo?

—Cierto. Vas a enseñarme... tu mundo.

—Exacto.

—Pues sí..., tenemos un trato —concluyo con seguridad.

—Y tú no vas a salir corriendo, ¿verdad que no?

¿Salir corriendo? Alarma. ¿Por qué habría de salir corriendo?

—¿Por qué iba a salir corriendo?

—Me refiero a que vas a dejarte llevar, ¿cierto?

—Cierto.

—Y si algo no te gusta o no te sienta bien me lo dirás.

¿De qué estamos hablando exactamente?

—Sí...

Me mira con expresión de desconfianza, como si no acabara de creerse que no saldré corriendo y añade:

—Me gustaría tener una palabra de seguridad contigo.

—¿Cómo en el sado?

Ahora sí que me ha dejado a cuadros. ¿Qué me quiere hacer para que necesite una palabra de seguridad? Él se ríe con naturalidad y esa sonrisa me hace querer incluso el sado.

—Como en el sado, sí, pero sin sado... No me va demasiado ese rollo.

—Ahhh... menos mal.

—Pensemos en una palabra, ¿vale?

—Está bien... ¿Coca-Cola? —suelto en un impulso de creatividad desmedida.

David vuelve a reírse.

—Pensémosla mejor... no hemos de decidirla ahora mismo. Ha de ser una palabra clave.

—Está bien, pensaré en ello.

Me da un beso suave sobre los labios y volvemos junto a Mónica y Christian que siguen en plena fase de tonto descarado. Lucas y Estefanía hablan cerca de ellos con otra pareja.

En cuanto nos acercamos a Mónica y Christian, ella se dirige a mí entre risas.

—¿Sabes que estos hacen más cosas que páginas web? —Cambia el tono a uno más acusador—. ¿Tú lo sabías?

David tose y mira a Christian torciendo un poco la cabeza. Algo se están diciendo con la mirada. Y no pinta bien.

Mi cara de desconcierto ha de ser un poema.

—Yo... no... —empiezo a contestar.

—Eso es algo que aún no le he explicado, pero me gustaría poder contárselo más tranquilamente —interrumpe con mucha serenidad y educación David.

—Claro. Sí, por supuesto. —Mónica sonrío traviesa. No me gusta nada no saber de qué hablan. Pero sin duda, Mónica me lo contará todo en cuanto salgamos de aquí así que me quedo tranquila.

Un señor aparece y se pone a hablar con David, debe ser un cliente ya que empiezan a hablar de webs, servidores y yo desconecto. Busco mi *gin-tonic*, pero se lo han llevado, y eso que solo lo había probado. Mónica está muy ocupada para acompañarme a la barra así que ni le pregunto. Tengo mucha sed. Iré a por un refresco.

—Voy a la barra —le digo a David en silencio moviendo los labios y señalando hacia la barra. Él asiente con una sonrisa y me guiña un ojo

supersexy. ¡Será provocador!

Me están sirviendo una Coca-Cola bien fría cuando a mi lado Estefanía pide un mojito.

—Vaya tostón de fiesta, ¿no?

—No está mal... —La defiendo.

—Bah... es aburridísima, di la verdad.

—De verdad que no me parece para tanto. —Sonrío.

—No es que las otras me gusten más, en realidad se supone que prefiero esta... Pero buf, que aburrimento.

—¿Las otras? —Quizá consiga algo de información antes de que David me cuente lo que sea que me tenga que contar.

—Sí... la otra empresa. No la conoces, ¿verdad?

—No.

—Bueno, pues David te lo contará mejor que yo, seguro. —Sonríe intentando quitar hierro a su negativa de darme la información que le pido.

Mierda.

—Vaya secretismo. —La intento picar.

—Bueno, no es secretismo, es que sé que le importas como para que te lo cuente él —me dice con sus grandes y rasgados ojos verdes.

¿Qué yo le importo? Pero si hace *cuatro* días que nos conocemos.

—Sé que os acabáis de conocer —continúa diciendo ella como si me leyera la mente—, pero también te digo que conozco a David desde hace más de tres años y tú le importas.

Una sonrisa de tonta se instala en mi cara por mucho que intento reprimirla.

—Y por tu carita cuando lo miras... intuyo que él a ti también. ¿Sabes? —continúa hablando—: ya era hora de que David encontrara a alguien como tú... de fuera del rollo, ¿me entiendes?

No, no entiendo nada. ¿Se referirá a la poligamia?

—Sí, claro —digo como si fuera algo obvio que estoy entendiendo a la perfección.

—No es que no respete este estilo de vida, lo respeto, pero yo no lo comparto... Bueno, sí que lo comparto en realidad. Es que no me acaba de gustar. No sé si me sigues.

No, claro que no, ¿de qué coño me estás hablando, tía?

—Ya, claro —le digo muy natural.

—Tiene sus cosas buenas y sus cosas malas, claro, ¡como todo! Pero no sé, yo soy tan tradicional en realidad. Bueno, con todo este rollo solo quería

decirte que espero seguir viéndote... me gustas para David... —sonríe amistosa.

—Claro, yo también lo espero —Vuelvo a sonreír.

—La semana que viene hacemos una cena en mi casa, ¿quieres venir? Es el viernes y estás más que invitada. Y Mónica, por supuesto que también. ¡Soy tan fan de ella! Mañana fardaré con mis amigas de haberla conocido.

—¿Ah sí? —Me río divertida, no me acostumbro a «su fama».

—Sí... intuyo también que no faltará a esa cena —dice señalando con su mojito hacia Mónica. Cuando miro entre la gente y la veo besándose con Christian lo entiendo enseguida y le contesto con una sonrisa:

—Intuyes bien.

—¡Uau! Los dos hombres más deseados de Barcelona pillados por dos amigas... Titular —dice separando sus manos como si destapara un cartel luminoso.

Me río con sus comentarios, es muy fresca y tiene poco filtro. ¡Me encanta! Aunque no entiendo la mitad de sus comentarios misteriosos. Su novio casi me acosa en su presentación y me ha parecido que tenía demasiadas confianzas con David. Pero no, me cae bien, muy bien. Lo acabo de decidir.

Volvemos con los chicos y antes de llegar me dice:

—Por cierto... Ni caso a Lucas, a veces se pone demasiado... —Busca la palabra unos segundos—. Intenso. Lo digo por lo de antes.

—Ahhh... Sí, no pasa nada.

—Ya lo irás conociendo. —Se encoje de hombros.

David se deshace del cliente con el que estaba hablando en cuanto me ve acercarme y me presta toda su atención.

—¿Te lo pasas bien?

—Sí, aunque espero que me cuentes eso de tu otra empresa. —Mi tono es lo más neutral posible, lo juro.

—Claro. No es nada del otro mundo, es solo que te lo quiero contar yo.

—Vale.

Me mira sin decir nada hasta que pregunta:

—¿Qué? ¿Ahora?

—Sí, ¿no? —Me encojo de hombros y le doy un trago a la Coca-Cola. David se termina la suya y la deja en la bandeja de un camarero que pasa cerca de nosotros.

—Está bien. Ven conmigo y te lo cuento todo.

NO, *SINGLES* NO... *SWINGERS*

David coge mi mano y me lleva detrás de donde está instalado el DJ. Allí no hay nadie y tenemos un poco de intimidad. Además, los altavoces están enfocados hacia la fiesta y la música no molesta para nada.

—Verás... Lucas, Christian y yo nos conocemos desde la universidad.

—Ajá... —Sonrío despreocupada para ver si le infundo valor, parece que le cuesta decirme lo que sea que me está intentando decir.

—Nada más graduarnos empezamos a darle vueltas sobre qué podríamos montar juntos. Y, bueno, resumiendo mucho la historia... Lo que empezó como una lluvia de ideas se ha convertido en tres empresas que a día de hoy funcionan y de las que vivimos bastante bien.

Uau. No tenía ni idea. Asiento deseando que continúe y lo hace:

—Las tres empresas nos pertenecen a partes iguales, pero cada uno se dedica a una y la dirige, siempre tomando decisiones avaladas por los otros dos socios, claro. —Asiento muy atenta a lo que me cuenta y él prosigue—: Una ya la conoces, es Barcelona Shopper. En ella ofrecemos plantillas para *e-commerce* como ya te expliqué. Esta es la que controlo yo. Por eso me verás a mí mucho más que a ellos por la oficina.

—Ajá.

—La segunda, la que dirige Christian, también tiene relación con las webs. Es... —Hace morritos meditando lo que va a decir. Se los mordería. Sofía concéntrate—. Es un portal de *swingers* —dice por fin.

—¿*Singles*? —pregunto confusa. ¿De qué me suena a mí esta palabra? ¿Se referirá a solteros?

David se ríe y se muerde el labio inferior antes de contestarme:

—No, *singles* no.. Son... Intercambios de pareja.

¿Intercambios de pareja? ¿Pero es que eso existe? Válgame Dios bendito. Bueno, ¿a qué viene tanta mojigatería?, que yo soy de mente amplia. *Open mind* me llaman. Cambio mi expresión por una más serena, como si de toda la vida.

—Ah, sí, *swingers*. Te había entendido mal —digo con aires de entendida. ¿A qué estoy jugando?

David sonrío aguantando reírse de mí. ¡Seguro! Yo me estaría partiendo ahora mismo.

—Y bueno... Christian es quien se encarga del portal y trabaja a veces desde casa, también le toca viajar bastante para cerrar tratos comerciales con empresas que se publicitan en el portal. Muchas veces lo verás por la oficina de Shoppers ya que desde allí hace gestiones y usa los equipos.

—Ajá... ¿Y Lucas? —Miedo me da saberlo, pero es mejor preguntar y acabar con todo esto ya.

—Lucas... ¡ajá! Esta es la parte más... delicada. —David da una palmada en el aire, se frota las manos y mira al infinito. Puedo oír los engranajes de su cabeza girando. Está buscando la forma más suave de contármelo. Pinta mal. Creo que nunca le había visto tan nervioso.

—David... puedes contármelo. —Pongo cara de niña buena—. Soy de fiar. —Sonrío.

—Ojalá fuera eso... Me fío totalmente de ti, Sofia. —Acaricia mi mejilla con dulzura antes de continuar explicándome—: Bueno, no hay una forma «light». —Hace comillas imaginarias en el aire—, de explicarlo, así que te lo diré claramente.

—Vale... —Uso mi sonrisa más comprensiva.

No puede haber algo tan grave, ¿no? ¿Qué puede ser? ¿Un puticlub? ¿Eso es lo peor que podría ser? Pues puedo superarlo. ¿Fiestas privadas con *scorts*?, ¿o con putas? Puedo superarlo también... Uf, aunque vaya mal rollo, la verdad. Imaginármelo rodeado todo el día «por trabajo» de mujeres guapas, ligeras de ropa y con un contexto tan sexual... No sé si podría superarlo en realidad.

—Lucas lleva un local liberal aquí en Barcelona.

Vale. Espera. ¿Un local liberal? ¿Eso qué es lo que es? Bueno, en cualquier caso no suena tan mal como las cosas que me estaba imaginando.

—¿Sabes lo qué es? —pregunta David al ver mi expresión. ¿Tan evidente es que no tengo ni puta idea?

—En realidad no mucho. Es... ¿una discoteca?

—Sí, es como una discoteca. La gente va a tomar algo... a bailar. —Sonríe—. A conocer a otras parejas... a practicar intercambios. —Gira dos dedos de cada mano alrededor de los otros en un círculo infinito para ilustrar eso de «cambiar». Me siento tonta y asiento. Lo he entendido—. A practicar sexo...

—¿Sexo? ¿Allí mismo? —Abro mucho los ojos sorprendida aunque

rectifico rápido y recupero mi *poker face* antes de que se dé cuenta. Creo.

—Sí. Hay como unas salas privadas que... ¿Sabes? Ya te lo explicaré mejor. No hace falta entrar en detalles ahora mismo. Pero bueno, básicamente es eso.

—*Ok*... ¿Esto era tan grave?

Intento quitarle hierro porque veo que realmente está un poco agobiado.

—Bueno, no es moco de pavo... No todas las mujeres reaccionarían bien ante esta información.

Se mete las manos en los bolsillos, mira al suelo y me da la sensación de que se avergüenza. Me imagino a David con diez años, un niño rubito y precioso, avergonzándose después de confesar una travesura.

—Oye... No hacéis nada malo. No hay nada como para reaccionar mal. — Levanto su barbilla con suavidad y sus ojos brillan al encontrarse con los míos. Suspira y sus hombros se relajan.

—Lo de las fiestas esas que comentaba antes Estefanía, son fiestas en el local. Las organizamos juntos los tres. Cada semana intentamos que haya una temática distinta. Mañana, por ejemplo, tenemos la noche cubana.

—Ahhh... ¡Pues suena bien!

Tras unos instantes en silencio me sorprende con un abrazo fuerte. Muy fuerte. Me estrecha tanto contra él que casi no puedo respirar. Pero si muero, será la muerte más dulce y bonita que pueda tener así que no me importa.

Parece que se da cuenta y me suelta un poco, lo justo como para que eso no ocurra. Y me besa. Me besa con mucha dulzura y sabe a sinceridad. ¿Cómo puede gustarme tanto?

¿Y eso de dirigir un local liberal? Ya tendré tiempo de asimilarlo y de hacerle las tres mil preguntas que ahora mismo se amontonan en mi mente. De momento, saco el aire que estaba conteniendo, y me relajo. Noto como todo mi cuerpo lo hace con su contacto. Disfruto del beso, lento, suave, dulce. Sus labios gruesos y secos contra los míos. Sus brazos estrechándome por la cintura. Su cuerpo pegado al mío. Noto su calor, su respiración, su entrega, su alivio.

Cuando nuestros labios se separan, David me mira fijamente y aparece una sonrisa en la comisura de sus labios que es arrebatadora.

—¿Te dije que me encantabas ciento veinte por ciento?

—Sí. —Sonrío. Me lo dijo en el vegetariano cuando fuimos a comer.

—Pues ahora me gustas doscientos por ciento. —Ríe encantado.

—¿Es eso posible? —pregunto coqueta.

—Yo tampoco lo sabía pero al parecer lo es. Eres muy especial Sofia.

—Tú también eres especial.

—Espero que lo digas en el buen sentido —dice algo nervioso.

—En el mejor.

Me da un beso suave y decidimos volver a la fiesta. Para nuestra sorpresa queda mucha menos gente, eso sí, superanimada. Algunos bailan como si hiciera mucho tiempo que no salieran, otros piden los últimos mojitos en la barra mientras el camarero insiste en que debe recoger porque ya es la hora y otros se han entregado a la pasión. Estos son Christian y Mónica, claro. Se besan, ríen y se vuelven a besar mientras se susurran cosas al oído. David y yo nos reímos al verlos.

—Vaya dos —comenta David.

—Sí... vaya dos.

—¿Nos vamos?

Miro a David que me coge de la mano y espera una respuesta.

—¿Irnos? ¿No tienes que quedarte? Es tu evento.

—Ya está bien, ya he hecho bastantes relaciones laborales... Ahora toca otra tipo de relaciones. —Sonríe pícaro.

Me suena a propuesta sexual y dentro de mí una voz grita: «¡¡¡Sí!!!».

—Está bien, vámonos.

—¿Quieres decirle algo a Mónica?

Vuelvo a mirarlos, ahora bailan pegados mientras siguen riendo y besándose. No quiero interrumpir este momento. Parece mágico. No creo que sean conscientes de nada más que de ellos mismos en este momento.

—No, déjalos. Le escribiré un mensaje y ya está. —Sonríe contenta por Mónica. Ojalá Christian sea un buen chico. Al menos parece que ya le ha contado a lo que se dedica, eso es un punto para él.

Bajamos en el ascensor de la mano. Agradezco el silencio. No me había dado cuenta del ruido que había en esa terraza hasta ahora.

De pronto, una especie de tensión sexual se ha instalado entre nosotros. ¿Vamos a acostarnos hoy?, ¿por fin? ¿Iremos a su casa?, ¿a la mía?, ¿a un hotel? Espera, ¿por qué íbamos a ir a un hotel? Suena sexy, pero no tiene sentido teniendo casa los dos, ¿no?

Salimos del ascensor en el *parking* y David abre el coche con el mando. Nos subimos. Antes de abrocharnos el cinturón, David se gira hacia mí, me besa muy suave sobre los labios, casi como un roce y me pregunta:

—¿Quieres que vayamos a mi casa? —Duda resuelta, ¡a su casa! ¡Sí, señor!

Pero antes de que conteste me sigue hablando—: Podemos pedir unas pizzas, cenar tranquilos en la terraza... —No hace falta que me lo venda, lo quiero, aunque me mate de hambre.

—Me parece un buen plan, tengo bastante hambre en realidad.

—¿Y si las vas pidiendo mientras vamos para allí?

—Muy buena idea, ¿cuál te gusta?

—Todas, elige tú.

Cuando cojo el móvil para buscar algún teléfono de pizzas a domicilio me acuerdo de ponerle un mensaje a Mónica para que no se asuste al ver que ya me he ido. Le escribo un mensaje corto:

Bonita, nos hemos ido. No me he despedido de ti porque te he visto muy OCUPADA. Mañana hablamos. Disfruta. Besos.

22:00

Y en cuanto le doy a enviar me aparece una llamada. Es un número oculto y decido contestar.

—¿Sí?

—¿Sofía Ribeiro? —pregunta una mujer con bastante ruido de fondo.

—Sí, soy yo. —Miro de reojo a David que me está mirando serio y expectante.

—Le llamamos del Hospital del Mar, es porque ha ingresado un hombre por accidente de moto y usted está en los favoritos de sus contactos, pero no sabemos si es familiar o amiga.

Dios mío, el corazón empieza a latirme demasiado rápido, no puedo ni articular palabra. De pronto empiezo a pensar en lo peor: en mi padre, Jorge, en Óscar... pero... ¿en moto? No me encaja para nada con ellos y menos con mi padre, que vive fuera de Barcelona y lo llevarían a un hospital de esa zona antes que a este, además de que jamás ha ido en moto. La señora continúa hablando y no le estoy prestando caso hasta que oigo un nombre.

—El paciente se llama Mark. Mark Martín.

Mark... pensaba que sentiría alivio, pero me desconcierta seguir tan preocupada.

—¿Él... se encuentra... bien?

—Mire señorita Ribeiro, no podemos darle esa información por teléfono, pero si viene, el doctor le informará de todo.

—Está bien.

—Tengo que colgar. Diríjase al mostrador de urgencias de la entrada si viene.

—De acuerdo.

Cuando cuelgo un nudo de emociones se instala en mi garganta. ¿Por qué me han tenido que llamar a mí? No quiero saber nada de Mark, pero me siento de pronto muy preocupada por él; tampoco le deseo el mal, aunque en cierta forma muchas veces lo diga. Mi ex, el capullo que estaba casado y me engañó durante tres meses haciéndome creer que teníamos una relación de verdad...

David ha parado el coche con las luces de emergencia y me ha cogido las manos entre las suyas. Su expresión es de preocupación y me está preguntando algo cuando centro mi atención en él.

—Sofía, ¿estás bien? Cuéntame, ¿qué ha pasado? —Intenta sonar calmado y me tranquiliza al instante.

—Sí, estoy bien. Perdona. Es que me he asustado. Pensaba que le había pasado algo a mi padre o a Óscar.

—Sofía, ¿qué ha pasado? —me vuelve a preguntar con delicadeza y extrema suavidad.

—Es mi ex. Parece que ha tenido un accidente con la moto y han pensado que era buena idea llamarme a mí —explico con lágrimas en los ojos. ¿Por qué estoy llorando?

—¿En qué hospital está?

—En el Hospital del Mar —contesto mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas. No entiendo por qué estoy tan triste de repente. Todo lo de Mark aún me duele, eso es evidente, y no me gusta que haya tenido un accidente, eso también, ni que me hayan llamado a mí. Tener que verlo de nuevo no va a ser algo fácil, y encima empiezo a pensar en lo peor, ¿estará bien?

—Tranquila. —Me abraza con tanto cariño que respiro aliviada—. Vamos allí para ver qué ha pasado. Si te parece bien, yo te acompaño, ¿vale?

—Sí, por favor. —No soy capaz de pasar por esto sola ahora mismo.

Me besa en la frente con cariño y arranca.

Cuando entramos al Hospital del Mar la tristeza ha mutado en un nerviosismo que agita mi estómago, siento náuseas y sigo intentando entender por qué tanto drama si aún ni sé lo que ha ocurrido. Respiro e intento tranquilizarme antes de hablar con la señorita del mostrador.

Me preguntan quién soy. Les explico que me han llamado ellos y finalmente me indican a donde debo ir. Mark se encuentra en un box.

David coge mi mano y me dirige siguiendo las indicaciones que nos han

dado. Cuando encontramos el box nos quedamos un instante frente a la puerta. Nos miramos, él asiente y me anima a entrar. Finalmente pasamos y vemos ante nosotros a un Mark tumbado sobre una camilla, inconsciente y lleno de rascadas. Las lágrimas vuelven a aflorar descontroladas. David presiona de nuevo mi mano y me recuerda que está a mi lado, lo cual me infunde valor para acercarme a la camilla e inspeccionar mejor a Mark.

Parece tranquilo. Tiene algunas rascadas por los brazos, es lo único que podemos ver de su cuerpo ya que está cubierto con una sábana blanca hasta el pecho. Respira con regularidad y sus constantes vitales parecen que suenan bien. Quizá no haya sido tan grave.

—Hola, Mark —le susurro con un hilo de voz que encima se me quiebra para la mitad. Carraspeo y lo intento de nuevo—: hola, Mark.

No me sale nada más que decirle. Cierto es que ya no le odio ni le deseo la muerte, todo eso ha desaparecido de mi mente. Pero no me siento a gusto tan cerca de él. No sé cómo actuar. La última vez que lo vi fue cuando rompimos. Le grité tantas cosas. Estaba fuera de control. Lloraba y gritaba. Él me abrazaba e intentaba besarme y yo aún le odiaba más. Fue bastante dramático todo, la verdad, ahora que lo pienso. El capítulo más telenovelesco de mi historia amorosa. Yo normalmente soy una persona muy estable emocionalmente, bueno, o eso creo. Pero con el palo que me llevé con Mark, me doy cuenta de que me descontrolé bastante.

—Ánimo, chaval. Saldrás de esta. Seguro.

La voz de David me hace volver al presente. Las lágrimas ruedan por mis mejillas de nuevo y esta vez sé por qué es. Sé exactamente cuál ha sido su interruptor: David. Una persona con la que estoy quedando, conociéndonos, dándonos la oportunidad de ver qué puede surgir entre nosotros, me ha acompañado a urgencias para ver si mi ex se encuentra bien. No ha dejado de darme apoyo durante todo el camino, me ha tratado con mucho cariño y encima ahora también le está dando ánimos a Mark. No puedo dejar de mirarle y de pensar en la gran persona que es. ¿Quién haría algo así por una chica que está conociendo de tan solo unos días?

David me mira y sonrío.

—Tranquila, Sofía. Todo irá bien. Mark es fuerte, mírale.

Le miramos los dos y efectivamente da esa sensación. De que esto no es tan grave y de que se repondrá seguro. Mark tiene el pelo negro algo despeinado y la piel clara. Está afeitado quizá de ayer o de esta mañana. Me encantaba sentir su piel suave recién afeitada cuando quedábamos. Es alto, como David

más o menos, deben de medir metro ochenta o así. Además, Mark es de complexión fuerte también aunque está mucho menos definido.

En ese momento entra un doctor en la habitación y retrocedemos un poco poniendo distancia entre Mark y nosotros.

—Buenas noches, ¿es usted Sofía Ribeiro?

Afirmo con la cabeza.

—Yo soy el doctor de guardia. Me llamo Luis. —Nos tiende su mano. Se trata de un médico joven, de nuestra edad. Con acento, ¿mexicano? Es alto y tiene una sonrisa serena que transmite calma—. Bien, ¿son ustedes amigos o familiares?

—Sí, somos amigos —contesta David con seguridad.

—Hemos intentado contactar con su familia pero no lo hemos conseguido. Bueno, les informo, el señor Martín ha tenido un accidente de tráfico con la moto. Por suerte, no ha sido grave. Las causas del accidente aún se están investigando, lo que les puedo decir es que por suerte no hay más heridos, parece que el señor Martín ha sido el que se ha llevado la peor parte.

—¿Y él... está...? —intento formular una pregunta pero no me sale bien.

—¿Mark se pondrá bien, doctor? —pregunta David aclarando mi duda.

—Sí, sin duda. El casco le ha salvado la vida. Tan solo tiene algunas heridas superficiales. Aunque el impacto ha sido fuerte, por eso hemos preferido tenerlo en observación durante las próximas horas.

—¿Por qué está inconsciente? —cuestiona David.

—En la ambulancia ha estado despierto aunque algo desorientado. Luego le hemos administrado unos calmantes, pero no ha perdido la consciencia; no se trata de un coma si es lo que me preguntan.

David afirma con la cabeza. El doctor se acerca al monitor de las constantes vitales, lo revisa unos instantes y después se inclina sobre Mark. Presionando un poco su brazo le dice:

—Mark, ¿estás despierto? Tienes visita.

En ese momento Mark abre un poco los ojos, parece que se estuviera despertando de hibernar por lo menos. Los tres nos mantenemos atentos y callados.

—¿Dónde... estoy...?

Es lo primero que consigue decir cuando nos ve a los tres.

—Estás en el hospital, has sufrido un accidente con la moto. Estás bien. Y estos amigos han venido a verte —le dice despacio el médico.

Mark se fija mejor en nosotros. Mira con el cejo fruncido a David, estará

intentando recordar si son amigos, después me mira a mí y una sonrisa aparece en su cara.

—Sofi.

Extiende su mano hacia mí y aunque no es lo que más quiero hacer, se la cojo.

—¿Quiere usted que llamemos a alguien más, señor Martín? —pregunta el doctor antes de dirigirse hacia la puerta.

—No, gracias —le contesta él sin desviar su mirada de mi rostro.

La sangre comienza a hervir en mi interior cuando recuerdo que está casado, pero me calmo. Él sabrá lo que hace.

PONGO MÚSICA ANIMADA Y EMPIEZA EL ESPECTÁCULO

David sale tras el médico preguntándole algo que no alcanzo a oír. Me fijo en Mark que me sigue mirando con una sonrisa.

—Sofi... lo que tengo que hacer para que me devuelvas las llamadas.

—¡No hagas bromas con esto Mark! —mi tono de voz se ha elevado más de lo que pretendía; este hombre siempre saca lo peor de mí.

—Perdona. Lo siento... mucho, de verdad. Todo.

—Está bien. —Suspiro más relajada—. Ahora descansa. ¿No crees que deberíamos llamar a...?

—¿A Carla? —termina él la frase. Yo no sabía su nombre.

—Sí. A tu mujer. —Remarco con algo de amargura sin darme cuenta.

—Sí, supongo que sí —dice soltando mi mano con tristeza. De pronto parece que recuerda algo y me mira confuso—. No sé dónde está mi móvil, creo que ha salido peor parado que yo del accidente.

—Bueno, ¿te sabes su teléfono de memoria?

—Sí.

Marco el teléfono que me indica y le acerco el móvil a la oreja para que hable él.

—Hola, Carla, soy yo... Tranquila, no te asustes, he tenido un accidente, pero estoy bien... Sí, no te preocupes, de verdad... ¡No te miento! —Parece que lo conoce bien—. Estoy en urgencias del Hospital del Mar... Ya, mi móvil. No sé, lo tenía el médico... Vale, te espero aquí.

Cuelga y retiro el móvil.

—Gracias.

Mark me mira fijamente y su mirada me resulta demasiado intensa, no puedo hacer como si nada. Aún no. Hace cuatro meses que no le veía. Cuatro meses desde aquel día en que me enteré de que estaba casado y lo dejé esa misma tarde. He tardado por lo menos dos meses en superarlo y seguir mi vida con normalidad. Y los últimos dos tampoco es que haya estado al cien por

cien. Las heridas emocionales que me hizo aún duelen.

—No es nada.

Coge mi mano entre las tuyas y me la acaricia como hacía siempre. Es una caricia agridulce. Dulce porque me recuerda a momentos increíbles que pasé con él. Me gustaba mucho estar con Mark. Y agria porque desde que me enteré de que estaba casado es como si todos esos recuerdos pasaran a ser una broma cruel.

David vuelve a entrar en la habitación y me deshago de las manos de Mark.

—Bueno, dice el doctor que te darán el alta mañana si viene alguien a recogerte —dice David poniéndose a mi lado—. Si no tienes a nadie, nosotros podemos...

—No, tranquilo. Mi mujer viene ahora —contesta algo seco. ¡Encima!

—Bien. —David entonces se dirige a mí—. Sofía, si te parece bien, te espero afuera.

—No, en realidad nos vamos a ir ya.

Mark hace un sonido de queja. Encima querrá que me quede a conocer a su mujer. Pero a este hombre, ¿qué es lo que le pasa?

—Espero que te recuperes —dice David y abre la puerta para salir y dejarnos un poco de intimidad. Pero yo no la quiero, no pienso quedarme a solas con él más rato. No estoy preparada. Me acerco rápidamente a David y desde la puerta miro a Mark que, antes de que me vaya, vuelve a darme las gracias y yo le sonrío con amabilidad.

—Mejorate Mark. Adiós.

En cuanto cierro la puerta del box me siento aliviada. Tranquila. He actuado bien, he ido en socorro de él como habría ido por cualquier persona que conozco. Otra cosa es que deba tratarlo con un cariño que no se merece, eso me parece que no. Y quedarme para conocer a su mujer, desde luego que tampoco.

David me da la mano y vamos juntos en silencio hasta el coche. Arranca y empieza a conducir sin decirme nada. Empiezo a pensar que quizá pueda estar molesto, motivos no le faltarían la verdad. No me quiero imaginar cómo me sentiría si en mitad de una noche que tenía que ser de pasión y lujuria, acabara en el hospital visitando a su ex. ¿Será tarde para tener nuestra noche de pasión?

Mis miedos se confirman en el momento en que veo que estamos llegando a mi casa.

—¿Ocurre algo? —pregunto con miedo.

David aparca delante de mi casa y se gira para mirarme antes de contestarme.

—No ocurre nada Sofia, pero será mejor que dejemos nuestra cena de pizzas para otro día, estoy cansado y...

—Lo entiendo —le interrumpo algo cortante y dolida. ¿Ya no quiere cenar conmigo? ¿Ni pasar la noche a mi lado? ¿He actuado mal en algún momento?

—No es eso, no me malinterpretes. —Coge mi mano entre las suyas y me la besa delicadamente—. Nada me apetecería más que poder estar contigo, pero tenemos más días, ¿no?

Sus azules ojos me miran fijamente, pero es como si una cortina tapara algo que ocurre tras ellos. Una angustia aparece en mi garganta en forma de nudo que no me deja tragar y las lágrimas amenazan con salir. Pero no. Ni hablar. No voy a volver a llorar esta noche.

¿Será verdad? ¿Mark ha arruinado mi noche? O lo que es peor, ¿Mark ha arruinado una posible relación que podía haber tenido con David?

—Claro, tenemos más días —contesto algo seca con una sonrisa forzada.

Sin decir nada más, me bajo del coche. Si sigo a su lado arrancaré a llorar y será mucho peor.

No creo que haya actuado mal esta noche. Sé que ha sido algo incómodo e incluso quizá puedo entender que haya sido violento para él, pero me ha acompañado porque se ha ofrecido y... bueno, no quiero darle más vueltas.

Camino hacia mi portal con esperanzas muy grandes de que se baje del coche y venga tras de mí. Pero eso, naturalmente, no ocurre. Tampoco oigo que se marche. Mientras abro la puerta pienso en girarme y ver por qué sigue ahí, pero no tengo fuerzas. Cierro sin mirar atrás y subo a casa. Cuando entro y tras coger a Bolita en brazos y darle mimitos en respuesta a sus ronroneos, miro por la ventana hacia la calle con él aún en mis brazos y veo que David ya no está. Las lágrimas ruedan por mis mejillas.

Tras una ducha caliente, un sándwich de pavo y una infusión de tila, me encuentro mejor, pero aún siento cierta angustia por pensar en que algo tan bonito como lo que podía haber sido, ya nunca tenga oportunidad de ser.

Me quedo frita en el sofá con Bolita a mi lado y un nudo de tristeza en mi interior por todo lo que ha ocurrido esta noche, pero sobretudo por lo que debería haber ocurrido y quizá ya nunca ocurrirá.

El sábado me despierto con el sonido de mi móvil. Tardo unos segundos en

recordar por qué estoy en el sofá. Bolita me mira desde el otro sofá, le gusta subirse al respaldo y mirar por la ventana. Lo que suena en mi móvil no es una llamada, es el aviso de que no tiene batería. Me levanto, lo busco en mi bolso y lo conecto rápidamente al cargador que tengo en la mesilla de noche. Me siento en mi cama y mientras va cargando veo que son las nueve de la mañana y que tengo como mil mensajes en WhatsApp.

El último que me ha llegado es de David, pero, aunque lo que más deseo es leerlo, antes de abrirlo pienso en cómo me siento. Quiero estar preparada para lo que sea que me diga en él.

¿Cómo me siento? Pues triste de que la noche no fuera de otra manera. Y no me refiero a sexo, sino a seguir conociéndole, a que todo fuera más sencillo. A no incluir a mi ex ni accidentes a la ecuación. ¿Y qué quiero ahora? Me gustaría saber por qué me trajo a casa cuando había sido tan comprensivo toda la noche antes de decidir nada más.

Aunque la tentación de empezar por su mensaje es grande, me gusta empezar siempre por el de más abajo ya que es el más antiguo y así lo hago, como intentando demostrarme a mí misma que no estoy desesperada por saber qué me ha escrito, o algo así.

Mónica:

¡Espero que tú también disfrutes corazón! ¿Desayunamos mañana y nos contamos todo? Yo llevo los donuts.

22:15

Los donuts me apetecen. ¿Hablar de su increíble noche sexual y de mi increíblemente desastrosa noche frustrada? No tanto.

Número desconocido:

¿Eres Sofía? Soy la mujer de Mark, me gustaría hablar contigo.

00:20

¡¡Lo que me faltaba!!

David:

Espero que estés durmiendo bien. Solo quería decirte que siento haberme ido así. Espero poder hablar contigo mañana, llámame. Te pienso.

3:35

¿A las tres de la mañana decidió que era buen momento escribirme y decirme eso? ¿Y se supone que yo ahora debo llamarlo?

No entiendo muy bien a qué estamos jugando, la verdad. Pero aunque me encantaría volver al punto en el que estábamos cuando salimos del cóctel, ahora mismo, estoy un poco rara y no sé si quiero llamarlo.

No quiero seguir pensando en esto ni que ocupe mi vida por completo. De pronto me da tanto miedo perderle que es como si retrocediera y pusiera un candado a mi corazón, uno de los que ya había abierto para él. Tomo la decisión de seguir adelante con mi vida y ver cómo se acontece el día. Dejar que todo fluya.

La siguiente decisión que tomo es la de hacer limpieza general de mi piso. El día afuera es soleado y cuando abro la ventana y entra una brisa agradable y no demasiado cálida aun me siento mejor.

Pongo música animada y empieza el espectáculo. Bolita me mira desde lo alto del sofá mientras paso la aspiradora, recojo la cocina, cambio las sábanas de mi cama, pongo una lavadora, todo esto al ritmo de todo lo que va sonando y bailoteando por mi casa yo sola. A las diez y media empieza a hacer calor así que cierro la ventana y enciendo el aire acondicionado. Me espachurro en el sofá y descanso satisfecha de lo limpio que he dejado todo.

Hay algo que no está en orden y es mi mente así que decido hacer algo que me enseñó mi *coach* en una sesión de las que hice cuando pasó todo lo de Mark. Y es pensar en hechos y no en las películas mentales que me he montado con potencial como para ganar un Oscar.

¿Y los hechos, entonces, cuáles son?

Veamos. Ayer David me contó cosas que no eran fáciles de contar con respecto a sus empresas. Me besó delante de todos sus clientes y potenciales clientes. Me presentó a sus mejores amigos y socios. Me llevó al hospital a ver a mi ex cuando una llamada interrumpió nuestros planes y estuvo a mi lado animándome y apoyándome en todo momento. ¿Tengo que enfadarme porque en algún punto se sintió cansado y decidió irse a dormir? Tampoco es tan grave, ¿no? Entonces, ¿por qué me sentí tan mal cuando me trajo a casa?

Pienso en ir a mirar mi móvil que sigue cargándose en la habitación, por si me ha escrito, cuando llaman a la puerta.

Por un momento la ilusión de que David esté al otro lado me inunda. Siento unas ganas locas de abalanzarme sobre él y abrazarle tan fuerte que le duela. Mi aspecto es bastante deplorable: aún estoy en camión de tirantes, con un

moño de maruja en lo alto de mi cabeza y sin maquillar. Pero corro a la puerta y la abro con energía.

—Corazón, ¡buenos días!

Mónica me sonrío con una caja llena de donuts delante de mí. Va con un vestidito rojo muy casual y unas sandalias planas. Una trenza de espiga preciosa y un maquillaje suave y natural. Resplandece y no hace falta que me cuente todo para saber que su noche ha ido inmensamente mejor que la mía.

—Hola, tía buena —le contesto con una sonrisa y la hago pasar. Ella se ríe y entra.

—No has contestado a mi mensaje. —Mónica mira hacia mi habitación curiosa—. ¿Interrumpo algo? —baja la voz hasta susurrar—: ¿está aquí el rubiazo?

—No, tranquila. Estoy sola.

—Ummm... Sola. Con esas pintas. —Mira a su alrededor haciendo un escáner a mi piso—. Y todo reluce. —Me mira con lástima y suspira inclinando un poco la cabeza hacia un lado—. Cuéntame qué ha pasado.

Me conoce muy bien. Así que preparo café, desayunamos juntas en el comedor y le explico todo lo ocurrido con Mark y David.

—No me jodas. ¿El casado otra vez?

—Sí —tras contestar, niego con la cabeza maldiciendo mi suerte.

—Qué putada. Pero bueno, tampoco era como para salir corriendo. Para ser polígamo está actuando como un memo-cretinó-gamo.

Me río de sus ocurrencias.

—La verdad es que sí. ¿Ser polígamo no significa algo así como tener una relación abierta? Es que aún no sé bien a qué se refiere o cómo funciona.

—Ni idea. No te puedo ayudar, desconozco totalmente este tema. —Hace morritos y se queda pensativa.

—Bueno, alégame el día, ¡dime que has tenido una noche de escándalo! —le pido y doy palmas emocionada por ella solo de imaginarlo.

—¿De escándalo? —Alza una ceja—. No nena, no ha sido de escándalo. Escándalo el que le voy a montar a Christian como esta noche no acabe en sexo salvaje la cosa.

—¿Qué dices? ¿No habéis pasado la noche juntos? —pregunto sorprendida y doy un sorbo a mi café.

—No. Después del cóctel se tuvo que ir. Ya tenía planes, al parecer, en su club liberal —dice Mónica frustrada—. Pero me dijo que esta noche me pasaría a recoger e iríamos a cenar por ahí, como una cita. —Sonríe

encantada.

—Bueno, no está mal.

—No, la verdad es que no. ¿David te contó lo del club liberal, verdad?

—Sí, lo hizo. —Suspiro al recordar el tema.

—¿Y qué piensas de ello?

—No sé, no acabo de saber exactamente de qué se trata en realidad. Pero han sido sinceros y no creo que sea nada malo, ¿no? ¿Qué piensas tú?

—¿Yo? —pregunta Mónica y le da un sorbo a su café antes de contestar—. Yo pienso que todo esto tiene un morbazo que no se aguanta.

Estallo en risas con ella. ¿Cómo puede sacar este tipo de conclusiones?

—¿Qué planes tienes para hoy?

Miro a mi alrededor pensativa antes de contestarle:

—En realidad, ninguno.

—¿Por qué no te vistes y nos vamos de compras? —me propone entusiasmada mientras empieza a recoger las tazas del desayuno.

—Suena bien. —Sonrío.

—¡Pues venga! ¡A vestirse!

—¡A sus órdenes mi capitana!

TRAE ROPA PARA LOS PRÓXIMOS TRES DÍAS

Me lavo la cara, los dientes y me maquillo suave, como cada día. Cuando salgo a mi habitación veo que Mónica me ha escogido la ropa y me la ha dejado sobre la cama. Le encanta hacerlo. Y a mí que lo haga. Encuentra combinaciones en mi armario que yo no sabía ni que existían. En este caso me ha dejado un conjunto de ropa interior muy mono, en color blanco con algo de encaje. No suelo usar mucho este conjunto, siempre pienso que es demasiado sexy para el día a día y acabo usando básicos. Me ha dejado también un *short* blanco y una blusa color militar con manga corta. Mis sandalias planas negras y un bolsito pequeño negro que va con una cadenita dorada.

Me encanta. Me lo pongo todo y me peino. Cuando me miro en el espejo de cuerpo entero que tengo junto al armario me gusta lo que veo. Cojo unas gafas de sol, me las cuelgo en el escote y salgo de mi habitación.

—Bueno, nena, estoy lista, ¡que tiemblen las tarjetas! —digo buscando a Mónica por el comedor. Pero no la encuentro. Entonces escucho que se cierra la puerta y voy hacia allá a ver qué hace. Me la encuentro en el recibidor con un alucinante ramo de rosas color rosa pálido y una expresión en su cara que es un poema.

—Mira, corazón, te acaba de llegar esto —comenta con voz emocionada y me tiende el ramo con mucha delicadeza como si fuera algo valiosísimo—. Dice el mensajero que ha picado a todos los números hasta encontrar dónde vivía Sofia Ribeiro. —Se ríe al contármelo.

Cojo el ramo entre mis manos y un delicado aroma me hace acercarme a ellas y olerlas bien. Su perfume es fresco y dulce. Debe haber veinte rosas y algunas aún están por abrir. Ajusto el papel celofán que envuelve sus tallos y me dirijo al comedor para buscar un jarrón, le echo un poquito de agua y las pongo en él. Lo dejo en el centro de la mesa y busco la tarjeta para ver de quién es aunque me lo puedo imaginar. ¿David? Vaya con el polígamo.

—¡Son preciosas, nena! ¡Uau! —exclama Mónica emocionada contemplando el ramo—. ¿Y lo romántico que es enviar rosas? Esto ya nadie lo hace.

¡Rubiazo, un punto para ti! —exclama muy contenta.

—Sí, son muy bonitas.

Intento pensar cuántos años hace que no recibo flores y no lo recuerdo. Sé que de jovencita para Sant Jordi siempre me caían rosas en el cole y en el insti. Con el noviete que tuve durante la universidad también, pero después de eso, he tenido relaciones de mierda. Se puede saber que una relación ha sido de mierda por la cantidad de veces que te ha sorprendido para bien esa persona. Y enviar un ramo de flores es una forma de tantas de sorprender muy románticamente. A mi forma de ver, al menos.

No encuentro tarjeta así que busco mi móvil en el bolso para ver si me ha escrito algo y veo un mensaje por leer.

David:

Espero que te gusten las rosas... ¿Cenas conmigo esta noche?

11:35

Una sonrisa de tonta se instala en mi cara, no lo puedo evitar.

—¿Son de él? —Mónica corre a mi lado para ver el mensaje—. Ohhhhh, ¡qué romántico, por favor! ¡Dile que sí! —suplica juntando las manos como si rezara.

Me río por su vena sensiblera y empiezo a escribir mi respuesta. Claro que se merece una oportunidad. La noche anterior no fue buena para ninguno de los dos. Además, me encanta el detalle de que no sean rosas para pedir perdón, sino para pedir una cita. No es que me gusten las personas orgullosas, es que, si estoy en lo cierto, David tampoco da más importancia a lo de anoche y se ha centrado en el presente. ¡Eso me gusta mucho! No hacer dramas de todo. Cuánto necesito una relación así, sencilla, clara, positiva.

Son preciosas. No hacía falta. Y sí, ceno contigo esta noche :)

11:36

David:

Te paso a buscar a las 21:30 Esto... Trae ropa para 3 días, ¡cómo mínimo! :D

11:37

Me río. ¿Ropa para tres días? Así que su plan de secuestro sigue adelante. Bueno, no sé si dormiré con él. Pero me llevaré ropa por si acaso me convence.

¿A quién quiero engañar? Lo estoy deseando. Más de lo que he deseado nunca nada.

Mónica y yo nos vamos al Diagonal Mar y entramos en casi todas las tiendas de ropa que hay allí. Su objetivo es encontrarme modelitos para que los próximos tres días esté alucinante, por si cedo y los paso con David. Me dejo porque me viene bien comprar ropa nueva y el criterio de Mónica es exquisito. Sé que algún día cobrará mucho dinero por asesorar como lo está haciendo conmigo. Es su pasión y se le da muy muy bien. Al final termino comprando tres conjuntos de ropa interior (mucho más sexys de lo que yo me habría comprado por mí misma), un camisón de seda negra, de tirantes, cortito, fresco y muy sensual. Un *short* tejano muy corto, una falda negra llena de lentejuelas doradas superbonita y dos blusas (una negra de manga corta y la otra color melocotón, sin mangas). Ambas con un escote generoso aunque no vulgar. También me he comprado unas sandalias de cuña muy cómodas y unos tacones alucinantes en negro para esta noche. No sé si sabré caminar con ellos pero me he enamorado nada más verlos.

Me he gastado un buen dinero pero, eso sí, muy bien invertido. Además, no suelo gastar en nada. Soy muy ahorradora así que de vez en cuando me concedo estos caprichos, para eso trabajo, ¿no? No todo va a ser ahorrar.

Las compras nos dejan hechas polvo y decidimos comer un poco de sushi y unos refrescos con mucho hielo en una terraza del centro comercial para reponer fuerzas.

—Esta noche quiero que te pongas la falda-joya y la blusa negra con manga corta, los stiletos nuevos y el bolso puede ser este *clutch* que llevas ahora, quedará muy bien combinado todo, créeme.

Me hace gracia como usa esos tecnicismos de estilismo. Yo no tengo ni idea de nada de lo que dice, pero entiendo a lo que se refiere y afirmo sonriente.

—Así lo haré.

—¿Sabes, Sofi? No sé si lo de David saldrá bien al final —comenta pensativa—. ¿Quién puede saberlo? Pero lo que sí sé, es que si hace que tengas esa sonrisa en la cara todo el día y que hayas vuelto a la vida... vale la

pena. —Sonríe.

—¿Vuelto a la vida? Ni que fuera una zombi, nena —exclamo sorprendida por su afirmación.

Ella me mira con condescendencia. Como se mira a una niña pequeña que no entiende las cosas de los mayores.

—Sí eras un poco zombi, en realidad.

—¿Por qué lo dices?

—Y no digo desde lo de Mark, sino desde mucho antes. No sé cuándo pasó exactamente, pero dejaste de ser tú. Te conozco desde hace muchos años.

—Sí. —No sé a dónde quiere ir a parar, pero me sorprende mucho lo que me dice.

—Tú eres una tía supervital, llena de energía, siempre me llamabas, salíamos, íbamos de compras, hablábamos de chicos... y en los últimos años has estado out. Como si hubieses apagado el interruptor vital y puesto en modo automático. Al principio pensé que era por haber emprendido tu negocio.

—Bueno, es cierto. He volcado mi vida en mi negocio y en que saliera bien. —Reconozco.

—Pero luego ya no fue el negocio, Sofi. Tu empresa va bien. Luego fue lo de Mark y... no sé. Esta semana ha sido la primera que he ido a verte y he visto tus ojos brillar vivos. Imagino que David tiene algo que ver con esto, pero en cualquier caso, espero que no vuelvas a apagarte, pase lo que pase con él.

Me duelen sus palabras, me duelen muy adentro. No porque me las diga, que lo hace con el corazón y toda la suavidad de una amiga que te quiere, sino porque conectan con algo muy dentro de mí que me dice que es todo totalmente cierto.

Coge mi mano con cariño y la presiona suavemente. Yo me abalanzo sobre ella y la abrazo con cariño.

—Tienes razón, Mónica. He estado out y he sido una amiga pésima, además —confieso reflexionando sobre las pocas veces que la he llamado y la cantidad de veces que ha sido ella quien ha insistido y ha aparecido en mi estudio sin avisar para vernos. Si no fuera por su perseverancia en nuestra relación, quizá la habría perdido.

—No te preocupes por eso. —Sonríe encantada y me aparta el pelo de la cara—. Lo que importa es que sea lo que sea lo que te ha devuelto esta vida, aférrate a ella y no vuelvas a apagarte.

Afirmo con una sonrisa. ¡Cuánta razón tiene!

Justo suena mi móvil y es David.

—Hola... —contesto algo tímida con la voz aún un poco tocada por la charla con Mónica.

—Hola, preciosa, ¿cómo estás? —su voz sigue siendo tan sexy como recordaba, aunque por teléfono aún me lo parece más, ¿cómo puede ser?

—Muy bien, comiendo con Mónica, ¿y tú?

Mónica me hace gestos y me pregunta en silencio, gesticulando mucho, si es David. Asiento.

David se ríe al otro lado.

—¡Qué casualidad! Yo estoy comiendo con Christian y justamente me decía que han quedado para cenar esta noche.

—Sí, eso parece.

—¿Te apetece si vamos los cuatro? Puede ser divertido.

—¡Claro! Por mí genial.

Me apetecía estar a solas con él, pero la idea de que Mónica también esté presente suma puntos a la noche. Me encanta la idea de que vayamos juntos como dos parejas.

—Estupendo. Pues te recojo a las nueve y media y quedamos con ellos en el restaurante, ¿vale?

—Perfecto.

—¿Me dices el número de tu piso? Así no pico a todos tus vecinos —pide entre risas.

—Segundo-tercera.

—Tengo muchas ganas de verte. Un beso Sofía.

—Otro para ti.

Cuelgo y suelto todo el aire que estaba conteniendo sin darme cuenta.

—¿Y bien? —pregunta Mónica acercándose a mí con los ojos muy abiertos.

—Era David. Dice que está comiendo con Christian y que si nos apetece cenar juntos los cuatro esta noche.

—¡Síííí! Qué buena idea —contesta ella y da palmadas entusiasmada. Siempre le parece todo bien, es fantástica. Me prometo a mí misma no volver a descuidarla. Es una persona muy valiosa para mí, es mi mejor amiga desde que tengo recuerdo. La quiero tanto como a una hermana y no voy a permitir volver a apagarme como ella dice.

Mónica me deja en casa después de comer y aprovecho para hacer una minisiesta en el sofá con Bolita. Las compras me han dejado *KO*. Creo que hacía años que no iba de compras. Sí que me había comprado ropa por internet o acudido a una tienda si tenía un evento y necesitaba algo concreto. ¿Pero ir

de compras? ¿Pasar una mañana juntas, probar y comprar? Creo que por lo menos hace dos años que no lo hacíamos. Tenía razón Mónica con lo de haber estado zombi y me sorprende mucho tomar conciencia de ello justo ahora.

Cuando me despierto de la siesta son más de las seis de la tarde y decido prepararme para la noche.

Suena música *house* de fondo mientras preparo una mochila con la ropa para los tres días y un neceser con lo básico por si me quedo a dormir con él. Voy bailando de un lado a otro mientras guardo las cosas y me encanta la sensación de no saber qué va a pasar en los próximos días, aunque no puedo desaparecer mucho, Bolita depende de mí y he de darle de comer y estar un poco con él. Bueno, iremos organizando sobre la marcha. Prefiero no tener muchas expectativas por lo que pueda pasar.

Estreno uno de los tres conjuntos de ropa interior, el negro con encajes supersexy. Me pongo la falda de las lentejuelas doradas, la blusa negra con mangas cortas metida por dentro y los tacones nuevos. No parecen incómodos, pero meto tiritas en el bolso por lo que pueda pasar. Al maquillaje básico que llevo le añado *eyeliner* negro, máscara de pestañas a tope y labios rojos con un pintalabios perma-nente que he comprado con Mónica esta mañana. Es de esos fijos que no manchan si he de besar, cosa que espero tener que hacer y mucho. Solo de pensar en los gruesos labios de David ya me entra el ansia por tenerlo cerca. Me vengo un poco arriba con el perfume, ¡pero así me durará toda la noche! y estoy lista a las nueve y veinte, justo a tiempo para relajarme diez minutos y esperar a que llegue.

Juego con Bolita un rato y lo acaricio con cariño. A las nueve y media exactas suena el timbre del interfono. Es David. Lo veo por la cámara del portero automático. Incluso en esta cámara, en blanco y negro y demasiado cerca del objetivo, está de muerte. ¿Cómo puede ser tan guapo el jodido?

Le digo que ya bajo y me despido de Bolita revisando que tenga agua y comida por si no vuelvo hasta mañana. Bajo en el ascensor y los nervios en el estómago aparecen con fuerza. ¿Por qué estoy nervio-sa ahora? Cuando salgo a la calle y me encuentro con David delante de mí me quedo sin respiración por un momento. Lleva una camisa negra con las mangas arremangadas hasta sus marcados bíceps, unos tejanos también negros algo rasgados y con roturas diversas y unos zapatos oscuros. Es una mezcla entre formal y hípster que me deja sorprendida. Está guapísimo. Imponente. Impresionante. Arrasador. David me mira de arriba abajo y se acerca hasta invadir totalmente mi espacio vital, me coge por la cintura antes de susurrarme:

—Estás impresionante.

Me gustaría contestar y decirle que él lo está mucho más que yo, pero sus labios están sobre los míos antes de que me dé cuenta y me devora con ansia, casi tanta como la que siento yo. Le abrazo rodeando su cuello con los brazos y él me estrecha contra su pecho. Siento todo el calor que desprende su cuerpo. El aliento fresco de su beso. El perfume que siempre usa y que me encanta. Es como si tuviera todos los ingredientes necesarios para crear una bomba explosiva a mi medida. ¿Puedo desearlo más? Yo creo que no.

Sus manos descienden hacia mi trasero y me lo estruja con ganas mientras sigue besándome con pasión, con necesidad, con ardiente deseo.

Cuando nuestras bocas se separan, respiramos con dificultad. Saboreo mis labios y aún puedo sentir los suyos.

—Siento mucho lo de anoche —me dice de pronto en un susurro.

—Yo también siento lo de anoche. Todo el rollo con Mark, el hospital y...

—Tranquila. —Me interrumpe—. Tú no tienes nada por lo que disculparte. Fui yo quien me rayé y no debí irme así. —Con la voz rasgada y completamente teñida de sexualidad añade—. Me arrepentí toda la noche de no haberte llevado conmigo. —Sus ojos azules vuelven a mostrarme todo lo que encierran tras ellos, que ahora mismo se ve muy claro: deseo.

Algo entre mis muslos palpita y reclama atención. Mi estómago se tensa y me planteo seriamente entrar en casa y anular la cena. Quiero cenarlo a él.

Su mirada brilla y una media sonrisa aparece en sus labios antes de añadir:

—Espero que me hayas hecho caso y traigas la ropa porque no te voy a dejar volver a casa hasta que no tenga lo que quiero de ti. —Acaricia mi mejilla con el pulgar y me besa cerca de la mandíbula. Me recontra un escalofrío interno de placer. Su amenaza suena muy muy bien.

—¿Y qué es... l-lo que quieres... de... mí? —pregunto como puedo mientras él sigue repartiendo besos sensuales por mi cuello. Entre placer y cosquillas, lo que me hace es una tortura deliciosa. Se detiene, vuelve a clavar su mirada en la mía y simplemente y como si fuera algo obvio responde:

—Todo.

No sé qué decir. Literalmente, me deja sin palabras. Así que sonrío y acepto la mano que me tiende. Caminamos juntos hasta su coche donde guarda mi mochila en el maletero mientras me subo.

¿Quiere todo de mí? ¿Y eso qué implica exactamente? Pues todo, ¿no? Ya lo dice la palabra. Debería asustarme quizá, pero nada de eso, me fascina que alguien pueda querer todo de mí. Quizá solo sea una manera de hablar y se

refiera exclusivamente a un tema sexual, pero ese «todo» tal como lo ha pronunciado y con la profundidad de su mirada, encierra mucho más, estoy segura.

—Me gustaría que me contaras cosas sobre la poligamia —le digo cuando arranca.

Me mira sonriente antes de centrar su atención en la conducción y me contesta:

—Me imagino que tendrás muchas preguntas.

—Definitivamente —confirmo yo.

—¿Cuál es la que más te curioseas?

Pienso bien antes de responder. ¿Cuál es la que más me pica la curiosidad? Bueno, sin duda me gustaría saber si se ve regularmente con más mujeres, claro, pero no quiero parecer una monógama controladora. ¿Es lo que soy? En serio, esto me preocupa. Siempre me he considerado muy abierta de mente.

—Venga, dispara. No lo pienses tanto —dice como si leyera mi mente.

—Está bien. —Trago con dificultad y lanzo la pregunta—: ¿Te ves regularmente con otras chicas?

Se muerde el labio inferior y me mira de reojo achinando los ojos antes de contestarme.

¿POR QUÉ NO HABRÉ ENTRADO EN SAN GOOGLE A INFORMARME?

—¿Eso es lo que más te preocupa?

—No es que me preocupe. Es curiosidad —contesto aunque creo que sí me preocupa.

—De acuerdo. Quiero recordarte que soy visceralmente sincero.

—Sí.

—Así que quizá no te gusten mis respuestas.

—Ya. —Miedo me da, mucho.

—¿Me veo regularmente con otras chicas? —Parece que vuelve a meditarlo unos instantes mientras sigue con la mirada fija en la calle—. Supongo que la respuesta es sí.

¿Así de simple? ¿Y eso qué quiere decir? Oh, esto no va bien, ahora tengo mil preguntas nuevas que se añaden a las mil anteriores.

—No te agobies. —Vuelve a leerme la mente—. No es como tú piensas. Tengo amigos y amigas que viven bajo la misma filosofía que yo... por decirlo de alguna manera. Y me veo con ellos de vez en cuando. Sin compromiso.

—Ajá —contesto pensativa.

¿Con ellos? ¿Con hombres también? ¿Es bisexual entonces? ¿Esto del poliamor lo abarca todo? Ohh... ¿Por qué no habré entrado en san Google a informarme?

—¿Siguiente pregunta?

—¿Es solo sexo?

Se ríe antes de contestarme.

—¿Crees que el sexo se puede separar de cualquier otra emoción o sentimiento? ¿Crees que realmente existe la posibilidad de «solo sexo»? —Hace comillas en el aire antes de volver sus sexys manos al volante.

¿Creo que se puede hacer solo sexo? Hombre, yo nunca lo he hecho, pero sé de hombres y mujeres que lo hacen, sí. O eso creo... ¿no?

—Bueno... no sé, creo que hay quien puede separarlo y que sea algo más...

físico en exclusiva.

—Ajá. Es una bonita creencia. Como cualquier otra.

¿Ahora me hace *coaching* o qué?

—¿Qué crees tú? —pregunto sin pensarlo mucho.

—Esta pregunta sí que me gusta —dice con una amplia sonrisa y me alegro de haber acertado—. Yo creo que nunca es solo sexo. Al menos yo no hago sexo de ese físico en exclusiva que tú dices. Cuando yo me relaciono con alguien, me implico al cien por cien.

Y qué lo digas.

—Ajá.

—Siempre hay sensaciones, sentimientos y emociones. Si no sería algo mecánico, ¿no crees? Para eso me hago una paja.

Más claro, agua. Trago con dificultad. La imagen de David haciéndose una... paja me perturba el cerebro. Se me nublan las ideas. De pronto siento el calor inundando mis mejillas.

—Claro, sí. Entiendo —digo como si no fuera una perturbada.

—¿Te has puesto roja? —pregunta mirándome y acariciando mis mejillas con su mano libre mientras con la otra sigue dirigiendo el volante. Es demasiado sexy todo esto. No me extraña que esté roja. Lo milagroso es que no haya explotado ya por combustión espontánea.

—No. Es solo... ¿Aquí hace calor, no? —le digo mientras miro y descubro que tiene el aire acondicionado activado.

—Ya... —dice con sonrisa traviesa volviendo su atención a la conducción—. Bueno, ya estamos llegando, ¿tienes una última pregunta para hoy mientras busco aparcamiento?

Miro por la ventana y veo que hemos cruzado Barcelona muy rápido, o a mí el tiempo me pasa a una velocidad muy alta cuando estoy con él. Estamos en la zona alta, buena zona. Animada. Con muchos restaurantes y locales. Hay cantidad de gente por la calle. Se nota que el buen tiempo nos anima a salir.

Una última pregunta. ¿Qué podría ser?, tengo tantas.

—¿Por qué te intereso yo?

Quizá mi pregunta encierre muchas inseguridades y una autoestima que sube y baja según el día y hoy no sea uno de esos días buenos. Pero realmente me lo cuestiono. David es un chico guapísimo, triunfador, inteligente, amable, independiente, sexy a rabiar... y yo soy... normal.

No sé, es cierto que soy emprendedora, independiente, intento ser siempre amable y educada. Me considero inteligente normalmente, menos cuando me

influye su presencia perturbadora, y bueno, físicamente no soy fea. Soy normal, mona, diría en un día con autoestima buena. Pero sin duda, él pega mucho más con una rubiaca de piernas muy largas y cintura muy pequeña. Yo mido un metro sesenta y cuatro y tengo la cintura más bien anchita. Soy castaña y mis piernas son muy normales. Nunca me han faltado pretendientes, pero no voy levantando pasiones. Nadie se gira cuando paso por la calle. Soy una más.

Aparca en silencio meditando mi pregunta y a mí cada segundo que pasa sin responder me pesa más. ¿Tanto ha de pensarlo? ¿Tanto le cuesta encontrar los motivos? Ay, Dios, para qué le habré preguntado eso.

Una vez ha terminado las maniobras de aparcamiento, apaga el motor, se quita el cinturón, me quita el mío y se acerca mucho a mí.

Me retira un mechón con mucha dulzura de la cara, me lo coloca detrás de la oreja y me mira a los ojos con una mirada nueva. Sigue siendo muy transparente y clara, sigue mostrándome todo cuanto hay detrás, pero son cosas nuevas... son vibraciones distintas, no lo sé explicar.

—¿Por qué me interesas tú, Sofía? —repite mi pregunta con esa voz rasgada y sexy que me mata y en su boca suena hasta sensual.

—Sí.

David enmarca mi cara con sus manos en un gesto cariñoso e íntimo a más no poder y sin apartar su vista ni pestañear siquiera me contesta con mucha calma:

—Yo me pregunto si existirá algún universo paralelo en el que alguna versión de David se cruce con Sofía, por casualidad, y eso no cambie total y radicalmente sus planes.

Vale. No estaba preparada para esta respuesta. Trago con dificultad y él continúa:

—Podría explicarte todos los motivos conscientes por los que me atraes y necesito —remarca la palabra necesito al pronunciarla— saber más y estar cerca de ti. Pero no es por eso. Es algo que siento desde el primer momento en que te vi... —Coloca su mano derecha en su pecho. No sobre el corazón, sino justo en su centro. Como si me hablara de algo que siente desde ahí.

Sigo un poco en *shock*. No me esperaba algo tan profundo. Por suerte él no espera a que mi cerebro procese todo bien como para contestar algo y simplemente posa sus labios sobre los míos en un beso lánguido, cálido, suave. Sigue acariciando mi cara con sus manos, me coge como si fuera algo muy valioso o al menos eso me hace sentir.

Universos paralelos. ¿Existirá alguna Sofía que no se haya vuelto loca con

alguna versión de David? La verdad es que no me planteo que eso pueda existir tampoco. ¿Y dónde encaja el poliamor en todo esto? Sigo sin entender nada. Pero lo que siento es tan bonito. Es sobrecogedor. Un torbellino de sensaciones arrasa mi cuerpo hasta la última célula. Por su contacto, por sus palabras, por lo que me transmite al tenerle tan cerca. Así que decido hacerle caso y verdaderamente, dejarme llevar. Ver a dónde me lleva todo esto. Porque si es capaz de hacerme sentir y vibrar tanto, así, simplemente con unas palabras sinceras y un beso suave, vale la pena arriesgarlo todo por ver adónde vamos. El candado que añadí anoche ha desaparecido. De hecho, acaba de derrumbar varios muros de un solo golpe.

Su beso termina con tres besos rápidos y en cuanto se aleja un poco me sigue mirando a los ojos.

—Es como besarte. ¿Tendré suficiente alguna vez? Siempre quiero más. —
Sonríe pícaro.

Este hombre se ha propuesto trastornarme hoy.

El restaurante en el que vamos a cenar es bastante pijo. Pero pijo guay. *Cool*. Estamos en una mesa redonda. A mi derecha tengo a David y a mi izquierda a Christian. Vamos, que no estoy nada mal acompañada. Si hace unas semanas me dicen que voy a cenar con dos hombres así de atractivos a mi lado, me quedaría muda del susto. Susto bueno, claro.

Delante de mí tengo a Mónica que está completamente en su salsa. Cuando hemos llegado, ellos ya estaban en la mesa y nos esperaban tomando un Martini con oliva y todo en esas copas tan chulas con cáliz bajo y ancho. Se nota que mi amiga está acostumbrada a restaurantes y sitios *cool*. Yo no salgo mucho, aunque me encanta. En realidad, me estoy dando cuenta ahora, desde que he hablado con ella esta mañana, de que tenía demasiada razón con lo de que llevo meses muy zombi. He vivido sin vivir. Y no digo desde que pasó lo de Mark, sino mucho antes. Creo que llevo años así. Desde que emprendí mi negocio. Emprender es duro y requisito de todo mi tiempo, pero creo que me excedí al repartir mi energía vital. La dediqué al cien por cien a mi negocio y dejé de vivir en algún momento. Me perdí a mí misma de alguna manera. Desde hace solo unos días es como si hubiera tomado distancia; mi vida ha dejado de girar en torno a mi trabajo para demostrarme que existen más cosas fuera de mi estudio y me parece fascinante. David me ha hecho despertar de mi letargo y lo he hecho con muchas ganas de todo. Hambrienta de vida. Él está

despertando cosas en mí que dormían desde hace mucho mucho tiempo. Y como dice Mónica, solo por este despertar, ya vale la pena haberlo conocido.

El restaurante tiene una iluminación muy suave, cálida, tirando a oscura. Es de esas iluminaciones justas para permitirte ver lo que estás cenando pero a la vez crean un ambiente muy íntimo. Me gusta mucho. El local es grande y aparte de la iluminación suave, tiene una decoración muy moderna. Las paredes son de ladrillo blanco. Cuelgan lámparas de led del techo como cables sueltos sobre las mesas. Y la comida, por lo que veo pasar junto a nosotros, tiene muy buena pinta. Suena una música animada, tipo *preparty*, de esas que te van calentando y dando ganas de irte a bailar, pero está a un volumen ideal para poder hablar a gusto. Abro la carta con curiosidad. ¿Tendrán opciones veganas para David?

—Chicas ¿qué os parece si pedimos algunos platos para compartir y así probáis un poco de todo? —propone Christian con su sonrisa de seducción masiva. Va a juego con la de Mónica.

Ambos deslumbran y saltan chispas cada vez que se miran. Es como estar viendo una peli de esas que ya sabes lo que va a pasar cuando chica conoce a chico, pero aun así te engancha y no puedes dejar de verla hasta el final con sonrisa de boba en la cara.

Christian también ha venido muy guapo. Lleva tejanos claros rasgados con roturas por encima de la rodilla. Una camisa blanca de cuello mahón y unos zapatos negros. El pelo algo engominado hacia atrás y perfume sexy de ese que te atrapa. Mónica por su lado se ha puesto un vestido rojo ajustado hasta la cintura y suelto a partir de allí. Con cierto volumen en la falda. Unos tacones negros y un bolso a juego. Está guapísima, como siempre.

—A mí me parece bien —contesta Mónica.

—¿Y tú, Sofia? ¿Cómo ves eso de compartir? —me pregunta Christian con cierta picardía.

—Me parece bien también —acepto valiente entendiendo que quizá tenga doble sentido la pregunta. ¿Será Christian también polígamo?

Christian mira a David y le hace un sutil gesto de aprobación hacia mí. Vuelve a darme la sensación de que se hablan con miradas. Y yo que pensaba que eso era cosa de chicas.

Un camarero negro con el pelo a lo afro, delgado y bastante alto viene a tomar nota en respuesta a un gesto de Christian con la mano.

—¿Ya saben lo que quieren?

Christian contesta nombrando varios platos y el camarero toma nota de todo

de forma muy eficiente en su libreta electrónica.

—Muy buena elección. ¿Es para compartir?

—Sí, aquí compartimos todo —responde Christian mirándome con sonrisa lobuna.

¿Todo, todo? *Ups*. No sé si estoy preparada para esta cena... Ni para la vida, en general.

David pone su mano en mi rodilla derecha y me la presiona ligeramente. Me encuentro con su mirada y se me pasan todas las preocupaciones.

—Ni caso. Está bromeando —me susurra al oído.

—Ehhh, nada de secretitos, que me pongo celoso —interrumpe Christian y sin quitar sus azules ojos de los míos me dice—: Cuéntame algo sobre ti Sofia, casi no te conozco.

—¿Qué quieres saber? —pregunto curiosa.

—David ya me ha contado sobre tu empresa, ¡me encantan vuestros relojes por cierto!

—Gracias, me alegra mucho saber que la gente empieza a conocernos. ¡Tanto trabajo habrá valido la pena!

Mónica le pregunta algo a David que no alcanzo a oír y se ponen a hablar en paralelo mientras Christian sigue con su intento por conocerme mejor. Me gusta. Es muy franco y directo. Me pone un poco nerviosa su atractivo y seguridad, pero me cae bien.

—Sin duda... ya sabes a qué nos dedicamos nosotros, ¿cierto?

—Cierto. —Afirmo con la cabeza.

El camarero nos trae un vino blanco con cubitera helada y comienza a destaparlo y a servirlo en nuestras copas. ¡Genial! Tengo la boca seca.

—¿Y qué opinas de ello?

—Bueno, no tengo el placer de conocer personalmente vuestras empresas... aún. Pero espero poder saber más sobre ellas pronto. —Sonrío amable y trago con dificultad al recordar el tema de los *swingers* y el local liberal. En fin. *Open mind*, Sofia.

—La empresa de Shoppers Barcelona es más bien aburrida. Sin duda, será un placer mostrarte nuestro club; estás más que invitada. Es muy divertido. Y bueno, el portal para *swingers*, no sé si te interesará. —Sonrío encantador.

—Lo de conocer vuestro Club es lo que más me llama por ahora —respondo sincera.

—¿Brindamos? —propone David alzando su copa.

—Por supuesto. —Sonrío yo alzando la mía. Mónica y Christian hacen lo

mismo y nos encontramos con las cuatro copas en el aire.

—Por nosotros. —David mira a Mónica y después a Christian—. Y por esta noche —añade mirándome a mí cargado de promesas obscenas.

Camión mátame ya. ¿Es necesario cenar? ¿No podemos pasar a «esta noche» directamente?

Brindamos, bebemos, charlamos y disfrutamos de una noche que comienza muy muy bien.

Los platos que nos van trayendo tienen una presentación cuidada al detalle y me contengo para no fotografiarlo todo, por suerte Mónica ya lo hace por mí, seguro que para su blog. Le pediré que me pase las fotos mañana. También nos hace fotos a Christian, David y a mí, juntos los tres y después, muy poco sutil ella, le propone a Christian que se aparte para hacernos una foto a David y a mí solos. Christian se ríe mientras se aparta de la foto y yo me sonrojo.

David se me pega y juntamos nuestras copas en un brindis fotográfico muy posado y estético.

—Sonreíd, chicos, ¡que no se note la tensión sexual! —suelta Christian y todos nos reímos sin poderlo remediar.

¡Será...! ¿Tanto se nota? Mi tensión sexual no resuelta con David debe ser visible en mi cara, estoy segura de que hasta el camarero lo sabe.

Quizá sea por la copa de vino en ayunas que nos hemos tomado al entrar, pero reímos a carcajadas y Mónica y dispara y dispara fotos con su iPhone de todos y de todo. Hasta se hace *selfies* ella sola. Christian se añade a sus selfies y se besan. Y sigue haciendo fotos de su beso. Es tan romántico todo que suspiro encantada. Aunque no vaya a nada, es tan bonito ver lo que hay entre ellos, cociéndose a fuego lento. Quizá acabe en una noche de pasión y ya está, pero la romántica que hay en mi interior quiere pensar que es un cuento en el que se han encontrado dos almas que estaban destinadas a estar juntas.

—Prueba esto. —David me ofrece algo que parece una minicroqueta con su mano sacándome de mis pensamientos y cuando voy a cogerla con la mía, la separa un poco de mí y niega con la cabeza. Entendido. Abro la boca y con sensualidad me hace probarla de su mano. Calculo bien para no morderle un dedo, rompería el momento sexy, sin duda. Y lo consigo, pruebo la croqueta que es exquisita, sabe a una crema de setas suave, pero sabrosa.

—Mmm, está deliciosa —le digo y cojo una para devolvérsela. A lo que responde encantado tomándola de mis dedos con sus labios. Ufff. ¿Hay algo de ropa que me pueda quitar? Mi temperatura corporal está subiendo sin control.

—¡Ehhh! ¿Por qué no os vais a un hotel? —propone Christian entre risas.

Después de las croquetas de setas, las piruletas de parmesano y las chips de boniato, los siguientes platos que nos traen son raviolis rellenos de verduras, una ensalada tibia con langostinos, un *risotto* de calabacín y para terminar un tartar de salmón y aguacate con una vinagreta dulce que me alucina. Vamos probando de todo y compartiendo entre los cuatro.

Entonces Christian vuelve a centrar su atención en mí y me pregunta:

—¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre? —Muestra un interés muy curioso en mi persona, realmente quiere conocerme.

—Bueno —le digo tras dar un sorbo al vino y saborear lo dulce y fresco que está—. Me gusta viajar, leer, bailar...

—¿Bailar? —me pregunta abriendo mucho los ojos.

—Sí, bailar.

—¿Alguna música en concreto o todo en general?

—Bueno, me gusta todo —respondo pensativa.

—¿Y viajar? ¿Cuál ha sido el mejor viaje de tu vida?

Hace unas preguntas muy interesantes. Me resulta muy agradable hablar con Christian. Además, tiene una manera de mirarte como si no existiera nada más en el mundo que te hace sentir especial. ¡Será cabrón! Así debe volverlas locas a todas. ¡Con vaya dos nos hemos topado!

—El mejor viaje de mi vida... —murmuro pensativa. Qué triste es mi vida, no he viajado nada—. El mejor viaje de mi vida aún no lo he hecho —concluyo con sinceridad y algo de tristeza al reconocerlo.

—¡Vaya! —exclama sorprendido sin apartar su intensa mirada de la mía—. Es la mejor respuesta que me han dado. ¿Sabes? Todo el mundo te habla del mejor viaje de su vida pensando en un viaje en concreto que ya ha hecho y yo siempre pienso: ¿cómo sabes que ha sido el mejor? Siempre puede haber uno mejor por delante.

Tiene razón aunque no era a lo que yo me refería. Pero mira, a sus ojos he quedado como alguien interesante en vez de como alguien que viaja poco. Punto para mí, ¡por sincera!

—¿Qué te gusta a ti? —le pregunto con interés.

—A mí me encanta viajar también. Lo de bailar no se me da tan bien. ¡Y los coches! Me encantan.

—¿Mejor viaje de tu vida? —pregunto con una sonrisa cómplice.

Él me devuelve la sonrisa y responde:

—Aún no lo he hecho, pero de los que he hecho hasta ahora, sin duda, me quedo con la India. —Uau. Christian en la India. No le pega nada, no sé por

qué—. Fue un viaje que me marcó como persona y que me hizo crecer en muchos aspectos.

—Qué pasada. Yo lo tengo en mi lista de sitios que debo conocer antes de morir —le confieso.

—¡Sí! Debes hacerlo —exclama con pasión—. Es un viaje vital de autoconocimiento y de conocimiento de los demás. Yo volví muy cambiado, ¿sabes? Tomé conciencia de la suerte que tenemos aquí. —Asiento dándole la razón—. No he vuelto a quejarme desde que volví de ese viaje y de eso hace ya tres años. Cada noche antes de dormir dedico cinco minutos a dar gracias al universo por la vida que tengo.

Qué espiritual me parece. Me sorprende. Siempre he tenido la creencia de que los hombres tan atractivos y exitosos como Christian y David debían ser unos vanidosos superficiales. Que él me hable de humildad, de valorar lo que tenemos y de gratitud, me parece sorprendentemente genial.

Terminamos de cenar y la verdad es que la comida ha sido deliciosa y no me he quedado pesada ni con hambre, sino perfecta.

De la India nos hemos ido a hablar del blog de Mónica y de ahí a cómo emprendimos negocios tanto ellos como yo.

—¿Entonces siempre has sido así de pijo, ojazos? —pregunta Mónica a Christian con total descaro y confianza.

—Bueno, es cierto que nunca me ha faltado de nada —confiesa—, pero también es cierto que las empresas las montamos de cero sin ayuda de nadie, tan solo con unos pocos ahorros que nos sacamos trabajando en verano mientras estudiábamos.

—Cierto —añade David mirando con orgullo a su amigo.

—No podemos decir que nos hayan regalado nada, ¿eh? Nos lo hemos tenido que currar —concluye Christian—. Tú sabes de lo que hablo, ¿verdad? —me pregunta a mí.

—Totalmente. También empecé mi empresa de cero con los pocos ahorros que tenía de mi trabajo anterior.

—Oye, ¿que ser bloguer tampoco ha sido fácil! —se defiende Mónica.

—¿Has tenido que trabajar muy duro? —La pica David. Parece que han cogido confianza durante la cena. Yo también me siento más cómoda con ellos, he conocido mejor a Christian y ambos me parecen dos chicos diez.

—¡Pues sí! También empecé mi blog de cero, sin ayuda ni patrocinio de nadie. Y dedico muchas horas a que sea un blog útil y bonito donde la gente encuentre inspiración y estilo —contesta muy digna. Olé tú, Mónica. Yo soy su

fan número uno.

—Poca broma, yo conozco tu blog y sé la evolución que has tenido, es admirable —le dice Christian muy convencido.

—Ohhh, ¡gracias! Por fin alguien que valora mi trabajo —declara achinando los ojos y lanzando rayos asesinos con su mirada hacia David.

—Era una broma, Mon —aclara David con total complicidad, ya usan hasta diminutivos cariñosos. Alucino—. Ya te dije que desconozco el mundo blogger, pero si te da para vivir y disfrutas de ello, yo te admiro también.

—Bueno, ¿dónde vamos a tomar un *gin-tonic* para celebrar que somos jóvenes, emprendedores y guapos? —propone Mónica. Esta ya va afectada por el vino. Yo me río.

—Guapos sobre todo —añade Christian con falsa vanidad. En realidad para lo guapo que es no parece que lo tenga nada creído.

—Yo tengo una propuesta —dice David y la comunicación no verbal entre los chicos vuelve a hacer presencia. Christian lo mira interrogante torciendo un poco la cabeza como si analizara la propuesta que David aún no ha verbalizado.

—¿Seguro? —le pregunta confirmando mi teoría. Estos hablan por telepatía.

—¿Por qué no? —responde David encogiéndose de hombros.

—No sé. —Christian me mira a mí y después a Mónica que está igual que yo. Intentando pillar algo—. Preguntémosles a las señoritas a ver qué opinan.

—Por supuesto —replica David como si fuera obvio y añade—: he pensado en que podemos tomar una copa en nuestro club, para que lo conozcáis.

Uhh. No sé si estoy preparada para esto. ¿El local liberal donde se realiza sexo e intercambios? No sé ni qué debo esperar encontrarme allí.

—Además, esta noche Lucas libra y no estaría de más que pasáramos aunque sea para echar un vistazo y controlar un poco —interviene Christian.

Mónica me mira inexpresiva, con su mejor cara de póker, pero yo la conozco. Sé descifrarla. Está esperando a que diga algo yo porque ella quiere parecer «open mind» frente a Christian, al fin y al cabo, es a lo que se dedican. No podemos horrorizarnos y hacer como que no existe. Debemos naturalizarlo, ¿no?

Quizá ir hoy a su club sea como quitar una tirita de golpe en vez de estar despegándola lentamente y haciendo que la molestia se prolongue mucho más. Mónica hace morritos pensativa y sigue sin apartar su vista de la mía. Espera a

que dé una respuesta para dejar en mis manos la decisión.

¿UN TRÍO? JAMÁS HABÍA PENSADO EN ELLO

—Me parece buena idea —digo, entonces, mirando a un lado y a otro para ver la cara de los chicos.

—¿Sí? —me pregunta Christian sorprendido.

—Sí. ¿Por qué no? —Y este es mi primer «¿por qué no?» en años. Llevo tanto tiempo sin hacer algo nuevo que me saque de mi zona de confort... debería retarme a usarlo mucho más a partir de ahora.

—Claro, buena idea —añade Mónica reforzando mi decisión.

Ella debe estar igual que yo. Somos «open mind», pero no tanto. En realidad creo que no somos nada «open mind», pero nos gustaría serlo. Ya es algo, ¿no? Es un primer paso.

Rechazamos la carta de postres. Tiene muy buena pinta, pero no podemos más. Christian pide la cuenta y tan pronto la traen, no nos da tiempo a nada, saca su tarjeta y paga. Sin más. Mónica y yo nos miramos y sacamos la cartera para intentar al menos colaborar. Somos mujeres modernas, no tenemos ninguna resistencia en invitar a cenar a los chicos. Pero David ve la maniobra y nos para antes de que podamos siquiera intentarlo.

—Ni lo intentéis. Si invita Christian, invita Christian —dice como si fuera una ley.

—Está bien, pero ¿podremos invitaros a las copas? —pregunta Mónica muy negociadora.

—Lo siento, Mon, pero es nuestro club, allí no pagaremos las copas —contesta David divertido encogiéndose de hombros.

—*Ups*, bueno. Pues la próxima nos dejaréis invitaros, ¿a qué sí? —insiste Mónica.

—Claro, la próxima invitas tú, preciosa —le dice Christian mientras guarda el *ticket*. Luego le da un beso rápido sobre los labios.

Nos levantamos de la mesa y nos disponemos a salir. Me noto algo mareada por el vino y eso que he bebido poco. Soy de esas personas que con poco ya van como si mucho. Cruzamos el restaurante, Mónica de la mano de Christian y

detrás voy yo con David que camina abrazándome por la cintura. Por un momento me parece que la escena se ralentiza y pasa a cámara lenta.

Veo las miradas de las chicas recorrer a los dos dioses que van con nosotras, veo las parejas girarse disimuladamente para observarnos también. Los camareros nos sonríen a medida que avanzamos y la música parece que la hayan escogido especialmente para animarme y darme ganas de bailar.

Me siento observada, pero para bien. Nunca había sentido tantas miradas sobre mí. Sé que es por ellos, llaman mucho la atención. Bueno, y Mónica, claro. Pero me siento bien. Segura de mí misma. Saber que el hombre que camina a mi lado es deseado por todas es una experiencia nueva en mi vida. He salido con chicos guapos, pero es que lo de David es fuera de lo normal.

Y hoy es mío. Solo mío. Estoy deseando que llegue el momento de caer sobre una cama sin ropa y fundirme en su cuerpo. Pero me apetece conocer su club, será como conocer una parte importante de él. Al fin veré cara a cara a la tal Poligamia esa.

Juguemos. Estoy lista.

Aunque vinimos en dos coches, los cuatro compartimos un taxi hasta el club, el cual se encuentra cerca del restaurante. Ambos coinciden en que «si bebes, no conduzcas». Un GRAN punto para ellos. Además de estar tan buenos, son responsables, si es que Dios fue muy generoso en el reparto de virtudes con estos dos.

Mónica se sienta delante en el taxi y detrás me siento yo entre los dos. Por un momento se me va la cabeza y me los imagino desnudos, uno a cada lado, ambos dedicando todas sus atenciones a mi cuerpo, fundiéndose conmigo en un juego de puro placer y... ¿Qué puedo decir? Me fascina la idea y me sorprende a partes iguales.

¿Un trío? Jamás había pensado en ello. Será el efecto del club, que ya me está afectando antes siquiera de llegar. Mónica sube la música de la radio porque suena una canción que le encanta, «You & me (flume remix)» de Disclosure. Es de esas que tienen un efecto «venirse arriba» y, como era de esperar, enseguida empezamos todos a movernos un poco al ritmo. ¡Se nota que tenemos ganas de pasarlo bien esta noche! ¿Se podrá bailar en el club? Aún no tengo muy claro cómo es ese sitio.

Mónica lo da todo en el subidón de la canción y el taxista la mira encantado. ¡Cómo no! El señor está alucinando. Una rubia así, con esa forma que tiene de moverse que llama tanto la atención por su sensualidad y movimientos discretos, pero dignos de un alma libre como es ella, sin duda no

es algo que se vea cada día.

Detrás, los dos dioses reencarnados en cuerpos humanos se mueven con sensualidad y elegancia también, lo cual me deja fuera de juego. Y eso que estamos dentro de un coche. Me espolean y yo respondo moviendo, sexy, los hombros al ritmo. ¿Qué se creían? Yo también soy sensual y sé divertirme. Aunque también es cierto que no recuerdo la última vez que salí a bailar y tuve una noche de diversión. El trayecto es corto pero divertido y sensual; es el prólogo que te prepara para una gran noche.

Cuando llegamos, Mónica paga la carrera por mucho que Christian insiste en hacerlo él. Pero ella gana por rápida.

Observo la calle en la que estamos, es una buena calle de Barcelona. Hay diferentes pubs en ella, restaurantes, bares, oficinas, gente arreglada; se palpa el buen ambiente. Y frente a nosotros su club.

Dos porteros enormes custodian una puerta opaca negra que no deja ver que hay tras ella. Un rótulo con letras doradas en una tipografía muy elegante con la palabra Caprice y un dedo sobre unos labios gruesos conforman el logo. Muy sugerente el nombre, ¿imagino que francés? Hice cuatro años de francés en el instituto y no recuerdo nada. A veces pienso que mi cerebro falla de verdad. En cualquier caso me suena a capricho en francés, pero ya me lo dirán. Mmmm, me encantan los caprichos. Me sugiere algo que se te antoja y hasta que no lo consigues el ansia puede contigo. Y el logo indica discreción, secretos, poca conversación. Sugerente, muy sugerente todo. La combinación entre un capricho que ansías y que has de mantener secreto. Ufff. Cuántas cosas transmite. Cuando tenga ocasión felicitaré a David por la elección del logo que hicieron en su momento.

—Buenas noches —saluda Christian amable. Los porteros abren la puerta y responden con educación inclinándose un poco en una reverencia.

—Señores..., bienvenidos. Señoritas..., disfruten de la velada.

—Gracias —respondo yo sin saber muy bien qué decir.

Al entrar avanzamos por un pasillo en el que se oye una música a volumen alto y muy animada, del estilo de la que estábamos bailando en el coche. El pasillo es oscuro. Mis ojos se van acostumbrando a la poca luz a medida que avanzamos. David coge mi mano y me la presiona levemente. Busco su mirada y sonrío como si fuera a enseñarme algo importante. Bueno, es su negocio. Claro que es importante para él. Intento desterrar la cara de pánico y sonrío como si estuviésemos en una discoteca normal. Será lo mejor. Fluir.

Huele a litros de ambientador, pero bien, huele muy bien. Y mis nervios se

deshacen en cuanto nos encontramos en la sala principal y hago un barrido con la mirada.

Es una sala de discoteca. Normal. La gente está bailando. Vestida. Pero ¿qué me esperaba?

—Bienvenidas al club, chicas —dice Christian alzando la voz y haciendo un gesto con su mano que señala toda la sala de un lado al otro. Mónica sonrío. A ella todo le está bien. Se adapta a cualquier sitio y ambiente. Es fantástica. En mi próxima vida, me pido ser ella.

Vamos hacia la barra que tenemos más cerca y antes de llegar Mónica me susurra si la acompaño al lavabo.

Aviso a David y nos señala dónde se encuentran los servicios. Me dice que nos esperan en la barra mientras hablan con la jefa de sala, quieren ver cómo va la noche.

Cuando entramos al lavabo nos sorprende por lo amplio y elegante que es. Las paredes son todas negras y la iluminación es muy tenue. Todo está limpiísimo y huele a litros de ambientador nuevamente. Hay unos espejos enormes desde el techo hasta el suelo decorando la pared frente a los inodoros. Unas picas de diseño superpequeñas y curiosas hechas de loza negra imitando a una piedra natural aparecen en mitad del espejo. Unas plantas verdes (y vivas) entre cada espejo dan ese toque de color y frescura. Y, lo que más me sorprende, una estantería baja con desodorante, laca, gomina, tampax, tiritas... Todo tipo de cosas útiles para un lavabo de mujeres.

Después de hacer pis cada una, y mientras nos lavamos las manos, Mónica me pregunta:

—¿Estás nerviosa, nena?

—Bueno, un poco —confieso.

—Pues estate tranquila. Nos tomamos algo y nos vamos. No hemos de profundizar mucho hoy. Con verlo es suficiente, ¿no crees?

¿Profundizar? Yo espero profundizar mucho, pero en otro sitio, la verdad.

—Claro. Sí. Pienso igual.

Una chica pelirroja entra y nos repasa sin discreción antes de entrar al inodoro. Mónica y yo nos miramos en silencio con una mueca en plan «¿y esta por qué nos mira así?». Antes de volver, Mónica me repasa los labios con un pintalabios fijo, de esos que hemos comprado esta mañana. Me pone un color rojo intenso igual que el de ella. Se atusa un poco el pelo, mientras yo me repaso frente al espejo.

Me sorprende darme cuenta de que los stiletos nuevos son tan cómodos.

Llevo ya rato con ellos y me siento como si fueran de toda la vida. Además estoy monísima. O será el vinito. Siempre me hace verme mona. Aunque estrenar ropa y vacaciones también sienta bien.

—¿Lista?

No sé para qué pero contesto que sí con la cabeza y volvemos juntas a la sala. Pasamos entre la gente que baila cruzando la pista y divisamos a los dos chicos más guapos del local en la barra. Hablan con una camarera imponente. La tía lleva un escote hasta el ombligo. No exagero. Es literalmente hasta el ombligo. Y no lleva sujetador. Con eso lo digo todo. Deja poco a la imaginación, vamos. Tiene la piel morena, el pelo por debajo de los hombros, negro hasta la mitad y rubio tirando a platino-gris de la mitad a las puntas. Tiene las cejas bien perfiladas, un *piercing* en la nariz de los que yo llamo «tipo vaca» (es un aro que aparece por ambos orificios) y lleva tatuajes por los brazos, en las manos, en los dedos... ¡Maldita guapa hípster! Ya me está cayendo mal. Ellos ríen y bromean con ella. Se nota la confianza que se tienen. Bueno, si es la jefa de sala, han de tenerla. Grrr.

Paramos en el guardarropas y dejamos los bolsos para poder bailar libremente. En ella nos atiende un chico encantador, algo afeminado pero muy simpático y amable.

En cuanto llegamos a la barra junto a ellos, toda su atención se vuelca en nosotras, lo cual me hace sentir bien al momento y olvidarme de la morenaza con la que trabajan.

—¿Qué quieres beber? —me pregunta David al oído acercándose muy mucho a mi cuerpo. A mí esa cercanía me enciende por completo y se me nubla la razón un poquito.

Quiero beberte a ti. Despacio, saboreando cada gota de tu esencia. Como un dulce caprice.

Sin moverme ni un milímetro para seguir disfrutando del calor que emana de su cuerpo pegado al mío le respondo:

—Sorpréndeme, ¿qué hacéis bien por aquí?

Quizá mi pregunta haya sido desacertada, pero es que no pienso con claridad; es imposible con este hombre tan cerca. David empieza a reírse y me dice:

—Mejor no te lo digo. —Mira las botellas expuestas en la pared y continúa —: ¿Qué tal un *gin-tonic*?

Arrugo la nariz. En realidad el *gin-tonic* no me gusta demasiado.

—¿Prefieres algo más dulce?

Síí. Mi dulce caprice. Te prefiero a ti.

Se me está yendo la cabeza. En cualquier momento digo estas cosas en voz alta y flipa.

—Sí —me limito a responder tirando de autocontrol.

David se inclina sobre la barra y le pide las bebidas a la hípster al oído. Ella sonrío encantada de ser ella misma y yo sonrío como una falsa y desvío la mirada para no enrabiarle. ¿Ha de acercarse tanto a ella? Vale, la música está alta, pero que grite más, no han de acercarse tanto. ¡Bah! Paso.

A mi lado veo que Christian está inspeccionando con mucho interés la garganta de Mónica. Con su lengua, claro.

—Ehhh, ¿por qué no os vais a un hotel? —le digo mientras le doy unos azotes en el culo a Christian en broma. Me he venido arriba. ¡Vaya culo por cierto! Ufff.

Ellos se ríen divertidos, pero al segundo siguiente vuelven a estar devorándose.

En fin.

No sé adónde mirar. Decido mirar la pista y observo mejor a la gente que hay en ella.

No me parece un sitio indecente. Cierto es que la gente está algo desinhibida. Hay muchas parejas besándose intensamente sin pudor. Hay magreos varios al ritmo de la sensual música *housera* que suena. Es animada y a la vez caliente. Dan ganas de mover las caderas a lo Shakira.

En realidad, ahora que miro con atención estoy viendo varias cosas curiosas. La primera es una pareja que baila con otra pareja tan arrimados que de pronto no queda claro cuáles eran las parejas iniciales, van cambiando. Incluso ellas bailan sensuales entre ellas. Y ellos tampoco se evitan. Uau. ¿Esto es lo de ser swinger? Pues parece que se divierten, tú.

Otra cosa curiosa es un tipo guapete que está bailando con dos chicas, tiene atenciones para las dos, no se corta un pelo en cuanto a toquetearlas mientras bailan y ríen los tres. Y ellas encantadas, oye. En el taburete que hay a mi izquierda una pareja está muy intensa. De hecho empiezo a pensar que hay penetración y todo. No puedo mirar más porque me han descubierto y me sonrían muy amigables. Pinta mal. Desvío la mirada hacia mi derecha disimuladamente como quien no ha visto nada. Ahora Christian besando a Mónica me parece un cuento de niños.

David vuelve a ponerse frente a mí y me da un cóctel rosa que tiene buena pinta mientras prueba su *gin-tonic*.

Mmmm, mi cóctel es muy dulce y afrutado. No tengo ni idea de qué es, pero me encanta.

—¿Te gusta? —me pregunta con ojos curiosos.

—Buenísimo.

—Me lo ha recomendado Laia para ti.

Ya no me gusta tanto. Y odio a Laia. Encima la tía va y acierta con lo que me gusta.

—Laia es la jefa de sala —explica—, se encarga de toda esta sala aparte de llevar la barra al principio de la noche.

David levanta un pulgar en señal de aprobación hacia ella y ella sonrío encantada. Puaj. Quiero escupirle su cóctel rosa en la cara. Pero ¿de dónde sale este chonismo? Yo no soy así, lo prometo.

Christian y Mónica siguen enganchados a lo suyo mientras David y yo bebemos las copas y bailamos un poquito junto a la barra. Me siento cómoda, a gusto, divertida.

—¿Qué te parece? —me pregunta David al oído para que pueda oírlo sobre la música señalando la sala.

—Está genial. Hay buen ambiente —respondo y doy un sorbo a mi cóctel. Tendré que tragarme el orgullo y preguntarle a Laia qué es antes de irme. Está riquísimo y tiene pinta de subir un montón con lo dulce que es. Aunque no se nota apenas el alcohol.

—Oye, Sofi. —David vuelve a pegarse totalmente a mi cuerpo y me empuja suavemente contra la barra. Puedo sentir como únicamente nos separa la tela de nuestra ropa. Que de pronto, me sobra. Mucho.

—¿Sí? —Trago con dificultad y miro sus ojos. Están abiertos, me muestran todo cuanto hay tras ellos. ¿Ilusión?, ¿nervios?, ¿gananas?

—Aún tenemos que pensar en la palabra de seguridad, ¿recuerdas? —me pregunta serio dando importancia al tema.

—Ah... Sí, se me había olvidado. —Ups.

—A mí no. ¿Por qué no la decides ahora? Es un muy buen momento para hacerlo. —Da un sorbo a su *gin-tonic* y lo deja a medias en la barra tras de mí. Después me coge por la cintura y me sube a un taburete que no había visto como si yo fuera un peso pluma.

Junto las rodillas para no enseñarle a toda la discoteca mi ropa interior, aunque creo que nadie se asustaría visto el ambiente desinhibido que hay.

—Está bien. —Miro a mi alrededor buscando algo que me ayude a inspirarme, pero nada. Mente en blanco. Bueno, ¿es que está tan cerca este

hombre/objeto-de-mi-deseo que no puedo pensar! Esa carga eléctrica. Esa terrible tensión sexual que espero resolver en las próximas horas.

—¿No se te ocurre ninguna? —pregunta separando mis rodillas, con sus calientes manos, suavemente. Se acopla entre ellas pegándose a mi cuerpo. Ufff—. ¿Estás poco inspirada? —Se muerde el labio inferior aguantándose la risa. Ha de saber que me vuelve loca, estoy segura. Además, debo estar roja, me noto ardiendo de pronto.

Acorto el espacio que hay entre nosotros sin poder remediarlo haciendo caso a un impulso que proviene de muy adentro y capturo su labio entre mis dientes. Suave. Conteniéndome.

Y él como respuesta me besa con ganas, con fuerza, con un punto de agresividad incluso. Y me encanta. Me coge por las nalgas y me acerca más a él. Casi al borde del taburete. Siento su tejano sobre la delgada tela de mi tanga. Uffff. Creo que no llegamos a su casa hoy. Acabaremos como los del taburete de al lado. Montando un numerito público. Al menos yo me siento capaz ahora mismo. Con tal de sentirle... dentro. Ha de ser increíble.

De pronto siento una presión contra mi sexo terriblemente deliciosa. Parece que no soy la única con ganas. David está excitado también. El cúmulo de sensaciones y ganas que tengo de pronto me resultan demasiado. No puedo con esto, me supera. Nunca había deseado tanto nada en mi vida. Intento recordar y de verdad que no. Estoy deseando tener un rato de intimidad con él y poder sentirle... a fondo. El hecho de no conseguirlo me está empezando a generar frustración y no soy muy buena tolerando la frustración, la verdad.

—Ehhh, ¡¿por qué no os vais a un hotel?! Sois insufribles. —Escucho a mi lado interrumpiendo el momento.

Nos separamos levemente y vemos a Christian y Mónica riéndose y mirándonos. David le enseña un dedo a su amigo y también ríe.

Christian y Mónica hablan con Laia para pedir algo de beber. Yo doy otro sorbo a mi bebida y la palabra mágica acude a mi mente como un rayo, ¡pues claro!

—Ya la tengo.

—¿Eh? —David me mira desconcertado—. ¿Qué tienes?

—La palabra.

—Ahhh, bien. Es que me distraes —dice mirando mis labios con ansia—.

¿Cuál es?

—Vibración.

David tuerce un poco la cabeza y piensa en ello. Parece como si estuviera

multiplicando números en su mente. ¿Qué piensa tanto?

—Sí, me parece una buena palabra —concluye al final.

—Bien. Y, esto... ¿Para qué hemos de tener una palabra de seguridad?

¡CAAAAAMBIO DE PAREJA!

David se ríe y se le marcan los hoyuelos. ¿Cómo puede encantarme tanto?

—Ya te lo dije, es simplemente por seguridad. Si alguna vez algo no te gusta o te hace sentir incómoda, será nuestro secreto. Con que pongas esa palabra en una frase sabré que hay que parar lo que sea que hagamos, ¿vale?

¿Parar lo que sea que hagamos? Dijo que esto no iba de sado. No entiendo nada. Me coge por la barbilla con cariño y añade:

—No tengas miedo. Es solo para que estés cómoda en todo momento.

—Vale... gracias. —Supongo, y relajo un poco la expresión de mi cara.

—Yo también la usaré si estoy incómodo.

Me sorprende. Pero claro, es lógico, sí. Aunque no consigo imaginarme una situación en la que yo lo pueda incomodar.

—Vale.

Un hombre de unos cuarenta años, corpulento y atractivo se acerca a David con alegría. David se separa de mí para saludarle con una sonrisa. Chocan su mano en el aire y se abrazan ligeramente. Yo aprovecho para cerrar mis rodillas y bajar un poco la falda que la tenía casi de cinturón.

El hombre que tiene expresión simpática en la cara me mira y asiente a algo que David le dice al oído. Se acerca a mí y me dice:

—Encantado Sofía, soy José, el DJ.

—Ahh, encantada José. ¡Muy buena música! —respondo y él me da las gracias contento.

David le dice algo más al oído y este se ríe y asiente. Saluda también a Christian con un choque de mano y abrazo y él le presenta a Mónica. Después Laia le da una Coca-Cola con mucho hielo y el DJ vuelve a la cabina, que hasta ahora no había visto. Está en un extremo de la pista.

—Ven conmigo —dice David cogiéndome la mano y tirando de mí hacia la pista.

No es una pregunta. Así que acepto su mano y voy con él sin preguntar. Iría al fin del mundo ahora mismo sin dudar.

Nos adentramos un poco en la pista y David empieza a moverse y a bailar al ritmo de la música que suena. Es marchosa, electrónica, pero con ritmo suave y sugerente. Coge mis manos y me invita a bailar con él. Yo respondo encantada. Empiezo a mover las caderas y los hombros al ritmo. Cuando veo cómo me recorre con su mirada, me siento sexy y deseada lo que hace que mi autoestima de pronto esté bien alta. Por mi parte, alucino con cómo se mueve David. No es que haga nada especial ni pasos extraños. Simplemente sigue el ritmo con movimientos supersexys y masculinos que realzan ese cuerpo de dios griego que Dios le dio en un arrebató de generosidad.

He de hacer un esfuerzo extra de coordinación porque verle bailar hace que me pierda un poco. Él sonrío y sus ojos azules brillan con intensidad. Se nota que lo está pasando bien. Mueve ese torso definido que tiene y no dejo de imaginarlo sin camisa. Ay... Esos brazos fuer-tes, esos hombros marcados... Los tejanos rasgados le quedan de muerte, la verdad. Levanta los brazos a la altura de los hombros y hace unos movimientos sutiles pero con mucho ritmo que me dejan aluci-nada. Me recuerda a las pocas veces que he visto a un gogó masculino bailando bien, pero bien bien. Y no hay un ápice de exageración ni de afeminación, es sexy a rabiar y masculino al cien por cien.

De pronto las luces cambian, pasan de ser intermitentes a ser unos focos de colores fijos.

—¡Buenas noches, *Caprice*! —José, el DJ, habla por el micrófono y pronuncia *Caprice* con acento francés, muy sensual. Así que yo tenía razón. Es Capricho en francés—. ¿Tenéis ganas de pasarlo bien esta noche?

La gente de la pista contesta con un sonoro «Síííííí».

—Esta noche tenemos la noche Cubana así que empezemos con un poquito de... ¡¡¡Asúúúúucar!!! —dice por el micro y la gente aplaude en cuanto empieza a sonar un ritmo distinto por los altavoces de la sala.

Unos acordes y después la voz de Romeo Santos... ¿Bachata? Pero acto seguido entra en juego el ritmo indiscutible de la salsa y la voz de Marc Anthony. Reconozco esta canción, se llama «Yo también», me encanta. Es salsa, sin duda.

David comienza a hacer el paso básico de salsa y alucino, ¿sabe bailar esto también? Yo recuerdo unas clases a las que me obligó a ir Mónica hace unos meses cuando estaba de bajón por... por tonterías. Por cierto, ¡Mónica adora la salsa! Tal como lo pienso, aparece a mi lado tirando de Christian e iniciando todo su repertorio de pasos. Ella sabe mucho de esto. No como yo. Pero he de aplicar lo que sé y defenderme. Para algo han de servir aquellas

clases, ¡ahora tengo la oportunidad!

Respondo con el paso básico y David sonrío sorprendido. ¿Qué se pensaba?

Me coge de las manos y me hace girar con una aspirina un poco torpe por mi parte, pero oye, no queda mal del todo. A nuestro alrededor compruebo que no somos los únicos que sabemos defendernos con este estilo. ¡Qué nivel!

—¿Sabes el básico cubano? —pregunta David en medio de una aspirina que me sale mucho mejor que la anterior.

Hago un gesto afirmativo con la cabeza y a la vez muevo una mano con el gesto universal de «más o menos». Le basta para ponerlo en práctica y a mí no me queda otra que seguirle.

Enseguida nuestros pasos se acoplan y parece que hasta sepamos lo que hacemos y todo. Mónica enseña a Christian el básico, parece que él no lo domina tanto como David.

Me dejo llevar por el ritmo caliente de cuba, las voces sensuales de Romeo y Marc y el cuerpo de David que me guía con total determinación y ritmo. Recuerdo, cuando hice esas pocas clases de salsa con Mónica, que el hecho de que el hombre sea el que guía constantemente y decida absolutamente todos los pasos y que la mujer solo tenga que dejarse llevar y responder sumisamente a todo lo que él proponga, me pareció, como mínimo, machista a más no poder. Pero cierto es, que a la que te dejas llevar, vas soltando esa lucha de poder y simplemente disfrutas de dejar que te guíen y responder a lo que te propongan. Yo al menos he acabado disfrutando mucho de dejarme llevar. De no tener el control en algo y confiar en tu pareja de baile. Dejar en sus manos tu cuerpo. Seguirle a donde quiera llevarte. Es un ejercicio muy interesante.

David me hace girar con otra aspirina y la enlaza con un «dile que no», tras esto me enchufa doble. Recuerdo poco este paso, pero él sabe llevarme tan bien que es cuestión de fluir y dejar que me dirija a donde él quiera. Después de varios pasos más me doy cuenta de que algunas personas nos miran, se ha hecho una especie de corrillo alrededor de la pista y solo quedamos los que nos defendemos en medio. Me da un poco de corte, pero en cuando alzo la vista y me encuentro de nuevo con los ojos de David conecto con él y se me contagia de nuevo su alegría, olvidando por completo todo lo demás. No deja de sonreír. Era cierto que le gustaba bailar. ¡Me encanta! Cada cosa que descubro de él me encanta un poco más.

Empieza otra canción y... ¡la conozco! Esta la ponían siempre en las clases que fui. Se llama «Tú de qué vas» y es de Los 4. Mónica me mira encantada

bailando a nuestro lado con Christian y me pregunta si la recuerdo. Le contesto que sí con la cabeza y ella se ríe. Recuerdo que lo pasamos muy bien en aquellas clases juntas. Christian y Mónica se acercan mucho y chocan un poco con nosotros a propósito, en broma. David y yo nos soltamos las manos y ampliamos nuestro círculo para integrar a Mónica y Christian en él. Bailamos separados los cuatro y lo pasamos genial. Mónica propone un paso y los demás la imitamos. Algunos con más gracia que otros, David mejor que Christian y que yo, claro. Pero nos divertimos como hacía tiempo que no me divertía.

Un camarero aparece llevando en lo alto una bandeja redonda llena de chupitos de colores. Se acerca a David y lo saluda con un apretón de manos. Le dice algo que no consigo oír con la música y él asiente encantado. El camarero, que va sin camiseta, solo con una pajarita negra, unos tejanos y los músculos de alguien que pasa más tiempo en el gimnasio que en casa, nos ofrece a todos un chupito de la bandeja. Aceptamos. Mónica y yo cogemos unos rosas y David y Christian unos oscuros. El camarero, después de saludar a Christian, sigue su ruta ofreciendo chupitos al resto de la pista y nosotros brindamos en alto y nos lo bebemos. El mío está dulce y es muy parecido al cóctel que estaba bebiendo antes, ¿o es lo mismo? No sé, pero está buenísimo. Otro camarero igual de descamisado y de musculado pasa a recoger los vasos vacíos y saluda a los chicos con mucha alegría. Se nota quienes son los jefes aquí. Me pregunto si la gente también lo sabrá. ¿Vendrán mucho por aquí o serán los típicos jefes que no vienen nunca y nadie sabe que son los dueños?

Al final «el club» me parece una discoteca de lo más divertida.

—Veamos esa rueda cubanaaaaaa —grita José por el micro y la gente responde en la pista formando un círculo.

Esto también sé hacerlo gracias a aquellas clases, siempre que sean pasos básicos, claro. David me pregunta si me apetece y respondo que sí, ¡no me voy a rajarse ahora! Así que nos incorporamos a la rueda junto a Mónica y Christian y aparece en medio de la rueda un monitor con pantalones blancos, camisa blanca y sombrero blanco. Guapo, musculado y de nuestra edad. Lleva un micrófono de esos inalámbricos que aparecen por la mejilla y nos dirige a través de él. Tiene un acento cubano que no deja lugar a dudas sobre su procedencia.

Bailo con David el paso básico junto al resto de parejas en la rueda hasta que el monitor nos indica «aspirina», «dile que no», «básico cubano», vamos haciendo caso y nos dejamos guiar por él. Nos reímos, nos miramos, nos rozamos todo lo que podemos a la mínima que hay oportunidad. Me siento

genial con él. ¿No se podría parar el tiempo en este preciso momento? Me lo quiero guardar en la memoria para siempre.

El monitor va controlando que todos sepamos lo que hacemos y entendamos bien sus indicaciones. Ayuda a quienes van más perdidos y sigue en el centro del círculo dirigiendo.

Su siguiente indicación es la que menos me gusta, pero la acepto igual:

—¡Caaaambio de pareja! Las chicas os quedáis donde estáis y los chicos os movéis una a la derecha.

David me da un beso suave antes de soltarme y pone cara de pena por separarnos. Yo respondo con la misma cara. Y realmente lo siento en cuanto sus manos me sueltan y desaparece para ir a bailar con la siguiente chica. En su lugar aparece Christian con cara de circunstancias, mientras me coge las manos me dice:

—Lo siento mucho por todo lo que te pueda pisar.

Yo me río con él.

—¡No será para tanto!

Pero él, con cara de disculpas, afirma convencido del desastre que cree ser en la pista. La canción que suena ahora también la conozco, es muy divertida, se llama «Aquí la que falló fue usted».

Seguimos las indicaciones del monitor y, Christian contra toda predicción, lo hace bastante bien. No tiene la soltura de David, ni su ritmo, ni su sonrisa despreocupada en los labios. Está tenso, va contando en voz baja «uno, dos, tres, cinco, seis, siete», y se nota que se esfuerza mucho por no pisarme ni equivocarse. Es un cielo. Me gusta mucho para Mónica. Es igual de alto que David y su cuerpo esculpido impone un poco. Está muy bueno, las cosas como son. Sus ojos azules son de un azul distinto al de David. Estos son más tirando a gris. Tiene barba de tres días y es realmente un seductor nato. Su sonrisa es encantadora y a cada minuto que paso con él siento que me cae cada vez mejor. Observo de reojo cuantas parejas me faltan para que David vuelva hasta mí y son cuatro más.

En ese momento el monitor propone cambio y Christian me presiona las manos con cariño como despedida antes de soltarme.

—¡No lo has hecho nada mal! —le animo.

—Gracias, espero no pisar a las demás tampoco.

Se va con cara de preocupación a la siguiente y miro con quién está bailando David, es una rubia que parece rusa. Superdelgada. Monísima. La odio.

—Hola, ¿qué tal? —pregunta mi nueva pareja de baile mientras me coge las manos.

—Bien —respondo.

Nos ponemos al lío. Básico cubano, sorpresa, enchufla, cubanito... vamos siguiendo las indicaciones. Este chico sabe bailar. Me guía muy bien y es muy agradable. Es algo mayor que nosotros, está más cerca de los cuarenta, alto, delgado y lleva unas gafas de pasta muy modernillas. Le da un aire juvenil.

—¿Vienes mucho por aquí? —pregunta mientras me da una vuelta.

Espero no tener que entablar mucha conversación y que haya un cambio pronto, tres chicos más y llego al que más deseo.

—Es la primera vez —confieso con una sonrisa.

—¿En serio? Es mi primera vez también —revela él algo tímido.

Hacemos un par de figuras más y el monitor dice la palabra mágica «caaaaambio».

El chico me suelta y antes de irse me dice:

—Bailas muy bien. —Sonríe—. Espero verte luego.

—Claro.

¿Verme luego? ¿Luego de qué?

En fin. Llega a mí mi siguiente pareja de baile y es un pelirrojo muy guapo. No es muy alto, es como yo. Pero está cuadrado el tío y tiene una sonrisa muy bonita.

—Hola, preciosa —me dice muy meloso.

Respondo con una sonrisa y seguimos las indicaciones del monitor. Me lleva bien aunque no tiene tanta soltura como el anterior. Es un poco más brusco. En vez de darme la vuelta parece que me empuje y me recoja. Se nota que es muy dominante. Es curioso cuanta información se puede sacar de una persona por su forma de bailar. Mónica tiene la firme teoría de que a través del baile se puede saber perfectamente cómo es una persona en la cama. En el sexo, vamos. Yo no le hago mucho caso, pero ella está convencidísima de su teoría.

El pelirrojo me mira con ojos lascivos. No hace nada fuera de lugar, pero su mirada me transmite cosas sucias. No sé explicar el porqué.

—¿Eres nueva por aquí, verdad? —Parece que me inspecciona mejor—. Sí, seguro. Me acordaría de ti.

Ahí lo tienes.

—Síp —respondo algo escueta.

—Pues bienvenida, chica.

—Gracias.

Y suena la campana de la salvación.

—Caaaambio de pareja.

Solo quedan dos. Ya veo a David. Lo tengo en mi campo de visión bailando con una chica con gafas de pasta que tiene pinta de ser una de esas chicas de las pelis porno que son bibliotecarias o algo así. La típica intelectual guarrilla. Es joven, de mi edad. Delgadita. Escotazo por el que se le ve hasta el DNI. Tatuajes. *Piercing* en el labio. Lo tiene todo y la odio mucho. Pero cuando alzo un poco la vista me encuentro con la mirada de David y todo desaparece. En vez de perderse en el escotazo de su pareja de baile me mira controlando que esté bien, me lo pregunta alzando el pulgar en el aire y yo le respondo de la misma manera. Y él sonríe deseando llegar a mí. Sé que es así porque lo siento en mi interior. Me lo transmite y no puedo hacer otra cosa que responderle con una sonrisa de tonta total.

Un señor mayor me coge de las manos decidido. Ni me saluda. Se pone al lío. Está algo rígido, pero conoce los pasos así que bien. Yo sigo mirando furtivamente a David. Él ahora está concentrado en el baile. ¡Cómo puede ser tan guapo! Y, además, es el que mejor baila de todos, sin duda.

Mi pareja de baile actual, que debe tener unos cincuenta años, de pronto se acerca mucho a mí y yo lo miro extrañada. ¿Qué bicho le ha picado?

—¿Has venido sola, guapa?

Alza una ceja en plan depredador. Está flipando el yayo.

—No —contesto seria y sin simpatía, que quede claro que no soy lo que busca.

—Yo tampoco —responde sin inmutarse ni cambiar el semblante—. Mira, estoy con esa.

Miro adonde señala y veo a la rusa con la que David bailaba hace unos momentos. Ya le gustaría a este señor estar con esa jovencit... Espera, la rusa nos mira y le lanza un beso. ¡Será verdad!

—¿Te gusta? —me pregunta mientras me recorre el cuerpo con la mirada.

¿Que si me gusta? ¿*What!*?

—Mi mujer. ¿Te gusta? —aclara al ver mi cara de confusión total nivel pro. ¿Qué se supone que he de decir? Partimos de que sigo sin entender la pregunta.

—A ella le gustas, podríamos irnos a casa los tres y...

—Caaaambioooooo —grita el monitor.

Ufff. Gracias a Dios. Solo que me queda uno para llegar a David. Ahora él

está con Mónica así que me quedo tranquila.

—Si te animas, avísame, guapa —dice el señor mientras me suelta para ir a la siguiente chica.

¿Se lo habrá propuesto a todas las de la rueda? Ahora empiezo a ver el cariz que tiene esta discoteca, claro, no he de olvidar que se trata de un club liberal y por mucho que me parezca normal como cualquier otra, no lo es.

Un rubio de mi edad me coge de las manos con una gran sonrisa y bailamos sin más. Sabe lo que hace. No me propone cosas extrañas y yo me relajo un poco. Me había quedado tensa después de la invitación al trío con el viejo y la rusa.

Miro como se lo pasan de bien Mónica y David. Se lucen, ellos sí que saben pasos y figuras. Debería volver a esas clases si quiero estar a la altura. Y la verdad es que me encanta. Creo que en aquel momento, con todo el rollo de Mark, no estaba muy receptiva a nada pero realmente es muy divertido bailar esto. Me gustaría saber más y desenvolverme mejor.

—Estás muy callada —apunta el rubio. Lo miro mejor. No es especialmente guapo pero sonrío y gana muchos puntos con ello.

—Estoy contando los pasos —miento para excusarme. Tampoco creo que sea un sitio para hablar, la música suena fuerte y el monitor no deja de gritar pasos para que los sigamos.

—Mientes. Sabes bailar bien esto, te he visto antes con el rubito. —Hace un gesto hacia atrás con la cabeza señalando a David.

—Vale, no cuento —confieso con una sonrisa y me encojo de hombros.

—¿Estás con él? —pregunta.

Nos ha salido preguntón el rubito.

—Sí. —*Supongo.*

—Nunca te he visto con él y eso que lo he visto con muchas —suelta sincero y directo a más no poder.

Eso no me ha gustado. ¿Con muchas? ¿Aquí? Pffff. Respira, Sofia. Respira.

—Lo siento, no quería incomodarte, pensaba que sabías...

—Caaaambioooooo —grita el monitor.

Oh, justo ahora no.

—En fin... hasta otra —dice el rubio y me suelta como si le quemaran mis manos.

David llega por fin a mí y en vez de cogerme para bailar me abraza con fuerza y me levanta del suelo.

—¡Por fin! —me susurra al oído y suena aliviado mientras giramos.

Sonríó como una tonta, encantada por sentir de nuevo su calor, su cuerpo, sus manos, su olor. Pero sigo pensando en lo que me ha dicho mi última pareja de baile. ¡Será cabrón! ¿No podía limitarse solo a bailar?

«Li hi visti cin michis ñiñiñi». Le hago burla mentalmente. Otra cosa no puedo hacer.

—Vamos a tomar algo, estoy sediento —me dice bajándome al suelo y tomándome de la mano.

Volvemos a la barra y me pregunta si quiero algo antes de pedirle a Laia.

—¿Podría ser lo mismo de antes, pero sin alcohol?

David se ríe y me dice que sí con la cabeza. No quiero beber más, prefiero estar bien despejada para lo que pueda pasar. Me lo estoy pasando muy bien, pero las expectativas y ansias de irme a su casa con él crecen por momentos.

El monitor termina con la rueda cubana y da las gracias a todos por haber participado. José cambia las luces y vuelve a poner música *house*, más marchosa. Mientras David pide a Laia nuestras bebidas yo me siento en el taburete de antes y observo mi alrededor. Cuando estábamos bailando la rueda cubana me ha dado la sensación de que cada vez estaba más lleno de gente, la sala estaba a tope. Pero ahora, extrañamente, me parece como si hubiese la mitad. Cada vez menos. Miro la hora y es pronto. Son solo las tres.

Mónica lo está dando todo en la pista con Christian. En este ritmo él se mueve como pez en el agua. Tiene buenos movimientos. Seguro que Mónica está ardiendo de anticipación a causa de su teoría.

David se pone frente a mí con una Coca-Cola y un cóctel rosa como el de antes para mí.

Damos un buen sorbo calmando nuestra sed y me da la sensación de que el cóctel está exactamente igual que antes, no noto ningún cambio.

—¿Me lo ha hecho sin alcohol? —le pregunto con curiosidad.

—Sí —responde con una sonrisa pícaro—. Y antes también. Es un san francisco; una mezcla de zumos sin alcohol.

¿Antes también? ¿Llevo toda la noche tomando una mezcla de zumos dulces? Pues hubiera jurado que estaba bien cargadito.

—¿Y eso?

—No quiero emborracharte. Te necesito muy despejada hoy —dice colocándose entre mis piernas y encajando a la perfección contra mi cuerpo. Ufff. Otra vez esta tortura no, ¡por favor! No soy capaz de soportarlo de nuevo. ¡Tengo límites! En serio...

—¿Ah, sí? ¿Y tú tampoco has bebido entonces? —le pregunto sorprendida.

—No, antes he pedido una tónica con limón y ahora una Coca-Cola. Yo también quiero estar despejado hoy.

Esto me gusta. Me gusta mucho.

—No sabía que bailabas tan bien —murmura contra mi oído y siento como se eriza toda la piel de mi cuello, la sensación baja hasta morir en mi espalda como una descarga eléctrica.

—¡Para nada! Hice unas clases de salsa hace meses, solo sé lo básico.

—De eso nada. Bailas muy bien —dice con sinceridad mirándome a los ojos.

—¡Tú sí que bailas bien! —le reprocho divertida.

—Me defiendo —declara muy humilde encogiéndose de hombros. ¡Sí, claro! Sabe que es una máquina—. Y dime Sofi... —Me encanta que me llame Sofi—. ¿Te han hecho muchas propuestas en la rueda? —Alza las cejas un par de veces insinuante.

Me río inevitablemente recordando al viejo de la rusa.

—Alguna que otra, la verdad —confieso.

Ahoga un grito haciendo como que le sorprende.

—¿Alguna de la que deba preocuparme? —pregunta achinando los ojos y poniendo morritos.

¿Será esto lo que hacen aquí? ¿Propuestas indecentes y juegos entre unos y otros?

—Un viejo me ha propuesto un trío con una rusa de mi edad. —David se ríe, sabe de quién le hablo, es evidente.

—¿Y qué más? —Da un sorbo a su Coca-Cola y me mira expectante, esto le divierte, sin duda.

—Uno me ha dicho que me verá luego, no sé a qué se refería.

—Yo sí. —Hace una pausa para dar otro sorbo a la Coca-Cola—. ¿Te gustaba?

¿Qué si me gustaba? ¿El alto de gafapasta? Ni me lo planteo la verdad, quien me gusta es él.

—Me gustas tú —confieso directa.

Sonríe y me da un beso suave sobre los labios.

—Y a mí me gustas tú.

Obvio explicarle lo del rubio que me ha hecho soltar eso de «li hi visti cin michisñiñiñi».

Ahora en mi cabeza tiene esa voz de niño pequeño, tonto y repelente y ya solo puedo recordar su comentario de esta manera. Al menos me produce risa

en vez de enfado.

Christian y Mónica vienen adonde estamos nosotros y ambos nos quitan las bebidas de las manos con total confianza y se las acaban sin preguntar.

—Bueno, chicas, ¿listas para conocer el Club? —nos pregunta Christian dejando el vaso vacío sobre la barra y frotándose las manos.

Mi cara ha de ser un poema. ¿No es este el club?

—Emm... ¿Sí? —respondo confusa.

—Me refiero a la siguiente sala —dice con sonrisa traviesa.

¿La siguiente sala? Oh, Dios... hay una siguiente sala. No estoy preparada para una siguiente sala.

TUS DESEOS SON ÓRDENES PARA MÍ

—Yo... creo que... me voy a casa —dice algo insegura Mónica.

Christian abre los ojos y mirándola sorprendido le pregunta:

—¿Quieres irte a casa?

—Sí, creo que sí —confirma ella y me mira esperando a que diga algo yo.

—Pues te llevo a casa —dice Christian cogiéndola por la cintura, pero Mónica me sigue mirando a mí. Sé que no quiere dejarme sola. Quiere saber si yo quiero quedarme o si me voy también. Es una buena amiga. Nunca me ha dejado tirada. Y sé cuántas ganas tiene de irse con Christian, pero si se lo pido sé que se quedaría por mí.

David también me mira. Me da la sensación de que todo el mundo espera a que yo diga algo. Yo no tengo ningún interés en avanzar a otra sala. No estoy preparada, en serio. Pero también es cierto que ya sabía a lo que venía cuando acepté conocer su club.

Sé que para David es importante mostrármelo. Y para mí es importante llegar al fondo de esto. No puedo seguir pensando en avanzar a ciegas en una relación que desconozco por completo adónde me lleva. Ya sé que nunca puedes saber adónde va una relación cuando estás conociendo a alguien, pero por lo menos lo intuyes. En mi caso no es que no lo intuya, es que desconozco totalmente su mundo. No sé qué espera de mí ni qué debo esperar yo de él.

Avanzar a la siguiente sala es como dar el paso que falta para poder encajar las piezas del puzle que es David. He de saber más, quiero conocer cuál es su trabajo, cuál es tu estilo de vida, a qué se refiere con ser libre y polígamo. Ya sé que la respuesta a todo no está en la siguiente sala. Pero si me voy ahora, estaré más lejos de saberlo que si me quedo. Así que lo decido: Me quedo.

Miro a David que me sonrío expectante, sin presión, sin decir nada, simplemente esperando a ver cuál es el siguiente paso que quiero dar yo y me siento bien con ello. Agradezco que en ningún momento, desde que lo conozco, me haya hecho sentir agobiada, presionada o fuera de lugar. Siempre se muestra comprensivo y paciente. Deja completamente todo el poder de

decisión en mis manos. Sé que yo decido qué pasos dar.

—¿Quieres que te enseñe el resto del club, Sofi? —me pregunta buscando mi mirada con mucha complicidad.

Yo me encojo de hombros y asiento con la cabeza. A él se le dibuja una sonrisa en el rostro tan sincera que llega hasta sus ojos. No sé leerlos. No sé qué debe pensar o sentir. Pero confío en él y quiero llegar al fondo de esto. No voy a rajarme antes de saber a qué atenerme.

—¿Os quedáis entonces? —pregunta Mónica clavando sus azules ojos en los míos.

—Sí, corazón. ¿Nos llamamos mañana? —le digo aceptando el abrazo que me da.

—Sí, llámame en cuanto estés en casa, no importa la hora. —Y bajando el tono de forma que solo pueda escucharla yo, me susurra—: Y no hagas nada que no quieras hacer, ¿eh? —Me mira de nuevo a los ojos y me besa en la mejilla con mucho cariño. Un cariño como de hermanas, sé que se preocupa por mí.

—Por supuesto que no. Puedes estar tranquila.

Christian choca la mano de su amigo y se abrazan ligeramente. Después me da dos besos mientras Mónica se despide de David y finalmente se van juntos de la mano. Observo cómo se alejan hacia la salida y me muerdo el labio inferior mientras pienso en ese camino, el mismo que me llevaría a casa. También pienso en el que estoy por emprender. Una senda que no tengo ni remota idea de adónde me lleva. Nunca he sido una chica aventurera, ni arriesgada, ni lanzada, ni segura... No he sido ni siquiera atrevida. Y aquí estoy. Tomando un camino que solo él sabe adónde lleva. Confiando plenamente en alguien que casi no conozco y a la vez siento que conozco de siempre. Al final seré más valiente de lo que me creo.

—Si quieres podemos irnos a casa. Te lo puedo enseñar otro día —dice David sacándome de mis pensamientos. Yo le sonrío.

Tomo su mano y le contesto:

—Lo sé. Pero quiero que me lo enseñes hoy.

—Está bien. Tus deseos son órdenes para mí. —Presiona con cariño mi mano y comienza a andar en dirección hacia la cabina de José.

Cuando llegamos a ella, José nos ve y nos saluda con la cabeza. Le sonreímos. Enseguida vuelve a concentrarse en lo que está haciendo con la tabla de mezclas, se nota que le gusta y, además, tiene un público entregado.

Al pasar junto a la cabina descubro que justo tras ella, donde pensaba que

solo había pared, hay unas cortinas rojas que van desde el techo hasta el suelo. A los lados hay dos seguratas igual de cuadrados que los que hemos visto en la puerta; en cuanto ven a David, simplemente abren las cortinas para que podamos pasar. Sin saludos, sin preguntas, sin más.

David va delante de mí y no suelta mi mano. Cruzo la cortina roja y es como si entrase en un universo paralelo. Vuelve a parecerme que el tiempo se ralentiza. Está oscuro, más que la sala anterior. Mis ojos tardan unos segundos en acostumbrarse a la nueva iluminación, mucho más tenue. Nuevamente se cuele por mis fosas nasales el perfume del ambientador, es el mismo de la entrada y del lavabo, huele a limpio con algunas notas dulces, como a melocotón o a alguna fruta. Giramos a la izquierda y avanzamos por un pasillo en el que veo taquillas a los lados, como en un gimnasio, con banquitos de madera intercalados entre ellas. La música de José cada vez se oye más lejana. Y empiezo a oír una música distinta, más relajada. Está flojita, pero ambienta bien; es un ritmo sensual. Cuando la oigo mejor la reconozco, es de Selena Gómez, «Good for you». Me encanta esta canción.

Al final del pasillo de taquillas llegamos a una sala pequeña con bastante gente, bailando... normal... ejem, con ropa. En la sala veo que hay unos sofás a nuestra izquierda, una barra con taburetes justo delante nuestro, más sofás a la derecha y varias puertas a ambos lados, entre la barra y los sofás. También veo dos cortinas rojas, como la de antes, a cada lado de la barra, custodiada cada una por un hombre de seguridad.

David avanza hasta la barra y saluda a otra morena que por un momento pienso que es Laia, la camarera de antes. Pero mirándola bien me parece distinta, lo cual me confunde.

Le pregunta algo y ella, respondiendo a su pregunta, saca una carpeta y le enseña una lista de nombres y números. Él asiente y se la devuelve satisfecho.

—¿Quieres beber algo? —me pregunta examinando mi expresión. La cual es neutra, o esa es mi intención.

—No, estoy bien.

—Ella es Nerea, la hermana melliza de Laia —me explica señalando a la camarera y resolviendo el rompecabezas.

—Ahhh, ya decía yo que eran muy parecidas.

Y tan parecidas, como que esta también lleva un top que deja poco a la imaginación y sus atributos son igual de generosos que los de su melliza. De cara son casi idénticas. Pero hay algo distinto, no sé que es. Tampoco me esfuerzo por saberlo. David le pregunta algo más y ella saca una *tablet* de

debajo de la barra y se la ofrece. Él observa la pantalla, concentrado, y escribe algo en ella; parece que esté analizando datos o algo así. Aprovecho para observar mejor la sala.

Así que estas son las entrañas de Caprice. En los sofás las parejas se muestran muy intensas. En uno de los que están a la derecha del pasillo por el que hemos venido hay dos parejas. Toman una copa y juegan. Ellas se besan y ellos están encantados y entregados totalmente al juego. Les piden cosas a sus chicas y ellas responden con besos, caricias y mucha complicidad entre las dos. La situación es bastante excitante de ver, creo que es porque no es forzado como en una peli porno ni sobreactuado. Es tan real que puedo sentirlo. Puedo sentir la excitación de los cuatro, la complicidad, las ganas, la familiaridad con la que lo hacen, la absoluta naturalidad. Trago con dificultad y me arrepiento de no haber pedido un vaso de agua fría, muy fría. Al otro lado del pasillo, en los otros sofás un hombre se toca por encima del pantalón mientras una rubia menuda baila sensual para él a la vez que se acaricia los pechos y se los muestra apartando el vestido azul eléctrico que lleva. Uf. Estos no disimulan sus intenciones.

En los taburetes donde me encuentro hay varias personas pidiendo bebidas, tomando algo, hablando. Nada fuera de lo normal. Pero en la pista central, ahora que me fijo bien, alucino con lo que me encuentro. Hay una especie de pódium no muy alto en el que una morena con el pelo muy corto (corte de estilo chico) baila con la falda levantada hasta la cintura y un chico pelirrojo... espera, un chico pelirrojo no. El chico pelirrojo de antes, con el que he bailado en la rueda cubana y me ha parecido dominante, ni más ni menos, se encuentra frente a su sexo, que queda a la altura de su boca y lo lame y devora allí mismo. Ella ha cerrado los ojos y se ha entregado totalmente al placer. Lo que más me impacta no es ver sexo oral en directo (que también, ya que no lo había visto jamás así al natural en una discoteca a pocos metros de mí) sino toda esa gente que baila cerca de ellos, casi sin inmutarse. ¿En serio? Actúan como si fuera lo más normal del mundo.

Siento un cosquilleo entre mis piernas, sin duda todo este ambiente tan intenso está despertando algo en mi interior. Una no es de mármol y sentir la sensualidad y la sexualidad de otros tan de cerca es muy excitante. Me siento como una *voyeur*. No quiero ser indiscreta mirando, pero me cuesta apartar los ojos de todo lo que hay a mi alrededor. Creo que mis mejillas han de estar rojas por completo. Siento la temperatura subir por mi cuerpo y he de hacer un esfuerzo por no quedarme con la boca abierta y los ojos fuera de órbita.

Sofía, que parezca natural, como que esto no es nada para ti. Tú, que eres una «open mind», no puedes alucinar por todo.

El cuerpo de David me sorprende por detrás. Se pega mucho a mi espalda y me abraza apoyando su cara en mi hombro derecho mientras acaricia mi vientre.

—Este es mi club, Sofí —susurra muy cerca de mi oído y una descarga eléctrica me azota entera por su calidez y la vibración de su tono bajo y grave.

—Ya veo... —respondo yo intentando no fijar la vista en la escena del pódium. Miro a la gente que baila normal, hablan con unos, con otros, beben, ríen, todo normal. De momento. Porque me da que en cualquier instante esta imagen cambiará por otra más... intensa.

—¿Quieres irte? —susurra David en mi oído y sigue acariciando mi vientre con suavidad.

¿Quiero irme? Me lo pregunto a mí misma y la verdad es que me sorprende descubrir que no.

No me siento incómoda con lo que veo. Me llama la atención y me resulta muy sorprendentemente excitante. Pero no me siento con ganas de salir corriendo. Tampoco de participar con nadie, ojo. Que no se me ha ido tanto la cabeza. Aún.

Niego con la cabeza respondiendo a su pregunta y siento como sonrío en mi oreja. Me la besa suave, jugando con ella. Me da unas cosquillas terribles, pero me aguanto. Sentirlo tan cerca de mí, con todo su cuerpo pegado por detrás, sus brazos rodeándome posesivos... Es demasiado delicioso.

Muerde mi lóbulo y una nueva descarga eléctrica me atraviesa para morir en mi bajo vientre. Justo donde se está acumulando más calor de todo mi cuerpo.

Me siento sobreestimulada. Entre lo que veo frente a mí, la carga sexual de esta sala, y el hombre que me enciende como nunca nadie ha hecho antes, es como si pudiera perder el control en cualquier momento. Siento que llego a barreras de mi mente que no había sentido antes y estas simplemente caen y desaparecen.

Jamás imaginé estar en un sitio como este. Que llegado el momento me sentiría cómoda presenciando escenas tan sexuales y explícitas frente a mí. Tampoco me figuré desear tanto a alguien como para que todo lo demás deje de existir a su alrededor.

¿Qué me está haciendo David? ¿Qué está haciendo conmigo? No puedo culpar al alcohol, aunque sería lo más fácil. Me ha hecho beber san franciscos

toda la noche para que llegue a este momento bien fresca. No puedo culpar a nadie, he decidido llegar hasta aquí por mí misma. He tenido la oportunidad de irme a casa, de tener sexo tradicional con él, a solas, en una cómoda intimidad y he decidido quedarme. Sin saber qué va a pasar a continuación. Y sin siquiera importarme.

David besa mi cuello despacio, suave, cálido.

—¿Cuál es nuestra palabra de seguridad? —pregunta mientras sigue repartiendo besos por mi cuello.

—Vibración —respondo como puedo. Me sorprende que aún funcionen mis neurotransmisores y haya podido dar con la respuesta a la primera. Estoy sumida en un placer tan físico y tan emocional a la vez, que se me nubla la mente por momentos.

—Vibración —repite él contra la piel sensible. Tuerzo un poco la cabeza dándole total acceso a mi cuello—, quiero que la tengas muy presente. En cualquier momento, en cualquier circunstancia, sea lo que sea que pase a continuación. —Y ese «sea lo que sea que pase a continuación» se me antoja irresistible—. Puedes usar nuestra palabra y será suficiente para mí. Sabré lo que quieres.

Te quiero a ti. Dentro de mí. Lo antes posible.

Una versión de *Weeked Games* que no conozco empieza a sonar y aviva las llamas de mi interior, si es que se pueden avivar aún más. Me encanta esta canción y esta versión es más sensual si cabe que la original. La voz sugerente de una mujer incita a enamorarse, a jugar a cosas peligrosas, a desear tanto a alguien que pierdas el juicio... Lo que me faltaba, vamos.

Sin darme cuenta de cómo ni cuándo, he cerrado los ojos. Me he dejado llevar por la música y por las sensaciones. Nos mecemos despacio, juntos, como si estuviéramos pegados. Él sigue repartiendo besos por mi piel encendiéndome a cada centímetro que toca con esos labios húmedos, calientes y gruesos que tiene. Me aparta un poco la blusa descubriendo mi hombro derecho y continúa su recorrido excitándome más y más.

Con sus manos presiona mis caderas para que me pegue más a él. Siento su sexo en mis nalgas. Está duro y excitado y eso me vuelve loca.

Abro los ojos antes de que me olvide de dónde estoy por completo y observo sorprendida que nadie nos mira ni le preocupa lo más mínimo lo que hacemos. Bueno, sí que nos miran un poco en realidad. Pero no me molesta. No me siento juzgada. Parece que para todos los presentes es de lo más normal que David y yo estemos en una actitud tan intensa frente a sus ojos.

Claro que viendo que la chica del pódium ya no lleva ropa interior, y ahora se les ha unido al juego un moreno que junto con el pelirrojo se empeña a fondo en darle placer con la lengua; que las dos parejas de los sofás ya no están (ahora hay otra pareja en su lugar); y que la rubia que bailaba para el señor ahora está sobre él y se besan apasionadamente mientras él le acaricia las nalgas por debajo del vestido azul, es normal que nosotros no llamemos la atención. No estamos haciendo nada. Repito: aún.

En la pista ahora hay dos chicas en ropa interior sobre unos tacones de vértigo que bailan y actúan como si estuvieran vestidas, como si fuera lo más normal estar en tanga y sujetador; nadie las molesta ni les dice nada. Tienen cuerpazos y me pregunto si serán espontáneas o serán animación del club.

Casi sin pensar ni darme cuenta, he empezado a presionar con mi trasero la entrepierna de David. Me fascina sentir lo excitado que está y saber que es por mí. No digo que no influya el panorama ni las escenas que tenemos a nuestro alrededor. Pero sé que me desea a mí. Lo siento. De alguna forma me lo está transmitiendo. Es algo muy nuestro, entre él y yo. Aunque estemos rodeados de personas y de sexo.

David vuelve a mi oído y me susurra con voz muy grave, casi ronca:

—Me vuelves loco, Sofía.

Una vibración cruza mi centro. Como un escalofrío de placer que me atraviesa sin piedad. Estoy tan excitada y le deseo tanto...

Sus manos juegan con la cinturilla de mi falda. Sus dedos amenazan con meterse dentro de ella; se meten un poco y vuelven a salir. Me acaricia por encima de la cinturilla y vuelve a meterse dentro de ella. Lo siento cada vez más cerca del centro de mi calor. Presiono las piernas una contra la otra para aliviar el cosquilleo que siento entre ellas. Sus manos se abren paso por dentro de mi falda y me acarician el monte de Venus por encima de mi fino tanga negro. Estoy ardiendo.

Vuelvo a observar que seguimos sin despertar demasiadas miradas a pesar del último movimiento de David avanzando por dentro de mi ropa. Detecto alguna mirada furtiva y fugaz, pero nada más. Cada vez lo noto más duro contra mis nalgas. Presiona contra ellas y yo muevo sutilmente las caderas para rozarlo y masajearlo con mi movimiento. David gime contra mi oído y me vuelve loca saber que está tan ardiente como yo. Sé que estamos a un paso de perder la poca cordura que nos queda. Lo deseo tanto que me siento muy capaz de cualquier cosa ahora mismo.

Su mano izquierda sale de mi falda y la deja sobre mi ombligo,

presionándome contra él para hacerme saber que quiere sentirme aún más. Su mano derecha baja más allá por mi cuerpo sube por debajo de mi falda y acaricia mi hendidura por encima del tanga. Ha de notar lo húmeda que estoy. Por un momento me da corte que lo note, que sepa que todo esto me está gustando. Es como reconocer algo que no está bien o que no reconozco en mí. Pero esa barrera que aparece en mi mente, igual que todas las anteriores, también cae y desaparece sin más.

Sus dedos más curiosos apartan la fina tela de mi tanga y acarician directamente sobre mi hendidura. Se empapan en ella. Lo puedo sentir.

—Ohh —exclama sorprendido en mi oído en cuanto me toca bien y se impregna de mi deseo.

Entonces sale rápido de mi falda y me da la vuelta en un movimiento rápido y decidido. No me da tiempo de pensar, simplemente estoy frente a él, cara a cara y con sus ojos azules llenos de deseo clavados en los míos.

Se lleva un dedo a los labios y lo succiona un poco. Y después el otro, como quien se limpia un poco de miel que ha quedado en ellos y no quiere desperdiciar ni una gota. Todo ello sin apartar su mirada de la mía ni un segundo, sin pestañear siquiera.

La imagen es tan erótica que se me nubla el poco juicio que me quedaba. Por un momento pienso en que debería avergonzarme, sentirme mal, incluso incómoda o fuera de lugar. Pero nada de eso está ocurriendo, sino todo lo contrario.

Lo siguiente que siento son sus labios chocando con los míos con fuerza, con un toque de agresividad. Su lengua abriéndose paso hasta encontrar la mía. Sus brazos fuertes rodeándome y sus manos abiertas sobre mis nalgas, abarcándolas por completo, presionando para que mis caderas se claven en su cuerpo y su sexo se clave en el mío. Es una tortura terrible. Terrible y deliciosa a partes iguales. A medida que me sigue besando con tanta ansiedad, el deseo tan desmedido que siento por él comienza a mutar segundo tras segundo en pura frustración.

Él es mi *caprice*, un antojo dulce y delicioso que tengo delante, a escasos milímetros, y que aún no me dejan comer. Puedo aguantar algo, pero esto ya es pasarse de la raya. Ahora quiero poder comérmelo enterito y degustarlo hasta saciarme por completo de él. No quiero seguir jugando más.

Siento la frustración en mi beso y el ansia en sus manos, que masajean mis nalgas por encima de la falda presionándome más y más contra él.

Mi mano derecha, entonces, decide meterse entre nosotros y buscar su

abultado y duro sexo. Lo acaricio por encima de su tejano. Nadie puede vernos, seguro que pueden intuirnos e imaginarnos, pero lo que ocurre entre nosotros es solo nuestro aunque estemos rodeados de extraños. Me siento muy íntima con él, tanto como cuando he estado a solas con alguien. Es una sensación nueva y desconocida para mí. Nunca he sido exhibicionista ni me ha gustado el riesgo de hacer cosas en público, lo juro, nunca he sido esta que estoy siendo justo aquí y, a la vez, creo que nunca he sido tan yo como ahora mismo.

David deja de besarme en cuanto mi caricia se vuelve más intensa; ejerzo presión sobre, su abultado tejano, de arriba abajo. Siento la presión que hace contra la tela y lo que más deseo es que toda esa ropa, que tanto me sobra sobre su cuerpo ahora mismo, desaparezca de esta escena.

Apoya su frente en la mía, respira junto a mi boca con los labios entreabiertos y los ojos cerrados. Observo su semblante, es tan erótico. Tan excitante. Me siento poderosa y femenina: Yo estoy haciendo que este hombre se pierda en el placer tan solo con tocarle sobre la ropa. Por dejar que toque mi cuerpo por encima de la falda. Simplemente por haber conectado como lo hemos hecho. Y entre nosotros aparece una carga eléctrica y sexual que ya no me asombra. Recuerdo bien haberla sentido la primera vez que lo vi, en el ascensor, y la he vuelto a sentir contra la puerta de mi estudio, en su terraza, en su cocina, en el *parking* de Barcelona y nuevamente aquí está. Entre nosotros. Haciéndonos entender que, a veces, hemos de fluir y dejarnos llevar por las emociones más allá de lo que nuestras barreras mentales nos permiten. Solo así podemos llegar a conocernos a nosotros mismos de forma auténtica.

Esta soy yo. Nunca he sido tan yo como ahora mismo y me asusta y fascina, todo a la vez.

De pronto parece que David vuelve en sí mismo y toma consciencia del aquí y ahora. Abre los ojos. Para mi mano con la suya, frenando mis caricias y movimientos en seco, y me mira fijamente estudiando mi expresión.

Me coge por las muñecas y deja que nuestros brazos caigan quietos a nuestros lados.

—Sofía... —dice bajito, con la voz cargada de emociones que no logro distinguir—. ¿Confías en mí?

HE LLEGADO A LAS ENTRAÑAS DEL ASUNTO Y ESTOY SENTADA EN SU PÓDIUM

Claro que confío en él. No entiendo a qué viene esta pregunta ahora mismo. Pero asiento con la cabeza sin dejar de mirar sus ojos.

Me da un beso suave y rápido sobre los labios y comienza a caminar en dirección a una de las cortinas rojas, la que queda a nuestra derecha, llevándome de la mano tras él.

Cuando llega a la cortina habla con el de seguridad que la custodia y este pregunta algo por su pinganillo, espera respuesta y contesta a David al oído. Él me mira pensativo, se muerde el labio inferior algo contrariado. Creo que tenía algún plan que no va a poder ser. Vuelve a preguntarle algo al chico cachas que custodia la cortina y este le responde. Saca una tarjeta dorada de su bolsillo, se la da y nos vamos hasta una puerta que hay junto a los sofás donde antes estaban las dos parejas jugando y ahora hay una pareja que está... vale, están follando. Directamente. Así tal cual.

Entramos por la puerta sin usar la tarjeta y la cerramos una vez dentro. Damos a un pasillo oscuro, iluminado solo con unas velitas en el suelo. A lo largo se ven tres puertas. La música se oye lejos ahora. Huele a incienso. Me encanta el olor a incienso, nunca lo pongo en casa, pero cuando lo noto en alguna tienda o local siempre pienso en comprar y usarlo más.

Avanzamos por el pasillo como si tuviéramos prisa, David va a paso acelerado. Pasamos una primera puerta y David se detiene justo en la segunda. Usa la tarjeta dorada que le ha dado el de seguridad para abrir, mientras, observo que tanto la primera puerta como la tercera tienen una luz encendida de color blanco sobre ellas. En cambio la nuestra la tiene apagada. Cuando entramos, David cierra y pone la tarjeta en una ranura como las que hay en las habitaciones de hotel. Le da a un interruptor que no enciende nada (o nada que yo pueda ver), y después a otro que enciende una luz cálida, tirando a lila suave, muy tenue.

Miro a mi alrededor y lo único que veo es una especie de pódium redondo

acolchado en el centro, bueno, puede ser una cama también, es lo bastante grande como para tumbarse, y tiene almohadas así que debe ser una cama. Una puerta en la pared de enfrente y las dos paredes laterales son espejos gigantes que abarcan todo. Junto a la puerta por la que hemos entrado hay un mueble tipo minibar.

Suena un hilo musical ambiental. Suave, discreto y sensual.

Y cuando me giro para mirar a David me lo encuentro a escasos milímetros de mí y lo siguiente que hace es devorarme la boca como si se le fuera la vida en ello. Es un beso nuevo, distinto a todos los que me ha dado hasta ahora. Es primitivo, animal, salvaje. Respondo encendida a su beso. ¿Es aquí donde vamos a hacerlo por primera vez? No lo juzgo. Ahora mismo, me valía estar al lado de la barra con toda la gente mirándonos, así que esta habitación con cama redonda es más de lo que podía soñar. Sus manos se posan sobre mis pechos y los acaricia intentando abarcarlos por completo. Los estruja con suavidad y comienza a caminar hacia la cama lo que me hace dar pasos hacia atrás algo torpe hasta que noto la cama contra mis piernas. Me llega tras la rodilla. Es muy acolchada, como un sofá mullido. Y suave.

De pronto David me coge por la cintura y me sube a ella como si yo no pesara nada. Este hombre tiene mucha fuerza en los brazos. Me deja de pie frente a él y me mira con tanto deseo que está aún más atractivo de lo que lo he visto hasta ahora (cosa que creía completamente imposible).

Su mirada es salvaje y me muero de ganas por descubrir lo que ello implica. Con suavidad y dedicación, como si de pronto tuviéramos todo el tiempo del mundo, me quita el zapato izquierdo y después el derecho. Mejor, estar con esos tacones sobre el sofá/pódium/cama no era nada cómodo. Me sentía inestable.

Antes de soltar mi pie derecho lo besa en el empeine. Despacio. Después besa mi tobillo succionándolo un poco. Yo me aguanto bien sobre un pie, tengo buen equilibrio. Un escalofrío nace justo ahí, donde me está besando, y sube directo hasta mi sexo. Lo siento palpitar; reclama a David, lo sé.

Después de besar mi tobillo reparte besos por el interior de mi pierna ascendiendo lentamente hasta quedar justo a la altura de mi sexo. Busca mi mirada y se relame el labio inferior. Puedo sentir su deseo. Veo que sigue abultado su pantalón e intento agacharme para llegar hasta él y tocarlo pero no me deja, sin embargo, levanta mi falda hasta dejarla de cinturón y baja mi tanga de un solo movimiento hasta los tobillos. Me deshago de la prenda dejándola a un lado. Me siento totalmente expuesta a él.

Deja de mirar mis ojos para fijarse en mi sexo, desnudo y caliente, totalmente deseoso de él. En ese momento me alegro mucho de haberme depilado absolutamente todo.

Apoya sus labios sobre mi monte de Venus y deja un beso suave sobre él. Desciende con sus labios hasta llegar a mi hendidura, y en ese momento empieza mi tortura final. Si sobrevivo a esto, seré invencible. Separa con sus dedos, muy delicadamente, mis pliegues hasta dar con mi abultado clítoris. Entonces lame con suavidad, pero va incorporando presión, muerde y tira de él. Yo por momentos pienso que me van a fallar las piernas, me tiemblan como si no pudieran soportar lo que me está haciendo. ¿He dicho que tenía buen equilibrio? Pues ya no. Así que termino por agarrarme de sus hombros para asegurarme de no caer; es como anclarme a él antes de volar.

Me separa un poco las piernas y su lengua se hunde a través de mis pliegues lo cual es como una descarga eléctrica de placer que me inunda por completo. Miro la escena en el espejo y me sorprende lo cómoda que estoy con toda ella. Estoy abierta de piernas sobre una cama redonda, en una habitación en la que un hombre que conozco desde hace menos de una semana, se está dedicando a lamer, succionar, morder y tirar de mis partes más íntimas, las cuales por otro lado, jamás se habían sentido así de bien atendidas.

He tenido novios antes que me han hecho sexo oral, claro que sí. Pero no sé si es por la carga sexual de todo el camino que hemos recorrido juntos hasta llegar aquí, por lo experta que se mueve su lengua dentro de mí, como si conociera mejor que yo misma ese rincón íntimo de mi cuerpo, o si es por las ganas y dedicación que está poniendo en hacerlo que me siento como nunca me he sentido. Y solo quiero seguir sintiéndolo y disfrutar de ello. Pienso en la chica del pódium con el pelirrojo; por un momento había deseado ser ella, no era un deseo consciente, solo era como una sensación que pasaba por mi cuerpo.

Pues... deseo concedido.

Me doy cuenta de que estoy respirando fuerte y algunos gemidos escapan de mi boca. No puedo censurar todo lo que estoy sintiendo, es demasiado intenso. Llevo tantos días deseando este alivio, este contacto, esta conexión, que no puedo frenarme ahora ni aunque quisiera hacerlo (que no quiero).

David añade un dedo que entra en mí sin ninguna resistencia a causa de lo mojada que estoy. Juega en mi interior y presiona un punto interno que me vuelve loca mientras se dedica a succionar con sus gruesos y calientes labios mi clítoris. La combinación de ambas cosas hace que todo el placer se

concentre muy dentro de mí y sienta que estoy a punto de desintegrarme. El orgasmo aparece sin avisar y me arrasa por completo. Una mezcla de alivio, alegría y placer estallan dentro de mí y esa sensación se transmite por cada célula de mi ser hasta abarcarme por completo. Me doy cuenta de que casi he gritado su nombre al correrme, venerando lo que me hacía sentir y adonde me estaba llevando.

Respiro agitada y él respira fuerte contra mi entrepierna mientras me acaricia las piernas con suavidad y espera a que me recupere de lo que acaba de hacerme.

Siento su aliento cálido sobre mi piel hipersensible y me doy cuenta de que, lejos de haber quedado satisfecha, estoy hambrienta de él.

Acaricio su pelo, su nuca, su espalda y siento que mi respiración se normaliza. Él alza la mirada y busca mis ojos. Hay un brillo especial en los suyos. Me sonrío. Y es una sonrisa sincera, lo sé porque se le marcan esos hoyuelos que tanto me gustan. Se quita los zapatos y se sube a la cama junto a mí. Me abraza fuerte contra él. Me hace sentir tan bien, tan a gusto, tan «en casa». No sé cómo explicarlo, me hace sentir resguardada, protegida, segura.

—Aún no he acabado contigo —anuncia en un susurro que eriza todo el vello de mi cuerpo.

Trago con dificultad tras su cautivadora amenaza. ¡Eso espero!

Llaman a la puerta y David se baja del pódium y va hacia ella. Abre mientras yo me bajo y me coloco bien la falda por enésima vez en esta noche, busco con la mirada mi tanga que sigue sobre la cama, pero ya es tarde para poder alcanzarlo.

Un camarero de esos con pajarita y tejanos entra con un cubo plateado que coloca junto a la puerta, en él hay una botella de cava helada y dos copas. No alza la vista ni por un momento, se concentra en abrir la botella, dejar las dos copas sobre el mueble-bar, servir las con el cava espumoso y salir por donde ha entrado, sin siquiera mirarme. Lo cual me hace sentir cómoda. Mi cara posorgasmo ha de ser un poema. Antes de alejarse, David le pide algo y el hombre vuelve al momento con la *tablet* de antes. David cierra en cuanto se va el hombre y observa la pantalla concentrado. ¿Qué habrá tan interesante en ella?

La bloquea y la deja sobre el mueble. Toma las dos copas y me ofrece una. No quiero alcohol ahora mismo; no quiero que absolutamente nada distorsione mi percepción de lo que ocurra esta noche. Quiero sentirlo absolutamente todo y lo más plenamente que pueda, pero una copa de cava fresquito es algo a lo

que no me puedo resistir. Y tengo mucha sed.

—Por nosotros, Sofi —propone David alzando su copa contra la mía.

Respondo encantada:

—Por nosotros.

Doy un largo sorbo y disfruto de las burbujas dulces sobre mi lengua. David da un sorbo largo y la deja en el mueble. Me quita la mía de las manos y la coloca junto a la suya. Su boca vuelve a estar pegada a la mía antes de que me dé tiempo de pestañear. Su lengua está fresca y sabe a cava. Es delicioso. Me estrecha contra él y siento lo abultado y duro que está. Mi mano casi automáticamente va hasta allí y ejerce presión a lo largo de su pene.

Él se estremece y busca mi mirada.

—Te deseo tanto —susurra como una confesión.

—Y yo a ti.

—No veo el momento de sentirte, de poder estar dentro de ti. Sueño con ello desde que te vi en el ascensor el lunes.

El lunes. Suena a que hace poquito y se siente como si hiciera tres meses.

David toma mi cara entre sus manos y estampa un beso sobre mis labios con pasión, con fuerza. Sé que me desea y quiero que sienta lo que me ha hecho sentir hace escasos minutos.

Algo de pronto llama mi atención, es una luz blanca que parpadea y al buscarla con la mirada descubro que es una bombillita led que hay junto al espejo de mi izquierda.

—¿Y esa luz? —le pregunto confundida.

—Es una llamada. —Parece que se siente tímido y baja la mirada.

—¿Quién llama?

No entiendo nada.

—Son los de la habitación Uno. La que está aquí. —Señala poniendo su mano sobre el espejo de la derecha.

Me miro en él. Es un espejo oscuro, de esos que te ves hasta favorecida. De pronto entiendo lo que acaba de decirme y esa información me sacude como un rayo.

—¿¡Pueden vernos!?! —pregunto con una nota de pánico en la voz abriendo mucho los ojos.

—¡No! Claro que no. Sofía, ¡nunca haría algo así! —exclama casi ofendido.

Yo suspiro aliviada.

—Ya lo sé, es que pensaba que quizá era un espejo de esos traslúcidos, ¡no

sé! No conozco estos sitios —le digo suavemente quitándole hierro.

—Y lo es. Pero no está activado. —Me calma—. Ahora mismo solo es un espejo. Si quisiéramos podríamos darle a este botón. —Señala un botón que hay junto al espejo—. Y dejaría de ser espejo para ellos.

—¿Y podrían ver lo que hacemos? —pregunto intentando usar ese tono neutro tan mío y tan poco neutro en realidad.

—Sí... esa es la idea de estas habitaciones.

Se sienta en el pódium y baja su mirada al suelo antes de explicarme:

—Nunca pensé que llegaríamos hasta aquí. De haberlo sabido habría reservado la mejor habitación del club o habría preparado todo esto mejor —me explica mientras coge la *tablet* de nuevo y la desbloquea—. Solo pretendía enseñarte el club, no pensé que acabaríamos...

No termina la frase. Me siento a su lado y pongo mi mano sobre su pierna.

—Ya, tranquilo. Yo tampoco sabía esto, pensaba que solo íbamos a cenar. —Me río intentando que se sienta bien, me sabe mal haber pensado equivocadamente de él. Yo confío y sé que no me pondría en ninguna situación que me hiciera sentir incómoda. ¿Si no para qué tanta palabra de seguridad?

—Cuando he visto que quizá acabábamos haciéndolo allí, en medio de toda la gente. —Me mira algo tímido al reconocer cuánto nos deseamos en voz alta—. He preguntado por las habitaciones, pero está todo lleno esta noche. La única habitación libre es esta ahora mismo.

—Está bien... no hay problema. —Sonrío.

Veo que en la *tablet* está comprobando la disponibilidad de las habitaciones y están absolutamente todas en rojo.

—Y esta habitación, pues tiene como característica que ambos espejos dan a las otras dos habitaciones. Suelen pedir las personas que les gusta ser vistas. Igual que las otras dos, las suelen pedir personas que les gusta mirar.

—Ajá. —Asiento como si me hablara de cosas que escucho cada día. Pero alucino. Así que esto es el club. Esto es el Caprice auténtico. He llegado a las entrañas del asunto y estoy sentada en su pódium.

—Pero jamás activaría nada sin preguntarte. —Me mira preocupado—. Has de confiar en mí. Que sea el dueño de este local no quiere decir que no tenga límites o criterio o sentido común —dice entre ofendido y molesto.

—Lo sé. Confío en ti —replico mirando fijamente a sus ojos. Y es cierto. Confío ciegamente en él—. Es solo que no sé cómo funcionan estas cosas.

—Funcionan solo como tú quieras que funcionen. Tú eres la que manda aquí.

Tras una mirada significativa que me deja claro que puedo fiarme de él, vuelve a besarme con intensidad, recorriendo mi boca y siento que vuelvo a estar excitada solo por ello.

—¿Qué te parece si nos acabamos la copa de cava y nos vamos a casa? — me propone dejando la *tablet* en el mueble y acercando las copas.

—Está bien. —Sonrío.

La idea de irnos a su casa sigue siendo una de mis preferidas ahora mismo. Pero... ¿La verdad? Siento un poco de decepción por no usar un poco más este sitio. ¿Y eso de que nos miren? No sé. Una vez superado el pánico inicial, quizá no me parece tan mala idea. Aunque él siendo el dueño no sé cómo lleva eso de exponer su identidad y mostrar lo que hace sin saber siquiera quién lo ve. Bueno y yo en realidad tampoco sé si me gustaría revelar mi identidad mientras hago algo sexual con él. De hecho, creo que no. No me gustaría.

—Dime una cosa —empiezo tras acabar mi copa de cava y dejarla sobre el mueble de nuevo—, si yo quisiera activar el espejo mágico. —David se ríe de mi forma de llamarlo, pero sigue muy atento a lo que le digo—. ¿No te importaría que te reconocieran? Quiero decir, eres el dueño de esto y...

David abre entonces un cajón que hay debajo de él, en el mismo pódium, y que yo no había visto hasta ahora y saca dos antifaces de esos tipo venecianos, los que cubren hasta la nariz. Son los dos rojos y tienen algunas plumas cortas y negras en la parte de arriba. Me quedo a cuadros y creo que tengo hasta la boca abierta.

—Normalmente las personas que usan esta habitación quieren ser vistas, pero no reconocidas. Piensa que aquí vienen personas públicas, famosas y demás. Ponemos a su disposición estos antifaces para que puedan hacer lo que quieran y protejan su intimidad a pesar de exponerse. Aquí los límites los marca cada persona.

—Claro.

Me acerco a él y tomo uno de los antifaces. Parece nuevo. Y un pensamiento de inseguridad cruza mi mente, ¿habrá usando él antes estos antifaces? ¿Esta habitación? «li hi visti cin michis ñiñiñi» le he dicho antes el tontazo de la rueda cubana.

—Yo... nunca... —empieza a decir David algo tímido como si me leyera la mente—, nunca había usado esta habitación.

—¿No?

—No.

Una sonrisa traviesa aparece en mi cara, lo sé sin verme. Lo sé por el brillo

que aparece en sus ojos al mirarme. Me encanta saber que esto es nuevo para él como lo es para mí. No sé por qué pero me incita.

Le quito la copa vacía de las manos y la dejo junto a la mía. Me coloco entre sus piernas y desabrocho uno a uno los botones de su camisa. Estoy deseando quitársela y no pienso esperar más.

—¿Estás segura...? ¿No quieres que nos vayamos a... casa? —me pregunta desconcertado.

—Shhh... Esto va de fluir, ¿no?

Asiente asombrado. No sé por qué le sorprende tanto aunque en realidad me sorprende incluso a mí misma. ¿De dónde sale esta mujer tan segura, tan decidida y tan sexual?

En cuanto le he quitado la camisa, admiro tu torso torneado. Está tan bueno como lo estaba en mis sueños. Se le marcan las abdominales, tiene la piel morena por el sol y a penas un poco de vello suave en el pecho. Sé que es suave porque lo estoy acariciando fascinada. Tiene la piel tan caliente y tan sedosa que me apetece lamerla entera.

Se pone de pie frente a mí y me abraza por la cintura. Besa mi cuello, lo lame, me hace cosquillas. Yo le desabrocho el pantalón y libero, por fin, su sexo duro, ardiente, hinchado. Solo me separa de él su ropa interior y pienso deshacerme de ella también.

Él, mientras, me saca la blusa por la cabeza con total dominio. Me baja la falda y me quedo en sujetador. Pero no dura mucho. Con una sola mano ya me lo ha desabrochado y lo dejo caer junto a la demás ropa. Él se quita los tejanos y se queda en calzoncillos contra mi cuerpo desnudo. Me siento totalmente expuesta a él y eso en vez de incomodarme, me excita. Me siento llena de poder, de sensualidad, de dominio.

Le bajo los calzoncillos deseando poder sentirlo desnudo contra mí y libero su enorme erección que es mejor de lo que recordaba. Está hinchado y sé que lleva ya mucho rato excitado. Deseo darle alivio como el que me ha dado a mí. Quiero ser la responsable del máximo placer que pueda sentir ahora mismo.

Nos fundimos en un abrazo en el que ya nada nos separa. Siento su piel ardiente y suave contra la mía, que está más fría por los nervios que siento de pronto. El alivio que recorre todo mi cuerpo me da a entender cuánto deseaba sentirle así, contra mí, sin barreras. No puedo ni imaginar lo que será sentirle dentro, si ahora me siento así solo por tener su piel contra la mía.

Entonces veo los antifaces sobre el pódium y la luz que parpadea en el

espejo de la izquierda. Y un pensamiento cruza de nuevo mi mente: *¿Por qué no?*

ME MIRA ESTUPEFACTO. COMO SI NO TUVIERA LA MÁS REMOTA IDEA DE LO QUE ESTÁ PASANDO

No soy muy de «por qué no». Ni de hacer cosas nuevas, de innovar ni de probar novedades. No me considero curiosa ni morbosa, sin embargo, ahora mismo, me apetece y mucho. Y si esto va de fluir, fluyamos, ¿no?

Cojo un antifaz con una sonrisa traviesa en mis labios y se lo coloco sobre sus enormes ojos azules. Me mira sorprendido, pero me deja hacer sin decir nada ni moverse.

Lo ato detrás de su cabeza suavemente y le observo. Sus ojos azules se ven por los agujeros. Sus labios gruesos me llaman a gritos y su cuerpo, terso, duro y caliente, espera por mí. Solo por mí. Ahora mismo esta situación es mía, igual que este momento y que esta experiencia. Y quiero vivirla tanto como si fuera la última de mi vida.

Me coloco el otro antifaz sobre el rostro y me lo ato por detrás. David me mira estupefacto. Como si no tuviera la más remota idea de lo que está pasando.

—Siéntate... ponte cómodo —le pido con autoridad y decisión.

Él se deja caer sobre el pódium apoyándose sobre sus codos, como si estuviera tomando el sol en la playa. La imagen no puede ser más tentadora: David, desnudo, completamente expuesto a mí. Con su sexo tan erecto, más grande de lo que recordaba, y con esa mirada de no comprender del todo lo que está pasando que me alucina. Creo que es una de las miradas que más me gusta de David ahora mismo.

Me acerco al botón del espejo y antes de pulsarlo vuelvo a mirarlo:

—¿Puedo?

—S-Sí —titubea—. ¿Estás s-segura?

Asiento mientras presiono el botón y aparentemente nada cambia. Solo que deja de parpadear la luz led junto al botón y cambia a color rojo. Bien, supongo que «estamos en el aire».

Yo sigo viendo nuestro reflejo en el espejo, pero tras él, alguien está observándonos. No sé quién es, qué quiere, qué hace, ni cómo es su vida. Solo sé que desea vernos. Y que a mí no me parece mal, nada mal.

Me giro desnuda y observo a David que sigue inmóvil y expectante. Esperando mi siguiente movimiento.

Me acerco a él y repto por encima de su cuerpo cual tigresa. Beso su cuello con pasión y él echa la cabeza hacia atrás rendido a mí. Lamo su piel, es tan cálida y suave... tal como imaginaba. Y recorro su cuello hasta su pecho dejando besos por todas partes y lametones varios. Llego hasta un pezón y juego con él. Lo muerdo suavemente tirando un poco de él. Veo como su pecho sube y baja agitado. Le gusta.

Sigo prodigando besos por su cuerpo, descendiendo despacio, a mi ritmo. Disfrutando de cada milímetro de su piel. Él se deja caer del todo sobre el pódium y respira cada vez más fuerte.

Cuando llego a sus caderas, descubro la uve que trazan sus músculos como señalando su miembro y me lanzo a por él. Me arrodillo en el suelo junto al pódium, entre sus piernas, y su sexo queda justo a la altura de mis pechos. Lo acaricio un poco con ellos. Juego con él. Y finalmente lo lamo de arriba abajo. Me parece que hace una eternidad de aquel día en el coche cuando me lancé a lamerlo tras un impulso incontrolable. Y en realidad solo han pasado... ¿cinco días? ¿Qué está pasando con el tiempo desde que lo conozco?

David gira su cabeza y mira al espejo mágico. Yo también miro hacia allí. Y nos observo a nosotros mismos. La imagen es totalmente erótica y sugerente. Me encanta. Los antifaces protegen nuestra identidad y me hacen sentir como si fuera una persona nueva, alguien sin barreras.

Vuelvo a lamerlo como si fuera mi dulce capricho, mi golosina preferida. Sin dejar ni un milímetro de piel sin humedecer con mi lengua. Y juego especialmente en su glándula, el cual está húmedo e impregnado de sus propios fluidos. Sabe salado y a él. Y simplemente me encanta. Una luz parpadeante me distrae y cuando la busco con la mirada descubro que es la del espejo que me queda ahora a la izquierda (el que aún sigue siendo espejo). Barajo la posibilidad de ir a activarlo, pero ahora no quiero dejar de hacer esto ni

alejarme un segundo de él. Así que lo ignoro. Introduzco su pene en mi boca todo lo que puedo y oigo como gime. Busco el reflejo en el espejo y veo que mira al techo, con la boca entreabierta y se coge la cabeza con las manos. Como si pudiera llegar a perderla.

—Ufff, Sofía... Si sigues así... —susurra entre gemidos.

Sí, es justo lo que quiero. Así que sigo así, jugando con la lengua en su punta e introduciendo su pene todo lo que puedo en mi boca. Mi antifaz choca contra su piel con cada movimiento que hago para profundizar más en mi acometido.

—Ven aquí —me pide incorporándose un poco.

—¿Adónde? —pregunto perdida.

—Ven, sube encima de mí —pide.

Voy a subir sobre él a horcajadas, pero me detiene y me gira. Ah. Ya sé qué quiere. Me coloco sobre él formando un sesenta y nueve. Vuelvo a tener su pene entre mis labios y ahora él tiene su lengua dentro de mí y juega a algo más intenso que antes. Introduce su lengua lo máximo que puede y la mueve dentro chocando contra mis paredes internas. Me vuelve loca. Tanto que ya no sé qué estoy haciendo. Me cuesta coordinar los movimientos. David me coge de las nalgas y me presiona contra su cara. Siento su máscara contra mis muslos. Vuelvo a mirar hacia el espejo y alucino al tomar conciencia de que alguien está viendo lo que hacemos. Y yo tan tranquila. ¿Dónde está Sofía? ¿Y qué clase de ninfómana descontrolada me ha poseído?

La imagen en el espejo, con mi sexo sobre su boca y mi boca sobre su sexo, con las máscaras venecianas y nuestros cuerpos desnudos, me parece incluso artística. Es bonito lo que veo. Y lo que siento todavía más.

Me desconcentra tanto lo que me está haciendo que opto por masajear su pene con mi mano mientras me concentro en sentir lo que me hace. Estoy a punto otra vez. ¿Cómo puede ser?

Lo masturbo con intensidad mientras él introduce un dedo en mí y después otro. Entran como si nada. Estoy tan húmeda... Su ritmo se acopla al mío y nos masturbamos mutuamente a la misma velocidad. Le escucho gemir de placer y eso activa todas mis terminaciones nerviosas de golpe. No puedo dejar de pensar en que alguien nos está mirando y disfrutando con nosotros sin participar. A la vez, es como si no tuviera consciencia de ello, actúo como lo haría sin haber activado el espejo mágico. Es extraño, pero añade una dosis extra de emoción a la situación.

—Sofía... —susurra jadeante—, estoy... a punto... de... correrme...

Y yo acelero los movimientos y a consecuencia de ello, él acelera los suyos también. Sus gemidos y oír mi nombre en sus labios hace que mi vientre se contraiga y al relajarse estalle convirtiéndome en mil partículas de placer que se expanden como una bomba por todo mi cuerpo. En ese mismo momento siento como algo caliente y fluido corre por mi mano y suavizo mis movimientos. Él también se está corriendo.

Respiramos agitados uno encima del otro y siento como si me hubiese quedado sin energía. Dos orgasmos causados por su lengua y sus manos en menos de una hora. Empiezo a sentir alivio físico, ahora sí. Aunque en realidad sigo deseando mucho más de él. *Dios, ¿acabo de tener sexo oral en público? ¿En serio?*

Pero lejos de escandalizarme me siento expandida. Mi mente es distinta de cuando he salido de casa esta tarde-noche. He cambiado. No sé exactamente cómo, pero me siento más segura, más libre. Sí, libre. Esa es la palabra.

Ruedo hasta quedar tumbada a su lado con intención de no moverme en un buen rato, pero justo entonces David se levanta y decide cogerme en brazos. Así, como si yo fuera una pluma. Observo sus brazos y realmente se ven sus músculos marcados, ha de ir al gimnasio o algo.

Me lleva hasta la puerta que aún no hemos abierto. Al entrar enciende una luz con el codo y me deja espacio en el suelo. Es un lavabo. Grande, casi como la habitación. Tiene una ducha enorme y se ve todo tan impecable y limpio que da la sensación de que lo estrená-ramos. La luz que ha encendido no es más fuerte que la que teníamos en la habitación. También es lila y en realidad ahora está cambiando a naranja. Ajá. Es cromoterapia, eso o se me ha ido la olla, claro.

Va cambiando de color por momentos, sutilmente, casi sin que lo note, pero crea una atmósfera muy agradable; invita a relajarse. David abre el agua caliente y la deja correr. Me apetece, la verdad. Me apetece mucho.

—¿Aquí no nos ven? —le pregunto mientras me lavo las manos.

—No. Y afuera ahora tampoco —contesta mientras camina hacia el espejo. Me asomo a la puerta y veo que se despide con la mano de su reflejo antes de presionar el botón que pasa de ser rojo a estar apagado. Enseguida la luz blanca vuelve a parpadear, el espejo del otro lado sigue haciéndolo también. ¿Nos reclaman? ¿Quieren seguir viéndonos? Me sorprende mucho.

David entra en el baño y me quita con cuidado el antifaz, se quita el suyo también y me encanta volver a ver su rostro. Es tan hermoso.

Me siento sobre la tapa del váter; él se arrodilla en el suelo junto a mí y me

toma las manos entre las tuyas.

—Te dije que me encantabas mucho, ¿verdad?

—Sí. —Sonríe y siento que me sonrojo. ¿En serio? ¿Volvemos a sonrojarnos? ¿Acabo de practicar sexo frente a desconocidos *voyeurs* y me sonrojo porque este hombre me dice que le encanto? Sí, esta soy yo. Definitivamente he vuelto en mí misma.

—Y te dije también que eras especial para mí, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te dije que iba a acosarte y secuestrarte? —me pregunta entrecerrando los ojos curioso como si hiciera un esfuerzo por recordarlo.

—Sí, lo dijiste también. —Sonríe encantada mientras él presiona mis manos suavemente.

—Bien. Solo quería asegurarme de que te había avisado. Para que luego no digas.

Me río con él.

—No quiero quejas después, ni sorpresas. Estás avisada... de todo —continúa él divertido.

—No me quejaré, lo prometo.

Me besa en los labios y me lleva hasta la ducha que empieza a repartir vapor cálido por todo el lavabo. David regula la temperatura y cuando le parece adecuada me busca con la mirada. Me coge por la cintura y me dirige hacia la cascada. Pienso que sería mejor no mojarme el pelo ya que no sé si hay secador aquí, pero ya es tarde. La alcachofa es enorme, está fija en la parte superior y reparte una lluvia de chorros muy finos y fuertes. David no deja de besarme. El agua desciende cálida por nuestros cuerpos que están tan pegados el uno contra el otro que se mantienen secos en el torso. Su beso es profundo, suave y lento hasta que deja de ser así y pasa a ser un beso salvaje. De nuevo una nota agresiva, como de ansia. Sé que me desea tanto como yo a él. En el frenesí me empuja contra la pared. No vamos a llegar a su casa hoy, lo tengo claro. Pero lo mejor de todo es que me da igual. Solo pienso en este momento. En lo que quiero ahora mismo. Y todo cuanto deseo y anhelo ahora mismo está junto a mí, besándome bajo el agua caliente de la ducha. Me gustaría alargar este momento indefinidamente. La luz sigue mutando en diferentes colores, pasa por el azul, el rosa y el amarillo. Me encanta.

Algo se despierta entre las piernas de David. ¿Ya vuelve a estar en activo? ¿No necesitan los hombres un tiempo de reposo antes de volver a la carga? Bueno, al menos con los que yo he estado eran de un polvo y hasta mañana no

esperes nada más. Claro que yo tampoco deseaba más.

Me separo un poco y bajo la mirada por su cuerpo para tener confirmación visual. Sí. Su pene erecto me saluda y dice que no necesita reposo de ningún tipo. Está firme como si fuera la primera vez de la noche.

—¿Qué me haces? —pregunta con una nota de desconcierto en la voz—. Mira como estoy —añade señalando su más que evidente erección.

Me parece alucinante que yo sea la causa de todo esto. No es que no sepa que soy mona, los días de buena autoestima incluso podré reconocer que tengo buen cuerpo y soy atractiva. Pero ¿excitar así a este hombre? Esto es otro nivel para mí. Que acabe de correrse en mis manos hace escasos minutos y ya vuelva a estar así de duro por mí, como mínimo, me fascina.

Acaricio su erección con devoción. Dejando que la ducha lo moje y se lleve con ella los restos de antes. Él acaricia mis pechos a dos manos. Yo cierro los ojos porque el agua ha empezado a caer por mi cara y porque lo que me hace con los pezones me está volviendo loca. Los presiona suave, los masajea y cuando menos me lo espero, tira de ellos. Esto me provoca unas descargas eléctricas que empiezan en los pezones y acaban entre mis piernas, donde el agua caliente se mezcla con mi propia humedad.

Se agacha un poco y se mete un pezón en la boca. Lo muerde despacio, sin hacerme daño, llevándome a un éxtasis alucinante. Creo que podría correrme así, solo con lo que me está haciendo en el pezón con su boca experta. Pero termina con él y sube en busca de mi boca mientras me levanta en el aire y me aplasta contra la pared con todo su cuerpo. Yo rodeo su cintura con mis piernas automática-mente y su cuello con mis brazos.

Tiene mucha fuerza, me tiene en el aire, contra la pared, como si nada.

Con una mano masajea su pene mientras me mira con la boca entreabierta y los ojos clavados en los míos. Las gotas de agua caen por su pelo empapado sobre su cara y mojan su pecho. La imagen es tan erótica que me estremezco.

Entonces guía la punta de su pene hacia mi sexo. Lo acaricia tanteando la entrada. Roza mis labios, mi clítoris, mi hendidura y yo cierro los ojos y apoyo mi cabeza en la pared.

No puedo más, es oficial. Necesito-sentirle-dentro-YA. Si pudiera la metería de golpe, pero no puedo soltarme de él, tiene totalmente el control en este momento. Así que me dejo hacer, rendida totalmente a lo que quiera hacerme.

Él juega con su glande entre mis labios vaginales y noto cómo resbalo, estoy tan mojada... y no es por la ducha. Siento como la punta explora tímida

mi entrada. Se introduce unos milímetros y sale para rozar mis labios y mi clítoris que está hinchado e hipersensible. Entonces vuelve a introducir la punta y avanza un poco más. Siento como se hace sitio dentro de mí. Pero no sigue avanzando y yo quiero, no, necesito sentirlo todo dentro de mí. Es una sensación que roza lo frustrante ya. Es tanto el deseo que padezco que ya no puedo más. El agua fluye entre nosotros y el vapor nos rodea por completo. David sigue inmóvil, sin avanzar, como si quisiera grabarse esta sensación a fuego en la mente y de pronto, ¡pam! Avanza otro tramo de golpe y yo abro los ojos y gimo sin poderlo controlar.

—¿Quieres sentirme Sofia? —pregunta con una voz cargada de sensualidad—. ¿Dentro de ti?

—¡Síííí! —exclamo con ansia.

Pero entonces, para mi gran disgusto, sale de mi cuerpo y me deja en el suelo. Yo me quedo a cuadros parpadeando e intentando entender por qué no está follándome y qué puede haber más importante ahora mismo. Él sale decidido del lavabo y se va a la habitación.

¿Hola? ¿Adónde vas?

Si me hicieran una foto ahora mismo, mi cara sería de portada de película de miedo, o de una surrealista mejor.

Pero antes de que pueda asimilar por qué David no está follándome salvajemente contra la pared de la ducha, aparece con un condón entre las manos.

Ups.

¿Se me ha ido tanto la olla?, ¿de verdad? ¿Ni siquiera se ha cruzado por mi mente la idea de que debíamos ponernos protección? Alucino. Es la primera vez en toda mi vida que no pienso en ello y que es un hombre quien no solo piensa en ello, sino que se preocupa de tomar medidas. Dios. He de sumar un gran punto a David por esto. Y darme una colleja mental enorme.

—Perdona por parar así de brusco —pide colocándose el condón mientras avanza hacia mí—, pero, o lo hacía bruscamente o no iba a poder parar después.

—Tranquilo, yo... —no termino la frase. No me deja.

Vuelve a tenerme subida a él, contra la pared y con su lengua buscando la mía como si me hubiese echado de menos en este minuto que nos hemos separado. Su pene, ahora cubierto por el condón, vuelve a entrar en mí, despacio, suave. Milímetro a milímetro. Entra con tanta facilidad... estoy tan lubricada para él.

Y de pronto, deja de avanzar sutilmente para clavármela hasta el fondo en un movimiento certero y preciso. Yo gimo de placer o de dolor, no lo tengo claro. Es grande y parece que mi cuerpo se acomoda a su alrededor haciendo sitio para él. Pero a parte de esa molestia inicial, lo que siento es que, por fin, está dentro de mí. Por fin le siento al completo. Llevo deseando este momento desde el lunes. Bueno, en realidad no. En realidad llevo deseando este momento toda mi vida.

Jamás había deseado tanto algo ni a alguien. Es todo una experiencia nueva para mí; alucinante y sorprendente.

—Estás tan prieta —susurra contra mis labios.

—Y tú tan duro —replico sin pensar.

Él sonríe con orgullo. Y empieza a moverse dentro de mí con movimientos seguros y fuertes. Entra y sale. Y cada vez que vuelve a entrar parece que quisiera profundizar más y más.

Mis pechos rebotan contra su pecho con cada embestida. En vez de besarnos, nos miramos con deseo. Respirando fuerte. Dejando salir todo lo que sentimos, todo lo que hemos acumulado. Vaciándonos de todos los nervios, la frustración, las ganas y llenándonos de nosotros mismos, de sentirnos, de conectarnos, del placer que crece en torno a sus movimientos.

Me tiene a su merced, como una muñeca; ahora mismo puede hacer conmigo lo que quiera. No es solo físico por la postura en la que no puedo decidir nada. Es emocional. Me he rendido a David. A su mundo. A todo lo que aún desconozco de él.

Sus movimientos empiezan a ser más rápidos y yo vuelvo a sentir como todo el calor se concentra en ese punto donde me roza al entrar y salir, justo donde se abre paso dentro de mí, en mi centro, en mi interior.

Mueve las caderas como trazando círculos a la vez que me embiste otra y otra vez y me vuelve loca. Cierro los ojos y me rindo al placer que me da. Echo la cabeza hacia atrás para apoyarla en la pared y él se lanza a por mí cuello cual vampiro. Me besa, me muerde, me succiona... Yo clavo mis uñas en sus hombros y gimo de placer.

Grito su nombre. Él grita el mío. Y el orgasmo llega y arrasa con nosotros.

Primero me llega a mí, siento que por tercera vez en esta noche, ha sabido activarme tanto como para hacerme explotar y expandirme en mil pedacitos de placer y sensaciones. Él me mira casi sin pestañear, observa todas mis expresiones como si quisiera grabarlo en su mente y una vez siente que me he corrido, acelera los movimientos y me embiste una y otra vez hasta que llega

también él. Un gemido ronco y masculino brota de lo más profundo de su ser y me parece lo más erótico que he oído jamás. Siento los espasmos dentro de mí y cómo se mueve el preservativo al llenarse de él.

Apoya su frente sobre la mía y respiramos agitados y exhaustos pero, sobre todo, aliviados.

Decir que ha sido el mejor polvo de mi vida, se queda corto, sin duda. No quiero exagerar ni dar a entender que mi vida sexual ha sido pobre hasta ahora, porque no es así. He tenido varios novios serios y algunos rolletes. Sé de qué va todo esto. He probado diferentes posturas, diferentes hombres, diferentes penes... y nada conocido hasta ahora ha sido como esto. El alivio que siento ahora mismo no es solo físico, que en gran parte lo es, es también emocional, sensorial, espiritual, no sé. Es un alivio que lo abarca todo.

Cuando conseguimos regular nuestra respiración y volver a la vida real, David me baja con cuidado saliendo de mí. Mientras se quita el condón y le hace un nudo me mira de arriba abajo con deseo en la mirada y me dice:

—Aún no he acabado contigo.

Y se va a tirarlo a la papelera.

Ufff. Yo necesito varios días para recuperarme de esta noche, ¿y él dice que aún no ha acabado conmigo? Me va a matar. Pero oye, no se me ocurre forma más dulce y alucinante de morir.

SERÁ DEPRAVADO EL TÍO

David

Después de ducharnos busco en el mueble del lavabo y saco un par de toallas grandes. Compruebo que estén limpias y que huelan bien a suavizante perfumado. Hoy estoy haciendo más control de calidad del club del que hemos hecho nunca. Exceptuando a Lucas, claro. Él ha comprobado personalmente hasta a las camareras.

Me acerco a Sofía abriendo una toalla para rodearla con ella. No quiero tapar ese cuerpo de vicio que tiene por nada del mundo, pero va a coger frío como siga mojada en la ducha.

—Gracias —dice con esa sonrisa tímida que me vuelve un animal.

Si hay algo que me sorprende de ella es su capacidad para desconcertarme. Desde que la conozco ha sido todo el tiempo así. Me parece dulce e ingenua y de pronto me suelta algo tan directo que me hace tambalear. ¿Y lo de esta noche con las máscaras? Ni con Gloria he hecho cosas así. Y ella tan tranquila, parecía estar en su salsa, más suelta de lo que jamás me podía imaginar que era. Buf. Solo de pensarlo se me está poniendo dura otra vez.

Abrazo a Sofía y la seco con la toalla. Creo que está notando el despertar de mi deseo porque ha puesto cara de susto al rozarme. ¿Con qué clase de hombres ha estado hasta ahora? ¿No se daban cuenta de lo que tenían delante o qué? Si yo la hubiese conocido antes sabría lo que es bueno.

—¿Necesitas un peine, un secador de pelo o algo de eso? —le pregunto al ver su pelo mojado y todo despeinado. Pobre, la he dejado hecha polvo.

—Uff, ¡sí! Un secador y un peine serían geniales. —Sonríe encantada.

La dejo secándose en la ducha y vuelvo al mueble de las toallas, seguro que hay cosas de esas; recuerdo haber discutido con Lucas los presupuestos para añadir toda clase de inutilidades en los lavabos. Yo no estaba muy de acuerdo, pero, visto lo visto, Lucas tenía razón; al final serán de utilidad.

Encuentro un secador y un peine de plástico tipo los de los hoteles con el

logo del club grabado y se los dejo sobre la encimera.

No quiero mirarla, pero se me van los ojos. Se está secando el cuerpo despacio, como si quisiera torturarme y volverme loco. Niego con la cabeza y salgo directo a por mi ropa, será mejor que me vista o mañana, cuando vuelvan a abrir el club, aún estaremos dentro.

En la habitación las luces siguen parpadeando a ambos lados.

Os ha gustado el show, ehh. No me extraña. Pero se acabó el deleitaros la vista con ella. Lo que queda de noche me la llevo solo para mí.

Me visto rápido y le acerco la ropa a Sofia. Me la encuentro desnuda enchufando el secador. ¡No irá a secarse el pelo sin vestirse primero! Verdaderamente no sabe lo que hace provocándome de esta manera.

Le dejo su ropa con una sonrisa para ver si entiende que ha de vestirse o no va a llegar viva a casa y me giro sobre los talones huyendo de ella como si fuera un fuego que me va a quemar.

Oigo que el secador se pone en marcha y aprovecho para mirar la *tablet*. Observo el programa que me informa de la disponibilidad de habitaciones, de la recaudación de las barras, etc. Lucas ha estado preguntando por el chat interno del negocio cómo iba la noche así que aprovecho y le contesto:

¿En Caprice? De lujo. Hemos hecho un completo esta noche. Por lo que estoy viendo, a esta hora, siguen completas todas las habitaciones y hay incluso algunos clientes en lista de espera.

Un mensaje nuevo de él asoma en el chat:

Lucas:

¿Y en tu cama? ¿Has hecho un completo también?

¡Será depravado el tío! sabe que este chat lo ven Laia y Nerea. No tiene límites.

Ocúpate de tu cama y deja de interesarte tanto por la mía. Al final me creeré que eres maricón.

Un mensaje llega a mi móvil, que vibra en mi bolsillo trasero del tejan. Es Lucas, escribiéndome en privado por WhatsApp. ¡Cómo no!

Lucas:

¿Has hecho el completo o no? La chiquita esa del otro día está para comérsela. Como no te la comas tú, lo haré yo. Y LO SABES.

04:47

No tiene apenas fe si cree que la va a tocar. Pero donde las dan, las toman.

¿Cómo está tu bombón? ¿Por qué no te ocupas de él? ¡Ni comes ni dejas comer, macho!

04:48

Lucas:

Aceptaré tu respuesta como un Sí.

04:48

¿Aún estás en Caprice?

04:48

Dice Laia que no has salido aún pero que hace rato que no te ve.

04:49

Pfff. Maldito chat interno. Se lo cascan todo.

Le contesto por el móvil un último mensaje antes de que me saque de quicio:

Aún estoy aquí. Corto y cierro.

04:49

En mis mejores sueños Lucas entiende que no va a sacarme más información, pero todos sabemos que en la realidad ni de coña parará hasta saberlo todo.

Debería haber sido periodista en vez de empresario.

Lucas:

¿Aún estás en Caprice?

04:49

¿Te has metido en una habitación?

04:50

Estoy accediendo a las cámaras y no te veo.

04:50

¡Serás cabrón!

04:50

¡No me jodas!

04:51

Te has llevado a la chiquita esa a una habitación en vuestra primera cita.

04:51

¿Qué clase de depravado eres?

04:51

¡Y luego dices de mí!

04:51

¡Estás hecho un romántico, cabrón!

04:52

¡Te superas a ti mismo!

04:52

No dejas de sorprenderme, macho.

04:52

Y todo eso sin que le conteste. No pienso hacerlo. Por mí puede escribir cien mensajes más, así que guardo el móvil en el bolsillo de los tejanos.

Accedo a las cámaras del local mediante la *tablet* y veo que la sala principal está casi vacía, lógico para la hora que es. Son casi las cinco de la

mañana. La sala roja está a tope y llegando a niveles de desfase importantes. Sofia va a flipar en cuanto salgamos y tengamos que cruzarla. Pero bueno, ha sido ella la que ha pulsado un botón para que nos vean unos morbosos de otra habitación mientras hacíamos nuestras cosas. No creo que ahora vaya a asustarse mucho por ver sexo en directo, además, me ha parecido que lo toleraba muy bien antes. Me ha puesto a mil ver que se ponía cachonda con el numerito que teníamos frente a nosotros en el pódium de la sala.

Con lo poco que me gusta a mí tener líos en el Caprice... Nerea y Laia siempre están pendientes para saberlo todo. Pero hoy se me ha ido completamente de las manos, he perdido el control como no lo había hecho nunca. Si me descuido, me la follo junto a la barra, ¡por Dios! ¿Y luego? Estaba casi follándola sin condón. Dios mío, lo de esta noche casi se convierte en *epic fail*.

¿Qué me hace esta mujer para que pierda así la puta cabeza?

Miro cómo van las cajas registradoras de las barras y me encanta lo que veo, la fiesta cubana, podemos decir, ha sido todo un éxito. Este invento de Christian para tener digitalizados todos los ingresos que registran las cajas de las barras a tiempo real es la caña, nos ha quitado mucho trabajo de estar encima de los camareros controlando que cobren todo.

Lucas rabiará cuando hagamos la reunión de balance mensual y vea que el único fin de semana que no ha venido, ha sido el que más hemos facturado. ¡Ja! Yo tenía razón con la fiesta cubana. David 1- Lucas 0.

Una sonrisa se me dibuja en los labios al recordar cómo baila salsa Sofia. Verla mover las caderas de una forma tan sensual ha sido una grata sorpresa. No domina la técnica, pero se menea con tanta sensualidad que se te va la olla. ¿Es que no hay nada que la pare? Yo que pensaba que iba a huir despavorida de mí al saber en lo que trabajo y no solo no ha huido sino que no deja de sorprenderme.

Me siento en la cama redonda y miro hacia el lavabo. Me gustaría quedarme toda la noche observando cómo se mueve, se viste, se arregla, y cómo se mira en el espejo como si no viera reflejado en él lo mismo que veo yo. Desprende sensualidad, es tan bonita...

Se está colocando bien la blusa por dentro de la falda. Qué culo tiene. No puedo dejar de mirarlo tampoco. No es muy grande, es justo como hecho a mi medida y un poquito respingón como para que no te puedas controlar de pasar la mano por encima a todas horas. Estoy deseando catarlo.

Otro mensaje vibra en mi tejano y me saca de mi divagación mental con el

culo de Sofi. Aunque intuyo que es Lucas, lo cojo para asegurarme y me sorprende lo que veo:

Christian:

Tío, ¿estás en casa ya? Tenemos un problema.

4:58

«¿Tenemos?» Respondo enseguida sin pensarlo. Si Christian dice que tenemos un problema, es que la cosa es grave.

Aún estoy en Caprice, ahora nos íbamos para casa.
¿Qué ocurre?

4:59

Christian:

¿Puedes dejarla en casa y venir?

4:59

Joder macho, ni que le cobraran por palabra.

¿No puedes darme un par de titulares al menos?

5:00

Christian:

Primer titular: «tres jóvenes empresarios son hackeados y valiosa información confidencial de sus clientes es publicada en internet».

5:00

¿Qué me está contando?

Joder, sí que era grave. Sofía se sienta a mi lado. Ya está lista y mira hacia otro sitio como para no entrometerse en lo que hago. Me la como. Le doy un beso en el cuello y se ríe por las cosquillas que le hago. Me encanta hacerla reír. Es tan... deliciosa.

—Ahora nos vamos a casa, ¿vale? —le digo—. Dame un minuto. Es trabajo.

—Claro, no hay prisa.

Se pone de pie y se acerca al espejo. No mira su reflejo, pone una mano

sobre él y parece que quisiera traspasarlo y ver quién hay detrás y por qué las luces siguen parpadeando.

Otro mensaje de Christian me llama la atención y me recuerda que estoy en medio de una crisis importante, de la cual me había olvidado por completo en cuestión de segundos.

Christian:

Segundo titular: «Bloguera famosa duerme esta noche en mi cama».

5:01

Vaya sorpresa, eso lo sabíamos todos hace rato ya.

Con respecto al hackeo. ¿Hablabas en serio? ¿Has avisado a Lucas?

5:01

—Vamos preciosa —le digo a Sofía guardando el móvil y cogiéndola de la mano.

Salimos de la habitación, cruzamos el pasillo en silencio y noto que Sofía se interesa mucho en la puerta 1 al pasar. Seguro que se muere de curiosidad por saber quiénes son y qué hacen ahí aparte de desear vernos en acción de nuevo.

—¿Te curioseas la puerta 1?

—Sí. Me intriga, la verdad. —Sonríe y se encoge de hombros.

Podríamos llamar a la puerta y conocer a nuestros espectadores, pero no es el día ni el momento adecuado. Salimos del pasillo y le entrego la tarjeta a Juanjo.

—¿Todo bien? —me pregunta él en cuanto toma la llave.

—Sí, perfecto. Gracias.

—Buenas noches.

Saludo con la mano a Nerea que está a tope de curro y me responde con cara de agobio. A esta hora la barra de la sala roja es un hervidero de gente con ganas de beber y beber. La pista es un desmadre, tal como había anticipado por las cámaras. Y la cara de Sofía es un poema. Presiono su mano para que sepa que estoy con ella y me mira con una sonrisa disimulando su desconcierto por lo que nos rodea. Me encanta ver cómo se pone roja. Para mí es tan natural ya todo esto. Pero recuerdo las primeras veces que asistí a clubes liberales antes

de crear Caprice, no tenía ni idea de nada. Fue como descubrir un mundo nuevo, y también flipaba por todo. Con el tiempo lo normalizas y deja incluso de sorprenderte los niveles de morbo y desinhibición de la gente.

Avanzamos por el segundo pasillo, el cual también está abarrotado. Hay peña follando incluso entre las taquillas. En fin.

Tras la cortina roja el ambiente es bastante tranquilo. Me despido de José y le dejo la *tablet* a Laia, para que controle el negocio, mientras Sofi recoge su bolso del guardarropa. En cuanto lo tiene, la cojo de la mano y avanzamos hasta que llegamos a la calle. Respiramos aire fresco al salir, parece que lleváramos tres años ahí dentro, ha sido todo muy... Intenso.

Observo el móvil para ver si Christian me ha contestado a lo del hackeo. No me apetece nada tener que ir a solucionar este puto marrón ahora mismo. Efectivamente, tengo un mensaje suyo:

Christian:

Sí tío, es en serio. Pero acabo de hablar con Lucas y dice que podemos reunirnos mañana. De momento los informáticos se han conectado en remoto y está todo bajo control.

5:03

Vale, hablamos mañana entonces.

5:04

Suerte con la rubia. Corto y cambio.

5:04

Le pido a Antonio, el de seguridad de la entrada de Caprice que me pida un taxi y me dice que en tres minutos lo tendremos. Sofia está helada y mi coche está lejos. Ya iremos mañana a por él.

Vibra de nuevo mi móvil y echo un vistazo.

Estefanía:

Dice Lucas que sales ahora de Caprice. ¿Dejas a tu amiga en su casa y te vienes?

5:05

Lo siento mi amol, nos vemos mañana.

5:05

Reflexiono, por un momento, en que debe ser la primera vez en mi vida que rechazo un juego a tres por irme con una sola mujer, la cual, además, ya me he follado esta noche. Y por la cara de cansancio que tiene, no pinta que vaya a hacer nada más con ella. Por hoy.

Pero por mucho que me sorprenda y no lo acabe de comprender, la realidad es que no me apetece nada que ahora mismo implique separarme de ella.

Por fin para un taxi frente a nosotros. Subimos y le doy la dirección de mi casa. Abrazo a Sofi en el asiento de atrás para darle calor. Tiene los brazos helados.

—¿Puede apagar el aire acondicionado? —le pido algo brusco al empanado del taxista. ¿Qué se cree? ¿Que estamos en el Caribe?

El hombre lo apaga y Sofi me besa con una sonrisa llena de gratitud en los labios. Se acurruca en mi pecho y yo sigo acariciando sus bracitos helados. Me encanta abrazarla. Al hacerlo se me pone sonrisa de tonto en la cara. Me despierta instintos que estaban muy dormidos en mí. Como el instinto de protección. No sé por qué me preocupa tanto que tenga frío ahora mismo. Pero mi máxima prioridad es que entre en calor y se sienta bien.

No recuerdo haber sentido esto antes. Bueno, sí lo he sentido, claro. Pero hace tantos años...

Le doy un beso en la cabeza e inspiro el olor de su pelo. Aunque hemos pasado por la ducha sigue oliendo a ella, sigue oliendo de esa manera que me atrae sin remedio. Su respiración se va haciendo más pausada hasta que me fijo bien y me doy cuenta de que se ha quedado dormida entre mis brazos.

Preciosa. Te he dejado agotada hoy.

La abrazo con fuerza y sigo repartiendo caricias aunque ya no se dé cuenta. Me hace sentir bien cuidarla. Aprovecho que no me ve para observarla mejor. Aún tiene los labios un poco rojos. No entiendo de dónde sacan las mujeres estos pintalabios que duran tanto, pero flipo. Ni me ha manchado con él y eso que podría tener perfectamente la polla roja ahora mismo. Dios, no quiero ni recordarlo. En todos los años de vida sexual activa que llevo, nadie me ha puesto nunca tanto ni me ha llevado a mis límites como lo ha hecho ella esta noche.

¿Yo liándome en plena sala roja? ¿Delante de todos mis trabajado-res y clientes? ¿Descontrolado como un niño que tiene acceso a una mujer por primera vez? No me reconozco. De verdad que no. Joder, de haberlo sabido habría reservado la habitación más VIP que tenemos en el club. Seguro que le hubiese gustado el jacuzzi que tenemos en ella. ¿Pero cómo iba a pensar que

íbamos a acabar así? Yo pensaba que con suerte cenábamos y echábamos un polvo en casa. Al final tendrá razón Christian con eso que dice siempre de «las mejores noches son las que no planeas».

Y que lo digas, amigo.

Vuelvo a observar su rostro, está tan relajado que parece más joven aun de lo que es. ¿Y esos labios gruesos que tiene? Buf. Los mordería ahora mismo. Y esas pestañas tan espesas. Cuando me mira a través de ellas y coquetea conmigo me deja fuera de juego, y encima lo sabe.

Hay momentos en los que parece que no se ha visto nunca en un espejo y no se da cuenta de lo preciosa que es, y hay otros que coque-tea y usa sus armas como una mujer que sabe muy bien su valía. Me desorienta tanto que me fascina. Acaricio sus mejillas. Tiene la piel extrasuave y el pelo castaño y liso. Para usar el secador de mierda que tenemos allí, le ha quedado muy bien. Es que es preciosa. Es muy preciosa. ¿Y este cuerpazo que tiene? Desde mi perspectiva tengo una visión demasiado interesante de su escote. Buf. Vaya tetazas tiene; redondas, suaves, duras. Cómo hundiría ahora mismo mi cara entre ellas. Me vuelve loco.

Llegamos a casa y me sabe tan mal despertarla, que pago en silencio, saco las llaves de casa y la cojo en brazos para salir del taxi. No pesa nada y me resulta entrañable llevarla encima.

Custodio aún no ha llegado, no me extraña, no son ni las seis de la mañana. Sofía se despierta en cuanto llego al portal porque las putas llaves hacen más ruido que el demonio.

Intenta zafarse y que la deje en el suelo, pero no se lo permito.

—Shhhh... tranquila, ya llegamos.

Me mira extrañada, pero acepta. Se vuelve a acurrucar en mi pecho y una sensación de bienestar me inunda por completo.

Subo al ascensor, pico al botón y mientras subimos reparto besos por su frente y sus mejillas. Ella sonríe, medio despierta, medio dormida. Tiene una sonrisa que da luz a la vida. Deberían pagarle por ella; yo lo haría.

Entramos en mi casa, cierro la puerta y subo a mi habitación aún sin soltarla. Uso la linterna del móvil para no matarme por el trayecto. La tiendo sobre mi cama despacio, intentando no despertarla y parece que funciona.

¿Por qué me preocupa tanto no despertarla? ¿Por qué me importa tanto ella?

Le quito los zapatos, la falda, la blusa y ella se deja hacer. Tiene los ojos cerrados pero no estoy seguro de que esté dormida del todo. Desabrocho su sujetador, ¡y ahí están! Bufff. Intento no mirar mucho, hay algo despertando por

aquí abajo. Cojo las sábanas y la tapo hasta el cuello. Si no la veo, será más fácil controlarme. Me quito toda la ropa, apago el móvil, lo dejo cargando y me meto en la cama. Esta noche no duermo solo en ella y no alcanzo a recordar, por mucho que me esfuerzo, cuando fue la última vez que una mujer durmió en mi cama. No hablo de pasar un buen rato, de eso hace más bien poco. Hablo de dormir. Concretamente de que yo quiera dormir con alguien. No recuerdo.

El cuerpo semidesnudo de Sofi me llama a gritos y no tengo claro que vaya a ser posible el dormir a su lado. Me atrae como un imán o un enorme campo magnético. Sin darme cuenta, he pegado mi cuerpo al suyo y la estoy abrazando, inspirando su pelo en busca de su olor otra vez. ¿Estaré enfermo? Si es así creo que he encontrado mi fetiche.

Sofía se gira dormida hacia mí y compruebo que realmente está *KO* por como respira y por lo sereno que está su rostro.

—Sueña conmigo nena —le susurro sin saber por qué.

Ella se acurruca entre mis brazos y pega su cara a mi pecho. Trago con dificultad. De pronto hay un nudo de emociones en mi garganta. Me abruma todo lo que estoy sintiendo, me ha pillado tan desprevenido que no sé si estoy preparado realmente para afrontarlo. Pero, a la vez, siento en lo más profundo de mi ser, que si en ningún otro universo paralelo he podido evitarla, ¿por qué iba a intentarlo en este? Sé perfectamente, incluso antes de decidirlo conscientemente, que ya me he rendido a Sofía. Ella ha llegado a mi vida para cambiarla por completo, romperlo todo, destruirme y hacerme renacer. Y yo... estoy deseando que lo haga.

ESTOY MÁS ESPESA QUE LAS CORTINAS DEL CAPRICE

Me despierto cuando unos rayos de sol se cuelan por la ventana y van directos a activar mi cerebro. Abro un poco un ojo y veo algo inquietante. Se trata de una habitación que no había visto nunca. Por suerte mi mente privilegiada tarda poco en recordar que estoy en casa de David y supero el inminente ataque de pánico que estaba asomando por mi cuerpo.

Vale, estoy en su casa. Aunque esto no lo conozco. Claro, nunca había subido a su habitación. ¿Y él? Miro a los lados de la cama y descubro que estoy sola. Aunque siento como si hubiera estado hasta hace un momento a mi lado, pegado a mí, acariciándome, susurrándome cosas al oído. ¿Lo habré soñado? Sí, seguro que sí.

Qué habitación tan bonita tiene. A mi izquierda tengo una mesita de noche y un ventanal igual que abajo, pero sin terraza, solo las vistas al mar. ¡Menudas vistas! Son como para quedarse en la cama todo el día solo observando. El mar tiene cantidad de crestas blancas hoy, debe de hacer algo de viento fuera. Delante de la cama de matrimonio una puerta, que debe ser un lavabo, una cómoda de cajones sobre la cual tiene unos libros apilados y una figura abstracta de yogi.

Junto a la cómoda hay un sillón orejero con pinta de ser supercómodo para leer. A mi derecha la puerta que da a las escaleras para bajar, armarios empotrados y la mesita de noche de David, donde solo hay un libro y un cargador de iPhone. Los muebles son todos de madera oscura. El suelo de *parquet* igual que abajo y las paredes y marcos de las puertas blancos. Está todo limpiísimo e impecable. Tiene una casa preciosa.

Dejo caer la cabeza sobre la almohada y una sonrisa aparece en mis labios al recordar la noche que pasamos. ¡Qué locura! Cuando le cuente a Mónica lo que hicimos no me va a creer. Pensará que me drogaron con burundanga, o como se llame. Pero no, recuerdo perfectamente cada momento de la noche y sé que todo pasó porque yo deseaba que así fuera. David en ningún momento

me presionó, al contrario, parecía que era él el nuevo allí.

Observo bajo las sábanas que estoy desnuda. Claro, mi bolso con la ropa está en el maletero de David y anoche cogimos un taxi. Mi mente está relacionando acontecimientos a la velocidad de la luz. Bueno, vale. Estoy más espesa que las cortinas del Caprice, pero es que no sé ni cuántas horas he dormido.

Localizo mi bolso en la mesita de noche y busco mi móvil en su interior. Son las doce del mediodía. ¡Uau! Sí que he dormido. No tengo casi batería así que uso el cargador de la mesita de David mientras miro los mensajes.

Mónica:

Buenos días, ¿cómo fue? Yo aún estoy con Christian, nos hemos ido a desayunar churros con chocolate. ¡Lo pasé genial anoche! Espero que tú también.

11:07

Me sabía fatal irme y dejarte en el club, pero David me gusta, me fío de él. Me quedé tranquila al ver que te quedabas con él.

11:08

Bueno, llámame cuando puedas.

11:08

Tengo otro de mi madre:

Marian:

Cariño, ¿ya estás de vacaciones? ¿Por qué no vienes a comer esta semana y organizamos algo juntos? Tu padre dice que te echa de menos. Y yo también lo digo. Te quiero, llámame.

9:12

Luego la llamaré. Hace un par de semanas que no voy a verlos y están a solo media hora de Barcelona. Viven en las afueras, en Sitges, y la verdad es que me apetece estar con ellos.

Oigo ruido abajo y un olor delicioso sube por la escalera. ¿Mi Dios del sexo me está preparando algo para desayunar? Eso sería demasiado bonito para ser real. Tengo tanta hambre que mis tripas rujen; deben oírse desde abajo.

Me pongo la falda negra de anoche y cojo la blusa para darle la vuelta y

ponérmela también, pero entonces veo una camiseta gris básica de David sobre el sillón orejero y me tienta demasiado. Ponerme la blusa ahora no me apetece nada. No creo que se enfade.

Me pongo su camiseta y me miro en el espejo que tiene junto al armario. Vaya pintas. Pero bueno.

Confirmando que la puerta de enfrente de la cama da a un lavabo. Y vaya lavabo. Tiene hasta bañera hidromasaje. Es brutal. Encima tiene toda la parte izquierda en cristal y, como en la habitación, las vistas al mar son alucinantes. Ya me estoy imaginando dentro de la bañera, llena de espuma y con David a mi lado observando juntos el mar.

Descubro un cepillo de dientes en una bolsita de plástico tipo los de hotel, aunque en la bolsita pone «Caprice». ¿Lo habrá dejado aquí para mí? Imagino que sí y le doy utilidad. Me peino como puedo y me quito los restos del maquillaje con unas toallitas húmedas que encuentro en un cajón.

Uso su desodorante, hasta que tenga mi neceser no me queda otra. Y en cuanto me lo he puesto, me doy cuenta de que huele a él y me encanta. Estoy más colgada que una adolescente con las hormonas por las nubes.

Antes de salir de la habitación no puedo frenar mi curiosidad por saber qué lee, así que me acerco a su mesita de noche e inspecciono el libro. Se llama «El poder de la intención» y es de Wyne Dyer. Lo conozco, aunque no lo he leído. Muy interesante. Me encantan los hombres que leen y cultivan su mente.

Bajo descalza por las escaleras y llego al comedor. Lo tiene todo abierto y entra una brisa marina muy refrescante. Para el calor que hace, el airecito que entra es bien fresco. Suena música animada. No sé qué canción es. Me gustaría tener el móvil a mano para buscarla.

Cuando giro hacia la cocina me encuentro a David en bóxers ajustados y nada más. Repito: NADA MÁS.

Uf.

Está cocinando algo en una sartén y bailando al ritmo de la música mientras lo hace. Me siento en un taburete sin hacer ruido y me invaden unas ganas locas de poder quedarme a observarle indefinidamente. Como un *Gran Hermano* con acceso veinticuatro horas a su vida. Su espalda musculada se mueve sugerente. Su culo prieto en ese bóxer gris me mata. Y va descalzo, como a él le gusta.

De pronto se viene arriba con la canción y da una vuelta sobre sí mismo en la que me descubre y pone cara de «me has pillado» con una gran sonrisa.

—¿Hace mucho que estás aquí? —pregunta apagando el fuego y poniendo

algo que parecen tortitas en un plato llano.

—Lo justo y necesario —contesto aún atontada por acabar de despertarme y no estar preparada para ver algo tan atractivo en ayunas.

Se chupa un dedo y deja sobre la barra americana el plato que contiene una torre de tortitas con chocolate fundido por encima que gotea impregnando cada tortita. ¿He muerto y estoy en el cielo?

David viene hasta mí, me gira en el taburete y se coloca entre mis piernas abrazándome por la cintura y examinando mi ropa con el entrecejo fruncido como si estuviera confundido.

—¿Esto es mío? —dice tirando de su camiseta un poco.

Yo me muerdo el labio inferior coqueta.

—Espero que no te moleste. Es que mi ropa limpia se quedó en tu coche y yo...

No me deja terminar la frase. Sus labios presionan los míos con tanta hambre como la que tengo yo. Solo que la suya es distinta, es hambre de mí. Por maravilloso y sorprendente que me parezca, sé que es así.

—¿Molestarme? —pregunta tomando mi cara con sus manos y mirándome fijamente a los ojos. Su azul hoy es tan intenso y transparente que me aturde—. No, no me molesta Sofi —dice casi con ternura—. Pero esto sí que me molesta. —Señala mi falda, que vuelve a estar de cinturón. No sé para qué me la he puesto.

Se pega más a mi cuerpo y siento todo su bóxer contra mi sexo. Está tan duro. Empiezo a pensar que vamos a morir de inanición, lo cual me preocupa. No tengo buen humor hasta que desayuno. Aunque, ¿cómo no tener buen humor con este espectáculo de hombre? Si parece salido de un anuncio porno de Calvin Klein. ¡Por Dios! Creo que puedo alimentarme tan solo de mirarle.

Con sus manos atrae mis nalgas hacia el borde del taburete para presionarme más contra su erección. Me mira a los ojos y tiene los labios entreabiertos. Parece que espera mi reacción para decidir algo. ¡Pues a la mierda el desayuno! Moriré de hambre, pero esto es más inevitable que comer. Me lanzo a sus labios y descargo en ellos toda mi ansia, una que ha crecido en cuestión de segundos hasta casi ahogarme por él.

No me doy cuenta y he empezado a moverme para rozar su sexo con el mío, es que es irresistible. Él gime entre mis labios y cierra los ojos, enseguida comienza a hacer movimientos para facilitarme el roce y yo me pierdo en el placer que despierta en mi cuerpo.

Siento como mi humedad traspasa el tanga con tanto roce. Su lengua invade

mi boca en busca de la mía y cuando se encuentran saboreo un beso con gusto a chocolate que me alimenta el alma.

Mi estómago ruje en el peor momento y David se detiene en el acto mirándome preocupado.

—Tienes hambre, ¿verdad?

—Sí, un poco —confieso. Le abrazo con las piernas para acercar su cuerpo aún más al mío—. Pero puede esperar.

Vuelvo a besarle y él responde encantado aunque enseguida parece como que cambia de idea y vuelve a separarse.

Toma una tortita con la mano y la enrolla sobre sí misma con el chocolate quedando por dentro. Se me hace la boca agua. La acerca a mis labios invitándome a comerla y lo hago. Está deliciosa, aún se mantiene caliente y el chocolate está derretido por dentro. Mientras la como él prepara otra y se la come. No se separa de mi cuerpo ni un milímetro, es como si hubiéramos puesto en pausa lo otro para retomarlo en cualquier momento justo donde lo dejamos. ¡Me encanta!

—¡Está delicioso! —exclamo tras degustar la tortita.

—Tú sí que estás deliciosa —me suelta con mirada ardiente y se lanza sobre mí.

Recibo su boca ansiosa de la mía. Nos fundimos en un abrazo en el que solo unas finas telas nos separan de ser la misma persona. Somos todo caricias, besos, jadeos... Sabemos a chocolate y nuestros besos son dulces y ardientes.

Le quito el bóxer tirando de él hacia el suelo con mis pies hasta conseguirlo. Su erección aparece gloriosa entre nosotros. Él me inclina aún más en el taburete, me apoyo en la encimera con los codos para levantar las caderas en el aire y facilitarle la tarea que tiene entre manos; me quita la falda y el tanga, todo en un solo movimiento. Levanto los brazos esperando que me quite su camiseta, pero niega con la cabeza y su mirada ardiente se posa en mis pezones que se marcan como botones en su camiseta. He de reconocer que no ponerme sujetador era parte de un plan inconsciente para acabar como hemos acabado. Pero no estoy preparada para reconocerlo aún.

—Esto déjate puesto. Te queda demasiado bien. —Mira fijamente mis pezones a través de la camiseta y con sus manos enmarca mis tetas a través de la tela.

Me las masajea y yo cierro los ojos, no puedo evitarlo. Me toca como nunca nadie me ha tocado, con tanto deseo y tantas ganas que puedo sentirlo a

través de sus caricias.

Su pene caliente roza mi vagina y mi clítoris encendiéndome todavía más si cabe. Creo que si sigue rozándome así, me correré sin que me haya penetrado. Parece exagerado, pero es así. Lo veo posible.

Siento cada milímetro de su piel pegada a la mía, su lengua recorre mi cuello sensualmente despacio, una de sus manos sigue en mi pecho derecho, lo masajea, pellizca el pezón y tira de él. Me tortura y me vuelve loca como solo él sabe. Su otra mano se ha introducido entre nosotros y hurga en mi entrada provocándome. Dos dedos se adentran un poco y vuelven a salir, me acaricia de arriba abajo pasando por mi clítoris y masajeándolo suavemente en círculos. Siento que me voy a correr, es inminente, ahora sí que sí.

Él lo nota porque todo mi cuerpo se tensa y para. Se aleja como si se quemara y a mí me llena de frustración y deseo.

—Llevo desde el día que viniste a cenar fantaseando con esto —confiesa en un susurro tras el cual desaparece de la cocina para volver a aparecer en pocos segundos con un condón en la mano. ¡Gracias a Dios que uno de los dos aún tiene neuronas que funcionen!, (y no soy yo).

Se pone el preservativo con total dominio y vuelve a cogerme por la cintura; me coloca en el taburete de forma que accede totalmente a mí sin dificultad.

—Estabas en este mismo taburete. Y... te deseaba tantísimo —susurra.

Coge su pene con la mano y me acaricia con él en mi húmedo y resbaladizo sexo. Me masturba con él como si fuera un consolador, solo que es infinitamente mejor. Me echo hacia atrás y vuelvo a apoyar los codos sobre la encimera sin dejar de mirar su barba sexy de tres días, y su pelo rubio peinado hacia arriba en un tupé desenfadado. Observa mi sexo y sigue jugando con el suyo. Parece que le encanta lo que ve. Y a mí lo que hace.

Entonces clava su mirada en la mía y su azul me muestra una tonalidad oscura teñida por los instintos más primarios que tenemos en este momento. Me coge por los hombros para que me incorpore un poco y vuelvo a quedar más sentada, aunque casi en el aire, apenas tengo un trocito de nalgas en el taburete.

Con un movimiento certero y preciso se introduce en mí hasta la mitad. Jadea de placer y yo muerdo su hombro. Quiero más.

Sale y con una nueva embestida avanza hasta el final. Siento una pequeña molestia por la enorme invasión que supone y seguido de eso... Placer. Solo placer. Uno tan intenso que olvido todo. Solo existimos él y yo y este

momento.

Me embiste con fuerza y movimientos bruscos, lo cual me encanta más de lo que puedo reconocer. Succiono su grueso labio inferior y absorbo sus gemidos mientras él hace lo mismo con los míos. El orgasmo nace en el centro de mi ser y empieza a expandirse por todo mi cuerpo sin dejar ni una sola célula desatendida. Todo mi cuerpo se tensa a su alrededor y gimo su nombre.

—Sí, nena, eso es —me susurra con la voz rasgada y llena de deseo sin dejar de embestirme—. Córrete para mí.

Y por supuesto que lo hago. Y de qué manera.

Cuando vuelvo en mí y abro los ojos me encuentro con su sonrisa más sensual, su blanca dentadura asomando y sus hoyuelos marcados.

Acelera sus movimientos, entra y sale cada vez más rápido, rozándome, golpeando en mis nalgas con sus testículos. Clavando sus dedos en mi cintura. Yo lo recibo todo, hipersensible por el orgasmo que acabo de tener, y lo disfruto. Y entonces todos sus músculos se tensan en sus brazos y en su torso marcando todavía más lo bueno que está; pega sus labios a mi cuello, donde gime de placer y murmura mi nombre mientras siento como el condón se mueve dentro de mí llenándose de su semen.

Jadeamos exhaustos. Me acaricia la espalda con sus dedos, suavemente, mientras recuperamos la respiración. Me da tres besos breves sobre los labios y después de morderse el labio con deseo me suelta:

—Otro día, si quieres desayunar, ni pienses en bajar sin sujetador y con una camiseta mía —dice tirando de ella de nuevo—, porque es un-gran-error —añade como si me estuviera reprochando algo, aunque en el fondo acaba de demostrarme que le ha encantado.

—Lo tendré en cuenta —le digo muy seria siguiéndole el juego.

Sale de mí despacio y se va al lavabo mientras va haciendo un nudo al condón. Yo debería ir al lavabo también, pero antes cojo otra tortita, ahora que he saciado mi hambre de David, aparece de nuevo mi hambre más humana.

Después de lavarnos, volver a vestirme, seguir con su camiseta (aunque con el sujetador debajo, por eso de no provocar demasiado) y desayunar decidimos ir a buscar su coche. Así podré ponerme ropa limpia y esas cosas. Porque, además, voy sin tanga por la vida, necesito mi ropa limpia YA.

Pasear por toda Barcelona sin ropa interior y con mis stiletos nuevos no es buena idea, anoche no me hicieron daño en ningún momento, pero no quiero abusar. Así que cogemos un taxi y vamos a buscar su coche. No me deja pagar nada y empieza a parecerme que esta es la tónica general con él. Pues no voy a

dejar de insistir. Yo también tengo dinero y puedo pagar las cosas. Soy bastante cabezona en eso.

Una vez llegamos, lo primero que hago es coger mi bolso del maletero y buscar un tanga. Nos subimos a su coche y me lo pongo lo más discretamente que puedo. Él me mira de reojo y se ríe. Me pongo también un collar y dejo el resto de cosas en el bolso para otro momento.

—Espero que no cuentes con ir a casa —dice arrancando el coche.

—Bueno, en algún momento he de ir.

Me halaga que no quiera deshacerse de mí, no me trata como a un polvo y eso es, como mínimo, agradable, muy agradable. Aunque nunca me ha tratado así, no sé por qué, de alguna manera, esperaba que ocurriera eso. Inconscientemente esperaba que tras pasar la noche conmigo, obtuviera lo que quería de mí y dejara de interesarle. Pero no parece que sea así.

—¿Para qué? —pregunta curioso.

—Tengo un gatito.

—¡No me digas! —exclama divertido y me mira de reojo mientras conduce.

—Sí. Anoche le dejé comida, pero hoy tendría que ir en algún momento.

—Vale, no hay problema. Podemos pasar esta noche, así me lo presentas.

¿Él también viene? Menos mal que ayer con la neura limpié a fondo toda la casa.

—Genial.

—¿Qué quieres hacer hoy? Te diría de ir a comer. Pero son casi las dos, y como hemos desayunado hace un rato, no sé si tú tienes hambre.

Miro la hora. ¿Ya son las dos?

—No, no tengo nada de hambre ahora.

—Por cierto, ¿has dormido bien? —pregunta de pronto como si se acabara de acordar de que hemos dormido juntos.

—Sí. Muy bien —confieso sonriente.

—Me alegro. —Sonríe y coge mi mano llevándola a la palanca de cambios para que la mueva con él.

Con estos gestos me da una sensación de que busca mi contacto todo el tiempo. Estamos juntos en el coche, pero él quiere tocar mi piel, que nuestras manos estén juntas. Es adorable.

—¿Tú has dormido bien? —le pregunto pensando en que ni lo he visto en la cama.

—Bueno, no mucho en realidad —confiesa con una mueca.

—¿Por mi culpa? ¿Te molestaba en la cama? —pregunto algo culpable.
¿Quizá he roncado?

Qué vergüenza.

—Sí, por tu culpa —confirma sereno—. Pero no porque me molestaras. —
Sonríe y se me pasa el susto.

—Ah... ¿Entonces?

—Porque no podía dormir. Nunca duermo con nadie, no estoy acostumbrado. No sé...

—Ah.

Yo nunca duermo con nadie tampoco y eso no afecta a que haya dormido como un lirón.

—Tengo insomnio desde hace años, duermo pocas horas en general —
confiesa sin quitar ojo de la calle.

—Y solo te faltaba tener una intrusa en casa, ¿no? —bromeo.

—Sí, más o menos. —Ríe él—. Pero no cambiaría por nada el que te hayas quedado, no me malinterpretes. —Presiona mi mano bajo la suya en el cambio de marchas.

—¿Seguro? Bueno, esta noche recuperas el control de tu cama por lo que dormirás mejor.

—Ni hablar —contesta rotundo sin dar opción a las negociaciones—. Aún no he acabado contigo —añade muy serio.

¡Así que es verdad! Se ha propuesto matarme a través del sexo. Pues yo me dejo. Total, no tengo nada mejor que hacer.

—Pero tú mañana trabajas, ¿no? —le pregunto al caer en que es domingo.

—No, he cogido vacaciones, como tú. No pienso volver en un mes. —
Sonríe encantado.

Uau.

—Bueno —añade—, tengo que ocuparme del Caprice los fines de semana y ayudar a Christian con temas del portal swinger, pero a la oficina de Shoppers Barcelona no tengo que ir. Son semivacaciones en realidad.

—Bueno, genial. Te vendrán bien para descansar.

—Sí, lo necesito. Llevo una temporada durmiendo poquísimo y noto que afecta a mi rendimiento.

—Claro.

Suena mi teléfono y veo que es Mónica así que le contesto enseguida aunque me da pena separar mi mano de la de David.

—Hola, corazón.

—¡Nena! ¿Estás viva? —pregunta ella muy exagerada.

—No, esta llamada es al más allá, te va a salir muy cara —bromeo.

Mónica se ríe a carcajadas.

—Oye, ¿aún estás con el rubiazo?

—*¿Cómo que rubiazo?* —la voz de Christian suena de fondo, así que siguen juntos.

—Sí, acabamos de ir a buscar su coche —le contesto yo.

David me mira curioso.

—Te lo digo porque Christian y yo ahora vamos a tomar algo a la Barceloneta, por si os queréis apuntar.

Tapo el micrófono del móvil y le pregunto a David si le apetece. Afirma con la cabeza y pone el indicador para girar con el coche y cambiar el rumbo.

—Vale, ahora vamos para allá. ¿Dónde quedamos?

—Dice Christian que en el Shôko.

—Vale. ¡Hasta ahora!

—Un beso, nenaaaa.

Cuelgo y recuerdo que tengo que llamar a mi madre.

—Al Shôko, ¿verdad? —pregunta David en lo cierto.

—Sí. —Sonrío.

—Le encanta a Christian.

—Voy a llamar a mi madre un momento, que me ha llamado esta mañana y si no... —le digo buscando a mi madre entre los favoritos de mi agenda.

—Claro.

La llamo y contesta a la primera.

—Holaaa, cariñooooo —me dice muy efusiva.

—Hola, mamááá, ¿cómo estás?

—Muy bien, ¿y tú? ¿Ya de vacaciones?

—Sí. Mañana empiezan oficialmente mis vacaciones.

—¡Qué bien! ¿Vendrás a vernos?

—Claro... Esta semana iré a comer un día y así os veo.

—Vale. Avísanos, así tu padre come en casa ese día. Te puedes quedar a dormir, ya sabes que tienes la habitación intacta.

—Sí, lo sé mamá. Ya lo vamos viendo sobre la marcha.

—¡Genial, mi niña! Pues disfruta del día y hablamos esta semana.

—¡Un beso mamá! Y otro para papá.

—Besitos, cariño.

David me dirige una mirada y sonrío pensativo mientras sigue conduciendo. En cuanto ve que he colgado me pregunta:

—¿Tienes buena relación con tus padres?

—Sí, mucha. Los veo poquito, en realidad, desde que me vine a vivir a Barcelona, pero intento ir un par de veces al mes como mínimo. Están a solo media hora.

—Claro.

Esta es la mía.

—Y tú, ¿tienes buena relación con tus padres?

Se encoge de hombros hace una mueca pensativo y parece que calibra la respuesta antes de dármela.

LO BUENO HAY QUE COMPARTIRLO... YA TÚ SABES, MI *AMOL*

—Mi madre vive a medias entre Barcelona e Ibiza y hace tiempo que no tenemos mucho contacto. Lo justo y necesario —confiesa apenado—. Y mi padre vive en Nueva York desde hace años. Lo veo poco, aunque me llevo mejor con él, la verdad.

—¿No te llevas bien con tu madre, entonces?

Suspira y relaja los hombros.

—No es que me lleve mal. No sé; es una mujer complicada.

Parece que no quiere contar más así que pienso en otra pregunta.

—¿Tienes hermanos o hermanas?

—Sí. Tengo una hermana. Es dos años más pequeña que yo. Vive en Nueva York con mi padre.

—Ah. ¿Te llevas bien con ella?

—Sí, mucho —afirma con seguridad.

No parece que quiera seguir hablando de este tema tampoco así que no insisto.

—Yo tengo un hermano, Eric. Vive en Londres. Lo veo poco, pero nos llevamos muy bien.

—¿Es mayor que tú?

—Sí, un año y medio.

—¿Tú tienes treinta?

—Sí. Exacto. —Me hace gracia pensar que, con todo lo que hemos compartido, nunca habíamos comentado cosas básicas como nuestra edad o si tenemos hermanos—. ¿Y tú tienes...?

—Treinta y dos.

Llegamos a la Barceloneta y aparca en zona azul activando el *ticket* con una *app* del móvil. No sabía que existía una aplicación para esto.

El mar está de un color azul grisáceo muy bonito. El día está muy nublado y eso hace que tenga ese color. Además, hay viento y se ve el mar picado, las

crestas blancas espumosas lo confirman a lo ancho del mar. Paseamos por el paseo marítimo hasta llegar al Shôko. Están todos los restaurantes de la zona a tope a pesar de no ser un domingo ideal para playa.

Al pasar por la terraza del local veo que Mónica nos saluda con la mano. Están sentados en una mesa de la terraza cubierta, muy chula, con bancos de madera en vez de sillas. Ellos comparten uno y el otro está libre frente a ellos. Las mesas son de madera igual que los bancos y el suelo. Algunas plantas verdes de estilo tropical adornan la terraza entre las mesas.

Nos saludamos y nos sentamos frente a ellos. Nada más hacerlo, Mónica me pregunta si la acompaño al lavabo; ya sé lo que quiere.

Voy con ella al interior del local y en cuanto entramos al lavabo, que por cierto es mixto, Mónica empieza con el interrogatorio.

—¿Vas con la misma ropa? ¿Y esta camiseta gris? ¿Quieres algo de maquillaje? Tengo mi neceser aquí —dice señalando al interior de su bolso.

Yo me río encantada. Es cierto, llevo la falda de anoche, la camiseta gris de David metida por dentro y me he puesto un maxi-collar dorado además de los stiletos, que sigo abusando de su asombrosa comodidad.

—¡Es que fuimos en taxi! Y la ropa se quedó en su coche —le explico.

—Ya, ya. Que habéis estado follando como animales hasta ahora, ¿no?

Esa es Mónica, directa a la yugular.

—Eso también. —Reconozco, tímida, mientras ella abre su neceser y empieza a ponerme *BB Cream* y polvos para matizar. Me encanta que me arregle. Ella lleva un vestido camisero blanco y unas cuñas blancas. Está sencilla pero ideal.

—¡Cuéntame más! ¡Es una orden! ¿Cómo era la siguiente sala del club? ¿Hicisteis cosas guarras allí?

—Bueno... —digo pensando en qué cosas explicarle y cuáles dejarlas para otro momento en que tengamos más tiempo e intimidad—, la siguiente sala era como la primera, solo que allí la gente estaba más... intensa.

—¿Y vosotros qué?

—Y nosotros también nos pusimos intensos —digo suspirando al recordar lo de anoche, la verdad es que fue increíble—. Fuimos a una sala privada y después a su casa, ya te contaré mejor en otro momento —añado al ver que ha entrado una chica al lavabo.

—Está bien.

—¿Y tú qué? ¿No me cuentas nada?

Mónica sonrío y se le pone cara de boba. De boba enamorada diría si no la

conociera.

—Es tan... intenso —habla de Christian y le brillan los ojos; me hace sonreír—. Fuimos a su casa y me dijo que me quedara a dormir. Fue genial. Lo hicimos por toda la casa, tía —dice abriendo mucho los ojos.

—¡No veas!

—Sí. Y esta mañana aún quería guerra. Han tenido algún problema con la web porque a las cinco de la mañana lo escuché llamando a Lucas y a David. Pero lo han resuelto esta mañana cuando David ha venido.

—¿David ha ido a su casa esta mañana?

Ahora sí que alucino. Mónica me pide que cierre los ojos para ponerme *eyeliner* negro.

—Sí. Ha llegado como a eso de las seis y han estado conectados con un portátil que traía. Habían tenido una intrusión informática o no sé qué crisis total. A las siete se ha ido. No dejaba de hablar de ti y de que estabas allí sola.

—Pues no me he enterado. Con decirte que me he despertado a las doce.

—¡Sí que te debió agotar bien anoche! —comenta efusiva mientras me pinta los labios con rojo pasión—. ¿Y esta camiseta es suya? Te queda genial, me encanta el *look*.

—¿En serio? Era para no volver a ponerme la blusa.

—Pues has acertado, la camiseta le da un toque *boyfriend* informal al *look* que encima rematas con el maxicollar dorado a juego con las lentejuelas de la falda-joya.

No sé de qué habla pero me alegro de que le guste. Sonrío satisfecha.

—¡Ya estás! —exclama y miro al espejo para alucinar con el resultado. De pronto tengo un aspecto genial. ¡Me encanta!

La abrazo en un impulso.

—¡Gracias!

—¡Pero si no es nada, tonta! —replica contestando al abrazo.

—No es solo por esto —le explico sensiblera—. Es por lo que me dijiste ayer. Y por ser siempre incondicional conmigo incluso cuando he estado zombi. —Mónica me mira con ternura y yo continúo—: Te quiero, nena.

—Y yo a tiiiiii —me dice y me abraza tan fuerte que me chafa contra su pecho.

—Te prometo que no voy a volver a ser una zombi, me he propuesto vivir tan intensamente como si la vida se acabara dentro de dos días.

—¡Me gusta! ¡Me apunto!

—Tú ya lo haces —le digo divertida.

—Sí, también es verdad. Pero me apunto igual.

Reímos y volvemos a la mesa algo emocionadas. Me siento más unida a ella que nunca. Tiene tanta razón, ¿cuánto tiempo llevaba en letargo? ¿Y cómo puede ser que no me diera cuenta?

Cuando llego al lado de David me recorre con la mirada y en cuanto me siento a su lado me abraza y me susurra al oído para que nadie más pueda oírlo:

—No sé para qué te arreglas tanto. Estás preciosa incluso despeinada y con la cara de recién levantada.

Sonrío encantada. Es cierto que me ha visto ya de todas las formas, pero siempre me ha gustado arreglarme, me encanta el maquillaje y no lo hago por él. Es porque me gusta.

Pero agradezco sus palabras, me hace sentir bien saber que a sus ojos soy así. Para mí él es como el modelo versión porno de Calvin Klein. Ufff no quiero ni pensar en cómo me lo he encontrado esta mañana con ese bóxer ajustado marcando todo.

—No sabía que esta mañana habías tenido que trabajar —le susurro.

—Sí, un poco. Pero volví pronto para que no estuvieras sola —me explica poniéndome un mechón suavemente tras la oreja.

—No has dormido nada entonces, ¿no? —Calculo que si nos acostamos a las cinco y pico y a las seis se fue hasta las siete, habrá dormido un par de minutos como mucho. Sin querer noto que me he inclinado hacia él, es como si fuera un campo magnético. Acabo pegada a él a la mínima.

—Ya te he dicho que no suelo dormir mucho —me recuerda encantado por la cercanía y acorta aún más la distancia entre nosotros.

—¿Qué eres?, ¿un vampiro? —le suelto divertida recordando a mi saga de libros preferida.

—Sí, y esta noche cuando duermas beberé tu sangre. —Sonríe enseñando los dientes y yo me río con él. Es tan mono. De pronto se lanza y me muerde en el cuello lo cual me hace tantas cosquillas que no puedo dejar de reír.

—¡Hey! tortolitos, ¿qué tal si os centráis un poco? —nos pide Christian—. ¿Fideuá o paella? Nosotros preferimos paella. —Mira a Mónica y ambos afirman con la cabeza. Forman un gran equipo. Me encanta para ella.

—Yo no tengo mucha hambre. Lo que pidáis me va bien —digo cerrando la carta.

—*Idem*. Pedid paella y picaremos un poco —concuerta David cerrando, también, su carta.

—¿Se os ha cerrado el estómago? ¿Sabéis que eso es por estar enamorados? —Sigue picándonos Christian, y forma un corazón frente a nosotros juntando sus dos manos.

El momento incómodo hace que me ponga roja como un tomate; seguro, lo noto. David simplemente se ríe y pasa de él. Está naturalizado con estas cosas. Mónica lo regaña como si llevaran cincuenta años casados y bastara con una mirada asesina para que él supiera que ha actuado mal. Él acepta y no hace más bromas durante... un minuto.

—Al menos habéis resuelto la tensión que teníais ayer. Se os ve en la cara —suelta el cabrón—. La tenéis más relajada. Hasta el cutis os brilla.

Quiero matarlo, pero quizá es por los nervios y la incomodidad que siento que exploto a reír y ya no puedo parar. Me río como una loca y estoy tan atacada que acabo contagiándolos a los tres. Reímos los cuatro como hienas salvajes y hasta las mesas cercanas nos miran, pero nos da igual. A mí se me cae hasta una lagrimilla de la risa.

Esto de haber vuelto a la vida me gusta. Siento todo potenciado. ¿Y dejarse llevar? Dejarse llevar es lo mejor que he hecho nunca.

Comemos un poco de paella, que está muy rica, y me hace gracia ver cómo David pasa todos sus mejillones, gambas y «trozos de animales», como dice él, a Christian. Primero me lo ofrece a mí, pero yo con lo que me viene en el plato ya tengo suficiente, no soy muy de bichos tampoco, en realidad. Y Christian acepta encantado, come como si no hubiera un mañana, ¿dónde lo mete?

—Parece que a ti se te ha abierto el apetito, ¿eh? —contraataco, satisfecha, señalando que ha dejado el plato limpio limpio—. ¿Sabes que eso lo hace el amor también? —le pregunto torciendo un poco la cabeza, mirándolo con falsa compasión y formo un corazón con mis manos frente a su cara.

—Serás... —me dice entre dientes gruñendo en broma.

—Donde las dan, las toman —le advierte David defendiéndome.

Christian solo asiente en plan maligno achicando los ojos. Seguro que me la devolverá y será peor. Pero ya está, ya hemos abierto la caja de los piques. ¡Ha empezado él!

Cuando estamos mirando la carta de postres, David contesta a una llamada en su móvil.

—¿Qué pasa tío?... Ajá... —Mira a Christian y parece que le transmite información con la mirada—. ¿Y entonces, ha quedado resuelto o no?... Ajá... —afirma con la cabeza y Christian levanta un pulgar en respuesta—. Vale,

mejor, bueno, lo comentamos mañana... Sí, estamos en el Shôko con las chicas. —«Con las chicas» dice, esas somos nosotras. Suena bien.

—¡Claro! Veniros si queréis, llegareis para el café... Venga... Hasta ahora —. Era Lucas —nos aclara—. Ahora viene con Fani a tomar un café.

—Ah, genial —contesta Christian.

Yo me revuelvo un poco incómoda, no sé por qué. Bueno, sí sé por qué me hace sentir así, porque el viernes en el cóctel actuó de forma rara conmigo, abrazándome y en actitud como seductora. Estefanía me cayó bien en cambio. Me parece bien conocerla un poco más.

Christian pide postre, Mónica una fruta y David y yo café con hielo.

—Si te cuesta dormir no deberías beber café, ¿no? —pregunto a David bajito.

—En realidad no. No debería beber café nunca. Normalmente solo lo bebo por la mañana, pero bueno, ahora me vendrá bien, empiezo a estar cansado.

Me preocupa que no duerma. Y si ahora está cansado debería irse a dormir un rato en vez de beber café para seguir despierto. ¿Pero quién soy yo para decirle nada? Es mayorcito ya.

—Hombreeee, las parejitas del año —saluda Lucas al llegar. ¿Él también está con eso? Ni que tuviéramos quince años.

Se sienta a mi lado. Yo me acerco más a David para dejarle sitio. Estefanía se sienta frente a él, al lado de Christian.

—Hola, guapas —saluda ella con la mano y nos lanza besos en el aire. Lleva una falda negra larga hasta el suelo y un top negro que deja ver su ombligo. Va con el flequillo completamente recto sobre las cejas. Y sus ojos verdes nos estudian sin disimulo.

Lucas, entonces, se acerca más a mí y yo lo miro curiosa. ¿Qué quiere de mí este hombre? Lleva unas Rayban wayfarer negras mate, una camiseta negra ajustada y unos *shorts* tejanos. El tío es guapo también, y lo sabe. Tiene el pelo castaño en un enorme tupé despeinado que desafía la gravedad y es mucho más largo que el de David.

Se quita las gafas, se las cuelga en el cuello de la camiseta y me mira fijamente con sus ojos marrón caramelo. Me desconcierta, de verdad.

—Hola, chiqui. —¿Chiqui?—. ¿Te gustó el club?

Toda la mesa me mira atentamente. ¿Qué se supone que he de decir ahora?

—Sí, muy interesante —le contesto sin achicarme un pelo.

—Ya me han contado, ya. Vaya numerito montasteis en la sala roja, ¿no?

Roja es como estoy yo. ¿Numerito?, ¿sala roja? No sé de qué habla, ¿o sí?

—Y qué lo digas —le replico—. Y no solo en la sala roja, también en la dos, la de los espejos. ¿La conoces?

Un arranque de chulería me sale de lo más hondo y no me reconozco. ¿Para qué le estoy dando tanta información? Pero parece que funciona. Se le van a salir los ojos de las órbitas y tiene la boca abierta. Tarda más segundos de lo que sería normal en contestar:

—¿La dos? ¿La habitación dos? ¡Estás de broma! —exclama muy efusivo alternando su mirada entre David y yo. David simplemente afirma con la cabeza dándome la razón sin decir nada.

—¿Has oído bombón? —Lucas se gira hacia Estefanía—. ¡La dos! ¡La dos! —grita como un poseso—. ¡Llevo tres años pidiéndote que vayamos a la dos! —la conversación ha tomado un giro interesante, ahora está reprochándole cosas a Estefanía y ya me ha dejado en paz a mí.

Ella simplemente se coge la cabeza con una mano como si le pesara demasiado y exclama por lo bajo:

—Así todo el día. No lo aguanto más. ¿Alguien lo quiere? —Y nos mira con esperanzas de que alguien se lo lleve.

—¿Y tú qué, Montian? —pregunta Lucas, enfocándose en Mónica y Christian—. ¿Habéis pasado buena noche? ¿Os habéis entendido bien en la cama?

—¿*Montian*? —pregunta divertida, a ella nada la incomoda.

—Sí. Mónica y Christian, *Mon-tian* —resuelve él como si fuera algo obvio. Y señalándonos con el pulgar de su mano izquierda añade—: como estos dos, Sofid.

«Sofid» nos llama. No tengo palabras.

Christian explota en risas, creo que aún estamos afectados por las risas de antes porque empezamos todos a reír y acaban riendo incluso Lucas y Estefanía que parecen que venían más serios.

—Fuera de bromas, ¿os gustó la fiesta cubana? —Lucas retoma el hilo y nos mira a Mónica y a mí.

—Estuvo genial, lo pasamos muy bien —dice Mónica.

—Y me ha dicho un pajarito que bailáis muy bien la salsa —sigue él.

—Bueno, ellos sí, yo me defiendo —explico sincera.

—No te la creas, que baila muy bien ella también —me defiende Christian y yo acepto.

—Joder, qué rabia. Para un finde que tengo libre y me pierdo la fiesta que os pegasteis, cabrones —exclama mirando a Christian y David. Estos se

encojen de hombros sin más.

—La semana que viene tenemos fiesta Bachata sensual el sábado. ¡Estáis invitadas! —dice Lucas muy contento.

—¿Fiesta de bachata? A mí me encanta la bachata —contesta Mónica encantada.

—Pues espero verte allí, bombón —le dice Lucas mientras le hace ojitos. Este no pierde ocasión.

—Por cierto, chicas, el viernes hay cena en casa, estáis invitadas os lo recuerdo —nos dice Estefanía con ilusión.

—Cierto —contesto yo. ¿No agobiaremos a los chicos aceptando ir a una cena que es de su grupo de amigos? No sé si debería frenar un poco. No querría agobiar a David por nada. Pero él parece encantado, oye.

—Por cierto, chiqui. —Lucas vuelve a poner toda su atención en mí y me coge por los hombros para que le mire solo a él—. Dime qué favor sexual te tengo que hacer —suelta totalmente en serio—, a cambio de unos relojes molones de tu marca.

Mi cara ha de ser un poema.

—Emmm. Yo no tengo relojes de mi marca. En el estudio solo tenemos algunas muestras, pero la mayoría son maquetas para las fotos.

—Joo —exclama como si tuviera cinco años y me hace una caída de ojos.

—Cuando vuelva de las vacaciones veré si puedo conseguir algunos, ¿vale?

Lucas alza los ojos con alegría y me abraza efusivamente.

Lucas es bien raro. Pero empieza a caerme bien, no sé por qué. Creo que es porque empiezo a entenderlo. O eso creo. Me da la sensación de que la clave es entender que no es un adulto de treinta y pico, sino un niño en un cuerpo de treintañero. Un niño en la época del despertar sexual, concretamente.

—Ehhh... ¡Que corra el aire! —advierte David tocándole el hombro con falso desprecio y apartándolo de mí.

—Ehhh, ¿qué pasa?, lo bueno hay que compartirlo... Ya tú sabes mi *amol* —le dice Lucas divertido apartándose de mí.

—Ni en tus sueños —le contesta David con rotundidad y Fani se ríe bajito.

No sé si tanta broma tendrá algo de cierto, pero empiezo a pensar que estos tres han compartido algo más que negocios y amistad en su vida.

Ya me enteraré.

—Mónica, ¿haces de *personal shopper*? —le pregunta Fani apartando a Christian hacia atrás para verla bien.

—Bueno, no me dedico a ello —contesta—, pero es cierto que lo hago con amigas y me encanta. —Mónica me mira y me guiña un ojo.

—Yo quiero contratarte para que me lleves de compras —anuncia Fani cogiéndola de las manos por encima de Christian.

—Te acompañaré encantada sin que me contrates. —Sonríe.

No conozco persona más amable y generosa que Mónica. Es incapaz de negarse a cualquier cosa que le pidan, incluso personas que apenas conoce. Siempre quiere ayudar.

—¿Has oído cariño? —le dice a Lucas con los ojos brillantes por la emoción—. ¡Me va a llevar de compras Mónica de LovelyOne!

—¡Sí, bombón! ¡Qué pasada! —contesta él cariñoso compartiendo su ilusión.

Cuando habla con ella es distinto. Deja de ser un niño caprichoso y se comporta como una persona enamorada. Le habla siempre con dulzura y con un tono más tierno y menos burlón que el que usa para con los demás. Curioso.

Lucas y Fani piden cafés y hablamos de la fiesta de la bachata. Mónica enumera las clases de baile que ha hecho (son muchas y de estilos distintos; la tía controla todos los bailes latinos).

David, mientras, se mantiene callado, no participa mucho, pero le sorprende mirándome a cada rato. Busca mi mano por debajo de la mesa. Me acaricia la muñeca, el brazo... Busca contacto todo el tiempo y yo... Creo que puedo deshacerme en cualquier momento. ¿No podemos poner pausa aquí indefinidamente?

Una tarde de domingo, rodeada de amigos, nuevos y de toda la vida, con la brisa del mar moviendo mi pelo, una música suave sonando de fondo, una charla despreocupada y divertida, David a mi lado mirándome como si fuera la última vez que nos vemos y acariciándome como si estuviera prohibido. ¿Dónde tengo que firmar?

UNA EXPERIENCIA TOTALMENTE NUEVA EN MI VIDA

David

Tengo un dolor tan fuerte que parece que me va a estallar la puta cabeza en cualquier momento. Ha empezado hace un rato cuando estábamos tomando el café con todos. Pero es que ha ido subiendo de intensidad tan rápido que no he tenido ni tiempo de reacción.

He intentado disimular, pero Christian enseguida me ha notado raro y ha empezado a preguntar si me pasaba algo. Entonces Sofía me ha mirado con una expresión tan preocupada que era para comérsela y ha insistido en llevarme a casa.

Cuando hemos llegado a mi coche el dolor era punzante en un lado de mi frente y me he dado cuenta de que se trataba de una migraña. Y de las jodidas.

Sofía me ha quitado las llaves del Audi y ha insistido en conducir ella. No he rebatido nada, tal como estoy no puedo ni conducir. Lo único que quiero es llegar a mi cama y que no entre una puta luz por ningún lado en varios días hasta que se me haya pasado.

Conduce mi coche con seguridad, tranquila pero sin pausa. Se nota que está preocupada. Yo voy recostado en mi asiento y me he puesto las gafas de sol. Me molesta incluso el resplandor, aunque afuera esté nublado. Me gustaría cerrar los ojos el resto del trayecto, pero no puedo evitar abrir uno y mirarla de soslayo. Está tan bonita. Le queda genial mi coche. Va mirándome a cada momento para comprobar que sigo vivo o algo así.

—Estoy bien, nena —susurro para tranquilizarla.

—¿Seguro? Nunca he sabido bien cómo va esto de las migrañas, pero pinta mal. Tienes muy mala cara. ¿No es mejor que te lleve al hospital o algo? —pregunta con un tono de angustia.

—De verdad... Solo necesito mi cama... Oscuridad... Silencio... —murmuro deseando llegar.

—¿Y no tomas alguna medicación?, podemos ir a la farmacia.

A ver cómo se lo explico.

—No, tranquila. Está todo controlado. No es la primera Sofi. Sé cómo funciona. De verdad.

Mejor se lo explico en otro momento, ahora no tengo fuerzas para una conversación fluida. Aspiro hondo y me concentro en la respiración.

Por fin llegamos a casa, aparcamos en el *parking* y Sofía corre a mi lado para ayudarme a salir del coche. Es demasiado encantadora su preocupación.

—Puedo caminar, tranquila. —Sonríó y ella me a la devuelve avergonzada.

—Ya lo sé.

Igualmente me abraza por la cintura y vamos juntos hasta el ascensor. Sigo concentrado en respirar y en pensar solo en eso. En cómo entra y sale aire. Cierro los ojos en el ascensor, la luz dentro es terrible.

Sofía abre la puerta de mi casa con las llaves y cierra cuando entramos. Va detrás de mí que me dirijo directo hasta la cama y simplemente me dejo caer sobre la colcha.

Ella se encarga de cerrar persianas, cortinas, puertas... Y me quita las bambas con cuidado. Creo que la última migraña en la que alguien se preocupó por mí debía tener unos quince años. Es una sensación reconfortante que alguien te cuide. No lo recordaba.

Pongo el móvil en silencio y me dispongo a intentar dormir aunque sea un rato a ver si me alivia el dolor intenso que siento en la frente.

Sofía se recuesta en la cama a mi lado y me acaricia suavemente el pelo. Me relaja.

—David, ¿necesitas algo? —susurra muy flojito.

—No. Voy a intentar dormir.

—Está bien. Yo voy a irme a casa, ¿vale? Así descansas tranquilo.

¡No! No quiero que se vaya. ¿Es muy egoísta pedirle que no deje de acariciarme hasta que se me pase?

—Está bien. Aunque por mí no lo hagas.

—Necesitas dormir.

—Sí. Pero... no quiero que te vayas —le confieso.

Creo que sonrío, apenas la veo. Está la habitación totalmente oscura.

—Está bien. Voy a ir a casa para darle comida a Bolita y vuelvo en un rato, ¿te parece?

—Sí. Por favor, vuelve. Llévate mi coche y las llaves. Cuando vuelvas, si me encuentro mejor, haré algo de cenar. —Sé que no estaré mejor más tarde,

pero tengo esperanzas.

—Tranquilo. Si te encuentras mejor, yo te prepararé algo para cenar. Ahora descansa.

Me besa en la frente con ternura y se va. Tan pronto cierra la puerta y se aleja siento que la echo de menos. Su presencia me hace sentir mejor. Me encanta su compañía; me encanta descubrirla y conocerla. Tenerla cerca. Hacía mucho tiempo que no pasaba tantas horas con una chica sin agobiarme o sin querer salir corriendo. Con ella me siento diferente. Soy una persona distinta, ella convoca eso en mí.

Me gustaría encender el aire acondicionado o abrir la ventana. Hace calor. Pero decido quitarme la ropa y quedarme en bóxers. Me tumbo boca abajo y consigo dormir un rato que me da la sensación de que son unos minutos. Pero en cuanto abro los ojos Sofía está a mi lado y acaricia mi espalda desnuda con mucha suavidad.

Hago un chequeo mental del dolor y lo evalúo al ochenta por ciento, parece que ha remitido un poco, al menos ya no siento ese pinchazo agudo que no me dejaba ni pensar. Pero aún es fuerte.

Me coloco de lado, quedando frente a ella y cojo su mano.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Más de las doce de la noche. Has dormido unas cuatro horas —susurra entrelazando sus dedos con los míos.

—¿Has cenado algo?

—Sí, tranquilo. He cenado en mi casa un poco de gazpacho y he traído por si te apetecía tomar algo.

—No tengo hambre.

—Vale.

—Siento que el día haya acabado así —susurro.

—No digas tonterías, no tienes que sentir nada. —Se acerca a mi cuerpo y me abraza despacito, con cuidado, como si pudiera romperme.

Yo la abrazo con fuerza, tanto que siento el latido de su corazón contra mi pecho. La palpo para ver qué lleva puesto y me tortura descubrir que se ha puesto una camiseta sin nada debajo y un tanga. Me deleito recorriendo su tanguita para descubrir su forma exacta.

—Ehh, que estás malito —dice divertida al intuir mis intenciones.

Claro que le tengo ganas. Pero no creo que pudiera ni aunque lo intentara. Me sigue doliendo muchísimo la cabeza. Por momentos parece que me va a estallar.

—Lo sé. Tienes suerte. Si no fuera por eso, te daría tu merecido por provocarme así —le digo tirando de la camiseta para que vea a lo que me refiero.

Que se ponga mis camisetas es mi nuevo fetiche. Dios, cómo me pone. Hoy cuando ha bajado a desayunar con mi camiseta puesta casi me da algo.

Ella ríe encantada. Me gusta su risa, es un sonido que me llena el cuerpo de alegría y me hace sentir más ligero.

—Te vas a salvar. Por hoy. —Pero en cuanto me recupere sabrá lo que es bueno.

—Asumiré las consecuencias de mis actos... cuando estés mejor —dice provocadora.

Grrr. Lo que daría por quitarle toda la ropa y devorarla ahora mismo. Puta migraña.

Me da un beso suave en la mejilla y vuelve a acariciar mi espalda rozando con las yemas de sus dedos. Me relaja tanto que creo que voy a quedarme dormido en cualquier momento y así ocurre. Me duermo profundamente en un sueño reparador y confortable.

Sueño con mi madre. No recuerdo el qué, pero recuerdo que era ella perfectamente. Algo relacionado con un cuento o un libro. Una historia, algo que me quería leer. Bah. Paso de esforzarme por recordarlo. Aún me duele la cabeza. Me despierto sin saber cuántas horas pueden haber pasado. La habitación sigue totalmente oscura. Compré unas cortinas opacas a conciencia. Me aseguré de que pudiera pasar mis episodios completamente a oscuras. Es lo único que me alivia. Busco con la mano a Sofía y la encuentro dormida a mi lado. Hago un chequeo mental de mi migraña y me da la sensación de que ha mejorado mucho. Quizá me queda un treinta por ciento de dolor del que sentía antes.

Busco mi móvil y compruebo la hora. Son las seis de la mañana. Tengo un poco de hambre y eso es buena señal. Hago luz con el móvil y veo que Sofía me ha dejado un vaso grande de agua en la mesita. Me lo bebo entero.

—¿Cómo estás? —su voz medio dormida me sorprende, no quería despertarla.

—Mejor. Creo que ya va pasando —le digo contento y busco su cuerpo para abrazarla. Ella me responde muy efusiva, me estrecha con cariño aún medio dormida.

—Menos mal. —Suspira aliviada; realmente le preocupaba—. ¿Quieres comer algo? ¿Te preparo algo?

—Es muy pronto —contesto algo tímido, me sabe fatal que se preocupe tanto, no sé si merezco estas atenciones.

—No pasa nada, yo he dormido genial —explica sonriendo y estirándose.

—La verdad es que tengo algo de hambre... Pero ahora bajaré y preparo algo, tú duermes un poco más.

—No. Quédate aquí. Yo te prepararé algo. Ahora subo —lo dice tan convencida que no da pie a que lo discuta. Y yo... me rindo a ella y a sus cuidados llenos de cariño.

En cuanto se va, aspiró el olor de la almohada en la que estaba. Me gusta tanto descubrir que huele a ella, que da miedo. Me encanta su olor, no solo el del perfume que usa, que es de lo más sexy y dulce, sino su olor. El de su piel.

Escucho ruido en la cocina, debe de estar abriendo todos los armarios para encontrar las cosas. Joder, si me encontrara mejor bajaría yo.

Vuelve al rato con una bandeja y hago luz con el móvil para que llegue hasta la cama.

—¿Abro un poco las cortinas? —pregunta dudosa dejando la bandeja en la cama.

—Mejor que no —le sugiero—. Pero deja abierta la puerta de la habitación así al menos nos entrará algo de luz para ver lo que hacemos.

Entra un poco de luz que sube del comedor y es lo suficiente como para ver lo que hay en la bandeja y poder desayunar, además, no me molesta, lo cual me indica que ya estoy mejor.

Sofía ha preparado tostadas con mermelada y un par de infusiones. Cuando me encuentre al cien por cien seré su esclavo sexual durante un mes para pagarle todo lo que se está currando. Es demasiado.

—Yo... —intento elaborar una frase que exprese la gratitud que siento—. Esto que has hecho... No solo el desayuno, quedarte aquí y estar conmigo...

—No te preocupes —me corta con una sonrisa dulce—, lo hago porque quiero. Y me gusta estar contigo, aunque sea así. —Se encoje de hombros.

Unas emociones desconocidas me agitan por dentro, tanto que siento ganas de llorar.

—Gracias —digo con un hilo de voz. Ojala pudiera explicarle mejor lo que siento. Pero creo que no es el mejor momento.

Comemos juntos las tostadas y nos bebemos las infusiones en silencio. Mis emociones se calman y mi estómago también. El dolor remite a un veinte por ciento. Creo que si me tomo un ibuprofeno puedo cortarlo al cien por cien. Así que muy en contra de lo que suelo hacer habitualmente, busco en la mesita de

noche y cuando encuentro el paquete, me tomo uno.

Después de desayunar nos quedamos tumbados un rato más. Sofía recostada sobre mi pecho y yo acariciando su espalda por debajo de la camiseta.

—¿Sabes, Sofi? Me gusta mucho todo lo que voy descubriendo de ti —comento en un susurro.

—¿Sí? —me pregunta asombrada.

—Sí. No dejas de sorprenderme.

—Bueno —murmura ella—, la verdad es que desde que te conozco me estoy sorprendiendo incluso a mí misma, así que te entiendo. —Ríe.

—¿Te sorprendes a ti misma? ¿Cómo es eso?

Esto me interesa mucho. Yo también me estoy sorprendiendo a mí mismo desde que la conozco. Hoy hace una semana y parece que haga tres meses. Han sido días tan intensos, tan llenos de sensaciones y emociones, días tan llenos de vida.

—Mónica me dijo algo el sábado que me hizo pensar. Me comentó que llevaba mucho tiempo como una zombi, no solo desde lo de mi ex, sino mucho antes. Y me he dado cuenta de que era cierto.

—Zombi, ¿en qué sentido?

A mí no me parece una zombi para nada. Supongo que con «lo de su ex» se refiere al del hospital. No sé qué le hizo ese tío, pero debió ser chungo.

—En el sentido de estar apagada. No sé, miro hacia atrás y es como si hubiese estado en piloto automático, ¿sabes? No sé si me explico.

—Perfectamente. —La entiendo demasiado bien. Yo pasé muchos años así hasta que reaccioné y cambié mi manera de relacionarme con la vida—. ¿Y ahora estás despertando?

—Sí, algo así —afirma con una sonrisa—. Y tú tienes algo que ver con ello —confiesa tímida.

—¿Yo? ¿Cómo?

—No lo sé... pero ha sido esta semana. Me has hecho pensar, reaccionar. He despertado.

—Me halaga mucho que creas que yo tengo algo que ver —le digo con incredulidad.

—No es que lo crea —me corta ella—, es que es así. ¿Recuerdas aquello que me dijiste en la terraza el día que vine a cenar?

Hago memoria, ¿qué pude decir que tenga que ver con esto?

—Lo de vibrar —me recuerda ella sonriendo hasta con la mirada.

—Sí, me acuerdo. —Cómo olvidarlo.

—Pues eso es lo que siento. Que vuelvo a vibrar con la vida. Vuelvo a sentir.

Me abruma saber que tengo algo que ver con lo que me está diciendo. Me deja sin palabras. Nos quedamos en silencio, simplemente sintiéndonos. Ella entre mis brazos, sus dedos acariciando muy suave mi pecho, yo acariciando su espalda, su nuca. Sintiendo cómo se hincha su pecho al respirar. Cómo late su corazón cerca del mío.

—Tengo miedo de agobiarte —confiesa de pronto rompiendo el silencio.

—¿De agobiarme? ¿Es eso posible? —le digo entre risas. ¿Cómo puede pensar que me agobia! Si la he secuestrado prácticamente y no la dejo ir.

—Sí. No sé. No tengo claro del todo cómo funcionan las cosas contigo o con tu estilo de vida. —Se está sincerando y hay una nota de preocupación en su voz.

Me doy cuenta de que tiene mucha razón, yo me sentiría igual en su lugar. Soy raro de cojones. A veces no me entiendo ni yo.

—¿A qué te refieres exactamente? —le pregunto intentando concretar al máximo para atender a su preocupación.

—A esto. —Señala el espacio que hay entre ella y yo—. A... ¿nosotros? —pregunta realmente llena de incertidumbre.

—Todo es más fácil de lo que tú crees. Solo somos dos personas que se están conociendo. —Ojalá fuera tan fácil como suena.

—Ya. —Hace una caída de ojos y parece que le ha decepcionado algo de lo que he dicho.

Me aparto un poco para verle los ojos, son tan claros que me basta con mirarlos para saber lo que piensa, siempre expresa muchísimo en ellos.

—No me malinterpretes, sé lo que quieres decir. ¿Te preguntas qué somos o adónde va esto?

—No, no es que quiera saber qué somos, ya sé que somos personas que se están conociendo. Por Dios, hoy hace una semana que te conozco. —Intenta parecer más fría de lo que es. Yo sé lo que quiere, quiere etiquetas. Es lo normal—. Pero, no sé... —continúa—: Me dijiste que hay que fluir y ver lo que viene. Es solo que no sé cómo actuar. No sé si debería irme a casa y darte espacio. Esperar a que me llames. Me tienes desorientada —confiesa mirándome a los ojos con un poco de angustia.

Ojalá pudiera borrar toda esa inseguridad que siente. Ojalá pudiera hacerle entender mi forma de ver las cosas.

Acaricio su pelo apartándolo suavemente de su cara y ella cierra los ojos

al sentir el contacto. Es tan preciosa. No me canso de mirarla ni de tocarla. Me siento muy atraído a ella y eso para mí es mucho más fuerte que cualquier etiqueta. ¿Qué necesidad hay de saber si somos pareja o amigos o lo que sea que podamos ser?

—Ojalá pudiera hacerte ver el mundo con mis ojos —susurro pensando en voz alta—. Verías cuánto me gustas. Cuánto me agrada estar cerca de ti. Cuánto necesito tocarte, sentirte, besarte. —Sofi abre los ojos como platos y me mira un poco más sorprendida a cada palabra que digo. ¿De verdad le sorprende esto?

—A mí también me gusta mucho estar contigo. Conocerme y sentirte. —Acaricia mi mejilla con ternura y me regala una sonrisa sincera.

—¿Qué más dan las etiquetas entonces? ¿Por qué no seguir disfrutando de sentir todo esto, y ver adónde nos lleva la vida?

—No se trata de etiquetas —se defiende como la hubiera insultado—. No necesito etiquetarte para disfrutar de este momento. Es solo que no sé qué expectativas puedo tener. —Coge aire como si se armara de valor para decir algo que cuesta y añade—: me da miedo ilusionarme.

A mí se me crea un nudo en la garganta por su desgarradora sinceridad. Me muerdo el labio inferior pensando en qué puedo decirle para que deje de tenerme miedo. ¿O debería tenerlo? Por nada del mundo querría hacerle daño. Pero es cierto que tampoco puedo ofrecerle una relación estándar como la que tiene toda la gente que conoce. ¿Quizá es eso lo que ella quiere?

—Lo he pasado muy mal en el pasado —continúa al ver que no respondo—. Y ahora que vuelvo a sentir tantas cosas, es como... Tan bonito que da miedo, ¿sabes? Me da mucho miedo sentir cosas tan intensas.

—Sí. Sé a lo que te refieres. ¿Qué te puedo decir? —Acaricio su costado por encima de la camiseta llegando al tanga y vuelvo a subir—. Yo tampoco sé lo que va a pasar Sofi. No sé a dónde vamos. Solo sé que me gusta y que por nada del mundo quiero hacerte daño... Por eso he sido muy sincero contigo desde que te conozco.

—Lo sé. Sé que eres muy sincero. No tengo miedo a que me engañes, confío mucho en ti —me susurra y el nudo de emociones de mi garganta se vuelve aun más duro—. Es miedo a dejarme llevar. A sentir demasiado por ti y que... —Piensa antes de continuar—: y que tú no vayas a sentir lo mismo.

—Vamos a hacer un trato, ¿vale? —He de cortar su angustia como sea. Me mira con los ojos muy abiertos y el nudo de emociones se vuelve una presión en el pecho, por nada del mundo me gustaría que esa mirada con la que me

ilumina cambiara por otra llena de decepción y dolor—. Yo te prometo que seguiré siendo totalmente sincero. —Sofi afirma con la cabeza—. Te prometo que te diré todo lo que sienta en cada momento. Y te prometo que jamás haré nada que pueda hacerte daño deliberadamente.

Parece que le alivian mis palabras porque su gesto se relaja y noto como desaparece la tensión de su cuerpo.

—Bien... Eso me gusta —confiesa con una sonrisa—. Yo te prometo lo mismo.

—Pero no te limites, no te pongas barreras. Ya que has vuelto a sentir, siéntelo todo. Yo haré lo mismo.

Nunca he tenido miedo a amar a nadie. De hecho, de alguna forma, ya siento que la amo un poco. Que parte de mi corazón es suyo y eso no me asusta. Pero entiendo que ella tenga miedo; habitualmente lo normal es que las personas etiqueten todo para poder entenderlo. «Es mi amigo» o «es mi amigo con derecho a roce» no es lo mismo que «es mi pareja» o «es mi novio». Sé que cada etiqueta conlleva una serie de responsabilidades o límites. Yo no trato de huir de las responsabilidades o los límites. Pero le propongo avanzar sin etiquetarnos. Para sentirnos mutuamente de una forma más libre, más auténtica. Sé que no es lo habitual y sé que me arriesgo a perderla. Pero también tengo fe y esperanzas de que sea lo suficientemente fuerte como para superar esas barreras y darme la oportunidad de enseñarle una forma distinta de vivir y de sentir, la única que puedo ofrecerle, me temo.

En algún momento nos quedamos dormidos entre caricias, la siguiente vez que me despierto sube mucha más luz de abajo. Miro el móvil y son las doce de la mañana. Llevamos doce horas en la cama y no hemos follado. Una experiencia totalmente nueva en mi vida. La última vez que compartí cama con una mujer sin intercambio de fluidos y orgasmos, fue con mi hermana y debíamos de tener doce años.

Y que conste, esto que está pasando con Sofi no es porque no la desee como un loco, es que realmente estaba jodido con la puta migraña.

Hago un chequeo mental y certifico que el dolor ha desaparecido por completo lo cual me sorprende gratamente. La última migraña me duró varios días, así que me alegro muchísimo de que esta haya durado menos de veinticuatro horas. Sin duda, los cuidados y cariño de Sofi han tenido algo que ver y me siento inmensamente agradecido.

Reparto mil besos por su frente, sus mejillas, su cuello y se despierta con una sonrisa.

—¿Cómo te encuentras? —es lo primero que dice. ¿Puede ser más comestible una persona? Es que me la comería.

—Mejor, creo que ya ha pasado todo.

—¡Qué bien! —Suspira aliviada mientras se estira—. Cuánto me alegro.

—Y yo. —Sonrío encantado.

—¡Vaya cura de sueño! La necesitaba también yo. —Ríe al ver la hora.

Me gustaría hacer muchas cosas con ella, sexuales por poner un ejemplo aleatorio, pero sé que debo tomármelo con calma para que no vuelva el dolor por ahora. Así que después de remolonear un rato, nos levantamos, me ducho rápido, me visto mientras se ducha ella y hacemos juntos la cama. Esto es lo más jodidamente parecido a tener novia que he tenido nunca. Y, ojo, no es tan terrorífico como parece en las relaciones de los demás.

Abro las ventanas. La luz que entra aún me molesta un poco, pero nada que ver con lo que me molestaba ayer.

Es lunes y es nuestro primer día de vacaciones, quiero compensarla por el domingo de mierda que le he hecho pasar por culpa de mi migraña.

—¿Tienes algún plan para hoy? —pregunto en cuanto bajamos al comedor.

Me mira y se encoje de hombros.

—En principio no.

—¿Puedo disfrutar de estar contigo hoy? Te prometo que te voy a compensar por todo lo que me has cuidado esta noche —le digo cogiéndola por la cintura y atrayéndola hacia mí. Ella se muerde el labio inferior y se pone roja. Cómo me gusta ponerla así.

Me gustaría sacarle el vestido provocador que se ha puesto y demostrarle cuanto agradezco lo que me ha hecho haciéndola vibrar de placer durante horas. Empezaría por recorrer su cuerpo entero con mi lengua y besar absolutamente cada rincón de su piel. Continuaría por... Buf, mejor no pienso en ello, algo está despertando en mis pantalones y debo controlarme. Hoy debo tomármelo con calma, no puedo arriesgarme a recaer en la migraña.

—Está bien. Me encantará pasar el día contigo. —Sonríe clavando sus ojos color miel en los míos. Es tan dulce que dan ganas de lamerla entera. Vale, tengo que dejar de pensar en lamerla o esto no va a salir bien.

—¡Genial! —exclamo contento—. ¿Adónde te apetece ir? ¿Vamos a comer a algún sitio chulo? —Salgamos de casa antes de que se me vaya de las manos y no pueda contenerme.

—¿No es mejor que te lo tomes con calma? —pregunta acariciando mi pelo y provocándome un escalofrío de placer—. No necesito ir a ningún sitio chulo.

Podemos comer aquí, ver una peli... Estar tranquilos.

Es demasiado buena para ser real. La abrazo fuerte como respuesta y la levanto del suelo pegando mis labios a los suyos, no puedo resistirme más a sentir sus labios, ella se sorprende, pero responde enseguida a mi beso con mucha entrega y pasión.

Esta chica es demasiado alucinante para ser real. Es como si hubiera pedido un puto deseo al universo y me lo hubiesen concedido. Tengo una sensación de no acabar de creerme que esté pasando. ¿Es real? ¿Es tan fantástica como parece? ¿Es tan jodida-mente hecha a mi medida como la siento? ¿Es posible que el universo me haya hecho un regalo tan extraordinario? ¿Puede ser que yo merezca algo tan bueno al fin y al cabo?

ESTO NO CUECE A FUEGO LENTO, ESTO ES PURO FUEGO Y YO ESTOY ARDIENDO

Estoy en el sofá de David, descalza con los pies sobre la mesa de madera, con un vestido fresco y comiendo comida tailandesa que hemos pedido a través de una *app* del móvil. Resulta que también hay aplicaciones para esto. Y te traen a casa del restaurante que quieras. ¿Por qué yo no me entero de estas cosas? Parece que David las conoce y usa todas.

Hemos empezado a ver una serie en Netflix. La verdad es que yo no presto mucha atención a la tele. Estoy pensando e intentando poner en orden mi mente. Están pasando tantas cosas y en tan poco tiempo que me cuesta digerirlas.

El viernes me confesó lo de sus negocios, acabamos en el hospital con el desagradable de mi ex, después se fue y yo me sentí... ¿Rechazada? No sé. Pero a la mañana siguiente me envió un ramo de rosas alucinantes y me invitó a cenar. Cenamos juntos con Mónica y Christian, nos lo pasamos genial. Acabamos en su club liberal, el cual resultó ser muy divertido, bailamos salsa, reímos, nos conocimos mejor y disfrutamos de una noche fantástica como hacía mucho tiempo que no disfrutaba. Después me adentré en las entrañas del Caprice con él y nos calentamos tanto que casi montamos un numerito porno en público. Lo que nos lleva a la habitación de los espejos, donde me provocó un orgasmo alucinante con su lengua. Me entran calores solo de pensarlo. Y eso que está el aire acondicionado puesto (me hago un poco de aire en la cara con la mano). Después, en un arranque de... No sé, un arranque de algo, se me ocurrió activar el «espejo mágico» para que nos vieran mientras disfrutábamos de nuestros cuerpos. Acabamos haciéndolo por primera vez en la ducha de forma salvaje y apasionada, tanto que a mí se me olvidó que existían los condones, los embarazos, las enfermedades y la vida en general también.

Nos vinimos a dormir a su casa, yo dormí como un angelito mientras él padecía insomnio y resolvía un ataque informático a su negocio. Mi idea de vestirme con una camiseta suya resultó ser una muy buena idea ya que, nada

más verme, me abordó en la cocina y casi no desayuno. Fue un polvo brutal. Después nos fuimos a comer con Mónica y Christian al Shôko, nos lo pasamos muy bien los cuatro, es como si fuéramos amigos de siempre. Se nos sumaron Lucas y Fani, llamémosles «la extraña pareja». Lucas siguió en su línea de intimar conmigo de forma inusual y David empezó con una migraña terrible.

He pasado la noche a su lado y he disfrutado tanto de que me dejara estar a su lado y cuidarle que algo ha ocurrido en mi corazón; creo que ha caído otra capa de hielo derretida por tantas emociones y sentimientos. He empezado a tener miedo de sentir cosas tan fuertes por él en tan poco tiempo. Nunca me había pasado. Con Mark fue algo muy gradual, un amor que se coció a fuego muy lento. Tuvimos muchas citas, hablamos muchas horas, nos conocimos en profundidad antes de que llegara a sentir algo como lo que he sentido con David en solo veinticuatro horas.

Esto no cuece a fuego lento, esto es puro fuego y yo estoy ardiendo.

En mitad de la noche o de la mañana, ya no sé cuándo era, he abierto mi corazón y he sido sincera con él. Le he contado el miedo más profundo que tenía con respecto a él y ha sido muy comprensivo y sincero. No ha cedido a ponérmelo más fácil ni me ha prometido un cuento de Disney. Me temo que no es el príncipe azul con el que siempre he soñado, es más bien un caballero oscuro. Algo arriesgado, incierto, pero alucinante. Y es también un reto, un gran reto que, quiera o no, ya he aceptado.

Me ha prometido seguir siendo sincero y decirme en qué punto se encuentra a medida que avancemos en esta «relación». No tengo claro que me baste con esto, pero por el momento voy a confiar y a seguir. Me hace sentir tan viva estar a su lado que vale la pena aunque no vaya a nada más que lo que tenemos ahora mismo, que por otro lado, ya es mucho.

—No estás viendo la serie, ¿verdad? —pregunta dejando la caja vacía de fideos picantes que acaba de comer sobre la mesa del sofá.

—Sí, la estoy viendo —miento y dejo la caja de fideos con verduras al curry que acabo de devorar junto a la suya.

La verdad es que la serie pinta bien, va de unos viajeros que vienen del futuro a arreglar el mundo para cambiar el destino.

David se inclina sobre mí, lo que me hace retroceder hasta quedar casi tumbada en su sofá y él casi encima. Me encanta tanto sentir su cuerpo cerca del mío que empiezo a pensar que estoy obsesionada o algo; esto no tiene ni un cuarto de normal.

—No mientas. Estabas dando vueltas a algo —dice dándome toquecitos en

la frente. Yo sonrío tímida, ¡me ha pillado!

—Bueno, estaba pensando en cosas, sí —confieso y él se ríe satisfecho—. No mola nada que sepas leer la mente, ¿eh? —le acuso en broma.

Él se encoje de hombros y me contesta.

—Es lo que hay, nena. Eres como un libro abierto para mí.

Lo dice en broma, pero lo más grave es que es verdad.

—Dime en qué pensabas —pide y me acaricia la mejilla con cariño.

—En... ¿las vacaciones?

—Buen intento.

Suspiro. No hay forma de engañarle.

—Vale. Pensaba en ti y en lo que ha pasado estos últimos días —confieso deseando que no me pregunte más.

—Están pasando muchas cosas por aquí —dice señalando el mínimo espacio que hay entre él y yo—, ¿verdad?

Me estremezco al oírlo de su boca.

—Sí.

Afirma con la cabeza dándome a entender que sabe de lo que hablo.

—Pero no le des tantas vueltas —me pide y empieza a besar mi cuello.

—Ya, es fácil decirlo. —Dios, sus labios por mi piel. ¡Qué tortura es esta!

—Es más fácil hacerlo —dice. Ya no sé a qué se refiere, si tiene doble sentido o qué se yo, ya me he perdido sintiendo sus besos por el cuello—. Simplemente has de dejarte llevar —murmura contra mi piel. Yo cierro los ojos y acaricio su pelo.

—Eso hago.

—Sí. Y lo haces muy bien. —¿Continúa con cosas con doble sentido o soy yo que estoy fatal?

Sube hasta mis labios y toma el inferior entre sus dientes. Lo succiona y después me besa. Sabemos a curry y a picante, pero nos da igual. David lleva un pantalón corto de pijama gris y una camiseta gris con un ochenta y seis en números negros.

Su lengua se abre paso entre mis labios hasta dar la con la mía. Alivio físico y mental, eso es lo que me producen sus besos. Es como un interruptor con el que dejo de pensar, de preocuparme, de darle vueltas a las cosas, y se encienden mi cuerpo, mis receptores sensitivos, mis cinco sentidos, mis ganas, mi ansia de él.

Nos seguimos besando hasta que algo cobra vida entre nosotros. Cómo me pone sentir que se excita. Es como un círculo vicioso, él se enciende y eso me

enciende a mí. Nuestro beso se vuelve más profundo; le muerdo el labio inferior, es tan apetecible que le daría un bocado. ¿Cómo puede ser tan sexy este hombre?, ¿y besar tan bien? Que alguien me lo explique.

—¿No deberías... —empiezo como puedo en un momento de lucidez temporal mientras él lame mi labio inferior con su lengua— tomártelo... con calma... hoy?

—Sí. Con muuuuucha calma. Así es como quiero hacértelo —afirma con la voz rasgada y llena de deseo.

¡AMÉN!

Me desabrocha el vestido camisero, tiene como mil botones pero con mucha paciencia se encarga de todos con delicadeza y me lo saca. Me desabrocha el sujetador con gran destreza y me lo quita también. Intenta sacarme el tanga, pero entonces me quejo de que él aún esté tan vestido. Lo cual resuelve en dos movimientos. Uno: la camiseta. Dos: el pantalón de pijama.

Verle desnudo..., este es otro tema que debo tratar con algún profesional, me nubla el juicio, la razón y hasta la percepción de la realidad.

Me saca el tanga y vuelve a tumbarse sobre mí. Esta vez no me resisto. Disfruto intensamente de sentir su cuerpo desnudo sobre el mío, piel con piel. Es puro deseo.

Reparte besos por mi mandíbula y baja directamente a mis pechos donde se deleita lamiendo, succionando, mordiendo, tirando... Mis pezones se sensibilizan al instante y se endurecen al contacto con sus labios.

Siento como su erección presiona sobre mi muslo. Está tan duro.

Hemos pasado la noche en la cama, juntos, acariciándonos, hablando, sintiéndonos y conteniendo muchas ganas. Esa es la verdad. Hemos tirado de autocontrol muy mucho. Quizá yo más que él. Él se encontraba tan mal que seguro que ni pensaba, ¿pero yo? Entrar a la habitación y encontrármelo en bóxers ajustados boca abajo sobre la cama... Madre, era como tener un anuncio de Calvin Klein para ti y no poder tocarlo. No sabía si hacerle una foto para imprimirla a tamaño poster o violarlo. Encima, para ponérmelo más difícil, mientras dormía me abrazaba, me acariciaba e incluso me ha metido mano un par de veces sin darse cuenta. Y todas esas ganas están saliendo ahora. Brotan por cada poro de mi piel; necesito sentirlo.

Vuelve a mi boca y trae una mirada salvaje; se abalanza sobre mí y me devora los labios, es un beso agresivo, quizá él también ha contenido muchas ganas, eso parece.

Acaricio su miembro y disfruto de sentir lo caliente que está, cómo se agita su pulso, cómo respira más fuerte, sin duda le gusta lo que le hago. Lo dirijo entre mis piernas y me acaricio con él.

—Buf, nena. Cómo me pone que te toques con mi polla.

Uf, a mi sí que me pone que me hable así. Estoy ardiendo. Sigo dándome placer con su pene en mi abertura, paso la punta por mi clítoris y dibujo círculos sobre él. Me estremezco de las sensaciones que eso me provoca. Él se mantiene muy quieto, mirándome atentamente como si quisiera grabar en su mente lo que ve. Me quita el pelo de la cara y sigue observando mis gestos, mis expresiones, mis gemidos. Me vuelve loca que me mire así, como si yo fuera algo excitante o erótico. Me hace sentir tan deseada, tan poderosa, tan femenina.

Siento cómo estoy de mojada por las caricias que me estoy dando con su pene y como se mezclan nuestros fluidos. Cuando estoy lista lo coloco justo en la abertura y levanto mis caderas un poco para introducirlo. Entonces él reacciona de su quietud, pero antes de responder a lo que mi cuerpo le pide, abre un cajón de la mesa del cual saca un preservativo.

¿En serio?, ¿otra vez? ¿Se me había olvidado este detalle? De verdad. ¿Qué me está pasando en el cerebro?

Una vez lo tiene colocado vuelve a ponerse sobre mí y me la mete muy despacio, milímetro a milímetro. Entra como la seda. Estoy tan resbaladiza. Sigue observándome, clavando sus ojos azul oscuro en los míos. Hasta que llega al fondo, roza en mi interior en un punto que me produce una vibración por todo el cuerpo, como un escalofrío de placer.

Y lenta, muy lentamente, entra y sale de mí clavando sus caderas en las mías para profundizar al máximo. Yo arqueo la espalda en una de sus embestidas, es tan terriblemente lento el ritmo con el que me lo está haciendo que no sabría decir si es más tortura o placer, pero me encanta.

Muevo mis caderas al ritmo que mueve él las suyas para maximizar el roce, para sentirlo todavía más, no solo dentro sino por todas partes.

—No te haces una idea... de lo sexy que eres, Sofía.

Abro los ojos de golpe para observar su expresión y analizar lo que acaba de decirme. Lo ha dicho, ¿no? ¿O lo he imaginado? Bueno, ahora no puedo analizar mucho. Dios, es tan intenso lo que me está haciendo sentir. En vez de besarme, se mantiene frente a mí y me observa.

—Tú s-sí que eres s-sexy —le digo como puedo.

—En serio... eres tan... ardiente.

Ardiente seguro, siento las llamas ahora mismo por todo mi cuerpo, estoy a punto de experimentar una combustión espontánea.

Acaricia mis labios entreabiertos con su pulgar en el mismo momento que un gemido escapa de mi boca. Sus caderas no solo avanzan y retroceden contra las mías, es que, además, ha añadido una especie de curva a la ecuación. Dibuja como un semicírculo contra mi cuerpo que me está volviendo loca. Roza tanto contra mi clítoris que arde.

Sin darme cuenta he atrapado su pulgar con mis labios y lo estoy succionando y mordiendo, lo que ha hecho que él también gima. Incluso ha cerrado los ojos y se ha perdido en lo que está sintiendo, como yo.

Todo el calor que nace del roce y de su deliciosa invasión, empieza a expandirse a la velocidad de la luz y arrasa por todo mi cuerpo en una explosión de calor y satisfacción que me deja fuera de juego por unos segundos.

Cuando abro los ojos tras mi orgasmo, David me mira fijamente y tiene algo salvaje en su mirada.

El pulgar que le había lamido, ahora baja por mi cuerpo humedeciendo la piel a su paso y encendiéndome de nuevo. Cuando llega a mi clítoris empieza a estimularlo trazando círculos muy suaves, pero muy rápidos, sobre él. Yo no entiendo muy bien cuál es la finalidad. ¡Si acabo de tener un orgasmo alucinante! Y él lo sabe, ha debido de notarlo, es evidente. Pero entonces un ardor terriblemente delicioso nace de nuevo bajo sus caricias y me doy cuenta de que estoy al borde del orgasmo OTRA VEZ, esto no ha ocurrido jamás en mi historial sexual y no las tengo todas conmigo de que vaya a poder pasar, pero mi cuerpo parece que sabe mejor que yo la respuesta. Porque tal como si fuera un *déjà vu*, vuelvo a estar en el punto en el que me encontraba hace unos instantes.

—Córrete otra vez, nena —pide entre jadeos.

Y su voz viaja por todo mi cuerpo haciendo que me tense y arquee la espalda de nuevo al sentir una segunda oleada de placer y fuego devastando todo mi cuerpo. En el mismo momento él se tensa también y me clava una última embestida impetuosa mientras susurra mi nombre.

Se desploma sobre mi cuerpo y resoplamos agotados durante unos instantes.

Aún estoy alucinando por lo que acaba de pasar, no sabía que podía tener dos orgasmos seguidos sin descanso entre ellos ni nada, bueno, nunca lo había experimentado; tampoco nadie había puesto empeño en conseguirlo, ni

siquiera yo misma.

—¿Te ha sorprendido lo de correrte dos veces? —pregunta de pronto acariciando mi mejilla y mirándome con curiosidad.

—Sí, la verdad es que sí. —Para qué engañarle.

—¿Nunca lo habías hecho?

—No —confieso algo tímida.

Él sonrío satisfecho como si se alegrara de ello y me da varios besos suaves sobre los labios.

Nos limpiamos, nos vestimos y aunque estoy muy a gusto con él, sigo pensando en que no quiero agobiarlo. Sigo sin tener claro cómo actuar con él. No es mi novio y probablemente no lo será nunca. Es un amigo especial, libre, que me trata con muchísimo cariño y me pega unos polvazos que pa qué. —Las cosas claras—. Con el que me río y hago planes, con el que disfruto simplemente de estar juntos. Pero ahora ha llegado la hora de irme a casa y darnos un espacio. Llevamos desde el sábado juntos.

—¿Nos vamos a dar un paseo por la playa? —me propone cuando acabo de vestirme en su habitación.

Le miro con una sonrisa sincera, me encanta y sorprende a partes iguales que aún quiera estar conmigo un rato más. Es bonito y tierno. Me hace sentir que verdaderamente le gusta que estemos juntos, no es solo un tema sexual, eso lo tengo claro.

Pero tampoco es una relación. No lo olvides, Sofía, dice la voz de mi conciencia.

—Me voy a ir a casa, David.

—¿Por qué? —Me abraza por la cintura y me mira desconcertado.

—Porque vivo allí.

—Y yo aquí. ¿Eso qué tiene que ver?

—Tengo también un gato que lleva varios días allí solo.

—¿Hay algo más? ¿Es por lo que me dijiste anoche sobre agobiarme?

Frunce el ceño intentando comprender algo que a mí me resulta totalmente normal y comprensible como es irme a casa. Y me parece lo más encantador que he visto en tiempo.

—Bueno, no es por agobiarte. Ya veo que no te agobio.

—¡Claro que no! No tienes que pensar eso.

—Ya, pero sigo pensando que no sé muy bien los términos de esta relación, no tengo muy claro en qué me estoy metiendo.

Se muerde el labio inferior y siento una tentación terrible de mordérselo yo.

No. Sé fuerte, Sofi. ¡A casa!

—Sofía, ya te lo dije, hay cosas que no podemos controlar ni saber con seguridad a dónde van. Hay que dejarse llevar.

—Sí, lo sé. Lo entiendo, pero me siento extraña; es todo nuevo para mí.

—No has de sentirte extraña, solo hacer lo que te apetezca. —Acaricia mi pelo con suavidad y cariño y añade—: Si quieres irte a casa porque tienes ganas de descansar de mí, entonces me parece perfecto. Pero no vaya a ser que te vas por miedo a agobiarme o cualquier cosa así, ¿eh?

¿Yo? ¿Descansar de él? Válgame, Dios bendito. Si lo que quiero es suscribirme a su vida para verle veinticuatro horas en directo.

—Yo no quiero descansar de ti —contesto rodeando su cuello con mis brazos—, quiero sentirme cómoda con esto tal como te sientes tú. Y quizá necesite tiempo para ir entendiéndolo. Es solo eso.

Me sigue mirando dubitativo. Como si pensara en si decir algo o no. Tras unos segundos en silencio se lo pongo fácil, le doy un beso suave y me aparto de él para recoger mis cosas.

Su silencio está lleno de cosas que quiere decir y no dice, lo sé porque puedo sentirlo. Están escritas en el aire, entre nosotros, por toda su habitación. Me mira inmóvil mientras recojo el móvil, el cargador y las cosas de su lavabo.

Cuando paso por delante de él le sonrío y comienzo a bajar las escaleras. Una vez abajo, me pongo las sandalias, que las había dejado junto al sofá y me pregunto si se va a quedar arriba y no se va a despedir de mí o qué. Pero en ese momento baja y se queda junto a la puerta. Está guapísimo. Lleva unos tejanos cortos y un polo negro.

Deseo que me impida irme, que me ruegue quedarme, que me secuestre y todo ello me parece un *déjà vu*.

¿Por qué siempre me voy de su casa deseando que me lo impida?

Cojo el bolso, camino hasta él que extiende los brazos y me envuelve. No es un abrazo ligero, es uno de verdad. De esos que duran más de cinco segundos y conllevan varias respiraciones juntos. Siento el latido de su corazón en su pecho. Siento la calidez de su piel. Siento incluso las mil cosas que está pensando por segundo y que no expresa, no sé por qué.

—Gracias —susurra antes de separarse—. Por estos días.

—Gracias a ti —contesto con una sonrisa.

—¿Me llamas cuando quieras verme? —pide alejándose un poco de mí para verme la cara.

No me lo pregunta a malas, pero me da rabia que dé a entender que me voy porque quiero dejar de verle por un rato. No es así. Me voy porque no soy polígama como él y no entiendo cómo funcionan las reglas de este juego. Pero no quiero discutir ni volver a explicarle lo mismo otra vez. Así que respiro hondo, sonrío y asiento.

—Genial. —Suspira y, cogiendo mi cara entre sus manos, posa sus labios sobre los míos con un poco de presión.

Durante esos segundos olvido el motivo por el que me estoy yendo. Lo que de verdad quiero es quedarme y seguir devorando estos labios, que tanto me gustan, eternamente.

—Hablamos —le digo en cuanto me suelta y abre la puerta.

—Eso espero —susurra él con sinceridad.

Y me voy.

Voy caminando a casa. Son casi las seis de la tarde. Estoy agotada mentalmente por todas las vueltas que le he dado a todo en el paseo desde su casa a la mía. Han sido solo diez minutos, pero me he saturado. Creo que he hecho bien en irme, a su lado no soy capaz de pensar con claridad aunque ya le echo de menos. Me apetece sentir sus brazos rodeándome y sus labios sobre los míos.

En todo esto estoy pensando cuando voy a abrir la puerta del portal para entrar al edificio donde vivo. Una voz femenina me saca de mis pensamientos a la vez que me asusta porque no había visto a ninguna mujer cerca.

—Hola... ¿Sofía?

Me giro y me encuentro con una chica pelirroja, delgadita, que debe de tener mi edad y es muy mona. Me mira con unos enormes ojos color miel rodeados de pestañas larguísimas y mejillas llenas de pequitas.

—Sí. ¿Nos conocemos?

—Bueno... me llamo Carla. —Hace una pausa para ver si reacciono y mi mente privilegiada empieza a intentar localizar de qué me suena ese nombre, pero no caigo; entonces ella añade—: Soy la mujer de Mark.

Ah, sí. De eso me sonaba.

GRRRRR. ¡MI TIGRESA!

Me quedo muda por un instante. Procesando lo que está ocurriendo. El viernes cuando acabé en el hospital, porque resulta que mi ex me tiene en sus favoritos, al final le tuve que dejar mi móvil para que la llamara. A la mañana siguiente vi que ella me había escrito un mensaje para decirme que teníamos que hablar. No le contesté porque yo considero que no hay nada de qué hablar, pero ahora, llego a casa y me la encuentro acechándome cual psicópata. Pero no tiene pinta de psicópata, sino de buena persona e incluso de chica con la que me llevaría bien.

—¡Ah! —exclamo, es cuanto puedo decir.

—No quiero molestarte —me dice con una voz suave y agradable—. Es solo que necesito hablar contigo. No te robaré mucho tiempo.

Sus enormes ojos brillan y me cuesta muy poco empatizar con lo que debe estar pasando. No sé si ella conocía de mi existencia antes o si ha sido a raíz del ingreso, pero, en cualquier caso, dudo que esté pasando su mejor momento. Y si pueda ayudarla en algo, creo que debería hacerlo.

—Está bien.

—¿Vamos a tomar un café por aquí? —pregunta mirando la calle intentando localizar un bar.

Sería ideal ir a un sitio neutral como un bar, más aun teniendo en cuenta que no la conozco de nada y que por mucho que me parezca buena persona y empatice con ella, podría estar más loca que una cabra.

—No hay ningún bar decente en esta calle —admito—, si quieres puedo preparar un café en mi casa. —Señalo hacia arriba. Ella me mira desconcertada, descolocada, incómoda. Puedo notarlo a través de su mirada.

—Yo... no querría incomodarte para nada, me sabe fatal abordarte así. —Baja la mirada al suelo y me apetece consolarla.

—Tranquila —le digo colocando la mano sobre su hombro izquierdo—. No pasa nada. Puedes subir, tomamos un café y hablamos. No hay problema.

—Está bien. Eres muy amable. —Me mira con tristeza en los ojos—. No te

robaré mucho tiempo, en realidad; en media hora he de irme.

—Vale.

Subimos en el ascensor en silencio, uno un poco incómodo, pero creo que no es el mejor lugar para empezar la conversación: «Tu marido es un cerdo asqueroso», prefiero esperar a llegar a mi piso. Observo de reojo a Carla. Sigue pareciendo inofensiva. Lleva un pantalón negro largo, una blusita color coral de marga corta y unas sandalias negras planas. Va arreglada pero informal, tiene pinta de ir vestida así por su trabajo. ¿En qué trabajará?

Tan pronto entramos en mi piso, Bolita viene ronroneando. Lo cojo en brazos tras dejar el bolso, con la ropa que me había llevado a casa de David, en el suelo.

Carla parece que recupera su alegría vital al ver al gatito e incluso me pide permiso para cogerlo en brazos.

—Ponte cómoda en el sofá, voy a preparar los cafés. Esto... ¿cómo lo tomas?

—En realidad prefiero un vaso de agua fría, si puede ser.

—Claro.

Carla se sienta en el sofá y sigue dando mimitos a Bolita que está encantado con ella. Parece una chica muy dulce y buena. Mi odio hacia Mark va en aumento a medida que sirvo el agua en el vaso y pienso en el nivel de cabrón que es. Y es un nivel muy elevado. Ahora mismo ya no estoy enfadada porque me mintiera y jugara conmigo como le dio la puta gana, ahora mismo estoy enfadada porque también haya hecho algo tan horrible a esa mujer tan buena.

¡Maldito cabrón! ¡Alcaparra! ¡Cara melón!, reparto insultos aleatorios para Mark mentalmente.

Vuelvo al comedor con dos vasos grandes llenos de agua con cubitos de hielo y unas ganas terribles de confesarlo todo, de contarle todo lo que necesite saber para darse cuenta del tipo de marido que tiene. Esta chica se merece saberlo. Bueno, tampoco debo precipitarme.

—Gracias, eres muy amable —dice en cuanto le doy el vaso de agua. Bebe casi la mitad y lo deja sobre el posavasos que encuentra en la mesita del sofá.

—De nada.

—Bueno... —Carraspea un poco para aclararse la voz suave y cantarina que tiene. Yo espero paciente para ver por dónde quiere empezar—, seré breve y directa —anuncia.

—Me parece bien.

—Lo primero que quiero decirte... —Me toma las manos entre las suyas,

las cuales están heladas seguramente de lo nerviosa que está—, es que no tengo nada contra ti. Imagino que ya lo sabes, por haberme invitado a tu casa y ser tan amable, pero quería aclarártelo.

—Sí, me ha parecido que no venías a matarme —bromeo con una mueca y la pelirroja empieza a reír como si le hubiese contado un chiste buenísimo.

Yo sonrío un poco inquieta y entonces ella continúa hablando sin soltar mis manos.

—Por supuesto que no, aparte de que no tengo nada contra ti, solo he venido para buscar respuestas. Necesito conocer algunas cosas para saber a qué atenerme con Mark.

—Te contestaré a todo cuanto necesites saber, pero antes quiero decirte algo yo.

—Claro, dime. —Carla abre sus enormes ojos atenta a lo que voy a decirle.

—Yo nunca supe que estaba casado. —Al pronunciar esas palabras parece que se me va a quebrar la voz. ¿Otra vez? Pero si ya lo tengo superado, joder. Trago con dificultad y continúo—: En el momento en el que me enteré de que tenía mujer, acabamos. No volví a coger sus llamadas ni a contestar a sus mensajes. No he vuelto a tener ningún tipo de contacto con él hasta el accidente del viernes.

—Ah... —Suspira y sus hombros se relajan. Sus manos siguen sujetando las mías con suavidad, como si fuéramos amigas. Y empiezan a recobrar calidez volviendo a ser las suaves y cálidas manos de un ser humano vivo.

—Jamás habría tenido nada con él de saber que estaba casado. Me hizo mucho daño, Carla —esta confesión me ha removido algo en el interior y estoy a punto de llorar, pero no quiero, así que respiro, aguanto y me quedo callada para que hable ella.

—Lo sé. Me confesó todo el viernes cuando fui al hospital.

La miro sorprendida. Pero bueno, me alegro de que finalmente haya confesado.

¡Gusano asqueroso! ¡Mentiroso compulsivo! ¡Huevón!, sigo insultándole mentalmente.

—He de admitir que algo me imaginaba durante esos meses que os visteis —dice con vergüenza en su mirada y adquiriendo un tono rosáceo en las mejillas que disimula las miles de pequitas que tiene en ella—; pensé que igual era algo pasajero, no estábamos pasando nuestro mejor momento, no sé... Me cegué. La verdad, no quería ver.

—Vaya. No debió ser fácil para ti tampoco —susurro con un hilo de voz imaginándome cómo debe ser la vida de una mujer que intuye que su marido está viendo a otra persona y decide mirar a otro lado para no ver. No consigo imaginarme en una situación así, la verdad.

—No, te aseguro que no. En cualquier caso, no fue hasta el viernes, cuando fui al hospital a buscarlo, cuando realmente supe de ti y de lo que había pasado. Me contó todo.

—Me alegro de que se sincerara. Pero entonces, ¿qué quieres que te cuente yo? —le pregunto y me muerdo la mejilla por dentro.

—En realidad nada. Quería saber si era cierto todo lo que me contó y solo por cómo me has tratado, ya he visto que sí.

No entiendo mucho de qué habla, pero si se siente mejor y esto ha servido para algo, pues genial. Ella me mira con simpatía y añade:

—Llevamos dos años casados y este último año ha sido muy complicado. Él viaja mucho por trabajo y por eso sus ausencias me parecían normales.

—Claro. Me pasaba igual a mí. Me decía que viajaba por trabajo y supongo que no viajaba, simplemente eran los días que se quedaba en casa... contigo.

—Así es. Me confesó que no tuvo casi viajes durante esos... ¿Tres meses? En que estuvisteis juntos.

—Sí, tres meses. —Hago memoria—. De finales de enero a abril.

—Sí. Bueno, estoy valorando la posibilidad de divorciarme, como podrás entender.

—Claro. —Qué lástima que este cretino haya arruinado un matrimonio con una persona tan agradable como es Carla.

—Y quiero saber si estarías dispuesta a declarar ante el juez llegado el momento.

—Sí, lo haría.

No sé por qué tendría que declarar nada si él ya por sí mismo ha confesado todo, pero si puedo ayudarla, lo haré.

Carla entonces arranca a llorar como una niña pequeña e incluso convulsiona un poco y me asusta.

—Shhh... Tranquila... —Intento calmarla y ella me abraza y sigue llorando—. Respira, Carla. Es normal que te sientas así.

Pasados unos instantes, deja de llorar y se separa de mí roja de llorar y quizá de vergüenza.

—¡Lo siento! Oh Dios... Me prometí a mí misma que no haría esto —se

recremina—. Montar un numerito aquí contigo. ¡Lo que te faltaba!

—Tranquila, lo entiendo. No pasa nada.

Saca un clínex del bolso y se limpia los mocos y las lágrimas.

—Tengo treinta años y estoy a punto de divorciarme del único hombre con el que he estado en toda mi vida —confiesa aún temblorosa por el arranque anterior.

—Eres joven, Carla. Yo también tengo treinta años. Y es peor, aún no me he casado... Ni siquiera he encontrado a una persona con quien hacerlo.

Carla se ríe entre lágrimas, parece que le consuela saber que mi vida es peor.

—Pero tú eres preciosa, comprensiva, amable, tienes un cuerpazo y seguro que en la cama... En fin. —Se reprime de acabar la frase. Seguramente desde que supo de mi existencia el viernes, ha tenido tiempo de imaginarse detalladamente cómo soy, aunque eso no tenga nada que ver conmigo.

—¿Qué yo soy qué? Yo soy una chica normal Carla, no tengo nada de eso. Pero tú eres preciosa y también pareces lista y dulce. Saldrás adelante, seguro. No necesitamos a los hombres para hacer nuestra vida.

Me ha dado un arranque de feminismo o algo así.

—Ya claro. Seguro que tú ya tienes un novio que te quiere y por eso te es fácil decirlo.

—¿Yo? ¿Un novio que me quiere?

Dios te oiga, bonita.

Carla se limita a sonreír y señalar el ramo de rosas que sigue sobre la mesa del comedor. Ah.

—Bueno, no es un novio, es alguien que estoy conociendo —digo poniéndome roja al pensar en David. Ayyyyy, David.

—Sea como sea, creo que si me divorcio me quedaré sola para siempre. Adoptaré varios gatos —dice mirando a Bolita—. Seré la solterona de los gatos.

—No seas tan dramática mujer, encontrarás a alguien que te valore y te merezca. No como ese... ese... —Un, dos, tres, respirar—. Marido que tienes ahora. —Ahora la que se reprime soy yo.

—Puedes decirlo tranquila. ¡Ese cerdo! —exclama riendo.

—Sí, ¡ese cerdo asqueroso! ¡Ese cabrón que no ha sabido valorarte! ¡Ese desgraciado que ha jugado con dos mujeres que ni se merecía! —me desahogo casi a gritos.

—¡Bien dicho!

Chocamos nuestras manos en el aire como si fuéramos del mismo equipo y acabáramos de marcar un gol. Qué situación tan extraña.

—Bueno, no quiero molestarte más —dice poniéndose en pie y recogiendo su vaso de agua—, me marcho ya.

—No es molestia. Tranquila.

Pero ya está entrando en la cocina para dejar su vaso en la pica. Vuelve, coge su bolso y se dirige a la puerta. La acompaño hasta allí y abro. Carla se vuelve, me coge por los hombros y me mira fijamente antes de decir:

—Gracias, Sofía. Me ha servido mucho conocerte.

—Lo mismo digo, Carla. A mí también me ha servido conocerte. Me siento..., aliviada, no sé por qué.

—Sí, yo también me siento así. —Sonríe sin soltarme.

—Espero que decidas lo que decidas, todo te vaya muy bien.

—Gracias, en serio. No me extraña que Mark se enganchara a ti. Eres tan buena.

Se acerca mucho a mí de frente y yo no entiendo qué pretende, pero como siempre me pasa igual, después es un simple beso en la mejilla, me espero tranquila.

Oh, no.

No debería haberme quedado tan tranquila.

Carla me besa sobre los labios y se queda unos segundos así simplemente con sus labios sobre los míos. Son los segundos que yo tardo en asimilar que me está besando y apartarme.

—Perdona, yo... —me dice muy avergonzada—. ¡Lo siento!

Su cara es realmente una mezcla de arrepentimiento y sorpresa. Me sabe mal e incluso pienso en decirle que no pasa nada, pero ella desaparece por el pasillo corriendo hacia las escaleras.

En fin, ¿me acaba de dar un beso una chica? ¿Qué está pasando en mi vida?

Tras cerrar la puerta, me apoltrono en el sofá y miro mi móvil. Hace días que estoy desconectada de todo. Bueno, he estado muy conectada a David, pero del resto del mundo no sé nada.

Le escribo un mensaje a Mónica:

¿Cómo estás, corazón? Llámame :)

18:51

Esto he de contárselo a Mónica, es la única que puede entenderme y alucinar como yo con lo que ha pasado.

Veo que tengo bastantes mensajes sin contestar:

Carla:

Hola Sofia, sólo quiero hablar contigo e invitarte a un café. Llámame, por favor.

13:36

Vale, esto ya puedo descartarlo.

Número desconocido:

¿Tienes a mi socio secuestrado? No responde a mis llamadas. Soy Christian.

14:07

Este mensaje es de hace como cinco horas, vaya. Así que él tampoco ha estado muy pendiente del mundo. Suspiro como una tonta, agrego a Christian a mi libreta de contactos y le respondo:

Hola, Christian, sí lo he tenido retenido contra su voluntad pero ha quedado en libertad condicional hace una hora. Prueba de nuevo :P

18:52

Óscar:

Llámame.

17:01

Él siempre tan extenso. Decido llamarlo enseguida. Más que nada porque es el primer día que estamos de vacaciones y quizá sea algo del trabajo.

—Hola, Sugus —le digo en cuanto me atiende la llamada.

—¿Qué pasa, Sofi? —me pregunta contento—. ¿Cómo va el primer día de vacaciones?

—Bien, tranquilito. —Me río internamente por llamar tranquilo al día que llevo—. ¿Qué tal tú?

—Bien también. Oye, el miércoles me voy para Ibiza a ver a mis padres un

par de semanas.

—¡Genial! Qué suerte... Ibiza... —Suspiro como una enamorada. Ibiza es mi isla preferida del mundo mundial.

—Ya sabes que tienes casa, puedes venir cuando quieras y quedarte lo que quieras.

—Gracias.

Quizá lo haga, pero primero quiero ver cómo avanza mi vida los próximos días.

—Te llamaba porque me gustaría verte antes de irme, hay algo que quiero comentarte.

—¿Por qué no me lo comentas ahora? —No es que no quiera verle, pero ¿por qué no lo hablamos ahora y ya está?

—Preferiría hacerlo en persona, en realidad.

Su tono no me gusta.

—¿Qué ocurre Óscar?

—Nada.

—¿Qué ocurre? —repito muy seria y él suspira.

—¿Recuerdas cuando te pedí que bajaras a tomar un té conmigo en la Loles hace unos meses... en abril?

Supongo que se refiere a cuando me sacó el informe de Mark y me descubrió su cara oculta. ¿Por qué hoy todo gira en torno a ese tema?

—Sí.

—Bueno, pues esto es parecido.

Me incorporo de golpe en el sofá del susto y un miedo repentino invade todo mi cuerpo.

¿Qué esto es parecido? ¿Es que ha elaborado un informe nuevo? ¿Sobre quién? Ha de ser sobre David. Se me hiela la sangre solo de pensarlo.

Si hay algo oscuro en la vida de David, sin duda, Óscar ya lo sabrá y en breve, también yo. No me gusta un pelo esto.

—Óscar, ¿has hecho un informe sobre alguien?

—Sí.

Inspirar... Exhalar.

—¿Es sobre David?

—Sí.

Inspiro hondo y lleno mis pulmones de aire para sentirme un poco más fuerte de lo que me siento ahora mismo.

—¿Puedes quedar hoy? —le pido.

—¡No! —exclama ofuscado—, no puedo. ¿Desayunamos en la Loles mañana? A las nueve.

—Está bien. ¿Es posible que me avances algo ahora, por teléfono? —No quiero parecer desesperada, pero...

—¿Tanto te importa?

Claro que me importa. Me importa y mucho.

—¡Es que eres el rey de los dramas! Me llamas, me dejas intrigada. ¡No voy a dormir por tu culpa!

—No, no quiero avanzarte nada por teléfono.

No insisto. Sé cómo es Óscar con estos temas. Es peor que el CSI. Se lo toma tan en serio que roza la ilegalidad, por no decir que infringe varias leyes en lo que hace para elaborar sus informes.

—Está bien, Óscar. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Me dejo caer sobre el sofá de nuevo y siento como el malestar se expande por todas partes.

¿Por qué ha tenido que elaborar un informe sobre David? Pero lo peor es que no puedo enfadarme con Óscar. En su retorcida forma de ver la vida, es lo más parecido a cuidarme o demostrarme que le importo. Lo que de verdad me enfada es que haya encontrado suficientes cosas chungas como para que ese informe tenga sentido.

Me acuerdo del informe de Mark y se me ponen los pelos de punta. Ya sé que David no esconde una mujer con la que está casado y quiero pensar que ha sido muy sincero conmigo. Pero... ¿Fotos con otras chicas? ¿Perfiles falsos de Facebook? ¿Webs en las que haga propuestas indecentes a guarrillas? ¿*E-mails* calientes? No estoy preparada para nada de esto.

Suena mi móvil y miedo me da. Pero veo que es Mónica y contento aliviada:

—Hola, Mónica.

—Corazóón, ¿cómo estás?

—Bien, aquí —disimulo con maestría mi malestar actual—. ¿Cómo estás tú?

—¿Qué te pasa? ¿Es David? ¿Te ha hecho algo malo?

Dejo caer una mano sobre mi cara cubriéndola por completo. ¿Es que soy tan transparente?

—No, tranquila, es que me han pasado un par de cosas raras esta tarde, pero nada importante.

—¿Estás en casa? ¿Voy para ahí?

—No mujer, que estoy bien, de verdad.

—¿Por qué no te vienes a casa y cenamos juntas? Estás de vacaciones, ¿no?

Me apetece muy poco volver a salir, pero la perspectiva de quedarme en casa dándole mil vueltas al tema del informe hasta volverme loca me parece muy deprimente.

—Vale, voy.

—¡Genial! ¡Ven ya! —me ordena.

—¡A sus órdenes! Ahora nos vemos.

Le pongo la cena a Bolita y me voy a casa de Mónica. Decido ir con el coche, así si se hace tarde no dependo del horario del metro. Ella vive en el barrio de Poblenou, al lado de la rambla, así que tras varias vueltas, finalmente consigo aparcar y subir a su casa.

En cuanto entro, Mónica me recibe con los brazos abiertos.

—¿Cómo está mi leona? —pregunta tras un abrazo rápido.

—¿Tu leona? ¿Esa soy yo?

—Sí. Grrrrr, ¡Mi tigresa!

Imita a un tigre trazando un zarpazo en el aire muy sensual frente a mi cara. No entiendo nada.

—Ay, nena. ¡Sí que estás mal! —exclama rendida en cuanto ve que no le sigo la broma; es que no la entiendo.

—No estoy mal, es solo que... Ha sido un día complicado.

—Ven, estoy preparando la cena.

—¿Ya? Son solo las ocho.

—Hay que cenar pronto, así se hace bien la digestión antes de ir a dormir.

—Vale —acepto sin discutir.

La cocina de Mónica es pequeña pero muy bonita. El piso era de sus padres y en cuanto tuvo la mayoría de edad se lo regalaron por su cumpleaños. Ellos se mudaron a otro en las afueras y ella ha ido reformándolo y decorándolo con su gusto exquisito hasta convertirlo en un pisazo de revista.

Está escurriendo unas espinacas que ha lavado y se pone a cortar unas manzanas a cuadraditos.

—Bueno, ¿me vas a contar qué ha pasado o no? —pregunta con un cuchillo enorme en las manos. A ver quién le dice que no.

—¡Sí!, claro. ¿Por dónde empiezo?

Me recuesto de lado en la encimera en la que está cocinando y medito si decirle primero que la mujer de Mark me ha besado o que Óscar ha elaborado

un informe sobre David.

—Sofi, antes de nada... —Parece que se lo piensa y decide dejar el cuchillo y la manzana sobre la madera. Después se gira hacia mí despacio y me mira con sus azules ojos llenos de... ¿preocupación?—, he de decirte algo yo.

No sé por qué, esto tampoco pinta bien. ¡Otro disgusto hoy, no! ¿Eh? Ya está bien.

—Dime. —Mi cara ha de reflejar el pánico que siento ahora mismo.

—Ha pasado algo con Christian. Algo muy fuerte. —Se tapa la cara con las dos manos y no sé si va a llorar, reír o qué es exactamente lo que le está pasando.

¡Menudo primer día de vacaciones! ¿Algo más?

YO SOY MORFEA Y TU ERES NEA, LA ELEGIDA

—¿Qué ha pasado, Mónica? —le pregunto intentando sonar tranquila y evitando un ataque de pánico.

—Ayer... —empieza a explicar— cuando os fuisteis a casa porque David tenía migraña.

—Sí... —La incito a que siga hablando.

Ella se destapa la cara y está roja como un tomate.

—Nos pedimos unos *gin-tonics* en el Shôko. Nos quedamos un buen rato allí con Fani y Lucas.

—Ajá...

—Después de los *gin-tonics* dimos un paseo por la playa y después Lucas propuso ir a su casa a cenar algo y me pareció bien, no tenía nada mejor que hacer. Así que nos fuimos a su casa.

—¿Y...?

Empiezo a ver la luz al final de esta historia. ¿Y qué puedo decir? No estoy preparada para esto. Hoy no.

—Y... todo se desmadró un poquito. —Acerca su dedo pulgar al índice frente a su cara para indicarme lo de «un poquito».

—¿Entre los cuatro? —pregunto intentando sonar muy neutra y tranquila. Muy «open mind».

Mónica abre mucho los ojos dándome a entender que he acertado a la primera, aunque tarda unos segundos en contestar.

—Sí —confiesa finalmente y baja su mirada al suelo.

¿Ahora se avergüenza? Pero bueno, ¿qué hicieron? ¿Una orgía? Ay, Dios. Me quedo callada a ver si continúa y parece que funciona:

—Fani preparó una sangría de cava que estaba deliciosa y subía a la cabeza como la espuma. Lucas hizo unas pizzas y cenamos, bebimos y...

—¿¡Y...! —Dios, tanto suspense me va a matar.

—Y Christian se puso muy cariñoso y yo estaba tan a gusto... Y no sé cómo ocurrió, de pronto estaba sobre Christian en el sofá y Fani estaba comiéndole

la p...

—Vale —suelto de pronto levantando una mano para frenarla. Necesito unos segundos. Esta imagen es muy *heavy* de procesar.

—... a Lucas. —A pesar de mi petición, Mónica ha de terminar la frase, claro.

—Ya —le digo cortante y bastante seria—. Me he imaginado lo que se comía. Una pizza, evidentemente, no era.

—No.

Mónica se aguanta la risa con grandes esfuerzos hinchando sus mejillas de aire, pero yo no puedo más y acabo riendo. Ella explota y ríe a carcajadas gritando como una gallina.

Sus gritos me hacen reír aún más; acabo doblándome sobre mí misma y con lágrimas por las mejillas. No puedo parar de reír. Hay un momento en el que ya no sé ni de qué reímos, pero no podemos parar. Es que esos gritos tipo gallina no los había hecho nunca, ¿qué le ha dado?

—¡¡Comiéndole la pizza!! —exclama entre carcajadas y sigue gritando como una loca entre risas—. ¿Te imaginas? ¡La pizza! —Otra carcajada—. Sería una *calzone* carbonara. —Más risa. Yo ya no puedo más, me duelen hasta las mejillas de reír.

Cuando conseguimos calmarnos, nos secamos las lágrimas y nos cuesta hasta respirar. Dios, qué sano es esto. Se me ha pasado todo el malestar que tenía en el cuerpo de golpe.

—A ver, Mónica... —Intento ponerme seria—, que esto es muy serio. —Se me escapa la risa de nuevo—. Fani le estaba comiendo... Vale, lo que sea, a su novio. Tú montada cual tigresa sobre Christian. —Ella afirma con la cabeza confirmando mi relato—. ¿Y entonces?

—Y entonces Christian me gira dejándome tumbada y acaba él sobre mí en el sofá. E intenta levantarme el vestido y comerme. —Se aguanta la risa de nuevo como un hámster llenándose los carrillos de aire—. ¡La pizza a mí!

Y vuelve a reír como una loca. Yo ahora ya he conseguido calmarme.

—¿Intentó comerte... eso... a ti? —pregunto señalando su entrepierna—. ¿Delante de Lucas y Fani?

—Sí, tía. ¡Muy fuerte todo! —exclama roja de tanto reír y de la vergüenza también.

—¿Y lo consiguió?

—Sí. Se me fue la olla, ¿verdad? Estaba algo contentilla por el alcohol y me dejé llevar... —se excusa tapándose la cara de nuevo.

—¿Ocurrió algo más?

—¡No! —Se destapa para contestarme—. Después de eso, le dije que quería irme a casa y me trajo sin más.

—¿Te sentiste incómoda o algo?

—¡No! Era muy sexy todo. Como un juego. No me pareció mal.

—¿Entonces?

—¿Cuál es su problema? Si no hizo nada malo y fue todo consentido.

—¿Cómo que «entonces»? ¿Entonces qué?

—¿Que cuál es tu problema, rubia? —Le pongo cara como si fuera muy obvio lo que le pregunto.

—¡Joder! Que he hecho cosas... sexuales... Delante de personas.

Madre mía cuando le explique lo del espejo mágico.

—¿Y? No hacías nada malo.

—Ya... ¿No crees que estoy loca?

—No. ¡Cómo voy a pensar eso!

—Sabes que yo siempre hablo mucho, pero luego soy muy tradicional, en realidad, con esas cosas.

Sí, perro mordedor, poco ladrador.

—Bueno, pero te repito: no has hecho nada malo. —La tranquilizo.

—Ay, ¡Qué *open mind* eres, Sofi! Te admiro.

Intento no volver a reírme, pero es que es surrealista.

Mónica retoma su labor de preparar la cena y corta un pepino y un poco de pollo que ha hecho a la plancha antes de que yo llegara. Lleva una camiseta negra, unos *shorts* de tela gris y unas chanclas negras con plataforma. Muy de estar por casa, pero con estilo. Yo llevo unas cuñas blancas, *shorts* tejanos y camiseta ancha blanca con un hombro al aire.

Cenamos una ensalada que tiene como mil ingredientes distintos. Dice que ha de ser así de completa para que sea una cena saludable. Está como una cabra; no sé que le ha dado ahora con la nutrición.

Estamos en el sofá sentadas como indias, una frente a la otra, cada una con su bol de ensalada. Decido empezar por contarle la sala roja y la habitación de los espejos mágicos. Me mira con cara de alucine, pero el hecho de que haya practicado sexo delante de una pareja no la deja en posición de juzgarme demasiado. Aunque sé que tampoco lo habría hecho, ella es totalmente abierta para los demás, es cuando se trata de sí misma cuando se corta y se juzga tanto.

—Estos chicos han llegado a nuestra vida para pervertirnos. ¡Como mínimo! —exclama divertida.

—Sí, estoy contigo, ahí tienes mucha razón —afirmo con la cabeza.

—Fuera de bromas, si lo pasaste bien y ha sido una experiencia enriquecedora en tu vida, ¡genial!

—¡Enriquecedora fue tu pizza de la otra noche! —me sale del alma y Mónica casi me escupe espinacas a la cara. Por suerte se controla y consigue tragar antes de reírse a carcajadas.

Después le cuento lo de Carla y alucina, tal como me esperaba.

—¡No me jodas! —exclama.

—Sí, como lo oyes.

—Siempre pensé que tu primer beso lésbico sería conmigo, ¡mala amiga! —me suelta.

—¡Pues llegas tarde, rubia!

—Oh, me partes el corazón. —Hace gesto dramático de arrancarse el corazón del pecho. ¡Será payasa!

—Bueno, aún tengo más.

—¡No! —exclama divertida.

—¡Sí!

—¡No puede haber más! Te he confesado que casi participo en una orgía, tú me has confesado lo de hacer sexo frente a espejos indiscretos, luego la loca esa que te ha besado robándome tu *virgin-lesbiandad*. —¿*Virgin-lesbiandad*?, ¿en serio Mónica?—. ¿Y hay más? Espera que saque el whisky, estas cosas hay que hablarlas con una base.

Pero lo dice en broma, lógicamente. Así que lo suelto, sin más:

—Óscar tiene un informe.

Su sonrisa se evapora en un abrir y cerrar de ojos. Y el ambiente divertido y alocado que reinaba entre nosotras se disipa para dejar paso a un ambiente más tenso, oscuro, triste.

—Oh, no —dice con una mezcla de tristeza y preocupación.

—Sí. Hemos quedado mañana para desayunar y me lo dará.

—¡Maldito *hackers* del demonio! —exclama enfadada y deja el bol vacío sobre la mesita.

—No podemos culparle. Lo que hace está mal, pero...

—Ya, ya. Pero si la gente fuera sincera y decente no tendría con qué jugar, lo sé. Aun así me parece mal. No es la ley natural de las cosas.

—¿Ley natural? La ley natural es que chicas geniales como Carla se enteren de que hace meses que las engañan y ya no pueden hacer nada.

—¿Así que Carla es genial? —dice haciendo como que está celosa—.

Perdón —añade alzando las manos y volviendo a ponerse seria—. Es que, que te haya besado antes que yo, no se lo perdonaré nunca. Bueno, escucha... David ha sido sincero contigo, ¿no?

—Hombre... yo quiero pensar que sí —respondo y dejo mi bol vacío junto al suyo. Estaba riquísima.

Mónica me coge entonces por los hombros y me parece que esto es otro *déjà vu* y que me va a besar, pero por suerte no. Solo me mira fijamente a los ojos con esos redondos y enormes ojos azules que tiene y me dice:

—Tienes dos opciones... ¡Espera!

Se inclina, abre un cajón de la mesita del sofá y saca algo que no veo. Vuelve a ponerse frente a mí. Me puedo esperar cualquier cosa ya.

Mónica cierra las manos formando dos puños y los pone frente a mí como si tuviera que escoger uno.

—Ahora mismo, querida amiga mía —dice muy solemne—, tienes dos opciones frente a ti.

Con gran dramatismo gira las muñecas y abre ambos puños a la vez dejando al descubierto dos caramelos sobre sus palmas. Uno rojo y uno azul. Oh, Dios mío, ya sé por dónde va.

—No pongas esa cara, ¡es verdad! —me regaña al ver que la doy por loca—. Yo soy Morfea y tú eres Nea, la elegida.

—¿Y qué opciones tengo si se puede saber? —No me queda más remedio que seguirle el juego, aunque me imagino por dónde van las opciones que me va a dar.

—Confiar o no confiar.

Vale, eso sí que no me lo esperaba.

—Si coges la pastilla roja, será como seguir haciendo lo que siempre haces, Sofi. Aceptar esos asquerosos y enfermizos informes que prepara tu socio del alma, también conocido como *hackers del demonio*. Desconfiar, seguir pensando en que todos los hombres son iguales, decepcionarte por toda la mierda que haya podido recolectar el Sugus y quedarte sola y zombi para siempre. Otra vez.

Joder, la pastilla roja es la muerte. A ver si la azul pinta mejor.

—¡¿Y la otra?!

—¡Ajá! —exclama añadiendo dramatismo—. La otra, amiga mía, es confiar. Es pasar del informe de las narices y seguir descubriendo por ti misma a David, confiar en él. Darle una oportunidad. Creo que se la merece, y no solo porque lo crea yo, es que eres otra desde que estás quedando con él. Y

solo por eso ya ha merecido la pena que os conozcáis.

—Ya...

—Además, ¡te ha contado muchas cosas ya! Joder, Sofi, si hasta habéis hecho uso de su club.

—Sí, tienes razón. He de elegir.

Mónica lanza el caramelo rojo al aire y lo caza al vuelo con la boca, ¡me deja impresionada! Y entonces me hace un gesto de lanzarme el azul y yo abro la boca, pero cuando me lo lanza, en vez de cazarlo al vuelo, me da en un ojo y por poco no me quedo ciega.

—Piénsalo bien —añade mientras ambas saboreamos el caramelo que tenemos en la boca—. No me gustaría que te perdieras esta oportunidad por cerrarte antes de empezar siquiera. En todas las relaciones puede haber mentiras o engaños y en todas puede haber sinceridad y confianza. Depende de dos personas. Y tú ahora eres el cincuenta por ciento de que esta... ¿relación?, funcione y se base en la confianza y no en otra cosa que no quieres.

Cuánta razón en sus palabras. Por eso es mi amiga. Mi mejor amiga. Le doy un abrazo bien fuerte y las gracias por ser como es.

Nos quedamos viendo la serie «Jane de Virgin» un buen rato y decido quedarme a dormir con ella. Estoy tan cansada por el día extraño que he tenido que no tengo fuerzas ni para ir a mi casa.

Me deja un vestido ancho a modo de camisón y me acuesto con ella en la enorme cama que tiene. No es la primera vez que duermo en ella, ni la última. La casa de Mónica siempre es mi refugio cuando tengo una crisis, igual que mi casa es su refugio cuando quien la tiene es ella, aunque no suele tener tantas como yo.

Me despierto pronto, en cuanto entra un rayito de luz por la ventana.

Me visto, me maquillo un poco con sus cosas y compruebo que está frita antes de irme. La despertaría, pero son las siete de la mañana y hasta las ocho no ha de despertarse. Así que le dejo una nota en la nevera.

«Corazón, eres la más y mejor amiga que nadie puede tener. Te quiero aunque no me hayas dado mi primer beso lesbi. Voy a tomar la pastilla azul. GRACIAS», y dibujo corazoncitos por todas partes.

Antes de ir al bar de la Loles, me voy a la playa. No hay casi nadie. Bueno, el paseo está lleno de *runners* y bicis, pero la playa, a esta hora tan temprana, aún está tranquila. Doy un paseo refrescante por la orilla, sintiendo el agua en mis pies y la arena mullida. El sol comienza a calentar mi piel y es muy agradable. Observo a los primeros turistas que van llegando a la playa para

disfrutar de sus vacaciones, acomodándose con sillas, toallas, pareos... Pero tengo la cabeza en ese informe.

Recuerdo las palabras de Mónica y siento que la tentación es muy grande, no sé si podré rechazar ese informe; quedarme con la duda.

Pero si escucho a mi corazón, este me dice que debo confiar. Me lo merezco. Me merezco tener la oportunidad de confiar ciegamente en alguien por mucho que me pueda equivocar.

¿Qué es la vida si no arriesgamos? He despertado de un letargo horrible y no quiero por nada del mundo caer en otro igual.

Ignorar y no querer ver no hace que no pase. Pienso en Carla y en como al final esa técnica, la de intentar no ver lo evidente, no le ha servido de nada en su matrimonio. Por eso la opción de confiar me da esperanzas. Puede ser que David me cuente todos sus secretos si yo confío en él y me lanzo con los ojos cerrados.

Cuando llego al coche veo que tengo un mensaje suyo de las dos de la mañana.

David:

Te pienso... Estoy en mi cama y solo puedo pensar en el vacío que hay sin ti. ¿Qué me has hecho Sofi?

2:00

¿Qué me has hecho tú a mí, David?

Sonrío como una tonta al sentir las mariposas en el estómago. No sé qué me hará. No sé si me arrepentiré. No sé si, en caso de que salga mal, llegaré a superarlo. Pero sin duda, si alguien te hace sentir así de vivo, merece una oportunidad.

Te la voy a dar, David. Por favor, no me defraudes.

Dejo el coche en mi casa y camino hasta el bar de la Loles al cual llego muy puntual. Veo a través del cristal que Óscar está dentro sentado ya en «nuestra mesa».

—Buenos días, Sugus —le digo en cuanto estoy a su lado.

—Sofi. —Se levanta y me da dos besos.

Me siento y veo sobre la mesa una carpeta roja con papeles dentro que abultan bastante y las palabras «Informe-David Colton» escritas con rotulador negro en la portada. Suspiro triste. Pero he de mantenerme fuerte en mi decisión.

Este momento me trae muy malos recuerdos, debo de tenerlo anclado

porque me han venido todos al cuerpo de golpe.

—Sé que estás conociendo a David, nuestro vecino —dice sin introducciones—, y es por eso que he querido asegurarme de que era quien decía ser.

—Ajá —le digo muy tranquila.

—He encontrado muchas cosas —dice poniendo una mano sobre la carpeta roja.

—¡Buenos días, florecillas! —Loles nos interrumpe para tomar nota.

—Buenos días, Loles, ¿me pones lo de siempre? —le pido con una sonrisa forzada.

—¿Desgraciado y tostadas? ¡Marchando! ¿Y a ti, ricura? —pregunta a Óscar.

—Un agua. Natural.

—¡Perfectooo! —canturrea y se marcha tras la barra.

—Como te decía, he encontrado muchas cosas —retoma Óscar.

—Ya veo —contesto mirando la abultada carpeta, creo que aparte de papeles también hay un CD o algo así. Espeluznante.

—Y por eso he considerado oportuno informarte antes de irme. —Óscar gira la carpeta noventa grados y la desliza por encima de la mesa hasta mis manos.

Acaricio la cartulina roja con las yemas de mis dedos y siento tristeza. Mucha tristeza.

—¿No vas a abrirla? —pregunta al ver que me he quedado pensativa.

Suspiro antes de contestar.

—No.

—¿No? —pregunta confuso.

—No. No voy a abrirla.

—¿Por qué? —Me mira tan extrañado como si me hubieran salido tres cabezas e intentara entenderlo.

—Porque le estoy conociendo, Óscar. He pasado el fin de semana en su casa. —Él suspira sonoramente contrariado—. Y... me gusta —confieso con el corazón a mil pulsaciones por segundo.

—¡Con más razón debes abrirla!

—No... —Niego con la cabeza para dar énfasis a mi resolución—. Quiero darle una oportunidad. Quiero que, sea lo que sea que hayas encontrado, él tenga la oportunidad de contármelo por sí mismo.

—¡No lo hará! —exclama enfadado.

—Tú no lo conoces, Óscar. Yo sí creo que lo hará.

—No, aquí la que no lo conoce eres tú —escupe con rabia.

—Mira... Yo sé que esto lo haces porque te importo —le digo con suavidad—. Sé que es tu manera de cuidarme.

—¡Por supuesto! —exclama como si fuera algo obvio.

—Pero también has de respetar lo que yo decida. Y quizá me equivoque. — Él afirma con la cabeza dándome a entender que me equivoco seguro. *Hackers del demonio*—. Pero aun sabiendo que hay una carpeta llena de oscuridad. Tengo esperanzas de encontrar su luz.

—¿Oscuridad? ¿Luz? —Vuelve a mirarme como si fuera una extraterrestre—. ¿De qué estás hablando? Puedes ver la luz que quieras, pero como mínimo abre los ojos primero. —Dando golpe-citos con su dedo índice sobre la carpeta añade—: Esto te hará abrir los ojos, ¡de golpe!

Loles me trae el desayuno y el agua de Óscar. Suspiro e intento relajarme, este tema me tiene atacada de los nervios. Nos mantenemos en silencio hasta que Loles vuelve a la barra.

—Óscar... Te entiendo, de verdad —intento sosegarlo—, pero ¿puedes tú tratar de entenderme a mí?

—¿Te has enamorado? ¿Así? —Chasca dos dedos en el aire—. ¿En dos días?

—¿Eso es lo único que piensas cuando intentas entenderme? ¿Qué me he enamorado en dos días?

Se queda pensativo y mira la carpeta fijamente. Finalmente suspira y me dice:

—Me cuesta mucho entenderte, pero no quiero discutir contigo. —Parece más calmado—. Solo te voy a pedir un favor, llévate la carpeta. Si no quieres, no la abras, pero llévatela. Que al menos puedas acceder a ella si te lo piensas mejor y entras en razón.

—Está bien. —Accedo y comienzo a comer las tostadas, tanta tensión me ha abierto el apetito.

—¿Te ha contado en qué trabaja al menos? —me pregunta con malicia.

—Sí.

—¿Lo del local sexual ese que lleva y el portal para prácticas y actividades poco convencionales?

—Sí. Me lo ha contado todo —contesto orgullosa.

Óscar parece muy sorprendido. Yo doy sorbos a mi café con leche de soja e intento suavizar mis nervios.

—¿Sabes el dinero que facturan con el local ese, Sofi?

—No, no sé qué facturan. Ni me importa.

—Pues debería importante. No hablamos de cantidades normales o buenas como las que podemos tener nosotros con Wolf Watches, no. Hablamos de cantidades ingentes.

Ya me había imaginado que ganaban mucho dinero con sus negocios, sólo hay que ver el ritmo de vida, el piso, coche, ropa, y demás. Pero no es algo que me preocupe ni me importe tanto. Yo también me gano bien la vida y eso no hace que sea una pija descerebrada. Además, se lo han ganado con su esfuerzo y trabajo.

—Óscar, si les va bien en los negocios, ¡mejor para ellos! ¿Por qué ves todo como algo negativo?

—Porque la mayor parte de todo eso seguro que lo llevan en negro.

—¿Cómo puedes hacer una acusación así? ¿Te basas en algo?

Se recuesta en su silla y me mira desafiante.

—En la lógica, me baso.

Óscar frunce el ceño preocupado y medita unos instantes antes de soltar su siguiente pregunta, la que sabe que me va a escocer:

—¿Y las actividades sexuales que practica? ¿Eso también te lo ha contado?

ÉL ES MI CHRISTIAN GREY PARTICULAR

¿Actividades sexuales que practica? Pero... ¿de dónde saca Óscar ese tipo de información? A veces prefiero ni saberlo, la verdad.

—Óscar... Habíamos dicho que ibas a respetar mi decisión. Si no abro la carpeta, pero tú me lo cuentas todo, no estás respetando nada.

Se cruza de brazos contrariado y se queda callado. Aprovecho para terminar las tostadas.

—Está bien, Sofi... Pero te digo una cosa: cuando se haya cansado de jugar con su muñeca nueva y decida volver a jugar a lo que jugaba antes, no digas que no te lo dije.

Imaginarme como una muñeca usada me revuelve el estómago. Así es como me sentí cuando descubrí que Mark estaba casado. Yo solo era «su muñeca de los ratos libres».

Acabo el desayuno en silencio. Meditando sobre sus palabras. Óscar bebe su agua y está pensativo. Supongo que esta conversación no ha sido como él esperaba.

—Bueno, he de irme —anuncia escueto.

—Está bien.

—Mañana me voy a Ibiza, si te lo piensas y abres el informe, puedes venir a pasar unos días a la isla; seguro que te vendrá bien.

Lo dice como si leer el informe fuera tan grave como para tener que alejarme seguro de David. Pero no voy a caer. Voy a seguir adelante con mi decisión y a respetarla. De hecho, en cuanto llegue a casa pienso tirarlo a la basura. Está decidido.

—Gracias, Óscar... Por todo. —A pesar de la maldad del asunto, realmente sé que le importo y me quiere. Sé que es su forma de decírmelo y demostrármelo. Y se lo he de agradecer.

Él simplemente sonrío con tristeza, me da un beso en la mejilla y se va del bar. Una vez ha salido por la puerta suspiro en cierta forma aliviada. Saco todo el aire que estaba conteniendo y no me había dado cuenta.

Hago rotaciones con mi cabeza; siento el cuello casi contracturado de tanta tensión. Dios, he empezado las vacaciones tan fuertes que casi preferiría seguir currando.

Termino mi desayuno en paz, observando a las personas de la cafetería. Trajeados en la barra bebiendo rápidos el café para volver a sus puestos de trabajo, señoras que se han reunido para desayunar y comentar lo agobiadas que están con la adolescencia de sus hijos, una chica con un cochecito tomándose un té... Esta la veo siempre, debe de vivir por aquí cerca. Y la Loles que está tras la barra y habla con todo el mundo sin perder su característica sonrisa rosa llena de carmín.

Saco el móvil y respondo al mensaje que me envió David a las dos de la mañana:

Espero que hayas dormido bien, a pesar del vacío de no tenerme a tu lado :D ¿Qué planes tienes para hoy? ¿Te apetece hacer algo?

10:17

Dijo que le escribiera en cuanto tuviera ganas de verle. Bien, no han pasado ni veinticuatro horas y ya lo estoy deseando.

Me acerco para pagar a Loles pero esta me niega con la cabeza a medida que me acerco.

—Ya está pagado.

—¿Ya está pagado? ¿Cómo...?

—Tu amigo ha pagado antes de que llegaras, me ha dicho que ya sabía lo ibas a pedir y... ¡Ha acertado! —comenta divertida.

—Vale.

Este Óscar es un caso.

Aprovecho para llamar a mi madre mientras voy caminando a mi casa y quedo en ir el miércoles a pasar el día con ellos. Cuando entro en casa, Bolita no viene a verme y eso me parece muy raro, así que lo busco por todo el piso hasta que lo encuentro. Está en la habitación que es a veces de invitados y a veces mi despacho. Mira por la ventana y parece que hay algo que llama su atención. Enseguida entiendo, hay una lagartija por fuera y está volviendo loco a Bolita.

Le doy mimitos un buen rato, jugamos con una cuerda que le gusta mucho morder y disfruto de no tener trabajo ni nada que hacer. Hace tanto tiempo que no tenía vacaciones que se me hace hasta raro.

La puerta de mi casa se abre y por unos segundos no entiendo quién puede ser, hasta que veo a Candela, la señora de la limpieza. Nunca coincido con ella, pero viene una vez a la semana y hace limpieza general. Como yo me paso todo el día en el estudio, es la única forma de mantener mi piso decente.

—¡Hola, Candela!

—¡Hombre, Sofía! ¿Estás de vacaciones ya?

—Síííí, esta semana es la primera.

—Ahhh, vale. ¡Uy! Qué limpio está todo —dice mirando a su alrededor.

—Sí, esto... El fin de semana di un buen repaso.

—Bueno, me pondré con la ropa, ventanas y cosas de esas.

—Genial, gracias.

Candela es una señora de unos cincuenta años. Va a limpiar a casa de Mónica y me la recomendó cuando emprendí mi negocio hace ya cuatro años. Tengo total confianza en ella y vale su peso en oro.

Miro mi móvil con esperanzas de que David me haya contestado. Candela va a estar un par de horas con aspiradora, fregando y prefiero salir y dejarla hacer tranquila. Pero no me ha contestado.

Son las once, es pronto. Si me escribió a las dos de la mañana quizá aún duerma.

Se me ocurre llamar a Anaís. Hace tanto que no la veo. Ella, encantada de recibir mi llamada, me propone comer juntas en un restaurante de la rambla de Poblenou al que hemos ido varias veces. Anaís vive y trabaja en esa zona, cerquita de donde vive Mónica. Le envió un mensaje a Mónica por si se quiere venir también, seguro que le hace ilusión ver a Anaís, desde que se casó hemos quedado cada vez menos.

Una hora más tarde, y varias líneas de metro después, estoy en la puerta de La Tertulia de Poblenou con unas cejas blancas y una blusa, también blanca, sin mangas metidas por dentro de unos *shorts* negros ajustados. Me he recogido el pelo en una cola alta y me he maquillado solo con *eyeliner*, máscara de pestañas y cacao hidratante en los labios.

La primera en aparecer por allí es Mónica. Me da dos besos inundándome de su perfume; aunque es un poco fuerte le queda muy bien. Es muy como ella: dulce y fuerte.

Mónica va con unas sandalias con tacón, unos *shorts* tejanos y una camiseta negra lisa. Su larga melena dorada peinada con bucles como si fuera algo casual. Y un maquillaje suave como el mío.

—¿Cómo ha ido con el Sugus? —me pregunta examinando mi expresión.

—Bien, bueno... Ya sabes cómo es. Le he pedido que respetara mi decisión de no leerlo y casi me lo cuenta todo él mismo.

Mónica resopla indignada y pone los ojos en blanco.

—Pero al final bien —continúo—, he aceptado llevarme el informe por si cambio de idea y él ha dejado de atosigarme con el tema.

—Bien hecho, nena. Pero no lo leas. Guárdalo y confía.

—Sí, no pienso leerlo. He tomado una firme decisión y voy a respetarla hasta el final.

Mónica me abraza y me dice que está orgullosa de mí y yo me siento genial. Da gusto tener una amiga con la que, no solo puedas hablarlo todo, sino que siempre tenga un gesto de cariño, una visión positiva y unas palabras de ánimo y reconocimiento. Es fantástica. La quiero muchísimo.

—Oyeee, ¿qué pasa aquí? ¡Yo también quiero! —la voz suave de Anaís nos sorprende y enseguida se abraza a nosotras.

—¡Qué guapa estás, nena! —le dice Mónica en cuanto la examina bien, y es cierto.

Anaís es mucho más rubia que Mónica, tiene absolutamente todo el cabello rubio, muy clarito. Rizado con ese estilo fino y acaracolado que muchas quisieran tener. Lo trae recogido en un moño bien alto, así es como más le gusta peinarlo. Es delgadita y alta como nosotras. Tiene los ojos color marrón y cantidad de pecas por todo el rostro. Viene con un mono de pantalón corto color gris atado al cuello con tirantes y unas cuñas negras.

—¡Y vosotras también! Si es que somos un grupo de guapas; es lo que tiene —exclama ella con falsa vanidad.

Decidimos sentarnos en la terraza del restaurante. Ellas piden unas cervezas y yo un Nestea. Nunca me ha gustado la cerveza. Es algo extraño, lo sé, pero es así. En cambio a ellas les encanta, podrían vivir a base de cerveza.

—¡Contadme novedades! Si son románticas mejor —pide Anaís guiñándonos un ojo.

Mónica y yo nos miramos de reojo y no podemos evitar reírnos. ¿Por dónde empezar?

—¡Qué! ¿De qué os reís? Bah, que desde que estoy casada solo leo cosas románticas en las novelas, contadme cosas vosotras, de primera mano siempre mola más.

—Bueno... —comienza Mónica muy contenida—, esta de aquí. —Me señala con el pulgar—. Está conociendo a un rubiazo... que si lo vieras, no te lo crees.

—¡Qué me dices! —exclama Anaís mirándome incrédula.

—Sí. La verdad es que sí —confieso yo roja como un tomate—. Está... Buffff... Demasiado.

Mónica y Anaís ríen al verme tan expresiva, es que es difícil de explicar. La belleza de David es especial, no solo es que está bueno, es que es tan atractivo y sensual en general, que no se puede explicar con palabras humanas.

—Pero bueno, aquí la amiga tampoco se queda atrás —digo yo señalándola con el pulgar como ha hecho ella—. Está conociendo a un morenazo que solo le falta la palabra PELIGRO con luces de *warning* en la frente.

Anaís ríe divertida, le encantan estas confesiones.

—Sí, está macizo. No, lo siguiente —confiesa Mónica.

—¡Madre mía! Os dejo solas unas semanas y casi me pierdo a un rubiazo y un morenazo que ya estoy deseando conocer, ¿no tenéis fotos?

Reflexiono sobre ello y me doy cuenta de que no, no tengo ninguna foto con David. Pero entonces Mónica saca su móvil y parece que tiene trescientas mil (más o menos). Aparte de las que nos hizo en el cóctel del viernes están las de la noche del sábado cenando donde nos hizo un montón que ahora me encanta descubrir y ver. En la primera salgo posando con David y las copas de cava, como muy correctos y forzados. Y en las siguientes salimos tronchándonos de risa, mirándonos el uno a otro y totalmente ajenos a la foto y al postureo. ¡Me encanta! Esta foto quiero tenerla y enmarcarla, como mínimo.

—¡Madre mía! —exclama Anaís al ver a David—, no exagerabais ni un poquito con el rubio. ¿De dónde se ha caído?

—Es vecino de mi oficina.

—¿Qué me dices?! —exclama con sorpresa y entonces cambia su expresión a una en la que parece que me perdona la vida y suelta con falso desprecio—. Suertuda.

—Y este es Christian —anuncia Mónica pasando a las siguientes fotos.

En ellas sale junto a Christian en un *selfie*, otra es de un beso superromántica, otra sonríen juntos a cámara. Quedan tan bien juntos que parece que hayan sido pareja toda la vida.

—¿Y este es el morenazo? *Oh my God!* —Anaís no sale de su asombro—. Pensaba que estabais de coña, que habíais conocido a dos tíos normales y estabais exagerando. ¡Pero esto que ven mis ojos no es normal para nada!

—No, ya te lo hemos dicho que no —dice Mónica divertida.

—¿Y un amigo no tienen?

Mónica y yo volvemos a mirarnos y a explotar en risas. Pensamos en Lucas,

claro.

—¿Qué? ¿Hay o no un amigo para mí? —insiste Anaís.

—Oye, que tú estás recién y felizmente casada, guapa —le contesta Mónica.

—Sí, pero eso no hace que esté ciega, puedo mirar. —Levanta las cejas un par de veces en plan sexy.

—Déjate de tanto mirar y cuéntanos cómo te va a ti con Roberto —le pido yo.

—En realidad, fantástico. Él es mi Christian Grey particular, ya lo sabéis. Y estamos genial, no tengo ni una sola queja, la verdad.

Da gusto saber que existen casos de éxito como el de Anaís, en el que la persona encuentra a la adecuada, se casan, viven felices y comen perdices. Esto existe y da esperanzas a las demás, las que seguimos solteras y no hemos encontrado más que sapos por el camino.

Suena un mensaje en mi móvil y miro por si es de David. Una sonrisa se me escapa al ver que sí.

David:

Estoy deseando verte. ¿Vienes a casa y pensamos en algo?

12:45

Yo también estoy deseando verte. He quedado para comer con Mónica y una amiga; después voy para tu casa si te parece bien.

12:46

David:

¿Quieres que pase a buscarte después? Tengo que salir un momento y ya aprovecho.

12:46

Me encanta que quiera venir a buscarme, no sé por qué. Siempre me ha parecido muy romántico que alguien venga a buscarte adonde sea que estés.

Vale, he venido en metro así que si quieres; te paso la ubicación ahora.

12:46

David:

—¿Es él?, ¿el rubiazo? —me pregunta Anaís muy curiosa mirando hacia mi móvil.

—Sí, claro que es él. ¿No ves la carita de tonta que tiene? Es la que se le pone cada vez que lo ve o me habla de él —le contesta Mónica.

—Me viene a buscar luego —confieso con una sonrisa después de enviarle la ubicación a David y guardar el móvil en el bolso.

Tras las cervezas, pedimos la comida. Anaís nos cuenta cosas de su trabajo, está de contable en una empresa de paquetería y envíos rápidos para *e-commerce*, pero no le gusta el horario intensivo de tarde porque llega de noche a casa así que lleva unas semanas buscando trabajo para cambiarse.

Mónica nos cuenta que tiene un evento bloguer por la tarde. Es una tienda de ropa que abre en Sitges y le han pedido que vaya para la inauguración. Este tipo de eventos son los que menos le gustan, pero en este caso, pagan bien y no puede negarse.

Cuando hemos acabado de comer, Mónica se despide de nosotras:

—Lo siento chicas, tengo que irme que si no no me dará tiempo de cambiarme y llegar a Sitges a la hora.

—Vale corazón, hablamos —le digo yo dándole dos besos.

—Y yo espero que volvamos a quedar pronto, ¡y que haya bodas! Que me siento vieja con vosotras —exclama divertida Anaís.

—Sí, bodas. Lo tienes claro —contesta Mónica divertida y tras darle dos besos, se aleja saludando con la mano.

—Bueno... —me dice Anaís clavando sus ojos marrones en los míos—. ¿Cuál es el *pero*?

—¿El *pero*?

—Sí. El «es genial, está muy bueno, me gusta mucho, se me pone cara de tonta, PERO...». ¿Cuál es el Pero de David?

Anaís, siempre directa al quid de la cuestión.

—El Pero. —Suspiro pensando en por dónde empezar—. Bueno, él... —realmente no sé cómo explicarlo.

—¿Está casado? —pregunta muy seria.

—¡No! No, no, claro que no. —Niego enérgica con la cabeza.

—Entonces no puede ser tan grave.

—No hay nada grave, es solo que él ve las relaciones de una forma distinta

a como las veo yo. Supongo que ese es nuestro «pero».

—¿Cómo las ve él?

—Bueno, él es como... Un alma libre. No es que tema comprometerse, sino que su filosofía de vida es distinta.

—¿Va de flor en flor? ¿Te quiere para un rato y suerte?

—No, no. Bueno, no sé si tiene más flores —digo pensativa. En realidad no lo sé—. En todo caso no lo parece. Y me demuestra que le intereso para más que un rato por todo lo que me dice y las ganas que tiene de verme cada día y demás.

—Ahhh, ¿entonces? No entiendo.

—Es algo así como. ¿Polígamo? —La miro entrecerrando los ojos, como con miedo a su reacción, no sé por qué. Bueno, creo que es porque su opinión me importa. Es la primera a la que se lo cuento a parte de Mónica. Y Mónica es demasiado buena para contabilizarla, ella siempre me apoyará; sea lo que sea, encontrará el lado bueno de todo. Quizá Anaís tenga una opinión más objetiva, más neutra... más realista.

—¿Polígamo? ¿Pero eso no es lo que son todos los hombres? —Me mira desconcertada lo cual me desconcierta también a mí.

—¿Todos? ¿Sí?

—Claro —dice ella con total tranquilidad. Mi cara ha de ser para enmarcar—. Bueno, biológicamente todos somos polígamos y bisexuales, no solo los hombres.

Espera... What?

—¿Biológicamente? ¿Polígamos y bisexuales? —repito como si fuera cortita.

—Sí, claro. Culturalmente y por la sociedad en la que vivimos no lo ponemos en práctica, pero biológicamente hay estudios que demuestran que es lo natural, hay muchas culturas que viven bajo la poligamia y la bisexualidad.

—Uau. —Alucino—. Bueno, pero es que él sí que lo pone en práctica.

—¿Vive con varias mujeres y hombres? —Anaís abre mucho los ojos.

—No, él... Vive solo. Pero me consta que tiene amigas.

—Ahhh, bueno. Claro, está soltero, y cómo no va a tener amigas. Con ese cuerpazo que tiene, yo también sería su amiga. —Ríe entre dientes.

—¿Entonces? ¿No lo ves como un *Pero*?

—Hombre... En el momento en el que tú quieras casarte y vivir monógamamente y él te diga que ni hablar de casarse ni de exclusividad entre vosotros, entonces será un gran *pero*. Pero mientras no pienses en casarte, no

ha de ser un problema, ¿no? Bueno, yo lo veo así.

Alucino con que Anaís sea tan *open mind*, al final yo seré la que menos.

—¿Te consta que sea bisexual? —me pregunta como si nada.

Dios, que yo sepa no. Pero no tengo ni idea.

—Que yo sepa no.

—¿No te ha propuesto un trío ni intercambios con otras parejas?

—Pero tú... ¿De dónde sacas esas cosas? —pregunto sorprendida—. ¿Intercambios de parejas?

—De los libros que leo. Ahora mismo estoy leyendo uno que va sobre intercambios. ¡Un morbazo que flipas! —dice sacudiendo las manos delante para indicarme que tiene mucho mucho morbazo.

—¿No será alguno de mi madre, no? —pregunto divertida intentando recordar si me falta alguno por leer de los últimos que ha publicado.

—Tu madre es lo máximo. No sé cómo no eres una enciclopedia erótica teniendo la madre que tienes, pero no, en este caso me refiero a otra autora. ¡Y estás de suerte! —anuncia mientras se gira hacia su bolso, revuelve en él y saca un libro que me entrega—. Este es el que estoy leyendo ahora, lo cargo por si tengo algún momento libre en el trabajo. Toma, te lo presto.

—¿Estás segura? —pregunto indecisa, me sabe mal quitarle la emoción de terminar de leer el libro.

—Claro, tonta. Tengo otros —confiesa con un guiño cómplice.

—¡Oh, qué bien! ¡Mil gracias! —exclamo ojeando la portada antes de guardarlo en mi bolso—. ¿En este explica cómo funciona esto de la poligamia o poliamor?

—Léetelo y tendrás muchas respuestas. Pero ahora mismo mejor pregúntame a mí. ¿Qué quieres saber?

Esto sí que no me lo esperaba. Anaís la asesora de sexualidad moderna y liberal. La primera amiga del grupo en casarse y la más modosita resulta que es la que más sabe latín.

—Bueno... ¿Todo? Quiero saber qué piensa, qué puedo esperar de él... adónde nos lleva esta «relación» —comento marcando comillas en el aire.

Nos traen los cafés y me arriesgo a echarlo sobre los hielos, mal día para el riesgo, la mitad del café cae por todas partes menos en la taza y Anaís se ríe de mí. Pero bueno, para mí es lo más normal del mundo así que como si nada.

—Lo primero de todo: si él muestra interés por ti y tiene ganas de verte bastante, como me has dado a entender, es buena señal. MUY buena señal.

—Genial. —Sonrío contenta.

—Segundo: no vayas a presionarlo con «qué somos», «adónde va esto» o «qué puedo esperar de esta relación» —dice poniendo voz muy aguda—, porque entonces lo asustas y se pira. —Choca el lateral de su mano contra la palma de la otra, haciendo el gesto de pirarse.

—Ajá. —Pienso en que esas tres preguntas, de alguna manera, ya se las he hecho. *Ups*.

—Y tercero: si has encontrado un hombre que además de estar tan bueno como está, es interesante, tiene conversación, te gusta, te trata bien y es así de experimentado en la cama... ¡Disfrútalo por el amor de Dios! Estas cosas solo pasan una vez en la vida.

—Ya, si en ello estoy. Lo disfruto, créeme. —Si ella supiera—. Es solo que no sé cómo actuar con él. ¿Cómo si fuera un amigo?

—¡No! No es tu amigo. Tienes que actuar como la mujer increíble que eres, mostrarte tal cual eres, sé muy sincera y muy clara.

—Sí, él ya me ha dicho que la sinceridad es lo que más valora en una relación. —Le doy la razón.

—¡Exacto! Tienes que ser muy tú misma. Una mujer genial que quiere disfrutar de un hombre increíble como es él.

—¿Pero como si fuera un amigo con derecho a roce o qué?

—¿Has de etiquetarlo todo? —me pregunta y hace morritos.

Vale, David le ha pagado para que me hable así o qué está pasando aquí.

—Emmm... ¿Sí? ¿Claro? ¿Es la forma que tengo de entender las cosas?

—Pues se acabó eso Sofi, vivimos en una era moderna, ahora hay etiquetas tan nuevas que aún no se han ni impreso, ¿entiendes?

—Sí... ¿Creo? —No estoy segura de entender todo esto.

—Entonces lo que tú tienes con él aún no existe como etiqueta. Debes tratarlo como tú sientas. —Anaís pone una mano sobre mi pecho izquierdo. Yo me muerdo el labio inferior aguantando la risa porque no entiendo a qué viene que me sobe una teta y ella se ríe muy natural recolocando la mano sobre el corazón.

—¿Interrumpo algo? —la voz masculina, rasgada y sexy de David aparece junto a nosotras y la imagen ha de ser, como mínimo, curiosa. Anaís quita la mano de mi pecho rápidamente y se ríe como una ardillita, solo le falta una bellota entre las manos.

Yo me río también y cuando me estoy recuperando del sobresalto de verle de pronto, se inclina y me da un beso sobre los labios que me deja medio en *shock*. Se sienta donde estaba antes Mónica, en la silla que queda a mi

izquierda.

—Anaís, este es David. David, esta es mi amiga Anaís —consigo decir y ellos se dan dos besos.

—Encantada de conocerte David. —Sonríe pestañeando mucho. ¿Qué hace?

—Igualmente. —Le sonrío y mirándome a mí me pregunta—. ¿Tú no tienes amigas normales? ¿Todas son así de guapas o qué?

Anaís se pone roja como un tomate y le da un golpecito en el brazo.

—¿Qué va! Si yo soy muy normalita —exclama encantada. Al final tendré que matarla.

—Es lo que hay —le digo yo divertida.

David le pide un cortado con soja al camarero y después nos pregunta:

—¿De qué hablabais? No quería interrumpiros es que no me has dicho hora y como estaba por aquí...

—Claro, no hay problema. —Le sonrío encantada porque esté aquí con nosotras.

—Hablabamos de la bisexualidad —dice Anaís y yo la miro lanzando rayos láser con los ojos. ¿Qué dice? Eso era parte de una conversación privada entre nosotras.

—Ah, muy interesante —contesta él—. ¿Eres bisexual, Anaís?

—No. ¿Y tú? —replica Anaís muy rápida.

¿Pero esto de qué va?

David más que incomodarse o algo así, sigue tan natural y se ríe con esa risa masculina que tanto me gusta antes de contestarle.

ESTOY MÁS PERDIDA QUE ADÁN EL DÍA DE LA MADRE

—No me considero bisexual aunque tampoco soy de poner muchas etiquetas, ¿sabes? —Ahí están, las famosas etiquetas—. Nunca me he enamorado de un hombre ni me ha atraído sexualmente —continúa él tan tranquilo como si habláramos de preferencias en cuanto a sabores de helados—. Aunque sí he tenido relaciones en las que participaban hombres y tampoco me ha molestado —añade para terminar como pensando en voz alta.

Yo me atraganto con el café y empiezo a toser como si fuera a morir. Me miran preocupados, pero enseguida ven que sobreviviré y siguen a lo suyo. David pone su mano en mi espalda y me la acaricia suavemente. Podría pagar para que no parara nunca.

—Claro, te entiendo, además, dicen que las nuevas generaciones se enamoran de las personas indistintamente del sexo que tengan —aporta ella muy experta.

—Sí. La pansexualidad —confirma él.

Yo los miro como en un partido de tenis y me limito a tomar el café y asimilar toda la información que es capaz de procesar mi cerebro en este momento, que es más bien poca, por lo que opto por mirar solo a David.

David lleva unas Converse blancas bajitas, unos tejanos por encima de la rodilla con roturas e hilos colgando y una camiseta blanca ajustada que marca el cuerpazo que tiene debajo. Cuando sonrío, se ve su blanca y alineada dentadura. Cuando se le marcan los hoyuelos a mi me sube varios grados el calor corporal. ¿Y la barba de tres días sexy que me lleva? Buf. ¿Cómo lo hará para que siempre parezca de tres días?

Observo cómo se pasa la mano por su pelo castaño claro con destellos rubios echándolo hacia atrás en un tupé sexy y hípster.

—¿Tú qué opinas, Sofi? —pregunta David posando su mirada en mí.

—¿Eh?, ¿cómo?

Me ha pillado fuera de juego totalmente. No sé si aún hablan de ser

pansexuales o de qué.

—De la bisexualidad —aclara él y ambos me miran divertidos esperando a que responda.

—Ah... Claro, sí, muy bien. Me parece todo muy bien.

—¿Pero has tenido alguna experiencia con otra mujer? —concreta él.

—No, yo no... —Me viene Carla a la mente—. Bueno, ayer me besó una mujer en los labios, pero eso no cuenta, ¿no?

Ambos me miran alzando las cejas sorprendidos y empiezan a reír.

—¿Cómo? ¿Quién te besó ayer? ¿Y por qué no me lo habías contado? —pregunta él acercándose a mí y rodeando mi espalda con su brazo. Mmmm, su perfume llega hasta mi nariz y me recuerda cuánto deseo cada centímetro de este ser humano en concreto.

—Es una larga historia, luego te cuento —le digo yo entre risas. Él me mira encantado y me da varios besos rápidos.

—Bueno, pareja —dice Anaís. La muy... ¿Nos tenía que llamar «Pareja» precisamente?—. Os tengo que dejar. Tengo trabajo y se me va a hacer tarde.

Me pongo de pie y le doy un abrazo de despedida. Me ha encantado verla.

—Llámame pronto y repetimos, ¿vale? —bajando el tono hasta casi susurrarme al oído añade—: Dios, está aún más bueno en persona.

Yo toso disimulando y le contesto:

—¡Claro! Organizamos algo pronto.

Anaís se va dentro del restaurante, supongo que a pagar su parte, pero sale enseguida y se nos acerca de nuevo:

—¡La rubia! ¡Ha dejado todo pagado! —Se encoje de hombros divertida.

—Esta Mónica... La próxima la invitamos nosotras —apunto yo.

—¡Hecho! —sonríe Anaís y se aleja.

David aprovecha para acercar más aún su silla a la mía y se inclina sobre mí quedando a pocos milímetros de mis labios.

—¿Te he dicho que tenía muchas ganas de verte? —me pregunta como si no se acordara.

—Mmmm. —Hago como que me lo pienso—. Creo que no. No me lo has dicho, no. ¿Cuántas ganas dices que tenías? —Coqueteo descaradamente.

En sus ojos aparece ese tono oscuro y salvaje que solo puede significar una cosa: deseo. Como el que siento yo por él.

Se lanza sobre mí y me besa con intensidad, con fuerza, con ansia... Su lengua busca la mía y cuando se encuentran siento alivio físico y emocional. ¿Tantas ganas tenía de besarle así?

Le respondo encantada al beso y perdemos la noción del tiempo, del espacio y de la vida. Solo existe su piel, sus labios, su calidez y nuestras ganas mutuas de devorarnos.

Acaba el beso succionando mi labio inferior y yo necesito varias respiraciones asistidas para recuperarme. ¡Dios! El corazón me va a mil.

—¿Ahora te ha quedado un poco más claro? —pregunta haciéndose el confuso.

—Un poquito —respondo haciendo morritos sexys. ¡Estoy desatada!

—No te preocupes que después te lo explicaré mejor. Muuuucho mejor. —
Suen a una amenaza tan fantástica que algo late entre mis piernas.

—Eso espero.

—¿Qué mujer te besó ayer? ¿Y por qué? —pregunta divertido y a mí me encanta que quiera saberlo.

—¿De verdad quieres saberlo?

—¡Sí!

—La mujer de Mark. Me la encontré en el portal de casa ayer cuando llegaba.

—¿La de tu ex? ¿El del hospital?

—Sí, la misma.

—¿Y te besó? —pregunta alucinando.

—Bueno, primero hablamos un rato, le expliqué que yo nunca supe que él estaba casado; de haber sido así no habría ocurrido nada de lo que ocurrió.

Me sorprende hablar de esto sin alterarme lo más mínimo, parece que realmente ese capítulo empieza a sanar.

Él aprovecha que tengo la coleta para acariciar la piel de mi nuca con sus dedos suaves y a mí me cuesta concentrarme en lo que le estoy explicando. Me encanta tanto que me acaricie así porque sí. Siempre busca el contacto, el tocarme. Aunque sea en una terraza en medio de la calle y estemos hablando, su mano ha de estar repartiendo caricias por mi piel. Es demasiado bonito para ser verdad.

—Y bueno, después de mi confesión ella estuvo llorando un rato. Yo le dije que la apoyaría si al final se divorcian y cuando ya se iba me dio un beso en los labios. Creo que se vino arriba al ver que yo no era la zorra que se esperaba encontrar.

David se ríe y me mira con mucho interés.

—¿Y... te molestó? El beso, digo.

Yo analizo a qué viene esta pregunta y le contesto totalmente sincera:

—No, no me molestó para nada, me sorprendió más bien.

—¿Nunca has tenido fantasías de hacer cosas... con otras mujeres, Sofi?

Ups. ¿Qué he de contestar? Anaís dice que sea muy yo, muy sincera y auténtica, que eso le gustará. Pues que así sea.

—¿La verdad? No. Nunca me lo he planteado —digo negando con la cabeza.

—¿Pero estarías dispuesta, por ponerte un ejemplo aleatorio, a acostarte conmigo y con otra mujer?

Dios, no sé si estaría dispuesta, pero siento un calor repentino entre mis piernas que me indica que no haría ascos a nada que incluya «acostarte conmigo» si suena en su boca. Me pone, incluso, imaginarme un trío con otra mujer si está él. Este hombre me está volviendo loca.

Sonrío con picardía.

—¿Te gustaría? —pregunto yo como respuesta.

—¿Qué si me gustaría? ¡Claro! —exclama como si fuera obvio—. Todo lo que sea contigo me gustaría y mucho.

Me atrae hacia él por la nuca y me muerde los labios, los lame, los devora. Creo que no soy la única que se está calentando por la conversación. ¿No podemos irnos ya a su casa?

Yo muerdo su labio inferior despacio, conteniéndome. Y succiono tirando de él. Lo miro con deseo y me encuentro lo mismo en su mirada.

Niega con la cabeza a algo que ha pensado y recorre mi cuerpo con la mirada.

—Bueno, ¿qué quieres hacer? —pregunta mirando su reloj de muñeca—. Son las cuatro, ¿te apetece un bañito en la playa?

—¿Y si vamos a tu casa? —propongo poniendo una mano en su muslo e inclinándome hacia él. David me mira entre sorprendido y divertido.

—¿Es lo que quieres? —replica con la voz muy baja y un tono sensual.

—Sí, es lo que más quiero ahora mismo. —Estoy siendo tan sincera que me sorprende incluso a mí misma.

—No se hable más.

Caminamos pocos pasos hasta su coche. Ha tenido suerte aparcando tan cerca. En cuanto me subo y me pongo el cinturón, el olor del ambientador del coche me trae recuerdos. De cuando estuvimos en el *parking* de plaza Catalunya, por ejemplo.

Me deleito la vista observando cómo conduce hasta su casa. Es excitante la imagen, de veras. Creo que en algún momento tendremos que hacerlo en este

coche, es una fantasía que tengo desde que nos subimos la primera vez.

En vez de poner el aire acondicionado vamos con las ventanas abiertas y el aire mueve el cabello de mi coleta. El día está totalmente soleado y Barcelona más bonita que nunca. ¿O son mis ojos que hoy ven todo más bonito?

Entramos en su *parking* y en el momento en el que accedemos al ascensor y se cierran las puertas, avanza hacia mí como un león que tiene a su presa enjaulada y me empuja suavemente contra el espejo pegando todo su cuerpo al mío. Respiro aliviada al sentirlo, ¿cómo puede gustarme tanto tenerlo cerca y sentirlo así?

Me besa suave, despacio, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, hasta que llegamos al rellano de su piso. Cuando se abren las puertas del ascensor, nos sorprende la presencia de alguien junto a su puerta. En cuanto observo mejor, reconozco quién es. ¿Qué hace Fani aquí? Vaya corte de rollo, por cierto.

—Hola, chicos —saluda entre sorprendida e incómoda en cuanto nos ve tan intensos.

—Hola, Fani —la saludo yo y, tras recuperar la compostura, le doy dos besos. Va monísima con un vestido muy casual, palabra de honor blanco que realza su escote, es corto por encima de las rodillas. Lleva el pelo negro liso por debajo del hombro y el flequillo recto perfecto sobre sus ojos.

David no le dice nada, pero se acerca y le da un beso sobre los labios.

¿Hola? ¿Qué acaba de pasar?

Ellos actúan como si fuera lo más normal del mundo. Yo alucino, pero me mantengo impávida. Entramos los tres en la casa y él lo primero que hace es sacarse las Converse y dejarlas a un lado.

—¿A qué debo esta visita? —le pregunta a Fani con un tomo amable y casi cariñoso.

—Hace días que no estás muy participativo en WhatsApp —dice ella tan tranquila—, y venía a verte para saber si ya estás mejor de la migraña.

—Sí, ya pasó. Y he tenido bastante lío estos días —dice él mirándome a mí. ¿Yo soy su lío?—, por eso no he participado mucho en el grupo.

—Ya veo, ya. —Ella me mira a mí también. Pues sí, debo ser yo la culpable.

¿Qué hay entre estos dos por cierto? No me gusta un pelo. Pero bueno, después de saber que Fani ha hecho cosas frente a Christian y Mónica entiendo que quizá lleven todos un rollito abierto liberal que yo desconozco. Tiene pinta de ser eso.

Nos sentamos los tres en el sofá y David nos ofrece algo de beber, Fani pide agua fría y David va a la cocina a buscarla.

—¿Cómo estás, Sofia? ¿De vacaciones? —me pregunta con una sonrisa amable.

—Sííí, por fin... —le contesto—. ¿Y tú? ¿Tienes vacaciones?

Pienso en que en realidad no sé ni de qué trabaja. Una música suave pero animada empieza a sonar por los altavoces del comedor, imagino que David ha puesto música desde su móvil.

—No, yo no, pero tengo horarios muy raros. Soy enfermera y voy cubriendo turnos según la necesidad —me responde.

—Ahhh. ¿En qué hospital estás?

—En el Hospital del Mar.

Ahí estuve hace poco. Así que es enfermera. Misterio resuelto.

David vuelve con vasos y agua fría en una jarra y se sienta entre las dos. Fani se bebe el suyo entero.

—Bueno chicos, sabiendo que está todo bien, os dejo tranquilos —dice poniéndose en pie y recogiendo su bolso—. No os quiero molestar.

—¡No molestas! —le digo sincera. Por mucho que desconozca la naturaleza de su relación, son amigos. Eso es evidente y yo quiero caer bien a sus amigos y conocerlos mejor. Es una forma de conocerlo mejor a él también.

—Claro que no Fani, ven —le pide David y ella vuelve a sentarse en el sofá, a su lado como si respondiera una orden.

—Está bien, pero me iré enseguida. —Sonríe aunque parece que se siente incómoda.

—¿Y Lucas? —pregunta David manteniendo ese tono de voz que denota confianza y cariño a la vez.

—Currando. Ha ido a Caprice para controlar el *stock* y reunirse con el personal para preparar el evento del fin de semana. ¡Bachata sensual! —exclama divertida moviendo los hombros lo cual hace que su pecho se mueva también sexy.

—Ah, genial, quizá nos pasemos, ¿no? —me pregunta David y yo afirmo con la cabeza. ¿Por qué no? Si pude con la salsa podré con la bachata. Además, me encanta que cuente conmigo para el fin de semana.

Un silencio incómodo aparece entre los tres. Yo no sé adónde mirar. Hago como que miro al infinito, pero realmente hay una tensión extraña entre nosotros. ¿Tendrán relaciones sexuales habitualmente estos dos? No entiendo nada, ¿lo sabrá Lucas? ¿Estará de acuerdo? ¿Participará Lucas también?

¿Esperaría Fani encontrarlo solo en casa? ¿Qué habría pasado si yo no hubiese llegado junto a él? ¡Cuántas preguntas!

David pone una mano sobre mi muslo y dibuja círculos sobre él. Yo lo miro con una sonrisa y veo que está haciendo lo mismo en el muslo de Fani, la cual nos mira expectante.

No me molesta que esté haciendo lo mismo con ella y eso es una gran sorpresa para mí misma. Pensaba que mi instinto asesino aparecería, pero no. No siento nada más que el placer de sentir sus manos sobre mi piel.

Entonces Fani se gira un poco hacia David y pone su mano sobre el muslo de él. Esto ya no me gusta tanto. Como si fuera un acto reflejo o una lucha inconsciente por marcar el territorio, pongo yo mi mano en el otro muslo de David y subo despacio por dentro del tejano. David suspira algo tenso.

Fani, entonces, me mira con una sonrisa tierna. Como si yo le cayera muy bien de pronto. Sé que le caigo bien porque lo he notado cuando hemos hablado en otras ocasiones, pero ahora parece que le caigo mejor de pronto, no sé por qué. Es una sensación que tengo. Estira la mano que acariciaba el muslo de David, y acaricia mi mejilla con ternura.

—Eres tan bonita —susurra—. No me extraña que lo lleves loco —añade mirando de reojo a David. ¿Que yo lo llevo loco? ¿No es más bien al revés? Él me lleva loca a mí.

Sin saber por qué pongo mi mano sobre la suya y la acaricio con suavidad.

Entonces David parece que cobra vida y se acerca para besarme. Lo hace como en el ascensor, suave, cálida y lentamente. Y de pronto hemos vuelto al beso caliente que teníamos antes, lleno de pasión. Asalta mi boca con exigencia. Yo respondo encendida y siento que la mano de Fani en mi mejilla se desvanece. Sin saber bien por qué, me sabe mal estar besándome así con David y ella delante. Paro un poco el beso y lo miro a los ojos. Parece que hay curiosidad tras ellos. Siento como si me estuviera pidiendo permiso para algo que no estoy preparada para dar.

Si me pregunta no sabré qué decir.

¿Estoy dispuesta a acostarme con él y con otra mujer?

En la teoría sonaba más sencillo. Ahora que estoy en esta situación no sé ni cómo se hace. Ni cómo debería actuar, ni como nos coordinaríamos, ni... No, si me pregunta no sabré qué responder.

Entonces él respira hondo, coge mi mano con la suya presionando un poco, recordándome que está aquí conmigo y se acerca a mi oído.

—¿Recuerdas la palabra?

¿La palabra? Ah... ¿La de seguridad? ¿Por qué hemos de pensar en la palabra de seguridad ahora?

—¿Vibración? —le susurro yo.

—Sí. Úsala si lo crees conveniente.

Y se aleja de mí despacio sin quitarme la vista de encima. Hasta que se gira buscando los ojos verdes de Fani y en cuanto los encuentra, sin soltar mi mano, se lanza a besarla. No es un pico de amigos liberales como podía ser lo de antes, no, esto es un señor beso. Y sorprendentemente no tengo deseos de matar a nadie ahora mismo. Me fascina ver como la besa. Me siento *voyeur* por un instante. Es excitante verlos. ¿Así se ve cuando me besa a mí? Entregado a la pasión y al momento, devorando sus labios con ansia. Es tan sexy todo él. Fani responde al beso, por supuesto, y no es el primero. Esa pregunta queda contestada en mi mente.

¿Y se supone que yo debo usar la palabra de seguridad? No, no voy a usarla. Por fin voy a descubrir algo más sobre él y su mundo y ya que estoy aquí, debo llegar hasta el fondo.

David, sin dejar de besar a Fani, lleva mi mano hasta su entrepierna y la deja ahí, como para darme una idea por si no sabía que existía esa erección entre nosotros. Pues me parece muy interesante. Así que desabrocho su tejano y dejo salir la erección fuera de la ropa interior como lo haría si estuviéramos solos. Suspiro al verla. Me pone tantísimo saber que está así y en parte es cosa mía. Claro que en parte es cosa de la morenaza guapa a la que le está besando delante de mí.

Creo que en realidad me siento muy rara por no sentirme mal. Es una sensación extraña. Siempre pensé que ver a la persona que te gusta besando a otra persona era el fin del mundo conocido, como mínimo, pero ahora que está sucediendo delante de mí, al menos en este caso, no me parece nada tan malo.

La pregunta: *¿quieres acostarte conmigo y con Fani?*, nunca ha llegado a formularse como tal, pero está sucediendo. Y aunque tuviera claro que no estaba preparada para contestarla, parece que mi cuerpo sí está preparado ya que responde por sí mismo a esta situación. Estoy totalmente excitada y curiosa de ver qué ocurre a continuación. La palabra de seguridad la tendré presente, pero algo me dice que no voy a tener que usarla. Nunca.

Él deja de besar a Fani y se lanza a por mi cuello como un vampiro. Me muerde, me lame, me succiona. Creo que me va a dejar marca, está siendo menos suave de lo que ha sido anteriormente y eso me excita muchísimo, me encanta este lado salvaje de David. Yo acaricio su sexo, que está tan duro y

caliente que no llego a cubrirlo con mis dedos.

Fani me mira con deseo, no con deseo hacia David, sino con deseo hacia mí. Es una sensación muy curiosa sentir que otra mujer te desea y verlo en su mirada. Creo que no me había pasado nunca. Se levanta del sofá y se saca la ropa despacio, su vestido cae al suelo dejando al descubierto unas curvas bonitas y un conjunto de lencería blanco precioso que enmarca unos pechos generosos.

Por cierto, ¿qué llevo de ropa interior? Intento recordar qué me he puesto y no lo recuerdo. Espero que al menos vaya a conjunto.

Fani se sienta en el borde de la mesa, frente a mí y me ayuda a sacarme la blusa. David se separa un poco para dejarme espacio y ella me la quita por arriba. David me levanta para ponerme de pie entre él y Fani y juntos me quitan el *short*. Actúan como un buen equipo, un equipo sincronizado, no como yo, que estoy más perdida que Adán el día de la madre. Pero me dejo hacer, que ya es mucho. Estoy fluyendo con lo que ocurre y me siento bien. Me hacen sentir cómoda. La música suena de fondo incitante, el frescor del aire acondicionado nos hace estar a gusto y tengo a dos personas que ahora mismo están entregadas a darme placer. Creo que no está tan mal esta situación.

David se levanta y besa mi espalda mientras desabrocha el sujetador. Fani también se pone de pie y termina de sacármelo. Lo tira al suelo para después quitarse también el suyo. Tenemos una talla parecida de pecho, ahora que los veo al descubierto.

Fani, entonces, me los acaricia con suavidad y juega con mis pezones. Vale. Si ayer una pelirroja me besó sobre los labios y hoy Anaís ha puesto su mano por error en mi teta, esto definitivamente es otro nivel. Fani me los acaricia de verdad, como lo haría David. Él desde mi espalda acaricia mi vientre y sus manos bajan hasta mi tanga, que es blanco a juego con el sujetador, es un conjunto de los nuevos y es muy sexy. Me alegro mucho de habérmelo puesto.

Después de meter su mano derecha dentro de mi tanga y acariciarme por encima del clítoris y de la vagina entera, pega sus labios a mi oído derecho y me susurra:

—¿Te gusta?

Afirmo moviendo la cabeza y con la mano que tiene libre me quita la coleta dejando que todo mi pelo caiga liso sobre mis hombros y mi espalda.

—Me gusta más así —dice acariciando mi pelo suelto.

¡Lo tendré en cuenta!

Fani entonces se mete uno de mis pezones en la boca y lo lame suave, como

un caramelo. Entre lo que siento en ese pezón y lo que me está haciendo David por dentro del tanga, estoy sintiendo cada vez más calor concentrándose en todo mi centro. ¿Debería sentirme muy extraña porque una mujer me esté proporcionando placer? Sin duda, sí. Debería. Pero no. No me siento mal ni incómoda. Me parece todo natural, como si ella no estuviera.

¡Madre mía!, y todo esto sin drogas ni alcohol. Menos mal que nunca las he probado.

Fani asciende de mi pecho repartiendo besos suaves por mi escote hasta llegar a mi boca, donde besa la comisura con prudencia y espera a que haga algo yo. No pienso mucho en ello porque si no sé qué haría, así que desconecto el pensamiento y dejo que sea mi cuerpo el que dicte las normas ahora mismo. Nada de juzgar lo que está ocurriendo, solo sentir.

Cierro los ojos para percibir aún más y juzgar todavía menos y siento sus labios contra los míos. Son finitos y suaves, me besa con poca presión, despacio. David introduce entonces un dedo en mi abertura y juega con ella mientras pega su erección a mis nalgas y se refriega un poco contra mi cuerpo. Me pone a mil que haga eso. Mi beso se vuelve intenso con Fani y soy yo quien lo profundiza. Busco su lengua y parece que nos acompasamos. Ella, mientras, acaricia mis pechos con las dos manos y yo tímidamente poso mis manos en sus pechos también. Los tiene mucho más blanditos que los míos que son mucho más firmes. No tengo ni idea de cómo acariciar pechos. Bueno, sé cómo me gusta acariciar los míos, pero claro, esto es totalmente nuevo y desconocido para mí. Ella gime cerca de mi boca y yo abro los ojos para contemplarlo. Ha cerrado los ojos y el motivo es que David está haciendo con ella lo mismo que conmigo. Entonces David deja de tocarla a ella para coger mi mano y dirigirla hasta allí. Yo respondo dejando que me maneje como quiera, me siento totalmente dispuesta a todo lo que él quiera hacer. Me hace tocarla, acariciar su abertura y trazar círculos sobre su clítoris tal como está haciendo él conmigo. Un calor terrible está creciendo bajo sus caricias y la situación que estamos compartiendo también influye en que esté más que lista para correrme en cualquier momento.

A pesar de estar frente a una chica, acariciando su clítoris y viendo como respira fuerte por el placer que le provoco, lo que siento ahora mismo es que estoy más unida a David de lo que lo estaba hace un rato. Es extraño, pero lo siento así. Ahora mismo es como si David y yo fuéramos una misma persona. Ambos estamos jugando con Fani, ahora él y yo somos un equipo y ella es nuestro juguete y no al revés.

SOIS COMO DOS PIEZAS HECHAS JUSTO A LA MEDIDA DEL OTRO

David

Sofía está tan mojada que no necesito preguntarle si le está gustando para saberlo. Esto sí que no me lo esperaba hoy. ¿Habrá un día en que esté con Sofi y no me deje impresionado? Justamente hablando de acostarnos con otra mujer y Fani aparece en nuestra puerta. En serio, Universo, te debo una y de las grandes. Si lo hubiese planeado no me habría salido tan bien. Los jodidos astros se alinean a mi favor en todo lo que respecta a Sofi.

Introduzco otro dedo entre sus labios vaginales y juego dentro de ella como sé que le gusta, despacio pero fuerte, con movimientos certeros. Observar como ella toca a Fani es algo que me está poniendo como un animal. La acaricia como lo haría consigo misma, imagino, con delicadeza, con respeto, con suavidad. Es lo más erótico que he visto nunca y eso que no es el primer trío con dos mujeres que hago.

Pero esa ingenuidad que tiene Sofi en la mirada, esa curiosidad que la lleva a retarse a sí misma constantemente, esa facilidad para adaptarse a lo que venga... Es algo realmente asombroso y excitante.

Fani está como loca. Le encanta lo que le hace, pero de ella nada me sorprende. Qué no ha hecho ya Fani. Qué no hemos hecho ya juntos. Bueno, lo que nunca hemos hecho estando a solas, por raro que sea, es follar. Siempre que jugamos solos lo hacemos de otra manera.

Me froto contra las nalgas de Sofi porque no puedo aguantar más. Tengo tantas ganas de metérsela. Aún no sé cómo lo vamos a hacer, normalmente estas cosas se hablan o se pactan primero, al menos yo siempre lo hago así, para que después no haya malos entendidos. Pero en este momento creo que lo mejor será dejarse llevar e improvisar. De todas formas, sé que a Fani no me la voy a follar, es una de las normas que tiene con Lucas, nada de follar con Christian o conmigo si él no está presente, solo jugar. Puede correrse en mis

dedos, en mi boca, o frente a mí, pero nunca conmigo dentro. Para-noias de Lucas, que es un degenerado, pero con normas muy estrictas.

Si sigo masturbando a Sofi se va a correr, lo noto, se está tensando alrededor de mis dedos, y no quiero que se corra aún. Quiero sentirla alrededor de mi polla, quiero que se tense y se suelte justo cuando yo esté dentro de ella, eso lo tengo muy claro.

Me separo un poco de ella, que deja de tocar a Fani intentando intuir qué vamos a hacer a continuación. La tumbo en el sofá y ella se deja hacer, está completamente dispuesta. Miro a Fani y de alguna manera le explico con la mirada que esto es más fuerte que yo. Ella me mira con una sonrisa, le parece bien. Así que me tumbo sobre Sofi y separo sus piernas para colocarme bien entre ellas. Con mi polla acaricio sus labios vaginales y los voy separando, me encanta sentir lo mojada que está. Resbala tanto que me dan ganas de metérsela sin más. He de acordarme de hablar con ella sobre esto, sería un puntazo poder sentirla sin barreras. Podríamos buscar alguna opción.

Abro un cajón de la mesita antes de que se me vaya la olla y saco un condón. Fani me lo quita de las manos y se ocupa de deslizarlo por mi pene con maestría. La beso como muestra de gratitud mientras vuelvo a colocarme entre las piernas de Sofi. La boca de Fani es deliciosa, tiene unos labios que parecen de chocolate. Sofi dirige mi polla hacia su vagina y empieza a tocarse con ella, me vuelve loco que haga esto. Que se masturbe usándome a mí de consolador es algo que me supera. Un día quiero que se corra simplemente haciendo esto. Es una fantasía que tengo. Últimamente todas mis fantasías llevan su nombre.

Fani deja de besarme y se sienta en la mesita, junto a nosotros. Ya veo lo que tiene en mente.

Sofi levanta las caderas, quiere que se la clave bien profundo. Lo que no sabe es cuánto quiero hacerlo yo.

Se la meto de un solo empujón, hasta el fondo y ella gime cerrando los ojos y cogiéndose de mis brazos como si pudiera salir disparada de no hacerlo. Está tan a punto... y yo también.

Sentirla es algo indescriptible, está tan prieta, tan mojada, tan caliente. Me hace perder la cabeza.

Por un momento olvido que Fani está aquí y cuando la miro veo que tiene las piernas separadas y está frotando su clítoris con sus dedos en círculos sin quitar la vista de nosotros. Esto le gusta. Me sonrío y yo le sonrío. No nos hacen falta las palabras para saber que todo está bien, siempre me ha gustado

eso de ella. La última vez que nos vimos, hace unas semanas, acabamos en mi habitación, ella masturbándose en el sillón que tengo frente a mi cama y yo haciendo lo mismo tumbado en la cama. Simplemente nos mirábamos y nos dábamos placer a nosotros mismos. Fue muy morboso.

Sigo follándome a Sofía con fuerza, despacio pero bien fuerte. Sé que así es cómo le gusta. Lo sé por cómo gime y por lo tenso que se pone todo su cuerpo al recibirme. No parece que esté nada cortada por tener a Fani a nuestro lado, es como si fuera algo que hacemos de siempre. Yo si fuera ella, estaría cortadísimo. El primer trío que hice salió fatal por eso.

Sigo manteniendo ese ritmo y siento como todo el calor se está acumulando en mi cuerpo. Estoy a punto de estallar. Pero entonces algo llama mi atención, Sofía ha estirado su brazo hasta tocar a Fani y está acariciando su muslo. Simplemente como para demostrar que no se ha olvidado de ella. Es tan atenta. Fani encantada se ha echado un poco hacia atrás y se sigue dando placer a sí misma y gimiendo, eso enciende a Sofi, lo siento en cómo tiembla de placer todo su cuerpo. Está al borde del abismo.

Me inclino hacia ella y le susurro lo que sé que la hará saltar:

—Córrete para mí, nena. Así. Eso es.

Y siento que todo su sexo se tensa alrededor del mío. Varios músculos se contraen en ella haciendo que pierda completamente la cabeza y estalle de placer. Me corro. Por un momento solo existe una sensación de placer y bienestar que se expande por todo mi cuerpo. Abro los ojos y respiro agitado. Sofi está igual. Estamos algo sudorosos.

Sofía sigue con su mano sobre el muslo de Fani y ella sigue tocándose. Yo sé que falta algo para que se corra. Así que acerco mi mano a la de Sofi y la guío hasta el clítoris de Fani, donde juntos le aplicamos presión como sé que le gusta, no hay movimientos, solo presión. De más suave a más intensa. Presión que hace que Fani estalle y grite de placer. Aún estoy dentro de Sofía y esto me está poniendo tanto que creo que vuelvo a estar empalmado así que empiezo a moverme nuevamente.

Sofi deja de tocar a Fani que ya ha terminado y me mira sorprendida.

—Aún no he acabado contigo —le explico como puedo entre jadeos.

Ella sonrío pícara y me vuelve loco. Vuelvo a recuperar el ritmo que teníamos y ejerzo presión sobre su clítoris como he hecho con Fani, quizá a ella también le guste.

Sofía cierra los ojos y gime como nunca. Sí, esto le gusta. Levanta las caderas buscando que el impacto de mis embestidas aún sea más fuerte y yo

me pierdo en su cuerpo. Me lanzo a por su boca y succiono su labio inferior con cuidado de no hacerle daño, cualquier día se me irá de las manos.

Se la meto todo lo profundo que puedo y sigo presionando ese botón que tiene tan valioso entre nosotros. Ejercicio presión suave y la intercalo con presión más fuerte.

—Quiero que te corras otra vez —le digo con un tono un poco dominante sin darme cuenta.

—Ohhh... sí...

Responde a mi orden enseguida y siento que todo su cuerpo vuelve a tensarse a mi alrededor.

Se me ocurre que debería haber cambiado el condón, pero ya es tarde. Estoy corriéndome otra vez dentro del mismo. El placer me sacude por completo y grito su nombre mientras siento como me libero.

—Ohh, Sofía...

Me dejo caer sobre ella con cuidado de no aplastarla y noto su pecho subir y bajar con la respiración agitada igual que la mía.

Joder, no recuerdo cuando fue la última vez que me corrí así. Dos veces seguidas. La madre que me parió. Me río sin querer y Sofi lo hace también.

—Qué locura —murmura ruborizada.

Busco con la mirada a Fani y no la veo, sale justo del lavabo en ese momento y viene a donde estamos nosotros desnuda y con una sonrisa satisfecha. Vaya cuerpazo tiene.

Empieza a vestirse y yo salgo con cuidado de Sofi. Me quedaría dentro un rato más, es alucinante lo bueno que es estar ahí, pero he de sacarme el condón este antes de que sea tarde. Me lo quito y le hago un nudo mientras voy al lavabo para tirarlo a la papelera.

Me lavo las manos y me paso un poco de agua por el pelo, estoy rojo de todo el cardio que acabo de hacer. Quien me iba a decir que iba a terminar el día con un trío que incluye a Sofía en mi sofá. Si me lo dicen esta mañana, no me lo creo.

Cuando salgo se están acabando de vestir y hablan de ropa o algo así. Ambas desvían la mirada furtivamente para recorrer mi cuerpo y eso me halaga. Sé que les gusta lo que ven, lo veo en sus ojos. A mí me fascinan sus cuerpos, son perfectas para mí. Fani es más delgadita y bajita, pero es que Sofi es perfecta, parece hecha a mi jodida medida.

—Bueno, una que se va, ahora sí. —Ríe entre dientes Fani mientras coge su bolso.

Sofi me mira como preocupada. ¿Le sabe mal que se vaya?

—¿Por qué no te quedas Fani? Podemos ir a tomar algo —propongo yo.

Fani me mira indecisa. No quiere irse a casa y estar sola. Sabe que Lucas probablemente se esté tirando a Laia o a Nerea, o a Laia-y-Nerea. Nunca ha estado del todo a gusto con el estilo de vida que lleva él. Y venir a verme a mí o a Christian, de alguna manera le hace sentir que sigue teniendo el control sobre lo que ocurre en su vida, pero la realidad es que no encuentra su sitio. Fani es muy liberal y ardiente, pero todos sabemos que desea tener a alguien en exclusiva y que, llegado el momento, le pida matrimonio y se hipoteque con ella para comprar una casa en algún pueblo de las afueras. Y todos sabemos, muy a nuestro pesar, que Lucas no será esa persona.

—¿De verdad? No os quiero incomodar —dice mirando a Sofi que sonrío y afirma para que se quede.

Sofi va al lavabo y vuelvo a sentarme en el sofá en cuanto me he vestido. Me bebo un vaso entero de agua y me recuesto recordando que acabamos de hacer un trío. Aún no me lo creo. Ha sido genial. Las cosas improvisadas a veces son las que salen mejor.

Fani se sienta delante de mí, en la mesa en la que hace unos minutos nos miraba y se tocaba y sonrío.

—¿Qué? —le pregunto.

—Nada. —Sigue sonriendo. No sé qué me quiere decir.

—¿Qué, Fani? —insisto.

—Nada, de verdad. Es solo que... no se ve todos los días algo así.

—Lo sé, nena, no todos los días se ve una po... —bromeo, pero me corta antes de que acabe la frase para aclarar:

—Me refiero a cómo encajáis. Sois como dos piezas echas justo a la medida del otro. Y no me refiero a físicamente, que ya he visto que también. —Se aclara la voz y se sonroja.

Me sorprende que Fani nos vea de esa forma. Yo lo siento así también, pero es curioso que desde afuera alguien pueda percibirlo como yo. Estoy totalmente de acuerdo con que Sofi encaja conmigo de una forma que no ha encajado nunca nadie antes. Y no es solo a nivel sexual, que es una bomba de relojería, es a todos los niveles. Es una conexión especial, de verdad.

Sofi sale del lavabo y abro los brazos para que venga a mi lado, necesito sentirla todo el tiempo. Quizá me esté obsesionando o algo, no lo sé. Nunca he tenido esta necesidad por el contacto físico con nadie. Habitualmente me follo a las tías que quiero y una vez me corro, ya no me apetece compartir mucho

más. He estado a gusto con algunas, como con Gloria o Fani, con las que nos une una amistad y cariño especial. Pero no he sentido nunca esta necesidad casi enfermiza de tocarlas constantemente y sentir las cerca de mí.

Sofi se recuesta a mi lado y apoya la cabeza en mi pecho. Yo la abrazo estrechamente y beso su pelo suelto y suave.

—Bueno, chicas, ¿qué os apetece? ¿Vamos por ahí a tomar algo?

—Vale —susurra, Sofi, en mi pecho.

Fani afirma con la cabeza encantada.

—Os voy a llevar a un restaurante en la playa que me encanta, luego podemos cenar allí si queréis. —Miro a Fani y añado—: ¿Avisamos a Lucas así se viene cuando acabe en el curro?

Ella se encoje de hombros, me da que estos han discutido o algo.

—¡Pues vamos!

Nos subimos al coche, Sofi delante y Fani detrás, y pongo dirección a un restaurante del maresme que está a media hora de Barcelona, pero vale mucho la pena.

Fani conecta su móvil por *Bluetooth* y pone a Romeo Santos, ¡cómo no!

—¿Te gusta la bachata, Sofi? —pregunta mientras baila en el asiento de atrás todo lo que puede.

—Sí, me gusta. No sé bailar, pero me gustaría aprender.

—Yo te enseñaré —le dice. Tienen una complicidad como si fueran amigas de toda la vida.

—¿En serio? Sería genial.

—Claro, ahora te enseño en la playa cuatro cosas básicas y el sábado arrasas en el Caprice.

Sofía da palmas en el aire, está encantada. Yo sonrío contento de que mis chicas se lleven tan bien. Cantan y bailotean todo el trayecto hasta llegar al sitio. El buen humor reina entre nosotros. No me extraña, la verdad. Vaya polvazo que nos hemos pegado.

Son las seis y media cuando llegamos al Be Water. Es un restaurante en la playa que tiene una terraza *chill out* sobre la misma arena con una decoración exquisita. Pufs sobre la arena, tumbonas y hasta camas tipo balinesas con cortinas blancas. Siempre me da la sensación de estar en Ibiza o en algún otro sitio. La comida está riquísima y los mojitos todavía más. Me encanta este sitio.

Las chicas no habían venido nunca y se sorprenden de lo chulo que es. Además, el encargado les habla muy meloso en argentino y ellas, ¡cómo no!,

responden encantadas.

Ché, ¿cómo están?, qué beshas que son...

Tengo que aprender argentino para ganar puntos.

Nos sentamos en una mesa sobre la arena con una sombrilla que nos cubre de los últimos rayos fuertes del sol antes de que empiece a bajar. Nos pedimos mojitos los tres, yo normal y ellas de fresa. Observamos el mar y siento como me voy relajando por momentos. Me encanta la playa y el mar. Es lo que más me gusta de las vacaciones de verano, poder disfrutar de un atardecer con los pies descalzos sobre la arena.

No está muy llena la playa, los veraneantes empieza a recoger tras pasar el día entero al sol. Pero aún queda gente y hay buen ambientillo. Es una playa muy familiar, pero juvenil. Lo único que no me gusta es que en la mesa de al lado hay dos tíos que no dejan de mirar a Sofi y a Fani descaradamente, no me extraña que las miren, no es para menos, pero como no se corten un poco, al final la tendremos.

No soy agresivo, al contrario, soy pacífico y muy zen, siempre que no me toquen demasiado los huevos, claro. Porque sino ni zen ni pollas.

Nos traen los mojitos y están deliciosos, tal como recordaba del verano pasado.

—¿Qué pasa? Estás muy serio —susurra Sofi acariciando mi muslo por debajo de la mesa.

—Nada. La mesa de al lado que no dejan de mirar.

Sofi me mira totalmente sorprendida y su mirada va de la mesa de al lado a la mía intentando comprender.

—¿Te están mirando? ¿Esos tíos? —pregunta señalándolos discretamente. Me descojono sin poder evitarlo.

—A mí no, preciosa —le digo entre risas—. No soy yo lo que llama la atención de esta mesa —explico y Fani se parte.

Sofi se pone roja y parece asombrada. ¿Es que no ve lo guapísima que es? ¿En serio?

—Bah, más les gustaría a ellos. ¿Quieres que miren más? —propone Fani muy chula y se acerca por encima de la mesa y da un beso suave a Sofi, que si estaba roja ahora está morada.

—Dios, no estoy preparada para esto —dice Sofi, entre risas, roja como un tomate.

—¿Pero a que ha funcionado? —pregunta Fani expectante.

Me acerco a Sofi y le planto un beso yo también, por si quedaba alguna

duda, no vayan a pensar que son lesbis y yo el amigo pagafantas. No tíos, yo soy el que está con ellas.

Sofi me responde al beso encantada, esto le gusta más.

—Sí, la verdad es que sí que ha funcionado —digo al comprobar que se han girado algo sorprendidos y están pidiendo la cuenta para largarse.

El encargado, que lo ha visto todo, se ríe y me mira cómplice; seguramente valorando la suerte que tengo de estar con estas dos bellezas que encima han dejado claro que no hacen asco a liarse entre ellas. Yo me encojo de hombros. Es lo que hay. Soy un tío muy afortunado, es evidente.

—¿Vosotros... antes de hoy... ya...? —empieza Sofi intentando formular una frase coherente.

—Sí, no ha sido hoy la primera vez —contesta Fani. Las mujeres a veces se entienden con cuatro palabras. Es muy curioso—. ¿Ha sido tu primera vez así, verdad?

Sofi afirma tímida.

—¿Y qué tal la experiencia?

—Bien. —Se encoje de hombros y sonrío tímida. Es que me la como.

—No le des demasiadas vueltas al tema. Es diversión Sofi. En el sexo a veces las reglas cambian, ¿sabes?

—Y que lo digas. Mis reglas están cambiando a cada momento.

Los tres nos reímos. Soy culpable de ello. Asumo mi parte.

—Cuando yo empecé con Lucas estaba como tú. Lo que había hecho en la vida, fuera del polvo tradicional, era más bien poco. Y mira, poco a poco me han pervertido entre todos. —Ríe mirándome a mí.

—Oye, te has pervertido tú sola; nadie te ha obligado a nada, que yo sepa. —He de defender a mi amigo.

—Cierto.

—¿Y Lucas sabe que vosotros...? ¿Que a veces...?

¿Por qué no termina las frases? Realmente se siente incómoda con este tema. Acaricio su pelo suelto. Cómo me gusta que lo lleve así. Me gusta enredar mis dedos y sentir lo suave que es. Además, a ella parece que le gusta, se relaja cuando lo hago.

—Sí, claro. Nunca he engañado a Lucas. Él sabe bien cuáles son las reglas del juego, igual que yo.

—Ahhh, claro —dice ella como si entendiera algo de esto. Es que es monísima.

—Por ejemplo, yo sé que esta tarde no tenía trabajo en Caprice y que la

reunión con el personal significa que Laia le come la polla y luego Nerea se pone a cuatro patas para él.

¡Joder! Fani cuando quiere es demasiado gráfica. Hasta Sofi se remueve inquieta en su silla.

—Y por lo tanto —continúa ella tan tranquila—, yo sé que soy libre de hacer lo que quiera por mi cuenta. ¿Entiendes?

—Sí, claro, por supuesto.

Sofi deja de preguntar y Fani se queda pensativa mirando al mar. Me sabe mal que Fani sufra por Lucas. Pero él nunca la ha engañado, ella siempre ha sabido lo que había y lo ha aceptado. Además, ha aprendido a disfrutar de otras maneras.

Le hago una caricia en el brazo a Fani.

—Ehh —le digo con cariño.

Ella me devuelve la caricia, sonrío y vuelve al presente.

—Bueno, Sofi, ¿te enseño bachata?

—¡Sí!

Me dan un beso cada una y se van unos pasos más hacia el mar, donde ya no hay mesas ni sillas. Se ponen a bailar juntas, Fani le enseña el paso básico y Sofi parece que lo pilla rápido. Tiene unos movimientos de cadera tan sensuales que no puedo apartar la vista de ella.

Empieza a sonar bachata en el chiringuito y miro al argentino que me guiña un ojo. Yo le levanto el pulgar y le doy las gracias.

Las chicas, encantadas, aplauden y siguen practicando, ahora con música.

Aprovecho para enviarle un mensaje a Lucas:

Estoy en Be Water con Fani y Sofía. ¿Te vienes?
Cenamos aquí.

19:02

Veo que tengo un mensaje de Gloria de hace un rato:

Gloria:

¿Ya no me quieres? Hace días que no me contestas a los mensajes.

18:27

Ay, Gloria.

Preciosa, claro que te quiero. Pero estoy algo liado.
Ya hablaremos. Un beso.

19:03

Me sabe mal, pero realmente la única chica que quiero ver ahora mismo está frente a mí, aprendiendo bachata para bailarla conmigo el sábado.

Gloria responde enseguida:

Gloria:

Espero conocer a «tu lío» pronto. Yo también te quiero. Besos.

19:04

Me llega también un mensaje de Lucas:

Lucas:

Paso. Dile que la veo luego en casa. Laia y Nerea te envían recuerdos.

19:04

¡Será cabrón!

LO QUE YO OS DIGO, ALMAS GEMELAS

¡Fani es la caña! Me ha enseñado bachata en media hora. Bueno, lo básico, pero al menos, gracias a ella no pareceré un pato mareado el sábado. Estoy deseando poner en práctica lo que me ha enseñado con David, contra su cuerpo, concretamente.

Estamos las dos mojándonos los pies en la orilla y mirando al horizonte. No me puedo creer que haga menos de dos horas de haber estado... tocando a esta mujer. Mi vida últimamente está cambiando demasiado deprisa, no me da tiempo de asimilar lo que ocurre en ella.

—¿Vamos con David? —me pregunta girándose hacia el restaurante.

—Sí. Ve yendo tú, ahora voy.

Fani sonrío y va con él. Yo vuelvo a mirar al horizonte. El sol empieza a ponerse y el cielo está estallando en colores tan bonitos como todo lo que siento yo. Me siento tan libre que me sorprende. En una semana, que es el tiempo que hace que David ha entrado en mi vida, he derrumbado barreras y límites tan gruesos que da miedo. Pero la sensación es tan fantástica y liberadora que no entiendo por qué ha tenido que venir un hombre a mi vida para que yo esté librándome de tantos prejuicios y disfrutando de todo lo que viene. En cualquier caso, es así, desde que David ha aparecido en mi vida, la ha puesto patas arriba y eso, simplemente, me encanta. Pase lo que pase con él, se lo agradeceré toda la vida.

No es solo un tema sexual, podría haber hecho un trío con cualquier otro; es el hecho de que, de forma tan natural y cómoda, y gracias a él, esté explorando tantas cosas que hasta hace días eran tabú para mí.

Siento el agua fresca subir hasta mis pies y después volver a bajar, el murmullo de las olas, la música suave *chill out* que ha puesto ahora el restaurante... y mi mente se relaja.

He hecho un trío con otra mujer. Es algo que jamás me había planteado que ocurriera. No era una fantasía ni nada que deseara. Pero me ha gustado, me he sentido cómoda y normal como si fuera solo un hombre, como si fuera lo de

siempre. No puedo decir que me gusten las mujeres, pero tampoco que me desagrade lo que ha ocurrido. Al final Anaís tendrá razón con sus teorías modernas de sentir cosas por las personas indistintamente del sexo que puedan tener.

Dios mío, me dicen hace una semana que yo voy a pensar y hacer las cosas que he hecho y pensado hoy y aún me estaría riendo. ¿Cómo puede cambiar todo tanto y tan rápido? David es como un tornado, ha llegado a mi vida para arrasarla y que no me quede más remedio que reconstruirla de cero. ¡Cuánto necesitaba todo esto!

Vuelvo a la mesa y siento como la arena seca se pega a mis pies mojados. Me encanta la arena y la playa. Es el primer día en todo el verano que la piso y ya era hora. Esta mañana antes de ir a ver a Óscar he dado un paseo por la orilla; nunca pensé que acabaría el día dando otro con pensamientos tan distintos a los de primera hora.

Sí, he tomado una buena decisión al escoger la pastilla azul. Sigo descubriendo cosas de David y viendo lo transparente y sincero que es. No me oculta nada o esa es la sensación que tengo en todo momento.

Cuando me siento en la mesa los dos están hablando y no dejan de hacerlo en cuanto me ven, cosa que agradezco. Me siento mucho más incluida en su amistad desde hace un rato. Fani ya no me supone un problema o una competencia. He entendido que son amigos, de verdad. Que encuentra consuelo muchas veces en él y no solo por el hecho de que practiquen sexo, sino que quizá sea el único que puede realmente entenderla. Se ha enamorado de un chico que, como él, no le ofrece el cuento de Disney que ella desea. Me empiezo a ver reflejada en ella y eso me da mucho miedo. Me da pánico convertirme en Fani. En alguien que se ha enamorado irremediamente de alguien que no le corresponde como ella necesita y que tenga que llenar tantos vacíos con otras personas. Y que no sepa dónde está él ni haciendo qué, o mucho peor, que como ella, lo sepa perfectamente y con todo lujo de detalles.

Me entristece mucho pensar que ese es mi destino. Suspiro y deshago esas ideas, no me hacen sentir bien y ahora mismo no quiero anticiparme al futuro. Quiero realmente darle una oportunidad a esto. No tenemos por qué acabar como Fani y Lucas, quizá tengamos más posibilidades, otras opciones distintas. Quizá encontremos un punto en mitad del camino o él cambie de idea. Ojalá.

—Quizá tenga vacaciones, pero dentro de dos semanas; lo mío es muy imprevisible, por los turnos del hospi —explica Fani.

—Bueno, pues ya lo iremos viendo, pero no sería mala idea ir a Ibiza, ¿verdad? —David entonces rodea mi espalda con su brazo y me mira antes de preguntarme—. Tú no tenías ningún viaje para estas vacaciones programado, ¿no?

Ohhh, Ibiza... y con David.

—Yo... bueno, he valorado bastante la posibilidad de ir a Ibiza con Mónica. Óscar se va mañana para allí y hemos quedado en pensarlo y quizá ir a pasar unos días.

—Ah, vale. No sabía que teníais pensado ir a Ibiza. Le estaba diciendo a Fani que sería muy divertido ir unos días todos allí.

¿Todos? ¿Se refiere a Christian, Lucas y compañía? Hombre, divertido sería seguro. Sonríe solo de pensarlo.

—Sí, sin duda. —Río encantada.

—Ibiza es mi lugar preferido del mundo —confiesa David con un brillo especial en los ojos.

—Es mi lugar preferido también —afirmo sorprendida.

—Lo que yo os digo, almas gemelas —sentencia Fani divertida—. ¿No me creéis? Yo cada momento que paso con vosotros lo tengo más claro —dice muy seria y segura de lo que afirma—. ¿Os lo demuestro?

David y yo nos miramos divertidos. *¿Por qué no?*

—Claro, demuéstranoslo —la incito.

—Vale, dime cuál es tu helado preferido —me pide Fani y ambos me miran divertidos.

—Vainilla. —Es lo primero que se me ocurre y no dejo de recordar el helado de vainilla en la terraza con David en aquella cena que me preparó. Recuerdo cómo repartió parte del helado con sus dedos sobre mis labios y todo mi cuerpo vibra por dentro solo de pensarlo.

—¡Bingo! —exclama Fani mirando desafiante a David.

Él afirma con la cabeza y contesta:

—Sí, es mi preferido también.

—Vale, esta era fácil. ¿A quién no le gusta la vainilla? Bueno, mi preferido es el chocolate. Pero vamos a ponerlo más difícil. ¿Playa o montaña, Sofi?

—Playa, sin duda. —Esta no tengo ni que pensármela.

Fani le da unos codazos a David divertida.

—¡Bingo! Es su preferida también. Vale, esta podía ser fácil también, lo reconozco, estamos en la playa. Pero vamos a seguir, ya lleváis dos de dos.

David se ríe por lo bajo y Fani piensa concentrada en la siguiente pregunta.

Me encanta este juego.

—¿Perros o gatos?

—Gatos. Siempre me han gustado mucho más —confieso y miro a David, no tengo ni idea de qué prefiere él.

David mueve la cabeza afirmativamente.

—¡Bingo! A David le gustan mucho más los gatos también —confirma Fani—. Siempre dice que va a adoptar uno y nunca lo hace, pero sé que de mayor será el viejo de los gatos. —Ríe divertida y él la mira con cara asesina.

—Y tú serás la vieja de... —empieza él, pero Fani le tapa la boca con la mano impidiendo que pueda continuar.

—¡Siguiente pregunta! Bueno, era Ibiza o Menorca, pero ya la habéis acertado antes así que... ¡Bingo por Ibiza! Llevamos cuatro aciertos chicos, si llegáis a diez os tendréis que casar por lo menos.

David y yo nos reímos de todo, Fani tiene unas ocurrencias muy graciosas. ¿Casarnos nosotros? Eso no ocurrirá jamás, ni siquiera sueño con ello.

—¡Vamos a por el quinto acierto! Mmmm. —Fani piensa en su siguiente pregunta apoyando su cara sobre su mano izquierda—. ¿Comida preferida?

Pienso en mi comida preferida por unos instantes. No sé si pasta o pizza, me gusta todo en realidad, ¿pero lo que más?

—Pizza —digo convencida.

Fani mira a David y éste se muerde el labio inferior divertido.

—Haz los honores, David. ¿Qué has de decir sobre la pizza?

—He de decir que... —Se ríe—. ¡Sí! Es mi comida preferida.

—Sí, yo puedo confirmarlo. ¿Has probado las que hace él mismo? —me pregunta Fani recordando algo.

—No, no he tenido ese placer —respondo pestañeando coqueta hacia él, me encantará que me haga una pizza casera.

—¡Son las mejores que he probado nunca! ¿Cómo no se las has hecho aún? ¡Si es lo que mejor haces!

—Hay otras cosas que hago mejor —dice muy sensual él levantando varias veces las cejas, todo en broma. Pero cómo puede ser tan sexy.

—Vale, lleváis cinco aciertos; ya oigo campanas de boda. Vamos a ver, antes de haceros la sexta necesito otro mojito.

David llama al camarero argentino y pide otra ronda de mojitos y unas patatas bravas. Mmmm, me encantan las patatas bravas.

—Veamos la sexta. Tipo de música preferida.

—¿Tipo de música preferida? ¿Para bailar? —pregunto yo queriendo

concretar un poco la pregunta—, ¿para salir?, ¿para cantar en la ducha?, ¿para llevar en el coche?

Fani simplemente se ríe y se encoge de hombros.

—Tipo preferido es... tipo preferido, sin concretar para qué ocasión. Di lo que sientas.

Es la más compleja que me ha hecho hasta ahora. Porque la música me encanta. Y me gusta de diferentes tipos, de hecho creo que me gustan... ¡todos los tipos!

Pero mi preferida. La salsa, bachata y ritmos así me gustan para bailarlos, el pop comercial y *reggaetón* me gusta para salir de fiesta, la música chillout me encanta para estar como ahora, tomando un mojito en la playa, pero creo que el tipo de música que verdaderamente me gusta es el *house*. Ya sé que nadie lo diría, pero el *house* es realmente mi tipo de música preferido. *Tecno-house*, *house* más *light*, *house* ambiental, *house* progresivo, todos los tipos me vuelven loca y hacen que tenga que moverme y darlo todo. Es la música que me pongo para animarme cuando estoy baja de energía y sin duda es la música que me hace vibrar.

—¡No lo pienses tanto! —me presiona Fani.

—Es el *house*. Sin duda —confirmo.

Ambos se miran con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—¿El *house*? No lo habría dicho nunca de ti —confiesa David muy sorprendido.

—Ya, pues es lo que más me gusta. ¡Me encanta! Es mi tipo de música preferido, ¡sin duda!

—Eso se merece un gran... —Fani da toquecitos sobre la mesa de madera simulando un redoble de tambor—. ¡BINGO! —exclama encantada.

—¿En serio? —le pregunto a David, yo de él tampoco lo habría dicho nunca.

—Sí, mi época dorada de juventud y fiesta estuvo completamente marcada por el *house*. Es lo que más me gusta.

—A mí me pasó igual —murmuro yo pensando en si saldríamos por las mismas discotecas. No, no puede ser. De haberlo visto me acordaría. Me habría fijado en él, seguro.

—¿Es tu alma gemela o no? ¡Me haréis madrina de la boda como mínimo! —exclama Fani entre risas y añade—. Ya he perdido la cuenta. ¿Cuánto lleváis? ¿Ocho?

—Seis —contesta David sin quitar sus ojos azules de los míos.

—¡Vamos a por las cuatro que quedan! Mmmmm —piensa ella.

Nos traen los mojitos y las bravas y aprovecho esos instantes que Fani está pensando en la siguiente para tomar un trago, está delicioso y suave, entra tan bien... Pincho un par de bravas y están riquísimas. Empezaba a tener hambre.

—¡Ya la tengo! La siete viene calentita —dice Fani frotándose las manos con malicia—. ¿Postura sexual preferida?

Yo me atraganto con la patata brava y por poco no sale despedida de mi boca, pero evito el desastre a tiempo y trago con dificultad. ¿Postura sexual preferida? Si me lo preguntan hace una semana habría sido el misionero. ¡Qué triste!

Con mucho respeto al misionero que es una postura que me encanta, ¿eh? Pero la primera vez que lo hice con David, en el Caprice, contra la pared de la ducha... uff. Descubrí que esa era mi postura sexual preferida. Me da un poco de corte decirlo en voz alta, pero teniendo en cuenta que hemos compartido orgasmos hace un rato, tampoco es para tanto, ¿no?

—Contra la pared, a brazos del hombre —exclamo tímida y siento que mis mejillas arden y un calor sube por mi cuello. Solo de recordar esa postura en el Caprice se me enciende todo.

—Bueno, esta has de decirla tú, David, porque la verdad, no sé cuál es la tuya; no tengo ni la más remota idea —confiesa ella y coge la pajita del mojito para removerlo. Me sorprende que ella no lo sepa. Es evidente que esta tarde no ha sido la primera vez que compartían un momento de intimidad.

Las dos miramos expectantes a David que sonríe sin decir nada. Se muerde el labio inferior y sus ojos se oscurecen por momentos, ¿quizá él también esté recordando nuestro momento en la ducha?

—No me queda más remedio que reconocerlo. ¡Sí! Es mi postura sexual preferida, sin duda alguna —afirma tan sexual que cruzo las piernas y presiono muslo contra muslo, uff. ¿Hace mucho calor aquí o soy yo? ¿O es este mojito?

—¡Qué fuerte! —exclama Fani—. Bueno, solo nos quedan tres. ¿Os casareis en Ibiza? Siempre he soñado con ir a una boda en Ibiza.

—Céntrate, mi *amol* —le dice David divertido con acento cubano y ella vuelve a concentrarse pensando en la siguiente pregunta.

—¿Trío con dos mujeres o con dos hombres? —me pregunta como quien pregunta si prefieres una naranja o un plátano.

Yo me quedo muda. Primero porque no quiero profundizar tanto en temas sexuales o verán que no tengo ni idea de nada. Ellos seguro que han hecho de

todo, saben y conocen bien un tema que para mí es todo novedad. Y segundo porque jamás he probado ningún trío, el primero ha sido hoy y no lo puedo comparar con nada. Así que no sé qué decir.

—¿Pasopalabra? —pregunto intentando salvarme.

—¿No quieres responder? —inquire Fani curiosa.

—No es que no quiera, es que...

—Es igual —me corta David comprensivo al ver que estoy cortadilla—. Haz otra pregunta, Fani.

—Está bien, dejadme pensar.

En ese momento suena el móvil de Fani y al ver que es Lucas se le ilumina la mirada; se levanta de la mesa para alejarse al responder.

En cuanto se ha alejado unos pasos, David se acerca mucho a mí y me besa como si llevara horas deseándolo y yo respondo igual, claro. Llevo horas deseándolo.

Sus labios ejercen presión sobre los míos y acaricio su nuca atrayéndolo más cerca aún de mí. Su lengua acaricia mi labio inferior y después el superior y yo cierro los ojos extasiada por lo que me hace sentir. Todo mi interior vibra solo por sentirlo tan cerca. Sabemos a lima, menta y fresas y es un beso delicioso, fresco y contenido. Siento en él cuántas ganas tiene de que estemos solos y estoy segura de que él también lo siente de mí. ¿Es que nunca tendré bastante de él?

—¿Quieres contestarme a lo de los tríos ahora que Fani no está? —me pregunta travieso alejándose muy poco, lo justo para mirarme a los ojos y pone un mechón de mi pelo tras mi oreja con delicadeza; me estremezco de sentir su caricia. ¿Qué está haciendo este hombre con mi vida?

—No puedo responder porque... nunca lo he hecho —confieso en susurros viendo como el color azul de sus ojos está alucinante al reflejar el color azul claro que tenemos sobre nosotros en un cielo totalmente despejado y por el mar en calma que tenemos delante.

—¿Nunca has hecho un trío? ¿A parte de esta tarde, quieres decir?

—Claro. Yo nunca... Hoy ha sido la primera —admito algo tímida.

—Estás tan bonita cuando te pongo roja —susurra con pasión en su tono de voz. Ufff—. ¿Quieres que te diga que trío prefiero yo?

—No hace falta. Todos los tíos fantaseáis con dos mujeres, está claro —le digo en plan entendida.

—Pues te equivocas —dice rompiendo mis esquemas—. Prefiero los tríos en los que solo hay una mujer.

¿Cómo puede ponerme tanto solo con esta confesión? ¿Y cómo puede ser que prefiera los tríos donde hay dos hombres? Pensaba que era universal que todos los hombres soñaban con tener dos mujeres para ellos.

—¿Y... eso? —le pregunto como puedo, intentando disimular lo mucho que me altera todo esto.

—Es sencillo —explica como si se tratara de algo obvio—. Cuando hay dos mujeres me preocupa que ambas se sientan atendidas, no me gusta que ninguna se pueda sentir desplazada, ¿sabes? Cuando somos dos hombres, todas nuestras atenciones van hacia la mujer —susurra erizando todo el vello de mi cuerpo—. Nuestro objetivo es que ella disfrute y no hay momento en el que eso no suceda —acota acariciando mis brazos con sus manos fuertes y cálidas.

Oh, Dios mío, ¿cuándo dices que vamos a probarlo? Sí, ahora quiero probarlo, suena demasiado bien todo esto en su boca.

—Ya te lo enseñaré... si quieres. —Me guiña un ojo y yo no puedo resistirme a lanzarme sobre él.

Succiono sus labios y su lengua aparece buscando la mía. Juntas danzan en total coordinación mientras acaricio su nuca y él me abraza por la cintura intentando acercarme a su cuerpo, aunque con las sillas no podemos acercarnos más.

¡Odio las sillas!

—Ejem... —Tose falsamente Fani haciéndonos volver al mundo real—. Perdonad tortolitos, es que llevo ya varios segundos aquí y he visto más de lo que puedo soportar.

David y yo nos reímos a carcajadas. No sé por qué me divierte y me gusta tanto que se refiera a nosotros como «pareja», «tortolitos» y «almas gemelas». Es fantástico. Estar con Fani, lejos de hacerme sentir una intrusa o alguien de afuera, me hace sentir más cerca de David de lo que me he sentido antes. Ella reafirma nuestra relación de alguna manera. Quizá es por su fantasía de que todo acabe en bodas, parejas convencionales y vivieron felices y comieron perdices. Pero me hace sentir muy unida a David que se refiera a nosotros como almas que se han encontrado. Sé que de alguna forma es así.

—Era Lucas. Ya va para casa, dice que le da palo venir hasta aquí —expresa con un poco de decepción.

—Menudo perro está hecho —replica David contrariado.

—Él se lo pierde. ¿Pedimos la cena?

Pedimos dos ensaladas y un par de platos de segundo y lo compartimos todo. Nunca había compartido tantas cosas con la gente hasta esta semana, he

compartido cama, comida, cena, novio. Bueno, «novio», he compartido a David, me refiero a eso.

Y oye, es guay esto de compartir.

La cena es riquísima y lo que más me sorprende es la presentación de los platos, algunos en baldosas y lozas, muy curioso todo, hago mil fotos, como es de esperar, claro. Y las subo a Instagram *stories*, así seguro que Mónica las ve.

Después de cenar, me dan ganas de pasear por la playa a la luz de la luna y las estrellas. Estamos muy a gusto allí y la noche es preciosa. Además es muy romántico todo. Hay muy buen ambientillo en el restaurante para ser martes. Está casi lleno de parejas y amigos que cenan y toman algo. Me ha gustado mucho este sitio.

Fani quiere volver ya a casa porque Lucas la espera y al terminar nos volvemos directamente. Fani paga la cena y los mojitos y no nos deja ni rechistar siquiera. ¿Esta gente no me va a dejar pagar nunca?

—Tranquilos, os invita Lucas hoy. —Saca una tarjeta que dice que la tienen en común. ¡Bien hecho Fani! Me río.

En el coche vamos sin hablar. Yo disfruto de ver conducir a David y Fani va poniendo canciones con su móvil mediante el *Bluetooth*.

—Por cierto chicos, me han faltado tres preguntas para confirmar mi teoría de que sois almas gemelas, no os penséis que se me olvida, el próximo día os las hago.

Y de repente empieza a sonar una canción por los altavoces del coche que me pone la piel de gallina. Es *Luzon* de The Bagio Track, una canción *house* que me encanta. Hacía años que no la escuchaba.

—Uauu —exclamo sorprendida mirando a Fani—. Esta canción me trae muchos recuerdos.

—Es buena, ¿eh? Yo también salía por sitios de *house*. ¿Qué os pensabais?, la bachata y los ritmos calientes me llegaron más tarde.

David coge mi mano y la lleva a la palanca de cambio. Me mira de reojo muy callado. Pagaría por saber en qué piensa. Pero que busque sentir mi contacto en todo momento, dice muchas de esas cosas que tanto calla. Y por ahora, me vale.

ESTA CHICA NO SABE LO QUE ESTÁ HACIENDO

David

Llevamos a Fani en su casa. Pienso que debería subir para saludar a Lucas y hablar algunas cosas de Caprice con él, pero Sofi me mira de una manera que me pide a gritos llegar a casa. O quizá soy yo el que lo pide a gritos.

Esta tarde, jugar con Fani ha sido divertido, morboso y sorprendente. Lo hemos disfrutado, eso es evidente. Pero no he saciado las ganas que tenía de Sofía. Así que estoy deseando llegar a casa, desnudarla y hacer con ella que nuestros cuerpos vibren y se comuniquen como lo suelen hacer cuando estamos solos. Necesito sentirme dentro de ella, el alivio que me proporciona ese momento no lo consigo con nada más. Y esto es un problema. Nunca he necesitado a nadie para sentirme aliviado, me bastaba con una paja o con cualquiera que quisiera pasar un buen rato en la cama. Pero ahora, parece que solo con Sofía consigo ese alivio, esa liberación. Es algo más que físico, es algo casi espiritual. Se me está yendo la olla.

Subimos juntos en el ascensor y me imagino parándolo y follándomela aquí mismo, pero me estoy conteniendo como un campeón para poder llegar a casa. Quiero hacérselo bien. Contra la pared, como ha confesado hace un rato que era su postura preferida. ¿Cómo puede ser que incluso eso lo tengamos en común? El día que la puse contra la pared de la ducha no fue casual, es como más disfruto, como más la siento. Quizá tenga que ver con dominar y sea porque está a mi merced y puedo hacer con ella lo que quiero, no lo sé. Solo sé que es de la forma en la que más disfruto y esta noche, la vamos a poner en práctica hasta que no podamos más.

Me mira de reojo en el ascensor. Se estará preguntando por qué no estoy sobre ella devorándola. Sabe tan bien como yo que es lo que más deseo hacer ahora mismo. Pero le contesto con una sonrisa y aguanto. Unos segundos más y llegamos. Puedo hacerlo.

Bueno, pensaba que podía.

Sofía me ha sorprendido, como siempre, y me ha empujado contra el espejo y me está lamiendo los labios con tanta hambre que algo ha despertado dentro de mis pantalones. Me pone tanto que tenga esta iniciativa...

Yo la cojo por las nalgas y la levanto en el aire para sentirla sobre mí, me rodea con las piernas y sin poder evitarlo, presiono mi polla contra sus *shorts*. Las puertas del ascensor se abren y salgo con ella encima antes de que se nos cierren y recorramos el edificio entero devorándonos. La apoyo contra la puerta sin dejar que se baje mientras saco las llaves y abro como puedo. Entramos y cierro tras de mí aún sin soltarla. Me gusta muchísimo sentir su cuerpo contra el mío.

Avanzo como puedo hasta la pared que hay junto a la escalera y dejo que se baje de mí solo porque quiero quitarle la ropa que sobra ahora mismo, que es absolutamente toda. Me quito la camiseta y la dejo caer al suelo mientras me deshago de mis tejanos y me descalzo. Observo de reojo que ella también se está quitando todo. Me quito por último los bóxers y me acaricio la polla despacio mientras me deleito viendo como se saca el sujetador y esas tetas turgentes y redondas me saludan liberadas. Empieza a quitarse el tanga mientras me mira coqueta, desafiante y salvaje.

Esta chica no sabe lo que está haciendo.

La empujo contra la pared en cuanto ha quedado desnuda por completo y clavo mi erección contra su vientre, su mano se cuelga entre nosotros para acariciarme. Cierro los ojos al sentir su contacto. Me acaricia de una forma muy suya, con mucha sensualidad, aplicando la presión justa, con movimientos lentos pero decididos. Estoy impaciente por metérsela, pero me gusta tanto lo que me hace. Cuelo mi mano entre sus piernas y hago que las separe. Me mira fijamente y está roja por la excitación, lo que sentimos el uno por el otro ya no es deseo, es lujuria. Es un deseo totalmente desmedido.

Acaricio su sexo suavemente con los dedos y me provoca un calor terrible por todo el cuerpo sentir lo húmeda que está. Es fascinante sentirte tan deseado; es como un círculo que se retroalimenta, cuanto más percibo que me desea, más la deseo yo a ella.

Trazo círculos suaves aplicando presión sobre su clítoris y ella comienza a hacer lo mismo con su dedo sobre mi glándula, que empieza a estar lubricado por sí mismo. Odio tener que separarme aunque sean unos segundos, pero es que al final se la meteré sin nada y no puede ser.

Voy a la mesita del sofá y saco un condón de uno de los cajones. Rompo el envoltorio con la boca y lo tiro al suelo a medida que avanzo hacia ella. Esta

recostada sobre la pared, sigue con las piernas ligeramente separadas y una mano desciende por su cuerpo hacia su sexo. Casi me quedo inmóvil, a pocos pasos de llegar, en el momento en el que veo que se está empezando a tocar sin quitar la vista de mi cuerpo.

Esto es demasiado. He visto muchas veces a mujeres masturbarse delante de mí, no debería impactarme tanto, pero lo hace, me impacta. Y mucho.

Me enfundo el condón y me acaricio mientras sigo sin poder quitar la vista de lo que está haciendo. Se acaricia suavemente, de arriba abajo, abarcando toda su vagina. Esto es demasiado bueno para ser verdad. Daría cualquier cosa por poder quedarme a observar lo que hace hasta el final, de verdad, cualquier cosa que me pidiera, absolutamente todo. Pero la terrible ansia que siento de metérsela ahora mismo es mucho más fuerte y hace que me abalance prácticamente sobre ella. Se sorprende de mi ímpetu, lo veo en su expresión, pero a la vez sé que le gusta por la sonrisa que aparece en sus labios.

Vuelvo a subirla sobre mis caderas y me rodea con las piernas. La apoyo contra la pared y pongo mi erección justo en su entrada. Dejo que su cuerpo baje suavemente sobre mí sintiendo como entro milímetro a milímetro. Una sensación de alivio empieza a inundarme. Cierro los ojos y apoyo la barbilla en su hombro derecho mientras oigo como su respiración se vuelve fuerte y pesada. Sofía me besa cerca de la oreja y me provoca unas cosquillas terriblemente placenteras. Lame y muerde mi lóbulo tirando un poco de él mientras yo sigo profundizando dentro de ella y sintiendo como me absorbe. Salgo un poco y vuelvo a meterla, es una sensación mágica.

Me encojo un poco para poder llegar a sus tetas y meto un pezón en mi boca. Juego con la lengua rodeándolo y lo alterno con tirar de él un poco con mis dientes. Sofi cierra los ojos y gime de placer. Sé cuánto le gusta lo que le hago.

¿Me cansaré alguna vez de dar placer a esta mujer? Cada vez quiero más y más.

Voy besando su piel suave y deliciosa a medida que subo hasta su cuello y aspiro su perfume; huele siempre tan bien, tan dulce, me dan ganas de recorrerla entera con la lengua.

Atrapo sus labios en mi boca y responde impaciente besándome con ansia. Me asombra sentir que ella siente el mismo deseo desmedido por mí.

Esto ya no es solo sexo. Aunque, en realidad, ¿alguna vez lo ha sido?

Acelero el ritmo y acaricio sus nalgas con las manos estrujándolas un poco. ¡Qué culo tiene!

Sus tetas empiezan a rebotar un poco contra mis pectorales por el ritmo fuerte con el que la estoy follando y su mirada es totalmente salvaje. Nos miramos fijamente, jadeantes, descontrolados, dominados íntegramente por el placer que estamos sintiendo y la conexión que tenemos. Sofi arquea su espalda echando la cabeza hacia atrás contra la pared y me clava los dedos en los brazos, siento como se tensa alrededor de mi polla y sé que se está corriendo.

—Eso es nena.

Ella gime y tiembla entre mis brazos. Ufff. Empujo con más fuerza, intentando llegar más adentro y siento que una sensación de placer, alivio y calma empieza a inundarme por completo.

—Ohh, Sofía —gimo contra su oído mientras siento cómo se va llenando el condón.

Apoyo la cabeza contra la pared junto a la suya. Nuestras respiraciones son muestra de lo que acabamos de sentir.

Me acaricia el cuello, los hombros... reparte caricias suaves que me reconfortan y me hacen sentir querido. Hacía mucho tiempo que no me sentía así.

Pasados unos instantes se remueve e intenta que la baje, pero no, no he acabado con ella aún.

—Shhhh... —susurro sonriente y ella me mira sorprendida.

Voy hasta el sofá con ella encima y me siento quedando ella sobre mí a horcajadas.

Mi polla está a media asta pero me encanta seguir dentro de ella.

—Bufff, eso ha sido... —comenta ella sin acabar la frase.

—Sí —coincido totalmente.

—¿No peso mucho?

—¿Qué dices? ¡No pesas nada!

Las mujeres y sus paranoias. Si no pudiera con su peso, no la follaría en brazos, buscaríamos otras posturas. ¡Eso no nos iba a parar!

Acaricio sus nalgas y ella me rodea el cuello con sus brazos. No hemos encendido ni una luz al entrar y solo nos ilumina la claridad de la luna que se cuela por las ventanas. Sus ojos brillan y su sonrisa es de satisfacción.

Aún está la jarra de agua de esta tarde sobre la mesa y sin dejar que Sofi se baje de mí, la alcanzo y se la ofrezco. Bebe casi la mitad, la he dejado seca. Yo me bebo la mitad restante. Se acurruca sobre mi pecho y cierra los ojos.

Yo acaricio su pelo suavemente y me concentro en las sensaciones que

tengo por seguir dentro de ella. Es brutal.

Pero debería apartarla y quitarme el condón; al final la lío como siga así.

Me hace perder la puta cabeza.

—¿No deberías sacarte el condón? —pregunta como si me leyera la mente mientras acaricia mis pectorales.

—Sí, debería. Es que me gusta tanto estar así —confieso con sinceridad.

—Y a mí. —Sonríe tímida. Me la como.

Vuelve a intentar bajarse de mí y esta vez la dejo, aunque no quiero. Me quito el condón y le hago un nudo. Ella se gira con intención de ir a buscar su ropa o algo, pero la cojo por la muñeca y se lo impido. Tiro un poco de ella y la vuelvo a tener sobre mí a horcajadas.

—Aún no he acabado contigo —le aclaro. Ella se ríe entre dientes y acaricio sus mejillas rosadas—. ¿Te has sentido incomoda con Fani esta tarde? —le pregunto recordando lo que hemos hecho hace unas horas sobre este sofá.

—No, la verdad es que no —dice y se encoje de hombros.

—¿Te ha gustado?

—Sí, ha sido toda una experiencia.

—Para ser monógama estas probando muchas experiencias nuevas conmigo —digo con ironía recordando algo que me dijo ella hace una semana.

Ella se ríe y contesta:

—Eres muy observador.

—Me gusta observarte a ti. Me gusta mucho todo lo que estoy conociendo de ti.

—Y a mí de ti —murmura tímida.

Le acaricio las mejillas y echo su pelo hacia atrás con delicadeza.

—¿Estás cansada? ¿Quieres dormir?

—¿Qué quieres tú? —pregunta mimosa acariciando mi vientre.

—A ti. Toda la noche.

Parece que se sorprende de lo que le digo y se ríe, pero hablo en serio.

—Tienes que dormir algo, vampiro, que luego vienen las migrañas.

Se preocupa porque yo duerma y me parece adorable.

—Tranquila que algo dormiremos. —Le guiño un ojo y me levanto del sofá con ella encima—. Vamos arriba.

Intenta bajarse y no la dejo.

—Estate quieta.

—Ya subo yo las escaleras —insiste.

—Shhhhh.

Vuelve a intentar bajarse y la cojo con fuerza. Se ríe y se rinde. Subo con ella encima; me va bien hacer algo de ejercicio, llevo días sin ir al gimnasio.

La dejo sobre el suelo de la habitación y cojo su mano mientras camino con ella hacia el lavabo.

—Ven, te voy a lavar —le digo mientras me acerco a la ducha.

Se hace un moño para no mojarse el pelo y la meto bajo la ducha. La enjabono bien. Le paso una esponja por todo el cuerpo y ella se deja hacer. Después me quita la esponja de las manos y me lava mis partes. Buf. Si supero esto...

La beso bajo el agua y no puedo evitar recordar la otra noche en Caprice. Fue brutal. ¿Cada vez que me duche recordaré ese momento?

Tras la ducha nos secamos bien y nos metemos desnudos bajo las sábanas blancas. La rodeo con mis brazos y ella se apoya sobre mi pecho. Acaricio su espalda y ella acaricia mis brazos. No decimos nada. Solo nos sentimos.

Estoy tan a gusto como si la conociera de toda la vida, es tan extraño. Hace solo ocho días que la conozco pero han sido ocho días muy muy intensos.

—Debería irme a casa —murmura pensativa.

¿Pero qué dice?

—Ni hablar. —Me niego rotundamente.

Se ríe por mi tono tajante.

—¿No te cansas de mí? —pregunta divertida.

—¿Cansarme? Aún no he acabado contigo. Ya te lo he dicho.

Se ríe por lo bajo.

—¿Te sigo encantando trescientos?

—No. Ahora es mil —respondo con cara de bobo.

O infinito.

Sonríe en mi pecho y me sigue repartiendo caricias por los brazos.

—¿Y yo a ti? —pregunto curioso.

—Mil también —dice sin pensar.

—¿A pesar de lo poco convencional que soy?

—Sobre todo por eso.

¿Sobre todo por eso? ¿Es que esto le gusta?

—¿Ah, sí?

—Sí. Gracias a ti me estoy conociendo. Estoy descubriendo cosas de mí misma que no sabía.

—A mí me alucina lo que descubro de ti —confieso en un susurro.

Sofi busca mi mirada y me regala una sonrisa que desearía poder ver todos

los días de mi puta vida.

—¿Te gusto a pesar de ser monógama? —me pincha.

—Tú ya no eres monógama. Cada día eres un poco más libre... Te estoy quitando esas etiquetas que no te dejaban disfrutar.

—Es cierto, pero sigo siendo monógama.

—¿No te gusta lo que estás viviendo conmigo? —pregunto con curiosidad.

—Sí. Me gusta —se queda pensativa.

—¿Pero? —le pregunto y sigo acariciando sus brazos.

—Pero... no sé. Supongo que cada vez querré más de ti. Más para mí, menos para compartir. No sé.

Parece que le dé cosa hablarme de esto. No sé por qué le da reparo, pero es importante que pueda ser sincera conmigo y que podamos hablar de todo lo que le preocupe.

—Soy todo tuyo, nena —confieso en un susurro.

—Ya —sonríe incrédula.

—¿No lo ves? —pregunto señalándonos.

—Lo veo. Ahora mismo sí. Pero ¿y mañana? ¿Y pasado? ¿Y después?

—Lo único real es el ahora, Sofi.

—Pero es inevitable pensar en mañana. ¿Tú no piensas en tu futuro nunca? ¿No tienes sueños a largo plazo?

—Sí, claro. ¿Qué sueños tienes tú a largo plazo?

Temo que me hable de casarse, tener hijos y una vida convencional.

—En realidad sería feliz si todos los días fueran como lo son ahora.

Joder. Qué buena respuesta.

Me sorprende. Cómo no.

—¿Es eso posible en tu vida poliamorosa? —continúa ella.

—Claro, ¿por qué no?

—No sé, quizá te canses de mí y quieras probar a conocer otras chicas. No sé cómo funciona todo esto realmente.

Ahí están, las inseguridades de la gente que vive bajo convencionalismos. La entiendo, pero no lo comparto.

—Sofi... eso puede pasar incluso aunque acabáramos casados. Nunca nada es seguro. Se ha de ir construyendo cada día.

Se revuelve incómoda y me mira sorprendida. ¿Qué he dicho?

—¿Aunque acabáramos casados? —repite tímida—. ¿Existe el casarse en tu filosofía de vida? —pregunta escéptica.

Yo me río. Es deliciosa. Muy convencional, pero terriblemente deliciosa.

—Supongo. No sé. Nunca me lo he planteado.

—Ahhh, interesante. ¿Y quieres tener hijos en un futuro? ¿Aunque sea lejano?

—Sí, ¿por qué no? Pero no sé, no me lo planteo aún. No me cierro a nada tampoco.

Es la verdad, supongo que en un futuro no muy lejano me gustaría ser padre pero no tengo claro cómo puede encajar un hijo en mi vida o lo que es peor, no tengo ni idea de si habrá una mujer que encaje conmigo tanto y esté dispuesta a que seamos padres juntos.

—Ya veo.

—¿Y tú? ¿Quieres el pack completo no? Boda-hijos-hipoteca-y-perro —la pico.

—Hijos y gato me basta. Nunca he sido prohipotecas, soy más de alquiler, nunca se sabe dónde puedes acabar. ¿Y bodas? Tampoco sueño con ello.

—Todas las mujeres soñáis con ello —susurro y sigo acariciando su piel suavemente.

—No te diré que no me haría ilusión, claro. Pero tampoco me lo he planteado nunca, no he encontrado a la persona con la que lo desearía, supongo.

De pronto quiero saber por qué no soy yo esa persona. Y no entiendo a qué coño viene ese pensamiento.

Se hace un silencio entre nosotros. Es cómodo, agradable y sencillo, pero lo rompo antes de que se quede dormida.

—Gracias.

—¿Por qué? —me pregunta medio dormida.

—Por no irte a casa.

—Ah, me gusta dormir contigo. Pero has de dormir, si no no me quedaré más —me amenaza y me da un beso suave en los labios antes de volver a acurrucarse entre mis brazos.

Qué sensación tan intensa tenerla aquí y sentirla desnuda junto a mi piel. Olerla, oírla, mirarla. Espero poder dormir, por el bien de los dos.

¿CÓMO SE LLAMA? ¿QUÉ EDAD TIENE? ¿A QUÉ SE DEDICA? ¿TE TRATA BIEN?

Me despierto el miércoles a las diez de la mañana después de haber dormido acurrucada a David toda la noche. Cómo me gusta sentir su piel junto a la mía, su perfume, sus caricias, su calma.

Abro los ojos y no hay nadie más en la cama. Estoy desnuda y pensando en que mi ropa debe estar abajo tirada en el suelo tal y como la dejamos anoche. Sin embargo, echando un vistazo a la habitación, descubro que se encuentra medio doblada en el sillón orejero.

Me visto, me peino y echo de menos tener mis cosas para poder maquillarme un poco, ponerme desodorante, lavarme los dientes... En fin. Me voy a ir a casa enseguida.

Cuando bajo está todo en silencio. Busco a David en la cocina, pero allí solo hay unas tortitas que aún se mantienen calientes y café recién hecho en una cafetera italiana. Antes de hincar el diente a las tortitas echo un vistazo por el comedor y lo encuentro en la terraza meditando; al pasar hacia la cocina no me había fijado en la terraza. Está vestido solo con unos *shorts* de chándal, sentado sobre un cojín en la postura del loto y con los ojos cerrados. Sé qué es meditar porque cuando iba a Yoga me enseñaron. Me iba muy bien, debería retomarlo. No me imaginaba que David meditara. Un punto para él. Madre mía, ¿cuántos puntos tiene ya?

Vuelvo a la cocina y decido esperarle allí para no interrumpir su meditación. Abro los armarios hasta que encuentro una colección de tazas, muy curiosa. En realidad la descubrí la otra noche, cuando preparé el desayuno y lo subí a su cama. Tienen frases positivas y optimistas. Son todas de la misma marca: VirusDLaFelicidad. Suena bien. ¡Yo quiero ese virus!

Escojo una que dice «¿Si no es ahora, entonces cuándo?», esa para David. Y la segunda que escojo dice: «Sé la mejor versión de ti misma» esta para mí.

Las lleno con café y leche de arroz que encuentro en su nevera, la cual está ordenada y limpiísima; este chico es muy apañado.

Me siento en la barra a esperarlo. Mientras, miro el móvil por si tengo algo nuevo. Hay un mensaje de hace un rato de Mónica:

Mónica:

¿Qué tal ayer con David? ¿Te fue a buscar después de comer con Anaís? Ya he visto esa cena en tu Instagram. ¿Eráis tres? ¡Luego me cuentas!

9:55

Ayyy, cuando te cuente.

¡Corazón! Muy bien, ya te contaré. ¿Qué tal tú?

10:31

Aunque en realidad no sé si le voy a contar todo. Lo de Fani es fuerte. Aunque ella casi acaba haciendo cosas en su casa también, con las pizzas. Estos chicos nos están pervirtiendo y, además, de verdad. Me río sola de pensarlo.

Reviso *e-mails* del trabajo porque, aunque esté de vacaciones, la empresa sigue en marcha y me gusta controlar que todo va bien.

En esas estoy cuando David entra en la cocina y viene directo a abrazarme. Dejo el móvil en la barra con una sonrisa por verle y le rodeo con los brazos.

—Buenos días, preciosa —susurra bajito.

—Buenos días. ¿Has dormido bien? —Me alejo un poco para ver sus ojos, parece descansado y sonrío enseñando los hoyuelos, lo cual es muy buena señal.

—Sí, muy bien. Hacía mucho tiempo que no dormía tanto y tan bien. Vas a tener que venir a dormir más veces conmigo —ronronea sexy.

Las mariposas revolotean como locas en mi estómago.

—Para ser poliamoroso, estás haciendo muchos planes conmigo —digo pinchándole recordando algo que me dijo anoche. Él se ríe y se sienta a mi lado en la barra.

Desayunamos las tortitas con sirope de agave y están deliciosas.

—¿Te gustan mis tazas? —Señala con orgullo las dos que he escogido para el desayuno.

—¡Sí! Me encantan, tienes una buena colección.

—Sí, es una tienda *online* que llevan unos amigos míos.

—Ahhh, ¡muy chulas!

—Me gusta las que has escogido en concreto —dice mirando su frase

pensativo—. «¿Si no es ahora, entonces cuándo?», es muy yo. —Me mira de reojo sonriente y añade—: Empiezas a conocerme bien, ¿eh?

—Eso parece. —Le guiño un ojo.

—¿Y la tuya? —pregunta mirando mi taza—. Tú siempre eres tu mejor versión. —Me besa por la mejilla y desciende hacia el cuello matándome de cosquillas. No puedo parar de reír y él encantado.

—¿Estabas meditando antes? —pregunto en cuanto me deja respirar y se centra en sus tortitas.

—Sí. Intento meditar todos los días, es mi mejor medicina —dice señalando su cabeza.

—¿Para la migraña?

—Sí. En realidad para todo. ¿Tú has meditado alguna vez?

—Sí. En clase de yoga me enseñaron, aunque no lo practico.

—Pues deberías —me aconseja y estoy completamente de acuerdo con él.

Las tortitas le quedan buenísimas, podría acostumbrarme a tener el desayuno hecho cada mañana de la mano de este hombre sexy que me está volviendo loca.

—¿Qué planes tienes para hoy? —pregunta entre sorbo y sorbo de café.

—Pues... Tengo que ir a casa a ver a mi gato, que lo tengo abandonado.

—Espero conocerlo; me encantan los gatos. —Sonríe.

—¡Claro! Cuando quieras.

—¿Y qué más tienes pensado? —vuelve a preguntar y apura la taza de café para terminarlo.

—También iré a comer con mis padres que hace semanas que no los veo.

—¿Vivían cerca me dijiste?

—Sí, en Sitges.

—Genial. ¿Y esta noche?

—¿Quieres saber toda mi agenda? —pregunto divertida alzando una ceja.

—Sí, la de hoy y el resto de la semana; por ahora, con eso me basta.

Me sorprende siempre que quiera verme más o pasar más rato conmigo. No sé por qué, yo también quiero verlo más y eso no me sorprende.

—Para esta noche no tengo planes.

—Pues no los hagas. —Me besa en la mejilla y recoge las cosas del desayuno. Yo observo su cuerpo sin camiseta y me pregunto si irá al gimnasio habitualmente. Eso no viene así de serie. No es que esté excesivamente musculado, pero se nota que algo hace. Está definido y fibrado.

David me besa contra la puerta de su casa cuando nos despedimos,

presionando lo justo para que me sienta apresada por su cuerpo y se encienda de deseo el mío. Por un momento creo que no me va a dejar ir, pero finalmente cede y abre para que pueda salir.

Quedamos en que le diré algo cuando acabe de comer con mis padres y ya vemos qué hacemos.

Paseo hasta mi casa y disfruto del día que hace, el calor está fuerte, pero el sol brilla despejado en el cielo y todo resplandece de una manera especial, ¿o seré yo?

En casa me doy una buena ducha, con depilación incluida, me pongo una falda tejana y una camiseta de manga corta negra con unas sandalias negras planas. El pelo suelto y maquillaje básico. Bolita está encantado de verme y jugamos un buen rato antes de irme, además, le dejo comida por si no vuelvo hasta tarde.

En cuanto llego a la casa de mis padres me recibe mi madre con un abrazo interminable lleno de cariño y achuchones.

—¡Cariño! No puede ser que tardes tanto en venir a vernos —exclama con su voz cantarina repasándome entera con sus ojos marrones. ¿Qué está evaluando? ¿Si hay algún cambio en mi cuerpo? ¿Si sigo entera? No entiendo.

—¡No he tardado tanto! Es que he tenido mucho trabajo —me defiende mientras entro y dejo el bolso en el recibidor.

—Bueno bueno. Siempre tanto trabajo. —Se pone los brazos en jarras y me mira con una sonrisa. Lleva el pelo rubio y más largo que yo, le da un aire totalmente juvenil. Además, tiene muy buen cuerpo; yo firmo por llegar a los cincuenta y cinco años con su figura—. Pasa, que está tu padre en el jardín, ¡le ha dado por hacer una barbacoa! —exclama poniendo los ojos en blanco como si mi padre estuviera loco por ello.

Voy al jardín y, efectivamente, mi padre está cocinando carne a la barbacoa.

—¡Mi niña! —exclama contento abriendo los brazos. Yo corro a ellos y nos fundimos en un abrazo. Huele a carne asada y está rodeado de una nube de humo, pero no me importa. Mi padre es alto, fuerte y atractivo. La verdad es que yo podría haber salido mejor con los dos padres guapos que tengo, pero no me quejo tampoco. Tiene los ojos marrones miel, lleva la barba canosa y el pelo casi igual, mi madre siempre dice que es su George Clooney particular.

—¿Cómo estás, papá?

—¡Genial! Hoy me he tomado el día libre.

—¡Qué bien! Pero no hacía falta, podía venir el fin de semana.

—Tranquila, podía hacerlo y así la semana se hace más corta también.

Mi padre es psicólogo y tiene una consulta privada. Así que eso de tomarse el día libre es relativo, se toma todos los días que quiera, para eso la empresa es suya. ¿Me habrá salido de él esto de emprender?

Veo que mi madre ha puesto la mesa en el jardín, bajo el toldo que nos resguarda del calor del sol. Ha puesto cuatro platos y miro extrañada pensando en si creerían que iba a venir acompañada o qué. El jardín no es demasiado grande, pero en él tienen una piscina de un buen tamaño rodeada de teca, una mesa de madera que se hace extensible y en la que hemos llegado a comer dieciséis personas (apretaditas), y un par de tumbonas para tomar el sol. Es un jardín precioso y aunque no tiene césped, sí que tiene muchas macetas de madera llena de flores y plantas verdes que le dan un toque vivo y fresco.

Entro a buscar a mi madre en la cocina que está preparando una limonada con hielo.

—¿Pensabas que iba a venir con alguien? —pregunto divertida.

—No, ¿por qué? ¿Ibas a venir con alguien? ¿Estás enamorada?

Mi madre se ríe y espera impaciente a que le responda a todo.

—No, mamá, no iba a venir con nadie. ¿Que si estoy enamorada? ¿Por qué lo dices?

—No sé, se te ve diferente. ¿Hay algún chico del que no me hayas hablado? Siempre igual, sabe todo lo que pasa en mi vida sin que se lo diga.

—Bueno, estoy conociendo a alguien, pero no es nada serio.

—¡Ohhhh! Cuéntame más, ¿cómo se llama? ¿Qué edad tiene? ¿A qué se dedica? ¿Te trata bien?

—¿Ese es el orden en el que te interesa saber de él? —Me río con ella.

—Bueno, todo me interesa, pero por algo hay que comenzar.

—Se llama David. Tiene dos años más que yo. Dirige una empresa de soluciones web. —Obviemos el resto por ahora, tampoco necesitamos que le dé un patatús a la pobre mujer—. Y me trata muy bien. Aunque no somos novios ni nada, es un amigo al que estoy conociendo.

—Vale. Entiendo estas cosas, ¿sabes? Soy tu madre... Y soy moderna —me dice echándose el pelo hacia atrás de lo más chula. ¡Es única! Eso es lo que es.

—Bueno, cuéntame tú. —Intento cambiar de tema antes de que me haga un interrogatorio completo, aunque seguro que se lo guarda para más tarde—. ¿Cómo va tu libro?

—¡Estupendo! Ya casi lo estoy terminando, me falta revisarlo y ya podré trabajarlo con mi editora. ¡Estoy muy contenta con el resultado!

—¡Genial, mamá! Eres un *crack*.

Mi madre escribe novela erótica. Sé que suena a algo muy incómodo e incluso violento, pero no lo es. Me encanta leer sus novelas y comentarlas con ella, la primera que escribió sí fue algo embarazosa, sobre todo porque parecía que se basaba en su historia romántica con mi padre y era delicado leer según qué capítulos. Pero todas las demás que ha escrito ya es algo tan normalizado en casa que disfrutamos mucho de su éxito y de que se sienta tan realizada. No es muy famosa, pero cobra bien por lo que escribe; se venden bastante, así que no se queja.

Supongo que mi afición por este género determinado me vino por su culpa, desde hace años en esta casa se respira romanticismo por todas partes. ¡No tengo la culpa por querer un príncipe azul! La tiene, sin duda, ella y sus historias terriblemente fantásticas de amor.

—¿Viene alguien más a comer, mamá?

Mi madre no me responde, pero se ríe por lo bajito sin mirarme, suele hacerlo cuando guarda un secreto; es terrible. No es capaz de mantener la boca cerrada más de cinco minutos. Me intriga mucho saber qué está pasando, no tengo ni idea de a quién puede haber invitado. Espero que no sea una cita a ciegas con el hijo de alguna amiga porque la mato, vamos.

En eso estoy pensando cuando unas manos suaves y cálidas me tapan los ojos por detrás y un cuerpo se pega al mío. Huele a perfume de hombre que no reconozco.

—¿Quién es? —pregunto riéndome intentando quitar las manos.

Oigo a mi madre reír como loca y la voz detrás de mí dice:

—Tu hermano. ¡Sorpresa!

Ahogo un grito de emoción y me giro con la boca abierta, alucinada. ¡Mi hermano vive en Londres! Y hasta septiembre no podía venir.

—¡Eric! —exclamo como loca y me abalanzo sobre él abrazándolo como una osa.

—¡Hermana! Me vas a ahogar —dice como puede intentando evitar la asfixia a la que lo estoy sometiendo por mi impulsividad.

Me caen un par de lágrimas y todo de la emoción. Hace meses que no lo veo, desde que vive en Londres nos vemos poquísimo, si no fuera por el Skype, sería terrible. Pero tenerlo aquí ahora es una sorpresa alucinante.

—¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has venido? —le interrogo secándome las lágrimas—. ¿Tú lo sabías? —le pregunto a mi madre acusatoriamente.

—¡No! Llegó anoche por sorpresa y nos dio un susto que ni te imaginas, por

poco nos pilla en el sofá a tu padre y a mí haciendo...

—Sí, mamá, no vuelvas a eso, ¡por lo que más quieras! —pide Eric riendo y levantando las manos en el aire como si pudiera poner pausa a mi madre.

—¡Una sorpresa total! —resume mi madre—. Y como venías hoy hemos querido que tú también te sorprendieras.

—¡Uau, qué pasada, Eric! ¿Hasta cuándo te quedas?

—Unos días solo. Me he escapado, pero tengo trabajo. Volveré más días en septiembre, para mis vacaciones.

—Bueno, ¡genial! —Vuelvo a abrazarlo como una lapa.

Mi hermano es un año y medio mayor que yo, es alto, fuerte y guapo, no, ¡muy guapo! Tiene los ojos marrones verdosos y el pelo castaño oscuro cortito. Una barba sutil de dos días y una apariencia de chico malo que siempre ha hecho que triunfara todo lo que quisiera con las chicas, sobre todo porque de malo no tiene nada, ¡es más bueno que el pan! Como mi padre.

Lo quiero tanto que no me cabe el amor en el cuerpo. Estamos muy unidos y siempre nos hemos llevado muy muy bien.

—¿Quién es el tal David? ¿Y por qué a mí no me habías contado nada?

—¿Estabas escuchando? —pregunto divertida.

—Sí, ¡claro! Esperaba un buen momento para hacer mi entrada en escena.

—Luego te cuento más tranquilos.

Le guiño un ojo y salimos los tres al jardín con la limonada y una ensalada de tomate y cebolla.

Mi padre está repartiendo carne en los platos y nos sentamos juntos a comer. Los cuatro sonreímos. Yo aún estoy impactada por tener a mi hermano aquí.

—Antes de nada, me gustaría bendecir la mesa —propone mi madre—. ¿Lo hacemos como siempre?

Todos afirmamos con la cabeza. Estamos tan contentos de estar los cuatro que el humor que reina es de alegría y felicidad.

Nos cogemos de las manos, yo cojo la de Eric que está sentado a mi izquierda en el mismo lado de la mesa y la de mi padre, que lo tengo enfrente, por encima de la mesa.

Cerramos todos los ojos y a los pocos segundos me llega un apretón de la mano de mi padre y yo aprieto la de mi hermano. A los pocos segundos me da un apretón Eric y yo se lo hago a mi padre. Después me llegan dos seguidos de mi padre y los paso a Eric y finalmente me llegan de ambos lados y me vuelvo loca de la risa. Todos reímos, pero seguimos sin abrir los ojos. Seguro que mi

madre dirá que la energía fluye entre nosotros estupendamente, le encanta este juego.

—Bendecimos hoy estos alimentos y damos gracias por todo lo bueno que tenemos en nuestras vidas... —empieza mi madre.

—Por tener a la familia unida... —continúa mi padre.

Me emociono un poco y sorbo por la nariz.

—Por los reencuentros mágicos... —digo al final sintiendo una lágrima furtiva rodar por mi mejilla, me hace inmensamente feliz que mi hermano esté aquí.

—Porque no existe la distancia cuando hay amor —concluye mi hermano.

Abrimos los ojos y me consuela saber que mi madre también ha derramado alguna lágrima. ¡Somos las dos igual de sensibileras!

—¡Cómo fluye la energía en esta familia! —exclama mi madre juntando las manos y mirando al cielo. Todos reímos porque ya tardaba en decirlo.

Disfrutamos de comer juntos como hacía tiempo que no ocurría. La ensalada de mi madre está deliciosa y la carne que ha hecho mi padre también, aunque no puedo evitar pensar que desde que conozco a David empiezo a plantearme el restringirla de mi alimentación. Me parece bastante coherente comer menos carne, nunca me ha gustado especialmente y en realidad siempre he sentido que, con lo que adoro a los animales, de alguna manera no estaba bien. Es algo subjetivo, pero yo lo he sentido así. No me parece mala idea reducir bastante su consumo. Pero bueno, ¡un día es un día! Así que me la como sin decir nada y disfruto de todo.

Mi hermano Eric, nos cuenta que le va muy bien en su trabajo. Trabaja en un banco en Londres y está encantado. Mi madre nos da algunos detalles de su novela, aunque sin especificar mucho porque le pedimos que no haga tanto *spoiler*, que si no después no tiene gracia al leerlo. Y mi padre nos cuenta de una técnica nueva que quiere aplicar en sus consultas para ayudar a las personas que se sienten bloqueadas por algo del pasado.

Yo les hablo de cómo va mi empresa y lo contenta que estoy viviendo en Barcelona. Me preguntan por Mónica y Anaís y, cómo no, cuando llega el postre quieren saber más cosas de David. Pero escurro el bulto como puedo. Eric nos habla de una chica que está conociendo; al parecer es japonesa y aunque no es nada serio, llevan unas semanas conociéndose y viendo qué pasa. Él siempre ha sido muy picaflor, pero parece que el estar pisando ya los treinta y dos le ha sentado bien y empieza a pensar en cosas más estables. ¡Bien por él!

Cuando estamos con los cafés recibo un mensaje de David y una sonrisa se

instala en mi cara.

David:
Te pienso...

15:00

¿A qué hora vuelves? :)

15:00

Ya quiere verme, me echa de menos. Es demasiado bonito para ser verdad. ¿Dónde encaja el poliamor en todos estos sentimientos tan bonitos y profundos que me hace sentir? Yo también estoy deseando verlo, pero teniendo a Eric aquí me temo que quizá tardaré en volver. He de aprovechar al máximo.

—¿Qué plan tenemos para hoy? —pregunto en la mesa. Todos me miran sonrientes.

—¡Lo que queráis! Podemos darnos un bañito en la piscina —contesta mi madre entusiasmada.

—Y después bajamos a cenar a un restaurante que hay en la playa —añade mi padre contagiado por su entusiasmo—. Te puedes quedar a dormir, así no conduces esta noche.

—¡Por mí, bien! —dice mi hermano y me mira expectante.

—Sí, por mí también. —Sonrío.

Me da penita no ver a David hoy, pero realmente he de aprovechar al máximo ahora que está aquí Eric.

Yo también te pienso... y tengo ganas de verte.
Pero ha venido mi hermano de Londres por sorpresa.

15:03

David se pone en línea y me contesta enseguida:

David:
¡Qué bien!, ¿no?

15:04

Sí, estoy que no me lo creo. :) Seguramente me quedaré a dormir aquí así aprovecho porque se va en dos días.

15:04

David:

Ohhhh... vale... lo entiendo... :(

15:04

Me encanta saber que le pone triste no verme. Lo invitaría a venir, pero creo que sería un poco extraño dado que no somos pareja ni nada que se le parezca. Aún no tengo muy claro cómo actuar con él en cuanto a este tipo de cosas.

LO QUE REALMENTE QUIERO ES COMERTE A TI

Eric y yo nos damos un chapuzón después de recoger la mesa juntos, mis padres se ponen en las tumbonas a tomar el sol y se quedan fritos los dos.

—¿Me vas a contar quien es ese tal David o tengo que matar a alguien? — pregunta Eric apoyándose de espaldas en el bordillo de la piscina.

—Solo es alguien que estoy conociendo —respondo haciendo bicicleta bajo el agua.

—Sí, eso está muy bien para contárselo a tu madre, pero... ¡Hola! — Saluda con la mano—. Soy yo.

—Vale, está bien. —Me rindo; con Eric no puedo fingir—. Me encanta. Es alucinantemente guapo e interesante. Es... muy especial. No he conocido a nadie como él y cuando estamos juntos soy otra persona, alguien más valiente, más vital... más intensa; soy como más yo. Me vuelve loca —confieso bajito sin dejarme nada.

—Ahora sí, esto ya me gusta más. Suena muy bien ¿Qué defectos tiene?

—¿Defectos?

Pienso en ello. En realidad ninguno, ¿no? El único defecto es que no sea monógamo, pero en realidad todo lo que he descubierto de él lo ha hecho aún más interesante y alucinante.

No puedo hablar de ese rasgo suyo como un defecto, creo que es lo que lo hace tan interesante y diferente al resto.

—¿Nada?, ¿en serio? —pregunta sorprendido ante mi silencio.

—Hombre, algunos tendrá, pero aún no los he encontrado.

—Estás en esa fase —dice convencido mientras se echa el pelo hacia atrás con la mano.

—Supongo que sí.

Nos reímos.

—¿Cuándo voy a poder conocerlo?

—No sé, algún día... o quizá nunca —digo pensando en su faceta poliamorosa. No entiendo bien en qué lugar queda conocer a mi familia en ese

estilo de vida.

—Bueno, espero que algún día próximo. —Eric sonríe y me mira entusiasmado—. ¿Por qué no le dices que venga a cenar?

—¿Hoy? ¿A cenar? —Dejo de hacer bicicleta y me acerco a Eric con los ojos como platos. ¿Está loco?

—Sí, ¿por qué no?

Ya tuvo que salir el terrible propulsor de locuras en mi vida, el señor «¿por qué no?».

—Bueno, no sé. Se lo puedo comentar. En calidad de amigo imagino que podría venir, aunque no sé si querrá. Supongo que tendrá planes mejores que venir a cenar con mi familia esta noche.

—No es tan mal plan —insiste echándome agua a la cara.

Yo se la devuelvo, claro. Y acabamos yo muerta de la risa y él haciéndome cosquillas e intentando ahogarme todo en uno.

Cómo echo de menos a mi hermano desde que vive en Londres. Estos ratitos juntos no se pagan con nada.

Después de un buen chapuzón con Eric, nos tumbamos a tomar el sol y nos quedamos fritos nosotros también.

Cuando me despierto mis padres ya no están en las tumbonas y Eric duerme a pierna suelta. El sol ha empezado a bajar y ya está atardeciendo. Miro el móvil, pero no tengo ningún mensaje de David. La idea de invitarlo a cenar con nosotros antes me ha parecido oportuna, pero ahora mismo me parece demasiado descabellada así que la descarto. No quiero precipitar las cosas.

Me doy una ducha en casa de mis padres y me arreglo para ir a cenar los cuatro.

La cena resulta entrañable, me recuerda a cuando teníamos menos edad y salíamos a cenar en familia. Siempre hemos sido una piña unida y me doy cuenta de que en los últimos años, los años zombi, he estado bastante distanciada de ellos también.

El restaurante está junto al mar y se oyen las olas aunque no las vemos por lo oscura que está la noche. El sonido me encanta y la brisa marina es muy agradable.

Mis padres nos cuentan cosas risueños y reímos y disfrutamos de una noche genial.

Compartimos unas ensaladas y de segundo pescado al horno y gambas a la plancha con sal gruesa por encima.

No puedo evitar mirar mi móvil cada poco tiempo esperando algo, no sé el

qué. Bueno, que David me escriba. Pero no recibo nada y tampoco le escribo yo. ¿Cómo puedo pensar tanto en él y necesitar tanto saber de él? Es un poco preocupante. Hace solo una semana y media que lo conozco y parece que mi vida gira en torno a la suya. Nunca he sido una chica dependiente ni tan intensa como para no saber disfrutar sin su «pareja». Y ahora, de pronto, me parece extraño pasar un día entero sin verle.

Pero tener a Eric es como un abrazo cálido cuando hace frío. Es tan agradable tenerlo cerca que se me pasa todo. Me centro en estar presente y disfruto de la compañía de mi familia.

Duermo en mi antigua habitación, la cual está tal como estaba cuando me independicé, varios años atrás. Y la sensación es como la de volver al pasado por un rato.

El jueves por la mañana me despierta la música que suena a todo volumen en casa de mis padres. Me levanto con un ojo aún cerrado, con un pijama de cuando tenía dieciséis años de Snoopy, el pelo de cualquier manera y camino hasta la cocina buscando de dónde procede la música. A medio camino me encuentro con Eric, que está vestido solo con unos bóxers y pinta de recién levantado como la mía. Cuando entramos en la cocina el panorama es digno de análisis. La canción que suena es de Shakira y Maluma y se llama «Chantaje».

Mis padres la cantan, bailan e interpretan como si fuera su vida en ello. Mi madre cuchara en mano, canta y menea las caderas como si fuera latina. Mi padre, que es de por sí un bailongo, está igual de implicado y le responde y la incita a dar más de sí. Mi madre, sin dudar, entra en el juego y se viene arriba.

Eric y yo nos miramos al borde de la carcajada y finalmente estallamos en risas, lo que hace que nuestros padres tomen consciencia de nuestra presencia. Nada más lejos de parar, se acercan y nos rodean bailando y jalándonos para que nos unamos a su fiesta matutina de las tostadas y los ritmos calientes. Acabamos bailando alrededor de la isla de la cocina uno tras otro y haciendo el tonto a ver quién da más.

Lo que no pase en casa de mis padres... Madre mía.

Desayunamos unas tostadas con mantequilla y mermelada, café con leche y cuando acabamos, me preguntan por qué no me quedo a comer con ellos, pero mi cuerpo me pide irme a gritos por mucho que estoy disfrutando de estar con ellos muchísimo.

Antes de decidir nada voy en busca de mi móvil y veo que tengo varios

mensajes de David.

David:

No puedo dormir... te pienso.

3:45

¿Mañana nos vemos verdad? :)

4:07

¡Buenos días!

10:31

¿Estás despierta?

10:31

Me encanta y me alucina que tenga esas ganas de verme. Yo tengo las mismas (o más) así que, aunque la invitación a pasar un día más con mis padres y Eric es tentadora, opto por ir a ver a David. También tengo que ver a Bolita. Lo cual inclina la balanza de mi decisión de forma definitiva.

Estoy despierta. Voy para casa ¿Quieres venir y comes conmigo?

10:44

Me empiezo a vestir y recibo su mensaje enseguida:

David:

Lo que realmente quiero es comerte a ti.

10:46

¿Cuánto tardas?

10:46

Las mariposas en mi estómago están celebrando la fiesta del verano. ¿Cómo puede alterarme tanto un simple mensaje? ¡Ufff!

Mmmm vente a las 12 si quieres.

10:46

David:

Sí, quiero. Cuento los minutos para verte.

10:47

Jejej :)

10:48

David:

En serio... faltan 71 :D

10:49

Me mata. Me río sola en mi habitación mientras acabo de arreglarme. Uso el lavabo de mi madre para usarle desodorante, perfume y algo de maquillaje. Por suerte tiene de todo, está muy puesta en cosmética y maquillaje. Me hago algo natural y básico: *CC Cream* con un poco de tono, *eyeliner* finito y discreto. Colorete no me pongo porque estoy rojita de ayer; en la piscina me dio bastante sol. Un poco de brillo de labios y lista.

Me despido con pesar de mis padres y con un abrazo inmenso de Eric. Mañana ya se regresa a Londres y estoy deseando que sea septiembre para que vuelva ya.

En el coche voy sonriendo de pensar en la ilusión que siento por ver a David. Es una mezcla de excitación, alegría extrema, ansia viva y deseo. No recuerdo cuándo me sentí así de tonta por última vez, pero si vendieran pastillas para tener esta sensación de forma permanente, me haría adicta. ¿Existe una sensación mejor?

Llego a casa a las doce menos diez lo que me da margen para subir y comprobar que esté todo en orden. Aunque estuvo Candela hace dos días, todo debería mantenerse limpio y ordenado, básicamente porque casi ni he pisado mi casa.

Tal como entro en ella echo un vistazo rápido y sí, todo sigue en orden. Bolita tarda tres segundos en estar entre mis pies, lo cojo en brazos y lo mimo mientras compruebo la habitación, el baño, el despacho. Sí, todo en orden. Aún llevo la falda tejana y la camiseta negra de ayer así que me desnudo y pongo todo en el cesto de la ropa sucia, busco un conjunto de ropa interior negro y un vestido camisero negro con estampado de flores rosa pálido. Unas sandalias planas, también negras, y el pelo suelto. Estoy repasando mi aspecto frente al espejo cuando suena el telefonillo. Compruebo por la pantalla del portero automático que es David.

Dios, ¿está imponente o soy yo?, ¿o es mi ansia viva? No, no. Está imponente, de verdad.

Le abro sin decir nada y me espero en la puerta mientras oigo el ascensor

subir. El deseo me come viva y encima se mezcla con unos nervios que aparecen en mi estómago. Parece que los segundos se hayan hecho eternos y la mezcla de sensaciones que siento anticipando el momento en que pueda tenerlo delante de mí es demasiado fuerte para hacer solo veinticuatro horas que no lo veo.

Por fin el ascensor llega y aparece David frente a mí, avanzando como a cámara lenta por el pasillo. Lleva unas Vans negras, unos tejanos cortos por encima de la rodilla, deshilachados y con alguna rotura y una camiseta negra de manga corta. El pelo corto por los lados y la parte de arriba, que es algo más larga, hacia atrás en forma desenfadada. Me mira fijamente desde que sale del ascensor y sonrío mientras avanza. Mi cuerpo vibra de deseo por sentirle y es en el momento en el que llega justo a donde estoy y me rodea la cintura con sus brazos cuando empiezo a sentir que todo se desvanece y solo queda su mirada magnética, su sonrisa devastadora y el aura sexy que le envuelve. ¡Maldita aura sexy que me tiene trastornada!

—Hola —susurra con la voz rasgada y se muerde el labio inferior sin quitarme la vista de encima.

Yo no soy capaz de contestar. Me lanzo sobre él, intento contener la emoción pero sé que fracaso totalmente porque se ríe entre mis labios sorprendido por mi efusividad. Le beso, le rodeo el cuello con los brazos y pego mi cuerpo al suyo. Empieza a invadirme el alivio, ese que aparece cuando lo tengo cerca. Es una sensación de bienestar. A pesar de reírse de mí, responde a mi beso con muchas ganas y nos fundimos el uno con el otro. Me empuja levemente hacia atrás y retrocedo torpemente unos pasos adentrándome en mi casa sin separarme de sus labios. Cierra la puerta tras de sí sin dejar de besarme y me coge en brazos alzándome en el aire contra su cuerpo. Yo le rodeo con las piernas y seguimos besándonos como si no hubiera un mañana. O como si hiciera meses que pensamos en este encuentro y ya no pudiéramos contener las ganas en ningún sitio más.

Avanza algunos pasos hasta que mi espalda descansa sobre la pared y me tiene atrapada por completo. El vestido camisero lo tengo subido casi de cinturón. David masajea mis nalgas directamente por debajo del vestido mientras su lengua juguetea con la mía. Yo le acaricio la nuca y tiro un poco de su corto pelo.

No sé en qué momento mis manos deciden por sí mismas bajar hasta su cintura y desabrochar el cinturón, el botón del tejano y la cremallera. Él separa un poco las caderas de mí y deja caer los tejanos al suelo. Yo bajo la

ropa interior lo máximo que puedo, él con una mano acaba de sacársela del todo. Aparece su erección entre nosotros y mis manos van directas, la acaricio con suavidad. David deja de besarme en los labios para recorrer mi mandíbula y llegar hasta ese punto que me encanta, detrás del lóbulo. Respira fuerte cerca de mi oído y un escalofrío de placer me recorre la espalda entera. Sus manos siguen en mis nalgas, pero descienden y apartan la fina tira del tanga para acariciar la humedad que hay en mi sexo. Con el pulgar recorre mi hendidura y presiona ligeramente mientras avanza en su recorrido.

—Tenía... tantas... ganas... de verte... —susurra entrecortado en mi oído.

Busco su mirada y sonrío encantada antes de contestarle:

—Y yo. ¿Se nota?

—No. Casi no me he dado cuenta —dice alzando la comisura izquierda de sus labios en una media sonrisa de lo más traviesa.

Volvemos a besarnos y se agacha conmigo encima a coger algo del bolsillo trasero del tejanos que hemos dejado en el suelo. Volvemos a subir y me alucina la fuerza que tiene.

¡Que estoy delgada, pero no tanto! Y parece que tenga peso pluma en sus brazos.

Al momento escucho rasgarse un plástico y me entrega el condón. Dejo de acariciar su duro pene para enfundarlo con precisión mientras él me sujeta y aguarda paciente.

Cuando ya está puesto, me levanta un poco y dirige su pene hacia mi abertura, tantea hasta colocar la punta. Estoy lista para que me invada, para sentirle por completo. Y para que me haga lo que quiera, en realidad.

Me deslizo milímetro a milímetro sintiendo cómo va entrando y haciéndose sitio en mi interior. Estoy tan resbaladiza que entra sin resistencia, aunque por el tamaño que tiene, los primeros instantes siempre parece que todo se da de sí y se adapta a la dulce invasión que me provoca. Me besa por el cuello y yo echo la cabeza hacia atrás hasta tocar con ella la pared. Me agarro a sus fuertes brazos cuando empieza a penetrarme con fuerza. Nos miramos fijamente con la respiración entrecortada y los labios entreabiertos. Me encanta sentirlo tan adentro. Sus ojos están nublados de deseo y hay algo salvaje en ellos que me hace sentir deseada y poderosa. ¿Todo esto lo he provocado yo? Me encanta demasiado.

Entra y sale despacio pero con decisión, hasta el final. Presionando un punto interno que me produce entre dolor y placer. Aunque sin duda gana el placer.

Y el alivio que he sentido al verlo y tenerlo cerca empieza a expandirse por

todo mi cuerpo provocando una especie de terremoto que deja todo en calma después, y vuelta a empezar. No me ha sacado el tanga y aunque lo ha apartado, interfiere al deslizarse. Él vuelve a apartarlo, pero al poco está otra vez por medio hasta que siento un tirón y, de pronto, el tanga ya no existe.

—Te compraré otro —susurra dejando caer al suelo el trozo de tela.

Me río un poco hasta que volvemos a besarnos; el ritmo de su penetración se acelera y es cada vez más profundo, si cabe. ¡Me da igual el tanga! Por fin ya no molesta.

Estamos en el recibidor de mi casa porque no hemos llegado ni siquiera al comedor.

Contra la pared, como él sabe que me gusta y yo sé que le gusta a él. Como lo hicimos antes de ayer en su casa y también la primera vez en Caprice. Pero con más ganas y más deseo que nunca. Lo siento en la forma que tiene de succionar mis labios y morderlos, con la fuerza con la que acaricia mis nalgas estrujándolas con sus dedos. Y lo siento en la decisión con la que me invade con su sexo una y otra vez. Fuerte. Hasta el fondo. Todo ese deseo que me transmite más el mío suman una carga explosiva que está a punto de estallar. Siento que estoy al borde del orgasmo y él lo percibe, por eso, pronuncia esas palabras que sabe que me impulsan definitivamente:

—Córrete para mí, nena.

Y lo hago. Me corro para él. El placer me invade por completo y me tenso a su alrededor mientras clavo mis dedos en su espalda por encima de la camiseta negra que lleva.

Él sigue con un ritmo rápido y en pocos segundos siento que todo su cuerpo se tensa también. Percibo el movimiento del condón en mi interior al llenarse de él.

Jadeamos y tardamos varios instantes en recuperar nuestra respiración. Me tiene entre su cuerpo y la pared. Respira fuerte contra mi hombro y me sigue teniendo por las nalgas como si yo no pesara nada.

Cuando parece que todo vuelve al ritmo normal, me baja al suelo despacio mientras sale de mi interior. Me da un beso rápido sobre los labios y dice:

—Si me vas a recibir siempre así de bien, vendré mucho a visitarte.

Yo me río. Él también.

—Anda, ven.

Me dirijo hacia el lavabo de mi habitación y él va detrás quitando el condón y haciéndole un nudo. Lo tira a la papelera en cuanto entra al lavabo. Yo me espero fuera por dejarle intimidad y esas cosas.

—Bonito piso —dice, desde la puerta, echando una ojeada a mi habitación, por la que acabamos de pasar.

—Gracias. —Sonrío.

Mi piso es como una tercera parte del suyo. Solo tengo un lavabo y dos habitaciones pero me encanta. Está completamente decorado a mi gusto, los muebles los compré uno por uno y monté yo misma y fue mi primer hogar al independizarme de mis padres. Llevo ya cinco años viviendo aquí. Sí, me fui de casa de mis padres casi con veinticinco años. Es que estaba muy a gusto con ellos.

Yo me espero fuera, por dejarle intimidad y esas cosas, y aprovecho para buscar un tanga bonito en el cajón de mi ropa interior. Cuando él sale, entro yo. Tras asearme, ponerme el tanga y mirar qué aspecto tengo en el espejo, me encuentro con que el vestido camisero está bastante arrugado, pero con el estampado de flores que tiene, casi no se nota. Bah, me da igual. No soy nada amante de planchar las cosas. Me gustan «naturales». Si se arrugan, pues se arrugan. Como las mujeres. Uso cremas, pero no me da terror arrugarme el día de mañana, será natural y lógico.

Mis mejillas están muy rojas y me temo que es una fusión entre el sol que me dio ayer en la piscina y el rubor típico postorgasmo que me sienta genial. Me peino un poco y salgo.

Me encuentro a David vestido y sentado en mi cama ojeando el libro de mi mesita de noche.

—«Siento sus testículos chocar contra mi vagina a cada movimiento y, cuando su dedo toca mi hinchado clítoris y tira de él, chilló. Chillo de placer».— Lee en voz alta. Me mira divertido a punto de reír—. Interesante lectura — contiene una carcajada y sigue leyendo para él.

Yo me quiero morir. Estoy roja, seguro. Pero, eh, ¿qué pasa? Es el libro que me dejó Anaís y va sobre intercambios. Se llama «Pídeme lo que quieras» de Megan Maxwell.

Me pongo la mano en la cintura y le contesto un poco chula.

—Sí, ¿verdad? Si te interesa ya te lo dejaré cuando lo acabe. —Sonrío y se lo quito de las manos.

—¿Sabes qué pasa? Que a mí más que leer este tema... —Me coge por sorpresa de la cintura y acabo sobre él en la cama tumbados sin saber cómo ha ocurrido—. Me gusta practicarlo —añade sensual en mi oreja.

—Sí, me ha quedado claro, créeme —le digo entre risas intentando ponerme de pie.

—¿A dónde vas?

—¿No quieres comer?

David se ríe juguetón, pero se pone de pie y me abraza estrechamente antes de contestarme.

—Ya te he dicho lo que quiero comer hoy. —Señala con un dedo mi escote y lo acaricia tirando de mi vestido hacia abajo. Yo me río. ¡Este hombre es insaciable!

—¿No querías conocer a mi gato?

—Sí, eso también.

Tiro de su mano y lo llevo hasta el sofá donde Bolita está sentado elegantemente sobre el respaldo, tan quieto como un jarrón, mirando a través de la ventana que da a la calle.

—Bolita, bssss bssss —lo llamo y se gira curioso con total elegancia de movimiento—. Mira, ven a conocer a David.

David se acerca y pone su mano delante del gato para que la huela. Este la huele y a los pocos segundos está ronroneando y dándole cabezazos mimoso pidiendo caricias.

David se sienta en el sofá, el gato se pone en su regazo y se acomoda allí.

—Pues parece que le has caído bien —digo impresionada.

—Claro. Es mi animal preferido. Me llevo bien con todos los gatos —me informa como si fuera algo lógico.

—Ya veo.

—Bueno, cuéntame. ¿Cómo ha ido con tus padres? —pregunta sin dejar de acariciar al gato, parece que sea suyo y se conozcan de toda la vida.

Me siento a su lado.

—Bien. Mi hermano vino de Londres por sorpresa y fue muy guay.

—¡Me alegro!

—¿Qué tal tú?

No he pensado mucho en ello o no he querido pensar. No sé si a la mínima que no quedemos, estará quedando con otras, aún no capto bien esto de ser tan liberal.

—Bien. Ayer fui a la playa con Lucas y Fani, comimos una paella y por la tarde me fui al *gym*.

¡Así que va al *gym*! ¡Claro! Ese cuerpo no sale solo. Madre mía. Con la camiseta negra ajustada que lleva se le marcan unos brazos y unos pectorales y... en fin. Que se me va la cabeza.

—Ajá, qué bien —contesto aturdida por sus músculos.

—Sí. Pasé la tarde entera haciendo ejercicio y pesas, hacía días que no iba y aproveché para destensarme. —Levanta varias veces las cejas en plan sexy —. Como tú no estabas.

Me río.

¿Así que yo lo destenso? ¿Mi sustituto es el *gym*? Hombre, mejor que una rubiaca de piernas largas me parece, ¿eh?

—¿Ah, sí? ¿Yo te destenso?

—Claro, ¿no te destenso yo a ti?

Nos reímos los dos. Este hombre me va a volver loca. Eso está claro.

—¿Qué quieres comer? —pregunto y añado muy rápida al ver la expresión que nace en su rostro—: y no vale decir que a mí.

David se ríe y sigue acariciando a Bolita que se ha quedado frito sobre él.

—Vale. No sé, cualquier cosa me va bien, podemos ir a comer por ahí si quieres. Te invito yo.

—No —niego rotundamente—. Sé cocinar.

—Ya, me imagino. Pero estás de vacaciones.

—¿Y qué? No me molesta cocinar. Es solo que no sé qué puedo hacer que te guste.

—Cualquier cosa, de verdad, no tengo problema.

No tiene problema, pero es vegano o algo así. ¿En qué momento se me ha ocurrido invitarlo a comer sin haber elaborado previamente una búsqueda extensiva de recetas veganas por internet y de haber comprado los productos necesarios para sorprenderle? Así seguro que por el estómago no voy a conquistarlo.

Bueno, cojo mi móvil y busco rápido «recetas veganas». David me mira divertido, pero no le dejo ver lo que busco y él no dice nada.

Encuentro varias webs y entro en la que tiene fotos más bonitas. Se llama Danza de fogones. Suena bien.

Sopa de coliflor, ensalada de *Kale*... ¿Qué es *Kale*? Dios mío, ¡esto va a ser un desastre!

No tengo coliflor ni *Kale*. Sigo bajando por su web. Platos deliciosos aparecen ante mí y me sorprenden. ¡Cuántas cosas veganas se pueden hacer! Madre mía, he de apuntarme a un taller o algo, me interesa mucho saber más sobre esto.

—Puedes hacer cosas carnívoras, ¿eh? No te vayas a liar ahora a hacer nada complicado —dice David intuyendo mis intenciones.

—Shhhh. —Le hago callar y sigo mirando la web.

¡Bingo! Ya tengo el menú decidido. Me falta comprobar si tengo los ingredientes. Voy a la cocina y con el móvil en la mano voy mirando en mi nevera y despensa comprobando si tengo todo lo necesario. Suerte que hice la compra hace dos días.

¡Y sí! Tengo de todo. ¡Estoy de suerte! ¡Danza de fogones te debo una y de las buenas!

—Sofi, podemos pedir comida para que nos la traigan también. Tengo una aplicación en el móvil que... —me dice desde el sofá.

—¡Que no! —le corto desde la cocina con un grito decisivo.

—Vale, vale. ¿Me dejas ayudarte al menos?

—¡Nooo! Pon la tele y entretente. Aquí pone que estará listo en treinta minutos —miento. La receta pone cuarenta y cinco. Pero para qué alarmarlo. Y es pronto, solo son las... ¡Vale! Es la una casi. Pero si todo va bien a las dos tengo la comida hecha. Puedo hacerlo. Soy una mujer moderna, con una buena web de recetas y San Google. Puedo conseguir lo que me proponga. ¡Que los ángeles de la comida vegana y las recetas cibernéticas me asistan! ¡Allá voy!

JODER, ESTA CHICA ME GUSTA DE VERDAD

David

Sofía lleva algo así como una hora encerrada en la cocina. Me sabe fatal porque no me ha dejado ayudarla en nada. No hago más que oír ruido de ollas, trituradoras, cajones y algún que otro «¡Pero bueno! ¡Esto qué es lo que es!». No puedo evitar reírme desde el comedor, ¡es supercómica!

Tengo la sensación de que acabaremos pidiendo comida a domicilio, pero hay que dar un voto de confianza a la chica.

Si acabamos juntos, creo que seré yo quien cocine en esta relación. Ella hará otras cosas, como dirigir todos los negocios. Es brillante lo que ha hecho con su marca en tan poco tiempo. Creo que no es consciente del potencial que tiene en realidad.

Cuando su gato salvaje, Thor, se ha aburrido de mis caricias, me abandona y se adentra en la cocina, ¡qué valiente es! Yo no me atrevo ni a asomarme.

Por cierto, lo llamo Thor desde ya. ¿Qué clase de nombre es Bolita para un macho como él? Si quería llamar Bolita a alguien debería haber adoptado un hámster. Esto es un gato macho alfa. Necesita un nombre acorde, como Thor. Luego discutiré con ella el bautizo del gato y el cambio de nombre.

Estoy apoltronado en el sofá, pero sigo sin encender la tele. Paso de ella, casi nunca la veo a no ser que sea para poner una película o una serie en concreto. Ver la tele en plan «a ver qué hay» no es una posibilidad que valore jamás, no sé por qué. No tengo nada en contra de ella, es solo que no me entretiene, y odio las noticias.

He dado varias vueltas ya por el piso y empiezo a sabérmelo de memoria. Es pequeño, pero lo tiene decorado con un gusto exquisito. Demasiado femenino para mi gusto, es cierto. Pero precioso. Creo que todas las tías deben soñar con tener un piso así. No es por nada en concreto, es solo que se nota la energía femenina. Se percibe que no lo ha habitado ningún hombre recientemente ni la ha ayudado con la decoración.

Pero me gusta, es totalmente luminoso. Tiene *parquet*, techos altos, muebles de diseño, colores claros. Minimalista. No es sobrecargado. La tía sabe lo que se hace. Tiene mi ramo de rosas sobre la mesa y me encanta saber que no las ha tirado a la basura. Debieron gustarle de verdad. Otra ya las habría tirado. No están pochadas aún, elegí un buen ramo, sin duda.

Su casa tiene calidez. Y eso que se debe de pasar media vida trabajando. Pero es uno de esos sitios que cuando llegas del trabajo te sientes en casa. Yo me siento así y es la primera vez que vengo; eso no me pasa en casa de nadie. Ni siquiera en la de Lucas, en la que a veces paso más tiempo que en la mía propia.

Además, es muy muy ordenada. No hay nada fuera de lugar. Eso me gusta, yo soy muy maniático con el orden. Podría llegar a vivir con alguien como Sofi. Viendo su piso me doy cuenta de ello.

—Ya casi estáááá —me grita desde la cocina un poco desquiciada.

—Valeee, ¡no hay prisa! Si tardas un poco más ya nos ahorramos la merienda —le grito yo y me aguanto la risa.

—¡Serás...! —No termina la frase—. ¡Ya te he dicho que en media hora lo tenía!

Me encanta picarla.

—Media hora en Canarias será, porque aquí ya ha pasado más de una hora.

—¡No me presiones! ¡Que al final se me quema! —exclama divertida entre risas.

Me río, no puedo evitarlo. Es tan apetecible. Es que entraría en la cocina y me la follaría ahora mismo. Buf. He de calmarme o al final la asustaré.

—Bueno, si quieres ir poniendo la mesa... —propone con una sonrisa que enseña todos los dientes y dejando platos, cubiertos y vasos sobre la mesa antes de volver a la cocina.

—¡Claro! Ya no sé dónde más marujear. Me sé tu ropa interior de memoria. He visto tu historial del navegador en el portátil, he encontrado los videos porno que grabaste con tus ex...

Vuelve de la cocina con una cuchara de madera en la mano; me mira, con los ojos como platos, congelada bajo el marco de la puerta que da a la cocina.

—Emm, es broma —aclaro encogiéndome de hombros y caminando hacia ella.

—Claro, ya lo sabía —dice ella quitando la cara de pánico que se le había puesto y haciendo como que no pasa nada.

—Pues no lo parecía, nena. Por la cara que has puesto, me temo que no he

buscado lo suficiente esos vídeos porno grabados con tus ex.

—Yo jamás he hecho algo de eso. —Levanta la barbilla y me señala con una cuchara de madera llena de salsa.

Acercó los labios a la cuchara y succiono un poco de salsa. Está deliciosa. No sé qué coño está cocinando, pero huele muy bien y sabe delicioso.

—Ehhh... ¿Esto qué es? Sabe raro. —Miento poniendo cara de asco—. Muy raro.

—¿Que sabe raro? —pregunta abriendo mucho los ojos—. ¡¿Cómo que sabe raro?! —continúa alzando la voz asustada.

—Sofi, estoy bromeando.

Se ríe y se tapa la cara con la mano libre.

—Vale, hasta que no comamos no me hagas más bromas, me pongo de mal humor cuando tengo hambre.

—Ya me estoy dando cuenta, ya.

Vuelve a la cocina y yo reparto los platos, los vasos, los cubiertos y las servilletas. Aparto el ramo de rosas un poco y me acerco a la cocina sigiloso.

—¿Te puedo ayudar con algo?

—Toma, lleva esto.

Me da dos tazones con algo rojo que parece gazpacho y lo llevo a la mesa. Me siento y la espero allí. Aparece enseguida con una sonrisa y dos cucharas.

—Es gazpacho casero.

—Ya veo, huele muy bien. —Paso de hacerle más bromas por el momento, estaba sacando un carácter de lo más sexy y como siga así al final no comemos.

—Espero que te guste.

—Si lo has hecho tú, me gusta seguro. —Sonrío como un ángel.

—Vaaaa, Pruébalo y no me vendas la moto.

Me río y pruebo el gazpacho. Está riquísimo.

—Mmmm, ¡delicioso!

—¿Sí? ¿Te gusta? ¿No le falta sal o le sobra ajo?, ¿o tiene demasiado pimiento?

—No, está genial, de verdad. —La tranquilizo.

Nos bebemos el gazpacho mientras Thor nos mira. Se ha sentado en una silla de la mesa y parece un comensal más. Es muy chulo. Es uno de esos gatos típicos callejeros que se adoptan. No es de raza ni tiene ninguna característica especial. Pero tiene unos ojos verdes y unas rallas atigradas en el pelaje muy molonas.

—¿Quieres un poco, Thor? —Le enseño el tazón casi vacío de gazpacho al gato por si quiere probarlo.

—¿Thor? ¿Qué dices? —comenta Sofi como si me hubiese vuelto loco—. Se llama Bolita.

—Se llamaba —la corrijo.

—¿Cómo que se llamaba? ¿Le has cambiado el nombre? ¿Así? —Chasca los dedos delante de mí y me mira desafiante—, ¿sin preguntar? —Pone cara de pocos amigos y añade—: ¿quién te has pensado que eres para cambiarle el nombre a mi gato?

Vale, aún tiene hambre. He de aguantarme la risa porque es demasiado adorable verla en plan borde. Como esto sea lo peor de su personalidad, me la pido para Reyes.

—¿Hay segundo? —pregunto, con algo de miedo, intentando desviar el tema; lo de Thor será mejor que lo hablemos más tarde.

—No me cambies de tema, ¡y claro que hay segundo! —Coge los tazones y se va gritando hacia la cocina—. ¿Qué te piensas?, ¿que he estado una hora en la cocina para hacer un gazpacho? Soy una mujer moderna que trabaja y sabe cocinar, ¿sabes?

Dios. Voy a arrancarle ese vestido que lleva en cualquier momento. Me está poniendo mucho.

No digo nada por si acaso y espero paciente a que traiga el segundo.

Vuelve de la cocina con dos platos de espaguetis que por encima llevan una salsa de tomate y... ¿albóndigas? Bueno, comeré lo que sea. No haré el feo de apartarlas después de lo que se lo ha currado, la pobre.

—Espaguetis con albóndigas veganas —anuncia mientras deja el plato delante de mí con elegancia.

¿Albóndigas veganas? ¿Puede ser esto cierto?

Universo: ¿puedo quedármela? En serio. La quiero para mí. Ni Reyes ni pollas. Me la quedo YA.

—¡Vaya! —es todo cuanto puedo exclamar. Tiene incluso un *topping* similar al parmesano vegano que hago yo.

—Espero que te guste. Es... es la primera vez que hago esta receta —dice mucho más calmada, tímida incluso. Qué polvazo tiene.

Probamos los espaguetis y están justo en su punto, la salsa de tomate ya la había probado de la cuchara y está riquísima, si es casera, le queda mejor que a mí. La sorpresa viene en cuanto pruebo las albóndigas veganas. ¡Están deliciosas! La textura es extraña y se deshacen un poco, pero me alucina que

se lo haya currado tanto. Ha hecho incluso parmesano vegano como el que hago yo.

¿Todo esto es por mí? Nunca nadie me ha cocinado comida vegana antes. ¡Ni siquiera mi madre!

—Sofi... —digo poniendo mi mano encima de la suya sobre la mesa, ella me mira entre expectante y asustada, como si esperara algún comentario negativo de la comida—. Esto... Está todo muy rico. —Sonríe aliviada y suelta el aire contenido—. No tenías que haberte molestado tanto, yo como cualquier cosa.

—No es cierto, tú cocinas muy bien y siempre me preparas cosas buenas cuando voy a tu casa. Esto... —Señala nuestros platos—, era lo mínimo. Y es improvisado, te prometo una comida en condiciones otro día. Esto de las recetas veganas es muy interesante.

Me muerdo el labio inferior. Es mordérmelo o morderla a ella.

—Eres increíble. No dejas de sorprenderme.

Ella sonríe encantada. Vuelve a ser la niña buena e inocente que me vuelve loco. Bueno, su versión desquiciada también me enloquece. Vale, toda ella lo hace.

—¿Me explicas eso de cambiarle el nombre a mi gato? —pregunta, como quien no quiere la cosa, mucho más relajada. Divertida incluso.

Me río, ahora sí, y se lo explico. Lo debatimos mientras nos acabamos los espaguetis y comemos un poco de sandía de postre. No le parece nada bien el cambio, pero empieza a dudar. Al final la convenceré y el gato me deberá una toda su vida.

Nos quedamos fritos en el sofá viendo la serie de *Viajeros* de Netflix. El aire acondicionado mantiene su piso fresco aunque fuera hace un calor de mil demonios.

Cuando me despierto me encanta saber que Sofi está entre mis brazos. Acaricio su pelo, su nuca, su cuello y poco a poco abre los ojos. Thor también se ha quedado dormido, pero él en el otro sofá. El que da a la ventana y es de dos plazas.

—¿Qué hora es? —pregunta medio dormida.

—Ni idea.

Alargo el brazo para alcanzar a mi móvil que está sobre la mesita y veo que son casi las seis de la tarde. Esto de estar de vacaciones me gusta. No sé ni en qué día vivo. Hoy es jueves, ¿no?

Después de arrumacos varios y de intentar meterle mano por diferentes

vías, Sofi prepara café. Yo estoy a su lado colocando el hielo en los vasos, dice que es mejor que me encargue yo de esa parte. No sé qué problema tiene con el hielo.

Llevamos los cafés a la mesa y la abrazo por detrás. Aspiro su aroma, ¿por qué huele siempre tan bien? Huele como a flores y a chocolate... o a algo dulce. Beso su cuello y ella suspira. Me encanta provocarla así. Podría pasarme la vida sintiéndola. ¿Por qué nunca he sentido nada así antes con ninguna mujer? Y de pronto, una idea pasa por mi mente. Un impulso irrefrenable.

—¿Puedo traer un momento tu portátil? —le pregunto girándola para verle los ojos y dándole un beso sobre los labios.

—Claro —responde intrigada y me da otro beso.

Cojo el portátil que he visto antes en su despacho y lo llevo a la mesa del comedor donde nos tomamos los cafés.

—¿La clave? —le pregunto en cuanto se enciende el MacBook.

Ella me mira divertida, gira el portátil hacia ella y la escribe sin decírmela y sin que la vea teclear.

—No será Bolita, ¿no? —la pincho.

No me responde, pero se ríe y me lo devuelve desbloqueado.

Tecleo unas cosas en el explorador.

—¿Qué quieres hacer con mi portátil?

—Ahora verás. —Me mira inquieta—. ¿Haces algo la semana que viene?

—Estoy de vacaciones. —Se encoje de hombros pensativa.

—¿Tienes disponibilidad de domingo a domingo?

—Sí. ¿Por qué?, ¿qué haces?

—Ahora verás —repito y sigo a lo mío.

—Vale.

Está atacada por la curiosidad, me encanta crear misterio. Saco mi tarjeta de la cartera y tecleo.

—¿Estás comprando algo?

—Sí, comida para la cena.

—¡Serás tonto! —Se ríe—. ¡Va! Dime qué es, tanta intriga me va a matar.

—Aguanta un poco —le pido y sonrío.

—Está bien.

Tecleo un poco más. Es una locura, pero me apetece tanto...

—Va, dímelo. ¿Qué estás comprando? ¿Qué haces? —Intenta girar el portátil para ver la pantalla, pero no la dejo.

Confirmar. Clic. Clic. Clic.

Giro el portátil enseñándole los billetes de avión que acabo de comprar.

—¿Nos vamos a Ibiza? —le pregunto impaciente.

Su cara es un poema. Primero mira los billetes en su portátil. Después me mira a mí. Vuelve a mirarlos. Sonríe. Se ríe como una niña pequeña. No sé si va a saltar de la alegría o me va a mandar a la mierda. No me queda claro.

—¿Ibiza? ¡Uauuuuu! —exclama y empieza a dar saltitos junto a la mesa.

Vale, menos mal. Era lo primero. Se abalanza sobre mí y la siento en mi regazo.

—Síiiiiii ¡Nos vamos a Ibiza! ¡Sí! —exclama totalmente ilusionada.

Joder. Si lo sé, los compro antes. A mí también me hace mucha ilusión ir con ella. Para mí Ibiza es un sitio muy especial.

Me besa con ganas y yo la beso a ella con el doble de ganas.

—¿Nos vamos a Ibiza entonces? ¿Te parece bien? De domingo a domingo.

—¡Sí! ¡Es genial! ¡Me apetece muchísimo!

—El hotel ya lo reservo luego, conozco al dueño de uno muy chulo y seguro que me consigue una buena habitación.

—¡Genial! Y me dices cuánto es todo y hacemos cuentas.

—De eso nada —le digo acariciando su nariz—. Te invito yo.

—¡Ni hablar!

—Sí, en serio. Ya me lo pagarás... en especias —bromeo y ella se ríe.

—Sí, claro. No, en serio. Esto de que lo pagues todo se tiene que acabar.

Me muero de la risa. ¿Qué dice? Cualquiera se aprovecharía de la situación.

Yo lo haría.

Después de los cafés, unas galletas de avena y de poner en común todos los sitios de Ibiza que nos alucinan, hemos descubierto dos que yo no conozco y que ella considera imprescindibles de ver. Uno: un tal chiringay (el nombre me echa para atrás, pero habrá que ir) y dos: un mercadillo hippy que se llama Las Dalías. He ido cantidad de veces a Ibiza pero nunca he perdido tiempo en ver mercadillos. Aunque si ella insiste, yo encantado. También hemos descubierto que hay tres sitios que no conoce ella y a los que la voy a llevar seguro: Uno es el Lío, una de las discotecas del grupo Pacha que, para mi gusto, es de las más divertidas. Una mezcla entre el Gran Gatsby y un Cabaret moderno. Además suele estar lleno de famosos y gente *cool*. Otro es un local liberal llamado L'Amour, es tipo Caprice y cada año voy, para ojear la competencia más que nada, la verdad es que las fiestas que montan son

brutales. Y, finalmente, la comunidad liberal/poliamorosa de Ibiza. Cada dos por tres organizan eventos, seguro que hay alguno al que podamos asistir. Será muy interesante.

Va a ser genial. Lo que aún no le he dicho es que el viaje implica conocer a mi madre. Está pasando la temporada allí haciendo talleres de energía lunar y no sé qué historias más.

No puedo ir y no verla. No me lo perdonaría. Además, estará encantada de conocer a Sofía. Será la primera chica que le presento en plan... novia o algo así.

Así que espero que se comporte y no vaya a darnos la tabarra con hacerla abuela o algún numerito similar.

Después de hacer una lista de todo lo que queremos visitar en esa semana, estamos todavía más ansiosos por ir. Me encanta esta sensación.

Hacia las ocho decidimos salir un rato a pasear y bajamos al paseo marítimo.

No suelto su mano en todo el paseo e intento rozar su cuerpo, como si no tuviera importancia, a cada rato. Pero sí que la tiene.

¿Por qué esta necesidad de sentirla cerca?

—¿Qué signo eres? —me pregunta rompiendo el silencio.

—Géminis, ¿y tú?

Nunca he sido muy de darle importancia a los signos, aunque mi madre sí. En exceso. Creo que por eso yo paso, para compensar.

—Sagitario.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —le pregunto con curiosidad.

—El veintiocho de noviembre. ¿Y el tuyo?

—El veinticinco de mayo.

Aun faltan meses para su cumpleaños, pero quiero acordarme para sorprenderla así que disimuladamente me apunto la fecha en el calendario del móvil.

La tarde parece sacada de una imagen de Instagram. El paseo marítimo de la Barceloneta está lleno de gente paseando. El sol está bajando y dándonos un respiro del calor que ha hecho hoy. El cielo está con ese color tan chulo de cuando el sol se pone. Una chica preciosísima paseando a mi lado de la mano. La sensación fantástica de estar de vacaciones... Firmo por parar el tiempo en este preciso momento. ¿Será así en todos los universos paralelos en los que la he conocido?

—¿Crees en los universos paralelos, Sofi? —le pregunto después de varios

pasos en silencio.

Me mira sonriente con curiosidad.

—Quería preguntarte sobre este tema desde el sábado pasado cuando lo mencionaste en el coche. Antes de ir a Caprice, ¿recuerdas?

—Sí, claro.

En uno de mis arranques de sinceridad total le confesé que no creía que en ningún universo paralelo ninguna versión de mí que se haya cruzado con ella, no haya cambiado radicalmente todos sus planes. Y es cierto. Creo totalmente en ello.

—¿Cuál es tu pregunta? —la invito a que concrete.

—Bueno... no sé... En general... Quería preguntarte sobre eso.

Vale, entiendo que flipara... sobre todo porque nos conocíamos de... ¿cinco días? Y ahora en realidad nos conocemos desde hace diez, pero nos sentimos como si nos conociéramos desde hace mucho más. Es justo eso a lo que me refiero.

¿Cómo se lo explico?

—Bueno, yo sí creo en que hay universos paralelos. Más que nada, me refiero a que cada decisión consciente que tomamos nos abre un universo de posibilidades distintas a si hubiésemos decidido otra cosa. —Miro a Sofia para evaluar si aún me toma en serio o empieza a pensar que estoy loco, pero me la encuentro muy atenta y concentrada en lo que le explico.

—Ajá.

—En este sentido tengo una forma de pensar algo peculiar —le explico.

—¿Solo en este tema? ¿Estás seguro? —me pica y se ríe—. ¡Todo tú eres una peculiaridad, David!

Me encanta como suena mi nombre entre sus labios, tanto que no puedo evitar acercarme hasta ellos y besarlos suavemente. Ella responde encantada y se acaricia el labio inferior en cuanto me separo de nuevo.

—Bueno, te explico mi forma de verlo. Creo que las personas que conocemos en la vida y que marcan un antes y después, como has hecho tú —le digo con suavidad y observo su expresión sonriente—, estaban destinadas a hacerlo.

—¿Crees que estábamos destinados a conocernos?

—Sí. Bueno, estoy casi seguro de eso —afirmo con seguridad.

Sofia deja de pasear y se queda pensativa mirando al mar apoyada en la barandilla que separa el paseo marítimo de lo que es la playa. La abrazo por detrás mientras vemos las olas rompiendo en la orilla, las personas que aún

están repartidas por la arena sobre pareos o toallas disfrutando de la tarde, la inmensidad del cielo cambiando de color por el inminente atardecer sobre nosotros...

—¿Por qué estás seguro? —pregunta curiosa y se vuelve sobre sí misma para acabar mirándome de frente. Aprovecho para rodearla por la cintura y pegar sus caderas a mi cuerpo.

—Porque tal como apareciste, sacudiste todo mi mundo. Y eso no ocurre cada día, Sofi.

Noto como sus mejillas se sonrojan e intento entender por qué.

—Y cuando alguien sacude tu vida de esa manera —continúo explicándole mientras acaricio su mejilla derecha con mi pulgar suavemente y miro sus enormes ojos marrones que me observan atentos como si estuviera a punto de desvelar un gran misterio—. Es porque sin duda, tenía que ocurrir, y en ningún universo paralelo se ha podido evitar.

—Uau —exclama impresionada.

Sonrí y beso la comisura de sus labios mientras acaricio su nuca y la atraigo más hacia mí. Son tan deliciosos. Tras el beso, veo que Sofi está pensativa.

—Esto... es tan... —intenta encontrar las palabras y yo la miro curioso con paciencia—. No sé...

—¿Tú crees que existe la posibilidad de que yo haya podido evitarte en algún universo paralelo realmente? —le pregunto con ternura observando sus reacciones. Parece que está flipando; espero que para bien.

—No sé, nunca había pensado en ello. Pero sí, ¿por qué no? Podías haber subido en el ascensor, haber marcado el cero y... y ya está... sin hablarme, sin reparar siquiera en que yo estaba allí. Nos habríamos cruzado algún otro día, pero sin más.

—Eso es imposible. ¿Es que no ves cuánto me atraes? —le pregunto sorprendido porque no lo note—. En cuanto te vi en el ascensor, todo empezó a girar en torno a ti, no podía dejar de mirarte, no podía dejar de decir lo primero que se me pasaba por la cabeza con tal de hablarte. Necesitaba saber quién eras; saber más de ti, hablarte, tocarte.

Sofía me mira entre inquieta, asustada y alucinada. ¿Me habré pasado con todo esto? Pero es lo que pienso. Y ya le dije que era muy sincero. Prefiero que sepa lo que pienso sobre ella.

—¿Sofi...?

—Perdona, es que no sé ni qué decirte. Es muy... intenso todo esto.

Sus ojos empiezan a brillar y si no fuera porque sonrío, pensaría que va a llorar. No sé qué estará pensando de todo esto, pero entiendo que a veces me paso un poco de intensidad. La abrazo con suavidad y ella se pega totalmente a mi cuerpo como si buscara mi calor. Con una mano empujo su cintura contra mí y con la otra acaricio su pelo mientras ella recuesta su cara en mi pecho.

Miro al horizonte y me parece un momento mágico. Poder hablar así de claro con alguien. Poder ser tan yo. No recuerdo haberlo sido tanto nunca antes. Me siento tan cerca de Sofía, tan conectado a ella. Es muy especial.

—Eres muy especial para mí, Sofi —susurro contra su pelo. Ella separa un poco la cabeza y me mira con ese brillo en los ojos que me inquieta. ¿Está a punto de llorar sí o no?

—Tú también eres muy especial para mí, David. Demasiado.

Sonrío.

—¿Demasiado?

—Sí.

—¿Y eso es malo?

—No. Pero asusta. Mucho.

¿Está asustada? ¿Es eso?

Vuelvo a abrazarla con fuerza. Quiero que sienta todo lo que siento por ella. Me entran ganas de decirle cuánto la quiero. Pero me contengo. Realmente no deseo que salga corriendo despavorida. Pero la quiero. Es un hecho. Y ha de notarlo.

La tarde ha pasado volando y terminamos el paseo callados. Sonriendo cada vez que nuestras miradas se cruzan. Entrelazando los dedos de nuestras manos, dándonos besos suaves en momento aleatorios porque sí. Porque no aguantamos más sin hacerlo.

Y cuando llegamos al final del paseo me mira con una gran sonrisa, pero me dice que se ha de ir a casa.

—Noooo... —le digo con mucha pena. Si he de suplicar, ¡lo haré!

—¿No quieres que me vaya a casa? —pregunta sorprendida.

—No. Quiero que vengas a la mía.

Sofi se ríe. Parece que esté valorando la propuesta.

—Pero Bolita...

—Querrás decir Thor —la corrijo divertido y ella se ríe—. Y Thor ha comido esta tarde y no le va a pasar nada porque no vuelvas a dormir.

—Ya, también es verdad.

—Descartada la coartada Thor, ¿hay algún motivo por el que quieras irte a

casa? Porque si necesitas descansar de verme o te he asustado, entonces no diré nada.

—¿Descansar de verte y asustada? —pregunta con los ojos abiertos como platos—. ¡Qué locura es esa! Vamos, anda. Vamos a tu casa. —Coge mi mano y tira de ella en dirección a mi casa.

¡Misión cumplida!

Cuando entramos en mi casa me ocurre algo extraño. Veo a Sofi dejar el bolso sobre el sofá y quitarse las sandalias con total naturalidad como si se tratara de algo que hace cada día en este espacio. Observo esa situación como si estuviera fuera de mí. Lo curioso es que me parece una situación familiar, cotidiana, conocida. Como si viviera conmigo desde siempre. Me parece como si Sofi formara parte de mi vida de forma irrevocable. De hecho, ya es parte de mi vida y lo más sorprendente es que, lejos de agobiarme, me reconforta. Me hace sentir bien. Mi casa toma un matiz cálido y brillante cuando ella está presente, uno que no existe cuando ella no está. Es más hogar.

—¿Qué? —pregunta curiosa desde el sofá viendo que me he quedado parado en la entrada.

Yo acabo de sacarme las bambas y voy hacia ella.

—Nada. —Me encojo de hombros. Ya la he asustado bastante por hoy.

—¿Cómo que nada? Parecía que estabas en otro mundo.

Me siento a su lado, enciendo el aire acondicionado y tomo su mano entre las mías antes de contestarle.

—Sí, eso es cierto. Estaba en otro mundo.

—Bueno. —Se ríe bajito sin insistir más.

Joder, esta chica me gusta de verdad.

ESPERO QUE ESTA CENA NO ACABE COMO LA DE LAS PIZZAS

Hemos cenado una ensalada con rúcula, cherris, trozos de naranja, almendras tostadas, dados de tofu a la plancha y con una vinagreta dulce que estaba deliciosa. Me sorprende que David se desenvuelva tan bien en la cocina. No es que piense que los hombres no saben cocinar, es que hasta ahora no había conocido a ninguno que dijera de preparar la cena y supiera hacer algo más que unos Frankfurt o bikinis. David cocina muy bien y además siempre son cosas saludables, sabrosas y distintas.

Estoy en el sofá esperando a que David vuelva. Ha subido (al lavabo, imagino). En eso me llega un mensaje de Mónica que me saca de mis pensamientos:

Mónica:
¡Sooooof! Estás muy perdida.

22:46

A lo que le contesto:

Corazón, ayer fui a ver a mis padres, ¡¡¡y estaba Eric de sorpresa!!!

22:47

Me he quedado a dormir con ellos y he vuelto hoy.

22:47

Mónica:
¿El buenorro de tu hermano está aquí?

22:48

Me río sola en el sofá.

Sííí, aunque se iba hoy. Vuelve en septiembre.

22:48

Mónica:

Ah, vale. ¿Estás con David ahora?

22:49

¿Cómo lo sabes?

22:49

Mónica:

No es difícil... estáis siempre juntos últimamente.

22:50

¿Es eso cierto? No hace ni quince días que nos conocemos, pero sí que es verdad que los últimos días, y sobre todo desde que estoy de vacaciones, hemos pasado mucho tiempo juntos, sí.

Aún le estoy dando vueltas a lo que me ha dicho en el paseo esta tarde. Me desconcertó tanto que no supe ni qué decir. Ha debido pensar que soy muy superficial o algo tonta, no sé. Pero es que me ha descolocado totalmente. Ya sabía o intuía que David era muy de pensar en esas cosas; no es el típico chico guapo que solo habla del gimnasio o de coches, es un tío que te habla de universos paralelos como quien te habla de que mañana hará sol. Y la intensidad con la que habla de que nos hayamos conocido... es tan bonito y especial que me abruma. Nunca he conocido a nadie con quien haya conectado tanto en tan poco tiempo. Me da mucho miedo todo lo que estoy sintiendo por él. Es demasiado intenso. Me da la sensación de que en cualquier momento puedo caer y la hostia será de película.

Un mensaje de Mónica me hace volver a la realidad:

Mónica:

Disfruta de la noche. ¿Vas mañana a la cena de Fani y Lucas?

22:51

Sí, iré a la cena. ¿Nos vemos allí?

22:52

Mónica:

Hecho. Espero que esta cena no acabe como la de las pizzas que te conté je, je.

22:52

Me vuelvo a reír sola recordando ese momento en el que me lo contó y tuvimos un ataque de risa juntas en su cocina. También me doy cuenta de que aún no le he contado nada de lo que pasó con Fani hace unos días.

Sí, yo también espero que no sea como esa ja, ja, ja.
¡Hasta mañana! Lofiu.

22:53

Mónica:

Lofiu mor.

22:53

—Sofi, apaga la tele y sube —me pide David desde arriba.

No es una pregunta. Y me parece bien, que conste. Hago caso cual sumisa y subo intrigada.

Es pronto para irse a dormir, son solo las once. En su habitación todo está ordenado e impecable, lo único distinto que me llama la atención es que ha encendido velitas rodeando toda la cama y el gran ventanal que da al mar está abierto por arriba.

Entra una brisita marina de lo más agradable. David aparece del lavabo y me mira con una sonrisa que hace que se marquen sus hoyuelos sexys. Trae algo ardiente en la mirada mientras se acerca hasta mí. Sin decir nada levanta mi vestido para quitármelo y yo le facilito la tarea levantando los brazos. Admira mi cuerpo por un instante antes de quitarme el sujetador y el tanga. Lo hace todo despacio, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo y este fuera un momento para grabar en nuestras memorias. Suena una música suave a través de un altavoz *Bluetooth* que por el aspecto que tiene, debe tener mucha potencia.

Me lleva de la mano hasta el lavabo y veo que ha llenado la bañera de hidromasaje y ha puesto algunas velitas allí también. Además, las vistas desde allí del mar y de la ciudad iluminada parecen una postal.

Se saca la camiseta y yo me muerdo el labio por no gritar como una fan. Se deshace también de sus tejanos y del bóxer negro.

Toma mi mano y entra a la bañera. Se sienta y me hace sentarme entre sus

piernas, recostándome sobre su pecho. Le da a un botón y las burbujas aparecen entre nosotros por todas partes. Mmmmm, me encanta esta sensación.

La bañera no es muy grande, pero caben bien dos personas e incluso tres (ejem). Me recojo el pelo en un moño alto improvisado con una goma que llevo de pulsera y vuelvo a recostarme sobre su pecho. Con su mano levanta un poco mi barbilla y me da un beso dulce y suave.

—¿Te gusta?

—Sí. Se está muy bien.

Miro al cielo a través de la enorme ventana, las estrellas ya se ven claramente. David alarga un brazo y coge algo del suelo.

—¿Un poco de cava?

Me tiende una copa helada y la cojo, me apetece un montón. Bebo un sorbo mientras él hace lo mismo con la suya. Noto que está muy fresquito, delicioso por cierto, dulce y afrutado, como a mí me gusta. No me he dado cuenta de que lo preparaba antes. Me ha dicho que iba a recoger lo de la cena y que no se me ocurriera levantarme del sofá. Yo he aceptado encantada, claro.

—Mmmm, qué rico está.

Este cava no es fuerte, o no lo noto demasiado alcohólico. Entra solo y me acabo la copa de una vez.

—Sí que tenías sed.

—Sí. —Sonrío.

Deja las dos copas vacías en el suelo y me abraza. Acaricio sus brazos apoyados en mi vientre mientras miramos el cielo a través de la enorme ventana. Podría quedarme así toda la vida.

Las burbujas son suaves y relajan todo mi cuerpo. Me siento de gelatina. La temperatura es calentita y en contraste con la brisa marina que entra por la ventana es una pasada.

Me besa el cuello por detrás y me da un escalofrío.

—Tienes muchas cosquillas, ¿eh?

—Sí —confieso.

Levanta un mechón que se ha escapado de mi moño y lo pone tras mi oreja donde reparte besos muy húmedos y sopla un poco. Se me eriza la piel a su paso.

No puedo evitar pegar la oreja al hombro por las cosquillas que me provoca.

—Me encanta —dice divertido y vuelve a abrazarme fuerte.

—Eres malo. Te gusta hacerme sufrir, ¿eh?

—No es sufrir precisamente lo que me gusta hacerte.

Nos reímos. Pero lo ha dicho tan sensual que el calor se enciende en mis mejillas.

Me acaricia suave la barriga con los dedos haciendo círculos lentos. Con la nariz acaricia mimoso mi cuello y yo me dejo hacer. Me siento tan cómoda entre sus brazos.

Giro un poco el cuello y busco sus labios. Le beso con las ganas que tengo y son muchas. Nuestras lenguas se encuentran enseguida, como si ya se echaran de menos. Gira mi cuerpo por completo y me sienta a horcajadas sobre él. Su erección aparece enseguida y sé que está listo para lo que quiero hacer. Yo también lo estoy.

Mientras nuestro beso se vuelve todo lenguas, deseo y juego intenso, David mueve mis caderas para encarar mi sexo justo a un chorro de agua que sale a presión entre sus piernas. Dios. El cosquilleo me enciende entera. Podría correrme solo con este chorro. Necesito una bañera como esta para mi casa. Muevo un poco las caderas para sentirlo más y él gruñe en mi boca.

Busco su erección y la acaricio desde la base hasta arriba. Suave pero rápido. Separa una mano de mi cadera y la lleva hasta la mía para apretarla alrededor de su pene, yo capto el mensaje. Presiono más a partir de este momento y gime en mi oreja volviéndome loca.

Vuelve a cogerme con las dos manos la cadera y me mueve arriba y abajo para acercarme al chorro y alejarme. Noto la presión sobre el clítoris y el placer empieza a nublar mi mente. Me guío como puedo con su respiración y sus gemidos para tocarle como le gusta. Me doy cuenta como se acelera cuando acaricio bien la base y presiono los dedos en torno a ella. Después subo y bajo rápido y repito.

—No pares —me pide y echa la cabeza hacia atrás apoyándose en el borde de la bañera.

Aprovecho para besarle el cuello mientras sigo acariciándole como sé que le encanta. Lamo su cuello, lo muerdo, succiono un poco y asciendo hasta su lóbulo. Tiro de él con los dientes como ha hecho él a veces conmigo.

Se revuelve un poco. Creo que está a punto de correrse. Me pone a mil provocarlo así. Me siento poderosa y muy sexy.

Introduce un dedo en mi interior mientras el chorro sigue golpeando burbujeante en mi clítoris y me siento a punto de estallar. Introduce otro dedo y acaricia rítmicamente unos minutos en los que simplemente me dejo ir. Un gemido escapa entre mis labios y David me observa con una mirada salvaje.

Dejo que el orgasmo me atraviere por completo y es alucinante.

Todo mi cuerpo convulsiona alrededor de sus dedos que siguen moviéndose ágiles dentro de mí. ¡Ufff!

Me desplomo un poco sobre él y recupero mi respiración poco a poco mientras le sigo acariciando. Él me acaricia suave la espalda a su vez.

Me incorporo un poco y observo su cara. Tiene los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Su respiración es ruidosa y muy sensual. Le encanta lo que le hago. Acelero los movimientos con mi mano y con la otra acaricio muy suavemente sus testículos. Se sorprende y abre mucho los ojos, pero me deja hacer; entiendo que le gusta. Sigo acariciando hasta que de pronto me detiene.

—Para, para.

—¿Por qué? Quiero que tú también...

Sigue sin dejarme mover la mano con la que lo tengo agarrado.

—¿Que yo también qué? —pregunta incitándome a acabar las frases.

—Quiero que tú también te corras —consigo contestar. Yo hablando así de directa, no me reconozco.

—Quiero... Necesito estar dentro de ti —confiesa con un hilo de voz—. ¿Puedo?

Asiento como una tonta. Claro que puede. Solo con eso ya me ha encendido de nuevo, ¿será posible?

Alarga la mano y coge de entre los botes de gel y champú algo que suena plástico. Lo rasga y se levanta un poco para colocárselo fuera del agua. Entonces queda ante mí su erección, y antes de que se ponga el preservativo, juro que no sé de donde aparece el impulso que me posee y me lleva a lamerla.

Lamo su erección de arriba abajo y la meto en mi boca. Jugueteo con la lengua en la puntita mientras profundizo y vuelvo a subir. David gime de placer y me vuelve loca. Agradezco que no hayamos echado gel en el agua ni ningún producto. Porque simplemente sabe a agua y es mejor así.

Sigo jugando con la lengua alrededor de su glande y acariciando con mis labios el resto. Profundizo todo lo que puedo. Está tan duro. De pronto siento su sabor. Debe estar a punto de correrse. Me aparta suavemente y me mira con deseo. Se coloca el preservativo y vuelve a sentarse en la bañera. Me siento sobre él y coloco la punta en mi entrada.

David me mira a los ojos y entre jadeos me susurra:

—Me encantas demasiado.

Sonrío por su declaración de amor repentina y vuelvo a concentrarme en

que entre toda dentro de mí. Profundizo despacio moviendo mis caderas hacia abajo. Siento como entra cada milímetro y cierro los ojos para sentirlo todavía más.

Llego hasta el final y entonces empiezo a moverme. Busco mi placer. Me muevo despacio arriba y abajo mientras David me mira con la boca abierta, jadeante. Es la primera vez que tengo yo el control de los movimientos y me está gustando mucho esta sensación.

—Así, nena... me encanta...

Parece que a él también le gusta lo que hago porque cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás, me deja hacer con él lo que yo quiera.

Yo sigo moviéndome encima de él y también echo la cabeza atrás.

Sus labios atrapan un pezón y lo succiona con fuerza. El calor atraviesa mi cuerpo. Encuentro el ritmo que me gusta y siento toda su erección llenándome por completo. Es casi doloroso de lo placentero que es. Sus labios viajan hasta el otro pezón y lo lame con detalle.

—Ohh, sí... —gimo descontrolada.

Acelero el movimiento de mis caderas y me clavo en él sintiéndolo por completo dentro de mí. Siento que estoy a punto de correrme.

Con una mano me aprieta las nalgas y con la otra se cuela entre nosotros para acariciarme el clítoris con círculos muy suaves que me vuelven loca cuando aplica un poco de presión.

Me dejo ir enseguida.

—¡David! ¡Por Dios!

—Eso es nena.

Es uno de los orgasmos más intensos que he experimentado nunca. Por un momento no sé ni dónde estoy. Todo es luz y sensaciones. El agua caliente a nuestro alrededor que burbujea suavemente. El sabor del cava en sus besos y en mis labios. Él llenándome por completo. El orgasmo arrasando todo mi cuerpo. La brisa fresca moviendo mis mechones rebeldes.

Abro los ojos y vuelvo a la tierra para encontrarme con un David excitado y sorprendido. ¿De qué se sorprende tanto?

Me coge de las caderas y me mueve a su antojo, busca su placer y disfruto de dárselo. Se corre enseguida con un gruñido sexy y varonil que me alucina. Me abraza por la espalda y apoyo mi cabeza en su hombro mientras recuperamos la respiración.

—Dios, nena... me vas a matar.

Me río divertida. ¿Yo matando a alguien con sexo? ¿Desde cuándo? Esta no

soy yo. Pero me encanta. Me encanta esta nueva yo que llevo descubriendo desde que lo conozco.

David reparte caricias suaves por mi espalda con los dedos arrugados de tanta agua. Durante unos minutos no decimos nada. Simplemente sentimos las burbujas a nuestro alrededor y el contacto de nuestra piel. Le doy a un botón que encuentro en el lateral y las burbujas cesan. Ya hemos tenido bastante burbujeo.

Sigue dentro de mí y la sensación es imponente. Me siento conectada a él mucho más que por un tema físico.

—¿Quieres salir? —pregunta en un susurro.

Quiero quedarme en este preciso momento para siempre.

—Estoy bien. ¿Quieres salir tú?

—Sí. Empiezo a parecer una pasa de uva. —Se ríe divertido enseñándome los dedos de su mano.

—Está bien, salgamos. —Yo también parezco una pasa de uva.

Me levanto despacio sintiendo como sale de mi interior. Él emerge de la bañera con cuidado, y me ayuda a salir, se quita el condón y lo tira a la papelera. No puedo evitar recorrer su espalda con la mirada y deleitarme con su culo. ¡Dios! Qué culo, ¿pero hay algo que no tenga increíblemente perfecto?

Coge dos toallas. Se enrolla una en la cintura y me pasa la otra con la que me hago un vestido improvisado.

Me abraza por la cintura y me da un beso en la nariz.

—Estás preciosa recién follada, ¿sabes?

La sangre empieza a palpar por todo mi cuerpo con fuerza. Mejillas rojas, sin duda.

Suelta mi moño y se pone la coleta en la muñeca. Me acaricia el pelo poniéndomelo bien y me mira casi con admiración.

—¿Te da vergüenza que te diga estas cosas? A veces soy un poco brusco.

—Me encanta que me digas lo que piensas tal cual —confieso aún sonrojada.

—Es que lo estás. Tienes un brillo especial en los ojos, las mejillas encendidas, los labios hinchados... —Me los acaricia con el pulgar mientras lo dice—. Si no fuera porque sé que estás cansada, volvería a follarte ahora mismo.

Un calor inesperado aparece en mi entrepierna. ¿En serio? ¿Es capaz de excitarme de nuevo tan pronto?

Se ríe y tira de mi mano. Me tumbo en su cama mientras él apaga las velitas

del lavabo y cierra la ventana dejando una mosquitera por la que entra una brisa muy muy agradable. Huele a alguna flor nocturna, quizá a dama de noche, es un perfume que inunda su habitación y de repente me parece el lugar más increíble del mundo.

Se acuesta a mi lado y me abraza. Me acurruco entre sus brazos vestida únicamente con la toalla y no sé en qué momento me quedo dormida. Solo sé que me siento tan a gusto que ni siquiera pienso en la hora que es, en vestirme o en nada que no sea sentir su calor a mi alrededor y sus caricias suaves repartidas por toda mi espalda.

Universos paralelos. Me duermo pensando en ello. ¿Habría podido evitarle yo? Desde luego me hubiese perdido una de las mejores experiencias de mi vida. La más intensa. La más mágica.

El viernes me despierto desnuda cubierta únicamente por una sábana finita blanca. Paso mi mano por la cama buscando el cuerpo de David, pero, como siempre, estoy sola en su cama. ¿Por qué se despierta tan pronto? Bueno, no sé ni qué hora es, pero se despierta antes que yo.

Busco mi móvil en la mesita y veo que son las nueve. Me visto con el vestido camisero de flores que llevaba ayer, me arreglo como puedo y bajo a buscar a David con ansia por tenerlo cerca.

Lo encuentro meditando en la terraza y me espero en la cocina para no interrumpirle. El desayuno está listo y como ahora ya sé donde tiene las tazas, preparo el café. Aparece justo a tiempo. Lleva unos tejanos cortos y una camiseta gris oscura de manga corta que se ajusta un poco a su torso. Viene con una sonrisa encantadora hasta donde me encuentro y me levanta del taburete donde estoy sentada para abrazarme en un abrazo largo y profundo. Como si hiciera meses que no nos vemos. ¿Puede encantarme más este hombre?

—¿Has dormido bien, nena?

—Sí. No te di ni las buenas noches —recuerdo tímida.

—Ya, te dejé hecha polvo —musita pícaro.

Acaricia mi pelo y me besa en los labios.

—¿Tú has dormido bien? —le pregunto con interés.

—Mucho. Me encanta dormir contigo, Sofi —susurra mirándome a los ojos con un azul alucinante en los suyos. A veces me quedo un poco fuera de órbita mirándolos. Son tan bonitos y tan expresivos... Veo tanto a través de ellos.

—A mí también me encanta dormir contigo.

Recuerdo que la primera noche que me quedé no dormí casi nada y me dijo que no estaba acostumbrado a dormir con nadie. ¿Será que el polígamo está empezando a sentir cosas de monógamo?

Después de desayunar, insisto en ir a mi casa, Bolita-Thor (aún no tengo claro el cambio de nombre) está solo desde ayer. Y además, si el domingo nos vamos a Ibiza, necesito hacer una lavadora y organizar la ropa para la maleta.

TRAE CUERDAS, BRIDAS Y NUTELLA

David

Sofi se ha ido esta mañana a su casa (a pesar de que he insistido para que no se fuera). Ha dicho que tenía que ver a Thor y organizar su ropa para la maleta de Ibiza.

Yo me he ido al gimnasio, he comido en casa con Christian mientras cerrábamos temas de trabajo y hemos bajado a la piscina de mi comunidad a darnos un chapuzón. No suele haber mucha gente y se está muy bien.

—Bueno... —dice Christian mientras se seca el agua de los ojos y se sienta en el borde de la piscina dejando los pies dentro del agua.

—¿Bueno qué? —le pregunto flotando sobre el agua y mirando las formas de las nubes.

—¿Me vas a contar qué ha pasado con Sofía?

Escuchar su nombre hace que me levante del agua. Sofía... Ya la echo de menos.

Me siento junto a Christian y le miro con una sonrisa.

—¿A qué te refieres?

—A esa cara que tienes. Llevas todo el día en las nubes —comenta—. Tío, te ha dado muy fuerte esto, ¿verdad? —suena preocupado.

—Ufff. Es tan increíble —confieso como un adolescente pillado.

—Sí. Es una chica alucinante. A mí me encanta y sobre todo me gusta veros juntos, es como si estuvieseis hechos a medida.

Me río al recordar que Fani dijo exactamente lo mismo.

—Pero te ha dado muy fuerte esto. Que os conocéis de hace cuánto, ¿una semana?

—Es como si la conociera de siempre. De una vida anterior quizá.

—Oh, oh —comenta preocupado y se inclina para mirarme a los ojos como si quisiera ver signos de enfermedad mental—. ¿De otras vidas? ¿En serio?

—Bah, ya me conoces. Sabes a lo que me refiero —le digo dándole con el

hombro.

—Sí y por eso estoy preocupado. Porque te conozco y nunca te he visto así por nadie. —Suspira—. Tómalo con calma, tío. —Hace con las manos el gesto universal de «más despacio».

—Sí me lo tomo con calma.

—Sí, mucha calma —replica irónico—. ¿Esto es por lo que te dijo tu madre? —me suelta.

Me levanto y voy hacia la tumbona. No quiero hablar de mi madre ahora.

—Escucha, ya sabes que yo no creo en nada de eso, pero lo respeto al cien por cien. —Christian viene hasta la tumbona y me coge por el brazo—. Aún así tómalo con calma. Solo te pido eso.

Dejo ir el aire y relajo los hombros mientras asiento con la cabeza.

—¿Qué piensa del poliamor y todo eso? ¿Lo habéis hablado? —pregunta curioso.

—Bueno, sí, hemos hablado varias veces del tema.

Pienso en que quizá deberíamos hablarlo más, pero es que no quiero agobiarla, prefiero que vaya viendo cómo es.

—Yo no la veo muy liberal, la verdad —confiesa secándose con la toalla.

—¿Y Mónica si lo es? —le pregunto devolviéndosela.

—Bueno, sí, puede ser que sí —contesta pensativo.

—Tómalo con calma, Christian —repito sus palabras con tono repelente.

—Qué capullo. Pero ahora en serio, tenéis que hablar más —me aconseja—. ¿Sabe algo de cómo funciona una relación abierta?

—Ni idea. Supongo que algo sabrá, claro —contesto pensativo mientras me seco.

—Pues por el interés que te trae, habla más con ella del tema. Las tías necesitan comunicación y no te veo yo muy comunicador —me pica riendo.

—¿Que no me ves comunicador? ¿Vas de gurú de las relaciones o qué? —le pico yo.

—Bah. Tío, no hagas la olla, ya sabes a qué me refiero. Habla con ella —sentencia.

Nos acostamos al sol en las tumbonas y me quedo pensando en que, en realidad, Christian tiene razón. Tengo que hablar más del tema con Sofi para que sepa realmente dónde se está metiendo. Aunque lo que de verdad prefiero es que se meta hasta el fondo y cuando sepa lo que hay (si es que no le gusta) no tenga retorno. Es un poco egoísta, pero es lo que quiero. Además, ¿a quién puede no gustarle este estilo de relación?

Vale, está bien, al noventa por ciento de la población no le mola un pelo. A la gran mayoría; esa que prefiere una relación monógama cerrada controladora y posesiva aunque haya infidelidades, mentiras y cuernos a tutiplén. En fin... Sí, tengo que hablar con ella y que sepa lo que hay de forma más clara.

Christian se ha ido a casa y después de ducharme y vestirme, he recogido a Sofi en la suya. Cuando ha subido al coche es como si hubiese iluminado mi vida. Tiene ese efecto cada vez que la veo. ¿Cómo me lo voy a tomar con calma?

Vamos de camino a la casa de Fani y Lucas, que Dios nos asista. Puede pasar cualquier cosa en esta cena, la verdad.

Solo espero que la superemos y sigamos adelante con nuestras vidas.

Aparcamos y subimos al piso juntos. Por suerte empieza a refrescar a medida que anochece.

Sofi está guapísima, lleva una falda negra y una camiseta gris ancha con un hombro al aire que me dan ganas de morder todo el tiempo.

Toco el timbre y esperamos a que abran mientras oímos gritos varios que provienen de dentro. Sofi me mira con cara de circunstancias y después, con una expresión pícaro, intentamos oír qué es lo que se están diciendo a gritos en el interior, sin éxito. Lucas y Fani son como el perro y el gato, pero en versión porno, claro.

Sofi sujeta una bandeja con un postre que ha comprado por el camino. Le he dicho que no teníamos que llevar nada, pero ha insistido. Las mujeres y sus protocolos.

Por fin Lucas abre la puerta y aparece ante nosotros completamente desnudo al tiempo que se ajusta una toalla a la cintura. Nos extiende los brazos y pretende que lo abracemos o algo así.

—*Benvenuti a casa mia Sofid!* —exclama con acento... ¿italiano?

—¿Sofid? —pregunta divertida poniendo estratégicamente la bandeja de las tartaletas entre el hombre desnudo y ella—. Hemos traído esto para el postre.

—*Bambina!* No era necesario. Pasad, pasad.

Entramos y miro de arriba abajo a Lucas con desaprobación.

—¿Qué pasa? Ahora iba a vestirme, es que habéis llegado muy pronto y me habéis pillado saliendo de una maravillosa duchaja —se defiende.

—¿Muy pronto? Dijiste a las diez, y son y cuarto —omito que haya hablado

de duchas que acaban en pajas delante de Sofi.

—Ah. ¡Pues qué impuntuales! —dice con falso desprecio—. Poneos cómodos chicos, voy a vestirme. —Se ajusta la toalla a la cintura tras cerrar la puerta. Cuando pasa cerca de Sofi parece que la va a dejar caer—. A no ser que prefieras que me quede así, nena —la provoca.

—No, la verdad es que no —contesta Sofi entre risas.

Lucas se va a su cuarto y yo llevo el postre a la cocina. Fani debe estar vistiéndose también. No hay nadie más a la vista.

Suena música pachanga en el comedor y vamos para allá. La mesa rectangular está preparada para la cena y están muy cuidados todos los detalles, así que me imagino que Fani se lo ha currado. Cuando Lucas nos invita a cenar, difícilmente pone un mantel siquiera. Y ahora mismo la mesa luce con un mantel rojo, platos negros, copas de varios tipos, servilletas formando corazones en cada plato, algunas velas y hasta ha puesto cartelitos con el nombre de cada uno para que sepamos dónde hemos de sentarnos. Las ventanas a la terraza están abiertas y las cortinas ondean con la brisa que entra por ellas. Se está muy bien.

Sofi deja el bolso en el sofá y sale a la terraza observando las vistas. No son al mar como las de mi piso, pero son bonitas también. Se ve la ciudad, los edificios, las luces... Lo malo es el ruido de la calle, pero con la música no se nota casi nada. Por cierto, qué mierda de música es esta.

Busco la *tablet* que tienen conectada a los altavoces y descubro que está sonando una *playlist* de Spotify que se llama «Baila Reggaeton». Muy típico de Fani. Busco una que me guste más y encuentro una lista variada de música suave ideal para cenar. Enseguida que cambia la canción oigo a Fani quejarse mientras se acerca por el pasillo.

—Ehhh, por qué me quitas mi Romeo Santos.

—Fani, déjate de Romeos y de Santos y acepta que te ha tocado un... un personaje como Lucas —la pico yo y ella se muere de risa.

Aparece en el comedor con un vestido negro de tirantes y el pelo suelto. Está muy guapa y sonrío encantada al vernos. Me da un pico amistoso y luego me mira dudosa por si ha hecho mal, pero lo arregla muy fácilmente: se dirige a Sofi y le planta otro beso en los labios a ella también. Sofi reacciona quedándose helada por unos micro-segundos y después sonrío con total naturalidad. Me la como.

—Qué bonito piso tenéis, Fani —le dice ella encantadora.

—¿Sí? ¿Te gusta? Después te lo enseño entero si quieres.

—Claro.

—¿Qué queréis beber para ir calentando motores, chicos? —nos pregunta Fani encendiendo las velas de la mesa.

—Lo que tengas abierto —le digo yo.

—He preparado sangría de cava rosado a litros y debe estar bien fresquito ya. ¿Os pongo unas copitas para que lo probéis?

Sofi asiente encantada.

—Venga.

Fani vuelve enseguida con dos copas de cava llenas de su famosa sangría rosada, la hace deliciosa lo cual es un puto peligro porque acabamos todos perdiendo el norte siempre.

—¡Gracias por las tartaletas, Sofi! Qué buena pinta tienen —exclama encantada tendiéndole una copa.

—¡De nada! Espero que os gusten.

—¡Sí! Es genial. Además, no tenía nada de postre, ahora que pienso.

—Me encanta tu vestido —le dice Sofi.

Se ponen a hablar de ropa y marcas por lo que desconecto. Justo llaman a la puerta así que me ofrezco a abrirla yo; aparecen tras ella Christian y Mónica, la pareja de guapos del momento. Christian va con tejanos negros, camiseta negra ajustada y americana gris. Va igual que yo, salvo por la americana, que con el calor que hace yo he pasado de ponérmela. Él es un *fashion victim* en toda regla. Prefiere pasar calor, pero estar como un pincel. Mónica lleva un top plateado brillante y una minifalda negra que deja a la vista las largas y fibradas piernas que tiene. Sostiene algo en sus manos y me temo que sea otro postre.

Christian me da un abrazo como si hiciera diez días que no nos vemos cuando hace escasas tres horas. Se lo devuelvo con cariño; lo quiero como a un hermano.

Cuando me giro hacia Mónica para saludarla, Fani le está plantando un beso en los labios y me tengo que contener para no reír. Mónica intenta parecer naturalizada con nuestros saludos, pero un leve rojo asoma por sus mejillas enseguida. No puedo contenerme de echar más leña al fuego al incómodo momento y le doy un beso en los labios yo también. Ella no dice nada y nos sonrío, pero el rojo de sus mejillas ha aumentado varios tonos en cuestión de segundos.

—¡Qué efusivos estáis! —nos dice divertida.

—Pasad, pasad —les invito a entrar. Christian se aguanta de reír también.

Mónica pasa a la cocina con Fani para dejar allí el postre y Sofi se une a ellas. Christian y yo nos acercamos al marco de la cocina para apreciar bien la que se avecina.

—¡Hola, nena! —exclama Mon en cuanto ve a Sofi y se acerca a ella para darle dos besos, pero Fani las detiene colocándose entre ellas.

—Hay una regla en mi casa. No se pueden dar dos besos.

—Ah —exclama Mónica sorprendida y Sofi se ríe; nerviosa, seguro.

—Os podéis dar un abrazo o un pico, vosotras escogéis —explica divertida y se aparta para ver qué deciden.

—Ohhhh —exclamamos todos con mucha decepción en cuanto vemos que ni se lo piensan y se abrazan muy fraternalmente.

Ellas se ríen y se quedan tan tranquilas. La noche empieza así, lo cual no tengo claro si es buena o mala señal.

Me bebo la sangría de cava en dos sorbos y voy a rellenarla. Está fresca, dulce y entra de muerte. Relleno la copa de Sofi que está a medias y me mira pestañeando coqueta con una sonrisa. Siempre parece que le sorprenda que me ocupe de ella o esté atento a lo que pueda necesitar.

¿Con qué clase de pasotas egoístas ha estado hasta ahora?

Siguen hablando de vestidos ahora también con Mónica y desaparezco de la cocina en «cero coma».

Christian está mirando los nombres de la mesa y moviendo todos los cartelitos de los sitios.

—¡Ja! —Se ríe mientras sigue liando todo.

—Tío, Fani te va a matar —le advierto ante su travesura.

—De eso nada, ya verás qué divertido.

Aparece Lucas silbando y bailando como si sonara la última de Ricky Martin. Lleva unos tejanos claros rasgados por las rodillas y una camiseta roja ajustada con cuello de pico.

—Qué pasa, gais.

Nos abraza con cariño y como no tiene bastante con eso coge a Christian, le estruja la cara y le planta un beso en los labios, luego se gira con toda la intención de hacerme lo mismo a mí, pero le hago una cobra total y me salvo.

—¡Tú sí que eres gay, tío! —exclama Christian entre risas simulando que se limpia del beso.

—Sí, te superas cada vez más —le apoyo yo.

—¡Bah! Si os encanta. ¿Dónde están vuestras pibitas?

No le contestamos y se dirige hacia la cocina, lo siguiente que oímos son

dos sonoros besos. Christian y yo nos miramos y nos reímos imaginado las caras de las chicas. En fin.

—Bueno, ¿por qué no os vais sentando? ¿Traéis hambre? —nos pregunta Fani acercándose a la mesa.

—Traemos mucha mucha hambre —le contesta Christian con tono sexual; este viene con ganas de guerra.

Fani se ríe encantada y se vuelve a la cocina. Me siento donde pone David y observo que a mi lado, Christian ha puesto a Lucas y a mi otro lado a Fani. ¡Será hijoputa!

Busco el cartelito que pone Sofi y lo pongo a mi lado. El tío se ríe de su maldad y se sienta delante de mí.

Sofi se sienta a mi lado, Mónica delante de ella, aunque su nombre estaba en otro sitio y Lucas en la cabecera de la mesa a mi lado. Fani se pondrá en la otra cabecera, junto a las chicas.

Aparece Fani con una bandeja con montaditos y nos mira sorprendida a medida que se acerca.

—¿Pero cómo os habéis sentado? ¿Es que no sabéis leer?

—Sí, estaban así —dice Christian con un tono de inocencia que hasta me lo creo yo.

—Bueno, es igual, me gusta la nueva distribución. —Sonríe divertida.

La cena transcurre volando, no nos damos cuenta y nos bajamos como ocho litros de sangría o, al menos, la sensación es esa. Los montaditos están muy currados y aunque algunos llevan carne, jamón o huevo simplemente lo aparto y listo.

No dejamos de reír con las idas de olla de Lucas y las recriminaciones llenas de vergüenza ajena por parte de su chica.

Mónica y Sofi cada minuto que pasa están más sueltas, más cómodas, más relajadas y se nota porque no dejan de reír e incluso participan de las bromas.

—Total que te empiezas a pasar el jabón por el cuerpo. —Lucas se acaricia a sí mismo, regalado del cuerpo que tiene, y va descendiendo con sus manos por su abdomen—. Sin saber cómo ha ocurrido, acabas haciéndote una paja. —Mueve su mano arriba y abajo en el aire como sacudiendo una polla imaginaria—. Y eso es la duchaja. No tiene más misterio chicas —explica antes de pegarle un bocado a un pinchito de Frankfurt. Muy apropiado todo.

—Nunca nos iremos a dormir sin saber algo nuevo, ¿eh, Sofi? —dice Mónica entre risas.

—¡Oh! Y esperad que os cuente lo que es el «dedoculo» —continúa Lucas

tan tranquilo.

—¡No! ¡El dedoculo ahora no, por favor! —exclama muerta de risa Fani.

—Sí, queremos saberlo —le azuza Sofi.

—El dedoculo es tan curioso como la duchaja —explica con total pasión como si estuviera explicando la teoría de cuerdas o la llegada de los extraterrestres a la tierra—. Son de esas cosas que ocurren una vez y no sabes bien como has llegado a la situación de meterte el dedo ahí hasta que tu novia te pregunta: «¿qué estás haciendo?», y tú dices: «Ah pues, un dedoculo, churri» —comenta representando la conversación imaginaria de su cabeza.

—¡Dios! Era peor de lo que pensaba —exclama Sofi entre carcajadas—. Creía que el dedo era ajeno.

—¿Un dedo ajeno? Claro, eso sería el dedoajenoculo. Pero yo te decía el dedoculo, en el cual es todo propio, el dedo y el culo.

Parecemos niños pequeños riendo de palabras escatológicas «caca, pedo, culo, pis». Pero sí, nos estamos partiendo y la sangría tiene mucho que ver.

—Fani, no te aburres nunca con este hombre, ¿verdad? —le pregunta Mónica entre carcajadas.

—¡Es imposible! Cuando menos te lo esperas te lo encuentras meneando la salchicha en la ducha o metiéndose un dedo a sí mismo por el culo mientras lo hacemos, en fin. A mí no deja de sorprenderme. Es mi caja de las sorpresas particular.

—Y lo que te gusta, mi *amol* —le dice muy meloso y ella pestañea coqueta. Vaya dos.

—Oye, que estos dos no os camelen, ¿eh? —Lucas nos señala—. Se han hecho una duchaja como una casa antes de venir aquí como que me llamo Lucas —exclama alzando la voz y poniéndose de pie para dar dramatismo a su afirmación. ¡Será cabrón!—. ¿O seréis capaces de negarlo mirándome a los ojos?

Christian alza las manos al aire y niega con la cabeza. Ya se ha confesado el tío. ¡Será débil!

—Tío, estás enfermo, ¿quieres dejar de hablar de dedos en el culo y de pajas? Estamos cenando y hay señoritas —le digo dejándolo en evidencia o esa era mi intención.

—¿Serás capaz de negar que te has hecho una pedazo de duchaja antes de venir?

—No, no puedo negarlo —respondo abatido. Es mejor darle la razón o será peor. Aunque razón no le falta, ¡claro que me he hecho una duchaja!

—¡Ajá! ¿Lo veis chicas?

Ellas afirman dándole la razón también.

—¿Y vosotras qué? ¿Habéis hecho una duchaja?, ¿o cómo podríamos llamarlo? ¿Dedo ducha?, ¿deducha? —habla solo.

—¿Qué tal si sacamos el postre, cariño? —Lo para Fani y todos nos reímos de lo poco sutil que ha sido.

—Eso quiere decir que me calle ya y que vaya a buscarlo, ¿verdad, bombón?

—Sí, exacto. Ve a buscar el postre —le ordena con firmeza.

Lucas agacha la cabeza muy teatral y va a por el postre. Me encanta ver como Fani es la única mujer en la faz de la tierra que no teme darle una orden y ponerlo a raya.

Christian y yo no permitimos que las chicas se levanten y nos encargamos de recoger los platos y los llevamos a la cocina. Que no se diga.

En la cocina nos encontramos a Lucas alzando una botella de whiskey peach en el aire.

—¿La saco y jugamos a la botella?

—Ni en tus mejores duchajas, chaval —lo para Christian.

—¿Verdad o prenda? —continúa con las propuestas Lucas.

—Tampoco —respondo yo.

—¿Chupito o morreo?

—No —replica Christian.

—¿Postre sobre el cuerpo?

—*Niet* —contesto yo.

—¿Amos y mazmorras?

—¿Y eso qué coño es? —le pregunto.

—No sé, pero lo improviso ahora mismo si me dais luz verde.

—¡No! —exclama Christian—. Déjate de jueguecitos y vamos a tomar el postre como personas normales.

—Que nos guste jugar no quita que seamos muy normales —replica encogiéndose de hombros.

—Tú de normal no tienes nada, depravado —intervengo con falso desprecio.

—¿Cuánto os apostáis que aquí hoy se juega a lo que yo quiera?

Christian y yo salimos de la cocina sin contestarle con la bandeja de tartaletas y una bandeja de bombones rellenos de licores que ha traído Mon.

Tras nosotros viene Lucas con el whiskey peach y su sonrisa más traviesa.

Vamos a necesitar drogas duras para tumbarlo esta noche. Valium o algo así.

—¿Qué cuchicheabais en la cocina? —pregunta Fani muy curiosa tras su copa de sangría.

—Nada cariño mío, me comentaban estos dos que sois muy aburridas — dice señalando a Mon y Sofi— como para jugar a unos juegos que ellos saben —añade el hijoputa de Lucas, porque no tiene otro nombre.

—¿Nosotras? ¿Aburridas? —Mónica me mira con los ojos como platos.

—¿Perdona? —exclama, ofendidísima, Sofi mirándome con sorpresa.

¿Por qué solo me atacan a mí? Se supone que Christian también lo ha dicho.

—No os creáis ni un cuarto de lo que dice este... este... personaje —digo señalando a Lucas que abre la botella de whiskey peach con sonrisa triunfal.

—¿Y qué juegos son esos? —pregunta Mónica.

—No os lo van a contar porque no os creen tan divertidas, pero yo sé que lo sois y os lo contaré yo —les dice con su sonrisa más seductora y encima ellas le siguen el juego.

—Sí, cuéntanoslo y verán estos dos quienes son los aburridos aquí —le propone Sofi muy digna.

—Me temo que estáis cayendo en una trampa mortal, chicas —les advierte Fani que conoce bien al personaje con el que duerme cada noche.

—Ni caso a Fani, se pone muy celosa cuando hay chicas guapas en casa — suelta el tío—, y hoy no tengo chicas guapas en casa. Hoy hay dos ángeles caídos directamente del mismo cielo —dice con tono seductor y camelador.

—Corta el rollo, tío. —Se ríe Fani.

—El juego que a David más le gusta es el de amos y mazmorras. ¿No te ha enseñado a jugar con él a eso? ¿En serio? —Sofi niega pensativa—. Tío, que disgusto, pensaba que Sofi te molaba —dice con decepción en la voz.

Tendría que haber sido actor de teatro. La madre que lo parió.

—No te creas nada. Inventa más que habla —le aconsejo a Sofi y esta se parte, todo lo hace gracia ahora mismo. Creo que vamos todos con el puntillo, pero ellas llevan un puntillo más.

Sofi apoya una mano en mi muslo, se inclina sobre mí y me susurra al oído con el tono más caliente que le oído hasta el momento:

—Tienes veinticuatro horas de margen para enseñarme a jugar a amos y mazmorras o tendré que pedirle a Lucas que me lo enseñe él.

Buf. Suerte de la duchaja.

—¡Esta es mi chica! —exclama encantado Lucas y empieza a llenar vasos de chupito con whiskey peach. Se ha propuesto matarnos con alcohol esta

noche.

—¿Sabes cuál es el juego que más le gusta a Christian? —le dice a Mon. Ahora va a por ella.

—¿Cuál? —Cae ella como una ratita curiosa al ver un trozo delicioso de queso.

—Tío, no seas cabrón —le dice Christian intentando evitar lo inevitable.

—Al tío lo que más le gusta del mundo es jugar al juego de la botella.

—¿Al de la botella? —pregunta Mónica haciendo como que gira una botella imaginaria sobre la mesa.

—Sí, pero con unas instrucciones levemente distintas al clásico; Christian es muy creativo —explica guiñándole un ojo.

—Ahh, claro. ¿Cómo es tu juego? —pregunta Mon totalmente curiosa a Christian.

—¡Es mentira! No hagas ni caso, se lo está inventado ahora mismo, sobre la marcha.

—¿No me lo cuentas? ¡Pues mejor! ¡Juguemos entonces! —dice quitándole la botella de whiskey peach de las manos a Lucas y dispuesta a lo que sea. Será cabrón, ya las tiene justo donde las quería. Esto no va a acabar bien.

—Tranquilas chicas, si lo que queréis es jugar, será mejor que el juego lo decidamos nosotras, ¿no os parece? —interviene Fani, recostada en su silla, jugando con la copa y mirando desafiante a Lucas con una sonrisa maligna a más no poder.

—¡Por supuesto! —exclaman casi a la vez las dos.

Esto va de mal en peor. Los juegos de Fani son mucho peores que los de Lucas. Creo que nos la han jugado a todos, pero bien.

—¿Estáis dispuestas a ser malas? —les pregunta a las chicas con complicidad en la mirada.

—Muy muy malas —contesta Mónica y Sofi afirma con la cabeza.

—¿Y a darles su merecido por llamaros aburridas?

—Sí, desde luego. Lo van a pagar —afirma Sofi desafiante.

Buffff. La temperatura está subiendo mucho en este comedor. De pronto, nosotros ya no bromeamos ni decimos nada. Creo que los tres estamos demasiado expectantes por ver a dónde nos lleva la noche.

—Bien, juguemos, pues. —Fani levanta ambas manos y las chicas las chocan con ella—. Cariño, trae cuerdas, bridas y Nutella —ordena a Lucas, que antes de que ella acabe la frase ya ha desaparecido por el pasillo en busca de lo que le ha pedido.

Mientras Lucas va a buscar esas cosas, Christian se bebe el chupito que le corresponde. Yo no quiero emborracharme por nada del mundo, sea lo que sea que pase a continuación, quiero estar totalmente consciente de ello y ya he bebido bastante sangría de la muerte así que le ofrezco también el mío. Las chicas chocan sus vasos y se lo beben las tres a la vez. Lucas aparece con cuerdas, bridas, antifaces, lubricante, Nutella... creo que se ha venido arriba.

—Toma mi *amol*. —Le tiende las cosas a Fani que las expone cuidadosamente sobre la mesa bien colocadas una junto a la otra como si fuera a practicar una autopsia con sus herramientas.

—Esto no lo quiero. —Le devuelve el lubricante—. No lo necesitaremos. —Sonríe con malicia a las chicas y estas se parten de la risa—. Bien, os diré lo que haremos. Vamos a integrar el postre en el juego, ¿vale?

Nadie sabe lo que va a pasar ni tan siquiera si queremos que pase, pero todos movemos afirmativamente la cabeza.

—Levantaos todos de la mesa —ordena.

Fani a veces saca su lado dominante y es de lo más sexy.

Todos nos levantamos y nos apartamos un poco para dejarla hacer. Ella coloca tres sillas de espaldas a la mesa y nos sienta. A Lucas en la que queda más cerca de la terraza, a mí en la del medio y a Christian en la que queda más cerca de la cocina.

—Chicas, ¿cómo veis si les atamos las manos? —pregunta con malicia y sensualidad—. Para que no puedan tocar nada.

—Sí, totalmente de acuerdo —confirma Mónica.

Sofi afirma sin quitarme la vista de encima. Recorre mi cuerpo con deseo y eso es algo que me pone muchísimo.

—Toma, Sofi, has de atar las manos de... ¿De quién, Mon? —le pregunta juguetona.

—De Lucas —contesta Mon y se ríe. Nooooo. Que me ate a mí.

—Está bien. —Sofi coge unas bridas que le da Fani y cuando está bordeando la silla de Lucas para coger sus manos por detrás, esta la detiene.

—No, Sofi. Verás, el ángulo correcto para atarle las manos es este, mira como lo hago yo.

Fani se sienta a horcajadas sobre Christian y espera a que Sofi haga lo mismo sobre Lucas. ¡Será cruel!

Bueno, dejo de pensar en lo cruel que es este puto juego en el momento en que Mónica se sienta sobre mí. Tengo un impulso de cogerla por las caderas pero mi autocontrol aún funciona. Me quedo con los brazos caídos a cada

lado, inmóvil, mirándola expectante. Mónica se relame divertida y espera órdenes de Fani.

Ojalá pudiera decir lo mismo del depravado de Lucas, que no solo ha cogido por las caderas a Sofi, sino que le reparte caricias por la espalda y le hace cosquillas, ella ríe encantada. ¿En qué momento he pensado que esto iba a ser divertido y por qué?

Mónica coge mis manos y las lleva detrás de mi cuerpo contra la silla. Para hacerlo sus tetas se chafan totalmente contra mi pecho y su aliento se reparte cálido por el lado izquierdo de mi cuello. Mi pulso se acelera sin control. La rubia está buena, no, lo siguiente. Solo rezo por no empalmarme aún; sé que mi autocontrol durará poco.

Mon ajusta la brida con dificultad, pues lo hace casi sin ver lo que está haciendo por no rozarse más de lo que ya se está rozando contra mi cuerpo. Miro a Sofi para concentrarme en otra cosa y lo consigo rápidamente, la imagen no me gusta un pelo. Ella está inclinada completamente sobre Lucas, su pecho contra el de él. Está concentrada intentando atarle las manos detrás con la brida y el tío, mientras, le está lamiendo el cuello y repartiendo mordiscos que la hacen reír de cosquillas.

Puto juego.

Putos amigos depravados.

Putas filosofías de vida liberal.

¿En qué momento he decidido venir a esta casa a cenar?

¿Y en qué coño estaba pensando?

—Ya está, ya no te escapas —susurra Mon junto a mi oreja y se me eriza el vello de los brazos.

La rubia me mira con... ¿deseo? Y su mirada va de mis ojos a mis labios. ¿Está pensando en besarme o algo así?

Esto se nos va de las manos.

Cuando las tres han concluido su tarea, Fani se levanta y da un paso atrás para ver bien la situación; las chicas hacen lo mismo. Entonces coge de la mesa los tres antifaces negros. Son antifaces de los que te dan en los aviones para poder dormir y que no te moleste la luz. No quiero que me lo pongan, joder. Quiero ver lo que va a pasar. Me pone muchísimo todo esto aunque también me cabreé.

—Ahora Mónica va a poner este antifaz..., ¿a quién, Sofi? —le pregunta con maldad.

—A Lucas, ¡claro! —contesta ella divertidísima en plan «te la devuelvo

tía», estoy seguro de que piensa eso.

—Bien, y tú se la vas a poner a Christian —le dice Fani—. Os explicaré cómo se hace. Observad y repetid.

Fani se sube sobre mí a horcajadas pegando su sexo y rozando al máximo con malicia el bulto que empieza a hacer mi polla en los tejanos. ¡Lo que me faltaba!

Veo como Sofi se sube a mi izquierda sobre Christian. Lo hace un poco incómoda, recatada, con cuidado de no rozar nada. Y Christian está incómodo también, lo veo por como evita mirarla y moverse. Casi no respira el pobre. En cambio Mónica se ríe a mi derecha y cuando observo mejor, veo que Lucas está mordisqueando su oreja y su cuello y ella se muere de las cosquillas.

Este tío no tiene límites.

—¡Estate quieto, nene! —le dice intentando que pare, cosa que no hace.

—La norma para poner el antifaz es que lo vais a hacer con la boca —suelta Fani. Sin quitar sus ojos de los míos, acerca el antifaz a sus dientes.

La madre que... ¿Con la boca? ¿Cómo va a hacerlo?

—¡Es imposible! —exclama Sofi desconcertada.

—No lo es. Observa a tu maestra —contesta Fani.

Con las manos coloca los elásticos tras mi cabeza y los sujeta allí. Después inclinándose sobre mí y pasando absolutamente todas sus tetas por mi cara, vuelve a cogerlo con los labios y lo va colocando hasta dejarlo perfectamente puesto. Ya no veo nada. Solo sigo sintiendo sus labios por mi cara, está haciendo más maniobras de las necesarias, porque el antifaz hace rato que está bien puesto.

Resoplo y saco todo el aire de mi pecho. Ya no hay vuelta atrás. Me han atado las manos a la espalda de la silla con bridas y las tengo totalmente inmovilizadas. Mis ojos están tapados con antifaz y he perdido absolutamente el poco control que tenía sobre esta noche.

Déjate llevar, decían.

Es divertido, comentaban.

Joder. Es mi propia jodida medicina. Me lo tengo bien merecido.

¿ME HE ESTADO PERDIENDO ESTO TODA LA VIDA?

Estar sobre Christian es extraño. Es muy excitante sentir que tengo totalmente el poder sobre él y que está completamente a mi merced. Pero es incómodo por pensar que es algo así como «el novio» de mi mejor amiga, la cual está aquí al lado, sentada sobre el novio de Fani, quien, por cierto, acaba de restregar todo su escote por la cara de... ¿mi novio? O lo que sea que seamos.

Estoy incómoda, algo enfadada, excitada, he de reconocer que supercachonda, y alucinada. Todo a la vez. ¿Y el resultado cuál es? Éxtasis.

Así es como me siento ahora mismo, en éxtasis total. Realmente no sé qué se siente al drogarse, porque jamás he probado ninguna droga, ni siquiera un porro, pero me imagino que debe ser algo parecido a esto que estoy sintiendo ahora.

Me siento con esa exaltación de la amistad característica del llevar una buena dosis de alcohol en sangre y ahora mismo adoro a estas personas, hasta Lucas me está cayendo cada vez mejor, por no hablar de que me siento algo atraída hacia los tres. Evidentemente no siento lo mismo que siento por David. Lo de David es algo incomparable con nada. Es una conexión que va más allá de lo físico. Pero Lucas y Christian me atraen, quizá sea solo eso: algo físico. Son muy guapos y atractivos y su actitud hace mucho también. Otra cosa que siento ahora mismo es felicidad súbita y desinhibición casi total.

Es un mal momento para tomar decisiones, pero un gran momento para pasármelo bien sin límites.

Aguanto los elásticos tras la cabeza de Christian con firmeza y lo miro con una mueca en plan «lo siento por lo que va a pasar ahora». Él se ríe y me mira divertido con los ojazos azules que tiene. Parece que se lo pasa bien lo cual me relaja totalmente.

Es evidente que este juego que para mí es una locura total y viola múltiples límites de mi moralidad, para ellos es un juego de niños.

Subo hasta alcanzar el antifaz con mi boca e inevitablemente mi escote queda a la altura de la suya, su nariz y sus ojos. Vamos, lo que vulgarmente se

podría decir como «le refriego las tetas por toda la cara». Es lo que hay. Solo espero que Mónica me perdone por esto. Pero por como la oigo reír y reír, creo que lo que hago ahora mismo con Christian no le preocupa lo más mínimo. Mejor.

No sé a dónde va este juego, pero es muy excitante todo esto y me gusta poder tantearlo. Tener libertad para explorar los límites propios es genial. No sé por qué no he experimentado más cosas antes, supongo que no era el momento o no me llamaba la atención ni era una prioridad, pero en cualquier caso, me alegra poder hacerlo ahora.

Coloco bien la visera sobre los ojos de Christian y me sabe mal dejar de verlos, son de un azul casi turquesa, es un color muy bonito y transmiten muchísimo. Pero el juego es así. Fani manda.

Se lo acabo de poner bien con las manos saltándome un poco las normas. Fani no manda tanto ahora que pienso.

—Vale chicas, paso atrás —nos dice.

Hacemos caso y coge las cuerdas. Son finas pero resistentes.

¿Por qué tendrá en casa bridas y cuerdas? ¿Serán Fani y Lucas tipo Anastasia y Christian Grey o qué? Yo no tengo bridas ni cuerdas en mi casa. Nutella en cambio sí, a quilos y algún antifaz robado de avión también.

Fani sube bastante el volumen de la música desde la *tablet* y se acerca a nosotras para que los chicos no nos oigan. Suenan canciones de The Weeknd y son tan sexys que tengo ganas de bailar y mover las caderas al ritmo sensual de cada canción y de hecho lo hago.

—Vale, nenas. Ahora quiero que les quitéis los pantalones, los calzoncillos y les atéis los pies a las patas de las sillas.

Ufff, esto se pone intenso. Dejo de bailar. ¿Qué vamos a hacer con los chicos desnudos de medio cuerpo? Mi cerebro privilegiado está afectado por la sangría y no piensa con claridad. En cambio mi cuerpo responde excitado a toda esta anticipación y poder de decisión, así que paso de mis pensamientos y me quedo con que a mi cuerpo todo esto le está gustando. Y mucho.

Mónica me mira con cara de póker esperando a que yo decida si seguimos adelante o no con esta locura.

—¿Qué pasa? ¿No queríais jugar? —Fani nos mira a una y a otra desafiante—. ¿Os rajáis ahora? —nos está picando mientras espera una respuesta.

Un «¿Por qué no?» cruza mi mente. *Estamos jodidas.*

—Claro que jugamos. Yo me ocupo de David —anuncio decidida.

—Sí, y yo de Christian —sentencia Mónica.

—Vale, *mojigatillas*. Ocupaos de vuestros churris. Atadlos bien fuerte que no se puedan escapar. Y que no sepan quién está desnudándolos. Eso los volverá locos, ya veréis.

—Hecho —contesta Mónica entusiasmada.

Esta se está soltando como yo.

Ay, mi Dios, que esto acaba en orgía multitudinaria y no estoy preparada para que eso ocurra. Y menos con Mónica, ¡por Dios! Si es como una hermana para mí. Bueno, no quiero pensar en eso ahora. Vamos a fluir, ya iré marcando límites a medida que sea necesario. Fani dirige el juego, pero sobre lo que yo hago, solo mando yo.

Nos cruzamos para ir hacia nuestros chicos respectivamente. Me siento a horcajadas sobre David y siento como respira agitada-mente. Esto le excita. Me maravilla descubrirlo. Y algo palpita entre mis piernas excitándome a mí también.

Acaricio su torso sensualmente y voy bajando hasta su tejano. Me acerco a su cuello y aspiro su olor. Lleva un perfume que me mata. Uffff. He de controlarme o lo violo aquí mismo y dicto una versión nueva del juego.

Palpo su excitación por encima del tejano y noto como crece todavía más bajo mis caricias. Está durísimo.

Me corta un poco desnudarlo aquí, pero oye, si él se deja, yo encantada de hacerlo.

Desabrocho su tejano despacito y meto mi mano por dentro para acariciarle por encima de la ropa interior.

Las luces se apagan de pronto y observo a los lados curiosa dándome cuenta de que por un momento he olvidado que hay más personas en esta habitación.

Fani vuelve de apagar las luces, ha dejado solo las velitas que hay sobre la mesa y con esta luz tan tenue de pronto me siento más íntima. Como si ya no pudieran verme. Aunque hace un momento no recordaba que nadie pudiera ver lo que hacía, en realidad.

Mónica está bajando los tejanos a Christian y un bulto prominente aparece bajo sus bóxers negros. ¡Qué barbaridad! No tenía pensado ver desnudos a estos hombres hoy.

Fani también empieza a bajar los tejanos de Lucas y otro bulto prominente aparece en sus bóxers grises. Miro a David que tiene la boca entreabierta y respira agitado bajo mis caricias.

¿Puedo besarle? Creo que aún no. Cómo deseo comerle esos labios gruesos

que tiene.

Ufff, que no pueda hacerlo aún hace que quiera hacerlo más. Qué terrible sensación y a la vez, ¡qué alucinante!

—Sofi... ¿eres tú verdad? —me susurra David con la voz rasgada por la excitación.

Sonrío, pero no contesto. Creo que no puedo. Me hace sentir reconfortada que me reconozca. No sé por qué, pero me invade una ternura terrible hacia él. Lo miro con cara de boba enamorada sin disimular ya que no puede verme.

—Sí. Sé que eres tú por tu perfume y por cómo me estás volviendo loco con eso que haces ahí abajo —dice señalando su entrepierna con la cabeza. ¡Me lo como!—. Solo quiero que recuerdes nuestra palabra... ¿La recuerdas?

Me inclino para acercarme a su oído izquierdo y se la susurro para que se quede tranquilo.

—Vibración.

David asiente y sonrío. Es enternecedor que incluso en una situación de erotismo y sensualidad como esta, él esté pensando en que no me sienta incómoda en ningún momento. Mi corazón rebosa alegría y amor.

—Tenla presente y úsala cuando quieras para dejar de jugar, ¿vale? Aquí mandas tú.

No le contesto, pero presiono un poco su pene como respuesta. Él se ríe y asiente.

Me bajo de su regazo y, tras sacarle las Vans negras, empiezo a tirar de sus tejanos para bajarlos, él me ayuda y levanta el trasero de la silla. Se lo quito y la erección de su bóxer negro me llama a gritos. Lo que daría por tenerlo en esta misma situación, pero a solas.

He de acordarme de atarlo y teparle los ojos en mi piso o en el suyo, es demasiado excitante como para no volver a hacerlo. ¿Por qué nunca he atado a nadie? Joder, lo que me estaba perdiendo.

Empiezo a bajar su bóxer y le susurro pegando mucho mis labios a la piel sensible de su oreja:

—Recuérdala tú también y úsala si quieres que te desate o que paremos.

Quiero que sepa que yo también pienso en él y que esto es cosa de los dos.

—No creo que yo la use, nena. Esto que me estás haciendo es... bufff...
Cómo me pones.

—Ehhh, que no podéis hablar —me susurra Fani al oído llamándome la atención.

Yo asiento y retomo mi labor de quitarle la ropa interior. Una vez lo dejo

desnudo de cintura para abajo me doy cuenta de que tanto Christian como Lucas, están igual a mis lados. Intento no ser muy descarada mirando, pero me curioseaba mucho ver cómo son sus partes. Me sale la vena *voyeur*, ¡qué sé yo! De pronto quiero mirarlo todo.

Veo que ambas están atando los pies con las cuerdas y hago lo propio. No aprieto mucho porque no quiero hacerle daño. Pero lo fijo a las patas de la silla. Está totalmente inmovilizado y expuesto a mí. Esto es demasiado provocativo.

—Chicas, paso atrás —propone Fani y le hacemos caso.

Fani pasa por detrás de Mónica y de mí mientras nos va dando instrucciones que seguimos al dedillo.

—Mirad los cuerpos desnudos de estos hombres. Observad sus atributos. Mirad lo duros que están. Es por nosotras. No es por nadie más. Nosotras tenemos el poder de ponerlos así. ¿No os encanta?

Sí, me encanta, la verdad es que sí.

—Mirad sin reparo, ellos ahora mismo se sienten observados y eso aún les pone más, fijaos bien.

Fani habla bajito y solo la oímos Mónica y yo. Ellos con la música no escuchan nada, deben de intuir que los estamos observando y efectivamente las tres erecciones se endurecen a cada segundo que pasa. Las examino las tres tal como Fani me pide y cumplo mi deseo de mirona al contemplarlas. Los tres están muy bien dotados, la verdad. El pene de Lucas es el más ancho de los tres. Pero el de David es un pelín más largo. Aun así, no se pueden quejar ninguno de los tres. ¡Y vaya cuerpazos espectaculares tienen! Lo malo es que llevan la camiseta puesta, pero mejor, si no sería *too much* para mí.

—Ahora quiero que tú, Sofi, cojas un bombón. Tú Mon coge una tartaleta y yo cogeré la Nutella.

Hacemos caso y cogemos lo que nos dice.

—Ahora tú, Sofi, vas a darle de comer un bombón a cada uno, empiezas por Lucas, sigues por David y acabas con Christian. Tú, Mon, le das un poquito de tartaleta a cada uno, empiezas por David, sigues con Christian y acabas con Lucas. Yo les daré Nutella y empezaré por Christian y seguiré por Lucas, y David. ¿Habéis entendido? Nos movemos al siguiente en cuanto yo os de la señal. —Nos mira frotándose las manos y añade—: ¿Aceptamos besarles a partir de este momento?

Mónica y yo nos reímos y asentimos.

¿Por qué no? Es muy divertido y no me siento incómoda por hacer esto, así

que estoy encantada por el momento. Además, pensar en la posibilidad de besarlos a los tres es inquietantemente apetecible.

¿Cómo puede apetecerme tanto esto? Se supone que cuando estás enamorada solo te apetece besar, tocar, acariciar e intimar con esa persona, ¿no? O así pensaba yo que funcionaba al menos. Pero la verdad es que tener la libertad salvaje de poder probar algo tan simple como un beso con los tres me parece demasiado bueno como para no llevarlo a cabo.

—¿Nos quitamos un poco de ropa? —pregunta Fani dudosa—. Lo digo porque nos van a reconocer por las faldas y el vestido.

—Vale, por mi no hay problema, total, no nos ven —dice Mon y se saca su falda mientras Fani desliza el vestido hasta el suelo y se queda en ropa interior. Yo me bajo la falda tejana y la dejo en el sofá.

Me siento a horcajadas sobre Lucas y esta vez es distinto. Siento su piel desnuda y ardiente bajo mis muslos. Es como un momento de complicidad entre los dos, pero sin serlo.

El «anonimato» me envalentona, esto es un hecho.

Su erección está entre nosotros y respira agitado. No puede verme, pero me siente y me desea, aunque no sabe quién soy. Pero a la vez, sabe que puedo ser Sofi y eso le pone.

Esto es pura lujuria. Iremos directas al infierno por divertirnos tanto con algo tan sexual. Jamás había jugado a nada parecido. Jamás había tenido a un hombre atado y con los ojos tapados debajo de mí. Jamás había estado tan sexual como lo estoy ahora mismo.

¿Cuándo me he convertido en esta mujer? No lo sé pero me gusta conocer esta parte de mí que tenía tan oculta o dormida... ¿o prohibida, quizá?

Cojo el bombón entre mis labios y lo acerco a los de Lucas. Este los abre por sorpresa y pasa la lengua por el bombón intentando reconocer de qué se trata. Cuando identifica que es un bombón, lame muy despacio mis labios recorriéndolos en círculos alrededor del dulce que empieza a deshacerse entre nuestras bocas.

Esto es demasiado. Voy a arder por combustión espontánea en cualquier momento.

¿Cómo puede ser que Lucas me ponga tanto si no me gusta? No es mi novio, ni mi rollo, ni nada de eso. Es puro deseo, pura química física. Es este momento.

Lucas absorbe el bombón entre sus labios y lo mastica un poco antes de tragarlo, después se acerca a mis labios de nuevo y vuelve a lamerlos con

gula, con lascivia, con muchísimo deseo. Me provoca una tentación enorme de bajar mi mano y acariciar su pene, pero me contengo. No sé si se puede en realidad y no quiero pasarme.

Lamo los labios de Lucas y nuestras lenguas se entrelazan para acabar en un beso bastante profundo y apasionado que hace que me estremezca.

¡Joder! ¡Cómo besa Lucas!

Uffff. No estaba preparada para esto.

Un chasquido de dedos hace que vuelva a la realidad y me separo repentinamente de él. Miro a mi derecha y veo a Fani y a Mónica con cara de sorpresa y aguantándose la risa. *¿Qué pasa? ¿No decían que se podía besar?*

Fani entonces me hace una señal con las manos como cuando los entrenadores avisan de un cambio de jugador en un partido de fútbol. Vale, esa debe ser «la señal». Cambiamos de silla.

Cojo otro bombón y escojo uno que pone «mojito». El de Lucas no he llegado a saborearlo por dentro, pero en su beso había un deje delicioso como de Baileys.

Me siento a horcajadas sobre David y veo que las chicas cambian, ahora Mónica está sobre Christian y Fani sobre Lucas. El orden natural de las cosas.

Me doy cuenta de que no he visto como ha sido eso de la tartaleta entre Mónica y David, ni la Nutella entre Fani y Christian, estaba absorta entre los labios de Lucas.

¡Uy... ¡¿Me estaré volviendo una amor libre de esas? ¿Será esto lo que siente David en sus relaciones?

La libertad de poder sentir lo que sea con quien sea sin miedo a lastimar, sin miedo a estar haciendo nada malo o incorrecto. Empiezo a creer que la libertad puede ser muy adictiva. Acabo de darme cuenta de ello en mi propia piel.

Pongo el bombón entre mis labios y los acerco a David despacito. Los muevo un poco para pintar con chocolate sus labios y él de pronto sonrío y se abalanza sobre mi boca. Creo que me ha reconocido, o me gusta pensar que ha sido eso. El bombón se pierde entre nuestras lenguas y sus labios succionan con ansia los míos, es como uno de nuestros besos de siempre, de esos tan calientes que me vuelven loca. El chocolate se deshace en su boca y una explosión de sabores inunda nuestro intenso beso para dejarme fuera de órbita ya del todo. No me doy cuenta de en qué momento mi mano acaba acariciando su pene suavemente, pero es que es inercia. Mi cuerpo responde al suyo así, sin pensar. Él muerde un poco mi labio inferior y tira de él. Esto también me lo

hace muchas veces, es algo muy nuestro.

Aprovecho para echar un vistazo a las chicas, no tengo ni idea de qué están haciendo y me curiosean en exceso, la verdad.

Mónica a mi derecha también está con la mano metida entre ellos, imagino que haciendo lo mismo que yo y se besan y se ríen y se vuelven a besar, vaya dos tortolitos. A mi izquierda Fani está repartiendo Nutella por sus labios y se acerca para Lucas se la coma toda, después se separa y repite la operación. Vaya hartón de azúcar les vamos a meter con el juegucito, por cierto.

Vuelvo a besar a mi hombre preferido y sigo acariciando su erección con intensidad pero despacio. Mi tanga empieza a estar húmedo de lo caliente que estoy y pienso en restregarlo contra su miembro. Lo deseo mucho. Pero me da corte. Quizá no estoy tan desinhibida como pensaba. Aún me queda algo de cordura.

El chasquido de dedos de Fani me indica que toca cambio. Busco un bombón nuevo y cojo uno que pone «gin-tonic».

Me subo al regazo de Christian y su erección, sin querer (lo juro), queda justo bajo mi sexo. No corrijo la postura porque la presión que ejerce allí es demasiado deliciosa como para moverme siquiera un milímetro. Como me mueva necesitaré fricción y es mejor que mantenga esa parte inmóvil o no me hago cargo de mis actos.

Sofía, recuerda que es el novio de tu amiga. ¡Y recuerda que hay más personas presentes también!

De pronto me acuerdo de la habitación de los espejos. Recuerdo que me gustó la sensación de que pudieran vernos, pero era diferente, éramos anónimos. Aquí tenemos nombres y apellidos... y relaciones importantes. La cosa cambia cuando no eres anónimo. Aunque tampoco cambia tanto como esperaba.

Pongo el bombón con mis labios entre ambos y Christian se acerca despacito, lo huele un poco, pasa la punta de su lengua por él y lo muerde con cuidado de no hacerme daño. Se come la mitad y yo me como la otra mitad. ¿Debería besarle? Si no ha surgido mejor no forzar la situación, ¿no? Además, no tengo claro que a Mónica le parezca bien. Observo de refilón a mi izquierda como Fani unta sus labios de Nutella y hace que David se los limpie. Él la besa lamiendo la Nutella y succionando.

Bien, no me molesta para nada.

De verdad lo pienso. Me sorprende hasta a mí, pero es así. Lo que toda la vida he pensado que podría ser una tortura lenta y dolorosa de pronto es una

situación completamente neutra.

Por otro lado, Mónica se está comiendo literalmente a Lucas. La rubia está desatada.

Miro a Christian que espera expectante aún saboreando la mitad del bombón que se ha comido y no me acabo de atrever a besarle. No sé por qué.

Me impone porque es mi amigo y es alguien que besa normalmente a mi mejor amiga y yo que sé. Vale, menos pensar. Esto no es fluir.

De pronto Christian me hace algo que me saca completamente de mis pensamientos y hace que desaparezcan como si fuera humo arrastrado por una corriente muy fuerte de aire. Se van tan lejos que ni recuerdo haber estado pensando en nada. Su cintura empieza a mover-se un poco adelante y atrás y busca fricción contra mi sexo. Uffff.

Es doloroso de lo placentero que es. Su pene presiona mi sexo y solo nos separa la fina tela húmeda de mi tanga. Yo no hago nada, no me muevo ni un milímetro, lo juro, pero él sigue moviendo sus caderas en busca de fricción y me vuelve loca. Me agarro a sus hombros y cierro los ojos para sentirlo más. Sus labios están a escasos milímetros de los míos, pero yo no recorro esa distancia y él tampoco.

Jadeamos uno en la boca del otro sin tocarnos. Es terrible. Creo que podría correrme solo con esto. Voy a perder el control en cualquier momento. Miedo me doy.

Los chasquidos de dedos de Fani me hacen parar y apartarme de Christian como si quemara.

Ufff, Christian... Esto que ha pasado... entre nosotros... ha sido muy muy excitante, me despido mentalmente de él.

Las chicas hacemos corrillo frente a ellos y Fani nos da instrucciones para nuestra siguiente ronda. Me hago aire con la mano torpemente porque noto como mis mejillas han de estar encendidas.

—Repetimos ronda como la anterior pero ahora les vamos a dar un poco de beber, para que bajen bien el postre. La norma es que no pueden beber de ningún vaso, solo de nuestra boca.

Mónica y yo nos miramos expectantes. Si ella acepta, a mi me parece bien.

—¿Cómo lo veis? —nos tantea Fani.

—Por mí sí... —dice algo tímida Mon.

—Por mí también —contesto con una sonrisa.

Somos *open mind* total esta noche. Después de todo, va de pasarnos líquido de unos labios a otros, ¿no?

—Vale, chicas, pues repetimos el mismo orden de antes. ¿Y qué os parece quitarnos otra prenda? —Fani señala mi camiseta ancha y el top plateado de Mon—. Así me igualáis que yo voy en sujetador. —Y ante nuestra vacilación añade—: es para que no nos diferencien.

Vale está bien, total, Mónica y yo nos hemos visto desnudas infinidad de veces. No siento ningún reparo en quitarme la camiseta y ella tampoco. Nos las quitamos y las dejamos sobre el sofá. Ahora las tres estamos en sujetador y tanga. Las tres, curiosamente, con conjuntos de color negro y de encaje. Nos sonreímos las unas a las otras al comprobarlo.

—¿Vamos?

Asentimos y tras llenar los tres vasos de whiskey peach decidimos bebérnoslos tras brindar, volvemos a rellenarlos y yo me dirijo con mi vaso hacia Lucas. Sigue empalmado y respira agitado. Sonríe en cuanto me siento sobre él y le limpio un poco de crema de la tartaleta que tiene por la comisura de sus labios.

—Acércate más que no muerdo —me susurra muy serio.

Acepto y me siento más pegada a su cintura, su erección se alza entre nosotros y presiona mi monte de Venus.

Miro a las chicas y están listas para beber el chupito y besar para pasarlo a la boca de ellos. Bien pensado es una guarrada, pero como no se trata de *bien-pensar* nada, me deshago de esos pensamientos muy rápidamente.

Cuando veo que ambas se echan el líquido en la boca y se lanzan a los labios de ellos, hago lo propio. Por cierto, ver a Mónica besando a David es extraño, pero no molesto. También me parece más neutro que otra cosa. Es algo como si siempre juegas a pádel con alguien y un día llegas y lo ves jugando con tu amiga. No es algo que esté mal ni que moleste. Es solo curioso. Te da ganas de ver el partido entero para ver cómo juega con esa persona, qué diferencias hay en ese juego con el vuestro.

En fin. Allá vamos.

Echo el chupito en mi boca sin tragarlo y dejo el vaso detrás de Lucas, sobre la mesa, a la que llego estirando un poco el brazo.

Acto seguido me inclino sobre los labios de Lucas, rodeo su cuello con mis brazos y espero a que sus labios se abran acogiendo a los míos para dejar gotear un poco de whiskey peach en su interior. Se sorprende y parece que le gusta porque succiona pidiéndome más. Dejo caer la mayor parte del líquido y él se lo traga.

Qué sexual es esto, ¡por Dios!

Después, como si tuviera auténtica sed de mí me succiona intentan-do absorber cada gota de whiskey peach que pueda quedar en mis labios, y su lengua se pasea por toda mi boca buscando lo que le pertenece. El beso se vuelve profundo y hasta salvaje. Lucas besa que alucina.

Me pierdo completamente en ese beso algo agresivo, posesivo y animal que me lleva a un estado donde solo existimos nosotros. Y no somos la pareja de otro, ni siquiera somos amigos, no somos Lucas y Sofi. Solo somos ese beso, esas sensaciones, esa conexión. Es algo que no había sentido nunca antes.

El hecho de que él no sepa quién soy hace que yo no sea nadie, soy esto que está ocurriendo y nada más. No hay juicios ni etiquetas. No espera nada de mí ni piensa nada sobre mí porque simplemente no sabe quién soy. Eso me da libertad absoluta de ser quien yo quiera ser, de besar como quiera besar y de actuar tal como siento sin miedo a nada más. Solo se trata de besos, deseo, sensualidad.

Es una sensación de libertad verdaderamente adictiva. Empiezo a entender bien por qué David es como es. ¿Cómo no iba a serlo? Y lo que es peor:

¿Me he estado perdiendo esto toda la vida?, ¿en serio?

En una relación no sé cómo encajar todas estas piezas que ahora me parecen alucinantes e increíbles, pero solo por las sensaciones tan buenas que tengo, creo que vale la pena intentarlo.

Un chasquido de dedos me hace volver a la realidad y nuevamente Mon y Fani me observan algo sorprendidas. Creo que está pasando algo en los besos entre Lucas y yo y no soy la única que lo ha notado. Pero ambas parecen encantadas como yo en seguir jugando así que todo bien.

Carraspeo y me seco disimuladamente los labios mientras las chicas nos reunimos para rellenar los vasos de chupito antes de volver sobre ellos, Fani hace que brindemos y nos lo bebamos entero. Está dulce, fuerte y quema por dentro. Volvemos a llenar el vaso y cambiamos de chico. Me toca David y una sonrisa tonta aparece en mis labios. ¿Me reconocerá esta vez?

En cuanto me siento sobre él, la mano que tengo libre del chupito va a su pene, es que es inercia. Necesito tocarlo. Lo masturbo suave, arriba y abajo entre nuestros cuerpos y él respira profundamente como con alivio, y echa la cabeza un poco hacia atrás. En realidad esto debe ser bastante suplicio para ellos. Estar así de erectos y que no puedan calmar su excitación debe ser terrible.

Aprovecho para beber el chupito y dejar el vaso vacío nuevamente sobre la mesa.

Levanto su cabeza para atraer su boca a la mía y en cuando nuestros labios se pegan y él entreabre su boca, dejo caer unas gotas del licor. Ya sabe que viene whiskey peach porque Mon acaba de hacérselo así que no se sorprende. Sigo dejando gotear entre mis labios el líquido y me bebo lo que queda. Él también traga y busca mi boca, yo me echo un poco hacia atrás para que no la encuentre. Me encanta tener el poder sobre esto. Se echa hacia atrás frustrado y me acerco a él. Beso su cuello, su mandíbula, muerdo un poco su perilla. Él jadea y busca mi boca como un loco. Sigo acariciando su dura erección, creo que le falta poco para correrse como siga tocándolo y jugando con él así.

Me separo para que no encuentre mi boca y vuelve a jadear frustrado. A la tercera vez que me acerco se abalanza tan repentinamente sobre mi boca que no me da tiempo a apartarme y me río entre sus labios dejando que se sacie de mí. Me muerde, me succiona, me lame y yo me dejo llevar. Creo que me ha reconocido. Es muy nuestro este beso.

Su pecho sube y baja con brusquedad. Está muy excitado y no me extraña. Yo estoy igual.

¡Como deseo subirme sobre su erección y follármelo aquí mismo y ahora!

Creo que nunca lo he deseado tanto. Supongo que nunca hemos jugado tanto, siempre lo hemos hecho cuando hemos querido. Este juego es una tortura deliciosa y excitante a más no poder.

No sé cómo va a acabar el juego; de momento, solo pienso en disfrutarlo mientras dure.

FANI CHASCA LOS DEDOS Y CAMBIAMOS DE CHICO

Fani chasca los dedos y cambiamos de chico. Después de rellenar los vasos, me siento sobre Christian con las piernas abiertas a los lados y nuevamente adelanta sus caderas para presionar mi sexo con el suyo. Busca un roce mucho más fuerte, más intenso.

Buffff. No voy a soportarlo.

Christian, ¿qué me estás haciendo?

Relleno mi boca con whiskey peach antes de que se me derrame sobre nosotros mismos y me acerco a sus labios. Son vírgenes aún para mí y estoy ansiosa por saber cómo es besarle. No sé por qué antes no me he atrevido. Ahora mismo ya no me da reparo.

Poso mis labios sobre los suyos y espero a que él de el siguiente paso, no tarda ni medio segundo en abrirse paso e introducir su lengua en mi boca. Me sorprende tanto que el whiskey peach se nos derrama entre los dos. Su beso empieza muy dominante, pero de pronto retrocede su lengua y pasa a ser muy suave y delicado. Roza sus labios contra los míos con delicadeza. El frote de su erección contra mi sexo no tiene nada de delicado. Pero su boca me descubre paciente, suave, como si tuviéramos toda la noche por delante.

Soy yo la que añade un punto de intensidad y otro más, me siento tan cerca del orgasmo que me da miedo. No sabía que podía llegar a sentir tantas cosas sin penetración, solo con este roce, esta fricción... He de explorar este tema con David más a fondo.

Fani chasca los dedos varios segundos después y nos reunimos en la mesa para rellenar los vasos. Nuevamente nos tomamos el chupito y esta vez no rellenamos para ellos.

—¡Chicas estoy ardiendo! —confiesa Fani bajito.

—No eres la única. Esto es... demasiado —reconoce Mónica con las mejillas encendidas.

—¡Pues ya somos tres! —exclamo yo totalmente de acuerdo con ellas.

—¿Jugamos un poco más o rematamos ya?

No sé que es jugar un poco más ni mucho menos a qué se refiere con rematar. Pero quiero seguir jugando, creo.

—¿Una ronda de juego más? —propongo indecisa.

—Venga, vale —dice Mon.

—¿Os atrevéis con un beso muy húmedo y caliente?

Nosotras asentimos muy rápido por nuestra inocencia. Fani entonces sonrío con malicia y añade:

—Un beso abajo, me refiero. —Señala hacía abajo.

¿Un beso abajo? ¿Se refiere a chuparles la...?, ¿a los tres?

Emmmm, ¿esto es un límite infranqueable o franqueable?

Pienso en ello sin tener nada clara la respuesta mientras Mon me mira indecisa y contesta:

—No sé, me da un poco de corte. ¿Qué dices tú, Sof? Estoy algo perjudicada por la sangría, los chupitos y no razono mucho ya.

—Yo estoy igual.

—Venga chicas, lo estáis haciendo muy bien, ¡y es divertido! Vamos a darles un beso húmedo ahí abajo y luego ya rematamos cada una con su churri, ¿os parece?

—No sé... —Mónica duda y me mira esperando a que tome yo la decisión.

Creo que será mejor terminar ya, no quiero que se sienta incómoda y no sé si estoy preparada para avanzar un nivel más en este juego.

—¿Rematamos ya? Parece que lo necesitan —confieso algo abochornada señalando las tres erecciones que nos esperan.

—Venga, vale —dice Fani y nos pone otro chupito, esta quiere matarnos—. ¡Acabemos con ellos!

Nos bebemos el chupito y nos quedamos esperando a que Fani diga algo más.

—¿Qué? —Nos mira Fani extrañada.

—Nada, que... ¿Cómo vamos a rematar? —pregunta Mon.

—Pues follando, ¿no? O haciendo lo que tú quieras con él. ¿O queréis hacer una ronda de penetraciones? Puede ser brutal —exclama emocionada.

—¿Una ronda de penetraciones? —pregunto alucinada.

Oh-my-God.

Por cierto, me estoy dando cuenta de que a Fani todo esto le va más de lo que me imaginaba.

—Sí, meter un poco y ver cómo se siente con cada uno de ellos. Luego ya

rematar con el vuestro. ¿Os apetece así?

Yo creo que me curiosear bastante sentirles dentro, pero Mon no parece estar por la labor.

—Creo que prefiero llevarme a Christian a una habitación y acabar a solas, ¿os parece bien?

—Sí, claro —exclamamos casi a la vez.

—Ve a mi habitación si quieres —le ofrece Fani señalando la que hay al final del pasillo.

Mon afirma y se va hacia Christian, le libera los pies, lo levanta de la silla y lo encamina hacia la habitación sin quitarle la brida de las manos ni el antifaz.

Ahora nos quedan Lucas y David en las sillas.

—¿Qué me dices? Sé que tienes ganas de probar algo diferente —Fani me chincha.

—No sé si quiero probar algo diferente —pienso en los besos de Lucas y me enciendo de nuevo. Creo que sí quiero probarlo, pero David, mmmm. Qué decisión tan complicada. En un mundo ideal no tendría que decidir, sino que podría tenerlo todo.

—Mira, a David te lo puedes tirar esta noche cinco veces más, pero a Lucas, solo lo tienes ahora, no te lo voy a dejar mucho más. —Sonríe pícaro—. Y mucho menos después de ver como os besáis, fiera —remata con asombro y diversión.

Así que es verdad, lo ha notado hasta Fani. Ambas nos reímos y la voz de David nos sorprende:

—Como tardéis mucho más me voy a mi casa. ¡Esto qué es! —exclama frustrado.

—Vamos a hacer una cosa —propone Fani bajito—. Prueba a Lucas y si ves que no te convence la situación, chascas los dedos y cambiamos, así acabas con David, ¿vale? Aquí mandas tú.

—Bueno, ¿por qué no? —respondo yo como puedo. Es el tercer «por qué no» de la noche.

La cabeza me da vueltas fruto del alcohol, del calentón que llevo encima y la excitación que me está volviendo loca de deseo.

Ya no sé lo que está bien y lo que no, mejor dicho, esta noche nada está bien ni mal. Mis instintos más primarios son los que mandan y esto es nuevo, pero mola demasiado como para no explorarlo un pelín más... Solo un pelín más y ya está.

Mónica ya no está en la ecuación lo que me da bastante más libertad. Me cortaba mucho hacer algo más con ella presente. Con Fani me da igual, después de lo del otro día en casa de David, ya no me da vergüenza nada con ella. Es como si esa barrera ya no existiera entre nosotras.

Fani sonrío pícaro y va hacia su bolso, vuelve con cuatro condones en la mano y me tiende uno.

—Pónselo antes de nada, ¿vale?

—Claro.

Voy hacia Lucas y me muerdo el labio inferior al ver a David tan frustrado. ¡Ufff, lo que daría por follármelos a los dos a la vez! Ahora mismo.

Mmmm, pues no es mala fantasía para el futuro. Nunca había pensado en una doble penetración hasta ahora. ¿Se podrá hacer, no? He leído cosas de estas en novelas eróticas y nunca había pensado en que llegaría el día en que estaría tan deseosa de probarlo.

Me siento sobre Lucas y el ansia por saborear sus labios me sorprende incluso a mí misma. ¿Qué es lo que tiene que me atrae tanto? Si hasta hoy casi no me caía ni bien. De hecho creo que no me cae muy bien.

—¡Ya era hora! —exclama con tono desesperado en cuanto siente mi contacto.

Su erección está a media asta y antes de colocarle el preservativo debo reanimarla.

Poso mis labios en su cuello y succiono un poco ascendiendo hacia su mandíbula. Tiene barba incipiente y rasca un poco, pero es tan sexy. Sus labios finos se abren en busca de los míos, pero no se los doy tan pronto. Jugueteo con él un poco más mientras mi mano se desliza entre nosotros y empieza a masajear su pene.

La nuez de Lucas se mueve indicando que traga saliva inquieto. Se relame los labios y respira profundamente.

La música es sexy y sugerente. No me he dado cuenta hasta ahora, pero ha sido estimulante todo este tiempo, seguro.

Sigo masturbando a Lucas y echa un poco la cabeza hacia atrás dejándose hacer lo que yo quiera. Su pene está duro de nuevo y listo para lo que yo quiera.

—Un poco más rápido... por favor —suplica y me enciende todavía más.

Acelero los movimientos de mi mano y aprovecho para echar un vistazo a mi derecha. No sé si quiero ver lo que ocurre, pero la curiosidad me mata.

Fani está poniendo el preservativo a David y está decidida a montarlo.

Bueno, pues vamos allá.

Me levanto, me quito el tanga dejándolo caer al suelo y vuelvo a sentarme sobre Lucas sin barreras. Abro el preservativo y se lo coloco muy despacio y con cuidado de ponerlo bien.

—Oh, sí..., ¡por favor! —exclama al darse cuenta de lo que va a pasar. ¿Sabrá quién soy?

Una vez está bien enfundado me pongo sobre él y con mi mano dirijo su punta hacia mi abertura. Estoy tan caliente que resbala hacia adentro con facilidad a pesar de lo gruesa y dura que está. Me levanto un poco para sacarla y vuelvo a meter apenas la punta despacito para sentir como se hace sitio en mi interior.

—Por favor... —pide desesperado—, fóllame ya... Te lo suplico.

La súplica de Lucas me pilla desprevenida por completo y despierta algo muy dormido a una profundidad perdida de mi interior. Es algo nuevo, desconocido pero muy potente. Se extiende por todo mi ser.

Me siento poderosa, más de lo que me he sentido nunca en la cama con nadie. Me siento dominante, dueña de él y de la situación. Me encantaría explorar esto a fondo, pero no es el momento. Debo apuntarlo junto a todas las cosas que he descubierto esta noche que quiero profundizar en otro momento.

Fani está haciéndolo con David y debo avanzar yo también. No tengo toda la noche. Mónica acabará con Christian en algún momento y saldrán de la habitación. Paso de que me encuentre en plena acción, ¡y con Lucas ni más ni menos!

La urgencia me agobia, de pronto me gustaría tener a Lucas para mí sola toda la noche.

¿Y esto de dónde coño sale?

Ya lo analizaré más tarde.

Introduzco su miembro despacio hasta el final, hasta que me llena por completo. Noto algo de resistencia en mi interior, es más de lo que estoy acostumbrada y necesito unos segundos para que mi interior se afloje y deje paso del todo.

Lucas está impaciente en un nivel grave y empieza a mover sus caderas casi moviendo la silla conmigo encima y todo. Quiere follar ya. Quiere que lo monte salvajemente. Lo sé. Y es exactamente lo que pienso hacer.

En el momento en que nuestros labios se encuentran, aparece esa conexión extraña que nos lleva a un lugar donde Fani y David ya no están, donde sus jadeos ya no se oyen, donde solo siento como mis pechos se rozan con el

sujetador contra su camiseta. Donde mis manos presionan su nuca para besarle todavía más profundamente y donde el ritmo de penetración lo marco yo, solamente yo. A pesar de que Lucas mueve insistentemente y con mucha fuerza sus caderas para exigirme más y más, y yo se lo voy dando encantada.

Cada vez mis movimientos son más duros, más certeros, más como un golpe en el que me clavo a Lucas en el interior y sus testículos se chafan contra mis nalgas.

Lucas intenta separar las rodillas y alzar más las caderas, está loco por dominar la situación y esa desesperación me pone todavía más. ¡Cómo me alegre ahora mismo de que esté atado!

Paro el movimiento y él jadea de pura frustración. Uffff, un calor terrible me atraviesa entera, estoy a punto de correrme.

Busco su boca de nuevo y muerdo sus labios con ansia y él muerde los míos. Nuestras lenguas se encuentran con tanto deseo que chocan entre ellas y parece que nos vamos a hacer un nudo en cualquier momento. Vuelvo a emprender movimientos duros y certeros. Arriba y abajo, hundiéndome cada vez más alrededor de su miembro.

Escucho los gemidos de Fani a mi lado y me vuelvo loca. Pero no para mal, sino que me estimula. Un gemido de placer se escapa entre mis labios y muere en la boca de Lucas que lo absorbe con su beso, aunque siento como se estremece sorprendido al oírme. ¿Me habrá reconocido? No creo, por un gemido no puede saber quién soy, ¿o sí? Aunque a Fani seguro que la oye a nuestro lado y al menos sabe que ella no soy.

Sigo a lo mío y dejo de pensar, me centro en el calor que se extiende desde su pene hasta cada rincón de mi ser. Sigo hundiéndome contra él una y otra vez. Y nos devoramos como animales salvajes. Me duelen los labios de la intensidad con la que me chupa y me muerde y tira de ellos. Pero no me importa. No me importa absolutamente nada ahora mismo más que lo que estoy sintiendo. El mundo se está desdibujando muy rápidamente a nuestro alrededor.

—Me voy a correr... —me anuncia con voz cargada de erotismo y desesperación entre mis labios.

Yo me dejo ir y disfruto de un orgasmo que me sacude entera. Mis contracciones alrededor de su sexo hacen que él también alcance el clímax. Alargo el orgasmo con dos movimientos más clavando a Lucas en lo más interno de mí y me vuelvo loca. El placer se extiende por todo mi cuerpo como un latigazo eterno y cuando empieza a desvanecerse esa sensación siento

alivio. Ambos jadeamos agotados y exhaustos.

Observo que Fani está igual y David también.

¿Cómo puede ser que esté tan a gusto con esta situación?

Otra mujer se acaba de tirar al hombre que me tiene tonta y totalmente eclipsada. Y lo que es todavía más salvaje: yo me acabo de tirar a su novio y... ¡y ha sido alucinante! ¿Para qué engañarnos?

Podría quedarme así bastante rato para recuperarme. Pero pienso en Mónica y sé que aparecerá en cualquier momento. Así que salgo despacio de Lucas con cuidado y busco mi ropa. Cuando la tengo reunida, busco con la mirada dónde está el lavabo.

Veo una puerta cerrada frente a la cocina y voy hacia ella. Efectivamente es un lavabo, así que lo primero que hago es un pis interminable de sangría, ¿cómo no me había dado cuenta de que me estaba meando? Debo estar muy borracha, no sé.

Me aseo un poco como puedo, me limpio el exceso de maquillaje que se ha depositado bajos mis parpados y me lavo la cara y las manos. Mis labios están totalmente irritados y la culpa la tiene Lucas, tengo irritada incluso la piel de alrededor de mi boca. Su barba me ha dejado exfoliada totalmente.

Sonrío al darme cuenta de lo que acaba de ocurrir. Me siento extasiada y el haber tenido un orgasmo tan intenso debe de tener bastante que ver. La sangría también.

Me visto, salgo del lavabo y veo que Mónica y Christian están tomando una copa en la terraza. Fani no está por ninguna parte y los chicos tampoco. Imagino que habrán ido los tres al otro lavabo.

Yo salgo a la terraza a respirar algo de aire fresco, sigo sofocada por todo lo que ha ocurrido. Me siento rara de pronto entre Christian y Mónica pero ellos actúan con tanta naturalidad que enseguida me relajo.

—Mira que noche tan buena hace, corazón —me dice Mónica y tira de mí para que me ponga a su lado y observe el cielo.

Está despejado y la luna brilla e ilumina todo con fuerza.

—¿Todo bien? —me pregunta con complicidad Christian.

Asiento encantada. Se me ha de notar hasta en la piel. Dios, estoy tan abrumada por el placer y el alivio que siento. Ha sido una experiencia brutal.

—¿Y tú? —le pregunto curiosa.

—Más que bien. Ha sido... divertido, ¿no?

Qué maravilla poder hablar de esto como si habláramos de un juego de cartas.

—Sí, la verdad es que sí.

—¡Muy divertido! —exclama Mónica dándonos la razón.

Enseguida aparece David vestido y con un guapo encima que me sobrepasa. Me busca con la mirada y viene cargado de preocupación con el ceño fruncido.

Me abraza como si no hubiese nadie más presente y con una intensidad inquietante me mira preocupado y examina mi rostro, mi cuerpo, mis ojos.

—¿Qué ocurre, David?

—Nada. ¿Estás bien?

—Sí, claro, estoy muy bien —le tranquilizo.

—Yo pensaba que tú... —Mira a Mónica y Cristian que nos observan inquietos, ¿a qué viene esta preocupación de pronto?—. Bueno, es igual. ¿Estás bien?

—De verdad que sí —le aseguro—. ¿Y tú?

No me responde y me coge por la barbilla con cuidado, me está mirando la irritación de los labios.

Pero si no es nada, seguro que con un poco de cacao desaparece.

—David, ¿estás bien? —repito buscando sus ojos.

—Sí, es solo que... no sé, me he confundido antes.

—¿Te has confundido?, ¿de qué?

No entiendo qué le está pasando.

Fani y Lucas aparecen en la terraza también. Vestidos y sonrientes.

—¿Un *gin-tonic*? —ofrece Lucas como si acabáramos de terminar de cenar.

—No tío, nos vamos a casa —anuncia Christian y coge a Mónica de la mano—. Es tarde ya.

—Sí. ¿Tú qué haces, nena? —me pregunta Mon intentando interpretar lo que está ocurriendo entre David y yo. Pero ni yo lo sé.

—Nos vamos también —anuncia David.

Em, pues vale.

Todos nos miran así que no sé muy bien qué está pasando. Pero siento una energía incómoda proveniente de David. ¿Que se ha confundido dice? ¿Es que a caso creía que era yo cuando era Fani o algo así?

En fin, me deshago de los brazos de David y de su confusa tensión y entro para ayudar a recoger un poco antes de irnos. Empiezo a llevar cosas a la cocina y Fani aparece enseguida a mi lado.

—Ni caso con David. Si él es quien ha inventado estos juegos, ahora que

no actúe como si fuera algo raro.

—No, claro que no —le doy la razón—, de raro nada.

Fani me sorprende con un abrazo cariñoso y le respondo encantada.

—Me lo he pasado muy bien esta noche. Me alegro mucho de haberos conocido. Hasta ahora nunca había tenido amigas «del rollo» ya sabes.

Me río. Ahora soy una «amiga del rollo».

—Yo también me alegro de haberte conocido.

—Ehhh, ¿qué pasa aquí? ¿Es un juego clandestino? —pregunta Lucas con falsos celos.

Fani y yo nos reímos y seguimos recogiendo.

Fani vuelve al comedor, yo estoy dejando algunos platos en la pica y echándoles un poco de agua por encima cuando Lucas se me acerca mucho por detrás y me susurra:

—Oye, ¿quién me ha follado? ¿Eras tú o la rubia? Porque mi mujer no era, eso lo sé.

Yo me río totalmente tímida y creo que hasta me pongo roja. No estoy preparada para tener esta conversación.

Me dispongo a salir de la cocina sin contestar, pero me lo impide cogiéndome por sorpresa del brazo y tirando de mí hacia él. Me encuentro a un milímetro de su cara y sus ojos color miel me inspeccionan el rostro extrañado, una energía sorprendente y muy cálida crece entre nosotros.

—¿Eras tú? ¿Has sido tú? —vuelve a preguntarme en un susurro lleno de curiosidad.

—Sofía, nos vamos.

La voz de David interfiere como un cubo de agua fría entre nosotros. Lucas me suelta de golpe y se aparta al oírle.

—Sí, ya voy.

Paso por su lado inquieta. No entiendo qué mosca le ha picado. Voy a por mis cosas y me despido de Fani con un beso en los labios como marca su tradición.

—Gracias por la cena... y por todo —añado tímida.

—Gracias a ti. ¡Repetimos pronto, eh!

—Claro.

Sonríoy voy hacia la puerta, Mónica y Christian acaban de salir y David me mira rígido y serio. Sostiene la puerta y sale por ella sin esperarme. No entiendo nada.

Estoy a punto de cruzar el marco hacia el rellano cuando Lucas me para

poniendo un brazo a modo de barrera.

—¿De mí no te despides? —pregunta muy serio en un susurro bajo que solo oigo yo.

¿Qué les está pasando a estos dos? Cada cual más raro.

Pienso en si debo darle dos besos o uno o estrecharle la mano. La verdad, no sé cómo actuar visto lo visto.

Pero Lucas se adelanta y me besa sobre los labios. Es un beso casto, un pico inocente pero se separa de mí bruscamente con el entrecejo fruncido.

—¡Eras tú!

Me lo dice casi como una acusación y decido que ya he tenido bastante misterio por hoy. ¿No estábamos todos de acuerdo con ese juego?

Que se aclaren los liberales antes de proponerme cosas si después se van a poner así de raros.

No respondo y salgo de su casa sin decir nada más, bajo por las escaleras y cuando llego a la calle me encuentro a David dando vueltas sobre la acera. Está con cara de preocupación y parece como si fuera a salir humo de su cabeza en cualquier momento.

—¿Y Mónica? —pregunto cuando estoy frente a él y observo que no hay nadie más en la calle.

—Ya se han ido. ¿Vamos?

—Sí.

Caminamos hasta el coche en silencio y me propongo ver hasta dónde llega el silencio. No seré yo quien lo rompa. Que se aclare el liberal poliamoroso antes que nada. Al final me volverá loca. Y ahora no lo digo para bien, que también.

TODO BIEN, SIEMPRE QUE MANTENGAS TU DEDOCULO ALEJADO DE MÍ

David

Sofi no dice nada. Va mirando por la ventana y yo estoy furioso. No soy capaz de decir nada porque lo único que quiero es gritar hasta que se me pase esta rabia que siento.

Ni siquiera entiendo por qué estoy tan enfadado.

No sé si Sofi tenía pensado ir a dormir a su casa hoy, pero tampoco se lo voy a preguntar. Acabo de decidir que se viene a mi casa y no hay más que hablar. Esto hemos de solucionarlo, no puede ser que cada viernes me cabree y la deje tirada en su casa por un motivo distinto. Mañana ya estaría pidiéndole perdón y sintiéndome como un puto gilipollas por actuar así.

No. He de calmarme y solucionar esto hoy.

Agradezco que no me hable ni intente que hable yo. Durante el trayecto parece que se me va pasando el cabreo.

El aire fresco que entra por las ventanas me relaja. Sofi parece que se está quedando dormida y efectivamente cuando aparco en el *parking* de mi edificio descubro que está frita. La cojo en brazos intentando que no se despierte y subo con ella en el ascensor con su bolso colgado de mi hombro.

Sigo algo molesto, pero no puedo evitar repartir besos por su sien y su frente. Es deliciosa. Su piel desprende un aroma casi dulce que me atrae como si yo fuera un oso hambriento y ella fuera la miel más pura del mundo.

Saco la llave del bolsillo mientras me ayudo alzando una rodilla para que Sofi no se me caiga, abro como puedo, cierro al entrar y la subo por las escaleras hasta mi cama. La dejo allí despacio y aunque intento que no se despierte, abre los ojos de pronto asustada.

—¿Me he dormido? —Mira a los lados intentando entender dónde se encuentra.

—Sí, tranquila.

—No, no estoy tranquila. —Se levanta bruscamente y busca su bolso que está junto a la cama—. Me voy a casa.

—¿Cómo vas a ir a casa ahora?

—Pediré un taxi —me dice cortante pasando por delante de mí sin mirarme siquiera. Y ahora, ¿qué le pasa a ella? ¿Se ha cabreado conmigo?

—¿Un taxi? —La cojo por el brazo y la paro para que deje de alejarse—. Sofi, ¿te puedes esperar un momento? No he acabado contigo.

—Mira, no sé qué coño te pasa, pero prefiero que te aclares y hablemos mañana —me suelta con total convicción y seguridad.

En ese preciso momento mi polla decide activarse. Así, sin más. Porque le parece que es un buen momento para empalmarse. Muy apropiado todo.

Y sin saber bien qué va a pasar, cojo a Sofi por la cintura y la empujo contra mí para que me sienta, quiero que sepa cómo me pone incluso estando cabreado.

Me mira desconcertada e intenta apartarse, pero no la dejo.

—¡Déjame! Voy a pedir un taxi y me voy.

Esto puede acabar de varias maneras: La dejo ir. Se va a su casa, los dos cabreados, sin hablar, sin aclarar lo que nos pasa. No la dejo ir y se cabrea aún más porque la retengo. O no la dejo ir y acepta quedarse de buena gana y follamos hasta que se nos pase todo.

Mi mente racional decide rápidamente. La tercera opción, claro. O quizá no ha sido mi mente racional la que ha decidido.

La pillo por sorpresa con un beso. Primero con fuerza para que se calle y deje de decir que se va, pero en cuanto siento que su cuerpo se afloja y deja de tironear intentando zafarse, la beso con devoción, transmitiendo cuanto siento por ella. Y ella me besa igual a mí.

De pronto su mano está desabrochando mis tejanos con premura y yo estoy tirando de su camiseta para arriba. Me gustaría arrancarle toda la ropa para no perder tiempo, pero me controlo.

Le saco la camiseta, ella se deshace del sujetador mientras yo desabrocho su falda, la dejo caer en el suelo y me quito mi camiseta y los calzoncillos. Seguimos devorándonos los labios como animales hambrientos. Hay rabia en nuestros movimientos, pero creo que no me equivoco al decir que lo que más hay es deseo.

Estoy desnudo, a ella solo le queda el tanga y como mi paciencia con la ropa ha llegado al límite, se lo arranco de un tirón brusco. Ella protesta y me pega en el brazo como si tuviera diez años.

—¡Auu!

Pero después de eso se abalanza sobre mi boca y me muerde y succiona mis labios con fuerza. Me está volviendo loco todo esto. He de conseguir un condón antes de que se me vaya de las manos.

Me mira desnuda frente a mi cama mientras cojo uno del bolsillo de los tejanos que están en el suelo. Lo rasgo, me lo coloco bajo su atenta mirada, que está cargada de erotismo, y en cuanto estoy listo, la cojo por la cintura desnuda; con un movimiento rápido y certero la giro y la recuesto sobre mi cama a cuatro patas.

No le doy tiempo a pensar en nada y se la empiezo a meter. Está tan mojada que mi polla entra de un solo empujón hasta el fondo. Sofi gime de sorpresa por mi invasión, pero mueve su culo hacía mi cuerpo para pedirme más y se lo doy, claro que se lo doy.

La embisto con fuerza, clavándome hasta el final. Sintiendo como me absorbe, como me pide más, cómo balancea el cuerpo hacia delante y atrás para sentirme más y más.

La agarro por las nalgas y la muevo a mi antojo para poder sentirla más. La oigo gemir de placer y me pone como un animal. Se me escapa la mano y no puedo evitar darle un sonoro cachete en el culo prieto y redondo que tiene. Sigue gimiendo y moviéndose como una diosa así que entiendo que no le ha molestado.

Con una mano la cojo por la cintura para seguir dirigiendo sus movimientos como yo quiero, con la otra busco su húmedo clítoris y le aplico presión intermitente mientras no dejo de penetrarla y empujar una y otra vez. Sofi echa la cabeza hacia atrás mirando al frente y gime totalmente desinhibida, nunca la había visto tan excitada y tan expresiva; voy a durar poco. Muy poco. Me está volviendo loco.

Todo mi enfado se desvanece con cada embestida que hago. La rabia que tengo de que se haya follado a Lucas en vez de a mí. La impotencia de que todo esto lo he provocado yo. La confusión que siento por darme cuenta de que estoy celoso. Yo nunca he sido un celoso.

¿A qué viene esta mierda ahora?

Siento como la poseo en cuerpo y alma con cada empujón certero clavándome hasta el fondo y Sofi acaba gritando mi nombre mientras se corre. Cada vez que pronuncia mi nombre así, entre jadeos, casi gritando y con devoción es como si se apropiara de una parte de mi alma.

Dos empujones más tarde me corro también yo.

Respiramos agitados. Aliviados. Más tranquilos.

Tras unos instantes salgo despacio de ella con cuidado y me quito el condón. Ella se deja caer sobre la cama y yo voy al lavabo.

Cuando vuelvo sigue en la misma posición boca abajo y respira con normalidad. Me tumbo a su lado y sin decir nada busco su mirada. Sus ojos me miran inquietos. Tiene un color marrón caramelo y un brillo precioso. No sonrío y eso me preocupa. Tampoco parece enfadada. Pero hemos de arreglar esto. Joder.

—Sofi, yo... —¿Yo qué? Respiro sonoramente antes de continuar hablando —: Yo... lo siento.

Sí, la verdad es que lo siento. Siento haberme puesto como un puto niño celoso de su juguete. Nunca he sido así. Sé perfectamente lo que son los celos, pero siempre he sabido gestionarlos magistralmente. Esto me ha pillado completamente desprevenido.

Acaricio su espalda desnuda con los dedos y la beso en la frente con amor.

—¿Qué te ha pasado David? —pregunta curiosa y añade—: Antes.

Se refiere a cuando estábamos en el piso de Lucas y Fani, claro.

—No lo sé, yo... pensaba que íbamos solo a jugar, que después nos vendríamos a casa a y que acabaríamos follando solos tú y yo.

—¿Te ha molestado eso? ¿Que lo hiciera con Lucas? —pregunta con total calma y tono neutro.

—Sí, ¡joder! ¡Me ha molestado eso! —exclamo enfadado otra vez. ¿Por qué me pongo así ahora?—. Perdona. Es que no quiero ni pensarlo —reconozco con rabia.

Me mira con los ojos abiertos como platos totalmente sorprendida. Para mí también es muy sorprendente todo esto.

—Está bien. ¿Quieres que me vaya a casa?

—¡No! ¡Para nada! ¿Cómo voy a querer que te vayas ahora?

—No lo sé, David, si estás enfadado... Es que no sé, yo soy la que menos entiende esta situación, créeme. Pero me siento fatal ahora mismo.

Soy un capullo por estar haciendo que se sienta mal. Tiene los ojos brillantes y me da un miedo atroz que rompa a llorar. No tengo ni puta idea de cómo tendría que actuar en caso de que eso ocurriera. Mejor evitarlo.

—Escucha, Sofi... No has hecho nada malo, claro que era un juego. Es solo que me ha pillado por sorpresa todo esto.

—¿Qué es todo esto? Explícame para que pueda entender —me pide con un susurro.

¿Cómo coño le explico algo que ni yo mismo entiendo?

—No sé... No sé qué me pasa.

Dejo de acariciarla y me tumbo mirando al techo. Me tapo la cara con las manos y me froto los ojos.

¿Qué me está haciendo esta chica?

He follado en tríos antes y he compartido chica con Lucas más de una vez. Jamás me había sentido como esta noche al darme cuenta de que ha escogido tirárselo a él en vez de a mí. He tenido parejas que tenían otras parejas y yo sabía que cuando se iban de mi casa, iban a casa de la otra persona. Y siempre lo he gestionado bien.

—Me gustaría saber qué cosas están bien y cuáles no. Yo no sé cómo funciona todo esto de ser liberales. Has de entenderme, David, yo... pensaba que estaba bien —susurra muy calmada en apariencia.

Pffff. Tiene toda la razón del mundo. Soy yo el liberal y el que se enfada y se pone de morros a la primera de cambios. No tiene ningún sentido lo que me está pasando.

Me acaricia el pecho con su manita suave y espera a que diga algo.

—No sé qué decirte, Sofi. No me entiendo... No sé qué me está pasando, pero es culpa tuya, sin duda.

Algo le hace gracia y se ríe aunque se lo digo muy en serio.

—¿Es culpa mía? —Sonríe y se lo piensa antes de añadir—: ¿Es que estás celoso o algo así?

Gruño de rabia por tener que admitirlo y ella todavía se ríe más. Estupendo.

—Debe ser algo así, sí. ¡Yo que sé!

—Está bien. —Deja de reírse y me besa en la mejilla apartando mis manos para verme los ojos—. Escucha... todo esto es nuevo para mí y hemos de ir poniendo nuestros límites.

—Yo nunca he puesto límites a nada. No quiero límites.

—¿Entonces?

—No sé. Oye, lo siento; me he rayado y ya está.

—Está bien.

Nos quedamos en silencio unos instantes. Sofi de pronto se levanta y se va al lavabo con su ropa.

A los pocos minutos sale vestida y sigue sin sonreír.

—David, me voy a casa.

No, joder.

Me levanto de un brinco y me pongo los calzoncillos mientras me mira inquieta.

—Sofi, no te vayas, por favor. Al menos no sin antes arreglar esto.

—Es que no me gusta sentirme como que he hecho algo malo cuando sé que no es así... Y tú estás rayado y nos vendrá bien un poco de espacio... para reflexionar.

¿Espacio para reflexionar? ¿¡DE QUÉ COÑO ESTÁ HABLANDO!?

—Escúchame... —le suplico y la cojo de las manos; me mira con sus enormes ojos marrones y en el momento en que nos contemplamos entiendo que la estoy cagando y he de arreglarlo YA—. Tienes toda la razón, te he hecho sentir mal y no debía.

Suspira y deja caer la mirada al suelo.

—Me ha pillado por sorpresa todo esto. Yo nunca... —Joder como me cuesta reconocer esta puta basura— yo nunca he tenido celos de nada y cuando los he tenido, he sabido gestionarlos.

Alza su mirada y pestañea con expresión llena de curiosidad.

—Nunca he sido posesivo ni celoso; nunca me ha importado compartir chica con Lucas ni con Christian, ni con nadie. No sé cómo explicártelo porque no sé ni qué es.

—Está bien. Tranquilo. —Me abraza y reparte caricias por mi nuca. Me relaja tanto... Me hace sentir bien. La estrecho fuerte contra mí.

—Lo siento. Y también siento haber sido tan brusco antes.

Quizá me he pasado. Estaba tan cabreado. Ella me mira sorprendida con una sonrisa divertida.

—¿Te refieres a aquí?, ¿a lo que hemos hecho? —pregunta señalando la cama.

—Sí, Sofi, al sexo. Siento haber sido tan brusco contigo.

—Ah, pues no lo sientas —me dice y se ríe entre dientes entre tímida y avergonzada.

—¿Te ha gustado que fuera... brusco? —pregunto sorprendido y me rasco la nuca confuso.

—Pues... sí —confiesa y se pone roja al instante.

—Ah, vale. ¿Te gusta duro entonces?

Intento no reírme, pero es que me la como.

—Eso parece. Yo tampoco lo sabía... hasta hoy. —Se ríe de sí misma y se me contagia la risa.

—Perdóname, Sofi. Ya sé que todo esto es nuevo para ti, pero es que ahora

es nuevo para mí también.

—Sí, ya veo. Dime una cosa. —Busca mi mirada de nuevo y apoya sus manos en mis hombros—: ¿Es por Lucas concretamente o es en general?

No entiendo la pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que... lo que te ha molestado, ¿es que lo hiciera con él o te molestaría que lo hiciera con cualquiera? O sea, ¿el problema es él o que lo haga con otro delante de ti? Es que es importante para mí entender esto.

Joder con la pregunta. Prefería no entenderla.

—Pues... —Pienso y me rasco la barbilla—. No tengo ni idea. Supongo que ha sido perder el control. Odio que me aten, odio no ver lo que me haces y no saber qué estás haciendo. Quizá si hubiese podido ver lo que hacías no me habría afectado tanto, no lo sé.

—Está bien.

—Creo que ha sido eso; el no poder controlar la situación y no saber qué pasaba o por qué no estabas encima de mí. —*¿Se lo pregunto o no? Venga, va.* Buffff. Suspiro y me armo de valor antes de soltar la pregunta que tanto me está dando vueltas por la cabeza—. ¿Por qué has preferido follártelo a él?

Sofi me mira fijamente y su expresión es entre asustada y preocupada. Le rodeo la cintura con un brazo y me acerco más a ella para que vea que no estoy enfadado, que solo quiero aclararlo.

—Yo... en un principio he pensado en acabar el juego contigo, pero no sé, la tentación de probar algo diferente... me he dejado llevar, supongo. Además, no quiero culpar al alcohol... —Mira al suelo algo avergonzada—, pero he bebido demasiado.

—Ya, por eso yo he bebido poco durante la cena porque ya sabía que pasaría algo así.

—¿Ah, sí?

—Sí. Las cenas en casa de Lucas suelen acabar de cualquier manera menos de forma tradicional.

Se ríe y acaricio sus mejillas. Besa la palma de mi mano y me mira intensamente. Me armo de valor nuevamente para soltar la siguiente pregunta que me golpea la mente como un puto martillo:

—¿Te ha gustado?... ¿Con él?

Se revuelve inquieta y no dejo que se aparte de mis brazos ni un milímetro.

—Oye, no te lo pregunto para enfadarme, es curiosidad —confieso intentando quitarle hierro.

—Sí. ¿Te ha gustado a ti con Fany? —escupe con rabia.

Touché.

—Tienes razón, perdona.

—¿Yo también tendría que haberme enfadado cuando llegamos a tu piso un día y te besó como si fueras su novio y luego empezaste a jugar con las dos y yo sin saber ni cómo se hacía eso?

—Es cierto. Joder, tienes razón.

Es oficial: en algún momento del último mes me he convertido en un capullo. No sé cuándo ni cómo ha ocurrido pero ahora mismo no me gusta nada la persona que estoy siendo.

—Mira, David —empieza con tono de indignación y hartura—, yo estoy descubriendo muchas cosas. Hasta ahora mi sexo era de lo más tradicional y cuando tenía pareja sabía que era mi novio. Ahora, todo esto de no etiquetar y de fluir. —Me mira acusativa—. Lo hago porque quiero conocerte a ti.

—Lo sé.

—Y lo que no puede ser es que a la mínima que juego A TU JUEGO —alza la voz para remarcarlo—, te enfades conmigo y me hagas sentir mal. ¿Quieres una relación convencional o quieres ser liberal y poliamoroso? —Pone los brazos en jarras—. Aclárate.

Tiene tanta razón y me pone tanto que saque ese carácter que tiene...

—Quiero seguir conociéndote. Quiero que me perdones por haberme puesto así y quiero que sigamos fluyendo. Pero ten paciencia conmigo. Nunca me había importado nadie tanto como me importas tú.

Suspira y me mira con los ojos brillantes. ¿Qué ha pasado? De pronto acorta el espacio entre nosotros y me besa con ternura.

Yo cojo su rostro entre mis manos y la beso con cariño, con amor.

¿Qué me estás haciendo, Sofía?

Al final se queda a dormir conmigo (*oh, yeah!*) y duermo del tirón. Me despierto el sábado con su cuerpo pegado al mío y no puedo evitar apartar un mechón castaño de su cara para observarla mejor. Es tan bonita. Podría pasarme horas mirándola.

Me doy una ducha rápida y bajo a meditar. Me pongo en la terraza en la postura del semiloto y me concentro en la respiración. No consigo poner la mente en blanco en ningún momento, pero me conformo con ser capaz de ir apartando todos los pensamientos que van apareciendo y, curiosamente, muchos tienen relación con Sofía y con lo que pasó anoche.

Cuando termino me siento mucho mejor, con la mente clara y en paz. Miro

el móvil y tengo varios mensajes sin responder desde ayer.

Gloria:

¿Estás en Caprice? Quizá me pase luego con una amiga.

23:15

No, Gloria, no estaba en Caprice.

Lucas:

¿Todo bien?

01:45

Sofía prefirió follarte a ti, pero aparte de eso, todo bien, ¡hijoputa!

Sí, tío, todo bien. Siempre que mantengas tu dedoculo alejado de mí.

¿Nos vemos esta noche en Caprice?

11:21

Fani:

¿Te has mosqueado? Pensaba que te gustaba el juego. Que sepas que Sofía ha hecho en todo momento lo que quería, no la he presionado a nada.

01:49

Eso lo tengo más que claro, guapa. Gracias por incidir.

No, me sentó mal tu sangría de la muerte. Recuérdame que no vuelva a beberla. Todo bien. Nos vemos esta noche.

11:23

Preparo el desayuno y lo subo a la cama. He de ganar todos los puntos que perdí anoche con mi ataque de niño celoso. A quien se lo diga, no me cree.

¿Yo? ¿Así de celoso? Pfffff.

Sofi recibe el desayuno en la cama encantada.

Desayunamos juntos y después se va a casa para ponerle comida a Thor. ¡Cómo condicionan esos bichos! Si no fuera porque molan tanto...

Quedamos en que la paso a buscar para cenar esta noche solos y después ir a la fiesta de bachata en Caprice. Viene Lucas, Fani, Chris-tian y no sé si Mon también. Espero que no acabe tan desmadrado todo como anoche. Aún no sé qué puedo esperar de mí mismo ni cómo reaccionaré si la veo con otro de

nuevo.

Joder, con lo que a mí me molan estos juegos. Si el sueño de mi vida era encontrar una chica con la que compartirlo todo. Y resulta que el universo la pone en mi camino y yo reacciono como un puto crío celoso.

UNA AMIGA QUE HABITUALMENTE SE TIRA Y QUE ES «EFUSIVA». ¿QUÉ MÁS ME ESPERA HOY?

He cenado con David en un restaurante italiano que hay en la misma calle del Caprice. Comimos pasta casera y compartimos un tiramisú delicioso de postre. Todo ello acompañado de un lambrusco tinto que estaba fresquito y entraba como si nada. Hemos corrido un tupido velo sobre lo ocurrido la noche anterior. Supongo que lo adulto y responsable sería hablarlo un poco más y profundizar en ello para tenerlo realmente claro, pero no quiero ser esa persona que necesita tener todo tan claro. No quiero que vuelva a pensar que necesito etiquetar todo, así que me estoy dejando llevar de nuevo.

Por ahora estamos con una actitud pacífica y de buen rollo total. Él ha estado muy atento conmigo toda la noche (como hace siempre) y me ha tratado con mucha dulzura. Me hace sentir tan a gusto a su lado que nada más importa.

Estoy algo nerviosa por lo que pueda pasar esta noche. Caprice me impone, la verdad. Aquí no tengo el control sobre el juego ni lo que ocurra depende de mí. Hoy sé que la noche será distinta a la de ayer. Tengo un cosquilleo en el estómago, como de nervios por anticipación, el lambrusco lo ha calmado en un noventa por ciento, pero aún puedo notar un remanente.

Mientras cenábamos, he recibido un mensaje de Mon que me ha escrito para avisarme de que no viene, dice que tiene varios *posts* pendientes para su blog y ha terminado muy tarde con una sesión de fotos de estilismos. Pero todo ello me ha sonado a excusa; me da que después de lo de anoche ya ha tenido bastantes experiencias fuertes por esta semana. Christian creo que vendrá igualmente.

Yo, la verdad, también he tenido bastantes emociones fuertes ya en lo que va de semana. Porque si recapitulo un poco, hace justo una que conocí el Caprice ni más ni menos que usando una sala con espejos que eran ventanas a desconocidos. Esta semana, además, he hecho mi primer trío, ¡con una mujer!, y a los pocos días he participado en un juego sexual en el que me he enrollado con los novios de mis amigas y he acabado tirándome a uno de ellos. Es

bastante fuerte todo cuando lo pienso fríamente. Teniendo en cuenta que lo más atrevido que había hecho en mi vida sexual hasta hace un mes, era hacerlo en el sofá.

En fin, también estoy emocionada porque el lunes nos vamos a Ibiza. Tengo mil ganas de aterrizar en la isla mágica. Y aunque ya he ido en dos ocasiones, esta será diferente por tener un compañero de viaje tan especial como es David.

David (suspiro).

Esta noche está tan guapo que debería estar censurado o prohibido.

Lleva unos tejanos oscuros desgastados en algunas zonas, una camisa negra metida por dentro arremangada hasta los codos, un cinturón con hebilla grande plateada y unos zapatos negros. Va elegante pero a la vez informal. Lleva el pelo con el tupé un poco hacia arriba y los hoyuelos de la muerte aparecen a cada rato mientras hablamos y me sonrío.

Se deshace algo en mi interior cada vez que lo oigo reír o cada vez que toma mi mano entre las suyas. Lo que más me gusta es como busca contacto «casual» a cada rato, aunque sea solo rozar mi brazo o limpiar una miguita inexistente de la comisura de mis labios. Veo las maniobras que hace para tocarme y me sorprende y encanta a partes iguales.

Yo tampoco me corto, cada vez me siento más libre de darle un beso en la mejilla o recostarme en su hombro. Mi actitud por momentos es más cercana y menos limitada.

Me voy sintiendo más cómoda con él y con esta situación en la que nada es seguro y todo es posible. Creo que me estoy haciendo adicta a la incertidumbre y a estos «nervios buenos» que aparecen cada dos por tres en mi estómago.

Bueno, quiero pensar que es eso, pero en el fondo si hay algo adictivo aquí, es él.

—Buenas noches, señor Colton —saludan los porteros cuando nos acercamos a la entrada de Caprice—, señorita Ribeiro.

—Buenas noches. —Sonrío sorprendida de que sepan mi nombre.

Entramos en Caprice. La música suena cada vez más fuerte a medida que avanzamos y el pasillo oscuro hace que mis ojos se acostumbren a la poca luz (de colores) que hay en la sala. Como siempre, un agradable perfume dulce lo inunda todo. Me trae automáticamente recuerdos de la semana pasada. Lo pasé verdadera-mente bien bailando salsa con David e intimando en la sala roja; el tema de los espejos fue toda una experiencia también.

Suena bachata y la pista está muy animada. No está del todo lleno, pero hay mucha gente por todas partes. Vamos directos a la barra donde Laia-la-camarera-buenorra saluda encantada y efusivamente a David. Él le pregunta algo del trabajo y ella le explica por encima de la barra mientras yo la observo mejor. Vamos, que le hago un escáner que ni en la Teknon. Lleva un top. Bueno, no es un top. Es un sujetador negro. —Llamemos a las cosas por su nombre—. Lleva un sujetador negro que deja claro hasta la talla que usa. Unos *shorts* negros que podrían ser unas braguitas *coulotte* y el pelo liso por los hombros con su color dual, negro de la raíz a la mitad y platino-gris de la mitad a las puntas. En la mano que tiene apoyada en el hombro de David veo que en cada dedo tiene una letra y juntas forman la palabra «SOUL». Pues muy bien. Ha salido profunda la chica. ¿Se nota que me cae mal?

Está muy delgada y es bastante alta. Se ríe con David cada pocas palabras y hace como que no existo. Muy bien. Pues me giro y miro la pista. Ella tampoco existe para mí a partir de ahora mismo.

Las mujeres que veo en la pista del Caprice son jóvenes la mayoría, aproximadamente de mi edad. Casi todas visten normal tirando a hipersexy y, esta noche, a diferencia de la noche de salsa de la semana pasada, veo muchas mujeres latinas. También hay chicos con toda la pinta de ser latinos, bailando que alucinas y pegándose a las chicas sin reparo. ¡Qué ondas! ¡Qué meneos! ¡Qué calor hace aquí!

—Toma, nena.

David me tiende una bebida de color rosa y tiene pinta de ser la misma de la semana pasada. Brindamos sonriéndonos sin decir nada y en cuanto la pruebo puedo confirmarlo, es la misma bebida de la semana pasada. No sabe a alcohol. Me entenece que, al contrario de lo que podría intentar otro, él prefiera tenerme serena y sobria. David bebe algo que parece un *gin-tonic*, pero sé que se trata de una tónica con limón. A él tampoco le gusta beber cuando está en Caprice. No podemos olvidar que está «en el trabajo».

Romeo Santos empieza a sonar; no conozco la canción pero David se acerca a mí y me agarra por la cintura pegándose aún más a él. Me deja sin respiración, por un momento, la sorpresa de tener un cuerpo así tan pegado al mío. Sin soltar la bebida sigo su ritmo y nos movemos a un lado y a otro haciendo el básico de bachata, tal como Fani me enseñó en la playa. Solo que con él es más fácil. Solo he de dejarme llevar y él me lleva de maravilla.

—Llévame contigo... —me canta David, siguiendo la letra de la canción, con una sonrisa y sin apartar su vista de la mía— llévame contigo... —susurra

acercándose a mi mejilla y rozándola hacia mi oído. Suerte que me sujeta—. Llévame contigo...

Te llevo al fin del mundo si me lo pides así.

Continuamos bailando, bueno, bailando él y yo dejándome llevar por completo. Incluso me da una vuelta y también hago el básico con la espalda pagada a su torso. Sin darme cuenta, de pronto ya no existe nada ni nadie más que David y yo. ¿Cómo consigue desvanecer mi mundo así? Por un instante no sé ni dónde estamos ni cómo hemos llegado hasta aquí.

Me besa en los labios en cuanto termina la canción y yo sigo un poco en *shock*. Suspiro como una adolescente enamorada y él sonríe satisfecho. Debe de saber que me vuelve loca, claro. Y le encanta, es evidente.

Empieza otra canción que desconozco y es un poco más animada así que, tras dejar nuestras copas sobre la barra, David me incita a moverme un poco más alternando pasos. No tengo ni idea de lo que hago, pero me dejo llevar e intento seguirle lo mejor que puedo. Creo que no lo hago nada mal para no tener ni idea, la verdad.

Me hace girar, me acerca a él, me aleja bruscamente y vuelve a tenerme encima con un tirón. Nos reímos y seguimos bailando como si supiéramos lo que hacemos mientras nos divertimos, y se nota en nuestras caras. Contoneo mi cadera lo más sensual que puedo siguiendo el ritmo e intento recordar lo poco que me enseñó Fani en la playa hace unos días.

Parece que también conoce esta canción ya que canta el estribillo bajito.

—No, no, no. No es una novela... Este amor corre por las venas.

No oigo su voz, solo veo que mueve los labios y concuerda con lo que dice la canción. Se nota que se lo está pasando bien. No tenía ni idea de que le gustara la bachata. ¿Es que domina en todo?

Por encima de su hombro me encuentro con los ojos caramelo de Lucas. Acaba de entrar a Caprice, me mira y viene directo a nosotros. Parece serio. Fani va cogida de su mano.

David se da cuenta de que miro a alguien, sigue mi mirada y en cuanto ve de quien se trata me presiona suavemente las manos y me sonríe. Me da a entender que está todo bien. Aunque yo me siento muy incómoda. Anoche tuvimos problemas por todo lo que pasó y ahora ver a Lucas con Fani, sin alcohol en sangre, se me hace denso y complicado.

Mientras llegan a nosotros acaba la canción y empieza una de Enrique Iglesias con Romeo Santos, no la conocía pero ya me está gustando.

—¡Qué pasa chicos!

Lucas saluda como siempre a David chocando una mano y abrazándose ligeramente. Ambos sonríen y es como si nunca hubiese pasado nada así que me relajo.

Mientras, Fani me da dos besos, muy sonriente, y me dice que estoy muy guapa.

—¡Tú también! —le contesto observando su *look*. Lleva el pelo negro muy liso y el flequillo recto a la perfección cubriendo su frente. Un vestido negro ajustado y cortito, un maxicollar dorado y unos taconazos negros también. Un *look* sencillo que siempre triunfa. Mon estaría de acuerdo en mi análisis, seguro.

—Sof —dice Lucas acercándose a mí. ¿Ahora me llama Sof? Me da dos besos castos y cuando parece que hemos evitado el momento extraño/incómodo y lo hemos superado con buena nota, él se para en seco y me canta el estribillo de la canción justo cuando canta Enrique:

—*Loco... por besar tus labios...* —La interpreta con ganas y sentimiento —... *sin que quede nada por dentro de mí...* —Pone un puño en el pecho—... *diciéndotelo todo.*

Trago saliva entre perpleja y helada. Creo que ni parpadeo. Ni respiro. ¿Y esto?, ¿por qué? ¿Y ahora qué?

Encima Romeo Santos en la canción añade un «y yo... no te perdonaré...».

¿En serio? ¿Esta es la canción que tenía que sonar justo ahora?

Fani se parte de la risa y se abraza a Lucas descongelando el momento raro. Él sigue cantando mientras la mira a ella y se mueven pegados de un lado a otro.

¿Hemos superado el momento de Lucas cantándome cosas sobre besarme?

Miro a David con cautela y él tiene la misma cara que yo. Bueno, él tiene cara de póker. Inexpresivo. Mira cómo bailan y cuando posa su vista sobre mí, sonrío automáticamente como si todo estuviera bien. Pero sé que no. Empiezo a conocerlo. Ahora sí.

Le sonrío en respuesta, recuperamos nuestras bebidas y brindamos antes de darles otro sorbo.

La mía, dulce y fresquita, entra genial.

—¿Quieres dejar el bolso? —me pregunta David señalando a la chica del guardarropa.

Asiento. No sé qué va a pasar esta noche ni si entraremos en la siguiente sala (o en las siguientes a la siguiente), pero mejor dejar el bolso a buen recaudo y olvidarme.

David me acompaña y saluda a la chica. Esta guarda mi bolso en un armario distinto al que utiliza para el resto de la gente. No me da ni *ticket*. Dice que solo tengo que ir y pedirlo. Esto de ser VIP, mola.

Volvemos a la barra donde estábamos. Lucas está hablando con Laia como si no existiera nadie más en el mundo.

Automáticamente busco a Fani con la mirada y la veo bailando con un chico moreno en la pista. Él tiene la pierna entre las de ellas y parece que bailan lambada más que bachata. Ella no deja de mirar hacia Lucas, por si este se gira y la ve, pero no, él está ocupado riendo tonterías con la hípster de los sujetadores y los escotes infinitos mientras le prepara un *gin-tonic*.

Vaya. Esta noche promete emociones fuertes.

—Voy un momento a la otra sala a ver si Nerea tiene la lista de esta noche, ¿vale? Ahora vengo. —David me da un beso sobre la mejilla y desaparece por la pista en dirección a las cortinas que hay detrás de la cabina del DJ.

Lucas sigue con Laia muy entretenido así que me siento en un taburete y doy los últimos sorbos a mi copa antes de dejarla vacía sobre la barra.

Aprovecho para ir al lavabo. Esa bebida ha de ser diurética o algo. Es beberla y... Cuando termino pienso en retocar el pintalabios, pero mi bolso está en el guardarropa y como aún han de caer muchos besos... está bien así. Llevo un pintalabios permanente de un rosita oscuro. Es entre rosa y rojo. Me resalta el poco moreno que tengo. ¡En Ibiza espero ponerme negra!

Aunque soy realista y con que tenga un pelín más de moreno que ahora puedo darme por satisfecha. Nunca he sido de broncearme mucho, mi piel no está por la labor.

Me miro al espejo antes de volver a la pista. El lavabo está vacío, limpio y perfumado como siempre. Llevo un vestido azul sin mangas, ajustado y con el largo ideal (por mitad del muslo), la parte de los hombros tiene un poco de vuelo y es todo cerrado por delante pero con una abertura tipo camisa hasta el sujetador. No enseño demasiado, pero según la perspectiva de quien me mire, puede ver hasta las pecas que tengo en las tetas.

Llevo unas pulseras doradas tipo esclavas y el pelo liso con ondas naturales y poco marcadas, solo para dar movimiento. Unas sandalias abiertas de color negro a juego con el bolso que son muy cómodas, con tacón alto pero gordito. La verdad es que me he arreglado con tiempo hoy y estoy contenta con el resultado.

Voy de camino hacia la barra cruzando entre la gente que baila bachata y me encanta el buen rollo que hay. Todo el mundo parece contento. Todos sonríen y

yo sonrío también.

No conozco canciones de este estilo, pero me están gustando todas. Esta que suena tiene un ritmillo de esos pegadizos. El estribillo dice: «dónde estaráááás. Dónde estarááááás. ¿Todavía piensas en mí? Dónde estarás. Dónde estarás. Yo sigo pensando en ti...»^[1]

Cuando me quedan pocos pasos para llegar a la barra unos brazos fuertes me frenan por la espalda. Por un momento pienso en si será David, pero sé que no es él. No sé por qué pero lo sé. Así que me giro un poco brusca pensando en que algún desconocido se ha tomado la libertad de *frenarme* pero me encuentro de bruces con Christian.

Está serio. Sus ojos azules están de un turquesa que si fuera el mar reflejando el cielo, sin duda, anunciarían tormenta. Lleva el pelo negro hacia atrás, barba de dos días, hipersexy, una camiseta azul ajustada que le resalta aún más sus ojos y unos tejanos oscuros.

—Te estaba buscando —me dice cogiéndome por los brazos para acercarme a él y dejar que un camarero pase por detrás de mí.

—Hola, Christian —saludo sonriendo—. ¿Todo bien?

—Sí.

Me da de pronto un beso sobre los labios. Como si nada, oye.

—¿Para qué me buscabas? —consigo preguntar mientras asimilo que me haya saludado así.

—Solo quería hablar contigo un momento —me dice al oído para que pueda oírlo bien—. Asegurarme de que está todo bien.

Lo miro confusa. ¿Qué está todo bien? ¿Entre David y yo se refiere?

—Entre nosotros, quiero decir —me aclara al verme la expresión confundida.

¿Entre nosotros? ¿*Nosotros*? Aún me confunde más.

—Sí, todo bien —contesto automáticamente sin acabar de saber a qué se refiere con «nosotros».

—Genial —suspira y sonrío aliviado—. ¿Y entre David y tú?

—Bien también.

—Anoche parecía mosqueado. ¿Lo habéis aclarado?

Es evidente que Christian conoce a su amigo, bien no, muy muy bien.

—Sí, todo aclarado.

—Bien, menos mal.

Se queda mirándome y no entiendo qué ocurre. La energía está extraña entre nosotros. Vaya, estos juegucitos liberales son muy desestabilizadores.

—Emmm... ¿Vamos a la barra? —le pregunto señalándola.

No sé si pretende que nos quedemos aquí sin hacer nada mucho más.

—Sí, claro —contesta como si acabara de darse cuenta de que lleva varios segundos mirándome en silencio—. ¿Has conocido a Gloria ya?

—¿Quién es Gloria? —pregunto con mucha curiosidad.

—Veo que no.

Parece que no va a decir nada más así que me giro y en cuanto alzo la vista hacia la barra me encuentro con David mirándome completamente serio desde allí. ¿Y ahora qué?

Ay. Esta noche se me está complicando por momentos y solo acaba de empezar.

Encima Christian me coge de la mano para acabar de sortear a la gente. Se la suelto en cuanto estoy a dos pasos de David y le sonrío a ver si responde.

Responde como antes, con una sonrisa automática que no llega a sus ojos.

Saluda a Christian con la misma expresión y pasados unos segundos sin decirnos nada, mientras Christian saluda a Laia y Lucas no se sabe dónde está, David toma mi mano tirando de ella hasta llevarme a un rincón en el lado opuesto de la sala. Cuando llegamos allí me quedo parada frente a él y lo miro expectante esperando entender qué pasa por su mente en este momento y por qué me ha alejado de todo de pronto.

—Sofí, quiero avisarte de algo para que no ocurra nada... —Parece que busca la palabra adecuada con la que acabar la frase—... incómodo.

—Hum, vale. —No sé a qué se refiere, pero pinta mal. Está serio y parece nervioso, intranquilo.

—Verás, ha venido una amiga esta noche. La acabo de ver en la otra sala.

Uyyyyyy, esto no me gusta nada.

—Ajá. —Cara de póker y respondo de forma natural; que no se note que mi sangre está empezando a hervir por todo mi cuerpo. ¿Amiga? ¿Qué clase de amiga? Si es como para prevenirme ha de ser algo grave.

David toma mis manos y no deja de mirarme a los ojos, parece que quisiera traspasarlos con su mirada azul.

—Es una amiga de las que te dije. De las que veo, bueno —rectifica—, veía regularmente.

Vamos, que se la tira regularmente. Menuda mi suerte para esta noche.

—Ajá. —Sigo con mi cara más inexpresiva y respondiéndome normal para que continúe hablando.

—Es un poco... —Vuelve a buscar la palabra correcta por unos segundos

—, efusiva —dice con expresión de martirio.

Buffff. Una amiga que habitualmente se tira y que es «efusiva». ¿Qué más me espera hoy?

—Te dije que soy muy sincero y no quiero ocultarte nada.

Empieza a sonar una canción que no es bachata, es de Ed Sheeran «Shape of you», me encanta. Hace que mi humor mejore un pelín.

—Sí, sé que eres muy sincero —le digo para infundirle valor en lo que sea que le falta por decir.

—Quiero que sepas que desde que te conozco no he visto a ninguna amiga. No he quedado con ninguna.

Eso ya lo había deducido, más que nada por la cantidad de horas que hemos pasado juntos, pero sienta muy bien tener confirmación por su parte. Pero bueno, ¿y ahora qué? Que no haya estado quedando hasta ahora no significa que no vaya a quedar nunca más, se supone que esto es una relación abierta o algo así.

—Gracias, por decírmelo y por avisarme. —Sonrío sincera.

Realmente sé que le importo y que está intentando encajar esta... esta «relación» que tenemos en su estilo de vida habitual tanto como intento encajarlo yo a él y a su amor libre en mi vida tal como era antes de conocerlo.

Me abraza de pronto. Me estrecha fuerte contra él y siento como si quisiera integrarme en su piel. Sienta de maravilla. Simplemente suelto el aire que estaba conteniendo y aspiro su perfume. Rodeo su cuello con mis brazos y participo activamente en el abrazo. Siento como mi cuerpo se va aflojando. Me relajo, bajo todas las defensas que estaban alzándose y relajo todo mi ser. Siempre tiene este efecto en mí.

—¡Ehhh! Tortolitos. ¡A ver si os vais a un hotel!

Una voz familiar interrumpe el momento. Ambos nos reímos al ver a Christian pasar por nuestro lado con una sonrisa llena de complicidad. Nos guiña un ojo mientras se aleja y sigue su trayecto hasta la cabina del DJ donde se para a saludarlo.

LA VIDA YA ES BASTANTE COMPLICADA COMO PARA QUE NOS COMPLIQUEMOS TODAVÍA MÁS POR GUSTO

Una amiga de David está por aquí y aún no sé muy bien a qué debo atenerme. Pero no quiero que fastidie mi noche, así que hago un esfuerzo por respirar profundamente varias veces, mientras volvemos a la barra, y cambiar mi actitud y mi humor.

Lucas se acerca a David en cuanto llegamos y le dice algo al oído mientras me mira. ¿Habla de mí? David asiente como única respuesta y Lucas abre los ojos sorprendido y vuelve a mirarme con el entrecejo fruncido.

Imagino que la amiga es la tal Gloria de la que Christian me ha hablado justo antes de que David me lo contara. Un punto para Christian, por cierto, que aunque no ha llegado a advertirme de nada, parece que tenía la intención al menos. Aunque lo del beso ha sido raro. ¿Quizá da por hecho que ahora nos saludamos así?

Ayyyy, Mon, por qué no habrás venido hoy.

Me siento en un taburete y David se pone frente a mí y me sonrío.

—¿Estás bien? —pregunta mientras me pone un mechón de pelo tras la oreja.

—Sí —contesto con poca energía e intento esbozar una sonrisa.

—¿Quieres que nos vayamos a casa?

Sí. Necesito estar a salvo. No estoy preparada para afrontar lo que viene.

—No, tranquilo, vamos a pasarlo bien con la fiesta bachatera. —Muevo un poco los hombros divertida.

—Está bien —dice poco convencido y acaricia mi rostro con suavidad.

Fani aparece entre la multitud y se sienta a mi lado.

—¿Qué hacéis pareja? ¿Por qué no estáis bailando? —pregunta divertida señalando la pista.

David y yo abrimos la boca para responder algo, pero Lucas se nos

adelanta mientras la abraza por la espalda.

—Está aquí Gloria y están pasando por su primera crisis de pareja. — Sonríe satisfecho, mientras, yo quiero arrancarle la cabeza—. Bueno no, la primera debieron tenerla anoche, esta es la segunda crisis grave de pareja — añade. No tenía bastante con la primera parte.

—Tío, ¿no tienes nada mejor que hacer? —le gruñe David.

—¡No me digas! ¿Dónde está Gloria? Hace mucho que no la veo — exclama Fani ajena al mal rollo que siento yo ahora mismo. No sé qué cara poner.

—En la otra sala, esperando a que David convenza a su novia de hacer un trío con ella.

No tengo la boca abierta hasta el suelo de milagro y automática-mente miro a David esperando negación por su parte ante semejante locura. ¿En serio pretende que haga un trío con «su amiga»? Porque si espera eso... ¡Lo tiene claro!

—No se puede caer más bajo —escupe con rabia David mirando a su amigo, el cual mantiene su sonrisa de satisfacción en la cara y no añade nada más.

David coge mi mano y prácticamente tira de mí hasta el guardarropa sin decir nada. En cuanto llegamos allí la chica saca mis cosas del armario y me lo tiende sin preguntar nada. Me cuelgo el bolso del hombro y sigo a David que va hacia la puerta sin decir nada y echando humo. ¡Pero si soy yo la que debería estar enfadada!

Una vez fuera deseo que el aire fresco de la noche calme las emociones y podamos acabar la noche en paz. No quiero enfadarme con David, no ha hecho nada malo. Pero si de verdad es cierto que pretendía convencerme para... para lo que sea con su amiga, me gustaría que al menos me lo explicara él y no Lucas. No entiendo por qué Lucas le ha atacado así de ser cierto. ¿No son tan amigos? En fin...

En eso voy pensando mientras llegamos al coche de David. Nos subimos sin decir nada y arranca. No sé a dónde vamos hasta que veo que se desvía hacia mi casa. ¿Pensará dejarme allí sin decir nada?

Al llegar a mi casa, me alegra ver que busca aparcamiento. Sonríe sin que me vea porque tengo ilusiones y esperanza de que aclaremos las cosas antes de que vayan a peor. Con lo bien que había empezado la noche en el italiano.

Una vez aparcado, se queda mirando al frente hacia la calle desierta y mantiene una mano en el volante y la otra en el freno de mano.

Yo me mantengo quieta a la espera. La verdad, no sé ni qué decir. Me gustaría saber qué pasa por su cabeza.

Él rompe el silencio, soltando todo el aire sonoramente antes de preguntar:

—¿Puedo subir?

Sigue sin mirarme y yo sigo sin saber qué le ocurre. Pero claro que puede subir, es lo que espero.

—Claro.

Nos bajamos del coche, entramos en mi portal, subimos en el ascensor, todo completamente en silencio y distancia. Abro la puerta de mi casa, saludamos ambos a Bolithor (de momento se queda con la fusión de nombres) y dejo el bolso y las llaves sobre la mesa del comedor. Miro expectante a David que se encuentra acariciando a mi gato sin decir nada.

—¿Y bien? —pregunto algo nerviosa.

—Y bien, ¿qué? —repite como si nada. ¿En serio?

—¿Me vas a explicar qué ocurre?

—¿A parte de que Lucas es un gilipollas y a veces me cuesta recordar por qué somos tan amigos?

Vale. Está enfadado con Lucas, es lógico.

—Sí, aparte de eso.

—Aparte de eso, mi otro mejor amigo, está hecho un marciano desde ayer y parece que le interesa más verte a ti que a mí. —¿Cómo? ¿Habla de *Christian*?—. Y puedo seguir si quieres. También está Fani, que a veces es como una persona con múltiples personalidades que no toma medicación sino droga que le potencia la locura.

Me sorprende que esté manteniendo un tono tan neutro con lo enfadado que está en realidad. No alza la voz ni carga las palabras de rabia, pero no le hace falta tampoco. Sé que está ardiendo por dentro. Puedo verlo rodeado de fuego y sacando rayos por los ojos.

—Ajá —es todo cuanto puedo decir.

—También está Gloria, que parece que en un arranque de... —busca la palabra— de... No sé, ¡de algo! Ha decidido que era buena idea venir al club a sorprenderme.

Ok, Sofi. Cara de póker. Keep calm.

Quiero que se desahogue para poder llegar a entender bien qué ocurre. Bolithor desaparece hacia mi habitación. Debe de intuir la energía que hay por aquí y no le gusta un pelo. Yo haría lo mismo si fuera él.

En ese momento el sonido de nuestros móviles nos sorprenden. Suenan los

dos a la vez. David lo saca de su bolsillo trasero y yo del bolso. A mí me llama Christian pero no tengo claro que sea buena idea contestar ahora mismo.

David tampoco contesta a su móvil y lo gira para enseñarme la pantalla.

Gloria.

No quiero que se enfade más ni darle la razón con lo de Christian, pero tampoco puedo ocultarlo. Giro mi móvil hacia él y en cuanto ve Christian en la pantalla le cambia la cara.

—¿Lo ves? ¿Por qué te está llamando a ti? Dame el teléfono.

Intenta cogerlo y me aparto.

—¿Quieres que coja yo el tuyo acaso? —suelto con rabia sin pensarlo.

Nos quedamos mirándonos sin decir nada y ambos teléfonos dejan de sonar en nuestras manos.

Finalmente David baja la mirada y niega con la cabeza mientras deja su móvil sobre la mesa. Me quita el mío de las manos con suavidad y lo deja junto al otro. Coge mis manos con las suyas y busca mi mirada.

—Sofi... La vida ya es bastante complicada como para que nos compliquemos todavía más por gusto. ¿No crees?

Oh, Dios mío... ¿me está dejando?

—Lo que quiero decirte con esto —añade—, es que no quiero que nos enfademos tú y yo.

Ufff... ¡menos mal!

—Ya. Es solo que si pretendías convencerme para un trío con tu amiga, me hubiese gustado saberlo por ti, no por Lucas. —Hasta que no lo he dicho en voz alta no me he dado cuenta de lo que me jode que esto haya sido así.

—Es que no tenía pensado convencerte de nada —cambia el tono mirando hacia su teléfono que vuelve a sonar y nos interrumpe el momento—. ¡Joder!

Ambos lo miramos sin soltarnos y vemos «Gloria» en la pantalla. Me está cayendo gorda esta chica. ¿No tiene a nadie más a quién llamar o qué? Como vuelva a llamarlo una tercera vez no me hago responsable si el móvil sale volando por la ventana.

David tira un poco de mis manos para que centre mi atención en él y lo hago.

—Escucha nena, Gloria es una amiga. Ya te lo expliqué el día que me preguntaste si veía a otras mujeres. Hace años que somos amigos y quedamos de vez en cuando, sin ataduras, sin expectativas, solo nos lo pasamos bien. Y la verdad, es que tenemos muy buena relación de amigos. Es alguien importante para mí, mucho.

—*Ok.*

¿Debo sentirme mejor con su explicación? No tengo del todo claro que esté haciendo ese efecto en mí. Más bien, a cada palabra que dice con respecto a su «relación» con la tipa esa, siento que me hundo un poco en el suelo.

El sonido de mi móvil vuelve a interrumpirnos. Esta vez es un mensaje de un número desconocido pero comienza con «soy Lucas». Supongo que le habrá pedido mi número a Christian o a Fani. Ambos lo vemos en la pantalla y aunque mi idea inicial es ignorarlo por completo parece que David tiene otros planes en mente, ya que me suelta como si le quemaran las manos y abre el mensaje sin preguntarme.

¿*Hola? ¿Es mi móvil?*

—¡Será retorcido el cabrón! —suelta en cuanto lee el mensaje y parece que vuelve a salirle humo por la cabeza.

—¿Qué ocurre? —pregunto intentando recuperar mi móvil.

—Esto. —David me enseña el mensaje de Lucas.

Número desconocido

Soy Lucas ¿Estás bien, cielo? Si necesitas algo llámame.

2:25

Es bastante raro que Lucas me haya enviado ese mensaje, pero tampoco le veo más importancia la verdad.

—David... —le pido mientras dejo el móvil junto al suyo de nuevo—, escucha, por favor, estoy un poco saturada ahora mismo.

—¿Estás saturada? ¿Qué quieres decir? —pregunta muy inquieto.

—Me gustaría que te calmaras, y poder hablar de esto para aclararlo.

—Estoy calmado, pero es que parece que a la mínima que hay algo bueno, algo de luz en mi vida, quieren destrozarlo, ¡joder!

¿Ese algo bueno, algo de luz, soy yo? Sonrío sin querer. No puedo evitarlo.

Su móvil vuelve a sonar y es Gloria otra vez. Vale, que alguien me ayude a contar hasta tres antes de lanzarlo por la ventana porque es lo que más deseo ahora mismo.

David coge su móvil y con un manotazo lo hace volar y estamparse contra el suelo; al principio pienso que ha sido sin querer pero luego me doy cuenta de que no. El móvil deja de sonar en el momento que se oye un crujido terrible que significa: «este iPhone ha muerto», sin duda.

—¡Se acabó! ¡Ya no quiero que me llame nadie más esta noche! —exclama

mirando el teléfono roto en el suelo. Yo estoy entre horrorizada por acabar de ver como se destroza un precioso iPhone y encantada de que no vaya a sonar más esta noche. En realidad quería verlo volar por la ventana así que esto me gusta, aunque creo que lo sensato habría sido apagarlo. ¿O ponerlo en modo avión? Pero parece que a él le da bastante igual habérselo cargado.

—Escucha... ven. —Lo llevo hacia el sofá y nos sentamos de lado quedando uno frente al otro. Cojo sus manos y busco su mirada como ha hecho él conmigo. Sus ojos azules están muy oscuros esta noche y hay una nebulosa que oculta todo lo que ocurre tras ellos. Espero unos instantes mientras observo cómo respira agitado; poco a poco se va calmando y empieza a respirar con normalidad.

—Vamos a hacer un *reset*. ¿Vale?

Parece que le hace gracia mi terminología informática porque la sonrisa aparece por sorpresa en sus labios.

—Suenan bien —dice rendido.

—Mañana nos vamos a Ibiza. ¿Por qué no nos vamos a dormir, pasamos página y mañana será otro día?

Durante unos instantes me mira como si quisiera comprender una ecuación matemática avanzada.

—¿Eres real? —pregunta finalmente con el entrecejo fruncido mientras acaricia mi rostro examinando mi expresión.

—Eso creo —respondo con una sonrisa.

—A veces me parece que eres demasiado buena para ser real.

¿Yo? ¿Demasiado buena para ser real? Really?

—Soy real, David, te lo prometo.

Sonríe como si no hubiese pasado absolutamente nada esta noche. Creo que el *reset* ha funcionado.

Se aproxima despacio hasta que sus labios se posan sobre los míos y me besa tan suavemente que me recuerda al primer beso que me dio. Aquel, después de desayunar, contra la puerta de mi despacho. Parece que haya pasado una vida desde aquel día y hace menos de quince días.

Es tan... intenso todo. Me gusta tanto todo de él, incluso que esté enfadado porque sus amigos se acercan a mí. Yo debería estar enfadada por todo lo que ha pasado esta noche y confusa, y mucho más preocupada por la tal Gloria esta. Pero, sin embargo, estoy en paz. Estoy justo donde quiero estar, entre sus brazos, con sus labios acariciando los míos, con la noche entera por delante solo para nosotros y con planes de ir a mi isla preferida en menos de

veinticuatro horas.

Una felicidad súbita se va extendiendo por todo mi ser a medida que sigue besándome.

Me parece que suena algún mensaje en mi móvil. Tampoco me importa. Ni a él.

No deja de besarme, de acariciarme ni de intentar tenerme cada vez más cerca. En una maniobra rápida y sutil, se recuesta en el sofá y yo me encuentro a horcajadas sobre él. ¿Cómo lo hace?

Me sube despacio el vestido azul por las piernas rozándolas milímetro a milímetro con las yemas de sus dedos. Yo le atraigo más a mí, cogiéndolo por la nuca, y nuestro beso se vuelve profundo y sensual.

Algo cobra vida en sus tejanos y siento como crece bajo mi cuerpo. Me encajo sobre él para rozar esa zona con mi entrepierna. Él me estruja las nalgas y me empuja más contra su sexo. No dejo de besarle mientras cuelo una mano entre nosotros, desabrocho primero la hebilla de su cinturón, después los botones de sus tejanos, uno a uno, liberando la presión y por último aparto su ropa interior liberando su erección la cual acaricio con ansia. Está duro y caliente. Jadea en mi boca al notar el contacto y las caricias que le hago. Empuja mis nalgas contra él de nuevo y saco la mano para volver a rodear su cuello. Me clava su erección contra la fina tela del tanga que nos separa y roza mi clítoris aplicando mucha presión.

Otro mensaje suena sobre la mesa del comedor. Ya ni siquiera tiene sentido ese sonido. Estamos en otro sitio, en otro momento. Y es solo nuestro. Ahora mismo no existe nada que pueda interrumpir lo que sentimos.

Dejo caer mis zapatos y él se quita los suyos también. Le desabrocho la camisa negra y descubro su pecho con mis manos como si fuera a leer braille en él. Acaricio cada centímetro de su piel sintiendo el poco vello que tiene, su piel ardiente y suave, sus duros pezones, los músculos que se marcan por todo su torso... Y me deleito en ello. Él echa la cabeza hacia atrás y me deja hacer. Beso y lamo su cuello y muerdo un poco cuando no puedo contener más el ansia. Él gruñe de placer y no para de moverme a su antojo por la cintura para rozarme contra su sexo. Me vuelve loca lo que siento en mi centro del placer, el roce contra su erección es tan estimulante. Se baja los tejanos y se deshace de ellos sin soltarme. Me quita el vestido por arriba. Besa mis pechos y los recorre con la lengua como si fueran su manjar favorito. Me quita el sujetador y se dedica a mis pezones. A lamerlos, succionar, tirar, morder... me vuelve loca.

El tanga dura poco más, de un tirón desaparece de la ecuación y ni siquiera me paro a pensar en que me ha roto otro. Solo sé que ya no hay barreras entre nosotros y siento piel con piel todo lo que ocurre.

Cuando ya no puedo aguantar más sin sentirle se me ocurre algo:

—¿Tienes condón?

Se ríe mientras busca su cartera en el tejano, que está en el suelo, sin apartarme de encima de él.

—¿De qué te ríes? Para un día que me acuerdo. —Me defiendo entre risas.

No me contesta, me mira con una sonrisa enorme mientras se lo coloca y cuando ha terminado dice:

—Sus deseos son órdenes para mí.

Me coloco sobre él dirigiendo la punta de su pene a mi abertura. Levanto la cintura e introduzco la puntita, entra con facilidad y tengo tentaciones de sentarme de golpe sobre él y clavarla hasta lo más profundo de mi ser, pero avanzo despacio, milímetro a milímetro sintiendo como va entrando, como profundiza, como se hace sitio en mi interior. No pierdo el contacto visual con David, me encanta ver que me mira con deseo. Me enciende a niveles que no sabía que existían.

Le deseo tanto.

—Te deseo tanto.

No he pensado en decirlo, solo ha salido así de mi boca, como si mi cuerpo me traicionara dando información contra mi voluntad. Él me mira sorprendido, pero con una sonrisa que ilumina sus ojos.

—No más que yo a ti... Sofi... ummm.

Siento como está llegando hasta el fondo en mi interior y arqueo la espalda de placer. Empiezo a moverme sobre su regazo con un ritmo lento pero muy intenso. Él se mantiene pasivo, me acaricia los pechos, los estruja y los muerde a ratos. Pero soy yo quien marca el ritmo y quien tiene el poder. Y eso me encanta.

Nuestras respiraciones se vuelven fuertes y sonoras, se mezclan y nos miramos con tanto deseo que parece que nos vayamos a traspasar.

Acelero el ritmo y maximizo el roce de mi clítoris contra su cuerpo lo cual me provoca oleadas de placer que suben por todo mi cuerpo y nublan mi mente por completo.

En ese momento, David toma un papel más activo, me coge por la cintura y empieza a mover sus caderas arriba y abajo provocando que choquemos y que la penetración sea muy profunda y dura.

Yo me dejo hacer como si fuera una muñeca, me encanta lo que siento. Me inclino hacia él para seguir notando el roce en mi clítoris en cada embestida y pierdo la cabeza por completo. Siento como el orgasmo me inunda desde dentro hacia fuera como en una explosión interna de placer y felicidad total.

David sigue penetrándome rápido y fuerte varias veces más hasta que se deja ir también.

Jadeamos con el corazón bombeando a mil y me dejo caer sobre él. Me acaricia la espalda y me besa el cuello mientras nos recuperamos. Después me acaricia el pelo echándolo hacia atrás y busca mi mirada.

—¿Todo bien?

—Más que bien —exclamo satisfecha. ¡Madre mía! Vaya polvazo.

—Esto de hacer *reset*. Se te da muy bien —dice pícaro con una sonrisa que marca sus hoyuelos—. Se me ha olvidado hasta por qué había que hacer uno.

Yo me río algo tímida y le beso sobre los labios antes de levantarme y salir de él con cuidado de no llevarme el condón.

Recojo su iPhone destrozado del suelo y lo dejo junto al mío en la mesa, no sin antes apagarlo para que no vuelva a sonar.

—Te lo has cargado —dictamino viendo la pantalla partida y parte de los chips asomando.

—Sí, me he dado cuenta. —Se ríe.

—Estás loco. Bastaba con ponerlo en modo avión.

—Bah, es solo un móvil, mañana me compro otro.

Asiento dándole la razón. Vale, es solo un móvil, pero de mil euros más o menos. En fin.

Me aseo y me pongo un camisón de tirantes rosa de algodón mientras David usa el baño.

Cuando sale desnudo y se mete en la cama a mi lado me parece que es una visión divina. Que en cualquier momento despertaré y me querré morir por darme cuenta de que no era real, sino un sueño.

Dejo el aire acondicionado a una temperatura estable toda la noche para que no pasemos calor, pero tampoco frío y David me abraza por detrás para dormirnos.

Reparte besos suaves aquí y allá por mi cuello mientras acaricia mi pelo y me relaja tanto que no me doy ni cuenta cuando me empiezo a quedar dormida entre sus brazos.

—Te quiero, Sofi.

Su voz suave me despierta solo en parte aunque no llego a discernir entre si

es un sueño o realidad.

MI MENTE EMPIEZA A DAR VUELTAS Y MÁS VUELTAS

Noto cuando David se despierta y me doy cuenta de que es la primera vez que nos despertamos juntos. También es la primera noche que dormimos en mi casa.

Entran algunos rayos de sol entre las persianas y Bolithor está acurrucado entre nuestras piernas. Desprende fuego el tío. En invierno es genial, pero en verano...

—Buenos días —susurra David a mi lado.

—Buenos días —contesto con una enorme sonrisa y busco sus brazos para acurrucarme entre ellos.

Me abraza con fuerza y me besa sobre la cabeza.

—¿Cómo has dormido?

—Mmmm, muy muy bien. ¿Y tú?

—Sorprendentemente... ¡Genial! —Sonríe contra mi frente.

—Me alegro —digo contenta.

Me besa sobre los labios y me mira fijamente con una sonrisa.

—¿Qué? —pregunto inquieta. ¿Estaré muy despeinada? ¿Por qué me mira así?

—¿Anoche te dormiste muy profundamente, verdad?

—Em... supongo, ¿por qué?

—No, por nada. —Se aguanta una risita.

—¿Qué? ¿He roncado? —Cada vez se me ocurren teorías más terribles.

—No es eso... es que te hablaba y pensaba que estabas despierta.

—¿Anoche?, ¿me hablabas?

—Sí.

Mi mente privilegiada hace conexiones sinápticas a la velocidad de la luz relacionando hechos y situaciones. ¿Me dijo que me quería? ¿No lo soñé? Oh, Dios mío, no estoy preparada para esto.

—¿Y... q-qué... qué me decías? —pregunto, como si no supiera nada, con un

extraño nerviosismo que coloniza todo mi estómago de pronto.

—Te dije que te quería —contesta muy tranquilo con un tono muy suave observando mi reacción.

¿Por cierto, cuál es mi reacción? Estoy dormida y de pronto nerviosa... y alucinando también. ¿Me quiere? ¿No es eso muy fuerte?, ¿y pronto? ¿Y yo le quiero? ¿Debo contestarle? Necesito un café, creo que mis conexiones sinápticas no van tan rápidas al fin y al cabo.

—Oye... no te agobies —susurra con cariño y una sonrisa tranquila—. No tienes de decir nada. Solo quiero que lo sepas. Te quiero —repite con cariño acariciando mi mejilla.

Dios, cómo suena tan bien eso en sus labios. Es como un sonido caído directamente del cielo hasta mis oídos. Me atraviesa un escalofrío de placer por todo el cuerpo.

Jamás ha sonado tan bien un *te quiero* en mi vida. Jamás me ha removido tantas cosas por dentro como lo ha hecho ahora mismo; jamás me ha llenado de tanta alegría y de tanto amor.

—Yo... —¿Qué puedo decir? Creo que le quiero también, pero no sé si estoy preparada para afrontar esos sentimientos—. Tú... —¿Me quiere de verdad? No me lo creo—. ¿Me quieres?, ¿a mí? —pregunto algo incrédula de pronto.

—Sí, te quiero, Sofi —repite lentamente y a mí me arrasa una vibración por todo el sistema nervioso—. A ti. —Sigue mirándome con esos enormes ojos azules que hoy amanecen como un mar en calma—. Eres una mujer alucinante; muy especial, dulce, cariñosa, divertida, hermosa... Eres tan buena que parece que tengas que fallar o desaparecer en algún momento y demostrar que en realidad no eras real.

He muerto y estoy en el cielo. No sé si debería pellizcarme o algo así. ¿Me estaré volviendo loca? ¿El liberal poliamoroso dice que me quiere? ¿Cómo puede ser? ¿Lo dirá a la ligera? Dios, cuantas preguntas tengo.

—Solo espero que si eres irreal, no desaparezcas nunca. Y si eres real, tampoco. —Sonríe—. Te quiero, y quería que lo supieras —repite y me da unos besos suaves en la mejilla y en la comisura de los labios.

Yo no sé si deshacerme o pedir que recoja los mil pedacitos en los que me acaba de dejar. Pero sonrío y le beso. Y le abrazo con fuerza estrechándolo contra mí.

—Tú tampoco desaparezcas, por favor —le pido.

—Claro que no. Acoso y secuestro, ¿recuerdas? No voy a dejarte ir.

Preparamos unas tostadas y unos cafés para desayunar juntos al ritmo de la música que pone en mi móvil, el suyo ha fallecido de manera oficial y parece que no le importa lo más mínimo.

Tengo mensajes de Christian preguntando si todo va bien a altas horas de la noche. Pero no le hemos dado más importancia.

Mientras desayunamos se conecta con mi portátil para ver cómo ha ido la noche en Caprice con la fiesta de la bachata. Yo lo observo mientras mordisqueo mi tostada con mermelada y disfruto de la visión. Está en tejanos, con el torso descubierto, el pelo algo despeinado, una luz en la mirada que me parece que no había tenido nunca, sonrío y teclea y me recuerda al otro día cuando compró los billetes de avión.

—¡Parece que la noche fue un éxito para el club! —exclama contento.

—¡Bien! —Sonrío.

—Casi todas las habitaciones llenas, las barras han facturado muy bien también. No nos podemos quejar.

—Genial.

David apaga mi portátil y acaba sus tostadas.

—¿Tienes la maleta hecha? —pregunta entre bocado y bocado.

—Sí, todo listo. Solo me falta el neceser con las cosas del lavabo.

—Yo aún tengo que hacer la mía —dice, con una mueca, divertido.

—Pues ya sabes, guapo. Esta tarde volamos, espero que estés listo, si no me iré sin ti.

—¡No serás capaz! —exclama con falsa sorpresa.

—Sí, ¡lo seré!

Nos reímos y acabamos el desayuno entre bromas y planes para esta noche cuando lleguemos a la isla. Estoy emocionada y él parece que también.

Dice que nada más llegar me va a llevar a cenar a un sitio que le encanta. Es un restaurante que está junto a las salinas, en una vieja escollera marinera.

Parece que estemos en una burbuja de enamorados; todo son caricias, sonrisas cómplices y planes llenos de ilusión. Nunca me he sentido así antes, con nadie.

Nos quedan seis horas para la hora que hemos acordado salir hacia el aeropuerto y quiero ducharme, repasar la depilación y acabar el neceser.

—Me voy a la ducha, ¿quieres imprimir las tarjetas de embarque mientras?

—Nunca imprimo tarjetas de embarque pero... —Mira el estado de su

móvil—. Esta vez creo que tendré que hacerlo. —Se ríe.

Menos mal que se lo toma con humor.

Me meto en la ducha y lo dejo en el comedor con mi portátil accediendo a las tarjetas y haciendo el *check-in* para imprimirlas y poder ir directamente a la puerta de embarque sin tener que llegar una hora antes.

Le doy vueltas a lo que me ha dicho al despertar mientras me enjabono el pelo y alucino de que me haya dicho «Te quiero». He de contárselo a Mónica enseguida, necesito su opinión clínica al respecto.

David abre un poco la puerta del lavabo y me pregunta:

—Oye, Sofi, la impresora va por wifi, ¿verdad? Ya tengo las tarjetas de embarque descargadas.

—Sí, está en el despacho, puedes imprimir desde el portátil directamente.

—Vale.

Vuelve a cerrar la puerta y me aclaro el pelo antes de poner acondicionador. David aparece de nuevo.

—Oye, Sofi, voy a casa a por mis cosas. ¿Quedamos en el aeropuerto a las seis?

¿Quedamos en el aeropuerto? Pensaba que iríamos juntos. Abro un poco la cortina y lo veo con las tarjetas de embarque impresas en la mano y una mirada inquietante. ¿Está un poco pálido?

—Emm, vale. Quedamos allí si quieres.

—Te dejo aquí tu billete, nos vemos allí a las seis.

Deja la hoja sobre el mueble del baño y se va sin más. Oigo la puerta de casa cerrarse y me pregunto por qué no me ha dado un beso de despedida. Será que no querría que lo mojara.

Acabo con mi preparación, con el neceser y finalmente cierro maleta. Dejo todo listo para que Anaís venga a dar de comer a Bolithor cada día. Anotaciones de todos los detalles pegadas con *post-its* en la bolsa de su comida, junto a su plato del agua, la mantita donde duerme, la miel para que no se le formen bolas de pelo... todo.

Sé que con Anaís estará bien cuidado y que vendrá cada día a verlo así que me voy tranquila con respecto a él. Se lo habría pedido a Mónica, pero por su trabajo es más difícil que pueda venir cada día a la misma hora. Anaís ha accedido encantada; le tengo que traer un buen regalo de Ibiza.

Mientras acabo de recoger las cosas tengo una extraña sensación instalada en la boca del estómago. No consigo identificar si son nervios o es como una sensación de que algo va mal. Varias veces pienso en mandarle un mensaje a

David, pero me acuerdo de que está sin móvil y no lo recibiría.

A las cinco pido un taxi y voy al aeropuerto. Llego a las seis menos cuarto y el embarque empieza a y media. Me preocupa no haber quedado en un sitio en concreto, pero imagino que frente a la puerta de embarque nos hemos de encontrar sí o sí.

Llevo una *trolley* de las que no hace falta facturar, es alucinante que haya cabido todo lo que llevo en ella, pero tratándose de una semana, tampoco había que pasarse.

Suelo organizarme muy bien las maletas y si me falta algo, ya me lo compraré allí. Tangas por ejemplo, que cada vez tengo menos gracias a David y su impulso de rompérmelos cada dos por tres.

Me he puesto un vestido blanco de algodón con tirantes anchos bastante ajustado y una camisita tejana por encima atada con un nudo por la parte de abajo. Unas cuñas blancas muy cómodas y un maxicollar. Voy cómoda para el avión pero también lista para ir a cenar si no pasamos por el hotel.

Maquillaje suave y perfume a litros. Además, me he echado todavía más en el *dutty free* con los de *tester*. Creo que me he pasado.

Me siento frente a la puerta de embarque y aprovecho mientras llega David para llamar a mis padres, a Mónica y a Anaís. Poco a poco se va haciendo la hora. La gente se pone en la cola para embarcar, pero David aún no aparece.

Empiezo a estar algo nerviosa y me fastidia mucho no poder llamarle. Miro la última conexión de su móvil y fue anoche, antes de destrozarlo.

Entiendo que aún no ha comprado uno nuevo y que no tengo forma de ponerme en contacto con él, lo cual alimenta mis nervios. Esa extraña sensación en la boca del estómago sigue haciendo presencia y sigo sin entender por qué.

Cuando ha subido el último pasajero de la cola son las siete menos diez. Quedan diez minutos para que cierren el embarque y estoy de los nervios. No dejo de mirar el móvil y a las azafatas que me miran inquietas.

—Estoy esperando a alguien —les digo abatida acercándome al mostrador.

—Está bien, señorita. ¿Por qué no va embarcando? Así coloca la maleta y se va acomodando.

—Es que preferiría esperarle. —Miro hacia todas partes deseando verle aparecer corriendo con alguna anécdota que explique el porqué ha llegado tarde, pero no hay rastro de él.

—En cinco minutos cerramos el embarque, le aconsejamos que vaya subiendo y acomodándose en el avión, en cuanto llegue su acompañante nos

encargaremos de llevarle hasta dentro.

—Está bien.

Estoy tan nerviosa que creo que lo mejor será sentarme y abrocharme el cinturón. Seguro que en esas llega David y despegamos entre risas y besos.

Subo al avión, busco el asiento y descubro que es acomodación superior, ¡cómo no!

Dejo la maleta en el compartimento de arriba y me abrocho el cinturón mientras no dejo de mirar alternativamente entre mi móvil y la puerta del avión. Los pasajeros de alrededor me observan curiosos, han de intuir que estoy al borde de un ataque de nervios.

Y entonces alguien aparece en la puerta. Pero no es David, es la azafata. Me mira con cara de circunstancias y se encoge de hombros.

¿Qué quiere decir? ¿Han cerrado el embarque y David no ha llegado?

Dios mío, mi mente empieza a dar vueltas y más vueltas. ¿Y si le ha pasado algo? ¿Y si no ha podido llegar por algún motivo? ¿Y si se ha quedado en el aeropuerto buscándome?

El pulso me va a mil y el corazón parece que en cualquier momento se saldrá de mi cuerpo cuando oigo un ding-ding que me devuelve de golpe a la realidad. Es un mensaje en mi móvil.

Veo «David» en la pantalla y una aplastante calma me sacude por completo al saber que al menos está vivo. Me doy cuenta de lo dramática que soy en cuanto descubro ese pensamiento.

No me doy ni cuenta de que están cerrando las puertas del avión y diciendo cosas de despegar por los altavoces mientras leo su mensaje varias veces antes de poder entenderlo. Es como que entiendo cada una de las palabras por separado, pero no entiendo lo que quiere decir concretamente la combinación de ellas:

David:

Me parte el corazón que no seas real. Disfruta del viaje.

18:59

¿Que le parte el corazón? ¿Que yo no sea real? ¿Cómo que no soy real? Me miro a mí misma, veo como mi pecho sube y baja con brusca velocidad; me seco las manos en las piernas, por lo visto me han empezado a sudar de los nervios y vuelvo a coger otra vez el móvil. Me tiemblan, pero sigo intentando entender sus palabras... «¿Disfruta del viaje?» Es que... ¿es que acaso...? ¿¡No

va a venir!?

De pronto quiero salir corriendo y en ese mismo momento me doy cuenta de que el avión se ha empezado a mover y de que el asiento vacío de mi lado no se va a ocupar para este vuelo.

—Señorita, por favor, tiene que apagar su teléfono. Estamos a punto de despegar —me pide una azafata amablemente, pero con autoridad.

—No, no puedo apagarlo... he de salir —le digo con lágrimas asomando en mis ojos y pánico creando un nudo en mi garganta.

El temblor de mis manos va a peor y el nudo de mi estómago se endurece a cada segundo que pasa igual que el de mi garganta. Tengo ganas de vomitar.

—¿Qué ha de salir? —me pregunta la azafata con el moño alto, el traje impecable y expresión confusa.

—Sí, he de salir... Tengo que bajar... —se me amontonan las palabras y no consigo formar frases completas.

Vuelvo a mirar la puerta para asegurarme de que está cerrada y sí, sigue cerrada. Las lágrimas amenazan con empezar a brotar a borbotones, pero las contengo. Miro por la ventana y veo la pista pasar a una velocidad lenta, estamos encaminándonos hacia la pista de despegue. Seguro que aún pueden parar y dejarme bajar para que pueda aclarar lo que está pasando. Esto ha de ser un malentendido.

Empiezo a desabrocharme el cinturón e intento ponerme de pie para irme. Solo que todo me da vueltas y vuelvo a sentarme de golpe.

«Me parte el corazón que no seas real. Disfruta del viaje».

¿Qué-coño-quiere-decir-eso?

Releo el mensaje y veo que sigue en línea. Pienso en contestar algo, en escribir, en llamar, pero mis manos tiemblan y no atino a nada. Un mareo empieza a extenderse desde mi frente hasta mi estómago. Siento náuseas y todo gira como si estuviera borracha.

La azafata se sienta a mi lado, en el asiento de David, y me habla muy pausadamente:

—Señorita... ha de calmarse. No puede bajar del avión. Estamos a punto de despegar. ¿Se encuentra bien? Está muy pálida... —Se levanta y llama con la mano a otra azafata viene hacia nosotras por el pasillo a toda prisa, todos los viajeros se van girando y miran para ver el numerito que estoy creando.

—No... necesito bajar... usted... no... n-no lo... en-entiende...

Cierro los ojos para ver si consigo detener el movimiento borroso en el que se ha convertido toda esta escena. Después de eso todo se vuelve blanco, frío

y silencioso y creo que me he desmayado o me he dormido o... No lo sé.
Pero soy real. Eso sí que lo sé.

AGRADECIMIENTOS

Quiero empezar dando las gracias a Albert, mi marido, por apoyarme SIEMPRE de manera incondicional. Por haber aguantado durante años mis dudas con respecto a la novela, los personajes y el desarrollo. Por haber tenido paciencia conmigo cuando he querido documentarme bien (aunque esto en realidad ha sido divertido ¿verdad?). Y, ante todo, le doy las gracias por ser mi AMOR, libre, auténtico y sincero. Por quererme bien, por apostar por mí y por animarme siempre a que cumpla mis sueños.

Gracias a mi familia, que, aunque me muera de vergüenza al saber que leen la novela, también me han apoyado desde el principio y me han animado con esta locura de autopublicar. Soy muy afortunada de tener la familia que tengo. Gracias a mis padres, Guillermo y Gabriela. Gracias a mis hermanas, Cristina y Claudia (y también gracias a ti, Arantxa). Gracias a mi tía Patri por todos sus consejos con respecto a la corrección y edición. Gracias a todos los demás, aunque no los nombre, por ser mi familia y apoyarme en todo.

Gracias a mis amigas, las que leísteis mi novela antes que nadie, las que me hicisteis comentarios sinceros y me animasteis a escribir más. A las que acabáis de leerla o aún no la habéis leído, gracias también por ser inspiración para mí tantas veces. Seguro que encontráis algo de vosotras en Sofía, Mónica, Fani, Anaís o en cualquier otro personaje.

Gracias a mis amigos, me habéis proporcionado material muy útil para escribir esta historia. Una mención especial a Sergio, mi proveedor de palabras guays (véase duchaja y dedoculo entre otras perlas). Siempre compartiendo tu conocimiento conmigo ja, ja, ja :D

Gracias a Anna Todd. Es una inspiración para mí. Su saga AFTER me encantó y cuando tuve oportunidad de conocerla en un Meet&Greet, ella me

animó a publicar todo cuanto escribiera. Esa misma semana creé mi cuenta en Wattpad y di a conocer al mundo lo que estaba escribiendo.

Gracias a las lectoras de Wattpad. Sois una de las cosas más bonitas que han pasado en mi vida. Me habéis dado TANTO amor, que me he atrevido a autopublicar. Cada vez que tengo miedo o me entra inseguridad sobre cualquier aspecto de la novela, me acuerdo de vosotras, de vuestros comentarios divertidos, de vuestro apoyo absoluto, de los mensajes llenos de cariño, de los años que lleváis conmigo y TODO vale la pena.

Gracias a mi correctora, Elizabeth Norlam, por dejar la novela mucho más bonita, bien escrita y coherente de lo que estaba. Ha sido genial trabajar contigo. He aprendido mucho.

Gracias a Azzaroa por recomendarme correctora y por todo su apoyo desde los inicios de los inicios. Creo que fue mi primera o segunda lectora, así que no exagero. :)

Gracias a Sara. Pasó de lectora de Wattpad a ser una amiga con la que he comentado siempre mis dudas e inquietudes. No olvidaré nunca cómo liderabas los comentarios en Wattpad y lo creativos y cachondos que eran. Cómo nos reímos ¿eh?

Gracias a Thaïs, una amiga a la que quiero muchísimo. Quiero que sepáis que Mónica es tan genial, porque en parte (solo en algunas cositas) se basa en ella.

Gracias, Laura Chica. Por hacerme partícipe de una promesa que me dio el empujón que me faltaba para que esto sea una realidad. Y por todo tu cariño, optimismo y la energía tan bonita que desprendes siempre.

Gracias, Maribel, no solo por leer la novela y animarme a seguir escribiendo. También por ser la persona que me recomendó una serie de novelas que me hicieron descubrir este género y amarlo.

Gracias a mi diseñador gráfico y amigo, David. Por la portada y por ayudarme a salir de cada bloqueo que aparecía a la hora de decidir título o

diseño.

Gracias a mis chicas de Sant Lleí, especialmente a Lorena y Vanesa, por ser inspiración, aportar ideas interesantes para la novela y por ayudarme con todas mis dudas.

Gracias a mis románticas de Wattpad en Facebook, sois mi tribu literaria y me habéis ayudado siempre un montón.

Gracias a todos los integrantes del grupo “Poliamor y citas” de Telegram. Una mención especial a Alita, gracias por leerme y darme tu opinión, me ayudaste mucho en diversas ocasiones.

Son muchas las personas a las que quiero agradecer. Así que, aunque no esté tu nombre aquí, seguro que hay una razón por la que darte las gracias también a ti. De hecho, si estás leyendo esto, quiero dártelas por haber hecho click en mi novela y haberla comprado. Por haberle dado una oportunidad a este amor. Por apoyarme a mí para que pueda seguir escribiendo. Quizá para ti solo haya sido un click o una lectura más, pero para mí, ese click y el hecho de que estés aquí, lo es todo.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que tengas muchas ganas de seguir leyendo la segunda parte de esta historia. Me hace muy feliz anunciarte que estará muy pronto disponible en Amazon, tanto para Kindle como en tapa blanda.

Hasta entonces, te espero en mis redes sociales donde te iré avisando de todo y estarás a la última de todas las novedades de *VibratingLove*.

Instagram @Xandyta

Facebook @CarolBrancaEscritora

Wattpad @CarolBranca

ACERCA DE LA AUTORA

Nací en Barcelona el 12 de diciembre de 1984. Soy la mayor de tres hermanas, fruto del amor de un argentino y una uruguaya (ambos descendientes de italianos) que se conocieron en Ibiza. Esto hace que en mi familia las costumbres y los acentos, sean en general una mezcla muy divertida.

Soy una lectora empedernida, siempre tengo una novela entre manos y mis preferidas son las romántico-eróticas. Creo que las novelas, cuando son buenas, son un viaje mágico a otra vida que no se puede comparar con ninguna otra experiencia que podamos tener.

Además de leer, escribo desde que tengo memoria. Si bien todos mis escritos los he ido guardando cuidadosamente en el olvido, en 2016 algo cambió con *VibratingLove*, sentía que esta novela no me la podía guardar solo para mí, a esta necesitaba darle la oportunidad de que más personas pudieran leerla. Seguí ese impulso y la empecé a publicar semanalmente en Wattpad. Fue así como empezó un camino que me ha traído hasta aquí hoy, y al recorrerlo, lo he disfrutado muchísimo.

Además de lectora y escritora soy Coach personal y trabajo en ello desde 2012. Me encanta acompañar a las personas en ese camino sorprendente, que las lleva a cambiar sus creencias para conseguir sus sueños.

Estoy casada con Albert Ureña, el amor absoluto de mi vida, desde 2015, y soy muy afortunada por ser la mamá de Sofía, quien no deja de darme alegrías desde que la traje al mundo en 2018 (aunque, en realidad, ya me hizo inmensamente feliz desde que vi las dos rayitas en el test).

Con esta novela quiero transmitir mi concepto del Amor, ya que creo que es la energía que mueve al universo, sin importar la forma, el color o la edad que lo acompañe.

^[1] Cantante: Prince Royce. Canción: *Dónde estarás*